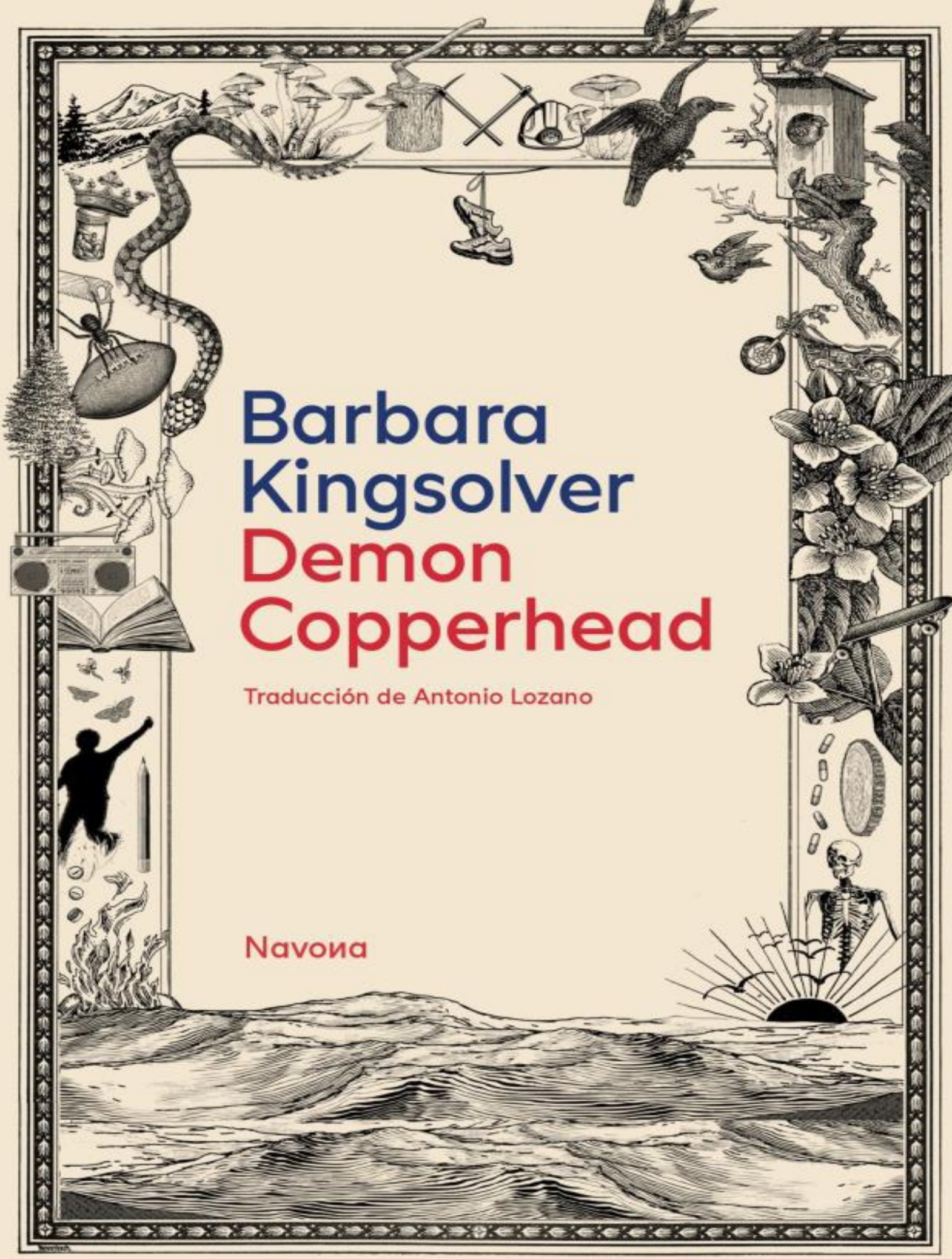


Barbara Kingsolver

Demon Copperhead

Traducción de Antonio Lozano

Navona

Barbara Kingsolver

Demon Copperhead

Traducción de **Antonio Lozano**

Navona

Primera edición
Noviembre de 2023

Publicado en Barcelona por Editorial Navona SLU
Navona Editorial es una marca registrada de Suma Llibres SL
Gomis 47, 08023 Barcelona
navonaed.com

Dirección editorial Ernest Folch
Edición Estefanía Martín
Diseño gráfico Alex Velasco y Gerard Joan
Maquetación y corrección Editec Ediciones
Papel tripa Oria Ivory
Tipografías Heldane y Studio Feixen Sans
Imágenes de la cubierta Getty Images; Shutterstock; stock.adobe.com
Diseño de cubierta Robin Bilardello
Distribución en España UDL Libros

e-ISBN 978-84-1955-267-9

Título original *Demon Copperhead*
© Barbara Kingsolver, 2022
En colaboración con Frances Goldin Literary Agency Inc.,
a través de International Editors y Yañez'Co
Todos los derechos reservados
© de la presente edición: Editorial Navona SLU, 2023
© de la traducción: Antonio Lozano, 2023

Navona apoya el copyright y la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, produce nuevas voces y crea una cultura dinámica. Gracias por confiar en Navona, comprar una edición legal y autorizada y respetar las leyes del copyright, evitando reproducir, escanear o distribuir parcial o totalmente cualquier parte de este libro sin el permiso de los titulares. Con la compra de este libro, ayuda a los autores y a Navona a seguir publicando.

A los supervivientes

«Resulta vano recordar el pasado, a menos
que ejerza alguna influencia sobre el presente».
David Copperfield, Charles Dickens

1

Primero de todo, me las tuve que apañar para nacer. La generosa concurrencia que asistió siempre me lo ha reconocido: la peor parte del trabajo recayó en mí, mientras que mi madre digamos que no estaba por la labor.

Cualquier otro día, los vecinos, en estado de alerta, la habrían visto armando jaleo en el porche de su caravana. Durante el final del verano y el otoño, con el aire oliendo a aliento de perro, bastaba mirar en dirección a las montañas para divisarla, pequeñita y de pelo rubio oxigenado, fumando sus Pall Malls y agarrada a la barandilla, allá en lo alto, como si fuera la capitana de un barco al que probablemente le había llegado la hora de hundirse. Hablamos de una chica de dieciocho años, sola en el mundo y embarazada a más no poder. El día que no se dejó ver por allí, le tocó a Nance Peggot ir a aporrear su puerta, entrar por la fuerza y encontrársela inconsciente en el suelo del baño, rodeada de porquería y conmigo ya saliendo. Un rehén escurridizo y del color del pescado que se rebozaba en la gravilla de las baldosas de vinilo, reptando y forcejeando, porque seguía en el interior del saco en el que flotan los bebés antes de la vida real.

El señor Peggot aguardaba fuera, de brazos cruzados en su camioneta, impaciente por llegar a la misa vespertina, probablemente pensando en todo el tiempo que había malgastado en su vida esperando a mujeres. Su esposa le debía de haber dicho que todo ese Jesucristo podía esperar un minuto, que antes tenía que comprobar si la chiquita embarazada había vuelto a darle fuerte a la botella. La señora Peggot no era de las que se andan con rodeos y, en caso de necesidad, le diría a Jesucristo que fuera paciente y se lo tomara con calma. Salió disparada de la caravana, gritándole que llamara a una ambulancia porque en el baño había una pobre criatura intentando salir a golpes de una bolsa.

Como un diminuto boxeador azulado. Esas son las palabras que utilizaría más adelante, sin mostrar reparo alguno, a la hora de referirse al peor día de la vida de mi madre. Si esa es la impresión que causé entre los primeros que posaron sus ojos en mí, pues vale. Para mí significa que tenía madera de luchador. Muy improbable, lo sé. Si una madre yace sobre sus propios orines rodeada de frascos de pastillas mientras le dan cachetes al niño que ha expulsado pidiéndole que dé señales de vida, lo más plausible es que ese cabrón esté condenado. El hijo de una yonqui es un yonqui. Crecerá hasta convertirse en el tipo de persona que no quieres ver ni de lejos, con los dientes podridos y la mirada perdida, la molestia de tener que esconder las herramientas en el garaje para que no desaparezcan, la deuda del típico motel escondido que se paga por semanas. Si ese chaval quisiera aspirar a cosas más refinadas, debería habérselas apañado para que lo entregaran a una madre rica o inteligente o cristiana o no adicta. Todos sabemos que desde el momento en el que venimos a este mundo estamos marcados, para bien o para mal.

A mí me han obsesionado los superhéroes y sus misiones de rescate desde que tengo uso de razón. Pero ¿había alguien con una misión en este universo de caravanas? ¿O habrían abandonado todos Smallville en busca de algo de acción? Salvar o ser salvado, he aquí una cuestión de peso. Uno quiere creer que hasta la última página no está todo perdido.

Todo esto ocurría un miércoles, que se supone que es el peor día de la semana. El de la mala suerte y todo eso. A eso se le suma lo de salir estando todavía dentro de la bolsa del feto. Según la señora Peggot, hay algo afortunado en el hecho de nacer embolsado: la promesa de Dios de que jamás te ahogarás. Específicamente. Puedes morir de una sobredosis, o acabar carbonizado con las manos al volante o, ya puestos, volarte los sesos. Pero el único lugar en el que seguro no exhalarás tu último aliento es bajo el agua. Gracias, Jesucristo.

No sé si guarda alguna relación con esto, pero a mí el océano siempre me ha atraído. Los niños suelen obsesionarse con los nombres de las distintas especies de dinosaurios o lo que sea que les guste. A mí me dio por las ballenas y los tiburones. Incluso ahora es posible que piense más que el resto en el agua, en flotar en ella, en el color azul simplemente y en el modo en el que para los peces ese azul lo es todo. El aire y el ruido y la gente, con nuestras estupideces frenéticas y graves, quedan reducidos a una molestia menor, si es que llega a eso.

El caso es que nunca he visto el mar, salvo en fotos o en los fondos de pantalla de los ordenadores de la biblioteca, en forma de olas que se retraen y desbordan de un modo hipnótico. ¿Qué sabré yo sobre el océano si mis pies ni siquiera han tocado su barba de arena para mirarlo de frente? Todavía estoy esperando encontrarme con la única gran cosa que sé que no me tragará vivo.

Nuestra caravana se levantaba en el corazón mortecino de Lee County, entre el campamento minero de Ruelynn y un asentamiento al que llamaban Right Poor[1], en la cima de una carretera encajada entre dos montañas muy empinadas. Malgasté más horas en esos bosques de las que nadie estaría dispuesto a contar, en compañía de un chaval llamado Maggot, vadeando el arroyo, levantando rocas y jugando a sentirnos poderosos. Aunque adoptaba muchas identidades, prefería sin duda ser un héroe de Marvel que uno de DC, con Lobezno a la cabeza. Maggot solía decantarse por Tormenta, que es una chica. (Con poderes excelentes y mutante, pero aun así…). Maggot era el diminutivo de Matt Peggot, pariente, claro está, de la señora que gritaba en mi fiesta de llegada al mundo, su abuela. Ella fue la responsable de que Maggot y yo viviéramos puerta con puerta durante un tiempo y acabáramos asilvestrándonos juntos. Antes, sin embargo, él tuvo que nacer, cosa que hizo poco antes que yo, y ser endilgado a su abuela mientras su madre se tomaba unas buenas vacaciones en la prisión para mujeres de Goochland. Con esto ya habría suficiente material para joderle la vida a un crío, pero es un proyecto que aún continúa en marcha.

El lugar en el que vivíamos era conocido por estar repleto de serpientes cabeza de cobre.[2] La gente cree saber muchas cosas. Esto es lo que yo sé. Durante los años que me pasé trepando por las rocas, por todos esos lugares donde a una serpiente le gusta estar, no vimos ni una cabeza de cobre. Serpientes sí, todo el tiempo. Pero hay muchos tipos de serpientes. Por ejemplo, está la llamada «demonio de agua», muy común, con lunares, fácil de cabrear y que ataca con rapidez si te despistas, aunque su mordedura no llega al nivel de la de un perro o a la picadura de una avispa. Cuando una serpiente de agua te alcanza, sueltas por la boca todos los tacos que llevas encerrados en la cabeza. A continuación, te limpias la sangre, recoges tu bastón y prosigues la marcha en modo superadaptoide, descargando tu rabia contra el puto suelo musgoso. Por el contrario, si te alcanza una cabeza de cobre, ya puedes decirles adiós a tus planes para ese día, y quizás a la parte de tu mano o de tu pie donde te haya mordido, y sanseacabó. Así que es muy importante estudiarlas con detenimiento.

Si lo haces, aprenderás a distinguir las unas de las otras. Nadie confunde a un perro pastor con un beagle, o una Whopper con una Big Mac. Quiero decir que los perros importan, y las hamburguesas importan, pero es que una serpiente es una puta serpiente. Cada vez que leían nuestra dirección en los cupones de alimentos, las cajeras del colmado nos decían que nuestra cañada estaba llena de cabezas de cobre. Lo mismo me decía la conductora del autobús escolar, día sí, día también, al cerrar la puerta a mis espaldas, como si la estampara contra sus puntiagudas caras de serpiente. A la gente le encanta creer en el peligro, siempre que seas tú el perjudicado y ellos los que digan que Dios te ampare.

Pasarían muchos años hasta que yo entendiera los verdaderos motivos de tanta compasión, y las serpientes no eran lo único que había tras ella. Una de las «malas decisiones» de mamá, tal y como empezó a llamarlas en sus períodos de rehabilitación —y creedme si os digo que hubo muchos— fue un tipo llamado Copperhead.[3] En teoría tenía la piel oscura y los ojos verde claro de un *melungeon*[4], y una cabellera pelirroja bastante llamativa. Mi madre me decía que llevaba el pelo largo y reluciente, pero, sin duda, lo suyo era un caso perdido. Tenía un tatuaje de una serpiente enroscada en el brazo derecho, donde le habían mordido dos veces. La primera fue de niño, en la iglesia, mientras intentaba demostrar su hombría delante de su familia, experta en el manejo de serpientes.[5] La segunda ocurrió más adelante, y bien lejos de la mirada de Dios. Mi madre decía que no necesitaba el tatuaje como recordatorio, que ese brazo fue empeorando hasta el final de sus días. Murió el verano antes de que yo naciera.

Mi desastrosa llegada al mundo cogió con el pie cambiado a cuantos se movilizaron para llamar a la ambulancia y poner en marcha el circo de tres pistas que son los Servicios Sociales. Pero dudo que a nadie le cogiera con el pie cambiado verme crecer con estos ojos y este pelo. Ya puestos, podría haber nacido también con el tatuaje estampado.

Mi madre tenía su propia versión del día en el que nací, que jamás me creí, teniendo en cuenta que ella estuvo inconsciente durante todo el evento. En tanto que recién nacido, con el añadido de estar aún dentro de una bolsa, tampoco es que yo fuera un testigo directo, pero conocía la versión de la señora Peggot. Basta con haber pasado un día en su compañía y en la de mi madre para saber cuál de las dos apuestas es la ganadora.

La versión de mi madre era la siguiente. El día en el que nací, la madre del padre de su retoño se presentó sin avisar. No era alguien a quien mi madre hubiera conocido con anterioridad, ni a quien hubiese querido conocer, después de lo que había oído acerca de aquella familia. «Baptistas con mano para las serpientes» ni siquiera comenzaba a describirla. Se decía que eran individuos acostumbrados a darse palizas los unos a los otros, los maridos a sus esposas con el cinturón y las madres a su prole con el primer objeto que tuviesen a mano, sin descartar la Sagrada Biblia. Aquí sí que di crédito a la palabra de mi madre, porque a uno sí que le llegan historias de este calibre, sobre tipos a los que Dios, igual que les otorga el poder divino de caminar entre serpientes, les da el de repartir hostias. Bueno, si esto te sorprende, quizá también pienses que no hay forma de encontrar alcohol en los condados que lo han prohibido. En el sudoeste de Virginia se ve de todo.

En teoría mi madre ya se retorcía de dolor cuando apareció aquella señora. Lo de dar a luz ese día la había pillado desprevenida. Con la idea de amortiguar la situación, comenzó a darle a la botella de Seagram's antes del mediodía, acompañándola de suficientes rayas como para mantenerse despierta y seguir bebiendo, y lo remató con un poco de Vicodin cuando ya iba muy pasada de vueltas. Al levantar la vista, se topó con la cara de una desconocida pegada con

tanta fuerza a la ventana del baño que su boca parecía un ojete. (La elección de palabras es de mi madre, con la imagen tú haz lo que te parezca). La señora dio la vuelta a la caravana para acceder por la puerta delantera y cargó contra mi madre con todo su arsenal sobre el infierno y la condenación. ¿Qué le estaba haciendo a ese inocente corderito que el Todopoderoso había puesto en su vientre? Ella estaba allí para rescatar de ese antro de perdición al único heredero de su difunto hijo y educarlo en la decencia.

Mamá siempre juró que aquel fue un tren que perdí por los pelos: verme arrastrado a unirme a una prole de salvajes y fanáticos religiosos en Abrirse de Nalgas (Tennessee). Lo del nombre del sitio es cosecha propia. Mamá se negó en redondo a hablarme de mi familia paterna, ni siquiera me contó qué mató a mi padre. Solo me dijo que fue un accidente que tuvo lugar en un sitio que yo nunca debía pisar y que llevaba por nombre la Bañera del Diablo. Evitar que ciertos secretos lleguen a oídos jóvenes solo consigue plantar semillas entre ellos, y en mi caso esas semillas crecieron dentro de mi cabeza hasta transformarse en muertes mucho más horripilantes de las que podía llegar a ver en la televisión. Hasta el punto de que las bañeras me aterrorizaban; por suerte nosotros no teníamos. Los Peggot sí, y ni me acercaba. Pero mi madre se mantuvo firme. Lo único que me contó de la matriarca Copperhead fue que era una vieja arpía de pelo blanco llamada Betsy. Me sentí decepcionado, porque como mínimo esperaba a una viuda negra con una flipante melena pelirroja. En cualquier caso, esta era la única pariente de mi padre con la que podíamos cruzarnos. Cuando tu padre ficha para salir del juego antes de que tú fiches para entrar, puede que acabes dedicando demasiado tiempo de tu vida a contemplar ese agujero negro.

Pero mamá ya lo había contemplado lo suficiente. Temía perder la custodia y se esforzó al máximo en rehabilitarse. Yo salí y mamá entró para darlo todo. A lo largo de los años, lo dio y lo volvió a dar hasta convertirse en lo que llaman «una experta en rehabilitación». El fruto de haberlo hecho tantas veces.

Entenderéis la confusión que la versión de mamá vertió sobre todo al asunto. Una señora se presenta (o no), me ofrece un hogar mejor (o no) y se marcha después de haber recibido una avalancha de jugosas palabrotas (conociendo a mamá) que le debieron de perforar los tímpanos. ¿Se inventó mi madre esta versión para marear la perdiz? ¿Acaso le sonaba cierto en su cerebro espachurrado? En cualquier caso, fue muy clara respecto al hecho de que la señora acudió a rescatar a una niña. No a mí. Si este era el cuento de hadas inventado por mi madre, ¿por qué una niña? ¿Era eso lo que de verdad quería, un paquetito rosa que la obligara a poner orden en su vida? ¿Como si a mí no pudiera romperme?

Por otra parte, un pequeño detalle es que en esta historia mamá jamás pronunció el nombre de mi padre. La mujer era la «bruja Woodall», lo que significaba que ese era su apellido, pero no mencionó al hombre que la metió en el lío del bebé. Más adelante sí que encontraría muchas oportunidades de referirse a él, a partir del segundo *pack* de cervezas, cuando llegaba el turno de hablar del amor y todo eso. Las aventuras de él y ella. Pero en lo que concierne al relato de mi existencia, él solo era la mala elección.

2

Mi intención aquí es explicar en orden cronológico todo lo que ocurrió, a excepción de las lagunas propias de un joven noqueado por la marihuana, unir algunos puntos como es debido. Pero hostia, es que ser un crío es terrible, no controlas nada. Si logras superarlo y crecer, lo más fácil es olvidar las miserias y fingir que has sabido lo que hacías en todo momento. Eso siempre que hayas acabado en un lugar que te haga feliz. Si ese no es el caso, lo mejor es olvidar todo el asunto y santas pascuas. Hay una tercera opción, la mía. Sin orgullo, sin olvido. Una opción nada fácil.

Recuerdo que siempre prefería observar las cosas a hablar sobre ellas. Sí que me hacía preguntas. El problema era la gente. Se pensaban que los niños no son seres humanos hechos y derechos como para merecer respuestas directas. Un ejemplo. Nuestros vecinos, los Peggot, tenían en su patio una pajarera colgada en un poste que no era más que una masa informe de calabazas en las que habían perforado agujeros para que sirvieran de puertas a los pájaros. Era la versión avícola de esas caravanas expandidas que ves por ahí, resultado de que una pareja forme una familia y nadie, ni los hijos ni los nietos, se largue jamás. Se limitan a ir añadiendo unidades móviles sobre bloques, manteniéndose como una gran familia, con los porches llenos de trastos y una bandera raída sobre la caravana original. Una Nación de Subempleados. La pajarera de los Peggot era eso, una caravana avícola jodidamente abarrotada. Pero en ella no vivió ni un solo pájaro, nunca. Había montones de nidos en los árboles de la parte trasera de la casa, o construidos en lugares escogidos al azar, como bajo el capó de la camioneta del señor Peggot. ¿Por qué no se instalaban en una casa ya levantada y gratuita? El señor Peggot decía que los pájaros eran como las personas, que les gusta vivir a su manera. Aseguraba conocer viviendas protegidas que no salían mucho más caras que una pajarera y que no por ello resultaban menos impopulares.

Vale, pero ¿por qué dejarla ahí cogiendo moho? Maggot me contó que la había fabricado Humvee en un taller escolar. Humvee era uno de los tíos de Maggot y la última vez que se lo vio cerca de una escuela fue por la época de los Bee Gees o de Elvis. Ahora estábamos en los noventa. Los Peggot mantuvieron esa pajarera destrozada sobre el poste durante años. ¿Para recordar a su hijo Humvee? No me lo trago. Los Peggot tenían siete hijos; los que vivían más lejos estaban en Oscala, Florida, y los que se habían quedado más cerca estaban a kilómetro y medio. Incontables primos deambulaban por esa casa, como manadas de animales medio arruinados con derecho a rancho. Todos los miembros de la familia recibían conversación o eran objeto de una a diario, con dos excepciones: la madre de Maggot y Humvee. Por motivos de los que no se hablaba, una cumplía condena en Goochland y el otro estaba muerto.

Además de la pajarera sin pájaros, tenían una perrera sin perros. El señor Peggot crio perros de caza hasta que pudo, como el resto de viejos a los que conocíamos, mientras los pulmones aún le daban de sí y los perros disponían de zorros y osos a los que perseguir entre los árboles. En otoño nos llevaba al bosque en busca de ginseng o sasafrás porque son cosas que no se van corriendo. Pero la idea era simplemente disfrutar del aire libre. Él reconocía el canto de los pájaros como otros identifican las voces en la radio. Cuando crecimos lo suficiente para manejar un rifle, a los nueve o diez años, nos enseñó a colgar el cadáver de un ciervo en las

ramas del árbol que quedaba por encima de la carretera para destriparlo, haciendo que la maraña de entrañas humeantes cayera a tierra. La señora Peggot cocinaba venado asado en la olla. No sabes lo que es comer bien si no has probado eso.

La perrera vacía se levantaba entre nuestra caravana y la casa de los Peggot. Maggot y yo extendíamos una lona encima para dormir al raso, sobre todo si nos habíamos quedado sin poder ver la televisión por culpa de algún árbol caído sobre las líneas eléctricas. Un verano nos tiramos como un mes así después de que lanzara sin querer la pistola con la que jugábamos al *Duck Hunt* en la Nintendo y me cargara la pantalla. Maggot asumió la culpa para evitar que me mandaran para casa y me despellejaran. Y la señora Peggot fingió creerlo pese a haberlo oído todo. Probablemente todo el mundo ha tenido uno de esos momentos dulces en la vida en el que todo va a salir bien gracias a contar con gente que te cubre las espaldas, para acabar desperdiciándolo por una estupidez como un televisor roto que te hace perder los estribos.

El hogar de los Peggot se levantaba en la cima de la carretera y estaba rodeado de bosque. Durante un tiempo tuvieron pollos, incluyendo a un gallo con pinta de asesino en serie que me provocaba pesadillas. Pero no eran granjeros en sentido estricto. Tampoco iban mucho a la iglesia, aunque eran ellos quienes me llevaban. Mamá odiaba a la Iglesia por culpa de lo intensas que se ponían allí algunas de sus familias de acogida, pero a mí no me importaba ir. Me gustaba observar a las mujeres del coro, y podías echarte la siesta el resto del tiempo. También estaba todo eso de ser amado de forma automática, de tener a Jesús de tu lado. Pero algunas de las historias de la Biblia sí que me afectaban, eso sin duda. La movida de Lázaro llegó a perturbarme, imaginando que mi padre podía volver y que tendría que salir a encontrarlo. La señora Peggot le dijo a mi madre que yo debería visitar la tumba de mi padre en Tennessee, lo que provocó una fuerte discusión. Maggot me tranquilizó, explicándome que las historias bíblicas pertenecían a la misma categoría que las de los cómics de superhéroes. No debía confundirlas con la vida real.

De niño uno acepta que existen diferentes mundos con diferentes reglas, incluso entre unos hogares y otros. El de los Peggot era de esos en los que cada cosa iba en el lugar donde le correspondía. Cuando la señora Peggot llegaba a casa con las bolsas de la compra, todo se guardaba de inmediato en la nevera. A Maggot y a mí se nos acababa lo de desplegar nuestra Tercera Guerra Mundial particular en el salón, y los Legos y demás trastos debían ser recogidos antes de que pudiéramos salir; si no, se armaba un pitote. No ocurría lo mismo en mi casa, donde la leche parecía tener vida propia y se quedaba sobre el mármol hasta agriarse. Mamá me decía que, de no haberla tenido sobre los hombros, habría perdido la cabeza, y no le faltaba razón. La tarjeta identificativa del trabajo, detrás del váter; el kit de maquillaje, junto al fregadero de la cocina; el bolso, debajo de una silla del porche. Los zapatos, vete tú a saber. Así era mi madre. Yo procuraba tener ordenadas las cosas de mi habitación, sobre todo mis muñecos y los cuadernos en los que dibujaba. Una vez le pregunté a mi madre cómo debía hacerme la cama para que quedara tan lisa como las que veía por televisión y le pareció desternillante.

Los niños deambulábamos por todas partes, a veces llegando hasta las viejas minas de carbón, con sus casas alineadas como en el Monopoly, aunque a estas alturas ya no son todas idénticas por culpa del vandalismo y de las diferentes maneras en las que un tejado puede llegar a hundirse. Jugábamos a coronar la cima sobre vagonetas y regresábamos a casa con los párpados blancos y los rostros llenos de hollín, a semejanza de los viejos mineros que habíamos

visto en álbumes de fotos. O matábamos el tiempo en los arroyos. No en el innombrable de la Bañera del Diablo, que a mamá le ponía los pelos de punta, y que, de todos modos, quedaba por Scott County. El mejor lugar sin duda era el pequeño ramal que discurría detrás de nuestras casas, perfecto para que un chaval se volviera invisible. Agua indómita fluyendo bajo un montón de rocas. Y, por debajo del agua, una especie de barro que te hacía sentir afortunado: con olor a hierbas, denso y de un color que te invitaba a comértelo. Se llamaba el Ramal de los Peggot, pues eran ellos quienes llevaban más tiempo viviendo en la zona. Su casa, construida por un antiguo Peggot, había sido la primera en asomar por ahí, una granja enorme en la que araban con la ayuda de las mulas para sembrar tabaco. O al menos eso contaba la señora Peggot. Las mulas eran la única forma posible de cultivar unos terrenos tan empinados. De usar un tractor, acabarías volcándolo y matándote.

La caravana en la que vivíamos mamá y yo era técnicamente de los Peggot, pues había pertenecido a June, una tía de Maggot, antes de que se mudara a Knoxville. Mamá se la alquilaba a los Peggot, lo que seguramente explica que la vigilaran y la ayudaran, como si fuera una jugadora reserva que hubiera abandonado el banquillo después de que la titular optara por dejarlo. Maggot me dijo que June seguía siendo el ojito derecho de la familia, incluso después de sacarse el título de enfermera y largarse. No es moco de pavo. La mayoría de las familias estarían más dispuestas a perdonarte si fueses a prisión que si abandonaras Lee County.

Para dejar las cosas claras, mamá y yo no éramos parientes suyos, así que no hablamos de una de esas familias que van apilando caravanas. Esos lugares tan cutres salen con más frecuencia en los *realities* televisivos que en la realidad, supongo que por la misma razón por la que a la gente le gusta ver cabezas de cobre donde no las hay. Los Peggot solo tenían su casa y una extensión unifamiliar de dimensiones generosas. Otras nueve o diez familias, con las que tampoco teníamos relación de parentesco, tenían sus hogares repartidos por nuestra carretera, todos en buen estado de conservación.

Pero los Peggot conformaban una horda escandalosa, qué duda cabe. Yo le envidiaba a Maggot la abundancia de primos que él daba por sentado. Incluso las primas mayores y buenorras, que estaban todo el día: «Oooh, Matty, ¡mataría por tener tus pestañas! ¡Es injusto que Dios haya malgastado una cara tan bonita en un niño!». Y que luego chillaban porque Maggot intentaba darles pellizcos en los brazos, a ellas, unas *cheerleaders* musculosas que la verdad es que podían machacarlo cuando se les antojara. Imposible que lo temieran. No era más que una costumbre que tenían; ellas soltaban sus gilicomentarios de chicas y él fingía que lo odiaba.

Y yo pensaba, ¿en serio, tío? Sí, ya pillo que «bonita» es una de esas palabras que los chicos deben tratar como a una gonorrea amenazándole las pelotas. La cuestión de la hombría, tratándose de Maggot, era un asunto delicado, por decirlo suavemente. Pero todo esto ocurría cuando no había nadie delante que pudiera juzgarlo, solo sus primas. Y yo, el capullo sin primos que habría pagado porque una chica se metiera así conmigo y pudiera tenerla medio encima durante una melé después de que todo el mundo se hubiera acomodado en el suelo del salón para ver *Walker, Texas Ranger*. Yo, el capullo sentado solo en el sofá que mira a su amigo en la base de esa melé y piensa: «Colega, ¿quién puede odiar sentirse adorado?».

He estado diciendo «que si la señora Peggot esto, que si la señora Peggot lo otro», y así voy a seguir llamándola. Porque la verdad resulta embarazosa. En realidad la llamaba «abuelita».

Maggot lo hacía, y yo también. Sabía que sus primos no eran mis primos y que el señor Peggot, al que llamaba Peg, como todo el mundo, no era mi abuelo. Pero sí pensaba que todos los niños tenían una abuela, igual que tenían una trabajadora social, almuerzo gratis en el colegio y esas latas de alubias que te daban en una bolsa para que te las llevaras a casa el fin de semana. En plan paga. ¿Dónde iba a conseguir una abuela si no? A través de mamá, la niña de acogida-huérfana-fugitiva escolar, imposible. Y de la madre del Padre Fantasma ya hemos hablado. Así que no me quedaba otra que compartirla con Maggot. Y la señora Peggot parecía aceptarlo de buen grado. Aparte de que mi lugar oficial para dormir fuera la casa de mamá y de que Maggot dispusiera de su propia habitación en la planta superior de la casa de los Peggot, ella no hacía distinciones: nos daba los mismos pastelitos de la marca Hostess, nos confeccionaba las mismas camisas tejanas con flecos en las mangas, nos atizaba el mismo capón con los nudillos en la espalda si soltábamos tacos o no nos quitábamos la gorra de béisbol al sentarnos a la mesa. No hace falta decir que nunca nos pegaba fuerte. Pero menudas broncas que nos soltaba, Dios. Si mirabas a aquella mujer diminuta con aspecto de abuelita, el pelo blanco, vaqueros anchos y sandalias planas y amarillas, seguro que pensabas: «Esta no me va a plantar cara». Pobre iluso. Como robaras, faltaras al respeto a quienes eran más importantes que tú, le rompieras las tomateras o te pillara inhalando su laca de una bolsa de papel, te metía una bronca que se te caía el pelo.

Era la única que seguía llamándome por mi verdadero nombre. Ya nadie lo hacía, ni siquiera mi madre. No fue hasta mucho después, cuando ya estaba en la veintena, que descubrí que en otros lugares la gente se queda con sus nombres originales. ¿Quién iba a saberlo? Quiero decir, Snoop Dog, Nas, Scarface… ninguno de estos nombres era el que les habían puesto sus madres. Di por sentado que en todos sitios pasaba lo mismo que en nuestro hogar, Lee County, donde la mayoría de gente recibe motes. Shorty,[6] Grub[7] o Checkout.[8] Cabe imaginar que Humvee, por el vehículo militar, no fue Humvee de buen principio. El señor Peggot se convirtió en Peg, que significa «patapalo», después de que una de esas perforadoras que usan en las minas de carbón le machacara un pie. Te ponen un nombre y tú corres hacia él igual que un perro, hasta que un día te mueres y apareces citado en el periódico junto a tu nombre oficial, que ya nadie recuerda. Leer las páginas de obituarios me ha hecho pensar en lo desafortunados que son la mayoría de estos nombres. ¿Quién quiere morir como un viejo Stubby?[9] Pero mientras dura la vida no tiene la menor importancia, puedes comprarle una cerveza a tu mejor amigo Maggot[10] sin que ninguno de los dos le dedique un segundo de sus pensamientos.

De modo que no fue raro que la señora Peggot conservara mi nombre de nacimiento cuando para el resto ya era historia. Damon. De apellido Fields, igual que mi madre. Al rellenar los formularios del hospital, tras ese parto lleno de acción, está claro que tenía sus motivos para no vincularme con mi padre. Después de todo lo que ahora sé, no me cabe la menor duda. Aún faltaba para que me pareciera a él, y para que me creciera el pelo. Además, dado que por aquel entonces el aspecto de mamá seguía siendo su punto fuerte y las palabras «mala decisión» no habían entrado aún en su vocabulario, quizás existieran otros candidatos. Aunque ninguno lo suficientemente caballeroso como para firmar con su nombre en el registro. O para llevarla a casa desde el hospital. Esta tarea, como la mayoría de las que implicaron algún gesto de caballerosidad en la vida de mamá, recayó sobre el señor Peg. Si a él le pareció bien o no, es otra cuestión.

En lo que respecta a Damon, fue cosa suya escoger un nombre propio de un cantante finolis

de una *boy band*. ¿Acaso pensó que la gente tardaría menos en cambiarlo por Demon[11] que ella en destetarme? Mucho antes de llegar a la edad escolar, yo ya había oído de todo. Demonio Gritón, Demonio del Semen. Pero una vez me creció ese pelo que recordaba a hilos de cobre y desarrollé una cierta actitud, comencé a oír «Pequeño Copperhead» o «Pequeño Cabeza de Cobre». Todo el rato. Y, a ver, ningún chaval de sangre caliente quiere ser «pequeño» nada. Un consejo para todos aquellos que piensen llamar a su hijo Júnior: ir por la vida como un minitú será tan excitante como encontrarte lefa seca en la alfombra.

Pero tener un Padre Fantasma famoso pone las cosas bajo otra perspectiva, y no puedo decir que me molestara llamar la atención por eso. Más o menos por aquella época, Maggot comenzó con sus experimentos de hurto menor, y a mí empezaban a conocerme como Demonio Copperhead. Fuerza no le faltaba, para qué negarlo.

3

Desde el día en el que Murrel Stone subió las escaleras de nuestra caravana al son de las cadenas de sus botas Harley Davidson, mamá se puso en plan «es un buen tipo». «Le caes bien y él a ti». Captado, ya sabía a qué atenerme.

Se hacía llamar Stoner, y mi madre era todo oídos cuando él le decía cosas bonitas. A estas alturas, llevaba sobria el tiempo suficiente como para haber conservado su empleo en Walmart durante varios cambios de *stock* según la temporada: disfraces de Halloween, chorradas de Papá Noel, dulces de Semana Santa, sillas plegables para el jardín. Pagaba el alquiler puntualmente y guardaba fichas de sobriedad en un cajón, y algunas noches, ya muy tarde, las sacaba para contemplarlas, como un dragón sentado sobre un tesoro. De todo esto sí me acuerdo. Mamá llegando a casa del trabajo, poniéndose sus vaqueros rotos, abriendo una lata de refresco, sentándose en el porche con un cigarrillo en la boca y los pies sobre la barandilla, y estirando las piernas al máximo para obtener la versión gratuita de su bronceado, mientras nos gritaba a Maggot y a mí que tuviéramos cuidado de no sacarnos un ojo por correr con palos. En otras palabras: una vida maravillosa.

Lo que no recuerdo es lo que no podía saber: ¿cómo se siente uno entrando en la edad permitida para tomar alcohol cuando ya lleva tres años acudiendo a Alcohólicos Anónimos? ¿Cómo de jodido es tener un hijo en el colegio y una larga relación con el pasillo de los artículos de fiesta de Walmart mientras tus antiguos amigos siguen yendo por ahí a drogarse o emborracharse, o contraen matrimonio, a ser posible alcanzando una combinación ideal de las tres cosas? Mi madre solo tenía a mano personas de mediana edad, por lo menos en la treintena: compañeros de sobriedad y compañeras de Walmart que le decían «Que tengas un día magnífico, cariño» antes de volver a casa con sus maridos, sus cubos de pollo frito y su *Jeopardy!* Para entonces, después de mi nacimiento, mi madre ya había probado sin éxito con varios novios, que la habían dejado porque (a) la hacían recaer en la bebida y la castigaban por su maternidad, o (b) pensaban que no era una persona divertida.

Y en estas apareció Stoner, asegurando que él sí sabía respetar a una mujer limpia de alcohol. Su aspecto parecía el de Don Limpio; la cabeza como una bola de billar, grandes bíceps, orejas con dilataciones en vez de llenas de pendientes. Mamá decía que podría dejarse crecer el pelo, pero que le gustaba afeitarse la cabeza. En su mente, un tipo cachas y calvo con un chaleco tejano sobre su torso desnudo era el no va más de la masculinidad. Si os sorprende que una madre le hable sobre lo que le parece sexi a un hijo que aún debe aprender a no hurgarse la nariz es que jamás habéis conocido la soledad extrema. Mamá me encendía un cigarrillo —mentolado, por supuesto, su idea de la versión infantil del tabaco— y teníamos nuestras charlas. A mí me parecía que fumar con mamá mientras discutíamos acerca de los diversos aspectos que convierten a un hombre en un semental era señal de un profundo respeto. De modo que aprendí algunas cosas sobre el tema: una cabeza afeitada con apenas una sombra de barba era algo mortalmente sexi. Pero llegó un momento en el que Stoner perdió fuelle en lo que respecta a afeitarse y acabó con una barba poblada, la más grande y oscura que puedes encontrar fuera de las páginas de los cómics protagonizados por Vándalo Salvaje.

Una de las poderosas divinidades de ahí arriba ha infestado la tierra de desgracias desde la

noche de los tiempos. Y alguien fabrica un espray Don Limpio Como Una Patena que promete acabar con el moho de tu andrajosa cortina de ducha hasta dejarla como nueva. Según mamá, Stoner era lo segundo.

Al llegar a casa del trabajo, comenzó a ponerse maquillaje en vez de a quitárselo, por si él aparecía. Y él lo hacía, dedicándose a repartir cumplidos. Que si mamá era preciosa, que si su belleza lo estaba matando, que si era más bonita que ninguna. A mí me llamaba «Su Majestad». ¿Qué significaba esto para un chaval que había podido ir creciendo gracias a saber falsificar la firma de su madre en los formularios para solicitar comida gratis? Stoner decía que mi problema era que me había acostumbrado a ser el niño de mamá. Si me pillaba con la cabeza apoyada en el regazo de mi madre mientras veíamos la televisión, decía: «Ah, mira. El pequeño rey está en su trono».

Pero Stoner tenía una camioneta Ford último modelo y una Harley FXSTSB Bad Boy, ambas sin pagos pendientes, y resultaba difícil darle la espalda a esa faceta suya. Cuando apoyaba aquella motaza sobre el caballete y entraba en casa a ver a mamá, Maggot y yo aparecíamos en escena, dedicando la siguiente hora a tocarla, a mirar nuestras estúpidas caras reflejadas en su carrocería, a desafiarnos a montar en ella. Del todo convencidos de que, si Stoner salía en ese momento, nos esperaba la silla eléctrica.

De modo que el día en el que se presentó haciendo rugir el motor y me preguntó si quería ir con él a dar una vuelta, solo hasta la autopista y volver, ¡Dios! ¿Cómo no iba a querer? Maggot me miró en plan «tío, qué suerte tienen algunos». Mamá nos pegó un grito desde el porche: «Asegúrate de tenerlo bien agarrado, Stoner; como le pase algo, te despellejo».

El problema era que yo no llevaba zapatos. Al ser sábado, habíamos estado haciendo prácticas de tiro con Hammer Kelly, una especie de primo postizo de los Peggot, algo mayor que nosotros. Un chaval callado y el favorito del señor Peggot a la hora de ir a cazar ciervos. Había traído un rifle de aire comprimido, pues en nuestro arroyo había muchos blancos a los que disparar; la cosa es que tuve que pararme a pensar dónde había dejado los zapatos. Seguramente en casa de Maggot. Parece que mamá creía que iba a necesitarlos, así que me mandó a por ellos, y eso hice. Pero no sin que antes la señora Peggot, asomada a la ventana, me interrogara sobre lo que estaba ocurriendo. Mamá se había acercado hasta el final de la carretera y Stoner se había inclinado para besarla, dando la sensación de que intentara sorberle algo de las entrañas con una pajita. Y ella, encantada de la vida. El caso es que la señora Peggot me advirtió de que probablemente me caería de la motocicleta de ese joven y me abriría la cabeza. «Y lo peor de todo es que puede que te abandone ahí mismo», dijo.

Hostia. Por mucho que me apeteciera montarme en esa Harley y devorar la carretera, después de eso ya no podía dejar de visualizar mi cabeza abierta como una nuez partida en dos, rodeado de vecinos, y Stoner alejándose a toda prisa rumbo a lo desconocido. A ver, la señora Peggot no era alguien que te enredara, la mujer sabía lo suyo. Por aquel entonces desconocía el aspecto de un cerebro infantil partido en dos, ahora sí que lo conozco. Está en lo más alto de mi lista de cosas que preferiría no haber visto nunca. Pero mi pequeña mente poseía un talento brutal para evocar imágenes. Así que salí a decirle a Stoner que me dolía el estómago. Maggot habría vendido un riñón por ir en mi lugar, pero, al ser un verdadero amigo, le dijo a Zoquete que volviéramos dentro a jugar a la Game Boy hasta que me encontrara mejor.

«Como quieras», dijo Stoner. Pero fue el modo en el que lo dijo, como «Que te zurzan». Ahí de pie, con el brazo alrededor de los hombros de mi madre, como si él ya hubiera cumplido.

Pero al final llegó el día en el que pude subirme a esa motaza, apretujado entre él y mi madre como la loncha de queso de un sándwich, y con los tatuajes de su cuello más cerca de lo que me habría gustado. Mamá iba a mi espalda, con su melena rubia ondeando al viento y los brazos extendidos para agarrarse a la tableta de chocolate de Stoner. Los tatuajes del cuello le reptaban por la cabeza hasta bien arriba. Me pregunté si se los habría hecho antes o después de afeitársela. Resultan sorprendentes las tonterías a las que les da vueltas un niño en vez de formularse las preguntas que de verdad son importantes, como, por ejemplo, cuál era el destino de esa vuelta en moto tan agradable.

Aquella primera vez fue Pro's Pizza. Stoner pidió una extragrande con un poco de todo, una cerveza para él y Coca-Cola para mamá y para mí. Después de haber comido un buen trozo de pizza, mamá se levantó para ir al baño. Y dos amigos de Stoner se sentaron en nuestra mesa sin preguntar, como si fuera lo más normal del mundo.

Yo no conocía a esos tipos. Se dice que en Lee County es difícil toparse con una cara desconocida, lo que sin duda se puede aplicar a mamá, quien a estas alturas ha dirigido a todo hijo de vecino a los vasos de plástico del pasillo diecinueve. Pero con los niños es diferente, solo están pendiente de los de su edad. Yo me había fijado en cómo miraban a mamá de arriba abajo, pero no entendía por qué formaban parte de nuestro grupo. El tipo que se sentó al lado de Stoner tenía la tez pálida, el pelo blanco y llevaba un montón de tatuajes, incluyendo uno de un tercer ojo en mitad de la garganta, que no sé cómo se le ocurrió pensar que era una buena idea. El que se sentó a mi lado apestaba a desodorante Axe y lucía ese bigotito y esa mosca que todos identificamos con el diablo o con Iron Man. Mi obsesión infantil por los superhéroes y los supervillanos hizo que mi mente se distrajera imaginando cómo los dibujaría. Al de los tatuajes lo llamaría «Ojo Extra», y sería capaz de leerte el pensamiento. Y el otro sería «Tufo Infernal», dotado del poder de matarte con su pestilencia.

Ellos se pusieron a charlar con Stoner. «¿Este cómo se llama?». «Así que un pequeño Demonio, ¿eh?». «El Demonio de Tasmania». Bromas que había escuchado un millón de veces. Pero entonces Tufo Infernal salió con «El Demonio de la chica del calendario», a lo que Ojo Extra añadió «Un zorro debe criar a sus cachorros, Stoner. Tienes suerte de que solo sea uno». Y Stoner le dijo que debía ir con cuidado, porque existía gente más lista de lo que pensaba.

—¿Ah, sí? Dime quién —preguntó Ojo Extra.

A mí también me picaba la curiosidad.

—Cruz —respondió Stoner, lo que supuso un bajón, pues pensé que quizá se refería a mí.

—¿Cruz qué más? —preguntaron.

Stoner les guiñó un ojo.

—El amigo del señor Cargar, putos idiotas. El señor Apechuga.

—Ah, ya lo pillo. El señor Cargar con una Cruz.

A mi tierna edad yo ya conocía a un buen número de gilipollas, pero ninguno que respondiera al nombre de Cruz. Aquellos tres estuvieron riéndose de él hasta que mi madre regresó del baño en lo que me pareció una eternidad. Sacaron vasos del dispensador y se sirvieron cerveza mientras interrogaban a Stoner sobre su proyecto de perforación. Yo no tenía ni idea de que Stoner perforara pozos. Él les preguntó a su vez qué harían si encontraran un Camaro que estuvieran dispuestos a comprar pero que llevara enganchado un remolque.

—¿«Comprarlo» o darle caña? —quiso saber Ojo Extra.

—¿Y no puedes destornillarlo, tío? —preguntó Tufo Infernal.

Los tres se partían el culo de la risa. Yo me quedé sentado sorbiendo mi Coca-Cola hasta el último cubito mientras se me congelaba la garganta, confundido por lo que se decía a mi alrededor.

Cuando el colegio acabó y dio paso a las vacaciones de verano, los Peggot me ofrecieron acompañarlos a Knoxville. Iban a visitar a June, la tía de Maggot, y pensaban quedarse dos semanas. June era enfermera en un hospital y se ganaba bien la vida. Vivía en un apartamento con una habitación de sobra. Para una persona soltera aquello significaba mucho espacio libre.

Lo primero que les pregunté fue: «¿Está Knoxville cerca del océano?». Respuesta: «No, queda en la otra dirección». Ya os he contado que de niño estaba obsesionado con ir a ver el océano. Así que aquello fue un bajón. Para dejar las cosas claras, no es que Virginia Beach quedase descartado; al contrario que Hawái o California, que ni me los planteaba. Según Linda, una compañera de trabajo de mamá que cada verano alquilaba ahí un apartamento durante una semana con su marido, bastaban siete horas de coche y un solo depósito de gasolina. Pero los Peggot iban a ver a su hija y me invitaban a sumarme, por lo que no estaba yo para exigencias. Además, la mera idea de visitar algo que no fuera la escuela, la iglesia y Walmart ya me parecía emocionante. Por entonces aún no había tenido ocasión de ir a ningún otro lugar.

Mi siguiente pregunta fue qué haríamos con mamá.

—Llegará tarde al trabajo si yo no estoy aquí para recordarle que ponga la alarma —le dije a la señora Peggot.

Me tenía que ocupar de muchas cosas, como encontrarle los zapatos del trabajo o la tarjeta de identificación, o recordarle que fuera al supermercado. La señora Peggot no acababa de entender cómo funcionaban las cosas entre mamá y yo. ¿Quién iba a sacarle las latas de refresco de la nevera?, ¿y con quién hablaría? La señora Peggot me dijo que fuera a preguntarle qué le parecía la idea, cosa que hice. Estaba convencido de que me diría que no, pero su rostro se iluminó y empezó a decir lo divertido que iba a ser que me fuera a Knoxville con los Peggot. Ni siquiera pareció sorprendida.

La noche antes de partir, llené la funda de mi almohada con ropa interior, camisetas y el cuaderno en el que dibujaba superhéroes, y dormí vestido. Por la mañana estuve listo en el porche una hora antes de que acabaran de llenar la camioneta, una Dodge Ram con los asientos traseros abatibles y encarados los unos a los otros. Maggot y yo nos pasamos todo el trayecto hasta Knoxville jugando al *slapjack*[12] e intercambiando patadas en nuestras costrosas rodillas.

Mamá se sentó conmigo en el porche a esperar a que los Peggot estuvieran listos y a que el sol asomara por detrás de las montañas que nos daban sombra. Vivir en un valle significa que el sol te alcanza bien avanzado el día y que se retira pronto. Como muchas otras cosas que desearías en la vida. Con los años he podido comprobar con asombro la cantidad de horas de luz solar que uno gana en terrenos llanos. Esta y muchas otras cosas aún estaban pendientes de ser descubiertas por aquel chaval ansioso, que observaba a su guapa madre fumar un cigarrillo tras otro y escuchar el trino de los pájaros. Me preguntó el nombre de los pájaros para pasar el rato, aunque ya se los había dicho con anterioridad. Yo solo reconocía el de unos pocos, era al señor Peg al que no se le escapaba ni uno. Chochín común, canario silvestre, rascador. Si en vez de ducharnos, nos lavábamos la cara y las axilas, nos decía que nos habíamos dado un «baño rascador». Que es precisamente lo que hice aquella mañana, dadas mis prisas por abandonar a mamá. Lo llevo grabado a fuego en el cerebro. El modo en el que no paraba de recordarme

algunas cosas: compórtate, di «por favor» y «gracias», sobre todo cuando te paguen algo, y no te dediques a ir husmeando por el apartamento de June. Cosas que había que decirle a un chaval antes de que cruzara a otro estado. Yo le recordé que le pusiera la maldita alarma al reloj. Y la hice reír porque ya me había encargado de colgar una nota en la puerta de la nevera que decía: PON LA MALDITA ALARMA DEL RELOJ. Me repitió un montón de veces que me quería y que no me olvidara de ella. Me pareció raro, porque mamá no era dada a tales arranques sentimentales.

Al fin nos llegó el grito del señor Peg desde el final de la carretera: «Venga, listos para partir». Empecé a bajar los escalones, pero mamá me agarró con fuerza por detrás y se puso a darme besos en el cuello delante de todos hasta que casi me muero de la vergüenza.

Y eso fue todo, ahí la dejamos. El señor Peg se despidió con un gesto de la mano y la señora Peggot se la quedó mirando con cara larga. La misma que mostró cada vez que se giró para preguntarnos si llevábamos puesto el cinturón o si nos apetecía una galleta. No se la quitó hasta bien pasada la frontera entre ambos estados.

4

Knoxville nos tenía reservada una sorpresa: una chica llamada Emmy Peggot que vivía en el apartamento de la tía June y era hija de Humvee, el difunto tío de Maggot. El de la pajarera. Emmy iba a sexto, era delgaducha, tenía una melena castaña y gastaba modos desafiantes. Llevaba a todas partes una mochila de Hello Kitty con la que parecía querer zurrarte y meter tu cabeza dentro. Averiguar los motivos que había detrás de esto llevaría su tiempo.

Nada más llegar nos apelotonamos en el Honda de la tía June para ir a almorzar a Denny's, con la excepción del señor Peg, que necesitaba mantener en alto su pierna mala tras el largo viaje. La tía June nos hizo ponernos el cinturón y fue la primera vez que vi tres de ellos que funcionasen en unos asientos traseros. Emmy se sentó en medio sin dirigirnos la palabra y se puso a sacar gomas de pelo y otras cosas de su mochila, dejándonos bien claro que no iba a dejarnos ver qué más contenía, como si pudiera haber algo demasiado chocante para nuestras jóvenes mentes.

La tía June nos dejó pedirnos lo que quisiéramos, por lo que fue como estar en un cumpleaños. Nos sentamos al lado de la ventana y nos costó concentrarnos, con todo lo que ocurría tras los cristales. Posiblemente yo era el único de toda la escuela que aún no había pisado la ciudad, junto con una niña huérfana y epiléptica llamada Gola Ham. La mayoría de chavales de mi edad ya habían visitado Knoxville porque tenían familiares. Todo me llamaba la atención. Si veía pasar un coche de policía con un perro en el asiento de atrás, o un vehículo de la grúa arrastrando un Mustang destrozado, me ponía a gritar: «Hala, tíos, ¡mirad eso!». Emmy me miraba con cara de «¿Y? ¿Es que en el lugar del que vienes la gente no destroza sus puñeteros coches?». La tía June estaba centrada en explicarle a la señora Peggot cosas de su trabajo. Entraba a trabajar después de almorzar y no salía hasta el día siguiente: turnos de día y de noche ininterrumpidos. Habló de las largas horas y de lo que veía en Urgencias, como aquella vez que una mujer embarazada se presentó con un cuchillo clavado en la barriga. Si te paras a pensarlo, en comparación un Mustang destrozado no parece gran cosa.

Con el tiempo descubriríamos más historias relacionadas con las Urgencias, que Emmy se dignó a compartir con Maggot y conmigo cuando abandonó su pose engreída. Resultó que las peores cosas que podían llegar a hacerse dos personas en mi lugar de procedencia también se planeaban y ejecutaban en Knoxville. Puede que incluso más. Lo que tienen las ciudades es que son enormes. Obviamente, ya había visto ciudades en la tele, pues es todo cuanto enseñan (a menos que se trate de *Animal Planet*), por lo que ya me había esperado algo como Knoxville. Pero pensaba que al doblar alguna esquina la ciudad quedaría atrás y vería de nuevo las montañas, ganado pastando y otras cosas vivas parecidas. Ni soñarlo. Siempre que la tía June nos llevaba en coche a algún sitio, pasábamos por veinte o treinta calles en las que solo había edificios. Era del todo imposible divisar el final. Si eres de los pocos que aún no ha estado en una ciudad, deja que te diga lo que es: un puto caos del que no es fácil escapar.

¿Estaba Maggot al corriente de la existencia de Emmy antes de que viniéramos? Sí. Todos los miembros de su familia lo estaban, y también mi madre, lo que me dejó de piedra. Por algún motivo, el hecho de que el difunto Humvee tuviera una hija viviendo con la tía June jamás se había mencionado en mi casa. Maggot me dijo que lo podía comentar con mamá, porque ella

ya lo sabía, pero que ni pío a Stoner. Yo le aseguré que ya habrían roto cuando regresáramos, por lo que no había problema. Esta conversación la mantuvimos durante la primera noche, después de que Emmy se durmiera. Habíamos estado viendo *Más allá del límite* hasta que al final se quedó frita. Maggot se acercó a rastras y le quitó la mochila para asegurarse de que se había dormido.

La habitación de sobra de la tía June era en realidad el hogar de la Doncella de Hielo. Tuvo que dejarla para que sus abuelos pudieran ocuparla durante las dos semanas que estaríamos allí. Los niños dormíamos en el salón en un improvisado nido gigante a base de sábanas y almohadas. Lo llamamos «el fuerte», pero Emmy nos corrigió diciendo que era nuestro «barco». El SS Impulsado Por tu Culo, sugirió Maggot, lo que le ganó verse degradado. Emmy tenía un amplio repertorio de muñecas pequeñas y ridículas metidas a su vez en cajas pequeñas y ridículas, y a cada una le había otorgado un rango: teniente, soldado, etcétera. Maggot solía acabar en lo más bajo del escalafón de esta milicia de muñecas en cajitas, en plan lavaplatos, mientras que yo andaba por la mitad. Intentamos que las muñecas participaran en robos y asesinatos, una idea a la que Emmy, para nuestra sorpresa, se sumó con entusiasmo. Nos contó que existía un lugar a las afueras de Knoxville llamado Granja de Cadáveres, en el que enterraban cuerpos que, una vez podridos, sacaban para estudiar aspectos científicos de los crímenes. Acordamos jugar según sus reglas y dormir en un barco de almohadas. Le pregunté si había visto el océano. Jamás, gracias, pero no. Esa fue su respuesta. Una vez había visitado el Acuario de las Maravillas Submarinas de Gatlinburg y los tiburones la aterrorizaban.

En mi opinión, el edificio en el que vivía era más terrorífico que cualquier tiburón. Era como estar atrapado en el castillo maldito del videojuego *Duke Nukem*. Mil familias vivían en él, las puertas de cada piso desembocaban en un pasillo, había escaleras que bajaban y que daban a nuevos pasillos. Al salir por la puerta principal, la calle estaba llena de coches y más coches, de gente y más gente. No había manera de salir. Le pregunté a Emmy quiénes eran todas aquellas personas y me dijo que no lo sabía, pero que no se les podía hablar por el peligro que suponían los desconocidos. El castillo maldito era su pan de cada día. En teoría tenía amigos de la escuela con zapatillas Nike Air Max, muñecos Furby, etcétera, es decir, más guais que nosotros, harapientos chavales de cuarto, pero ¿dónde se escondían? En ningún sitio. No podía verlos en todo el verano. Vivían en otros castillos malditos. Aquí uno no podía correr libremente como en casa, bajo la supervisión o no de los adultos, mejor la segunda opción. Emmy no pasaba un segundo sola, dado el peligro de los desconocidos y la posibilidad de acabar asesinada. Después de la escuela acudía a un sitio estúpido en el que hacía manualidades rodeada de niñas que no tenían su nivel, hasta que las mamás venían a recogerlas. Eso decía. Cuando a la tía June le tocaba el turno de noche, porque en Urgencias trabajaban sin descanso, Emmy dormía, desayunaba y veía la televisión en el apartamento de una vecina de abajo, una señora mayor con dos gatos de mirada hostil. Esto significa que al menos un vecino no era un genio del crimen. Sus gatos eran otro cantar. Aquella era la vida de Emmy: el colegio, confeccionar chorradas a partir de palitos de polos, dormir.

La tía June nos dijo que pronto dispondría de unos días libres y que entonces podríamos hacer cosas. Mientras tanto, el señor y la señora Peggot se sentaban a la mesa con las luces apagadas, pues no querían gastar la electricidad de su hija. El señor Peg no había pisado la calle y allí no había ni siquiera un patio. Nada de nada, lo sé porque lo había preguntado. Yo no concebía que pudiera existir un lugar así. Ya no solo por el hecho de que los niños no tenían

adonde salir a hacer el gamberro. ¿Dónde cultivaba esa gente sus tomates?

El apartamento en sí estaba bien, siempre que te olvidaras de su ubicación. Tenía clase, como la propia tía June, con sus uñas relucientes y su cabello corto y castaño que recordaba al de la pija de las Spice Girls. Con pequitas. Sin duda buenorra, o al menos eso habría pensado de no llamarla tía June. Su mobiliario estaba por encima del de la media y conjuntaba. Tenía una nevera en la que el agua y el hielo salían de la parte delantera, y una isla de cocina con taburetes. Una estantería con libros. Un baño de uso comunitario y otro de uso exclusivo para la tía June, situado en su dormitorio, con bañera. Por algún motivo, las bañeras seguían dándome miedo, pero no solté prenda. También tenía un armario con un zapatero en la puerta que contenía veintiún pares de zapatos. Los conté. En nuestro primer día allí, Emmy insistió en enseñarnos todas las características especiales del lugar, lo que nos llevó en torno a una hora. Al acabar no sabíamos muy bien qué hacer. La señora Peggot hurgó en el armario de June y se puso a remendar. Era capaz de remendar cualquier cosa, de tal modo que nadie habría dicho nunca que allí hubo un desgarrón, y le confeccionaba toda la ropa a Maggot; era uno de sus superpoderes. El señor Peg leía el *Knoxville News Sentinel*, incluyendo los obituarios de un millar de desconocidos, y se quejaba de no tener un lugar en el que fumar. Hasta que se le ocurrió bajar a la entrada del edificio para reunirse con más desconocidos que fumaban como carreteros con pose amigable. Maggot y yo jugábamos por turnos a la Game Boy mientras esperábamos a que la tía June regresara de salvar a la gente de sus ataques al corazón o de sus heridas de bala. O yo me ponía a dibujar en mi cuaderno. Hice un dibujo de la tía June luciendo un corpiño como el que lleva Wonder Woman y le concedí el superpoder que ya posee en la vida real. A veces todo quedaba tan en silencio que podíamos oír a los vecinos o sus televisores. No hay nada más extraño y solitario que una ciudad.

El armario del dormitorio de la tía June estaba enmoquetado —el interior de un armario, ¡increíble!— y era lo suficientemente grande como para que cupiéramos los tres. Maggot y yo nos sentábamos en la oscuridad, con franjas de luz filtrándose oblicuamente por las rendijas de la puerta, junto a veintiún pares de zapatos, y escuchábamos las historias de Emmy sobre la gente que llegaba a Urgencias. Un tipo al que le amputaron una pierna que acabó enterrada con el cadáver equivocado. También las que explicaba la tía June. Chavales del instituto de Jonesville que se la habían querido trajinar y a los que ella había mandado a hacer puñetas, incluso después de que alguno le hubiera pedido matrimonio. Lo mismo, pero con diferentes protagonistas, en la escuela de Enfermería. Aguardábamos con ansias la parte que nos revelara lo ocurrido con los padres de Emmy y los motivos por los que ella vivía con la tía June, una mujer tan determinada a renunciar a pretendientes y bebés. Ni mu. Emmy estaba por otras cosas, como su alijo secreto bajo un trozo de moqueta levantado. La primera vez que se puso a palpar dentro del armario pillé a Maggot mirándome con una expresión de «¿qué demonios?» en su rostro atravesado por franjas luminosas. Y en estas que Emmy salió con un paquete de cigarrillos y otro de chicles aplastados. Nos preguntó si queríamos un chicle y le dijimos que sí.

—¿Qué se siente al desear algo? —nos dijo.

La observamos deshacerse muy lentamente del envoltorio de un chicle y metérselo en la boca, hipnotizados por la rareza de aquella chica y salivando, aunque en realidad no quisiéramos uno. Se retiró el pelo detrás de sus delgados hombros. Nos llegó el aroma afrutado.

—Maleducada —soltó Maggot al cabo de un minuto.

—Por aquí me entra y por aquí me sale —respondió ella.

La tía June era todo lo opuesto a Emmy. Nos dio a cada uno unos boles especiales para aperitivos que podíamos rellenar y comer cuando quisiéramos. Al fin consiguió sus días libres y nos llevó a un montón de sitios: a un parque de camas elásticas, al minigolf, al hospital. Y al zoo, donde nos pasamos todo un día. Vimos tigres, jirafas y todo eso. Y monos a los que Maggot y yo conseguimos volver locos hasta que la tía June nos ordenó que paráramos si no queríamos irnos directos a casa. Era un encanto, pero no estaba para hostias. Hacía un día sofocante, que los animales probablemente llevaban igual de mal que los humanos. Los únicos felices eran unos pequeños pingüinos que se deslizaban sin descanso por unas rocas que desembocaban en una piscina no muy limpia. Yo estaba en plan «¡eso sí es vida!». Me habría cambiado por ellos pese a la mierda de pingüino. Le pregunté a la tía June si el zoo contaba con una zona oceánica, pero resultó que no. Puede que se lo preguntara varias veces.

Entonces se le ocurrió una idea. Me agarró de las orejas como si fueran unas asas y se me quedó mirando fijamente.

—Sé lo que te chiflaría —me dijo.

En Gatlinburg había un acuario gigantesco que reproducía las condiciones de un océano. Con tiburones y todo. No dije que Emmy ya me había hablado de él, y no precisamente bien. La tía June me soltó las orejas y me dijo que lo visitaríamos tan pronto como dispusiera de más días libres. Emmy me dedicó una mirada que decía: «Te lo advertí, así que no me llores si una mañana te despiertas y descubres que te han arrancado los huevos».

Pero, pese a los tiburones, y por mucho que a Emmy le dieran miedo, íbamos a acabar yendo. A todo cerdo le llega su sanmartín.

La tía June se deslomaba a trabajar y nos llevaba a muchos sitios, pero, como niño que era, yo no reparé en ello hasta que una noche llegó tarde a casa, o quizá ya fuera temprano por la mañana. Yo estaba despierto, pero permanecí en silencio para no asustarla. Pasó demasiado rato como para que no le pareciera raro descubrir de golpe que la había estado observando desde mi montículo de almohadas. Se sirvió un vaso de agua, se quitó los zapatos blancos, se sentó a la mesa y se quedó mirando el vaso. Se pasó las manos por el cabello como si se lo estuviera peinando, un gesto que le había visto hacer a Maggot en varias ocasiones. Tenía sus mismos ojos, las pestañas de ese azul oscuro por el que sus primas matarían. Nunca había visto a la madre de Maggot, pero en ese momento pensé en ella como en la hermana pequeña de la tía June. Me las imaginé jugando juntas. En la actualidad, una de ellas procuraba unir a la familia con todas sus fuerzas mientras la otra cumplía una pena de diez o doce años en Goochland por intentar cortar a una persona en trocitos. Algo que casi consigue.

La tía June estiró las piernas por debajo de la mesa y se reclinó en la silla. Mantuvo la postura tanto rato que pensé que quizá se había dormido, pero no. Al cabo de un rato pude oír cómo soltaba el aire, de un modo tan prolongado y sutil que me recordó a un colchón inflable con una pequeña fuga. Me pareció increíble lo mucho que necesitaba sacar. Duró una eternidad.

El día que fuimos al acuario acabó siendo el más feliz de mi vida. Si consigo ver el océano y resulta mejor que las Maravillas Submarinas de Gatlinburg, alucinaré. Tenían todo lo que puedas imaginar: caballitos de mar, pulpos, medusas que nadaban bocabajo, tanques poco profundos en los que podías meter la mano. La atracción principal era el Túnel de los

Tiburones, donde caminabas bajo un tanque gigantesco que contenía los ejemplares de mayor tamaño: tiburones, rayas, tortugas. Pero hablo de tortugas del tamaño de un Honda. Un pez sierra, que es una especie de tiburón de cuya cara sale algo parecido a una sierra mecánica. Lo digo en serio.

La señora Peggot vino con nosotros. Uno de los dos siempre tenía que quedarse para que el resto cupiéramos en el coche. Si se quedaba el señor Peg, se dedicaba a arreglar algo. Si lo hacía la señora Peggot, cuando volvíamos nos tenía la cena preparada, lo que provocaba que la tía June sintiera nostalgia de su antiguo hogar. El día que visitamos el acuario, la señora Peggot y la tía June no dejaron de hablar, pese a que había cosas jodidamente alucinantes a las que deberían haber prestado atención, como el pez sierra. Por no mencionar que se había gastado una pasta, unos cien dólares o así, en las entradas de todos. Pero dado que no tardaríamos en marcharnos, imagino que madre e hija tenían muchos asuntos pendientes de los que hablar, como lo duro que trabajaba la tía June, a lo que se oponía la señora Peggot, y algo relacionado con sus turnos y con cambiar de hospital. O como un tipo llamado Kent, con el que pensaba empezar a salir y que era un representante farmacéutico, lo que imagino que no es lo mismo que un camello,[13] dado lo legal que era la tía June. Pero nada de esto era de mi incumbencia, por supuesto.

Dejamos el Túnel de los Tiburones para el final, por ser lo mejor y porque la tía June y Emmy llevaban toda la semana enzarzadas en una pelea a muerte sobre si la segunda iba a entrar o no. Emmy empezó por negarse en redondo a ir a Gatlinburg. Su segundo y también fallido plan consistió en querer quedarse en el coche. La tía June solía ser muy dulce, pero se mostraba inflexible cuando la situación lo requería. Podía imaginarla en Urgencias soltando: «Lamento que haya acabado con estos agujeros de bala, señor, pero tengo que hacer mi trabajo». Resumiendo, Emmy iba a entrar en ese maldito tanque sí o sí. La tía June dijo que la primera vez que lo había hecho era muy pequeña y que ahora debía volver al ruedo para descubrir que no había nada que temer.

De modo que fuimos para adentro, con la tía June ignorando a Emmy mientras Maggot y yo flipábamos con los millones de toneladas de agua que teníamos sobre nuestras cabezas en los que nadaban bichos enormes. El suelo se movía. No me lo esperaba. Éramos arrastrados por nuestros propios pies hacia las profundidades marinas. Me di la vuelta para ver qué opinaba Emmy y, ¡virgen santa!, la chica estaba paralizada. La gente debía sortearla con sus carritos de bebé y sus bebidas para acceder a aquello por lo que habían pagado una pasta, mientras ella permanecía inmóvil del susto.

No me paré a pensar y desanduve el camino. Pero el suelo se deslizaba, por lo que no iba a ningún lado, sintiéndome como en uno de esos sueños en los que el tiempo parece dejar de existir. Emmy me miraba con expresión de pánico. Me abrí camino entre personas con la cabeza levantada para observar a las criaturas marinas, al modo de Aquaman avanzando por la laguna de Atlantis, hasta que acabé pisando tierra firme y Emmy se agarró de mi brazo, como si corriera peligro de ahogarse.

—No pasa nada, no íbamos a dejarte atrás —le dije.

—Pero lo ha hecho. Ni se ha girado.

—No habría abandonado el edificio. Habría vuelto a por ti tras recorrer el túnel.

—No me ha dado esa impresión —dijo Emmy temblando.

—Iba a hacerlo. La tía June nos vigila muy bien.

Ya me veía condenado a esperar a que regresara el grupo y a aguantar a Maggot hablándome sobre el puñetero Túnel de Tiburones de Gatlinburg durante el resto de mi vida. Pero por algún motivo, Emmy dijo «Vale, vamos allá». Tuve que agarrarla de la mano. No abrió los ojos en ningún momento.

Era verdad lo de que June nos vigilaba. Algo que no habría podido decirse de mi madre bajo ninguna circunstancia. Esto provocó que me viera prometiendo a Emmy que uno puede ir con confianza por la vida. Bien sabía que no era así. En realidad, debería haberle dicho que se dejara guiar por el instinto. Jamás vuelvas a entrar en el ruedo, porque vas a acabar por el suelo siempre. Quizás así habría sabido enfrentarse a lo que le esperaba más adelante en la vida, y quizá las cosas habrían salido mejor. Pero estoy adelantando acontecimientos. Perdonad.

La tía June nos dio cinco dólares para gastar en la tienda. Maggot se compró un tiburón martillo de plástico; Emmy, caramelos, y solo faltaba yo. Siguiendo un impulso, decidí comprar algo para Emmy, un pequeño brazalete plateado con una serpiente. Según la etiqueta, era una «morena», es igual. Se lo di mientras nos dirigíamos al coche. Le dije que probablemente odiara las serpientes, pero que podría servirle de amuleto del valor. Se limitó a darme las gracias. Luego, en el camino de regreso, soltó que estaba enamorada de mí y que nos casaríamos cuando fuéramos mayores. De acuerdo, le dije. A estas alturas ya me había acostumbrado a la cadena de mando. Pero, si he de ser sincero, me quedé sorprendido. Le pregunté por qué me había escogido a mí y no a Maggot.

—Es obvio. Matty es mi primo —me respondió.

Aquello me recordó la pena que me producía carecer de primos. Sin embargo, no había pensado que el asunto podía tener su lado positivo, como aspirar a que Emmy se enamorara de mí. Le dije que no sabía cómo conseguir que yo también me enamorara de ella. Me dijo que no me preocupara, que no había nada más fácil, a ella le pasaba todo el rato con chicos del colegio y de la heladería.

Maggot dijo que eso demostraba que Emmy era una puta. A mí me dio la impresión de que se sentía excluido.

El día que hicimos las maletas para volver a casa, Emmy me acorraló con toda una serie de instrucciones. Debía convencer a mamá de que me dejara llamarla. Estamos hablando de los años noventa, por lo que no existían ni Facebook ni los mensajes de texto. De no hacerlo, Emmy amenazaba con dejarme y enamorarse de otro. Visto con perspectiva, aquella era buena lección que mejor aprender cuanto antes. Pero la verdad es que apenas había pensado en mamá desde que nos habíamos marchado. Y eso que ella había insistido mucho en que no la olvidara, lo que en su momento me pareció estúpido. ¿Quién se olvida de su madre? Yo, al parecer.

Intenté compensarlo pensando mucho en ella durante el camino de regreso. Eran dos horas, pero hicimos una parada para repostar y tomar una Coca-Cola en Cumberland Gap, y otra en el parque del bisonte. El señor Peg era el conductor más lento que puedas imaginarte. A paso de tortuga llegamos por fin al camino de entrada, que subimos a unas exasperantes cinco millas por hora. Yo estaba listo para abrir la puerta y salir pitando antes de que se detuviera el vehículo, pero la señora Peggot se dio la vuelta y me puso una mano en el brazo mientras el resto bajaba. Dijo que me tenía que contar algo. La noté nerviosa y eso no me gustó un pelo.

—Bueno, no me vas a contar que está muerta, porque puedo verla —le dije. Mamá debía de

haber oído la camioneta porque había salido y me esperaba en el porche.

—No, no ha muerto nadie. Son buenas noticias. Tienes un papá —dijo la señora Peggot.

—Y está muerto —dije, sin querer sonar irrespetuoso.

—Esto... no, no lo está. No el papá al que me refiero.

Pensé en la tumba en la que yacía mi padre y que tantas discusiones había provocado acerca de si debía o no ir a visitarla.

—¡Lázaro no existe! —solté.

La señora Peggot me miró con extrañeza.

—No, él no. Uno nuevo. Y, ahora que ya lo sabes, puedes irte.

Seguía sin entenderlo mientras mamá me comía a besos y abrazos en el porche. Entonces salió Stoner. Por un instante me pregunté qué debía de pensar él del hecho de que yo tuviera un padre nuevo. Entonces caí.

5

Durante las dos semanas que estuve fuera, mi madre hizo lo siguiente:

1. Se casó con Stoner.
2. Pidió vacaciones en el trabajo para disfrutar de una semana de luna de miel en Luray Caverns.
3. Cambió los muebles de sitio.

Mamá y Stoner se habían quedado con mi dormitorio con el pretexto de que era el más grande de la casa, y ellos, dos contra uno. Me aseguró que pronto nos mudaríamos a un lugar mejor, ya que Stoner se ganaba bien la vida. Yo deambulaba por una casa que ya no sentía como propia mientras Stoner hojeaba su revista de motos *American Iron* con las botas encima de la mesita baja del comedor. Ni siquiera se dignaba a llevar una camisa, se conformaba con una camiseta sin mangas. Como si aquello fuera su reino y ya no debiera impresionar a nadie.

En mi dormitorio, que no era mi dormitorio, la cama estaba colocada bajo la ventana, algo que odiaba, y mis muñecos de superhéroes se alineaban en una estantería siguiendo la lógica más estúpida que te puedas imaginar: los rojos juntos, los verdes con los verdes, con un desprecio absoluto por sus poderes y las alianzas que establecían entre ellos. Daba la sensación de que el fantasma de un niño descerebrado hubiera acabado encerrado ahí durante mi ausencia y se hubiera dedicado a ordenar mis cosas de un modo absurdo.

Además, el fuerte que compartía con Maggot lo ocupaba ahora un perro. Era grande y oscuro como la barba de Vándalo Salvaje, y sus ojos transmitían odio. Cada vez que te acercabas se ponía a ladrar y a dar saltos hasta ahogarse con la cadena.

El colegio empezaría en pocas semanas y por primera vez en mi vida deseé que el verano llegara a su fin. ¿Quién habría dicho que algo así fuera posible? Hasta que eso ocurriera yo pasaba todo el tiempo con Maggot, recordándole lo afortunado que era por no convivir con unos padres. Maggot no podía estar más de acuerdo. Desde su dormitorio en la planta superior observábamos a Stoner teniendo sus «sesiones» con Satán en la perrera. Por si pensabais que yo era un llorica, el muy capullo llamaba a su perro Satán. Lo entrenaba para convertirlo en una máquina de matar, utilizando bistecs crudos: los agitaba en el aire y se los arrancaba de la boca, volviéndolo loco. Stoner disfrutaba como un niño.

—Madre del amor hermoso, será mejor que te quedes aquí conmigo hasta que ese perro le arranque los pulmones a su amo —fue el consejo que me dio Maggot.

No hacía falta que lo dijera, pues ese era precisamente mi plan para lo que quedaba de verano. Una vez acabara, mi tiempo en casa se limitaría a las horas de después del colegio. Daba por hecho que a los Peggot les parecería bien.

A quien no le pareció bien fue a mamá. Empezó a hacerme preguntas. ¿Acaso los Peggot intentaban ponerme en contra de Stoner? Como si fuera necesario; el hombre se bastaba a sí mismo para ello, le dije a mamá. Me soltó una bofetada por listillo. Pero la cosa no terminó ahí, ni mucho menos. Empezó a comportarse como si la opinión de los vecinos acerca de su nuevo marido importara más que la mía. O la suya.

Al final me enfureció tanto que le conté lo que la señora Peggot me había dicho aquel día

sobre que a Stoner no le importaría que me cayera de su Harley y me reventara la cabeza. Mamá abrió mucho los ojos y me prohibió volver a su casa el resto de la semana. Mamá era una persona pequeñita, diminuta, la verdad, lo que, según la señora Peggot, se debía a que en el momento de tenerme todavía no había acabado de crecer. En consecuencia, con diez años yo era casi de su misma altura, y en algunas ocasiones me atrevía a soltarle: «Intenta detenerme». Aquella fue una de esas veces.

Su respuesta fue que quizás ella no fuera capaz, pero que no cabía duda de que Stoner sí, maldita sea. Aquello me hizo pensar que se había buscado un marido para situaciones como esa.

En otras palabras, teníamos un buen cirio montado en casa. Yo estaba demasiado enfadado para que me importara, pero creo que mamá albergaba sus dudas. Tenía a Stoner todo el día dándole la brasa con que se vestía como una puta, preguntándole con quién flirteaba en el trabajo y adónde iba al salir, que era a ningún sitio. Ni siquiera le parecía bien que acudiera a las reuniones de Alcohólicos Anónimos y de Narcóticos Anónimos, porque la mayoría de los asistentes eran hombres. A la menor ocasión le recordaba que ahora estaba casada y que se había acabado lo de ir de flor en flor.

O sea que quizá las arengas de mamá iban dirigidas tanto a sí misma como a mí. Que si éramos muy afortunados porque Stoner tenía un buen trabajo. Algo que en Lee County eran palabras mayores, os lo garantizo. Que si el ramo que lo empleaba estaba cogiendo impulso y acabaría ganando mucho dinero, que no nos faltaría de nada.

¿Cuál era ese trabajo que convertía a Stoner en el segundo advenimiento de Jesucristo? Era conductor de vehículos comerciales. Esto significaba que conducía una camioneta con un permiso especial que, además de las mierdas de costumbre, le permitía transportar cerveza. Aunque él prefería llamarlo «producto». Distribuía para la empresa Anheuser Besch. Cada año debía pasar un examen que demostrara que era capaz de levantar y mover producto hasta un total de sesenta y cinco kilos. Estas y muchas más cosas que yo no tenía el menor interés en saber me las explicaba mientras se ejercitaba en el suelo con sus pesas XMark, que se había traído junto con algunos malos olores y a Satán. Las pesas ocupaban la mayor parte de la sala de estar, sobre todo cuando se estiraba entre ellas con su camiseta sudorosa y su faja de cuero para levantarlas, cosa que hacía con las venas del cuello a punto de estallar y un gemido de esos que uno suelta cuando aprieta fuerte en el váter.

—Me encargo de promocionar bebidas y de hacer rotación de producto para más de cincuenta cuentas —me dijo, como si fuera un profesor o vete tú a saber—. Cubro la totalidad de las rutas sin importar el estado de las carreteras.

A mi madre lo que le entusiasmó fue la parte médica y dental. Ahora estaría cubierto si tuvieran que extirparme las amígdalas o si me atropellara un coche. O para recibir los medicamentos del TDAH sobre los que algunos de mis profesores llevaban mucho tiempo insistiéndole a mamá. «Ah, sí, el *Ratalín* o lo que sea lo calmará un poco», dijo Stoner. Ella se mostraba indecisa. Pero lo que tenía claro era que me iba a llevar de cabeza al dentista, lo necesitara o no. A mí la idea no me entusiasmaba. Había oído a algunos niños asegurar que era como una cámara de torturas, mientras que otros decían que no había para tanto. Yo nunca había estado.

No tardé en descubrir que el hecho de que me taladraran los dientes iba a ser el menor de mis males a partir de entonces. Stoner había confeccionado un plan destinado a que la vida del

joven Demon diera un completo vuelco. Me lo detalló una mañana mientras desayunábamos, después de que mamá se fuera al trabajo. Iba a aprender autodisciplina, como la que enseñan en el ejército. No es que él hubiese hecho el servicio militar, ojo. Me imagino que lo habría visto en alguna película.

Mamá había sido demasiado blanda conmigo, me dijo, encorvándose para meterse en la boca otra cucharada de Cheerios con leche, lo que me hizo pensar que comía igual que un chucho. Incluso el bol de plástico rojo que utilizaba podría haber sido el de un perro. Mamá me había tolerado semejante actitud, añadió, pero había llegado la hora de que aprendiera a vivir con rectitud, mostrando disciplina y respeto por los demás.

Yo no abrí la boca.

Stoner se abalanzó sobre mí como un rayo y me soltó un sopapo en la mandíbula. La cuchara que sujetaba en la mano salió volando hacia el suelo. Un oído comenzó a zumbarme y la mejilla, a arderme.

—¿Qué he hecho? —le pregunté, mirándolo a los ojos.

—Arrogante mierdecilla. No es lo que has hecho, sino lo que estabas pensando.

¿Y qué estaba pensando yo? Que Stoner se tomaba el desayuno como un perro. Un perro con las orejas perforadas. Me entraron ganas de enganchar una correa a uno de esos agujeros y llevarlo a dar un paseo movidito.

«La situación es la siguiente», prosiguió Stoner con toda la calma, como si nada hubiera pasado, limpiándose leche de la barba con el dorso de la muñeca y rascándose la tatuada cabeza. Me dijo que todo aquello no era nada raro, teniendo en cuenta lo jodido que yo estaba. ¿Cómo iba a saber mi madre criar a un niño? Ella había crecido en hogares de acogida. Por lo tanto, era inevitable que criara a otro perdedor absoluto. Mientras lo escuchaba, pensaba para mis adentros que, si acababa de considerar a mamá una perdedora absoluta, ¿por qué se había casado con ella? Perdí el hilo de adónde quería ir a parar con aquella charla sobre lo afortunados que éramos mamá y yo, y sobre su misión de enderezarnos a ambos.

Yo tenía los puños sobre la mesa, flanqueando el bol de cereales, y mi pelirroja cabeza firme sobre los hombros. Stoner terminó de sorber sus cereales a lo perrito. No pestañeé, no moví ni un músculo. Yo también había visto películas sobre el ejército. Que la leche de mi bol se agriara, que el día diera paso a la noche, a mí me era indiferente. Me quedé sentado a la mesa. Stoner apartó su silla, arrojó el bol al fregadero y salió. Cerró la puerta metálica con mosquitera de un golpe seco.

Yo recogí la cuchara del suelo y me puse a comerme los cereales. Era mi triunfo, si es que podía haber alguno. Me fui llenando como un bol bajo un grifo goteante. Me fui llenando de odio mientras aguardaba a que saliera el hombre que llevaba dentro.

Le conté a la señora Peggot lo que me había pasado con Stoner y me dijo que tendría que hablar con mamá; era eso o llamar a los Servicios Sociales. Escogí a mamá. Así que tuvieron esa charla. Noté que mamá estaba dolida con Stoner. Quizá no fuera consciente de lo fea que se estaba poniendo la cosa entre los dos hombres de la casa. Intentó pararle un poco los pies. Una noche trajo pizza para cenar. Mientras nos la comíamos en la sala de estar con la televisión encendida, ella puso su vocecilla alegre y de pajarillo para hacernos saber que seguía teniendo cosas que decir y el derecho a que su voz se escuchara en aquella casa. En la tele ponían anuncios.

Stoner le preguntó a qué cosas se refería. Y ella le respondió que a cosas sobre ella. Dijo que yo seguía siendo su hijo. Stoner se mantuvo en silencio. El televisor volvió a emitir la serie *Ley y orden*, y a mí se me habían quitado las ganas de comer. La pizza era la hawaiana con jamón y piña de Pro's, mi favorita, algo que por descontado sabía mamá y que a Stoner se le escapaba. Aquella pizza era como un mensaje en clave con el que mamá me decía: no abandones el barco, estamos juntos a bordo. Pero dado el silencio y la mirada asesina de Stoner, yo me contentaba con no vomitar lo que llevaba comido.

La serie terminó. Stoner se levantó, apagó el televisor y volvió a sentarse, clavando los ojos en mamá.

—Ya veo —dijo—, porque ahora resulta que las borrachas y las pastilleras saben muy bien cómo cuidar de sus hijos.

Mamá me buscó con la mirada. «Menudo cristo, lo lamento tanto que podría morirme ahora mismo», decían sus ojos.

Yo sabía que lo sentía. Habíamos pasado por esto un millón de veces. Era el paso número nueve, pedir perdón a quienes has herido. Esto y el poder superior, el inventario moral, la aplicación de los principios, lo habíamos cubierto todo. Ella lo había intentado y, para ser honestos, imagino que seguía haciéndolo.

—Mamá está sobria —dije—. Dejó de beber para poder estar conmigo.

—¿Y a ti quién demonios te ha preguntado? —dijo Stoner. Se inclinó sobre la mesita baja, cerró la caja de la pizza y la alejó del lugar que yo ocupaba en el suelo. Como si fuera un animal al que él entrenara y que acabara de perder su recompensa. Se dio la vuelta para encararse de nuevo a mamá.

—Quieres tanto a tu hijo que dejas que sean los puñeteros vecinos quienes lo eduquen. Y eso que ya hemos hablado del tema. Te lo he explicado y tú no has hecho caso. Continúa pasando más tiempo en casa de los malditos Peggot que en la suya. ¿Me equivoco?

—No —dijo mamá.

—No, no me equivoco. Tú aquí mirando para otro lado mientras él se pasa el día de aquí para allá con el vecino mariquita, el hijo de la presidiaria. ¿Me equivoco?

Mamá no dijo nada.

—El pequeño maricón que tiene a su madre en la trena por apuñalar a su puto novio —gritó Stoner, pegando el rostro a mamá—. ¿Me? ¿Equivoco? ¿Joder?

Ella asintió y luego sacudió la cabeza. Confundida por culpa del pánico. Stoner se dio la vuelta para encararse a mí.

—¿Este es tu plan, Demon? ¿Convertirte en un maricón?

—No tengo ningún plan —dije.

No podía creer que estuviéramos teniendo esa conversación.

—¿Ah, no? ¿No piensas echarte un novio al que luego apuñalar y acabar violado en grupo en la cárcel? ¿Acaso en esta familia somos de ese tipo de gente?

Me pregunté cómo le sentaría a Stoner que por toda respuesta le vomitara encima, ya que hacia ahí íbamos. Pero no le importaba, se dio la vuelta para gritarle a mamá. A esas alturas mis reservas de pena por mamá ya andaban bastante agotadas. Casarse con aquel capullo no había sido idea mía.

—Díselo —le gritó—. Ahora mismo, para que todos podamos oírlo. No va a volver a jugar con ese mariquita. Ni mañana ni nunca. O habrá consecuencias.

Mamá obedeció y sentí que no podría perdonarla.

Apenas salí de casa hasta que empezó el colegio. Llovió casi toda la semana, reforzando la sensación de estar preso. Vi un millar de reposiciones de *X-Men*, *Iron Man*, *Exosquad* y *Hulk*. Cuando Stoner reclamaba la televisión, me encerraba en mi cuarto a leer los cómics originales. Llené mi cuaderno de dibujos en los que Stoner era un supervillano que acababa machacado de diferentes formas. Llegó un momento en el que las películas, los cómics, los dibujos y mis sueños conformaron un revoltijo en el que mi yo terminó por disolverse. Quedé reducido a un chaval en apariencia tranquilo que se parecía a mí y bajo el cual se agazapaba una bestia, a la espera de que una explosión de rabia le hiciera lanzar rayos gamma por los ojos.

¿Os acordáis de aquello que os dije acerca de que si las personas prestaran verdadera atención podrían distinguir unas cosas de otras? Un «si» enorme. Posiblemente el «si» más gigantesco sobre la faz de la tierra. ¿Cómo puede uno no enterarse de nada en lo que hace referencia a las serpientes y una barbaridad en lo que atañe a las personas?

No nos conocéis, ni a Maggot ni a mí. Si nos vierais, pongamos, en clase de segundo, veríais dos gotas de agua. Dos chicos blancos, más o menos. Mi difunto padre era *melungeon*, lo que se toma normalmente por blanco, y mi madre, una rubia pequeñita. De modo que no soy tan blanco como otros, pero sí lo suficiente como para pasar por uno. Dos granujillas, entonces, con las uñas sucias y bambas de Walmart: si sois de ciudad, me imagino que nos tildaríais de paletos. Tal para cual.

Ahora voy a saltar un poco hacia delante, lo que implica romper mi promesa, pero solo será un momento. Noveno curso. Yo estoy grandote y luzco un bigotito pelirrojo. Maggot se ha dejado crecer el pelo hasta los hombros y ha empezado a robarles el lápiz de ojos y el esmalte de uñas a sus primas, los baratos de la cadena Walgreens. Aunque cuenta con dinero propio, es un chico y no puede comprarlos. Porque su intención es usarlos. También espera desembarazarse de sus bambas. Hemos empezado a oponernos con fuerza a la ropa confeccionada en casa por la señora Peggot. ¿Más camisas tejanas con flecos? No, gracias. Por algún motivo, los gustos de Maggot han vuelto a centrarse en lo llamativo.

Fijaos bien en nosotros: un chico hetero y otro gay. No importa quién seas ni lo que vayas predicando —«Bien por él», o «Le daría una bofetada», o incluso «Me la suda»—, que no podrás evitar ver lo que ves: un chico hetero y otro homosexual. Los ojos solo ven lo que quieren ver. Aunque siga siendo exactamente el mismo niño que un día fui, igual que Maggot. Maggot jamás cambió.

Fui yo el que empezó a llamarlo así. Éramos pequeños y me parecía desternillante. Y fui yo quien lo mantuvo con vida. ¿Cómo iban a llamar en la escuela a un niño de nombre Matty Peggot más que Matty Faggot?[14] Intenté que nadie se enterara. Sin embargo, no puedo decir que el resto de insultos no calaran, pues lo hicieron. También es cierto que, excepto aquella noche con Stoner, todos se guardaban de soltarlos en mi presencia.

No ignoraba lo que pensaba la gente. Pero una vez algo es expresado con palabras, ya no hay manera de retirarlo. Ahora sentía ese gusano abriéndose camino y expulsando veneno por mi cerebro, intentando cambiar mi opinión sobre Maggot, mis sentimientos sobre el hecho de que nos vieran juntos.

Hasta entonces yo había sido un recopilador esporádico de motivos para odiar a Stoner. Aquella noche un fuego prendió dentro de mí. Calcinaría a aquel individuo por lo que me había

metido en la cabeza.

6

¿Cómo acabó en prisión la madre de Maggot? ¿Cuánto sabía yo acerca de aquella historia en aquel momento, cuando Maggot y yo íbamos todo el día de un lado para otro, con los cerebros aún tiernos y las cabezas bien rapadas? La señora Peggot se había esforzado por mantenernos al margen de los detalles escabrosos. Ahora bien, una historia tan jugosa como esa inevitablemente tenía que acabar convirtiéndose en leyenda en aquel lugar donde el amor al vecino era tan grande que cotillear sobre ellos era deporte nacional. Antes o después llega a todos los oídos. Y a nosotros, oídos no nos faltaban.

La historia arranca como de costumbre, con una chica enamorada hasta las trancas del chico equivocado. Hablamos de Mariah Peggot. El sentir general era que a una chica como ella no se le había perdido nada yendo detrás de un tipo como Romeo Blevins. Era demasiado mayor para ella y, seamos honestos, también demasiado guapo. No había nada malo en Mariah, pero no era precisamente la belleza de la familia. Los Peggot tenían cuatro hijas. Durante la mayor parte de los años ochenta, las tres primeras acapararon el protagonismo en los desfiles y en todo lo relacionado con la etiqueta «la reina de» en Lee County. Animadoras, novias predilectas. June obtuvo sobresalientes en sus estudios y no por ello fue menos popular, pudo salir con el chico que se le antojara, algo nunca visto. Las hijas de los Peggot arrasaban. Pero luego estaba Mariah, sin pecho, huesuda y terca como una mula. No era fea, pero jamás sería la reina de nada, con esa mirada que decía «Ni me preguntes si soy una de las malditas hijas de los Peggot».

Aquel Romeo era un semental que encendía todas las alarmas. Con pintas de modelo de revista, como los tipos de los anuncios de los grandes almacenes J. C. Penney, que no se prestaban a vestir esas ropas de señor mayor si no era a cambio de una morterada de dinero. Cuerpo de atleta, mirada arrebatadora, melena leonina, toda la pesca. Nadie sabe qué pudo ver él en ella, pero Mariah sintió que había ganado la lotería, y Romeo transmitía la misma idea: que a ella le había tocado la lotería. Si Mariah quería conservar su buena suerte, podía disfrutar de los placeres dispensados por su polla de oro siempre que a él se le antojara, mientras que el resto del tiempo debía ocuparse de hacerle los recados sin rechistar. Una cita con Romeo podía consistir en acudir a su casa a hacerle la colada. Tenía una casa prefabricada de dos dormitorios en el bosque, en la zona montañosa que quedaba a las afueras de Duffield, y un exitoso negocio de reparación de vehículos dentro de una gran furgoneta completamente equipada. No hablamos de herramientas llenas de grasa, sino de dispositivos electrónicos. Diagnóstico de averías. Ya había llegado la era de los coches repletos de circuitos sofisticados que lo dominaban todo, desde los elevalunas hasta los frenos, lo que significaba que podían volverse locos a la primera de cambio. Si eso sucedía, Romeo acudía en tu ayuda con este taller rodante, he aquí la gracia. Algo de lo más útil en caso de avería, de modo que te podía cobrar lo que quisiera. Porque tú también habías ganado la lotería por el mero hecho de que se presentara con su cara bonita.

La señora Peggot, que no tenía ni un pelo de tonta, intentó poner sobre aviso a Mariah diciéndole «No es oro todo lo que reluce, cariño». Pero Mariah, que seguía en el instituto, no vio otra que escaparse de casa. A fin de cuentas, quizá la hermana pequeña también necesitaba

sentirse reina por un día, o quizá lo amaba de verdad. No importa, lo que tenía claro era que no iba a renunciar a él. Si alguna vez la idea se le pasó por la mente, bastó con que él le sonriera para que ella se derritiera. Su penúltimo año en el instituto fue motivo de frecuentes discusiones en el hogar de los «No lo conocéis, es un verdadero encanto» y los «¿Un verdadero encanto? Y un cuerno, es un zorro en un gallinero», y los «Cuando estamos solos él y yo se comporta de un modo diferente», todo lo cual siempre acaba desembocando en los «Te lo he advertido, jovencita, luego no me vengas llorando». En el capítulo dos tenemos a Mariah embarazada y viviendo en la casita prefabricada del bosque, a las afueras de Duffield.

Esta situación no es para nada lo que Romeo tenía en mente. Antes de que nazca el niño, ya lo tenemos del brazo de otras chicas, delante de Dios y de todo el pueblo. Y además sugiriendo que Mariah debe sentirse afortunada por ser la portadora de su semilla. ¿O acaso no fue ella la que se quedó embarazada? A continuación, llega el bebé y Mariah ya no siente que ha ganado la lotería, está agotada y le suplica a Romeo que se quede en casa y la ayude, en vez de salir de picos pardos; qué menos, ¿no? Cuando se le escapan estos comentarios, ya no son únicamente los placeres de su polla de oro y su risa matadora lo que le dispensa Romeo. Una noche, tras una discusión de alto voltaje, Mariah amenaza con llamar a su hermana June para que venga a ayudarla a recoger sus cosas y largarse con el bebé. Romeo arranca el teléfono de la pared, la tira al suelo de un guantazo y le ata las manos a la espalda con el cable del aparato. Luego la arrastra fuera entre gritos y se asegura de que queda bien sujeta a la barandilla del porche. Coge su pistola Ruger y se la mete en la boca, trazando círculos mientras le pregunta si a esa boquita tan sabionda suya le gusta chupar pollas de metal frío. Con la punta del cañón llena de baba, le dibuja una gran sonrisa en la cara. Le dice que debería probarlo, que quizá la haga menos fea. Luego le arranca la camisa de un tirón y con el mismo lápiz baboso y frío le dibuja un gran corazón en el pecho. Le dice que también debería intentar mimar a su hombre. Debería vestir prendas mínimamente sexis y no esos repugnantes sujetadores de lactancia. A fin de cuentas, ¿por qué sigue haciendo de vaca lechera para ese crío cuando prácticamente ya camina? Es repugnante. Cuando la puñetera Mariah Peggot al fin consigue que le crezcan un par de tetas, acaba apropiándoselas ese maldito niño.

Llega un momento en el que Romeo se aburre, guarda la pistola en el bolsillo y abandona el lugar en coche. No en su furgoneta, sino en el Chevy Monza de Mariah, pues sirve mejor a sus planes de fuga. Aquello no es el final del día de mierda de Mariah, solo el principio. Romeo ha dejado abierta la puerta principal, por lo que puede ver a Matty en el parque de juegos que han colocado en la sala de estar. Lo ve pasar hambre y un miedo terrible. Aún le falta mucho para poder caminar, apenas se sostiene en pie y tiene hambre a todas horas, por lo que grita como un desesperado mientras mira a través de la malla del parque con unos ojitos tristes que se preguntan «¿porquémamiporqué?»

La primera vez son dos horas. Romeo regresa con su sonrisa encantadora y le pregunta si está arrepentida. Ella dice que sí y corre a consolar y a dar de comer al pobre Matty. En aquel nidito de amor a esto lo llaman reconciliarse.

Mariah no puede ir a suplicar a sus padres que la dejen volver a casa porque ya se lo habían advertido. Además, a tozudez no la gana nadie. De modo que acude a su hermana en busca de ayuda. June sigue viviendo en la casa familiar, pero va a un colegio universitario, y es un genio. De hecho, toda la familia Peggot es un nido de lumbreras, dechados de talentos y de dones. La excepción a la regla es Humvee, el de la pajarera, quien recientemente ha traído la desgracia a

la familia al conseguir que lo mataran. Negros nubarrones se ciernen sobre el hogar de los Peggot.

La situación empeora. Romeo comienza a ausentarse durante días y al volver a casa exige que le sirvan la cena y follar cuando le plazca, aunque la mayoría de las veces llega tan borracho que se queda dormido boca abajo en la cama, tan frito que no se entera de nada, ni de los pitidos de su busca. Mariah anhela esos momentos. Porque a estas alturas él ya la ha amenazado con todo tipo de cosas, le ha hecho saltar un diente y lo de atarla se ha convertido en un hábito. Otra tarde vuelve a dejarla fuera, en una posición que le permite ver cómo Matty llora hasta la extenuación en su parque. Es invierno, el frío arrecia, la puerta está abierta y Mariah no duda de que esta vez su hijo va a morir. Ya puede gritar pidiendo ayuda, que en aquella aislada carretera solo pueden oírla los búhos que hay posados en los árboles. Ha forcejeado con los nudos que aprisionan sus muñecas hasta provocarse cortes y sangrar, pero Romeo se ha aplicado con determinación a la tarea.

La primera hora, el bebé llora hasta que la sonrosada carita le queda embadurnada de mocos, las pestañas apelmazadas, la barbilla temblorosa. La segunda hora, permanece en silencio y yace inmóvil, mirándola con esos ojitos. La tercera hora, cierra los ojos y su pequeño cuerpo empieza a estremecerse. Mariah intenta calcular qué hora es, pueden haber pasado treinta minutos o tres horas, pero una vez comienza a anochecer al fin lo sabe, y es entonces cuando se acuerda de rezar. Algo que había olvidado hace mucho, en torno a la secundaria, cuando la vida se pone dura y una chica empieza a ver que es mejor ofender que lamentarse, coger que pedir. También en lo que concierne a Dios.

Mariah está tirada en el suelo. Toca volver a pedir. Por favor, Dios mío, no dejes que mi bebé muera. Sus pechos están duros como piedras y los siente arder; vierte lágrimas, vierte leche, muge como una vaca. Matty vuelve a gemir en la oscuridad, con ese aullido especial que los bebés tienen reservado para las ocasiones en las que se hace necesario romper el corazón de sus madres. Mariah lo recibe como una puñalada en la caja torácica que le separa la piel del hueso, pero al mismo tiempo agradece a Dios que su bebé aún no haya muerto de hambre, o de miedo, o de mala suerte al haber nacido en esa mierda de familia que vive en esa mierda de casa prefabricada de dos habitaciones a las afueras de Duffield. Romeo no llegará antes de la mañana siguiente. Esta es la noche que lo cambiará todo para Mariah.

Se mostrará muy arrepentida, sí, cuando él regrese a casa con su enorme sonrisa. Hará un buen papelón, dejando que ese hombre piense que es la respuesta a sus oraciones. Pero aquella noche recordará la otra cosa que fue lo suficientemente estúpida como para olvidar: que es mejor ofender que lamentarse.

Mariah robará una cuchilla de la furgoneta de Romeo, una de esos de la marca X-Actos, y se la pegará al cuerpo con cinta aislante, en un lugar que le sea fácil de alcanzar la próxima vez que le ate las manos a la espalda y necesite de un filo cortante. Se la pegará en el culo, bajo ese tatuaje indigno de mariposas volando libres del que sus padres no tienen constancia. Aquella dulce cuchilla que nunca se quita se convierte en otro de sus secretos. El día en el que se encuentre de nuevo maniatada, será ella la mariposa que vuele libre.

Piensa aplicarle el filo de esa cuchilla. La oportunidad llega cuando Romeo se queda inconsciente después de enviarlos a la mierda varias veces. Duerme tan profundamente que Mariah es capaz de darle la vuelta y ponerse a la labor. Le hace un profundo tajo en la mejilla, partiendo de la comisura de los labios hasta notar que toca hueso, y lo mismo en el otro lado.

Le queda una sonrisa de idiota para el resto de sus días. También le dibuja un gran corazón en el pecho. No la detienen ni la sangre saliendo a borbotones ni los pedacitos de grasa amarillenta que van desprendiéndose de la carne sajada. Tampoco los gritos cuando vuelve en sí. No llega a hacerle un Lorena Bobbit (lo que quizás aún no se había inventado), pero se acerca. Luego coge al pequeño Matty y se larga de allí sabiendo que papaíto no va a tener ocasión de hacer de modelo de pantalones para J.C. Penney.

No se le pasa por la cabeza que él pueda demandarla. Es joven, claro, y ha sido criada por buenas personas que no son perfectas pero que asumen sus responsabilidades. A Mariah le habían enseñado que uno recoge lo que cosecha. Estaba convencida de que Romeo sabía lo que se le venía encima y de que al final se arrepentiría. Después de todo lo que le había hecho a ella... Pero las personas malvadas hacen las cuentas de un modo diferente al resto. Si son ellos quienes infligen daño, el resultado es cero. En cambio, si son los que lo reciben, el resultado se multiplica por dos.

Romeo Blevins se buscó un abogado y manipuló al jurado igual de bien que en su momento había hecho con Mariah y con todo bicho viviente que se había cruzado en su camino. Se presentó como un buen samaritano, y a Mariah la dejó como una zorra loca y celosa. Ni siquiera el bebé era suyo, sostuvo el abogado de las botas de piel de cocodrilo y el reloj de oro. El señor Blevins iba a lo suyo hasta que apareció ella y comenzó a acosarlo. No era la primera vez que se enfrentaba a ese problema, a las chicas jóvenes se les meten ideas en la cabeza e intentan coaccionar a un hombre de posibles. Aquellos eran otros tiempos, los ochenta, cuando el ADN no se había inventado del todo y prevalecía la palabra del hombre. Y sus posibles. El relato fue que Romeo sintió pena por una madre soltera y pequeñita que se había quedado desamparada tras verse expulsada de casa por sus padres. Luego se volvió posesiva. Bastaba con que una noche una ancianita requiriera sus servicios mecánicos tras dejarla tirada su Camry en la carretera interestatal para que Mariah le montara una escena. Una mujer demasiado inestable para poder cuidar bien de su bebé, tal y como certificó el pediatra. Hasta en dos ocasiones se había presentado en su consulta con la criatura débil y enferma por culpa de la deshidratación.

Cuanto más lloraba y gemía Mariah explicando la tortura de pasar la noche atada a la barandilla del porche con su bebé dentro de la casa, cuanto más inverosímil era su historia, más loca parecía. Él aportó diez testigos, ella, ninguno. Los Peggot hicieron todo lo que estuvo en su mano por ayudar a Mariah, pero no pudieron competir con un abogado que lucía botas de cocodrilo y acumulaba tanta experiencia. Tampoco sabían qué pensar. Solo habían escuchado lo maravilloso que era Romeo, pues a Mariah el orgullo le había impedido quejarse a nadie que no fuera su hermana, y ni siquiera June estaba al corriente de todo. Nadie la había visto atada. Las marcas ya habían cicatrizado cuando Mariah entró en el juzgado. No así las de Romeo. Quizás os habréis dado cuenta de que todo el mundo quiere creer a los guapos, y después de ellos, a los machacados. Romeo reunía las dos características. El jurado decidió que Mariah lo había desfigurado y le había arruinado la vida para mantener bien lejos al resto de las mujeres y disfrutar en exclusiva de esa joyita.

Esta historia me llegó a retazos con el transcurso de los años. Las dudas y lamentaciones que arrastraba la gente fueron condimentando el plato. Pusieron mucho énfasis en el hecho de que el ataque con el arma letal se había producido muy poco después de que Mariah cumpliera dieciocho años. Puedes estar seguro de que no hubo un pastel con velas que soplar. Romeo no

era precisamente de los detallistas y Mariah estaba tan hecha polvo que lo más probable es que se olvidara de la efeméride. Sea como fuere, inauguró la mayoría de edad. Si el orgullo la hubiera dejado actuar antes, el tema del concubinato con una menor habría levantado más polvareda y puede que a Mariah no se la hubiera juzgado como a una adulta. Podría haber cumplido una sentencia corta en un reformatorio, gozar de una vida totalmente distinta al salir y ejercer como madre de Maggot. Era lo único que quería.

Su sentencia a doce años de reclusión comenzó en Marion, una prisión superespecial para mujeres trastornadas. Que, honestamente, es lo que era ella.

Nadie creyó una palabra de su boca cuando más lo necesitó. Y hoy su versión ha adquirido la condición de verdad irrefutable. El mundo cambia. A la gente le faltó tiempo para empezar a dar la vara con el pequeño Matty, acercándose a la señora Peggot para decirle lo guapo que era y lo claro que estaba a quién había salido. De tal palo, tal astilla. Todos acarreamos una cruz. A la señora Peggot le iba a tocar cumplir su propia condena después de que se le girara en contra la advertencia lanzada a su hija sobre que uno recoge lo que siembra. Y todo el pueblo hablaba de lo mismo: una madre echando de casa a su propia hija. La señora Peggot cargó con su cruz, le cambió los pañales y le enseñó a atarse los cordones de los zapatos.

Resulta difícil decir cómo encaja esta historia con la mía. Romeo se marchó en su furgoneta con rumbo desconocido, a un lugar donde él y su nueva cara pudieran contar la historia que se les antojara. Nunca tuve ocasión de ver esa terrorífica sonrisa suya, excepto en mis pesadillas. Y a veces también estando despierto, dentro de mi cabeza. Preguntándome cómo le sentaría a Stoner una sonrisa tallada en el rostro como si fuera una calabaza. Si uno se acuesta con serpientes, se despierta con la necesidad de devolver los mordiscos. No digo más.

7

Volvieron las clases y yo estaba ansioso por abandonar el confinamiento casero. El primer día de escuela tuvimos que ir a buscar el autobús a la autopista porque las riadas habían dejado inservible nuestra carretera. Sinceramente, no me pareció que su estado fuera tan terrible, pero los conductores no querían correr ningún riesgo, en parte porque en su mayoría eran señoras de cierta edad y en parte porque la escuela no podía costear la reparación de un eje roto. En cualquier caso, no era un trayecto muy largo, quizá poco más de un kilómetro y medio desde la loma en la que vivíamos. Éramos nueve los que esperábamos el autobús en aquella parada, incluidos dos gemelos de primer curso y un par de adolescentes de expresión triste que pertenecían a familias diferentes. Sabíamos que estaban marcados de por vida, porque viajaban en autobús. Incluso a mi tierna edad era consciente de que, si tenías dieciséis años y te espabilabas para conseguir un trabajo en un *fast-food* o embolsando en un supermercado, no podías no tener un vehículo. Conformábamos una minipandilla que se distraía durante la espera observando a los adultos que conducían adonde fuera que se dirigieran, a un trabajo si se contaban entre los afortunados. Maggot y yo sonreíamos como cachorrillos, conteniendo las ganas de poner la patita sobre las espaldas del otro para empezar a compartir todas las historias que habíamos ido acumulando. O no compartirlas, como era mi caso, con las palabras de Stoner todavía dando vueltas por mi cabeza.

Pese a todo, la escuela seguía siendo la misma. La clase de Mates era en plan: «Hola, niños, ¡bienvenidos de nuevo! ¿Os acordáis de las matemáticas?». «No, profesor Goins, no nos acordamos». Y la de Historia, que, como todo el mundo sabe, en quinto se reduce al estado de Virginia, con lo que uno empezaba con los asediados colonos de Jamestown y de ahí para adelante. Maggot y yo volvimos a las andadas enseguida: a disparar gomas elásticas contra una avispa suicida que se pasó toda la clase de Lengua impactando contra la ventana, a barrer el comedor en busca de niñas dispuestas a darnos sus patatas fritas. Un dato poco conocido: Maggot era casi un año mayor que yo, pero, por culpa de las malas experiencias por las que había pasado siendo un bebé, tardó más tiempo en poder ir a preescolar. Fue una suerte que coincidiéramos en el mismo curso. Estar en la escuela significaba poner mil kilómetros de distancia respecto a Stoner. Si su plan era convertir mi vida en casa en un infierno tan grande como para que no quisiera abandonar el colegio, le funcionó a la perfección.

Al final del día, la madre de los gemelos de primero aguardaba en la parada del autobús a lomos de su *quad* para llevarse a sus pequeñines colina arriba. Una madre cinco estrellas. El resto quedábamos abandonados a nuestra suerte. Me resultaba impensable volver a la prohibición total respecto a relacionarme con Maggot. Ni siquiera teníamos claro dónde empezaba la zona de exclusión. Suponíamos que allí donde pudiéramos ser detectados desde mi casa. Como medida de precaución, estuvimos deambulando durante unas horas hasta tomar el camino de subida. Asomé la cabeza por la puerta y pegué un grito, pero no había nadie en casa. Entré, saqué una chocolatina de la nevera y me fui a mi habitación. Fin de la historia. Ojalá.

Mamá llegó a casa del trabajo y me dijo a gritos que esperaba que hubiera tenido un buen día en el colegio, y yo le contesté a gritos que había estado bien. Luego llegó Stoner.

—Qué puta mierda es esta, Demon. Ven aquí ahora mismo.

Había dejado huellas de barro en el suelo de la cocina y Stoner estaba desquiciado. Era solo barro, ¿vale? Yo era un niño y vivíamos en un lugar hecho de barro. Muy bien, me quité los zapatos, los dejé a un lado y agarré la fregona y el cubo. Me había enfrentado a escenarios peores. En sus fases de recaída, mamá era de esas borrachas que acaban agarradas a la taza del váter. Quizá le deba a ella mi estómago delicado. Mamá permaneció en silencio junto al fregadero, con una mano en la boca, no fuera a escapársele algo. Stoner seguía junto a la puerta con las manos en las caderas, como si fuera el alcaide malote de *Fuga de Alcatraz*.

Empecé a fregar el suelo y Stoner me preguntó que qué me pensaba que estaba haciendo. Le dije que fregar el suelo, con el mensaje implícito «como queda claro, tonto del culo». Él soltó que no iba a funcionar.

—Cariño, ¿crees que la fregona será suficiente? —preguntó.

Mamá lo miró y negó con la cabeza.

Stoner le dio la razón. Al final descubrí que lo que quería era que me pusiera de rodillas y frotara con un paño el puñetero linóleo. Con un cubo de agua y lejía, no fuera que alguien quisiera comer en él o abrir ahí un maldito estudio de tatuajes.

De acuerdo, froté el suelo. Nótese que, para la mayor parte de las madres, entre las que imaginaba que se contaba la mía, tengo una edad incompatible con manipular lejía. Los vapores me estaban dejando un poco colocado. Acabé y lavé los trapos en el fregadero. Mamá seguía de pie en el mismo sitio y sin abrir la boca. Miré a Stoner, esperando haber acabado antes de vomitar o desmayarme.

—Tu chaval piensa que esto está limpio. ¿A ti te lo parece?

Mamá lo miró con cara de sorpresa.

—¿O más bien dirías que ha dejado el trabajo a medias, como de costumbre? Porque yo sigo viendo sus malditas pisadas en el suelo. ¿Tú no ves la puñetera porquería que nos ha metido en casa?

Mamá estaba rara. A ver, llevaba la ropa de trabajo de siempre, pantalones anchos y blusa con botones, zapatos planos para poder aguantar de pie toda la jornada, el pelo recogido en una coleta para aparentar profesionalidad. Pero su mirada era vidriosa, como de drogada. Lo que no podía ser, me dije. ¿Deseaba yo que sacara una espada y cortara a Stoner en trocitos? No. Pero sí que hiciera algo. Que saliera del trance, por Dios bendito, y comprobara que es mejor ofender que lamentarse. Pero toda la rabia que mamá hubiera podido reunir había acabado saliendo de inmediato, derramada en lágrimas y vómito.

—Demon, será mejor que vuelvas a limpiarlo —dijo finalmente.

Menuda mierda. Ahí no había nada que limpiar. Mamá tenía una vista excelente. Sus ojos debían de ser la única parte de su cabeza que funcionaba correctamente. Muy bien, volví a limpiar el suelo. Dada la furia que apliqué a la tarea, deberían haberse sentido agradecidos de que el linóleo no acabara volatilizándose. Volví a vaciar el cubo. Volví a aclarar los trapos y tirarlos dentro del cubo, como una pelota de béisbol lanzada desde el jardín. Pasé al lado de Stoner para dirigirme a mi habitación. Pero él me e agarró por el cuello de la camiseta y me arrastró de nuevo dentro.

Me preguntó que adónde demonios creía que iba si aún no había terminado. Vayamos todos a echar un vistazo a la sala de estar, dijo. Había más pisadas de barro sobre la alfombra. Tengamos en cuenta que, para empezar, aquella alfombra era vieja y asquerosa, y llevaba

manchada desde el principio de los tiempos. Mamá y yo no éramos ni mucho menos los primeros inquilinos de esa caravana. Stoner me preguntó que qué veía y yo le respondí que una alfombra repugnante. Él me dijo que era exactamente eso y que necesitaba que la limpiase. Porque ¿cómo va uno a ejercitarse con las pesas sobre una alfombra así?

Me vinieron a la cabeza algunas sugerencias, que me guardé para mí. Mamá sacó los cepillos para frotar y el quitamanchas, me los entregó y fue a esconderse en la cocina. Stoner no me quitó la vista de encima mientras frotaba las manchas con los paños llenos de lejía y las rociaba con el quitamanchas. En el proceso estaba pillando un colocón de campeonato. Maggot y yo ya habíamos probado ese quitamanchas con ese mismo propósito y teníamos aprendida la lección. Hay productos mejores y peores que inhalar, y ese quitamanchas era un tren bala hacia Potalandia. En especial si lo mezclabas con lejía.

De modo que en aquellos momentos mi cabeza solo podía visualizarme vomitando y a Stoner mandándome limpiar el vómito y luego las manchas resultantes. Iba a permanecer de rodillas inhalando ese quitamanchas hasta que alguien acabara muerto. Y no debía de faltar mucho. Empecé a moquear por la nariz y en mi cabeza resonaba sin descanso la taladrante sintonía de la serie televisiva de la *Patrulla-X*. Una y otra vez, la banda sonora que acompañaba la labor de frotar con furia los agujeros llenos de pelos de la puñetera alfombra: «¡Da-na-na-na NA na na! ¡Da-na-na-na!». Resonaba con tal fuerza dentro de mi cabeza que era incapaz de decir si la estaba cantando o no, pero debió de ser que sí, pues Stoner empezó a gritarme que cerrara el pico de una puta vez. Y mi respuesta fue gritarle «¡Da-na-na-na!» porque a esas alturas ya había perdido la chaveta casi por completo.

Lo único que recuerdo a partir de ese momento es a mí lanzando cosas al suelo y a él inmovilizándome con una llave y tapándome la boca hasta que no pude respirar. Sin nada con lo que defenderme, le mordí la mano. Qué placer la sensación de hincar mis dientes en su carne hasta notar el sabor de la sangre. Igual que si fuera Satán y me hubiera estado preparando toda la vida para ese momento.

Acabé en mi habitación, curándome el labio partido y confiando en no tener nada roto por dentro, aunque cabía la posibilidad. Me senté en la cama a escuchar los ruidos sordos y metálicos que llegaban desde el otro lado de la puerta, contra la que Stoner empezó a colocar kilos y más kilos de sus puñeteras pesas con el objetivo de impedirme escapar de Alcatraz. Aún podía notar el sabor de la sangre en mi boca, la suya y la mía. Cruzó por mi mente el miedo a contraer hepatitis o alguna mierda parecida, pero mamá me había asegurado que Stoner cuidaba su higiene y no tomaba drogas. Trabajando en lo que trabajaba, sí que bebía un montón de cerveza. Después de que me encerrara, oí gritos, sobre todo de él, unos pocos de ella, más por parte de él, y luego silencio. Quizás habían salido. Quizá se habían sentado a comer algo a la espera de que empezara el programa *Home Improvement*. A mí me la sudaba.

Me acurruqué en la cama y empecé a llorar, lo que hizo que me odiara a mí mismo, y acto seguido me levanté y vomité. Al no poder salir al lavabo, tuve que hacerlo en la papelera. Vomité la chocolatina y todas las patatas fritas que había conseguido que les pasaran desapercibidas a las encantadoras chicas de Weight Watchers[15] de la escuela. Un desperdicio, ya que la posibilidad de llegar a cenar algo parecía remota.

Pensé en escaparme de casa. Salir por la ventana no resultaría fácil, puesto que apenas se podía abrir unos centímetros. Además, podría romperse. La caída era considerable, dado que

la caravana se alzaba en un punto muy elevado de la colina, pero probablemente lo conseguiría sin romperme muchos huesos. A partir de ese momento, la situación se complicaría. El único sitio al que se me ocurría ir era a la casa del vecino, que obviamente se encontraba demasiado cerca. ¿Qué otras opciones tenía? La tía June me vino a la cabeza. Era conocida por acoger a chicos descarriados. En ese momento lamenté no haber llamado nunca a Emmy, pero mamá jamás me habría pagado una llamada de larga distancia. Probablemente ya se habría mudado. De todos modos, pensé en ella, la visualicé encerrada en su castillo maldito, lo que me hizo sentir aún peor a la luz de mi propio confinamiento. Hacer autoestop hasta Knoxville sin que me parara la policía era mucho pedir. Una vez allí, tampoco habría sabido qué hacer, pues no conocía la dirección. Castillo maldito, segundo piso. Menudo estúpido e inútil estaba hecho. Consciente casi desde el momento en el que nací de que con mi madre no se podía contar, seguía sin tener un plan B.

Al día siguiente no me dejaron ir a la escuela, aunque oí a mamá decirle a Stoner que había controladores de asistencia que acabarían por llamarnos si pasaba mucho tiempo fuera de circulación. Él le respondió que si sabía tanto acerca de educación infantil cómo era posible que le hubiera salido un perro rabioso por hijo. Antes de marcharse al trabajo, mamá intentó explicarle que yo necesitaría ir al lavabo y algo con lo que alimentarme. Luego dejó que Stoner se quedara a mi cargo. Jamás ha habido dos personas con menos cosas que decirse.

Al final me permitieron volver a la escuela, pero en arresto domiciliario todo el tiempo que no estaba en clase. Una existencia de lo más rara. Maggot intentó disuadirme de escaparme de casa cuando le confesé mis intenciones. Me dijo que yo tenía nervios de acero y que acabaría por machacar a Stoner. No recuerdo cuántos días se alargó esta situación, tres o cuatro, más un fin de semana desesperadamente aburrido. Indistinguibles los unos de los otros. Por las tardes oía a Stoner y a mamá intercambiar insultos que resultaban muy desagradables. Mucho. Los Peggot probablemente pensaran lo mismo, ya que en esa época del año todos dejábamos las ventanas abiertas. Yo intentaba bloquearlos dibujando en mi cuaderno, inventando diversos métodos ingeniosos de aplastar al Villano de Piedra. Sus cuencas oculares y sus orejas perforadas explotando con trazos dinámicos y pequeños bocadillos. ¡Pop! ¡Pop! O lanzaba la pelota de béisbol contra la pared durante horas. ¡Pam! ¡Pam! Para acallar sus gritos o volverlos locos, si es que esta segunda opción seguía abierta.

Entonces, un día, ya avanzada la tarde, Stoner abrió con brusquedad la puerta de mi habitación, pillándome en camiseta y calzoncillos mientras me comía una bolsa de Cheetos en la cama. ¿Por qué no hacerlo si era todo cuanto tenía para echarme a la boca? En el regazo, un ejemplar de *Los Vengadores* que había leído nueve mil veces.

—Tu madre quiere verte —me dijo.

Interesante, pensé, dónde está la trampa. No tenía la menor intención de levantarme de la cama, pero él permaneció ahí plantado. Ni siquiera sabía que estaba en casa. Últimamente había pasado muchas tardes fuera, trabajando en turnos muy extraños, aunque lo más probable es que hubiera estado de juerga. ¿Quién pide que le entreguen la cerveza cuando están a punto de cerrar? Debía de haber vuelto a casa sin que lo hubiera oído llegar en su camioneta o su moto. Obviamente. Le pregunté qué quería mi madre y me respondió que mostrarme cuánto me quería. Un comentario lo bastante desconcertante como para ponerme nervioso. La llamé de un grito. Silencio.

—¡Mamá! —grité más alto, corriendo hacia la sala de estar.

No había nadie, no se oía nada. Se ha largado, pensé, maldita sea. Se casa con este cabronazo y soy yo el que se tiene que quedar con él. La cocina estaba hecha un asco, un montón de platos sucios en el fregadero. Una botella de ginebra sobre la mesa, oh, mierda. Vacía, oh, joder. Nada nuevo a mis ojos. Stoner puso una de esas caras que hacían que me entraran ganas de matarlo.

La encontré en su dormitorio. Tendida sobre la cama con la ropa puesta, zapatos incluidos, inconsciente. Boca arriba, viva, eso fue lo primero que comprobé. Respiraba, aún no se había despedido de este mundo. Había tres frascos de pastillas junto a la cama, cerrados, de modo que desenrosqué uno a uno los tapones a prueba de niños. No sabía qué contenían, Xanax y otras mierdas de esas que debía mantener bien lejos. Pero gracias a Dios no estaban vacíos. No se los había tomado todos, por lo que había emprendido un viaje peligroso, no terminal. Pero bien sabe Dios que ella era capaz de conseguir que fuera el último. Mamá no era precisamente una viajera que tomara precauciones.

—Llama a una ambulancia —le dije a Stoner, y el puto imbécil de mierda me pregunta que por qué.

—¡Que llames a una ambulancia! —le grité—. Por Dios, ¡maldito gilipollas! Puede haber sufrido una sobredosis.

En esos momentos no pensé en qué me supondría haberlo llamado «maldito gilipollas» en la tabla de premios de Stoner. Bien que lo sabía. La vida tal y como la conocíamos había llegado a su fin.

8

Fui yo el que acabó agarrando el teléfono, mientras Stoner no dejaba de darme golpes para detenerme, los dos gritando tanto que el señor Peg también empezó a aporrear la puerta de la cocina. Stoner me dijo que me arrepentiría de haber hecho esa llamada. Más adelante reflexioné sobre ello. ¿De verdad habría muerto mamá? ¿O habría seguido con su verdadera naturaleza y subido las apuestas, sobreviviendo para disfrutar de más fiestas regadas con Seagram's y pastillas para los nervios? ¿Habría aguantado yo más tiempo a su lado con Stoner? En ese momento pensé que mi vida no podía empeorar. Aquí os regalo un consejo: jamás penséis eso.

Hice el trayecto al hospital sentado junto al conductor de la ambulancia, intentando atarme los cordones. Había conseguido ponerme unos vaqueros antes de que llegaran los de emergencias, pero tuve que salir corriendo con los zapatos en la mano. Así de rápidas fueron las cosas. Los Peggot nos siguieron en su camioneta. Stoner iba detrás con mamá, porque para entonces ya estaba en modo «sí, señor, soy el marido», soltando tantas gilipolleces que yo me subía por las paredes, algo que había comenzado en el mismo instante en el que se habían presentado los de emergencias y habían preguntado por el autor de la llamada. Stoner dijo que él, por supuesto. (Un momento, ¿qué?). Nombre de la paciente, año de nacimiento, frascos de pastillas extraídos de los bolsillos de Stoner, donde le había faltado tiempo para metérselos. Confirmó que los nombres que aparecían en las etiquetas pertenecían a colegas del trabajo de mamá, a quienes no tardaría en cantarles las cuarenta. Todo dicho en un tono respetuoso, lleno de «oh, Dios mío» y «menudos canallas», como si fuera un maldito profesor de catequesis. Nunca le había oído juntar tantas palabras sin que entre ellas asomara un «capullo» o un «cabronazo». ¿Estábamos ante un Stoner completamente nuevo, desplegando fortaleza a raíz de un acontecimiento dramático? Ni de coña.

Pasamos a toda velocidad por Long Knob Road con el ulular de las sirenas atravesando los pequeños asentamientos donde la gente ya se había ido a la cama. Nos saltamos en rojo todos los semáforos de Pennington Gap y de golpe ya estábamos en el hospital, donde cada uno tomó un camino distinto. Al ser un niño, no me permitieron entrar a la zona de Urgencias ni a la habitación a la que llevaron después a mi madre. Pasé una eternidad de tiempo con los Peggot en la sala de espera. Nos moríamos de hambre, por lo que la señora Peggot fue a buscar algo de picar a las máquinas expendedoras y un café caliente para el señor Peg. Nos comimos cuatro paquetes de aperitivos cada uno y luego Peggot se tumbó sobre la hilera de asientos de plástico y se quedó frito. La señora Peggot sugirió que volviéramos a casa, pues al día siguiente había colegio. Justo en ese momento apareció la tipa de los Servicios Sociales y nos dijo que quería hablar conmigo.

Yo a esa señora no la conocía de nada. Me dijo su nombre, que olvidé de inmediato. Llevaba una chaqueta y una falda en diferentes tonalidades de verde y daba la impresión de necesitar cien años ininterrumpidos de sueño para sobreponerse a lo que la estuviera consumiendo. Tenía unas ojeras con bolsas tan profundas que se podían guardar monedas sueltas bajo cada ojo. Preguntamos por la señora Trudy, la trabajadora social a mi cargo desde hacía unos años, pero nos respondió que ya no trabajaba para el Departamento de Servicios Sociales. Al día

siguiente me asignarían una nueva trabajadora social, dijo, que podría ser ella o no. En esos momentos, era ella la que estaba de guardia, lo que explicaba lo de las ojeras. Les indicó a los Peggot que volvieran a casa, que ella se encargaría de llevarme adonde necesitara ir. Aquello me mosqueó. ¿Quién cojones era ella para pensarse que sabía adónde necesitaría ir yo? Le dije que gracias pero no, que yo me quedaba con los Peggot, como solía hacer cada vez que mamá entraba en rehabilitación. La mujer me dedicó una mirada que venía a decir: «Lo siento, chaval, pero aquí las reglas las pongo yo».

La señora Peggot me dio más bolsas de aperitivos para que me las guardara en los bolsillos y algo de cambio para la cabina, que por aquel entonces aún existían, y me pidió que los llamara en cuanto pudieran ir a recogerme. Nos metimos en una salita para charlar, Ojeras versus Demonio. Empezó preguntándome lo de siempre y luego se puso seria al hablar de los Peggot: ¿había ocurrido algo en aquella casa que me hubiera incomodado? Yo me sentí confuso, creyendo que se refería a cosas que yo les hubiera hecho a ellos, como aquella vez que les destrocé el televisor, o al hecho de que Maggot y yo afanáramos tonterías de su casa que luego intercambiábamos por otras tonterías en el colegio. Mantuvimos un diálogo de besugos un rato hasta que al final entendí a qué se refería: ¿había sufrido algún tipo de abuso a manos de Maggot, el señor Peggot o la señora Peggot? Seguro que Stoner había puesto de su cosecha. Le dije que nunca había pasado nada parecido y que Stoner era el abusador del que había que hablar.

Ella me dijo que de acuerdo, que se lo contara todo, y así lo hice. Pensad que eran las tres de la mañana o algo así, que lo único que recordaba haber comido aquel día eran los Cheetos y los aperitivos, que estaba demasiado cansado para mostrarme amable y que mi rabia hacia Stoner no conocía límites. Cuando me pidió que le describiera nuestra relación contesté que sería como la que tendrían dos tipos situados a ambos extremos de un rifle. ¿Cómo calificar eso? Y conociendo a Stoner, mejor estar en el extremo que corresponde al gatillo, añadí. Incluso llegué a decirle algo así como que no le dispararía para acabar con él rápidamente, sino que apuntaría primero a las rótulas y a los codos con la idea de que me suplicara clemencia. Ella tomó nota de todo.

Tenía más preguntas que hacerme sobre mi padrastro, como decidió llamarlo ella, lo que demostraba que no había pillado la idea general. Preguntas acerca de mi labio partido, que yo ya había olvidado entre tantas otras pruebas de nuestra pelea sobre si llamar o no a urgencias. Notaba que en mi ojo izquierdo empezaba a salir un moratón y el lado derecho del cuerpo me dolía tanto que maldecía tener que respirar a cada momento. Ojeras me preguntó si tendría inconveniente en quitarme la camisa para que pudiera inspeccionarme, lo que me hizo sentir como un crío. Sacó una cámara de su bolsa y me hizo algunas fotos. Llegó a preguntarme si había tenido problemas por debajo del cinturón. Ni de coña, le dije, tan avergonzado a esas alturas que quería morirme. Perder una pelea ya era suficientemente doloroso como para que encima anduvieran apuntándolo en sus puñeteras libretas.

La mujer quiso hablar de mis agresiones a Stoner, los presuntos incidentes con mordeduras. Le dije que no había habido incidentes, en plural. De haberle atacado de forma reiterada, ya no me quedarían dientes, puntualicé. Lo apuntó. Y podría haber continuado hasta que se le hubiera agotado la tinta del bolígrafo. Sin embargo, ella acabó por soltar el aire en un gesto de agotamiento que me transportó a aquella noche en la que había espiado a la tía June. Ese lento goteo de mujeres que deben pasar la fregona ahí donde dos tipos se han estado moliendo a

palos. Quise gritarle. No había sido un combate justo. Stoner era un psicópata, y yo, un maldito chaval de apenas diez años.

El paso siguiente fue una especie de chequeo. Le dije que mis heridas no eran para tanto, pero me respondió que se trataba de cuestiones mentales, de comprobar si estaba en condiciones para marcharme. Y si no ¿qué? Fijé la vista en aquella carpeta en la que había guardado mi confesión de un asesinato soñado. Yo ya sabía adónde te enviaban si herías o matabas a alguien por culpa de algún desorden mental, y no por el simple hecho de haberte puesto furioso: a Marion. Una prisión para los locos, dotada de verjas con alambre de espino y de torretas con guardas armados, según Maggot. Ahí destinaron a su madre en un primer momento. Aunque al cabo de un tiempo vieron que solo era la típica señora cabreada, no una chalada, y entonces la enviaron a la prisión para mujeres de Goochland. Maggot la había visitado en ambos sitios.

Debí de quedarme en la inopia porque de golpe me encontré delante a un hombre que me puso una mano en la espalda. Llevaba camisa y corbata, no la típica bata blanca de los médicos, y sostenía la puñetera carpeta entre las manos. Me enderecé y dije «Sí, señor», y le pregunté si pensaban enviarme a Marion. Noté que intentaba disimular una sonrisa. Me preguntó qué sabía acerca de Marion. Parecía cansado, pero no de la misma manera que Ojeras, su cansancio era más bien del tipo «no hagamos las cosas más difíciles de lo que ya lo son». Contesté que lo único que sabía de Marion es que no quería acabar allí. Me dijo que no me preocupara, que encontraría la manera de evitarlo. Tomó asiento y me hizo las preguntas de rigor antes de centrarse en Stoner. ¿Simplemente me sentía muy enfadado con él en ese momento o alguna vez le había deseado la muerte? Me preguntó si en mi familia éramos cazadores, si teníamos armas, dónde las guardábamos y si estaban a mi alcance. Me preguntó si alguna vez me había sentido tan triste que había deseado dormirme para no despertarme jamás. Le dije que la verdad era que no, que al acostarme lo que solía desear era despertarme en otra casa. Me dijo que era comprensible.

Ojeras regresó un poco después y dijo que todo estaba en orden. Por descontado, no me enviarían a Marion. Pero, dada la situación de mi madre, me habría tocado quedarme solo con Stoner varias semanas, cosa que no iba a ocurrir. Entre todos habían acordado un nuevo plan. Un plan que no contemplaba que Demon volviera a casa. Mi madre ya había recuperado la consciencia y había renunciado por escrito a su único hijo.

La tipa quiso saber qué opciones tenía fuera de casa: adultos de confianza, compañeras de trabajo de mamá, cualquier persona con la que me gustaría quedarme. Repetí el nombre de los Peggot una y otra vez, eran mi única opción. Pero eso era imposible. Stoner había presentado una denuncia contra ellos y el caso debía investigarse antes de que se abriera la posibilidad de vivir con ellos, me explicó. Menuda estupidez. Me pregunté si el historial de los Peggot los hacía partir con desventaja, teniendo en cuenta a la madre presidiaria de Maggot y al innombrable Humvee. No era culpa suya, pero a la gente le gusta pensar lo peor. De tal palo, tal astilla, etcétera, etcétera.

Entonces me vino a la cabeza la tía June. Les pregunté qué les parecería un adulto de confianza en Knoxville, pero me dijeron que el papeleo hacía inviable que cambiara de estado. Quizás el hecho de que Emmy viviera ahí implicara algún tipo de delito. Eso explicaría que guardaran tantos secretos, pero imaginar a la tía June como una forajida no tenía sentido. Yo solo quería irme a dormir. Ojeras me llevó a una habitación pequeña y empapelada que

disponía de una cama, donde me acosté.

Al cabo de un rato, aún de noche, un tipo me despertó para entregarme una bandeja de comida precocinada. Llevaba varias en un carrito. Yo me moría de hambre. El hombre vestía una bata blanca de usar y tirar, una malla blanca en la cabeza y protectores blancos en los zapatos, de modo que se veía lo que vestía, pero no a él. Como si se tratara de un fantasma. Le dije que no tenía dinero. Me contestó que ya estaba pagado, pero que la comida del hospital a menudo les sentaba mal a los pacientes. Se ofreció a comérsela por mí. Me entró miedo y le dije que adelante. Se sentó con la bandeja en la falda y empezó a comer. Me hizo pensar en un fantasma hambriento alimentándose de comida precocinada, lo que significaba que estaba soñando.

Mi nueva vida arrancó bien temprano gracias a mi nueva asistenta social, la señorita Barks, quien levantó la persiana y dijo: «Buenos días, Damon. Vamos a llevarte a casa». Por un instante pensé que tenía una y que era ahí adonde me enviaban. A veces un buen día apenas dura unos diez segundos.

A la señorita Barks no le pegaba su nombre. De ladrar, nada de nada.[16] Sonreía ahí de pie, mientras yo me iba despertando y en la cabeza se me amontonaban todo tipo de recuerdos. Enseguida noté que era un cielo. He tenido una generosa ración de asistentes sociales y uno no les coge cariño ni desea hacerlo. Pero ella era otra historia. Era más joven que mamá y lucía un vestido, no uno de esos trajes chaqueta que las hacen parecer celadoras. El pelo rubio y rizado le caía en pequeños bucles, igual que a las actrices de televisión, las sirenas o los ángeles. Quizá la señorita Barks fuera mi ángel de la guarda. Ya iba siendo hora, joder.

Echó un vistazo a la bandeja de plástico sin rastro de comida que el fantasma había dejado encima de la silla (por lo que probablemente no se tratara de un fantasma) e hizo un comentario sobre mi apetito. Me dijo que me habían encontrado un alojamiento temporal en una granja, por lo que era de esperar que allí también me alimentarían bien. Yo sentía el estómago devorarse a sí mismo, de tan hambriento como estaba. Pero no quise decir nada que se pudiera malinterpretar.

Una vez fuera vi que aún no había amanecido del todo, imperaba esa grisura que obliga a mantener las luces encendidas. Ella caminó rápidamente con sus botines, taca-taca-taca. Conducía un Toyota con una pegatina de la Seguridad Social en la puerta, un modelo antiguo que tenía pinta de llevar acumulados muchos kilómetros. Me senté detrás y me sorprendió ver que ya había alguien al volante: Ojeras. Madre mía, pensé. Esta tipa no regresa nunca a su casa. La señorita Barks ocupó el asiento del copiloto y reseguimos las mismas carreteras que había atravesado en el camino de ida al hospital. No tenía ni idea de qué las había llevado a pensar que hacían falta dos personas para manejarme. Pasamos por delante de casas de gente que se había acostado y vuelto a levantar, lo normal. Y que ahora desayunaban cereales. Todos los niños tenían mamás con la cabeza en su sitio y padres vivos.

Finalmente, la señorita Barks apoyó un codo en el respaldo del asiento para girarse hacia mí y me dijo que había llegado el momento de hablar del lugar al que nos dirigíamos. Iba a quedarme con un caballero llamado señor Crickson, que acogía a niños de manera temporal. Me encontraría con algunos allí. El matrimonio Crickson había acogido de manera regular hasta que la esposa murió y ahora él solo aceptaba de forma esporádica algún caso difícil. Hablaba de un modo agradable, como si se dirigiera a una persona y no a un niño. Lamentó que

hubiera tenido que pasar toda la noche en el hospital. Se les acumulaban los casos y no había instalaciones suficientes; en resumen, que había un montón de niños en mi misma situación.

Aquello no me cogió por sorpresa, en la escuela se hablaba de niños que no tenían hogar y de niños forzados a dormir en el sofá de algún pariente al que no le hacía maldita la gracia. Se hablaba de chicas, guapas y feas por igual, de séptimo y octavo curso, a las que echaban de casa tras quedarse preñadas. Etcétera, etcétera. Jamás imaginé que un día me despertaría convertido en uno de esos niños. La señorita Barks parecía conmocionada por el hecho de que las cosas hubieran acabado de un modo tan triste para mí. Su compañera al volante, doña La Noche de los Muertos Vivientes, no tanto.

El trayecto en coche empezaba a traérselas. Pregunté si seguiría yendo a la escuela y la señorita Barks me dijo que sí, solo que la ruta en autobús sería más larga. Los chicos que vivían en el hogar del señor Crickson ya me lo explicarían. Y entonces solté un «Ay, mierda», seguido de un «Uy, perdón». Pero es que no tenía conmigo el libro de Historia, ni mis deberes, ni nada, todo se había quedado en casa. De hecho, no tenía nada de nada. Por no tener no tenía ni calcetines, resultado de haber salido pitando en la ambulancia. La señorita Barks me dijo que lo sentía mucho, pero que tendría que apañármelas lo mejor que pudiera. La semana siguiente vendría a ver cómo me iba e intentaría pasarse por mi casa a recoger lo que necesitara. Me pidió que hiciera una lista de las cosas más importantes y que ella haría todo cuanto estuviera en su mano. Yo no albergaba muchas esperanzas. Me imaginé a Stoner encendiendo una hoguera en el patio trasero y arrojando a ella mi ropa y mis libros de texto. Mis cómics y mis muñecos de superhéroes, uno a uno.

La señorita Barks y Ojeras se pusieron a discutir acerca de qué carretera tomar y llegó un momento en el que tuvimos que dar la vuelta. Ojeras le recordó que debíamos hablar de mamá y la señorita Barks dijo: «Ah, claro, ¿no te han puesto al día sobre el tema?». No. Bueno, resultó que había buenas noticias. Tan pronto como saliera del hospital ese mismo día, la iban a enviar directamente a hacer tratamiento. Una vez superados los peores momentos de la noche anterior, yo no había vuelto a preguntar por ella. Probablemente hice mal, pero, para ser sincero, estaba harto. Primero se traía a casa a un psicópata y luego se buscaba un modo de escapar de este mundo: ¿quién hace algo así?

La señorita Barks me dijo que, antes de poder volver con ella, a mamá le esperaban varias semanas de reclusión y después un poco de supervisión doméstica. De modo que no iba a tratarse de una rehabilitación exprés de cinco días, como tantas otras en el pasado, pues eso no era más que una especie de puesta a punto. Imagino que habían visto que a estas alturas lo que mamá necesitaba era una revisión completa del motor. La señorita Barks se aseguró de que hubiera entendido que mamá había llegado a un acuerdo con la Seguridad Social para que velaran por mi seguridad y que en esos momentos necesitaba un empujón extra para ayudarla a cumplir con su parte del trato.

Yo seguía sin entender por qué no podía quedarme con los Peggot. Aunque, teniendo en cuenta cómo me había chivado de Stoner, tenerlo de vecino me habría acojonado. Lo visualicé entrando en mi habitación y encontrando los cuadernos en los que había pasado tantas horas imaginándome perversas formas de darle muerte al Villano de Piedra. Barba, orejas perforadas, una gran calva afeitada, incluso él lo pillaría. En uno de los dibujos se veía a un caimán arrancándole la polla de un mordisco.

Enfilamos por el camino de tierra que desembocaba en la granja. Ya casi habíamos llegado.

Reuní el valor suficiente para preguntar si estaba metido en un buen lío por todo lo que les había contado. Sobre Stoner, por ejemplo. La señorita Barks me dijo que nadie estaba enfadado conmigo y yo pensé «Sí claro, señorita. Si los niños confiesan las mierdas que no deberían, la gente se acaba enterando y se desata una tormenta. Así funcionan las cosas». Nos detuvimos frente a una vieja casa de campo con un patio de hierba tan alta que más bien parecía heno a punto de recolectarse. Ojeras apagó el motor. La señorita Barks quiso saber si tenía alguna otra pregunta antes de entrar a conocer mi hogar de acogida. ¿Qué podía preguntarle? Frente a mí se levantaba una casa enorme, vieja y tétrica, que me recordó a la de Amityville. Creo que yo aún no me había hecho a la idea de que no regresaba a mi casa.

Los tres permanecimos sentados y en silencio. Ellas dos en la parte delantera y mirándose en plan «tú. No, tú». Ojeras al final le soltó:

—Tú estás al cargo. Te toca a ti entrar.

La señorita Barker estaba asustada. Sea lo que fuere que hubiera dentro de aquella casa, no quería ser ella quien tuviera que dejarme allí y decirme «Hasta la vista, chaval. Menudo asco estar en tu piel». Probablemente fuera su primer día cumpliendo con esa mierda de trabajo, que consistía en sacar a chavales de sus casas en nombre de la Seguridad Social, y acabara de darse cuenta de que ni siquiera le gustaba estar en su propia piel, ya no digamos en la mía. Adiós a mi supuesto ángel de la guarda. Yo solo había sido un examen práctico.

9

Crickson era un tipo grandote y rechoncho, de rostro sonrosado y con una cortinilla de pelos grasientos que parecían dedos agarrando una pelota de baloncesto. Tenía unos ojillos bien hundidos y una nariz puntiaguda, la típica cara perruna. Pero de una raza más malvada que la de los dos perros de caza que yacían en el suelo de la cocina, a los pies de la fría estufa de leña. Daban la sensación de haber tomado ya posiciones para cuando llegaran las primeras heladas.

La voz del viejo salía de sus labios en susurros a lo Freddy Krueger, como si hablar le doliera tanto que más te valía prestar atención. Sí, había visto esa película en el autocine, desde el asiento trasero, con mamá y Stoner creyéndome dormido. Una forma más de educar a los niños en Lee County. Si alguien que da miedo te dice que te sientes, lo haces.

A todo esto, la señorita Barks iba repasando su lista, hecha un manojo de nervios. ¿Yo dormiría en la misma habitación que el resto de los niños en acogida? ¿Había pasado una inspección? ¿Se habían puesto en contacto con él aquella mañana para informarlo de mi situación? Él ponía cara de «acabemos de una vez con esto, señorita». El resto de los chavales ya estaba en la escuela y él necesitaba ir a supervisar el ganado. A la señorita Barks todo le parecía bien. Yo aguardaba sentado bien recto, echándole un vistazo al interior de Amityville: un linóleo horrendo y levantado, manchas amarillentas de grasa en la pared de encima de los fogones, frascos de mantequilla de cacahuete abiertos y una encimera sucísima. Una costra de roña recubriéndolo todo. Me acordé de que la señorita Barks había dicho que su esposa había muerto. Me pregunté si su cadáver seguiría en algún rincón de la casa, porque mi impresión fue que allí no había limpiado nadie desde que la mujer la había palmado.

La señorita Barks acabó de hablar y le entregó un sobre amarillo de gran tamaño. Él preguntó si contenía su cheque. Ella le respondió que le llegaría por correo, como siempre. No podía creerme que fuera a dejarme ahí con Freddy Krueger, pero me puso los mismos ojitos que le había visto a mi madre un millón de veces: «Lo siento». Y se marchó repiqueteando con sus botines, taca-taca-taca. Me pregunté si la Seguridad Social tendría algo parecido al paso nueve, que te animaría a disculparte algún día con todos los niños a los que habías jodido la vida.

Una vez la señorita Barks hubo salido por la puerta, pensé que el viejo se largaría corriendo a atender a su querido ganado, pero no dio muestras de tener ninguna prisa. Se sirvió café de una cafetera roñosa en una taza sucia. Bajo la camisa de franela llevaba una camiseta interior de algodón de manga larga, con los puños deshilachados y mugrientos, que daba la sensación de no haberse quitado nunca. Aunque mamá no era precisamente una persona cuidadosa, me enseñó la importancia de la higiene. Ver a aquel hombre sorber el café me produjo náuseas.

Me miró con gesto interrogativo, así que le dije que no, gracias, que el café no era lo mío. Me contestó algo con su voz inquietantemente ahogada, pero tan bajito que no le entendí.

—¿Perdone, señor?

—He dicho que a los otros chavales no les gustan los que muerden. Ya se lo he dicho. Y a nadie le gustan los que muerden.

Miré a los perros, a los pies de la estufa, mientras intentaba descifrar sus palabras. La verdad es que parecían estar muertos. O al menos tan viejos que a duras penas podrían masticar

comida enlatada para gatos. Pero aquello me sonó a algo que debía saber.

—¿Cuál de los dos muerde? —le pregunté.

—Tú —me dijo, con una mirada que traslucía lo idiota que le parecía.

Observó por la ventana cómo se alejaba el coche de la Seguridad Social. Me percaté de que llevaba la bragueta abierta, o quizá fuera que los pantalones eran tan viejos que la cremallera ya no funcionaba.

—Me sorprende que a estas alturas nadie te haya limado aún los dientes —susurró al cabo de un minuto.

Tuve el día entero para ponerme de los nervios, a la espera de descubrir hasta qué punto los otros chicos odiaban a los que muerden. Stoner ya se habría encargado de correr la voz. Así que lo mismo daba si me colocaba un cartel a la espalda que pusiera: Madre Drogadicta, Mejor Amigo Maricón, Mordedor de Manos. Fuera lo que fuese lo que Crickson les hubiera contado aquella mañana a los chicos en acogida, a esas horas todo el colegio debía de saberlo. No quería volver jamás. Tampoco quedarme allí. Tenía un agujero en el estómago, pero Crickson ni me preguntó si había desayunado. La cocina despedía un olor nauseabundo, una mezcla de pies y beicon, aunque incluso eso multiplicaba mi apetito. Sin embargo, él se limitó a acabarse el café y decirme «Andando». Y afuera que salimos, a encarar un día de trabajo.

Empezamos alimentando al ganado con heno. El establo apestaba a mierda de vaca, nada sorprendente, pero aquel olor era una puta agresión. Tan intenso que te hacía llorar. Las reses estaban embarradas y eran oscuras, agresivas y tan grandes que podían matarte si no te movías con agilidad. Y hasta aquí lo que puedo contar acerca de alimentar al ganado con heno. Usamos una horqueta para esparcir el heno. Me dijo que tenía unas doscientas cabezas de ganado, la mayoría en los pastos. En agosto solo se les daba heno a las vacas preñadas, como aquellas. Me preguntó qué sabía sobre el ganado, que era nada, y si era capaz de conducir un tractor, que era que no. Pude notar cómo lo cabreaba mi inutilidad. Me preguntó si había recolectado y apilado heno, porque alguien tendría que hacerlo si algún maldito día dejaba de llover. ¿Había despuntado o cortado tabaco? Eso también tocaba pronto. Dijo que los chicos no iban a la escuela durante la temporada del despuntado del tabaco porque suponía un trabajo de mil demonios reunirlo todo, de modo que confiaba en que no sintiera mucho apego por las clases. Yo iba diciendo «Sí, señor», «No, señor», esperando capear el temporal.

Lo seguí arriba y abajo, llevándole lo que me pedía. La lluvia iba y venía. Yo solo podía pensar en mi casa: en lo preocupada que estaría la señora Peggot por a qué lugar me habrían mandado. Pensaba en el arroyo y en su barro de primera calidad. Por el lado bueno, aquel hombre no me iba a obligar a fregar el suelo con lejía. Pero cabía la posibilidad de que acabara haciéndolo por voluntad propia. Metimos el ganado en cancelas. Nos pasamos horas inspeccionando verjas viejas y agujereadas para asegurarnos de que el alambre de espino no se había soltado de ninguna estaca. Acarreaba una grapadora gigante para fijar el alambre suelto que sonaba como un arma de guerra. Me dijo que prestara atención porque al día siguiente iría yo solo a encargarme de las verjas. ¿En serio? ¿Pensaba poner aquella arma en mis manos? Peligro seguro.

El hambre me impedía pensar con claridad. Por fin llegó la hora del almuerzo, al que él llamaba «cena», pero qué más daba. Tocaba bocadillos de beicon y tomates. Frio el beicon y los tomates a la vez en una sartén que parecía no haber sido lavada en la vida, no hacía falta ni

echarle aceite. Comprobé que el beicon era la gasolina del motor que mantenía funcionando aquella casa llena de chavales. Había paquetes gigantescos en la nevera. Barras de pan aún plastificadas se apilaban como ladrillos sobre el mármol. O sea que buenas noticias.

Después de almorzar comprobamos más verjas y le cambiamos las bujías al motor de un tractor. Estaba avanzada la tarde cuando divisé a dos chavales subiendo por el camino, seguramente procedentes del punto junto a la autopista en el que se habrían bajado del autobús. Entraron en la casa a dejar sus mochilas y acto seguido acudieron corriendo al granero en el que el señor Crickson me había dejado con una manguera y un cepillo, a cargo de la limpieza de varios cubos para el grano llenos de barro. Estaba a punto de vomitar de los nervios. Como era de esperar, el más pequeño me enseñó los dientes, soltó un aullido lobuno y se puso a reír como un loco.

—Ey, soy Demon —les dije, intentando con todas mis fuerzas parecer… bueno, cualquier cosa menos un chaval que muerde.

El mayor dijo que se llamaba Tommy y que el otro era Intercambio. A continuación, agarró los cubos que había limpiado y se puso a apilarlos. El pequeño se dirigió al cuarto de herramientas a coger una pala y empezó a despejar mierda en el otro extremo del granero. Todo el mundo conocía a Intercambio. Habíamos ido juntos a segundo, él no era la primera vez que lo cursaba, y probablemente siguiera estancado en los cursos inferiores debido a algún problema que le afectaba a la cabeza y al crecimiento. Era pequeño de un modo inquietante, con un rostro extraño, como si los ojos y el resto no ocuparan el lugar que les correspondía. La gente decía que era por lo mucho que había pimplado su madre mientras él estaba en el horno. «¿Y la mía no?», siempre pensaba yo. Pero mamá aseguraba que ella se había mantenido sobria durante el embarazo, al menos los primeros meses, porque todo lo que veía le provocaba ganas de vomitar. Afortunado que es uno.

—Sabíamos que venías —me dijo Tommy.

Le contesté que me parecía curioso, porque a mí me había cogido por sorpresa. Pero me explicó que no se refería a mí en concreto. En abril y septiembre el viejo necesitaba dinero para abonar unos impuestos relacionados con la granja, por lo que en esas fechas acostumbraba a llegar algún chico. No supe qué pensar. Le pregunté cuánto tiempo llevaba viviendo allí y me respondió que un par de años, aunque entrando y saliendo. Unas veces venía en abril, otras, en septiembre. Dijo que la mujer de Creaky[17] había sentido aprecio por él antes de morir, pero que Creaky lo odiaba, por lo que ahora Tommy entraba y salía cuando hacía falta. Yo me limité a soltar un «ajá», sin más.

A este chaval también lo tenía visto de la escuela de primaria Elk Knob, pero era un poco mayor que yo, ya debía de cursar la secundaria. Su apellido era Waddell, por lo que la gente lo llamaba Tommy Waddles,[18] cosa que en realidad hacía, se contoneaba. Era regordete, en plan osito de peluche, con unos grandes ojos redondos y un pelo castaño que su cabeza parecía incapaz de contener. Le quedaba de punta. Por aquel entonces algunos chavales imitaban el corte de pelo del actor Luke Perry en *Sensación de vivir*, pero en el caso de Tommy era evidente que no había gel de por medio ni voluntariedad, era puro estilo Tommy, tal cual. Su ropa tampoco lograba contenerle todo el cuerpo: los brazos eran como salchichas embutidas a la fuerza en las mangas de las chaquetas, los vaqueros le apretaban en la cintura. Ahora sabía el motivo. Era un chaval de acogida. No recuerdo que de vez en cuando te hicieran un repaso y te dijeran «Eh, chaval, esa ropa te va un poco justa, vayamos de compras».

Después de todos mis miedos a ser visto como un chaval que muerde, Tommy resultó encantador. Me enseñó dónde almacenar los cubos, cómo acceder al cuarto del maíz y sacarlo para alimentar a las vaquillas y los terneros, y varias cosas más que debíamos hacer antes de entrar. El cuarto del maíz era una especie de minigranero, tan lleno de ratas que debías mirar bien dónde pisabas. En serio, te pasaban por encima de los pies. Si algo resultaba muy pesado, como un saco de maíz, Tommy intentaba levantarlo. Me explicaba las cosas sin hacerme sentir como un idiota. Me dijo que a todo el ganado lo llamaban Angus, tanto si eran machos como hembras. A las vacas se las alimentaba para que tuvieran terneros, y a los machos se los castraba para convertirlos en cabestros y dejarlos crecer entre los pastos hasta que alcanzaban la mitad de su tamaño. Antes de que el invierno pegara fuerte, los vendían a los corrales y ponían rumbo a algún lugar del oeste, donde los acababan de cebar. De ahí ya salían con destino a convertirse en hamburguesas.

Tommy le hablaba con dulzura al ganado mientras le dábamos grano o lo dejábamos listo para pasar la noche, sin importarle que no fueran más que unos monstruos gigantescos y estúpidos. Conmigo se comportaba igual. Como si intentara compensar todo lo malo que había en nuestras vidas. El consuelo era que yo no acabaría castrado ni convertido en hamburguesa, al menos hasta donde yo sabía. Tommy me confesó que al final uno se acostumbraba a aquel sitio. Lo llamaba la Granja Decrépita, un nombre que se le había ocurrido a Fast Forward porque era un genio inventándose nombres. Fast Forward era el otro chaval en acogida allí, solo que aún no había llegado porque iba al instituto y tenía entrenamiento de fútbol americano. Era una gran estrella en el equipo de Lee High, que, como todo el mundo sabe, se llama los Generals. Según Tommy, Fast Forward era la persona favorita de todo bicho viviente, incluso del señor Crickson, y en especial lo había sido de la señora Crickson. Estaba seguro de que a mí también iba a gustarme. Llevaba en esa granja toda la vida y era como si fuera su hijo de verdad, aunque él odiara al señor Crickson. O mejor dicho, a Creaky, que es como se suponía que todos debíamos llamar al viejo, pero nunca a la cara.

Tommy me enseñó dónde asearme antes de entrar en la casa. Junto al porche, que tenía las mosquiteras medio caídas, había un grifo en el que podías lavarte las manos, los zapatos o lo que fuera, sin acabar muy mojado. Yo ya estaba empapado después de haber pasado el día bajo la lluvia. Pero deseoso de poder comer algo. Quería creer a Tommy cuando decía que acabaría acostumbrándome a aquello, o por lo menos a pasar desapercibido hasta poder dejarlo atrás. Quizás en la escuela no me estuvieran poniendo mucho a parir si era Intercambio quien llevaba la voz cantante, un chaval al que nadie respetaba. Sobrellevaría las tres semanas de mamá en rehabilitación, regresaría a casa y aquí no ha pasado nada. No tenía planes respecto a Stoner. Quizá la Seguridad Social sí. Quizá sí que existiera algún Dios allí en lo alto y nuestra mierda oliera a rosas.

Tommy Waddles dejó que me apoyara en él mientras me aguantaba sobre una sola pierna para quitarme la suciedad de los zapatos. Los cordones estaban enmarañados. Reparé en que no me había descalzado desde que me los había puesto la noche anterior en la ambulancia. Además, no llevaba calcetines por la misma razón. Todo lo que llevaba puesto estaba húmedo y olía a mierda de vaca. Toda mi ropa. Al día siguiente en la escuela apestaría a mierda de vaca.

Fast Forward llegó a casa cuando nos disponíamos a sentarnos a la mesa y todos se comportaron como si el Capitán América acabara de hacer su aparición en una furgoneta Ford. «¡Ya está aquí!» y cosas por el estilo. Aquel chaval no había estado haciendo ninguna labor en

la granja y conducía una Lariat F-150 de tonos rojos y plateados, con los faros cuadrados. Una pasada. Me pregunté si el vehículo sería suyo, si lo habría cogido prestado de la granja o qué. ¿Los de acogida podíamos tener nuestras propias cosas? Me quedaba mucho por aprender.

Cuando entró en la cocina, hasta los putos perros levantaron la cabeza. Era la primera vez que se movían en todo el día. El chaval era alto y delgado, con porte de tío famoso, dientes relucientes, cejas oscuras y una mata de pelo increíble, como una explosión, con unos rizos de locura, a lo Mariah Carey en sus días de melena-fregona, aunque obviamente no tan largos. Por entonces los equipos de fútbol americano no permitían llevar el pelo tan largo.

—Hola, Fast —dijeron todos los chavales—. Este es Demon.

Fast Forward se quedó inmóvil, como si estuviera protagonizando un número cómico, llevando la vista de los chavales a mí y viceversa, meditando lo que iba a decir. Yo me preparé para un comentario sobre mordeduras que soltaría mostrando las encías y gruñendo. Pero nos dedicó una sonrisa propia de una estrella del rock y dijo:

—¡Sangre nueva! Ya iba siendo hora de que aquí se renovara la plantilla de ganaderos.

El señor Crickson sonrió y asintió como si pensara lo mismo y todo hubiera sido idea suya. De locos. Que una pequeña tribu de chavales mugrientos admirara a alguien mayor que ellos era normal. Pero es que también tenía al viejo cabrón comiendo de su mano. Demon, pensé para mis adentros, mira y aprende.

La cena consistió en carne de hamburguesa con salsa Manwich por encima y macarrones con queso fundido. Maravilla. Tenía que hablarle de eso a mamá. A ella nunca se le ocurría nada para la cena. El señor Crickson le preguntó a Fast Forward cómo había ido el entrenamiento, cuál había sido la línea defensiva y si seguía pensando que los Generals acabarían el año invictos. Un chorro de palabras saliendo de la garganta cascada del viejo. Parecía habérselas estado guardando todas para Fast Forward. Después de cenar, el señor Crickson se fue a la sala de estar a ver la televisión, lo que era sinónimo de dormirse de inmediato en su mecedora, y Fast Forward se largó pitando. Aquello nos dejó a los restantes a cargo de recoger y limpiar la cocina, lo que hicimos con la dejadez esperable de tres críos, más cuando uno no carburaba del todo. No era ningún misterio por qué la cocina tenía aquel aspecto.

Tommy me enseñó el resto de la casa, nuestro dormitorio en la planta de arriba y el cuarto de baño que debíamos compartir, del que Fast Forward tenía uso preferente, obvio. Él tenía más cosas que hacer, como afeitarse. En nuestro dormitorio había dos literas y poco más. Un armario para tus cosas, si eras lo suficientemente afortunado como para tener algo. Una mesa para hacer los deberes, si te apetecía. Tommy e Intercambio compartían una de las literas y se pusieron a debatir si yo debía cogerme la cama de arriba o la de abajo en la otra. Intercambio no votó, digamos que por el hecho de no ser una persona muy habladora. Lo que sí le gustaba era trepar. Recordé cómo en segundo se pasaba el día subiéndose a los radiadores como si fuera un puto mono, y cómo la profesora le gritaba constantemente que se bajara de ahí porque algún día encenderían la calefacción y se abrasaría de lo lindo. Y ese día llegó y eso fue lo que ocurrió. Nunca habéis oído unos alaridos como esos. Por el contrario, Tommy prefería la cama inferior porque debajo podía guardar los libros que sacaba de la biblioteca. Tenía unas cuantas pilas ahí, ejemplares de las series *The Boxcar Children* y *Goosebumps*. Yo ni siquiera sabía que podías coger tantos en préstamo. Tommy me contó que la biblioteca de Pennington Middle era más grande, lo único bueno que tenía la secundaria.

Había creído erróneamente que todos los chavales compartiríamos literas, pero Fast

Forwayd tenía su propio dormitorio al final del pasillo. Llevaba mucho tiempo viviendo en aquella casa. En vida de la señora Crickson habían empezado los trámites de adopción, pero no habían llegado a completarlos. De modo que el señor Crickson seguía recibiendo un cheque mensual de quinientos dólares por tenerlo en acogida. No me enteré de todo esto enseguida. Aquel era un asunto de complejo desciframiento, sobre todo por cómo lo manejaban Crickson y Fast Forward, quienes habían llegado a una especie de acuerdo secreto por el que se repartían el monto del cheque.

No podíamos entrar en el dormitorio de Fast Forward sin su permiso, por lo que me limité a mirarlo desde la puerta. Tenía un juego de pesas distinto al de Stoner. Trofeos de fútbol americano, recortes de periódico con grandes momentos de los Generals pegados a la pared de detrás del escritorio (él sí tenía mobiliario). De otra de las paredes colgaban una serie de lazos obtenidos en concursos de ganado, me dijo Tommy, aunque aquello ya era agua pasada. Ahora Fast Forward tenía el fútbol americano, una furgoneta y chicas guapas, así que todo Cristo quería estar en su órbita. Yo hacía dos horas que lo conocía y ya había visto por dónde iban los tiros.

En realidad se llamaba Sterling Ford.[19] ¿Podía haber un nombre mejor? Te hacía pensar en algo plateado, en los mejores motores jamás fabricados. Sin embargo, aseguraba que había recibido el apodo de Fast Forward muy pronto y que le sentaba como un guante.

Estaba al mando de la casa y disponía de las llaves del armario en el que el viejo guardaba las armas y las medicinas que cada noche debía tomarse Intercambio, si es que alguien se acordaba de dárselas. La Seguridad Social lo había obligado a guardarlas bajo llave después de que unos chavales en acogida se dedicaran a venderlas. A saber si eran estimulantes o antidepresivos lo que tomaba Intercambio, probablemente ambas cosas. Algo normal: la mitad de los chavales del colegio hacían cola en la puerta de la enfermería para recibir su dosis antes del recreo. Fast Forward disponía de todo tipo de privilegios, mientras que los otros tres chicos en acogida éramos unos pobres desgraciados abandonados a nuestra suerte. A nadie le importaba una mierda a qué hora nos acostábamos, siempre que a la mañana siguiente nos levantáramos. La primera noche estaba muerto de cansancio, pero me agobiaba meterme en la cama con la ropa apestando a estiércol. De pronto Tommy me preguntó si se habían olvidado de traerme ropa. Sabía bien cómo funcionaba el tema de las acogidas, así que me prestó una de sus camisetas para dormir. Tommy no era un chaval como los demás.

Me dijo que Fast Forward vendría antes de apagar las luces para una inspección. Y así lo hizo, entrando al grito de: «¡Aaaaaaatención!». Tommy e Intercambio saludaron y sacaron pecho, y Fast Forward comenzó a pasar revista. Imagino que todos hemos visto cómo funciona en las películas. Me pareció una tontería, pero no encontré la forma de escaquearme, de modo que me resigné. Fast Forward me miró de arriba abajo y dijo: «Vaya, vaya. Fijaos en este chaval de ojos verdes». Me preguntó si era *melungeon* o un mexicano pelirrojo o qué. Le dije que mi padre era *melungeon*.

A continuación, Fast Forward nos preguntó qué teníamos. Tommy se hurgó en los bolsillos, sacó un paquete de chicles y se lo entregó. Fast Forward se plantó delante de Intercambio, se inclinó hacia delante y acercó la cara a centímetros de la suya. Intercambio le dijo que no tenía nada. Fast Forward le mostró el puño y él se encogió asustado. No llegó a pegarle, pero quedó claro que esto había ocurrido con anterioridad. Yo miré a Tommy con cara de «¿esto es normal?». Y él me devolvió una de «sí, lo es».

—Esta mañana Creaky te ha dado dinero para el almuerzo —le dijo lentamente Fast Forward a Intercambio, consciente de su retraso mental—. Te quedaste el dinero para el almuerzo y aceptaste un bocadillo de mantequilla de cacahuete.

—Yo jamás —le dijo Intercambio.

—Lo hiciste. Tengo ojos en tu escuela, no solo en la cara. Si le mientes a Fast Forward estás decepcionando a todos tus hermanos. Tienes el dinero que te entregó Creaky. Dámelo.

Para un chico normal, aceptar el bocadillo de mantequilla de cacahuete significaba que se le había acabado el dinero para el almuerzo o que a su madre se le había olvidado firmar los formularios para obtener la comida gratis. Tanto en un caso como en el otro, las mujeres del comedor te servían el bocadillo con expresión de «estás bien jodido». Intercambio había aceptado el bocadillo de la vergüenza para poder quedarse el dinero. Sus ojos muy juntos miraban hacia todos lados, como los de un conejo en una trampa. Fast Forward chasqueó los dedos frente a su carita agitada. Intercambio aflojó los billetes. Luego llegó mi turno. Fast Forward se me quedó mirando.

—Hostia, colega, ¡ni siquiera tengo calcetines!

No sabía si en aquella casa se podían soltar tacos ni si Fast Forward esperaba que lo tratara de «colega» o de «señor», pero me arriesgué y los chavales se rieron. Le dije a Fast Forward que me habían abandonado ahí sin nada.

—Sin nada. ¿Estás seguro? —me dijo Fast Forward con cara de desconfianza.

—Seguro.

—Demon, en esta casa no se engaña a Fast Forward. Voy a darte otra oportunidad. Di la verdad y serás perdonado. Repasa tus bolsillos.

Así lo hice y saqué algunos aperitivos aplastados, lo que me sorprendió. La noche anterior en el hospital se me antojaba una película sobre algún otro pobre desgraciado. Pero yo había sido su protagonista, como demostraban los aperitivos, los diez pavos y las monedas sueltas que llevaba en los bolsillos. De haberme acordado, no cabe duda de que hubiera dado buena cuenta de los aperitivos. Estaba rabioso. En primer lugar, porque hacía mucho tiempo que no tenía tanto dinero, si es que alguna vez lo había llegado a tener. En segundo lugar, porque acababa de perderlo. En tercer lugar, daba la impresión de que me habían pillado mintiendo. Además, ¿cómo lo había sabido?

Fast Forward dijo que estaba orgulloso de mí por contribuir a nuestros propósitos y objetivos. Algo positivo, al menos le gustaba. Nos dijo que se quedaría con nuestras cosas para que estuvieran seguras. Tan pronto como pudiera comprar suministros celebraríamos una fiesta. Una fiesta granjera, remarcó. Los otros respondieron: «¡Yupi, fiesta granjera!». Nos explicó que éramos el Escuadrón Rústico, igual que los Boy Scouts, aunque sin lameculos. Él era el capitán del escuadrón y marcaba las reglas por nuestro propio bien. Nos dijo que no dejáramos que Creaky nos desanimara. Luego añadió «Descansen» y descansamos. Se marchó, y Tommy e Intercambio se metieron en sus literas. Yo me puse la camiseta holgada de Tommy y trepé a la mía. Me decidí por la de arriba. Seguía pensando en las ratas correteando por todo el granero y en Creaky agazapado en la oscuridad, quizás a la espera de limarme los dientes. La cama de arriba parecía lo más sensato.

«Rústico» es una palabra que todo el mundo cree conocer. Pero no es cierto. El señor Peg llevó en su día una pegatina en el parachoques de su camioneta que ponía «Cadillac rústico», pero yo

era un crío que no se enteraba de nada. Mi conocimiento de esa palabra surgía básicamente de la reemisión de la serie *Rústicos en Dinerolandia* en la cadena Nick at Nite, que iba sobre una familia que paseaba por una ciudad con cuerdas por cinturones, que metía rifles antiguos en su equipaje y que conducía una furgoneta destartalada. Te morías de la risa. Más que con la mayoría de las viejas series en blanco y negro que emitían, como *La ley del revólver* o *La familia Monster*.

Un día, Bonnie, una prima de Maggot que iba al instituto, nos pilló mirándola y nos dijo que éramos unos mierdecillas ignorantes. Bonnie hacía teatro y tenía talento, una combinación que la convertía en una perfecta tocanarices. Nos dijo que vigiláramos de quién nos reíamos, pues aquella familia podía ser la nuestra.

¿Qué quería decir? Ninguno de nosotros se comportaba así ni conducía una chatarra parecida, os lo aseguro. Ni siquiera los del Club del Tractor Antiguo, que se metían las camisas por dentro de los calzoncillos e iban al volante de sus máquinas antediluvianas durante el desfile de Navidad. Aquellos tipos solo eran viejos. Pero ¿apagar las luces a balazos, cantar a la tirolesa y tener cerdos dentro de casa? Maggot le dijo a Bonnie que se fuera a joder al presumido de su novio, al que había conocido en el instituto de Governor, y que nos dejara en paz. Eso hizo, pero a mí me dejó pensativo.

Le di vueltas al asunto durante años. Hasta el día en el que, estando el señor Peg fumando junto a su camioneta y yo haciendo el tonto cerca de él, se me ocurrió indagar sobre esa pegatina en la que ponía «Cadillac rústico». Le pregunté si «rústico» significaba algo malo y su respuesta me sorprendió: «rústico» era como la palabra que empieza por n.[20] Lógicamente yo le dije lo que todo el mundo sabe, que la palabra que empieza por n solo la utilizan los capullos. Él me dijo que tenía razón, pero que también la usaban algunas personas que no eran unos capullos de raza blanca. Cierto: Ice Cube, Jay-Z, Tupac… El señor Peg no era fan de ninguno de ellos, más bien lo contrario, pero estaba familiarizado con su música porque Maggot y yo la escuchábamos en casa. La palabra que empieza por n es la favorita de esas personas. El señor Peg me dijo que habían sido otros quienes se la habían inventado, no Ice Cube. Del mismo modo, habían sido otros quienes se habían inventado el término «rústico» para referirse a nosotros, con la única intención de ser unos capullos. Pero lo que consiguieron, por accidente, fue concedernos un superpoder. —No fueron las palabras exactas que utilizó el señor Peg, pero eso es lo que yo entendí—. Llamándonos así demostraban que nunca podrían llegar a ser como nosotros, ni a descifrarnos, y que sus mierdas no nos afectan.

Resulta que el mundo no ha andado escaso de este tipo de cosas. Desde siempre la gente se ha ido lanzando palabras como si fueran trozos de mierda, para que luego alguien las acabe pegando al parachoques de una furgoneta como un mensaje empoderador. Basura blanca, palurdos, montaraces, pueblerinos. Todos deplorables.

10

A Tommy Waddles le gustaba hablar, y a quién no le habría gustado hacerlo, con una historia como la suya para compartir. En su caso no se trataba de unos padres desastrosos, sino de la peor de las suertes posibles. Su padre, una especie de agrimensor, había muerto al estrellarse su avioneta, y a su madre le había fallado algo del corazón pese a su juventud. Tommy no recordaba a ninguno de los dos, pues era muy pequeño cuando murieron. Tenía una abuela que había perdido la cabeza en un asilo que quedaba en el quinto pino, a las afueras de Norfolk. El resto de sus parientes había muerto o ni había llegado a existir, dado que su padre era hijo único. De modo que Tommy se había pasado toda la vida bajo la tutela de alguna institución del estado de Virginia.

Aseguraba que el sistema de acogida empeoraba cuanto mayor te haces, porque los mejores hogares preferían tener a bebés o a niños aún pequeños. Tommy, imaginé, nunca había sido lo suficientemente pequeño. Pero él lo compensaba con la mejor de las actitudes, refugiándose en los libros que sacaba de la biblioteca e ignorando el odio que pudiera despertar. Su dulzura era su condena en la granja de Creaky, pues el viejo no sacaba ningún provecho de ella. Sin embargo, Tommy acababa recalando ahí una y otra vez porque su situación no se regularizaba y Creaky necesitaba el dinero. Debería haber sido adoptado por una señora bondadosa que hiciera galletas y escuchara gustosamente cada una de las historias contenidas en la serie de libros *La casa mágica del árbol*. Pero quienes adoptaban buscaban niños pequeños aún con más determinación que quienes acogían. Así de brutal es la vida. Y ellos se lo perdían, añadiría, porque la compañía de Tommy era un regalo. Un chaval estupendo.

A Tommy y a mí nos unía el interés por el dibujo. «Hacer garabatos», llamaba él a lo suyo. Le salían con la misma naturalidad con la que brota la sangre cuando te cortas. Tardé un tiempo en descubrir lo de sus garabatos, aunque hubo una pista durante aquella primera cena, después de que Creaky le llamara la atención por comer demasiadas hamburguesas con salsa Manwich. En aquella granja se engordaban cabestros, no niños, lo regañó. En realidad fue mucho más duro, señalando que Tommy estaba ahí porque a nadie le gustaban los gordos y que los repudiados no tenían cabida en la granja de Creaky. Yo no daba crédito a lo que decía, pero el resto de los niños seguía comiendo en modo «ya estamos con lo mismo de siempre». Tommy se levantó, dejó su plato en el fregadero y se fue al salón. Yo podía verlo, hecho un ovillo en el sofá y con el cuerpo girado, escribiendo a lápiz en el periódico que tenía sobre las rodillas. El pelo de punta, transmitiendo una entrega total. Me imaginé que se trataría de uno de esos crucigramas o sopas de letras a los que tan aficionada era la señora Peggot. Pero después fui a echar un vistazo y lo que descubrí fueron esqueletos. Pequeños esqueletos que cubrían hasta el último rincón sin tinta. Una barbaridad. Tommy no tenía aspecto de niño gótico. Dibujar esqueletos era lo último que uno se habría esperado de él.

Durante los trayectos en autobús también dibujaba garabatos en cualquier espacio libre de sus libros de texto, sobre todo en los días malos. Y de nuevo, esqueletos. Pero por lo general se dedicaba a explicarme la historia de su vida. Nos sentábamos juntos con tiempo de sobra para contarnos cosas. Así discurría nuestra jornada: nos levantábamos a las cinco de la mañana, nos preparábamos el desayuno si queríamos, nos dirigíamos a la autopista por el camino de tierra y

allí esperábamos al autobús bajo la jodida luz de la luna. Qué iluso había sido pensando que el trayecto desde Peggot Holler era largo. Desde la granja de Creaky tomábamos un primer autobús a Lee High, esperábamos en la cafetería junto al resto de los niños procedentes de los rincones más apartados, jugando a guerras con bolas de papel o disfrutando de un desayuno gratis si llevábamos los formularios firmados, y luego nos subíamos a un segundo autobús que nos dejaba a Intercambio y a mí en el colegio Elk Knob, y a Tommy en Pennington. Horas y más horas, paradas y más paradas. Madres gritándoles a los conductores por alguna cosa u otra relacionada con dejar a los chavales en el lugar equivocado, y los conductores respondiéndoles también a gritos. Dormirse y despertarse para hacer sitio a alguien.

Compartir autobús con chavales que iban al instituto te permitía aprenderlo todo: cómo se quedaban embarazadas las chicas, cómo evitarlo. Dado que los que vivíamos en los lugares más apartados pasábamos más tiempo ahí dentro, nuestra educación era la más completa. Vi a más de un chico meterle el dedo a su novia en el autobús escolar, o a ella chupársela. También más de una cara abofeteada por una chica que no quería saber nada de aquello. Uno o dos labios partidos. Una vez, una rubia bajita y feroz se hartó de que un tipo grandote la llamara «algodoncito», se sentó a su lado y le partió una pizarra mágica en la cabeza. La pantalla acabó boca abajo y el líquido grisáceo embadurnándole toda la cara. Imaginaos al Hombre de Hojalata de *El mago de Oz*. Aquella chica apuntaba maneras. Probablemente a estas alturas sea presidenta de algo. Por lo menos, no se habrá quedado embarazada.

Y mientras todos desperdiciábamos nuestras jóvenes vidas en un apestoso autobús amarillo, Fast Forward podía gozar cada mañana de unas horas extras de sueño, antes de levantarse y conducir su Lariat hasta el centro Lee High. ¿Por qué todo chaval sueña con cumplir los dieciséis y tener un vehículo propio? Para poder dormir más.

En la escuela me reencontré con Maggot, que se puso en plan «¡amigo mío! ¡Creíamos que te habían abducido los extraterrestres!». Lo que era una forma de verlo. Maggot fue mi salvación por aquel entonces. Me consiguió ropa y otras cosas que necesitaba de casa. El señor Peg tenía un juego de llaves, por lo que, en ausencia de Stoner, entraban de manera furtiva, como ladrones, y se dedicaban a meter mis pertenencias en fundas de almohada, incluso mis cuadernos de dibujo. Luego Maggot me las traía al colegio, una funda de almohada tras otra. Me contaron que Stoner casi nunca aparecía por allí. Así que la escuela era el último rastro de normalidad que quedaba en mi vida, con la granja de Creaky a ambos extremos del paréntesis.

Pasó el tiempo y se cumplió el guion. Lo primero fue encargarse del heno. Creaky hizo la siega con su tractor mientras nosotros estábamos en el colegio. Luego tocó embalarlo. Del tractor salía un aparato viejísimo que se estropeaba cada pocos metros. Emitía un chirrido infernal y cada vez que esto ocurría Creaky gritaba con su voz rasposa: «¡Maldita máquina de Tazewell!». Debía de habérsela comprado a alguien de allí cuando los dinosaurios todavía moraban en el condado de Tazewell. Entonces tenía que parar, apagarlo todo y él y Fast Forward, aunque sobre todo el segundo, se subían a la embaladora, trasteaban dentro y tiraban de lo que fuera hasta que volvía a funcionar. Los demás arrastrábamos y amontonábamos las balas de heno a lo largo del campo, dejándolas listas para cargarlas en la furgoneta. Eran de esas balas cuadradas que una persona podía transportar, no las gigantescas y redondas por las que se decantaban la mayoría de los granjeros, que requerían de tractores y carretillas elevadoras para su manejo. No, señor, Creaky tenía a su ejército de esclavos y dábamos pena. En primer lugar, Tommy, un dechado de virtudes, pero no de fuerza, alzaba una bala por el

cordel con ambas manos y se quedaba ahí de pie con la cara roja como si sufriera de estreñimiento, hasta que me acercaba a ayudarlo. Y de Intercambio mejor no hablar. Cada bala pesaba igual o más que él, y lo único que de verdad quería hacer aquel chaval era escalar por las pilas que íbamos reuniendo, tirándolo todo al suelo y liándola con tonterías. Debíamos cargar las doscientas y pico balas a la plataforma de la furgoneta, una tras otra, para luego descargarlas y almacenarlas en el granero, lo que implicaba más escaladas, más caras de estreñimiento y más tonterías. Para entonces Creaky ya maldecía a la agencia de acogida con la misma vehemencia que reservaba al condado de Tazewell, unidos por comerciar con productos defectuosos.

Así transcurrió mi primer fin de semana. El domingo por la noche no pude ducharme porque Fast Forward se pasó una eternidad en el cuarto de baño. Había otro servicio en la planta de abajo, con una bañera vieja y asquerosa, pero las aguas residuales solían regurgitar por allí de forma habitual, por lo que yo no era el único al que le daba miedo. Incluso Creaky usaba el del piso de arriba. Me costó dios y ayuda reunir las pocas fuerzas que me quedaban para trepar hasta mi cama y tumbarme en ella, con todo el cuerpo picándome después de haberme frotado contra doscientos bloques de heno. Por delante me quedaban tres semanas de condena en aquella prisión y ni siquiera había llegado a completar una. Me pregunté cómo estaría mamá. Siempre decía que desintoxicarse era el peor infierno imaginable, lo que me hacía sentir mal. Pero ahora ya no. «No me hables del infierno —le dije dentro de mi cabeza—. Hoy solo has tenido que enfrentarte a tu puñetero inventario moral y permanecer tumbada durante buena parte del día. Entre sábanas blancas y limpias».

Otro punto del guion que se cumplió: la fiesta granjera del Escuadrón Rústico. Fast Forward había prometido traer provisiones y yo pensé que quizá se refería a artículos como los del pasillo diecinueve de Walmart: vasos desechables y platos de papel. Así de idiota era.

Primero sacó los aperitivos, que yo había esperado con anhelo. Cuando llegaba la noche me invadía la nostalgia y me partía el alma el simple hecho de pensar en las chocolatinas Snickers que mamá me guardaba en la nevera. Por lo que pensé entusiasmado «¡Genial, ahora tendremos barritas Reese's y galletas!», dando por sentado que iba a ser una de esas fiestas. A Fast Forward debo concederle que fue paciente con mi educación. Como un hermano mayor, la verdad. Me dijo que aquello era mi iniciación. Celebramos la fiesta en su dormitorio y fue alucinante poder contemplar e incluso tocar algunas de sus cosas. Así es como descubrí que esos trofeos deportivos dorados que daban en los institutos en realidad estaban hechos de plástico. Pero su aspecto era genial. Habíamos apagado las luces y encendimos una vela que habíamos sacado del cajón de la cocina, en el que se guardaban en previsión de apagones. Creaky se había acostado y me dijeron que una vez se quitaba su audífono oía menos que un cadáver.

En el dormitorio de Fast Forward había una ventana tras la que se veían unos árboles. En el cielo brillaba una luna casi llena. Y tenía una alfombra redondeada que la señora Creaky le había bordado con trapos, aun estando ya muy enferma de cáncer. Nos sentamos sobre aquella alfombra en un pequeño círculo, pensando en la difunta mujer que había querido ser la madre de Fast Forward. Nos comimos los dulces y las galletas. Entonces Fast Forward repartió cigarrillos y los encendimos. Creaky permitía fumar en la casa, lo que para mí suponía una novedad. Mamá siempre salía fuera, igual que el señor Peg. La señora Peggot tenía unas reglas

muy estrictas respecto al tabaco, conocedora de muchos casos de personas que se habían quedado dormidas en sus mecedoras y habían acabado incendiando sus casas.

Nosotros no incendiamos nada. Tommy fumaba como un crío, a caladas rápidas que se traducían en tos, mientras que Intercambio poseía un talento natural. Yo estaba en un punto medio, siendo aquella mi primera experiencia a excepción de los mentolados. Fast Forward dijo que cada miembro de nuestro escuadrón, incluso a algunos chavales que ya habían abandonado la casa, disponía de un nombre secreto que solo él podía conceder. Ahora me había llegado el turno a mí. Tommy era Bones,[21] por los garabatos de esqueletos y porque en el fondo tenía unos huesos fuertes. Yo daba fe. Intercambio era Wild Man.[22] ¿Quién demonios sería yo, Demon?

Se me quedó mirando durante una eternidad. La cabeza hacia atrás, la indómita melena de rizos oscuros, los ojos entrecerrados como si estuviera rebuscando dentro de mi cerebro. Al final dijo:

—Diamond.[23] Brilla, reluce y tiene mucho valor. Más duro que nada.

Que un chaval hablara así y mirara tan de cerca a otro chaval no tenía nada de normal. Para un tío heterosexual al que le gustaban las mujeres, que ese era sin duda el caso de Fast Forward. Pero Tommy e Intercambio se limitaron a asentir con la cabeza: sí, excelente. Diamond. Ni siquiera les resultó incómodo, esa era la magia que transmitía aquel tipo. Su palabra era sagrada, y que reparara en ti te hacía sentir especial.

Le dije que de acuerdo, pero que pensaba que los diamantes eran para los ricos o para las chicas que se prometían.

—Eso también. Vas a volver loquitas a las nenas —me dijo.

Aquello me dio mucha vergüenza, por supuesto, y le dije que ni hablar, pero me respondió que él nunca se equivocaba con esas cosas. Tiempo al tiempo, me dijo. Date unos añitos.

Luego nos pusimos a hablar de películas que habíamos visto. Tommy le contó a Fast Forward que yo tenía talento para dibujar superhéroes. ¿Ah, sí?, comprobémoslo, dijo él. Fui a coger mi cuaderno y se lo enseñé. Fast Forward quedó impresionado. Solo le mostré mis mejores dibujos, como aquel en el que aparecía la tía June con el disfraz sexi de la Mujer Maravilla. Quiso saber dónde vivía la tía June. También me preguntó si tenía alguna hermana. Lo que me hizo recordar la historia de la vieja señora Copperhead presentándose en casa para llevarse consigo a la niña que resulté ser yo. Me preguntaba por qué la gente pensaba que me irían mejor las cosas en una versión femenina.

Fast Forward procedió a hablarnos de algunas de las chicas más buenorras que se había tirado, un tema que lógicamente despertó nuestro interés. Había una chica llamada Melissa que siempre le hacía mamadas en la furgoneta después de los entrenamientos. La chica ensayaba hasta tarde con la orquesta, lo que resultaba de lo más oportuno. Y tocaba la flauta, lo que resultaba igual de oportuno. No entendimos esto último hasta que formó una «o» con los labios. Aquello volvió loco a Intercambio, que se puso a chillar como un animal. Imagino que por muy hecho polvo que tuviera el cerebro aquel chaval, en algún rincón profundo albergaba el concepto de mamada. A mí lo que más me impresionó fue el hecho de que la furgoneta permaneciera a plena luz del día en el aparcamiento del instituto. Madre mía, aquel chaval los tenía bien puestos. No conocía el miedo.

Después de eso pasamos a otros temas más extraños, como el de los zombis. ¿Y si la señora Creaky seguía yaciendo en algún dormitorio situado en la parte trasera de la casa? Aquello era

de locos. Les conté que precisamente eso mismo se me había pasado por la cabeza la primera vez que pisé la casa. Los chicos se partieron de la risa y me dijeron: «Tío, acabas de contarnos lo mismo hace un minuto». A partir de ese momento tuve que concentrarme mucho para dilucidar si mis pensamientos se quedaban dentro de mi cabeza o los iba soltando. Porque estaba colocado. Ya lo había estado con anterioridad, de muchas cosas, como laca, rotuladores y un abrillantador para máquinas de escribir que había cogido prestado de la secretaría del colegio, pero esto era otro nivel. Cada cosa que miraba, pensaba o comía adoptaba la forma de burbujas de tiempo que estallaban una a una. Le pregunté a Fast Forward qué mierda estaba pasando y me confesó que las galletas eran especiales. Las había preparado una chica llamada Rose que estaba a prueba para ver si se convertía o no en su novia. ¿Qué nos parecía?, preguntó. ¿Había superado Rose la prueba? Y nosotros en plan «hombre, ¡cómo no!». Miré a Tommy y a Intercambio para ver si ellos también estaban en la misma onda y descubrí que no cabía ninguna duda. Se lanzaban el uno contra el otro, les entraba la risa tonta, pero además me parecieron versiones mejoradas de sus yoes habituales. Más acorde a un Bones, más acorde a un Wild Man. Uno percibía cómo incluso aquel crío roto reunía potencial para llegar a convertirse algún día en un hombrecito salvaje.

Fast Forward nos pidió que cerráramos los ojos. Lo oí hurgar por algún lado, quizás en un escondrijo secreto, y al cabo de un minuto dijo «¡Tachán!». Al abrirlos vimos que sostenía una gorra entre las manos. No era más que una gorra de béisbol de color verde, pero la agarraba como si se tratara del cofre del tesoro. Volvió a sentarse en el suelo —en un único gesto pasó de estar de pie a estar sentado con las piernas cruzadas y la gorra entre las manos— e incluso en mi deplorable estado me impresionó su pericia física. Poseía unas habilidades motrices excepcionales. Todos nos inclinamos a mirar, y a la luz de la vela comprobé que no contenía oro, sino unos puntitos. Pastillas. De diferentes tipos. Entonces entendí qué era una fiesta granjera farmacológica.

Fast Forwad fue acercándonos la gorra y cada uno de nosotros cogió algo. Yo no tenía ni idea de lo que me había tocado, si bien ahora, a estas alturas de mi vida, sabría decir de lo que se trataba. Recuerdo que no era redonda, sino con los extremos puntiagudos, con muescas en el centro, probablemente rosas. Recuerdo su textura en la lengua, notar cómo descendía, y luego sentir la alfombra y el suelo acogedores y firmes bajo mi espalda, mientras yacía en compañía de mis hermanos, observando cómo la luz mantecosa bañaba el techo.

Un chaval de diez años colocándose con pastillas. Vaya críos tan descerebrados. Esto es lo que se supone que debemos decir: fijaos en las malas decisiones que tomaron, un camino directo a la ruina. Pero en este mismo instante hay vidas bullendo, en los sucios intersticios que quedan entre los «felices sueños» dados tras el lavado de dientes y los carritos de la compra rebosantes de artículos, ahí donde este tipo de escenas no tienen cabida. Críos, decisiones. «Ruinas», esos eran los materiales y las herramientas de los que disponíamos. Un chico mayor que nosotros, que jamás había aprendido el concepto de seguridad, procurando hacernos sentir seguros. La luna tras la ventana nos sonrió durante un minuto diciéndonos que el mundo nos pertenecía. Porque todos los adultos habían partido hacia algún lugar y nos habían dejado a cargo de todo.

11

Es justo decir que estaba medio enamorado, o algo igual de jodido, de la señorita Barks. Y la otra mitad de mí estaba en plan «señorita, nadie me ha puesto más caliente en mi vida y desearía que usted y yo hubiésemos nacido en planetas diferentes». Cosas de tíos, lo sé. Mejor será que os vayáis acostumbrando. Me reclamaron en secretaría y me la encontré lista para nuestra primera cita. Era más sencillo encontrarnos en el colegio que subirse a un coche y tener que ir buscándonos por los campos. Utilizamos el despacho de la inspectora de absentismo escolar, cuya exposición de fotografías familiares sobre el escritorio convertían a la señorita Barks en doña Elegancia. Ella me saludó en plan «¡hola! ¡Qué buen aspecto, Demon!». Para buen aspecto el suyo, pues aquel jersey blanco sin duda marcaba sus atributos femeninos.

Pero no era portadora de muy buenas noticias. Las cosas no iban a ser tan sencillas como irme directamente a casa después de tres semanas, me dijo. Obtendría visitas supervisadas con mamá, pero después de rehabilitación ella debería retomar una vida normal y pasar controles antidroga. Solo cuando tuviera las cosas bajo control podríamos tratar el tema de mi vuelta a casa. ¿Y qué pasaba con Stoner? Aquello supondría un desafío, me dijo la señorita Barks. Deberíamos aprender a llevarnos mejor. Genial, pensé. Ya que estamos, podríais enseñarle a Satán algunos de esos trucos tan cuquis que hacen los cachorritos.

Me preguntó por la granja de Creaky y yo le conté. El viejo se comportaba como una mala bestia con Tommy, e Intercambio no debería estar allí (siendo sinceros, debería estar en otro universo). Me preguntó si Creaky me había pegado. Respuesta: no, a mí no me había pegado. Hasta ahí. La señorita Barks lo sentía, pero ni Tommy ni Intercambio estaban a su cargo. Por lo general, todos los niños que compartían hogar procedían de la misma empresa de acogida, pero el de Crickson era un caso especial por tratarse de un lugar de emergencia. Tommy e Intercambio quedaban bajo la supervisión de una empresa de acogida para la que ella no trabajaba. De modo que lo de la acogida lo llevaban empresas y nosotros éramos el producto, tal y como lo llamaba Stoner. Empresas que hacían rotación de producto y publicitaban a niños de acogida para medio centenar de cuentas de clientes. Ver para creer.

La señorita Barks me dijo que las visitas en la granja no estaban autorizadas, pero que ella podía recogerme después de las clases y llevarme a algún sitio donde hablar con mi madre, como el McDonald's. Al acabar me devolvería a la granja. Suponía que Creaky se pondría furioso si quedaba con mamá en vez de ocuparme de las tareas del granero. Ni siquiera hacer los deberes le servía de excusa. Todo esto me lo callé. La señorita Barks traía una gran pila de papeles y se la notaba impaciente por avanzar. Me pregunté si alguno de los niños que conocía también estarían en acogida, si en las clases de Matemáticas o Gimnasia habría más chavales con nombres secretos como los del Escuadrón Rústico. La señorita Barks no podía revelármelo y se limitó a decirme que tenía citas con otros niños, la mayoría más pequeños que yo. Y me dijo que se sentía superorgullosa de lo bien que lo estaba llevando todo, que daba muestras de ser un chaval que sabía cuidar de sí mismo. No me digas. Estaba a punto de irme cuando levantó la vista y me dijo que esperara, que se había olvidado de algo. Acababa de recordar su promesa de acercarse a mi casa para cogerme ropa o lo que fuera. Me preguntó si había redactado la lista que me había pedido.

«Hostia», pensé. Aquel ángel se esforzaba y tenía el ceño fruncido en señal de preocupación. ¿Qué me pasaría si estuviera en manos de las señoritas Barks de este mundo en vez de valérmelas por mí mismo? Pues que sería un pobre desgraciado sin calcetines, que todavía llevaría puestos los mismos calzoncillos apestosos que la noche en la que mamá sufrió una sobredosis.

—No se preocupe —le dije—. No necesito nada.

La casa de la granja de Creaky tenía vida propia. Canalones sueltos que repiqueteaban, tablas que crujían, grifos que goteaban. Por la noche, estando ya en la cama, me llegaban un sinfín de puñeteros ruidos que me inquietaban. Ratones correteando. O quizá fuera un torneo de lucha libre entre cucarachas, o ambas cosas. Sabíamos que los bichos se pegaban unas buenas juergas a horas intempestivas porque al día siguiente encontrábamos cacas de ratón por todas partes, como si hubieran ido dejando un rastro de excrementos para encontrar el camino de regreso a casa. Obviamente una cocina que parece una pocilga va a atraer visitas indeseadas. Pero ¿qué íbamos a saber nosotros? Éramos menores. Cada día teníamos una sorpresa nueva. Muchas mañanas al abrir un paquete de pan me encontré con un túnel excavado de la primera a la última rebanada. Un agujero del tamaño de un ratón en cada una. ¿Os creéis que Creaky nos dejaba tirar aquel pan a la basura? ¿El mismo tío que guardaba todas y cada una de las gomas elásticas que venían con el periódico y que te llamaba nenaza si no te comías toda la manzana, corazón incluido? Las cagarrutas de ratón no iban a ser una excepción. La tostadora mataba los gérmenes, nos aseguraba. Y quizá tuviera razón, porque aquí estoy yo para contároslo.

En resumen, que del interior de las paredes llegaban sonidos de arañazos y rasgueos. Las cañerías transportaban agua sin motivo alguno. Ronquidos. Largos y afligidos pedos. Con frecuencia Intercambio parecía estar sufriendo de unos picores terribles en su cama. Quiero decir que se rascaba como si le fuera la vida en ello. Se me ocurrió que si aquel chaval había completado más de un año de cada curso, debería tener ya una edad. Fumaba como un carretero, un ejemplo de que era mayor que Tommy y que yo. Su baja estatura sin duda engañaba. Aún me faltaban unos años para descubrir lo que un chaval de su edad hace de noche en su cama, esos sonidos que podrían confundirse con rascarse hasta dejarse la piel en carne viva.

No éramos más que una pequeña tribu de desgraciados. Un escuadrón. Esperábamos con ansias las inspecciones, deseosos de recibir las atenciones de Fast Forward. Si yo resultaba el escogido, lo cual ocurría con frecuencia, era como una noche de pizza en un lugar en el que las pizzas no se olían ni de lejos. Descubrió que yo tenía en la cabeza a todos los superhéroes que habían existido, y me pedía que le contara sus vidas con pelos y señales. Miraba mis dibujos como si estuvieran dentro de un cómic, estudiándolos con detenimiento, preguntándome por qué había puesto esto o lo otro. Y me pidió que lo dibujara como un superhéroe. Yo le respondí que necesitaba tiempo para pensármelo, porque el superpoder de una persona no era por asomo tan obvio.

Aunque el suyo sí lo era. Pero necesitaba ganar algo de tiempo. Dibujé varias versiones, que descarté, hasta clavarlo: Force Fastward, también conocido como Fast Man, todo músculo, con pantalones apretados y luciendo capa y casco de fútbol americano. Su superpoder radicaba en su fuerza de voluntad, capaz de conseguir que todos hicieran lo que les pidiera y encima se sintieran agradecidos por ello, porque todo el mundo quería formar parte del equipo de Fast

Man.

Cuando le enseñé el primero, lo agarró y se lo quedó mirando un buen rato. Aterrador. Era un dibujo estúpido. Pero resultó que no, al final me dijo que tenía un don.

—¿Veis esto? —les dijo a los otros, dando la vuelta a la hoja con el dorso de la mano—. Esta mierda no se puede aprender. Es un talento.

Sus palabras hicieron que mi vida de mierda hubiera merecido la pena por entero. Después de aquello me entregué de lleno a la labor. Dibujé a Creaky como el supervillano Creak Evil.[24] Su cabeza, en forma de bombilla y con el pelo en cortinilla, se encendía cada vez que se le ocurría una forma de torturar a un chaval. Mis tiras tenían tres viñetas. «Bing», se leía en la cabeza-bombilla, y del bolsillo se sacaba una lima al grito de «Ven aquí, que voy a limarte los dientes». O «Yo me dedico a engordar cabestros, no niños», entregando a Tommy una bandeja en la que solo había huesos. Entonces Fast Man bajaba en picado de las alturas para aplastar al cruel Creak Evil y salvar a los chavales. Me esforcé al máximo con Fast Man. Su Fastmóvil era una furgoneta Lariat voladora con torretas llenas de munición.

Fast Forward empezó a pedirme que hiciera un dibujo cada noche. Algunos de los mejores se los quedaba. Otros acabaron colgados en su dormitorio. A los demás chavales también les entusiasmaban mis dibujos, eran el acontecimiento del día. A Wild Man le concedí la facultad de trepar a lo más alto de cualquier cosa, y a Super Bones, de sanar al instante cualquier hueso roto. Esto último me lo inventé. El verdadero superpoder de Tommy era la bondad, pero es difícil que algo así funcione en el universo de los superhéroes.

Nos sentábamos todos alrededor de la mesa de nuestro dormitorio, esa en la que jamás se hacían los deberes. Yo dibujaba mientras ellos observaban. A veces estaba tan agotado que habría deseado que nos lo saltáramos. Pero lo hacía de todas formas. Dibujar era algo que Fast Forward no sabía hacer y yo sí. Habría hecho cualquier cosa para estar en su equipo.

Una visita supervisada tenía tela. Por lo general, mamá y yo nos sentábamos a comer una hamburguesa con patatas fritas en el McDonald's. A cuatro o cinco mesas, la señorita Barks bebía una Coca-Cola Light y fingía leer un libro sin quitarnos la vista de encima. ¿Qué se pensaban que iba a ocurrir? ¿Que mamá saldría huyendo y me pincharía con un cuchillo de plástico? ¿Que me metería droga en el refresco? Vaya mierda de mundo en el que a Servicios Sociales no le importaba lo vil que podía llegar a ser Creaky pero escrutaban hasta el más mínimo movimiento de la madre drogadicta.

Madre drogadicta en rehabilitación, perdón. A mamá le brillaban los ojos y derrochaba entusiasmo mientras me explicaba lo fenomenal que le iba en la clínica y lo diferentes que iban a ser las cosas a partir de ahora. Sé que no fue amable por mi parte, pero le pregunté que cómo iban a poder cambiar. Una pregunta inocente. Ah, pero ella tenía varias respuestas preparadas. Hasta entonces solo había pasado por la desintoxicación gratuita, me dijo, un largo fin de semana de encierro, cortesía de los Servicios Sociales. Pero lo de ahora era otra liga, con sesiones de terapia y demás. Costaba una pasta, que Stoner apoquinaba. Me dijo que no había reparado en que el inventario mental significaba saldar cuentas con tu vida entera, abarcando los deseos para el futuro. Y que yo era el 100 % de lo que la impulsaba a estar sobria.

Yo entendía por qué se suponía que aquello debía hacerme sentir genial, pero la verdad es que lo percibí como otro motivo de preocupación. ¿Qué pasaría si mamá conseguía revertir la situación pero al cabo de un mes volvía a estar borracha como una cuba o colocada? ¿Qué

significaría eso? Pues que yo no era un estímulo lo suficientemente fuerte. Stoner se cabrearía por el dinero tirado y lo pagaría conmigo. Mamá me estaba entregando el superpoder de conseguir que ella superara sus adicciones y de que no recayera, al tiempo que el de llevar a la familia por el buen camino. Era muchísima presión.

Lo positivo era que tenía buen aspecto, para ser una residente de un centro para yonquis. Iba maquillada, no parecía tan agotada y se había hecho algo en el pelo. Llevaba un vestido nuevo que le había regalado Stoner. Me dijo que él ya la había ido a ver en tres ocasiones, el tope de visitas autorizadas. Le había llevado el vestido, unas flores y una tarjeta, que se había olvidado de firmar, aunque lo que contaba era la intención. Había averiguado su talla mirando las etiquetas de sus otros vestidos. Se suponía que todo esto demostraba que Stoner era don Maravilloso. Me dijo que Stoner también me quería y que íbamos a ser una familia mejor. Haríamos cosas divertidas como ir al parque de atracciones de Dollywood. Yo le dije que quería ir a ver el océano y ella se rio. Tampoco te pases, me dijo.

Al final reunió el valor necesario para preguntarme por mi nuevo hogar. Le habían contado que era una granja y quería saber si me lo pasaba bien allí, si había animales a los que acariciar y eso. A ver, ella jamás me había contado nada bueno de sus experiencias en las casas de acogida, ¿se creía que ahora eran un paseo por el arcoíris? Yo le dije: «Sí, mamá, es exactamente como un zoo en el que acaricias animales, solo que estos son básicamente cucarachas y ratones». Le conté que nuestros ratos de diversión consistían en recoger mierda de vaca a paletadas y que el tipo que me acogía era un viejo repugnante que amenazaba con limarme los dientes. Lo de que me había iniciado en las drogas se lo ahorré. Hasta donde yo sabía, las drogas no eran el mayor problema en aquella casa, justamente lo contrario.

A mamá al final se le escaparon las lágrimas. «Mira, lo único que quiero es acabar con esto y regresar a casa», le dije. «Tú haz tu parte, que yo haré la mía». Ella me dijo que de acuerdo. Probablemente pensara que iba camino de convertirme en otro capullo más en su vida, una versión juvenil de Stoner. Y no es que yo quisiera ser un cabrón. Pero cada vez que tenía la tentación de sentirme mal por ella, se me encendía una alarma en el cerebro que me decía: «No vayas por ahí, es una trampa». Había agotado todas las opciones con mamá y solo me quedaba un recurso del que tirar: la frialdad.

El sábado siguiente recibí una visita en la granja de Creaky. El día transcurría como de costumbre. Tommy y yo desmontábamos una vieja cerca, arrancando alambre de espino enmarañado de sus enmarañadas estacas y luego enrollándolo y guardándolo, para cuando llegaran los malos tiempos. Así era Creaky. ¡En nada llegan los malos tiempos, muchachos! ¡Guardadlo todo, porque la vida es una mierda y luego te mueres! Trabajar en las cercas significaba tener que trepar por las empinadas colinas que a Creaky le resultaban inaccesibles, de modo que por el lado bueno suponía un descanso de sus gilipolleces. Estábamos en la linde del bosque, turnándonos a la hora de mear contra un hormiguero, algo que hizo sentir mal a Tommy, quien había encontrado unas flores azules brotando del heno. Luego nos sentamos a la sombra a contemplar lo que sucedía en lo alto de los árboles. Las aves debatiendo sobre sus cosas, un pájaro carpintero con su suave tac-tac-tac, aquella otra vida de pequeños seres concentrados en sus asuntos e ignorando por completo nuestros problemas. Uno se quedaba paralizado, pero en el buen sentido. Por cosas así me gustaba el bosque.

Oímos a un cuco de pico amarillo, lo que no era nada habitual. Suena como un motor de dos

tiempos subiendo de revoluciones hasta alcanzar un inquietante gulp, gulp. El canto del cuco de pico amarillo es sinónimo de lluvia. A Tommy le sorprendió que un pájaro pudiera saber algo así, pero se lo creyó, dado que la fuente era la biblia del señor Peg. Yo ya había conseguido sorprenderlo con un montón de cosas, como con el hecho de que el sabor de la corteza de sasafrás es exactamente igual al de la zarzaparrilla. O con el de que si aplastas algunas hojas de balsamina naranja y las frotas contra la piel que ha entrado en contacto con hiedra venenosa se elimina el escozor. Asombrar a Tommy con el acervo popular del señor Peg era uno de mis pasatiempos favoritos.

Tommy estaba tumbado boca abajo, examinando de cerca un trozo de hierba que sostenía en una mano. El otro puño lo tenía apretado contra la mejilla, como punto de apoyo. Tenía briznas de hierba en el pelo y agujas de pino por los vaqueros apretados y la camisa. Me incliné para ver qué era lo que le despertaba tanta curiosidad y descubrí que se trataba de un saltamontes, el saltamontes más diminuto que puedas llegar a imaginar. Como llegado del planeta de las cosas diminutas.

—Eso de las tormentas, creo que ya lo entiendo. Los pájaros necesitan saberlo, ¿no? Para evitar que les pille la lluvia.

Le di la razón, que a un pájaro le pillara la lluvia debía de ser bien jodido pues le resultaría difícil volar en esas condiciones. Con Tommy podía entrar en movidas intelectuales que no funcionaban con los otros chicos. En ese momento holgazaneábamos porque habíamos acabado de desmontar las cercas y teníamos unos rollos gigantescos de alambre de espino que pesaban demasiado como para poder transportarlos al granero. ¿Y ahora qué? En la granja de Creaky vivíamos con un miedo constante a hacer algo mal y a tener que preguntarle qué era lo correcto, de modo que dedicábamos mucho tiempo a debatir cuál nos parecía la peor de las opciones. Al final le dije que iría a preguntarle si quería que los lleváramos en el tractor o qué.

Pues bien, había llegado a la mitad de la colina cuando me pareció ver la camioneta del señor Peg aparcada delante de la casa. No podía ser. Luego reconocí a los tres miembros de la familia Peggot hablando con Creaky en el porche. Bajé a toda prisa gritando de alegría, convencido de que habían venido a buscarme.

En resumidas cuentas, no. Solo estaban de visita. Me pregunté cómo habrían convencido a los de Servicios Sociales de que no eran pederastas. Además, la señorita Barks había dicho que no se autorizaban las visitas a la granja, por lo que encontrarme a mi vieja y a mi nueva vida conversando en el porche me provocó un cortocircuito tremendo. El señor Peg y Creaky estaban averiguando qué primos tenían en común, una práctica muy habitual en Lee County cuando conoces a alguien. Lo primero es establecer vínculos de parentesco. Luego ya puedes pasar a otros asuntos, como forraje, vacuno de raza Angus o los precios de la carne de res. Creaky parecía otra persona cuando lo oías hablar con el señor Peg con su voz rasposa. ¿Cómo podía aquel viejo malnacido haber llegado a casarse, haber sido joven e incluso haber llegado a ser un ser humano? Pues ahí estaba la respuesta. Érase una vez un bonito trozo de tierra, perspectivas felices y un chaval que amaba a su familia. El señor Peg sabía de lo que hablaba porque de niño sus padres habían prosperado con el maíz y el tabaco, hasta que su familia se había visto obligada a vender sus tierras pedazo a pedazo para que construyeran casas. Tres cuartos de lo mismo con la señora Peggot, que de niña había vivido en una granja hasta que su padre había vendido la propiedad a cambio de cierto número de cerdos, uno para cada hijo. Después de aquello, la granja se convirtió en una mina de carbón en la que habían trabajado

tanto sus hermanos como el señor Peg. Fue en esa mina donde este último acabó con el pie destrozado.

En cualquier caso, llevé a Maggot y a la señora Peggot a la cocina, donde a ella casi le da un infarto. Había traído pastelitos de jamón, pero nos dijo que el tarro no se abría hasta que no adecentáramos la cocina y me preguntó dónde se guardaban los productos de la limpieza. Buena pregunta. Aquello no era más que la punta del iceberg. Aún no había visto el baño. Les presenté a los perros, Pete y Mike, que seguían tumbados donde los había visto por última vez. Maggot quería que le enseñara algunas de las cosas repugnantes de las que le había hablado en el colegio, como la bañera de aguas fétidas o el mapache momificado que habíamos encontrado en el sótano, pero preferí saltármelas. Colocamos toallas limpias encima del sofá para poder sentarnos a comer los deliciosos pastelitos de jamón de la señora Peggot. Me sentí como salvado. Me preguntaron si iba a volver pronto a casa. Ni siquiera habían hablado con la señorita Barks. Habían averiguado mi paradero gracias a nuestro conductor de autobús, que tenía algún tipo de parentesco con el señor Peg, y habían decidido presentarse sin más. La señora Peggot parecía bastante afectada. Se inclinó hacia mí, me dio unas palmaditas en las rodillas y me dijo que no olvidara mis oraciones. Me los imaginé yendo a visitar a la madre de Maggot a la cárcel. Él jamás hablaba de eso, pero ahora podía visualizarlos comiendo pastelitos de jamón en la sala de visitas de Goochland, y a la señora Peggot diciéndole a Mariah: «Sé fuerte, cariño. Reza tus oraciones y nosotros te sacaremos de aquí».

Oímos el coche de Fast Forward en el camino de entrada y me emocionó mucho la idea de que los Peggot conocieran a mi amigo, la estrella del equipo de fútbol americano de los Generals de Lee High. Salimos todos a la vez. Pude ver cómo la señora Peggot le daba un buen repaso a aquel joven tan atractivo y que Maggot se quedaba con la boca abierta. Maggot, a quien el fútbol americano le importaba una mierda. Era Fast Forward en todo su esplendor. Creaky y el señor Peg regresaron del granero, donde habían estado viendo las vaquillas. El señor Peg le dio un apretón de manos. Odio tener que reconocer que examiné a los Peggot desde el punto de vista de Fast Forward, preguntándome si los consideraría unos pueblerinos, y a su hijo, un chaval rarito o algo así.

La cena ya estaba en marcha cuando los Peggot se fueron. Intercambio era capaz de cortar cebollas como un ninja pese a su retraso. El truco consistía en no mirar. Al entrar, Creaky me preguntó dónde demonios estaba Tommy, y entonces me dije: «Oh, mierda, Dios mío, lo he dejado tirado en los campos con todo ese alambre de espino». Habían pasado horas, pero seguro que él seguiría allí, entre la hierba alta. No se movería hasta que cayera el sol porque yo le había dicho que regresaría enseguida y él creía en mi palabra.

12

Mamá acabó su rehabilitación en la clínica de desintoxicación y volvió a casa. Ahora, en vez de verla en el McDonald's, ya podía hacerlo en la cocina, o en mi dormitorio —que seguía siendo la misma leonera que dejé la noche en la que todo ocurrió—, sintiendo un dolor en el pecho por cuánto había echado de menos ser un niño normal. En cualquier momento la señorita Barks podía llamar a la puerta y decirnos: «Lo siento, pero se ha acabado el tiempo». Entonces, bum, volvía a la vida de acogida. Algunos años después, me ocurriría lo mismo con las chicas cuando me gritaran: «¡Sal ya, venga!». Sinceramente, o dámelo todo o no me des nada. Dame las malditas visitas en el McDonald's.

Pero mamá vivía para esos momentos. A pesar de la injusticia de que a ella sí le hubieran permitido volver a casa y a mí no, cuando, en primer lugar, yo no era el que la había fastidiado y, en segundo lugar, ella aún debía pasar algunos tests antidroga y superar muchos obstáculos. Por eso a la señorita Barks no le parecía realista pronosticar mi vuelta antes de las navidades. La señorita Barks no supervisaba nuestras visitas hogareñas, pese a que las probabilidades de que mi madre me hiciera algún daño eran mucho mayores allí que en el McDonald's. Mi madre se había ganado su confianza, me dijo. De modo que ella se quedaba en el coche durante la hora entera de visita, poniéndose al día con sus deberes. Deberes, sí. La señorita Barks era jovencísima. Asistía a clases nocturnas para sacarse el título de profesora, que era su sueño, porque adoraba a los niños. «Y entonces ¿yo qué soy?», pensaba para mis adentros.

Mi primera visita a casa tuvo lugar al salir del colegio, mientras Stoner trabajaba. Mamá me confesó que él estaba en contra de mi regreso porque consideraba que el estrés de tener que funcionar los tres de nuevo como una familia podía hacerla recaer. Seguramente os preguntéis: «¿Qué mierda le está diciendo esta madre a su hijo?». En su momento, también yo lo pensé. Pero mamá me había servido leche con galletas, por lo que probablemente estaba siguiendo el guion que había visto por televisión. Estaba nerviosa. Y yo opté por darle un respiro. Me enseñó los regalos de bienvenida que Stoner le había hecho, hasta un microondas que indicaba la hora con unos numeritos luminosos. Me preguntó si el tipo que me acogía seguía siendo un capullo y yo le respondí que no hay nada a lo que uno no pueda llegar a acostumbrarse, con la excepción de estar colgado con una soga al cuello. Esto se lo había oído decir al señor Peg.

Cuando se nos acabó el tiempo, la señorita Barks entró y me dijo que fuera a buscar lo que necesitara llevarme conmigo. Mi primer impulso fue aprovisionarme de todas las cosas que echaba de menos, como chocolatinas o mis mejores cómics, pero enseguida caí en que cualquier objeto de valor que me llevara debería entregárselo a Fast Forward, por lo que cogí poca cosa. Solo dos muñecos de superhéroes que, por su pequeño tamaño, podría introducirlos en la casa sin que lo advirtieran. Los escondería en las camas de Intercambio y Tommy, y jamás sabrían quién los había metido ahí. Dios, quizá. El juguete sorpresa en el Happy Meal de mierda que eran sus vidas.

En el trayecto de vuelta bajamos las ventanillas del coche.

—Huélelo. El otoño ya está aquí—me dijo la señorita Barks.

Campos de forraje segados, el humo de la quema de hierbas y un olor algo dulzón en el aire, quizá a manzanas que se hubieran podrido en el suelo. La señorita Barks era una mujer de

campo. Me enseñó dónde estaba la granja de sus padres, pues pasamos junto a la carretera que llevaba hasta ella. Aquellos momentos en el coche junto a ella fueron los más felices del otoño. A ella le gustaba hablar y me preguntaba cosas como quiénes habían sido mis anteriores asistentes sociales, lo que, siendo sincero, no recordaba. Me asignaban a una durante un tiempo, que me decía: «Ey, yo te cubro las espaldas», pero, a la siguiente sesión, se presentaba otra que tenía que leerse todos los informes para averiguar hasta cómo me llamaba.

Dado lo guapa que era, suponía que la señorita Barks tendría un novio que la querría dejar embarazada y casarse con ella, pero nunca mencionó nada al respecto. Se había marchado de casa de sus padres para compartir apartamento en Norton. A ellos les había parecido que aquello era tirar el dinero, pero ella se moría por independizarse. Le pregunté por qué quería ser profesora y me dijo que uno debía perseguir sus sueños y que, además, pagaban mejor que en Servicios Sociales. Quería un apartamento para ella sola, pues su compañera dejaba los platos sin fregar y sus cosas tiradas por todos lados. Sus dos mejores amigas del instituto se habían marchado a estudiar fuera tras conseguir una beca universitaria, me contó. Pero a ella se la habían denegado y eso casi la mata. Ya se sabe que las becas no abundan, pero la vergüenza no se la quitaba nadie. Pensaba que era igual de lista que sus dos amigas. Pero la cuestión era, me dijo, que uno nunca debía rendirse y que a veces tocaba aceptar la segunda opción. En su caso, el empleo con los Servicios Sociales, el apartamento con la compañera cerda y clases nocturnas en el Mountain Empire Community College.

Cuando ella me preguntó qué quería ser de mayor tuve que pensármelo. Atravesamos algunos graneros y plantaciones de tabaco con sus grandes hojas de un amarillo verdoso ondeando a la triste luz del atardecer. Me miró y me dijo «Ey, ¿por qué esa cara tan larga, colega?». Le contesté que nunca antes me habían hecho esa pregunta, sobre lo de crecer y qué querría ser de mayor, así que no lo sabía. Básicamente, quería seguir vivo.

Al cabo de un tiempo conseguí pasar un sábado entero con mi madre. Fue el día en el que me soltó la bomba: estaba embarazada. Hostia puta. Yo era igual de ignorante que el resto de los chavales de mi edad, pero ya sabía lo suficiente como para preguntarle cómo había podido quedarse embarazada estando en rehabilitación.

Ella se rio y me dijo que había pasado antes, pero que no lo supo hasta que le hicieron unos análisis de sangre por otros motivos. Ahora se confirmaba. En abril iba a tener un hermano o una hermana. Oírlo expresado con aquellas palabras me dejó flipando. Yo, Demon, que por no tener no tenía ni una prima, pronto me iba a convertir en hermano mayor. Maggot se moriría de envidia. Él no había tenido hermanos ni hermanas, y las probabilidades eran escasas o nulas. Goochland era una prisión solo para mujeres.

Mamá y yo pasamos un día fantástico. Salimos al exterior a rastrillar hojas, y Maggot vino y acabamos saltando sobre ellas. Yo quería ir a visitar a la señora Peggot, pero mamá me quería solo para ella, por lo que me quedé. Hubo un momento en el que se quedó mirándome y me dijo: «Dios mío, Demon. ¡Creo que te las has apañado para ser ya más alto que yo!». Eso era imposible, así que medimos nuestras alturas respectivas haciendo unas marcas en la pared, siguiendo el procedimiento oficial de sostener una caja de cereales sobre la cabeza. Mi raya trazada con lápiz superaba la suya por apenas un pelo. Ella siempre decía que acumulaba un metro y medio de dulzura sobre dos pies descalzos que eran una ricura, pero resultó que en verdad medía un metro y cuarenta y nueve. Lo que no rima con nada, pero ahora yo medía lo

mismo, más un pelo extra. Increíble. Estaba acostumbrado a ser más alto que la mayoría de los chavales, excepto los repetidores compulsivos. Pero superar a tu madre es un alucine. Pusimos música y bailamos como locos, que es algo que solíamos hacer, y nos sentamos en el suelo a jugar a estúpidos juegos de mesa, algo que sí hacía siglos que no hacíamos. Yo no dejaba de pensar en el bebé. Le pregunté qué nombre le iba a poner, porque tenía algunas propuestas. Tommy no estaba mal. Tampoco Sterling, aunque mamá ni siquiera sabía que fuera un nombre.

Al preguntarle dónde pondrían su dormitorio lanzó pelotas fuera. De hecho, el ambiente se enfrió. Resulta que Stoner y ella habían estado debatiendo sobre la posibilidad de mudarse a una casa más grande. No llevaban tanto tiempo casados y a él seguía gustándole pasárselo bien, por lo que no le hacía mucha gracia lo del bebé. Menuda ridiculez. Si quería hacer el gilipollas por ahí con la versión sin niños de mamá, llegaba por lo menos diez años tarde. Además, el bebé ya venía de camino. Uno no puede presentarse en la oficina de atención al cliente y pedir que le devuelvan el dinero, le dije, pero ella no se rio. Sin entrar en más detalles, me insinuó que eso era más o menos lo que Stoner tenía en mente.

Cambié de tema, optando por lanzar el tablero al aire y empezar una guerra de cosquillas, básicamente haciendo el tonto. Casi nos meamos de la risa.

Stoner debía llegar a casa sobre las cuatro, y habían acordado que yo lo esperaría al menos para saludarlo. En teoría eso formaba parte de nuestro proceso educativo de cara a ser una familia. La señorita Barks me dijo que entraría a recogerme a las cuatro y media. Yo no había vuelto a ver a Stoner desde la noche de la sobredosis de mamá, por lo que me quedé un poco helado. Tenía el mismo aspecto: chaleco tejano, pulseras de cuero, orejas perforadas. Yo llevaba mucho tiempo matándolo en mi cuaderno de dibujo. Aunque él nunca los hubiera visto, yo los había hecho, y al tenerlo delante sentí que lo sabía. No era nada razonable, solo algo dentro de mi cabeza.

Le dio un beso a mamá y preguntó qué habíamos estado haciendo. Ella le respondió que poca cosa. Mamá sacó una cerveza de la nevera y se la entregó tras abrírsela, luego le dijo que por qué no se sentaba y hablaba conmigo un rato para empezar de nuevo. De acuerdo, dijo él. Le dio la vuelta a una de las sillas de la cocina, se sentó a horcajadas en ella con los brazos entrelazados sobre el respaldo y se me quedó mirando. Mamá se apartó el pelo de los ojos, inquieta. Se había mostrado alegre y divertida todo el día, pero ahora podía notar el cambio en ella sin necesidad siquiera de tenerla de cara.

Stoner me preguntó qué estaba aprendiendo en la casa de acogida. Le respondí que de momento sobre todo a apilar heno, a cuidar del ganado, a tender cercas y a aguantar cuatro horas diarias en el autobús escolar. Por lo demás, todo era casi igual que en casa, en el sentido de tener que andarme con cuidado continuamente. Su mirada cambió. Me dijo que se refería a cómo andaba en términos de actitud.

Le dije que de actitud andaba bien, gracias.

—¡¿Sabéis qué?! —dijo mamá—. Le he contado lo del bebé y no podía estar más emocionado. —Me miraba, su boca sonreía, pero sus ojos no. Su mirada de «ayúdame, por favor»—. Pensadlo, si al final es un niño y Demon tiene un hermanito, serán como dos gotas de agua.

Stoner se la quedó mirando fijamente.

—No sería un puto mulato.

—Mi padre era *melungeon*, no lo que sea que hayas dicho —le dije.

Mamá intentó cambiar de tema, preguntándole dónde había hecho hoy sus entregas, e invitándonos a movernos al salón porque allí las sillas eran más cómodas y le dolía la espalda.

Stoner seguía sin apartar la vista de ella.

—Querías que habláramos, ¿no? Estamos hablando, maldita sea.

Tenía mucho que decirme. Como que a partir de ahora debía ser más considerado, dada la fragilidad de mi madre. Stoner aseguró haber aprendido mucho de las sesiones de terapia a las que habían ido juntos, incluso nuevas palabras que nos ayudarían a llevarnos bien. Entre ellas «trastorno oposicional desafiante». En teoría se trataba de una enfermedad, y yo la padecía, aseguró. Si quería instalarme de nuevo allí, debía empezar a tomar una medicación que rebajara parte del viento que llegaba a mis velas. No cabía duda de que tenía demasiado.

Mamá hizo como que no se había enterado y sacó el tema de las navidades. Para entonces podría venir a casa y aprovecharíamos para hacer algo especial. Yo le recordé que los Peggot volverían a Knoxville por esas fechas y que probablemente me invitaran de nuevo a unirme a ellos.

No tan rápido, amigo, fue el consejo que me dio Stoner. Aún no podía ver a Maggot, me recordó, lo que me pilló por sorpresa. Advertí que a mi madre también. Le conté que la señorita Barks había investigado a los Peggot y que había dado su visto bueno. Al parecer, la señorita Barks había salido con uno de los primos de Maggot en el instituto. Mamá se puso en plan «ja, ja, Lee County, ¿quién lo iba a decir?». Stoner giró la cabeza lentamente y clavó la mirada en ella, en plan perro guardián.

—¿Desde cuándo esa zorra de Barks dicta las reglas que gobiernan esta familia?

Yo era de la opinión de que desde la noche en la que mamá casi se quita de en medio y Stoner me puso un ojo morado, pero bueno, parece ser que solo era cosa mía. Stoner no quería ni oír hablar de que los Peggot y yo estuviéramos en contacto. Amenazó con conseguir una orden judicial que haría que me detuvieran si me acercaba a su casa.

Yo miré a mamá con cara de «¿pero esto va en serio?». Ella negó con un mínimo movimiento de cabeza. Stoner no lo vio.

Los azulados números luminosos del nuevo microondas señalaron las 4:21. Quedaban nueve minutos. No quería estar en aquella cocina y tampoco volver a la granja. Me quedé inmóvil en la silla, intentando no ser nada y no encontrarme en ningún sitio, mientras veía avanzar los minutos.

13

Como se suele decir: el día que repartían los cerebros, él llegó tarde y se quedó sin uno. Me refiero a Intercambio. Tommy, por el contrario… Astuto como un zorro, sabía cómo escapar de cualquier agujero, pero luego volvía a meterse en él a esperar sentado. Daba la impresión de que escogía a propósito la pajita más corta para evitar que le tocara a otro. Dolía verlo.

El día en el que nos quedamos sin agua, por ejemplo. Era un domingo. Nos levantamos, tiramos de la cadena y nada. Las tuberías vacías aullaban. Fuimos a la pila del baño, nada. A la cocina, lo mismo. Los tipos dijeron que tenían malas noticias, que el pozo se había secado. Estaría solucionado en uno o dos días, pero hasta entonces debíamos andarnos con ojo. Como era de esperar, Creaky nos convocó en la cocina para echarnos su sermón sobre cómo una granja era igual que una guerra. Todos los santos días de tu vida, solo estás tú, tus reses y tu maquinaria contra el puto banco, que desea embargarte. Si desperdicias algo, el banco se apunta un tanto. De modo que no se desperdicia nada. Ni comida, ni un grano de cereal, ni agua. Yo intento comportarme como un cristiano en esta casa, nos dijo, por eso acojo a huérfanos, y ¿qué hace uno de esos malditos idiotas? Gastar todo un puto pozo lleno de agua.

Yo quise recordarle que no era huérfano. Además, si se las daba de tan buen cristiano, ¿cómo era que no estábamos todos en la iglesia en ese momento, debatiendo sobre lo de no explotar al prójimo, igual que no querrías que el prójimo te explotara a ti? Pero yo no era el maldito idiota del que se quejaba Creaky.

Todas las sospechas apuntaban a Tommy, si atendemos al reparto de tareas en el granero. Intercambio se encargaba de la pala, yo, de la comida, y Tommy, del agua. Después de que yo les diera el grano a los terneros y los condujera a los establos con sus madres, Tommy limpiaba los cubos con la manguera y rellenaba los abrevaderos de la cuadra. Había un grifo con una manivela azul llamado boca de riego que debías abrir para que el agua llegara al granero, y por ese mismo circuito fluía hacia el exterior para llenar todos los abrevaderos, dispuestos a lo largo de treinta acres. Si regresabas a la casa sin acordarte de bajar la manivela de la boca de riego, el agua no dejaba de correr, desbordando los abrevaderos toda la noche, mientras hubiera agua en el pozo. Ni un minuto más. Nada más sencillo que cerrar la manguera y seguir con tus cosas, olvidando hacer lo propio con la boca de riego.

Tommy no había cometido ese error. Ya le había ocurrido una vez y se había llevado una buena paliza por ello. A partir de entonces, colocó un alfiler sobre la manivela de la boca de riego. Ya os he dicho que su cerebro era tremendo. Cuando la ponía en marcha se lo prendía a la camisa. Al acabar, volvía a dejarlo sobre la manivela. Si volvía a la casa y alguien le preguntaba qué hacía un alfiler colgando de su camisa, ¡mierda! Volvía corriendo al granero y aquí no ha pasado nada.

¿Quién la había fastidiado entonces secando el pozo? Fast Forward. Mucho después de que los demás hubiésemos acabado nuestras tareas, él estuvo fuera dándole manguerazos a su Laiat hasta que no quedó ni una partícula de barro en el chasis ni en los neumáticos de banda blanca, porque las noches del sábado tocaba desfile. Eso significaba que todos los habitantes de Lee County entre los dieciséis años y el matrimonio se dedicaban a conducir arriba y abajo por la calle principal con la idea de ver y ser vistos. Fast Forward había limpiado su furgoneta, había

salido a desfilar y había dejado que el pozo se secase.

Así que yo estaba convencido de que Fast Forward le contaría a Creaky lo que había pasado. Él sabía muy bien cómo funcionaba la boca de riego, pues llevaba allí más tiempo que nosotros. Y Creaky no lo castigaría porque para él la mierda de Fast Forward olía a jabón de manos. El viejo encontraría la manera de justificar que esa agua había sido un sacrificio necesario por el bien de Estados Unidos y del fútbol americano en Lee County. De modo que va, confiesa y pasemos a otra cosa, pensaba yo. Creaky le preguntó a Tommy qué tenía que decir en su defensa un cabeza de chorlito malgastador, mientras Fast Forward se servía un café junto a la cocina. Yo me lo quedé mirando y cruzamos la mirada cuando se dio la vuelta. En todo momento pensaba: «Jefe del escuadrón, ¿qué haces?».

Ni una palabra. Creaky salió a coger un trozo de manguera vieja, rota y sucia, como si un delito relacionado con el agua requiriese una reparación acorde, y nos obligó a mirar cómo le daba veinte azotes a Tommy en su triste y gordo culo. Fast Forward se marchó. Tommy apechugó por el bien del equipo. Doblado sobre el mármol de la cocina, se esforzó por no llorar, pero sobre todo no lo delató. Yo no daba crédito, la verdad. No soy tan buena persona. Ni tan valiente.

Sobrellevamos el resto del día lo mejor que pudimos, sin agua, y luego coincidí con Tommy en el granero. Había recovecos y rendijas entre las balas de heno apiladas, y él se encontraba acurrucado en uno de ellos con la cabeza colgando y haciendo garabatos en una vieja bolsa de papel para grano. Siempre llevaba con él un lápiz por si acaso, igual que otros llevan tiritas o las pastillas para el corazón. Me senté a su lado con el deseo de preguntarle que por qué. Bueno, en verdad no. Ya lo pillaba. Igual que hay universos en los que recibes fichas de recompensa por haber permanecido sobrio x días, en el nuestro te los concedían por acabar el día sin ser odiado. Que Creaky te odiara no era más que *peccata minuta*. Pero que lo hiciera Fast Forward eran palabras mayores. Sea como fuere, el tema ya estaba zanjado y ahora Tommy se volcaba en entrar en el Libro Guinness de los Récords con el mayor número de esqueletos dibujados jamás en una bolsa para grano.

Me quedé un buen rato mirándolo garabatear.

—¿Entonces, qué eres, un gótico? —le acabé preguntando.

Pareció sorprendido. Siempre lo parecía, claro, con ese pelo tan tieso. Pero creo que no entendió lo que le decía.

—Calaveras y muerte. ¿No es ese el rollo de los góticos? —le dije.

A nuestro curso iba una chica que se pintaba los labios de negro e iba enseñándole a la gente dónde se hacía cortes, y eso que hablamos de los noventa. Una adelantada a su tiempo.

Tommy me dijo que dibujaba esqueletos porque era fácil. Él no tenía mi talento para dibujar rostros y expresiones, brazos musculados y todo lo demás, por eso se concentraba en los esqueletos. Siempre que quería echarles un vistazo, ahí estaban, me dijo. Sus coleguillas.

Mamá progresaba con su recuperación, aunque no se mostraba muy entusiasmada. Teníamos una visita semanal, en fin de semana si conseguía organizarse, pero acostumbraban a tocarle turnos de mierda. Por suerte, había recuperado su antiguo trabajo, aunque empezando de nuevo por abajo del todo, lo que significaba que debía apechugar con los turnos que nadie quería. Stoner evitaba estar en casa cuando yo iba, lo que a mamá y a mí ya nos parecía bien. Ella no veía el momento de empezar a rajar de él. Stoner no estaba siendo de mucha ayuda con

lo del bebé, aduciendo que era cosa suya si quería tenerlo. No quería oír ni mu acerca de sus largas jornadas de trabajo de pie, reponiendo caramelos y disfraces de Halloween, con el único deseo de sentarse en las sillas de jardín rebajadas para echar una cabezadita. O vomitar. Esto lo hacía mucho. Me advirtió que una nunca debe quedarse embarazada cuando se acerca Halloween, porque conseguirá odiar las palomitas dulces para el resto de su vida. Le agradecí el consejo.

Colgar disfraces de Halloween no sonaba tan mal. En la granja trabajábamos como animales. Tommy coincidía con la señorita Barks en que la granja de Creaky era un lugar de acogida de emergencia, donde nadie se quedaba mucho tiempo. Una vez el trabajo disminuyera, llegado el invierno, el viejo ya no nos querría allí, me dijo. A mí eso no me afectaba, por supuesto, pues estaría durmiendo de nuevo en mi cama antes de las primeras nieves. Pero de algún modo empezaba a acostumbrarme a la vida en la granja. Mañanas frías, una cocina que se llenaba de humo mientras metíamos periódicos en la estufa para encenderla. Bocadillos de carne enlatada o bistecs de suela de zapato, no de aquellos tiernos de las tiendas. Toda la carne que nos llevábamos a la boca la conocíamos previamente como Angus, o «ve cagando leches al establo». Nos daba de comer, sí, pero nunca lo suficiente, igual que el trabajo nunca se acababa ni nuestros pies estaban del todo calientes. Nos levantábamos con frío, nos acostábamos con frío, arrojábamos la ropa sucia a la máquina del sótano y nos olvidábamos de ella durante días. Incluso hoy, el olor a ropa podrida dentro de la lavadora me lleva de nuevo a esos días. Aquel olor resumía toda nuestra vida.

Vivíamos para los viernes por la noche, cuando nos apiñábamos en la furgoneta de Creaky y poníamos rumbo al Five Star Stadium, hogar de los Generals de Lee High. Esperábamos en las gradas, junto con el resto del condado, a que nuestro equipo saliera entre clamores del pabellón Red Rage. Las chicas gritaban como locas y los adultos no se quedaban atrás. Creaky nos dejaba comprar perritos calientes con chile en los puestos y nos sentábamos en las gradas más altas para ver las actuaciones estelares de Fast Forward. Nos desgañitábamos animando a nuestro hermano y al resto de sus compañeros para que destrozaran a aquellos capullos del Union o de la Patrick Henry. Con el orgullo de saber que, cuando todo acabase, seríamos nosotros y nadie más quienes dormiríamos bajo el mismo techo que el *quarterback* estrella.

Verlo con su uniforme blanco, sus hombreras gigantes y esas piernas tan finas como veloces hacía que se me ocurrieran nuevas ideas para dibujar a Fast Man. También me venían nuevos planes a la cabeza. Fast Forward pensaba que yo poseía una buena coordinación. Posiblemente solo fuera en comparación con Tommy e Intercambio, que Dios sabe que no eran rival para nadie. Si no estaba ocupado, me enseñaba cosas. Como a lanzar y recibir pases. A mantener el centro de gravedad. Detrás del granero, donde Creaky no podía pillarnos holgazaneando, Tommy e Intercambio se sentaban sobre cubos para el grano y seguían nuestras evoluciones con los vaqueros llenos de estiércol y los ojos haciéndoles chiribitas. Yo era poca cosa para empezar, teniendo en cuenta que había sido criado entre gente mayor y por una madre que consideraba que tirar la lata de refresco vacía a la basura contaba como deporte. Pero el resplandor que me llegaba de Fast Forward marcó mi futuro. Algún día sería ese tipo, con ese uniforme y esas hombreras. Con esas *cheerleaders*.

Por aquel entonces, yo no sabía mucho de granjas ni de prácticamente nada de este enorme mundo. Tampoco ahora, siendo sinceros. Había visto en la televisión campos que eran como

grandes océanos verdes por los que navegaban hombres sobre tractores o cosechadoras del tamaño de las AT-AT de *La guerra de las galaxias*. Pero nunca creí que fueran reales, sino pura fantasía. Porque Lee County no es llano como esas granjas oceánicas, por ningún lado, ni un poquito. Aquí todo es empinado y todo rueda montaña abajo. Si araras todas tus tierras, al final del año la mayor parte habría acabado en el arroyo, y adiós a la posibilidad de seguir cultivando nada.

Lo único que puede hacer un granjero con una ladera es seguir el ejemplo de Creaky y dejar que Dios haga crecer la hierba en ella para que las vacas se la coman. Y luego enviarlas al oeste, ya que los cebaderos que transforman el ganado en hamburguesas y en dinero se encuentran todos allí. Aquí no. Aquí solo hacemos crecer las reses lo suficiente para poder venderlas, por lo que Creaky considera «una patada en el culo por cabeza». Solo unos pocos cientos de dólares.

Sus únicas tierras lo suficientemente llanas para ser aradas constan de tres acres y se encuentran en la parte baja del valle. Esta es la medida estándar para una plantación de tabaco, que en su caso se extendía junto al camino que tomábamos para coger el autobús escolar. El primer día que fui a la granja y pasé junto a esa plantación seguramente pensé que aquel era un buen campo de tabaco. Lo más probable es que ni reparara en él. No volverá a ocurrir, jamás, como no podría no advertir la presencia de un caimán o un oso a un lado de la carretera. Qué estampa tan bonita, podrías pensar si fueras un ignorante hijo de puta. ¿La verdad? Ahí se extiende una plantación que devora por igual a hombres y a niños.

Dicen que los días más perros son los de agosto, por lo de que los animales pierden la cabeza por culpa del calor. Pero los días realmente perros para un niño que trabaja en una granja son los de septiembre y los de octubre. Cuando se trabaja en el tabaco: podar, despuntar, cortar, colgar, arrancar. Me había pasado la vida oyendo a los chicos de las granjas hablar sobre esto, incluso en los cursos inferiores, y viendo cómo se ausentaban de las clases en la temporada del despunte. Algunos trabajaban para granjas ajenas y les pagaban por ello. Yo los envidiaba. Me imagino que era la versión masculina de los celos que mostraban las niñas hacia sus hermanas mayores cuando se quedaban embarazadas, dada toda la atención que recibían. Hasta entonces yo solo había hecho cosas de niño, como pasarlo bien en el bosque o jugar con la Game Boy. Ahora me unía a las filas de los niños trabajadores.

Aquel otoño no dejaba de darle vueltas al listado de cosas que le explicaría a mi hermanito en el futuro. Pero con el paso del tiempo, en mi cabeza solo quedó sitio para un pensamiento relacionado con la infancia. A cualquier chaval que pueda permitírsela: agarra esa preciosidad y huye con ella. Escóndete. Ámala con todas tus fuerzas. Porque llegará el maldito día en el que te dejará atrás para no volver.

El despunte empieza en agosto. Tienes que arrancar la parte de arriba a las miles de plantas que alcanzan una altura igual o superior a la de un alumno de quinto. Avanzas por las hileras estirando el brazo para cortar de cuajo los grandes tallos de flores rosas que hay en la parte superior, permitiendo así que la planta dé el último estirón. Aquellas plantas nos sobrepasarían antes de que la temporada acabara, pero no por ello dejábamos de ser sus amos.

Mi primer día despuntando fue terriblemente caluroso. Creaky nos dijo que nos dejáramos puesta la camisa y nos repartió unos guantes de piel, enormes y feos. Las camisas nos las quitamos en cuanto desapareció de nuestra vista. Yo no quería llevar esos guantes, pero Tommy me dijo que lo lamentaría si no lo hacía. Creaky nos asignó una hilera a cada uno y

avanzó por la suya a una velocidad sorprendente para un viejo. Él y Fast Forward nos tomaron la delantera. Yo trabajé duro y me mantuve cerca de ellos, mientras Tommy e Intercambio cerraban la procesión. Los brazos dolían de tanto levantarlos. Todo acababa pegajoso por culpa de la savia, el sol era una bola de fuego y pobre de ti si intentabas limpiarte el sudor de la cara con ese guante gomoso. Al ser zurdo, yo intentaba despuntar con la mano izquierda y quitarme el sudor con la derecha. Pero llegó un momento en el que mi mano izquierda ya no pudo más y tuve que utilizar la derecha para despuntar, dejando que el sudor manara y me ardiera en los ojos. No dejaba de pensar: «Joder, sí que da trabajo el tabaco». Aún no había visto nada.

En un momento dado, reculé buscando a Tommy y a Intercambio porque no se los veía por ningún lado. Me los encontré muy atrás y les grité en plan «¿qué cojones os pasa?». Tommy estaba recolectando todas las flores rosas que se suponía que había que ir desechando. Deshacía el camino para recogerlas del suelo y acumularlas entre sus brazos como una puñetera novia. Hostia puta, Tommy, le dije. El viejo te va a poner el culo a caldo. Pero él me dijo que no me preocupara, que casi había terminado.

Lo seguí hasta el final del campo y junto a la carretera descubrí dos montículos de tierra del tamaño de cestos tumbados. Uno junto al otro. Nunca había reparado en ellos. Tommy volcó su cargamento de flores sobre los dos pequeños montículos de manera equitativa. No abrió la boca. Acto seguido, volvió al trabajo. Yo no pregunté.

Pero esa misma noche, después de acostarnos, me contó para qué eran. Sus padres estaban enterrados en algún lugar al este de Virginia, de modo que él nunca había visto sus tumbas, igual que yo no había visto la de mi padre. Sin embargo, a mí jamás se me habría ocurrido hacer lo mismo que él. Inventarse unas. Si sus cálculos no le fallaban, había pasado por ocho hogares diferentes, y en cada uno de ellos había dejado atrás un pequeño par de tumbas.

14

La cosecha del tabaco arranca un mes después del despunte. Hablamos del rey de todos los cabrones. Si nunca lo has hecho, así es como funciona. Primero de todo, el más negado de los trabajadores de tu equipo (Tommy) abre la marcha arrojando al suelo los tablones para el tabaco entre las hileras. Estos listones son palos de madera de un metro de largo, ideales para jugar a las espadas cuando eres niño. Todos los críos habíamos jugado alguna vez, porque un millón de listones quedaban apilados en los graneros a la espera de ser utilizados en otoño. Luego llegabas tú, recogías el primer palo y lo clavabas en la tierra para que quedara de pie. Y en el extremo le colocabas un tapón metálico y afilado llamado lanza. Si te caías, aquello podía atravesarte, por lo que era mejor ir con mucho cuidado. A continuación, con una pequeña hacha descabezabas una planta de tabaco por la base. Era como cortar un árbol de tabaco de dos metros. La recogías e introducías con fuerza el tronco a lo largo del palo para que quedara empalado. Cortabas la siguiente planta, la clavabas con fuerza... Acababas cuando tenías seis plantas atravesadas a lo largo de ese palo, por lo que aquello tenía el aspecto de un mástil que sostuviera una tienda hecha de hojas. Luego debías extraer la pequeña lanza metálica y proseguir la marcha. Clavar el siguiente palo en la tierra y repetir todo el proceso.

Después de que las plantas empaladas hubieran permanecido al sol y hubieran gozado de tres días de rocío para curar las quemaduras, tocaba apilarlas en la plataforma y llevarlas al granero. Una vez allí, se colgaban en los raíles de las vigas para el curado. Cada palo se encajaba de costado, con sus seis plantas colgando boca abajo, igual que los pantalones en el tendedero. Se quedaban ahí arriba hasta que todas las plantas estaban secas y marrones. Solo entonces se descolgaban, se separaban las hojas de los tallos, se empaquetaban y se vendían.

Escalar siete metros hasta los raíles del granero para colgar allí el tabaco era trabajo propio de un mono. O de un superhéroe que vele por las granjas en vez de por las ciudades. Que, por si no lo sabes, no existe ninguno. De modo que aquello entraba en la categoría de trabajos que podían matarte e incitaba la competitividad para ver quién era el más rápido o el más imprudente a la hora de colgar tabaco. Todo el mundo conocía algún caso: el que casi se cae, el que sufrió una caída escalofriante, el tipo que acabó en una silla de ruedas. Podría daros nombres. No existe una máquina para esta tarea, que recae sobre hombres y niños. Es tu oportunidad de convertirte en un discapacitado o una leyenda. Fast Forward era muy bueno. Pero Intercambio, madre mía, menudo espectáculo. Ya lo dicen, todo chaval posee un don.

Plantar y tener lista una cosecha de tabaco conlleva una temporada entera de trabajo: quitar las malas hierbas, fumigar, rociar para evitar los hongos y el moho. Si llueve demasiado como para sacar la máquina, sudas tinta fumigando a mano. Y todo habrá sido en balde si no consigues empezar a cultivar antes de las primeras heladas. De modo que en octubre te pasas el día entero en el campo, cortando como si no hubiera un mañana: recogiendo el siguiente palo, perforando la tierra, cortando una planta, levantando, aplastando. Perforar-cortar-levantar-aplastar, repetir seis veces y a por la siguiente, por los siglos de los siglos y que Dios te ayude, amén. Un palo cargado de plantas pesa entre catorce y dieciocho kilos, y al final de la jornada has levantado centenares de ellos. Haz la suma, porque del trabajo ya me he encargado yo. La conclusión es que te acaba doliendo todo.

Pero uno persevera, desde que sale el sol hasta que se pone, con independencia de la climatología, porque si un granjero no consigue cultivar, lo pierde todo. La tierra, el ganado, la casa. Para algunos, un día flojo de trabajo significa algunos gritos. Para los granjeros se trata de una cuestión de vida o muerte. Un *tour* por las labores del tabaco puede asemejarse a una temporada en el infierno, y uno regresa de él como un veterano de guerra: orgulloso, explotado, jodido, ansioso de reconocimiento. E invisible. Porque vuelves al colegio y en clase de Historia te tratan igual que a cualquier otro ignorante porque eres incapaz de distinguir un estado de un estado libre asociado.

Creaky no nos mandó a la escuela la mayor parte del mes de octubre. Aun siendo un niño, yo nunca había pasado tantas horas al sol. Al contemplarme en el espejo, descubría horrorizado unos ojos turbios mirándome desde un rostro de color nuez. Pero debíamos reunir aquel tabaco en el granero antes de que acabara el mes o llegado febrero nos encontraríamos pelando hojas verdes. Nos amenazaba con aquello como si fuera un destino peor que la muerte. Para entonces yo llevaría mucho tiempo lejos de allí, así que las hojas verdes en febrero no significaban nada para mí. Pero por el momento seguía en el infierno. Cada día pensaba: esto tiene que llegar a su fin hoy. O seré yo el que llegue a su fin. Y reconocía que la escuela es mucho mejor de lo que imaginaba. El tabaco es otro tipo de educación. Aprendes a salir de nuevo ahí fuera, aunque te duela todo el cuerpo y tengas la espalda, las orejas y hasta los dientes achicharrados por el sol.

Llevábamos una semana cuando un mediodía descubrí que las cosas aún podían empeorar más. Empecé a encontrarme mal, como con los colocones tras inhalar el producto para limpiar alfombras. Para entonces ya llevaba varias horas con el peor dolor de cabeza de mi vida y con un zumbido omnipresente, como si unas cigarras me hubieran entrado por la oreja y se hubieran instalado dentro. Me obligué a seguir trabajando porque no quería parecer una nenaza o decepcionar a los chavales o lo que fuera. Pero empecé a tener ideas de lo más locas. Como que si me tumbaba entre las plantas altas de tabaco nadie lo sabría. Entonces me doblé en dos y vomité los cereales sobre los zapatos.

Aun así, debía continuar, porque no quería ni pensar en lo que supondría recibir una paliza estando en aquellas condiciones. El caso es que debía de estar fatal porque Tommy me encontró y empezó a gritar alteradísimo: «Mierda. ¿Acaso no te dije que usaras los guantes?». Joder, ahora resultaba que tenía la enfermedad y que él debía ir corriendo en busca de Fast Forward. Le dije que no lo hiciera, pero salió disparado. No recuerdo casi nada de lo que ocurrió a continuación. Fast Forward y Creaky me llevaron a la casa, me obligaron a tumbarme, me trajeron un vaso de agua que vomité y luego más agua, hasta que fui capaz de retenerla. Creaky estaba enfadado, obviamente. Pero al tratarse de mi primera vez, solo me dijo que debía aprender bien la lección y no quitarme los putos guantes nunca más.

Aquellos guantes eran tan grandes y tiesos que era como intentar utilizar unas herramientas con unos mitones de béisbol. Había visto a Fast Forward trabajar sin los suyos. Así que aquel no era el primer día que yo iba con las manos desnudas, pero sí el día en el que mi cuerpo dijo basta. Porque resulta que aquello va acumulándose en el cuerpo. Se la conoce como la enfermedad del tabaco verde. Intoxicación por nicotina. Los niños la pillan cada dos por tres, mucho más que los adultos, por eso Fast Forward podía tirar sin guantes. Si tienes una cierta edad y ya has fumado bastante, tu organismo se acostumbra al veneno y se toma las cosas con calma.

Os preguntaréis qué idiota querría pasar por todo eso para cultivar algo que crea adicción, machaca los pulmones y deja exhausto al productor. Dicho esto, no olvidemos que antes el Gobierno solía pagar al cultivador, con leyes que establecían cuánto podía producir y dónde, al tiempo que daba subvenciones para garantizar que hubiera bastante pero a la vez no más de lo necesario. El mundo necesitaba nuestro tabaco Burley y lo quería desesperadamente. Philip Morris y esos tipos obtenían su producto, enganchaban a los chavales, acumulaban fortunas y todos felices y comiendo perdices durante cien años o así. Hasta que la gente fue consciente del lado negativo del tabaco y le metieron una pedazo de demanda a alguien. Y entonces el Gobierno dijo: «Ah, bueno, pues nada», y retiró gradualmente las subvenciones.

Durante mi estancia en la granja de Creaky, mi mente infantil no acababa de entender bien lo que ocurría a mi alrededor, pero las conversaciones de los hombres parecían girar todas en torno a la pérdida de posicionamiento en el mercado. Veían que sus granjas eran embargadas, que tenían que irse a vivir con los hijos o con las tías solteras y reclamar la pensión por incapacidad. Su pedazo del pastel americano se había echado a perder. Solo unos pocos, dotados de una fuerza superheroica, perseveraron, ampliando el número de acres y deslomándose para cubrir gastos. Decían que el grueso de nuestro tabaco se vendía ahora a China. Imagino que querían decir que de este modo ayudábamos a matar comunistas, así que Dios bendiga Estados Unidos y todo eso.

¿Qué empuja a un hombre a perseverar? En los largos y fríos días de invierno que pasé en el cobertizo de pelar hojas verdes, oí a muchos tipos darle vueltas a esta cuestión. De modo que, al final, pelar hojas verdes sí que me incumbiría, a unos años vista. Antes el cobertizo de pelar era el lugar donde se contaban las mejores historias del mundo. Los hombres se las reservaban durante todo el año. Hoy no conforman más que una única historia, la más triste jamás contada: el lugar en el que el mundo nos ha dejado atrás. Un granjero tiene su tierra y nada más. Con ella forma algo más que un matrimonio, está en soporte vital. Si destina sus acres a cultivar maíz o soja, puede sacarse setecientos dólares por acre. Lo que está muy bien para los que poseen centenares de acres, los granjeros galácticos.

Pero ¿qué ocurría en nuestro caso, con apenas tres acres que cultivar? En el pedacito de infierno que Dios dispuso para hacer crecer tabaco Burley, los granjeros siempre obtenían siete mil por acre. Un terreno de tres acres no suponía una fortuna, pero podías ir tirando. Ningún otro cultivo legal conocido por el hombre rendía tanto en estos terrenos tan valiosos y pequeños. Las reglas las ponían el suelo, la lluvia y la inclinación del terreno. Abandonar las tierras de la familia era como abandonar el propio cuerpo. La tierra estaba viva, era un cuerpo en sí mismo, con sus talentos e imagino que también con sus adicciones. Si cultivabas las laderas de estas montañas, tus únicas opciones eran o el tabaco o probar con otra cosa —cualquier otra, al parecer— y acabar perdiéndolo todo. Mientras alguien, en algún lugar, se ríe de tu fracaso y piensa que has obtenido tu merecido.

En torno a la época en la que desmoché y corté mi primer tabaco, nos dimos cuenta de que habían dejado de anunciar cigarrillos por la televisión. Ni idea del motivo. Si nos hubieran dicho que algunos pensaban que incluso exponer a los niños al tabaco por medio de la televisión ya era peligroso, nos habríamos partido de la risa. Nuestras escuelas disponían de lugares acondicionados para ello. Los profesores fumaban en sus descansos, los chavales, en sus recreos. Los compradores nos aseguraban que lo del cáncer era para asustarnos, que no estaba demostrado. Un caso más de urbanitas lanzando mierda sobre nosotros y nuestro duro

trabajo, como pasaba con todo aquello que hacíamos para alimentarnos: criar terneros para el matadero, extraer carbón de nuestras minas, disparar a Bambi con nuestros rifles de caza. Resultaba que aquellos tipos que no sabrían reconocer la planta del tabaco aunque la tuvieran delante de las narices venían a decirnos que era el mismísimo diablo.

Si Philip Morris y ellos sabían que el diablo tenía dientes de verdad, se lo callaron durante una eternidad. Cultivadlo con orgullo y fumáoslo con orgullo, nos decían, repartiendo pegatinas que lo proclamaban. Recuerdo grandes pilas de cigarrillos en el colegio, de las que podías coger gratuitamente. Y bien que lo cultivábamos y nos lo fumábamos, mientras los precios por libra se iban al carajo y a un cartón le aplicaban tantos impuestos que lo que nos fumábamos era el dinero para comprar alimentos. Circulábamos con pegatinas que rezaban «Granjero de tabaco y a mucha honra» en nuestras furgonetas, hasta que acabaron despegándose y amarilleando, igual que nuestra buena salud y nuestros sueños de grandeza. Si estás de pie sobre un pequeño montículo de mierda, luchando por no perder lo único que te sostiene, sabe Dios que lucharás duro por ello.

15

19 de noviembre. Un cumpleaños que jamás olvidaré.

Me había imaginado que ese día pasaría sin pena ni gloria, dado que nadie estaba al corriente. Mamá sí, por supuesto, pero hasta donde yo sabía no había solicitado una visita para aquel día. Quizás intentara librarse del trabajo ese sábado. Mientras tanto, yo no tenía pensado contárselo a nadie, en especial a Creaky, porque seguro que encontraría la manera de usarlo en mi contra. En plan «el simple hecho de nacer ya ha provocado que esperes demasiado de la vida».

Pero la noche anterior, mientras formábamos en nuestro dormitorio para la inspección del escuadrón, se me escapó: mañana cumplo once años. Para un niño, guardarse algo así es demasiado. Y a Fast Forward lo consideraba un auténtico hermano. Él estaba convencido de que yo era incluso mayor, dada mi altura. Me dijo que era una pena que no lo hubiera avisado con más antelación, porque me habría organizado algo. Pero haría lo que estuviera en su mano. Otra fiesta farmacológica o las galletas de esa novia especial, pensé para mí. Por entonces, la vida no era muy pródiga en estímulos para seguir adelante. Unas galletas normales ya me habrían alegrado de sobra el día.

Me aferré a aquel pensamiento, se avecinaba algo bueno. Me levanté, me vestí, esperé el autobús junto a Tommy e Intercambio, rodeados de una oscuridad absoluta con el otoño bien avanzado, y no dejaba de repetirme: paciencia, Demon, hoy es el día.

La señora Peggot debía de saberlo, al tratarse de la única persona que me había preparado un pastel alguna vez, pero me crucé con Maggot en el colegio y no tenía la menor idea. Yo no se lo conté, ¿qué sentido tiene hacer sentir mal a tu mejor amigo? El señor Goins se encargaba de controlar la asistencia y los mensajes llegaban por el intercomunicador. Entonces oí mi nombre: «Damon Fields, acuda a secretaría». ¡Sí! Alguien se había acordado. Lo primero que pensé fue que mamá había conseguido un permiso para recogerme. O quizá la señora Peggot me habría traído algo. Comida, con un poco de suerte.

Acudí a la secretaría y descubrí que se trataba de la señorita Barks. Bueno, puede que me trajera un paquete, no había una ley que lo impidiera. Sin embargo, daba muestras de estar alterada y me pidió que entrara en el despacho del controlador de asistencia. Cerró la puerta y tomó asiento. Miré por todas partes. Si me había traído algo, no daba con ello. De todos modos, seguía contento. Obviamente algo pasaba. Me senté y la miré desde el otro lado del escritorio.

—Damon —dijo, y luego nada más. Muy, muy raro. La señorita Barks no tenía buen aspecto.

—Lo sé —acabé diciéndole, pues creía empezar a pillarlo—. No importa.

—¿Qué no importa? —me preguntó, clavándome la mirada.

—Que mamá se haya olvidado de mi cumpleaños.

Sus ojos azules se abrieron desmesuradamente.

—Ay, Dios mío, Damon. ¿Cuándo es tu cumpleaños?

—Hoy. Pero es igual que se te haya pasado. Estoy acostumbrado.

La señorita Barks pareció horrorizada y empezó a llorar. En plan, bua, bua, sacando pañuelos de papel de la caja que el controlador de asistencia tenía junto a las fotos de sus hijos. Se sonó la

nariz, se le corrió el rímel. Una locura.

—De verdad que está bien —le dije—. Ni siquiera me importa. ¿Vale?

Ella no paraba de menear la cabeza y sonarse la nariz.

—No, Damon, lo siento. No está bien. Lo siento mucho. Tu mamá...

—¿Qué pasa con mi mamá?

—Traigo malas noticias.

Por supuesto, ahí fue donde a mí se me fue la pinza y empecé a decir que maldita sea, que lo sabía, que no era necesario que me lo contara, que seguro que se había cogido otra borrachera o se había empastillado y adiós a las navidades en casa porque mamá era ¡un puto desastre!

Empecé a bombardear a la señorita Barks con palabrotas mientras ella extendía la mano y repetía que no, no, no, que no era eso, que la escuchara.

Mamá estaba muerta.

Ni hablar, simplemente no.

Yo no tenía nada más que decir, por lo que me levanté de la silla para marcharme, como si pudiera irme a la secretaría para llamar desde allí a mi madre a su trabajo o a donde fuera, mientras la señorita Barks me repetía una y otra vez que sí, que era verdad y que lo lamentaba mucho. Le dije que no la creía, y que, en caso de que fuera verdad, ¿de qué había muerto? Ella respondió que de oxicodona.

Lo creáis o no, tuve que preguntar qué era la oxicodona.

16

Quizá la vida, el destino o Dios, si de verdad necesitas creer que hay alguien al mando de las cosas, había acabado colocando demasiadas piedras en las ruedas de mamá y ella había decidido que hasta ahí. Esta es la opción número uno. La dos es que no pretendía matarse, sino que calculó mal, poniendo así fin a veintinueve años de malos cálculos, entre los que obviamente estaba yo. Podía pasarme el resto de mi vida preguntándome si fue un suicidio o un accidente. No había respuesta.

Reconozco que no parecía azaroso que se despidiera de este mundo el mismo día en el que ella me trajo a él. Sincronizar algo así requeriría fijarse un poco en el calendario y unos mínimos preparativos, pensé yo. Y he aquí la cuestión: mi madre nunca planificaba nada. Además, ni siquiera puedo estar seguro de que se acordara de mi cumpleaños. Cualquiera que la hubiera conocido coincidiría conmigo.

Pero todos estaban convencidos de que lo había planificado. En el velatorio y en el funeral se vertieron toneladas de oprobio sobre aquella chica que había abandonado a su hijo. Mucho sonarse falsamente la nariz, mucho poner los ojos en blanco al nombrarme y mucho callarse cuando me acercaba. El chaval no debe oírnos. Como si yo no supiera de quién había sido la culpa. Mamá me había prometido mantenerse limpia siempre que yo fuera tan buen hijo como para compensarle el esfuerzo. Nadie me ocultaba eso, yo sabía cosas. Ya tenía once años.

Todo lo relacionado con el funeral fue un despropósito. En primer lugar, celebrarlo en una iglesia. Supongo que es lo que tocaba, pero la iglesia y mamá no hacían buenas migas. Aquello se remontaba a su primer hogar de acogida, donde un predicador mezclaba versículos bíblicos con palizas y cosas peores, su receta especial a la hora de castigar a las niñas malas. ¿La moraleja de esta historia? Mamá siempre decía que no la pillarían en una iglesia ni muerta. Y ahí estaba ella, perdiendo todas las batallas hasta el mismísimo final, dentro de un ataúd blanco de Walmart, el segundo lugar en la tierra en el que más odiaba estar. Jesús observaba la escena desde su imagen en la pared y probablemente pensaría: «No puedo creer que nos hayamos conocido, y, chica, ¿de dónde has sacado ese vestido?». Era uno feo y floreado que alguien había decidido ponerle. Iba a ser enterrada con un estúpido vestido que solo llevaba al trabajo en el Día de Agradecimiento al Jefe, a modo de broma privada. Y ahora medio pueblo iba a verla con él. Y lo luciría en el cielo en agradecimiento al Gran Jefe, por lo que la broma continuaba. Probablemente a ella le habría gustado llevar el vestido que le había regalado Stoner mientras estaba en rehabilitación, pero conociéndolo, debió de guardar el recibo y devolverlo.

Ah, pero qué destrozado estaba él, el señor Stoner. Casi no lo reconocía con esa corbata y esas gafas de sol reflectantes para causar más impacto. La gente hacía cola para presentar sus respetos, con Stoner de pie junto al ataúd, de modo que las señoras pudieran abrazarlo y decirle lo trágico que era que su esposa se hubiera marchado tan joven dejándolo viudo. Luego se alejaban y ponían a caldo a mamá. Podía ver cómo mudaban sus rostros y juntaban las cabezas en su apresurado retorno al mundo de los vivos.

A aquella iglesia, la Iglesia Baptista de Sinking River, no habíamos ido antes ninguno de nosotros, ni tampoco los Peggot, solo algunos miembros de la familia de Stoner. Puede que

esto hiciera que Stoner jugara en casa, pero no entendía qué hacía plantado junto al ataúd. Apenas llevaba un año saliendo con mamá. Había sido yo quien había limpiado sus vómitos, la había acostado, había encontrado sus llaves del coche y había conseguido que llegara a tiempo al trabajo, un día tras otro. Habría podido acompañarla una última vez, pero a nadie pareció importarle.

Los Peggot hicieron cuanto pudieron. Me llevaron y me recogieron de la escuela, me trajeron de casa mi ropa de iglesia, me acogieron el fin de semana. El señor Peggot sacó su afeitadora eléctrica y me hizo un corte de pelo tan necesario que ya clamaba al cielo. Maggot lo necesitaba aún más que yo, pues llevaba años de retraso, pero por esta vez acordaron una tregua, en señal de respeto, y no iniciaron ninguna guerra. Esto me puso todavía más triste. ¿A qué quedaba reducido el mundo si Maggot y su abuelo no podían pelearse por un corte de pelo? Unos primos de Norton vinieron para asistir al funeral. En circunstancias normales, tener la casa llena de gente habría sido sinónimo de gritos para decidir el canal de televisión y para ver quién se comía la última alita de pollo, así como cierto número de objetos blandos arrojados de un lado a otro. Pero mantuvieron un silencio de lo más incómodo. Me miraban como si me hubiera transformado en un ser extraño que pudiera romperse al mínimo ruido. La señora Peggot no dejó de atiborrarme de comida y recordarme que mi madre me quería más que a nada en el mundo, lo que era muy amable por su parte, si bien en aquellos momentos lo que yo pensaba era que no. Lo que más quería eran los chutes de droga que se metía.

Me quedaba mucho camino por recorrer antes de entender que la cosa no era tan sencilla, la droga contra la persona a la que quieres. Que algo que se ansía puede crecer y crecer dentro del cuerpo y la mente de uno, al tiempo que la fortaleza de ese cuerpo para tolerar sus drogas favoritas va decreciendo y decreciendo. Que cuanto peor lo hayas pasado entre chute y chute, mayores son las probabilidades de que en el siguiente viaje cósmico se te vaya de las manos. Que el primer gran subidón de alivio podía ser el último. A la larga, así es como me he imaginado a mi madre en sus últimos momentos: estirando al máximo su cuerpecillo en un intento por tocar el cielo azul y alcanzar algo de paz. Y obteniéndola. Si mi versión adulta tuviese una única oportunidad de retroceder en el tiempo en esta historia, una parte de mí desearía sentarse en aquel banco trasero junto a ese niño furioso, embutido en su ropa para la iglesia y con la actitud del superhéroe Darkhawk, para decirle: «Te crees un gigante, pero no eres más que una mota de polvo en este mundo desquiciado. Esto no gira a tu alrededor».

Aunque habría desperdiciado la oportunidad, porque aquel chaval no estaba para escuchar cosas así. Aún hoy puedo sentir en mis huesos cómo la rabia era lo único que me mantenía entero. Estaba rabioso con todos, pero sobre todo con ella, por casarse con Stoner y luego abandonarnos a ambos, por haber huido a algún tipo de cielo en el que poder desparramar sus cosas donde le diera gana y donde nadie pudiera ponerle más la mano encima.

Ahora yo debía seguir viviendo sabiendo lo capullo que había sido con ella, sobre todo durante ese final que no sabía que era el final. La última vez que la había visto en casa, ¿le había dicho siquiera adiós o había dejado que me abrazara? No sabría deciros. He intentado y seguiré intentando visualizar de nuevo esos últimos minutos, golpeándolos como si se tratara de la puerta de la maldita cámara acorazada de un banco, pero si queda algo ahí que sea digno de recordarse, no me viene. Acceso denegado.

En vez de eso, consigo recordar hasta el último detalle del funeral. Aquel día se ha instalado firmemente en mi cerebro como una roca monstruosa que aguarda en el océano para provocar

mi naufragio. Daría lo que fuera por sacarlo de ahí. Pero permanece. Todo. El picor de los calcetines negros que me había tenido que prestar el señor Peg porque todos los míos se me habían quedado pequeños, a excepción de los de gimnasia. El olor a sudor y a abrillantador de zapatos. El color verde como de pasta de dientes de las paredes, que mi madre detestaba. El tembloroso sonido del órgano. El pestazo a perfume de señora. Las avispas, un montón, zumbando y zumbando frente a las altas vidrieras. Hacía un día caluroso para ser noviembre, e imagino que se despertaron. No les quité ojo durante toda la ceremonia.

Las personas reunidas en la iglesia se me antojaban extraños. Estoy seguro de que a algunos, si no a la mayoría, los conocía, pero yo no veía caras, solo corazones duros como piedras. Todos pensaban que mi madre se lo había buscado y que había emprendido un último y merecido viaje en ese barato ataúd blanco. En momentos así aflora el lado perverso de la gente, interesada únicamente en saber qué había hecho aquella infeliz para acabar de una manera tan triste. Levantan un muro para ahuyentar la mala suerte. Yo los he visto hacerlo. Si aquello era lo mejor que podían hacer por mamá, a mis ojos no valían nada.

Lo que había sentido en casa de los Peggot rodeado de primos silenciosos apuntaba en la dirección correcta: de la noche a la mañana me había convertido en una criatura nueva y extraña. A Creaky le gustaba llamarnos huérfanos y en mi interior yo siempre me había sentido orgulloso de no ser uno de ellos. O sea que había estado haciendo exactamente lo mismo, levantando un muro mientras seguía estando en el lado de los afortunados. Pero ahora había saltado al otro, al de los desgraciados, y nunca existió un niño más desolado. Al principio de la ceremonia fúnebre cantaron aquella canción acerca de Dios Maravilloso y yo me sentí exactamente al revés: ciego cuando antaño podía ver, perdido cuando antes había sido encontrado.

El párroco y su sermón, el pecado y la carne, todo eso en lo que no entraré. No prestaba atención. Pensaba en mi hermanito haciéndole compañía a mamá en aquel ataúd. No había reparado en él hasta que me llegó el turno de acercarme a verla junto con la señora Peggot.

—Pobrecita madre, lo hiciste lo mejor que pudiste —le dijo, dándole unos golpecitos en la inerte cabeza.

Entonces caí: mi hermano estaba en el ataúd. Me lo habían robado. Menuda puta mierda.

No había tenido la intención de acercarme a verla, con Stoner acaparando toda la atención. Además, ¿qué chaval desea estar tan cerca de un cadáver, y más si se trata de su madre muerta? Mi plan era quedarme donde estaba y dejar que fueran los demás. Pero la señora Peggot no me quitaba ojo de encima y, justo antes de que llegara el momento de sentarnos, me dijo que si no me despedía de ella antes de que cerraran el ataúd, lo lamentaría toda la vida. Yo no era consciente de que estaban a punto de encerrarla ahí dentro. Permanentemente. Dejé que la señora Peggot me agarrara por los hombros y me guiara por el pasillo.

Aun así, acabé por no despedirme. La impresión fue excesiva. No solo por el hecho de que estuviera muerta, que era de esperar, ni por lo de mi hermanito, que no me lo había planteado. Lo peor fue el aspecto tan enfadado que mostraba. Había oído decir que a los muertos los invade la serenidad cuando descansan para toda la eternidad, pero quien lo sostenga es que no vio a mi madre aquel día. Si la rabia me consumía, a ella debía de haberlo hecho con mucho más motivo. Aquello hizo que le diera muchas vueltas, y muy jodidas, a mi teoría de que había huido y se había salido con la suya.

O sea que permanecí sentado en aquella iglesia odiando al mundo. La ceremonia se alargó

una eternidad y el entierro aún más. Al cementerio fui en una limusina que se suponía que estaba destinada a la familia. El director de la funeraria me metió en ella aunque los Peggot me hubieran traído, y Stoner, siendo Stoner, condujo su preciada camioneta. Respecto a mamá y su familia, solo era yo. El coche, del tamaño de un salón, iba sobrado de asientos y tenía botones por todas partes. Todos los niños sueñan con ir en limusina en algún momento de su vida, para la fiesta de graduación o lo que sea. Yo soy la excepción: tuve mi oportunidad y fue el trayecto más triste de mi vida.

El conductor era el hijo del director de la funeraria, y una chica lo acompañaba en el asiento del copiloto. Llevaba el cabello recogido en la parte superior de la cabeza con una horquilla y no dejaba de tocarse los pelitos rubios y rizados de la nuca mientras hablaba sin descanso. Oí que decía algo sobre un partido de baloncesto amañado, y un tipo al que habían dejado bizco de una bofetada tras pillarlo siendo infiel. Típica información de instituto. Él era uno de esos chicos altísimos de nuez demasiado grande y manos gigantescas, con la parte trasera de las orejas coloradas pese a que por esas fechas tan avanzadas del año no había tarea que te expusiera al sol. Básicamente asentía y se reía de lo que ella iba diciendo. La chica se quitó los zapatos y puso los pies, enfundados en unas medias, encima del salpicadero. Lo primero que pensé fue: «Oh, no son familia», y lo segundo: «Ni siquiera ha asistido al funeral, de hecho, viste un poco como una putilla, y esos dos están ligando».

Al cabo de un rato, él estiró el brazo y empezó a acariciarle la nuca con un dedo. Le estaba tirando los trastos, pensando en cómo trajinársela mientras me llevaba a enterrar a mi madre. Fue un golpe muy duro ver cómo no hay tristeza capaz de detener el mundo ni por un instante. La gente siempre seguirá deseando lo que desea y uno está más solo que la una.

A mamá la enterraron en el condado de Russell, en una parcela junto a los parientes de Stoner. Probablemente la parcela ya le perteneciera y, puesto que él corría con todos los gastos, la decisión era suya. Pero debería haber sido enterrada con mi padre. Todo apuntaba a que había perdido toda esperanza de ver algún día aquella tumba, y ni de coña iba a regresar al condado de Russell a pasar el rato junto a los parientes muertos de Stoner, por lo que se acabó lo que se daba. Ahora estaba en el mismo barco que Tommy. Si quería visitar a mis padres, tendría que construir tumbas falsas y diminutas que dejaría atrás en mi camino hacia ninguna parte.

¿Qué es la oxicodona?, pregunté. Por entonces aún era algo nuevo y reluciente. OxyContin, el regalo que Dios les hacía a los que habían perdido sus trabajos, a los que estaban tirados en la cuneta, a los hombres a los que la espalda y los huesos del cuello les rechinaban como sacas de grava. A la señora encorvada que hacía doble turno en Dollar General con las rodillas destrozadas y nietos hiperactivos a los que tenía que criar ella sola. A los jugadores de fútbol americano con esto o aquello fracturado mientras el mundo entero aguantaba la respiración hasta su regreso. Nuestra salvación. Sacudimos el árbol y de él cayeron manzanas que mordimos gustosamente.

El médico que le recetó OxyContin a Louise Lamie, responsable del servicio al cliente de Walmart, le había asegurado que aquellas pastillas eran requeteseguras. Se lo prometía. Conseguirían que aguantara de pie todo el turno de tarde, pese a las venas varicosas y demás. Si aquello no era un milagro del cielo, qué podía serlo. Y si una compañera del trabajo a cargo del pasillo diecinueve necesitaba lo mismo, agenciándoselo por la vía legal o bien de tapadillo

gracias a que ella le pasaba unas pastillas en la sala de descanso, ¿no es aún más milagroso un milagro que consigue expandirse?

Los primeros que caen en una guerra siempre son olvidados. El error imprudente de una persona nunca provoca lástima. Solo cuando los cadáveres se apilan creemos que ha llegado el momento de activar la alarma y llamar al error por su verdadero nombre; porque una caída multiplicada por mil debe significar algo, ¿no? Requiere que se la etiquete, para encontrarle un sentido a todo ese sacrificio.

Mamá fue el soldado desconocido. Walmart dispondría de una nueva chica reponedora, formada a tiempo para la campaña de Navidad y que se aburriría hasta la muerte antes de que aterrizaran los caramelos para el Día de San Valentín. Y una de esas bonitas cajas de bombones con forma de corazón sería adquirida por Stoner para una camarera menor de edad de Pro's Pizza, a la que llevaría a dar vueltas en su Harley a espaldas de su papaíto. Nuestra caravana recibiría un baño de lejía y todas sus alfombras serían arrancadas para que los Peggot pudieran alquilársela a una amiga del instituto de la tía June, después de que los padres de sus dos criaturas la dejaran tirada. Probablemente la tía June confiara en los Peggot para que le echaran una mano a su amiga, sobre todo después de lo mal que lo habían pasado con la última inquilina. Deseosos de que aquella chica y su pequeña familia pudieran empezar de nuevo, estoy seguro de que frotaron a conciencia, eliminando hasta la última mancha, incluso las dos rayas dibujadas a lápiz en la pared de la cocina que demostraban que un día superé a mamá en altura por un solo pelo.

La vida de mamá no dejó ninguna marca.

17

Stoner y yo nos quedamos sin nada que decir a mitad del almuerzo supervisado. Él daba un mordisco, masticaba, fijaba la vista en el envoltorio de aluminio y volvía a empezar, como si contemplara a Dios en aquella bandeja de comida precocinada. Y yo no dejaba de coger mi vaso de refresco extragrande y mirar en su interior, como si en el fondo pudiera encontrar alguna cosa que se me hubiera perdido. Solo se oía el tintineo de los cubitos de hielo. Éramos los típicos dos tíos que preferirían no estar cara a cara. Yo nunca había tenido mucho que decirle, pero el programa de mejora de Demon nos había reunido a ambos. Aquello solía ponerlo de los nervios, pero ese día no era el caso.

Yo no dejaba de lanzarle miradas a la señorita Barks, con la esperanza de que nos rescatara. Pero ella se concentraba en su libro. Nos había dejado bien claro que el deseo de mamá había sido que estrecháramos lazos. Y si pensáis que doblegar la voluntad de una madre es difícil, imaginaos la de una madre muerta. Ella y Stoner habían asistido a terapia y él había aceptado volver a empezar desde el principio, ser una familia de cuatro y todo eso. Pero ahora, con dos de esos cuatro fuera de la ecuación, el asunto no chutaba. La señorita Barks había empujado a Stoner a esas visitas. Y ahí estábamos, cumpliendo con el trámite. La señorita Barks no apartaba los ojos del libro.

—Imagino que vas a mudarte —le dije.

—Primero debo encontrar tiempo para recoger mis cosas. Estas últimas semanas me han matado a envíos a larga distancia. Ni un respiro me han dado.

Me preguntaba qué le quedaba por llevarse de nuestra caravana, ¿quizá los pomos de las puertas o los cables de cobre? Según la señora Peggot, ya la había vaciado del todo, por arriba y por abajo, por delante y por detrás.

—¿Piensas marcharte de Lee County? —le pregunté.

Pegó un mordisco, masticó y levantó la vista.

—¿Quién quiere saberlo?

—Nadie. Solo es curiosidad. Dónde pensabas vivir y todo eso.

—He vuelto a Heeltown, al mismo sitio.

—Pensaba que ya había alguien viviendo allí. Algún conocido tuyo.

—No.

Me imaginé a Stoner regresando al lugar donde había conocido a mamá, a Walmart, de camino a los artículos deportivos. Él podía rebobinar su vida hasta ese punto, girar por otro pasillo y empezar de nuevo. Encontrar a otra chica a la que montar en su Harley con el pelo ondeando al viento. Y tira millas. Tuve que detener esos pensamientos por miedo a lo que pudieran traer, como ponerme a llorar en público o pegarle un puñetazo a Stoner. Él disponía de una nueva oportunidad pero yo me quedaba atrapado bajo los escombros dejados por ambos, como el papel de regalo que arrugamos tras desenvolver un paquete. Aquí, ahora y sin nada.

Stoner se quitó las gafas reflectantes y se frotó los ojos. La camisa y la corbata del funeral ya habían sido devueltas a quien fuera que se las hubiera prestado, pero lo de llevar gafas en interiores parecía formar parte de su nuevo aspecto. Un complemento del viudo afligido. No

obstante, con la cabeza afeitada y la cazadora de cuero, las gafas solo contribuían a acentuar su aire delictivo.

—Ella podría haber sido muy feliz —soltó de la nada—. Los dos. Si las cosas hubieran sido diferentes. A fin de cuentas, era una persona explosiva.

¿Qué necesidad tenía yo de escuchar a la persona que precisamente más había arruinado el potencial de mi madre referirse a ella en esos términos? «Si las cosas hubieran sido diferentes». Ahí estaba otra vez lo de que mi existencia había jodido su maravilloso matrimonio. Un bonito montón de mierda a la espera de ser pisado. Miré a la señorita Barks y me sorprendió ver que tenía los ojos clavados en mí. Hice un gesto en dirección a la puerta con cara de súplica. Pero ella elevó y juntó las cejas, una expresión que podía traducirse por «Primero hay cosas importantes que debes solucionar». Y no se equivocaba. La más destacada era qué demonios iba a ser de mí a partir de entonces y si Stoner tendría algún poder de decisión.

Hasta ese momento los Servicios Sociales habían llevado la batuta, pero ahora se planteaban concederle la posibilidad a Stoner de decir algo, si así lo deseaba. Al fin y al cabo, había asistido a terapia con mamá y había estado conforme con prestarme ayuda. Pero ¿qué había de mi labio partido, de mi ojo morado, del hecho de encerrarme en mi cuarto durante días? Todo eso había generado preguntas, ¿no? La cosa era que mamá siempre se ponía de su parte, argumentando que yo era un chaval difícil. Ella era mucho más responsable de los malos tratos que Stoner, decía. Ese cuento de hadas, del que fui informado por la señorita Barks, hizo que deseara su vuelta con el único propósito de llamarla puta mentirosa. Cosa que no ocurriría a menos que volviera al condado de Russell provisto de una pala. En vez de eso, casi destrozo la ventanilla del copiloto después de que me lo contara. Aquella conversación había tenido lugar en el interior del coche de la señorita Barks, aparcado en la calle Millers Chapel. Y lo que acabó destrozado fueron mis nudillos. Y mi credibilidad, supongo. Algo muy difícil de sobrellevar para un crío.

Jamás podría perdonar a mamá, pero pude entender su razonamiento después de que la señorita Barks consiguiera calmarme. Nada de lo que me hizo Stoner debería haber ocurrido jamás. Y así se lo hice saber a mamá. Día sí y día también. Se supone que una madre debe proteger a su hijo de cosas como tener que lamerle las botas a un hombre o recibir sus golpes. Mamá la había fastidiado y bien que lo sabía. Nunca había acabado de entender su inventario moral al completo, bla-bla-bla, pero ahora empezaba a pillarlo.

El que ella hubiera asumido la plena responsabilidad implicó que jamás se presentaron cargos contra Stoner. Y el resultado es que ahí estábamos los dos, libres para hablar de nuestros sentimientos en una hamburguesería de la Ruta 58. Supongo que con un padrastro no hay nada estipulado respecto a la pensión que debe recibir el hijo de la difunta esposa. Pero en términos de tutores legales, yo no andaba sobrado de opciones. Así que tampoco era un buen momento para que él perdiera todo el interés en el asunto.

Aguardé a que me preguntara por el colegio o por lo que fuera. Por si estaba progresando en el apartado de mostrarme disciplinado y respetuoso con los demás. Nada, indiferencia absoluta. Parecía que el campo de entrenamiento militar de Stoner hubiera sido desmantelado. Probablemente suene demencial, pero empecé a desear que maldijera algún aspecto de mi carácter, que mostrara algo de interés. Yo iba soltando todo lo que se me ocurría que pudiera hacerme parecer una persona de valía, aunque, siendo sincero, no había mucho que contar. Incluso el dibujo, lo único que se me daba realmente bien, había quedado abandonado tras la

muerte de mamá. Ni siquiera podía abrir mis cuadernos para echar un vistazo a mis viejos dibujos. Demasiado triste, imagino. En lo relativo al arte y la tristeza, yo era lo opuesto a Tommy.

Me estaba poniendo en ridículo, procurando llamar la atención de Stoner. Le dije que iba a intentar jugar en la liga juvenil de fútbol americano y que había empezado a levantar pesas. No era del todo mentira, pues Fast Forward se mostraba entusiasmado con mi porvenir en el fútbol. Me dejaba usar sus pesas y me enseñaba la nomenclatura sobre las partes del cuerpo que habían desarrollado algunos tipos: cuádriceps, tríceps y dorsales. Aquellas palabras consiguieron despertar un mínimo interés en Stoner. Diez segundos de atención, antes de que volviera a concentrarse en abrir su hamburguesa para sacar los pepinillos.

Decidí que dejaría que el siguiente paso lo diera Stoner. Un juego de lo más aburrido, ya que ni daba señales de haberse percatado de mi silencio. Se quedó sin nada fascinante que llevarse a la boca y comenzó a recorrer el local con la vista, como con la esperanza de que hubiera entrado alguien mejor. La mayoría de los clientes eran familias con niños que comían sus menús con descuento en un ambiente que se presumía más alegre. Nuestra mesa estaba situada junto a la puerta, por lo que recibíamos una ráfaga del frío propio de diciembre cada vez que se abría. Rachas de lluvia helada y cosas así. Aquel otoño yo no tenía ningún abrigo. Mamá había dicho de comprarme uno, pero nunca llegó a hacerlo.

Me quedé callado. Stoner se quedó callado. Me acabé la Coca-Cola. Mi cuerpo necesitaba tanto el hielo en esos momentos como una bala en la cabeza. Me dolía todo el pecho. Entró una pareja con un niño, una de esas familias en las que quieres creer, como las de los anuncios. El chavalín llevaba un plumas y botas que le daban aspecto de astronauta, y caminaba como un pingüino. La madre lucía un abrigo violeta y botas de caña alta, las mejillas rojas del frío, de aspecto joven. Igual que mamá cuando me tuvo. El marido o novio fue a pedir y ella se agachó para bajarle la cremallera al niño, retirándose el brillante cabello detrás de los hombros, hablándole con una sonrisa en la cara que decía que no había otro lugar en el mundo en el que quisiera estar. Me pregunté si mamá se había mostrado alguna vez tan exultante en mi compañía. Había luchado con uñas y dientes para tenerme y había tenido que abandonar la casa de acogida para establecerse por su cuenta, embarazada, sin dinero y sin novio. Siempre me decía que había sido la primera cosa buena que le había ocurrido en la vida. Y la llegada del bebé número dos parecía ilusionarla por igual, pese a que a Stoner no.

Stoner recorrió con los dedos el interior del envoltorio de papel de las patatas fritas y se los lamió para chupar la sal. Algunos granitos quedaron adheridos a su barba oscura. Me preguntaba si alguna vez pensaba en el bebé del que iba a ser padre, o si lo había olvidado por completo, como una parte más del reseteo total. Durante el funeral nadie había hecho mención a ese dos por uno, lo que probablemente significara que nadie estaba al corriente. En consecuencia, solo quedaba yo en el mundo para pensar en ellos dos, muertos para siempre, mientras yacía en la cama de noche. Me parecía una responsabilidad excesiva para una sola persona. La vida entera de un hermano que jamás llegó a existir.

La señorita Barks consiguió llamar mi atención y se llevó un dedo al reloj. Aleluya y a la mierda.

Volví a meter el revoltijo de carne en el papel de aluminio con la intención de tirarlo, pero enseguida pensé que era mejor guardármelo porque en una hora el estómago me rugiría de hambre.

—Nos dan las notas la semana que viene y la cosa pinta bien. Quizá reciba una mención especial —le dije. Incluso como último recurso aquello habría sido una estupidez, dado que a Stoner le importaba una mierda todo lo de la escuela. Además, no era cierto. Ni tampoco cien por cien falso. Le conté que me había deslomado intentando ponerme al día con una tonelada de trabajo tras haber perdido un mes de clases.

Levantó la vista hacia mí sin mostrar expresión alguna.

—En octubre. Estuve cortando tabaco —le dije.

—Ah, ¿entonces a los padres de acogida no les importa que no vayas al colegio?

—Me cago en Dios, Stoner.

Él se irguió en el asiento como si le hubiera dado una patada y miró alrededor por si había algún profesor de la escuela dominical.

—No hay motivo para utilizar ese lenguaje —me dijo.

—¡No hay padres! Solo un viejo al mando de una granja esclavista para chicos sin hogar. Ya sabes dónde vivo. La señorita Barks te lo ha contado, y mamá también. ¿Estabas inconsciente cuando lo hicieron? Odio ese lugar.

—De acuerdo, perdona —dijo, abriendo las manos.

—De todos modos, no voy a estar ahí mucho más tiempo porque el trabajo ya está casi acabado. Y no tiene chavales en la granja durante los meses de invierno.

Stoner se limitó a asentir, como si le estuviera explicando que mi cajón de los calcetines ya no daba para más y necesitara encontrarles otro sitio a los nuevos. De lo que estaba seguro era de que no lo hallaría en su casa. Deseaba con todas mis fuerzas que sí le importara ni que fuera un poco y que desapareciera de la faz de la tierra. Deseé ambas cosas al mismo tiempo. Mi deseo número tres era no convertirme en el pelirrojo de once años que se echaba a llorar delante de todos los clientes de la hamburguesería de la Ruta 58.

Aún me quedaba un as en la manga.

—Parece que voy a volver a pasar tiempo con Maggot. Los Peggot me han invitado a acompañarlos a Knoxville cuando se acabe la escuela. La semana próxima. Durante las vacaciones de Navidad.

Stoner ni se inmutó. ¿Acaso no sabía que las escuelas cerraban durante las navidades? ¿Su botón de reseteo lo había borrado todo, incluso al hijo innombrable de una presidiaria que había tenido por vecino?

—Espero que lo paséis bien —me dijo.

Me quedé de piedra. Hasta eso era capaz de pasar por alto para demostrar el tipo de personas que éramos en esa familia.

Aquella había sido mi última bala. ¿Que los Peggot se marchaban a Knoxville? Cierto. ¿Que me habían invitado a acompañarlos? Mentira. Pero iría de todas maneras. ¿Qué iba a hacer si no?

18

De modo que mentí. El último día de colegio, antes de que llegara el autobús que nos llevaría a la fiesta navideña que las Lee Lady Leaders organizaban para los niños pobres. Cosa que en sí es vergonzosa se mire por donde se mire. Algunos de los chavales que acudían tenían edad suficiente para follar entre ellos, pero eso no impedía que las Lady Leaders convencieran a alguno de sus maridos para que se presentaran repartiendo sonrisas falsas tras una barba postiza y una barriga con relleno, algo a lo que nosotros debíamos responder con el grito de «¡Hola, Papá Noel!». Una de esas situaciones en la vida en las que tienes que pasar por el aro y comerte tu ración de pavo con salsa. Yo me preguntaba por el criterio de selección. ¿Las Lady Leaders habían pedido a nuestros profesores que les dieran los nombres de los tres chavales más sucios y más dependientes de los vales de comida de cada curso? De acuerdo, sí, el mundo tiene su cuota de Gola Hams, y los seis hermanos Houserman jamás fallaban a su cita anual con los piojos, lloviera o luciera el sol. Pero la mayoría íbamos tirando con cierta dignidad. Entonces llega el día en el que anuncian tu nombre por megafonía para que te subas al autobús de los perdedores con destino a la fiesta de Navidad. Menuda suerte. En eso pensaba mientras Maggot y yo matábamos el tiempo en el aula jugando al ahorcado. Me preguntó qué haría por Navidad, si en las casas de acogida se hacían regalos, y la historia me salió sin más. Le conté que las pasaría en algún refugio del Ejército de Salvación o en alguna iglesia para los sintecho. Siendo sincero, no tenía la menor idea, y lo de un sótano de iglesia para los sintecho no parecía probable. Mi único propósito era que él transmitiera esta información a los de arriba.

A él le parecía genial que los acompañara a Knoxville. A quien no se lo parecía era a la señora Peggot. El día que partimos de viaje pude percibir que algo había cambiado. Durante el funeral de mamá fue lo más parecido que tuve a un familiar, pero Maggot me contó que había estado dándole vueltas al tema durante toda la noche antes de decir «De acuerdo, que se venga». Buena parte del trayecto en la camioneta discurrió en silencio. El señor Peg encendió la calefacción y el aire se puso tan sofocante que parecía que estábamos encerrados en un armario. Maggot le pidió que pusiera la radio y él se negó, fin de la discusión. Algo pasaba y tenía que ver conmigo. Reparé en que quizás oliera mal por haber estado limpiando la cuadra el día antes y haber perdido mi turno en la ducha. Pegué la cara a la ventana para evitar que nadie me viera en caso de derrumbarme. ¿Esto es lo que me esperaba el resto de mi vida? ¿Ocupar un espacio en el que la gente no me quería? Había sido alguien en el pasado y ahora me había estropeado, como la leche agria. Era el chaval de la yonqui muerta. Un pedazo podrido de la tarta americana que todo el mundo quería tener bien lejos.

Emmy Peggot, madre de Dios. En los meses que habían pasado desde el verano se había convertido en una «chica Disney» total. Cazadora de neón, coleta alta, pósteres de *boy bands* colonizando las paredes de su dormitorio, con sus cabellos repeinados y sus poses, hasta tal extremo que la señora Peggot dijo no sentirse a gusto teniendo que cambiarse de ropa allí. Comentario que sorprendió al señor Peg, pues los había tomado por chicas.

La tía June estaba en el trabajo la tarde en la que llegamos, por lo que fue Emmy quien nos recibió a la entrada del edificio. Una novedad impactante: Emmy podía quedarse sola en casa.

Yo no daba crédito mientras la contemplaba con las manos en las caderas indicándole al señor Peg dónde aparcar, ayudándonos a cargar nuestras cosas en el ascensor, diciéndonos «Poneos cómodos» y «Mamá está encantada de que hayáis podido venir todos». Uau, la tía June ahora era «mamá».

Así que estábamos en Knoxville otra vez, con nuevas sorpresas aguardándonos. Por el camino habíamos pasado por un parque en el que había gente patinando sobre hielo pese a las cálidas temperaturas. El sol pegaba fuerte y la gente llevaba puestos cortavientos y pantalones cortos. En cualquier sitio normal, el simple hecho de intentar caminar sobre un estanque helado en un día así habría significado «Lo siento, amigo, estás muerto». Pero en la ciudad rigen otras reglas. Parecía como si todo el mundo se aburriera de las cosas normales y fuera a la caza de las opciones más extravagantes.

Esto se hacía extensivo a las personas que hacían cosas que las llevaban de cabeza a Urgencias, y la tía June ya estaba harta. Se volvía a casa, anunció. Un *shock* mayúsculo. Nos habíamos quedado en su piso a esperarla porque Emmy nos había dicho que tenía algo que contarnos. ¡Y vaya que sí! Estábamos en la cocina comiendo alitas a la barbacoa que nos había traído como tentempié de medianoche. La tía June alternaba la risa con el llanto, sonándose la nariz con un montón de pañuelos de papel. Se había acabado lo de sentirse atrapada en Knoxville, lejos de todo. Si lo suyo era trabajar como una burra remendando a bobos que se habían hecho daño, por lo menos remendaría a los bobos con los que había crecido, porque Lee County reunía todo lo que una persona podía necesitar, dijo. Estaba harta del modo en el que el jefe de Urgencias se burlaba de ella delante del resto de las enfermeras llamándola Loretta Lynn. Había hecho algún tipo de curso en la Universidad de Tennessee y había conseguido un trabajo nuevo como médico asistente en la clínica Pennington. El señor Peg se golpeó en una pierna y dijo «Vaya, vaya», mientras que la señora Peggot lloró, reacciones que tenían en común una gran alegría. La tía June era la niña de sus ojos. Su foto de graduación del instituto colgaba en un sitio preferente del salón. Era una leyenda: June Peggot, la que había destrozado todos los récords al completar estudios superiores en vez de quedarse embarazada y al conseguir trabajo en el hospital especializado en traumatismos más grande de los tres estados asociados.

Aquella era, pues, la noticia. La tía June se había pasado media vida intentando limpiarse el barro de Lee County de los zapatos para acabar descubriendo que todo lo que necesitaba eran rostros amigables, el olor a heno recién segado y tener un perro al que sacar a pasear por el bosque. Maggot preguntó cómo iba a llamar al perro. Ella se rio y dijo que quizá Rufus.

Emmy se mudaría con ella. Habían completado el papeleo y estaba oficialmente adoptada, dijo la tía June, por lo que ya era del dominio público. Rodeó el cuello de Emmy con el codo y se la acercó, y ambas se fundieron en una sonrisa. Que me parta un rayo si no se parecían. De la misma sangre, quiero decir.

Yo guardé silencio, comiendo alitas mientras la cabeza me estallaba. Pensar que la vida pudiera dar un giro así. Ser la hija de una muerta y descubrirte en séptimo llamando a alguien «mamá». Me provocó una sensación de lo más extraña. Me limité a seguir cogiendo alitas de la caja, sin un «por favor» ni un «gracias», olvidando, por un momento, que me sentía como la persona a la que nadie quería.

Aquellas navidades se cometió un crimen que causó un gran revuelo mediático y que tuvo a

Emmy fascinada. Se pasaba el día plantada frente al televisor para enterarse de la última hora. Una familia entera había sido asesinada. Entrevistaron a sus vecinos y dijeron lo que siempre dicen los vecinos cuando son entrevistados por televisión después de un crimen impactante, tanto sobre la víctima como sobre el asesino: completamente inesperado, no había persona más amable. En otras palabras, no prestaban la mínima atención a sus vecinos. No ocurre lo mismo en el lugar de donde yo vengo, basta citar como ejemplo las muchas ocasiones difíciles en las que los Peggot habían estado pendientes de mí, desde el primer día de mi vida.

Lo que le rompía el corazón a Emmy era pensar en el bebé que había sobrevivido a aquel horror. Los asesinos lo habían dado por muerto junto al resto de la familia, en el arcén de la autopista donde el asalto a aquel vehículo había acabado de la peor forma posible. La policía lo había encontrado llorando en brazos de su madre muerta, al lado de su papá, acribillado a balazos, y de su hermana mayor, también muerta. Cada noche mostraban en la televisión la misma foto de familia, todos sonriendo y con ropa a juego, obviamente tomada antes del fatídico viaje en coche. Resultaba evidente que eran extremistas en un sentido religioso, Testigos de Jehová o algo así. Pero aquel bebé rubito... Cualquiera diría que era hijo de Emmy. Ella le pidió a la tía June que averiguara en qué hospital se encontraba, para llamar y preguntar por su estado. Respuesta: no, señorita, aquello no iba a pasar, y Emmy debía buscarse algo más apropiado a lo que dedicarle tiempo. Tenía prohibido ver las noticias hasta que aquella historia dejase de ocupar la primera línea informativa, pero los turnos de tarde de la tía June le impedían controlarnos. Luego fueron los Peggot quienes comenzaron a interesarse por el caso y acabaron tan enganchados como Emmy.

Sin embargo, he de decir que todas las noticias eran malas, no solo las de los asesinatos. Por lo que había visto en televisión, yo siempre había pensado que en las ciudades todo el mundo lo tenía más fácil. Mentira. Cuando la ola de frío al fin nos alcanzó las noticias mostraron a un montón de personas desamparadas buscando refugio en bibliotecas, estaciones de autobús, etcétera. Para dormir allí, como si no tuvieran familia. O sea, es un asco tener que molestar a quienes no te quieren, pero no sabes lo que es ver la estampa de esas pobres personas sin nadie a quien molestar y, peor aún, sin nada que llevarse a la boca. Porque allí ¿dónde encuentras un árbol del que robar ni que sea una manzana? En una ciudad estás jodido si no tienes dinero, no hay vuelta de hoja. Y eso provoca el caos, por ejemplo en forma de asaltos a vehículos.

Cuando la tía June vetó que se siguiera hablando del asesinato y del bebé, Emmy necesitó encontrar a un nuevo interlocutor. Yo fui el escogido. Empezó a las pocas noches de nuestra llegada. Toda la mierda con la que tenía que lidiar me había acabado afectando al sueño, por lo que estaba despierto, desplomado sobre los cojines del sofá mientras Maggot dormía como un tronco. Parecía muerto, pero los ronquidos lo delataban. Al ser demasiado mayor para dormir con sus primos, Emmy compartía cama con la tía June, mientras que el señor y la señora Peggot se habían instalado en su dormitorio junto con los Backstreet Boys.

Emmy se deslizó en el salón con el sigilo de un gato. Se plantó frente a mi cama en la oscuridad, una figura delgada y pequeña con un camisón blanco, como si fuera a desintegrarse y mancharte los dedos de polvo si la tocabas. ¿Adónde había ido a parar la protagonista preadolescente de una *sitcom*? ¿Sería la Emmy diurna una impostora, me pregunté, y la auténtica, esta chiquilla con alas de polilla? ¿Esperaba que yo dijera algo? Se sentó en el suelo y comenzó a llorar. Apenas se la oía, soltaba unos hipidos minúsculos, como si encadenara una sorpresa con otra.

—¿Es por lo del asesinato? —acerté a preguntarle.

No se dio la vuelta, pero asintió con la cabeza.

—Es un asco —le dije— que la gente muera sin motivo. Odio que pase eso.

—Es tan pequeño y está tan solo... No puedo dejar de pensar en él. Sé que debería olvidarlo.

—No es culpa tuya. No se puede controlar lo que pasa por nuestro cerebro.

Se dio la vuelta y me miró. Yo me enderecé antes de hablar.

—Sé que todo el mundo lo dice. Sácate esas mierdas de esta cabecita tan joven y llénala de algo positivo. Me lo repiten a todas horas pero mi reacción es: «¿En serio? ¿Le echamos desinfectante al cerebro y a otra cosa, mariposa? ¿Cómo se hace eso?».

—Dios mío, tu madre. Lo siento mucho —me dijo.

Sonaba como una adulta. Me sorprendió que supiera lo de mamá. Le di las gracias y le dije que lo sentía también por la suya.

—Por tu madre anterior a la tía June, quiero decir. Si es que existió una de verdad en algún momento.

—Mi madre biológica. Sí. Lo cierto es que no puedo hablar de ella —me dijo, encogiendo los hombros.

—Pero ahora la tía June te ha adoptado. O sea que quizá todo haya sido para bien.

—Ah, sí, por supuesto. Soy afortunada.

—Y tanto que lo eres. No le desearía una casa de acogida ni a mi peor enemigo.

—¿Tan horrible es?

—Por ahora sí. Lo odio cada minuto del día. Es una mezcla entre una cárcel y el balón prisionero. Y para colmo, no hay suficiente comida.

—¿Balón prisionero? ¿Te refieres a como cuando juegas con niños mayores que quieren reírse a tu costa?

—Exacto. Hacerte daño y luego reírse de ti.

Pareció darle vueltas al tema. Mucho, mucho, quiero decir.

—¿Es cierto que abusan de los niños? Es lo que ha llegado a mis oídos —me dijo en un susurro.

—No cabe duda de que mi madre sufrió algún tipo de abuso cuando era pequeña. En un hogar que presumía de ser cristiano. Yo me limito a cubrirme las espaldas, día y noche.

Parpadeó unas cuantas veces. Me sorprendió lo bien que podía verla en la oscuridad. Sabía que no debía alterar a Emmy, dado el disgusto que llevaba encima. Pero ella había preguntado. Nadie más lo hacía. Le dije que estaba convencido de que existían personas bondadosas que acogían, ángeles enviados por el Señor, como asegura todo el mundo. Pero yo aún no había conocido a ninguno, porque no aceptaban a chicos como yo.

—¿Qué quieres decir con «chicos como tú»?

—No lo sé —le dije, encogiendo los hombros.

Cogió aire y exhaló profundamente.

—Me porté muy mal contigo y con Matty el verano pasado. Lo siento. Ha sido un año difícil.

Volví a sentir que se había convertido en una madre o en una de esas señoras tan agradables que acuden a la iglesia. No entendía a lo que me enfrentaba. Deseé ser mayor.

—Fuiste maja. A veces —le dije.

Ella sonrió.

—Sí, después de que me salvaras de los tiburones.

Encogió las rodillas y me mostró el brazalete plateado que yo le había regalado. Lo llevaba en el tobillo. Solo a alguien como ella se le podría haber ocurrido un lugar así.

—Tampoco iban a atacarte. Nunca entendí por qué les tenías tanto miedo.

—¿Porque son criaturas malvadas con dientes como dagas? La pregunta es por qué no se lo tenías tú.

—Por ningún motivo. Simplemente no se lo tengo. Me gusta pensar en el océano y en todo lo que vive en él. Es como mi desinfectante para el cerebro. Me calma o algo así.

—¿Lo dices en serio? ¿Los tiburones te calman?

Durante la conversación, veía aflorar trocitos de la Emmy diurna, pero no me importaba. Quizá significara que lo que estábamos haciendo en ese momento, fuera lo que fuera, no se desvanecería cuando llegara la mañana.

—No los tiburones en concreto. Es todo eso de vivir bajo el agua. Me pongo en su lugar y floto. Ya sabes, en la película de mi cabeza.

—¿Hay una película dentro de tu cabeza? Entonces podrías ver cómo te ahogas. Eso sí que sería relajante.

—Pero no es el caso. Esa es la única cosa negativa que sé que jamás me ocurrirá.

—¿Y eso? ¿Asististe a un curso de natación para niños organizado por la Cruz Roja?

Me eché a reír.

—No. Para serte sincero, no es que haya nadado mucho que digamos. Y nunca en aguas más profundas que unos pocos centímetros.

—Y pese a ello, no corres peligro de ahogarte. ¿Cómo se come eso?

Jamás le había contado a nadie la forma tan peculiar en la que vine al mundo. Pero estar despierto en la oscuridad junto a una chica tampoco entraba dentro de lo normal. El silencio nos envolvía. Intenté ofrecer una versión que sonara bien: pillé a mamá por sorpresa, al salir tan rápido seguía estando en esa burbuja acuática que protege a los bebés antes de nacer.

—La membrana amniótica —dijo Emmy.

—¿Cómo?

—Naciste en la membrana amniótica. Ese es el término médico. Mamá vio una vez cómo ocurría y me dijo que incluso los médicos se habían quedado a cuadros. Alucinarías si supieras la cantidad de bebés que nacen en Urgencias.

Nada podía sorprenderme en relación con la tía June y las Urgencias, pero me gustó saber que lo que me había ocurrido era real, que tenía un nombre.

—Pues sí, eso. Fui un escogido. Dicen que si te ocurre, tienes garantizado que nunca te ahogarás. De modo que el océano es esa cosa gigante que jamás podrá vencerme.

—Eso es solo una superstición de palurdos —se rio Emmy.

Aquello me dolió un poco, aunque tuviera razón.

—Tu abuela fue quien me lo contó, así que pregúntale a ella. Y ya que estás, pregúntale también por eso de que Jesús vuelva de entre los muertos.

Hablábamos tan bajo que nuestras cabezas casi se tocaban. Me incorporé. Fuera lo que fuese lo que habíamos tenido entre nosotros, ya se había acabado. Por la mañana seguramente parecería que nunca había ocurrido. Pero ella no se marchó. También se incorporó, me miró unos instantes y luego pronunció las palabras que detesto: «Lo siento».

—Bueno, no es para tanto.

—Sí que lo es. Entiendo por qué necesitas pensar en un sitio completamente seguro.

Después de todo por lo que has pasado. Lo de tu madre y demás.

—La muerte de mi madre ni siquiera es la peor parte. Si de verdad te interesa.

Se puso frente a mí y aguardó a que hablara. Olía a champú de frutas. Quería decirle algo mezquino o simplemente la verdad. Quería hablarle de mi hermano, un bebé técnicamente más joven que el de la familia asesinada, y que ahora estaba muerto. Pronuncié esas palabras: «Lo siento».

—Pero ¿sabes qué? —le dije—, si ese bebé acaba muriendo, no será lo peor que le pueda ocurrir. Estar muerto es preferible a ser un huérfano el resto de tu vida.

—¡No! —lo dijo tan alto que se llevó una mano a la boca. Luego la retiró y susurró—: Tiene a sus abuelos. Viven en otro país, pero van a venir a buscarlo.

—Me alegro por él. Hay alguien que lo quiere.

Se inclinó hacia delante y me tocó la cabeza. Nadie había vuelto a tocarme así desde la última vez que lo hizo mamá. Llevaba el pelo hecho un desastre y era consciente del penoso aspecto que ofrecía. Aquel año cada parte de mi cuerpo había crecido hasta salirse de las mangas, le había crecido vello o había cambiado de forma, incluso la parte dura de la nariz. Y seguía llevando la camiseta de Tommy para dormir.

—Pobre Demon —dijo en voz baja—. ¿No pueden encontrar a nadie que te adopte?

Hasta entonces siempre me había llamado Damon, igual que la señorita Peggot y la tía June, para demostrarme que estaba de su lado. Yo no quería que nadie me dijera «pobre». Pero me apetecía besar a Emmy. O vomitar. Estaba hecho un buen lío. Probablemente las dos cosas. Mejor acertar con el orden correcto.

—Todo el mundo piensa que la adopción es automática —le dije—. Pero hay más huérfanos en Lee County que personas dispuestas a adoptarlos. Mi asistente social me dice que no es nada personal.

—¿Ella es amable, por lo menos? ¿La asistente social?

De algún modo sabía que no debía decirle que era un bombón. O que me guardaba cosas para contarle semana tras semana porque era la única persona que me quedaba con la que hablar.

—Ella cuida de un montón de niños. La mayoría más pequeños que yo. Así que, ya sabes. Muy agradable, si encuentra un momento para ti.

—Ha de ser difícil.

Volvimos a tumbarnos, se me quedó mirando a los ojos fijamente y la tristeza compartida nos envolvió durante un rato. Jamás olvidaré esa sensación. Era como no tener hambre.

19

Yo era la persona a la que no habían invitado a la casa de June. Esa sensación se te queda impregnada como un mal olor. Me había dado más de una ducha desde que había salido de la granja de Creaky, pero esto no era algo de lo que te pudieras desprender. Acabas acostumbrándote, no en el buen sentido, y al final te parece que el mundo entero es un lugar al que no te han invitado. Si te ha ocurrido, sabes de lo que te hablo. Si no, suerte que tienes.

A June no le molestaba mi presencia, o al menos se le daba bien mostrarse amable tanto si le apetecía como si no. Es algo que probablemente enseñen en la escuela de enfermería. Era capaz de leerme la mente, algo que ya había demostrado aquella vez que nos había llevado al acuario. Esta vez nos volvió a descubrir sitios que me encantaron, como el parque de los monopatines, aunque a Maggot y Emmy no les interesó porque solo nos dedicamos a observar. Pero, hostia, para los chavales que no sabíamos lo que era una acera, si ver a los patinadores en televisión ya nos parecía cosa de dibujos animados o de ciencia ficción, que no te lo acabas de creer, ¿te imaginas que significa verlos en la vida real? Joder. Casi muero de felicidad. Esos chavales podían volar.

Así era June, me prestaba atención. Siempre me servía una segunda ración en cada comida, pero no en plan «fíjate qué buena soy», como las Lady Leaders, sino con discreción. Yo procuraba ser educado y no actuar como quien llevaba desde agosto ansiando que le dejaran repetir.

Lo que más temía era la mañana de Navidad. Los Peggot habían comprado regalos y los habían apilado debajo del árbol de la tía June, pero fue de lo más extraño, porque no armaron alboroto, nadie los agitó ni miró la etiqueta para comprobar a quién le habían tocado los más grandes. Y todo por mí, el chaval que no debería estar allí. Incómodo. Planeé pasar desapercibido aquella mañana de Navidad. Simularía dolor de barriga o alargaría la ducha hasta que hubieran abierto todos los regalos. Básicamente mi deseo era que las navidades no existieran.

Lo peor fue por la noche, pues Maggot y yo dormíamos prácticamente tumbados debajo del árbol, con los regalos. Aunque para ser sinceros no se trataba de un árbol de verdad, sino de uno artificial y pequeño, puesto encima de una mesa. Uno esperaría algo mejor viniendo de alguien con tanta clase. Pero ¿dónde vas a talar un cedro en Knoxville? En casa, cualquier granjero te permitía llevarte uno de su propiedad. En la granja de Creaky talábamos cedros en los pastos, que luego apilábamos y quemábamos porque había tantos que suponían un incordio. ¿Por qué la tía June odiaba estar en Knoxville, tan lejos de todo? Pues por la falta de árboles de Navidad gratis, por ejemplo.

En cosas así pensaba, recordando la última hoguera de cedros en la granja de Creaky, que se había acabado descontrolando por dejar a Intercambio a cargo de la gasolina. Maggot dormía. De repente, noté la mano de Emmy sobre mi espalda. Casi me cago encima al darme la vuelta y encontrármela tumbada a escasos centímetros de mí. Había dado por hecho que no volvería. Esta vez no insistió en hablar sobre el bebé y el asesinato, lo que supuso un alivio. Como la vez anterior, procuramos no hacer ruido y Maggot permaneció dormido. O al menos se portó como un buen amigo. Al día siguiente no dijo nada, ni el resto de los días, porque a partir de

entonces la situación se repitió noche tras noche. Ya no volvió a pillarme por sorpresa. Siempre estaba alerta.

Hablamos de lo humano y de lo divino estirados sobre aquellos cojines. De lo que nos gustaba, de lo que odiábamos. Le conté lo de la bañera, resultado de que mi padre hubiera muerto en un lugar llamado la Bañera del Diablo. La verdad es que le dije que solo me habían dado miedo de pequeño. Pero ella no se rio. Temía el momento de mudarse y dejar atrás Knoxville. Yo no podía creérmelo. Le conté que allí teníamos árboles, montañas, ríos, pájaros que nos cantaban al oído y el resto de las cosas que conformaban el mundo, más allá de las personas, que no eran más que una parte del mismo. Podías ir adonde quisieras sin la compañía de un adulto, incluso de noche. Los bosques. Me entusiasmé tanto compartiendo todo esto que casi olvidé mi mierda de vida, en parte porque ella estaba peor que yo en varios aspectos. Jamás había visto una luciérnaga. Trágico. Le hablé de los diferentes tipos que existían. Uno de ellos se apaga por completo y entonces todos se iluminan a la vez, miles, un gran clic centelleante que se extiende por todos los rincones del arroyo. Un espectáculo capaz de dejarte sin aliento.

Al cabo de un rato viramos hacia el lado oscuro. Hablamos de mi hermano muerto, por ejemplo. También de cómo Emmy había acabado viviendo con la tía June. Un lío de mil pares de narices. Resulta que ella sí había tenido una madre, la novia de Humvee, su padre, que había muerto. Yo había oído a gente decir que en un accidente de caza. Emmy me lo confirmó. Se ve que aquel día él tenía que haber salido a buscar pañales, pero en vez de eso acabó yendo a cazar pavos con unos amigos. Tres hombres, tres escopetas del calibre 12 y una bonita provisión de botellas de *whiskey* con canela, algo desaconsejable, dadas las dimensiones mínimas del escondrijo de caza. Al parecer, todo el mundo lo sabía menos ellos. Menudos estúpidos. Emmy me contó que la que se disparó fue la escopeta de Humvee, pero que las versiones diferían, unos decían que se había disparado por accidente, otros que alguien se sentó encima. El caso es que su herida era demasiado grave para ser atendida en el hospital de Pennington y tuvieron que trasladarlo a Knoxville, pero perdió mucha sangre en el trayecto.

Pobre señora Peggot. El factor *whiskey* con canela de la historia me hizo entender sus estrictas reglas acerca de lo que ella llamaba «el licor del demonio». En cuanto a Emmy, me confesó que se sentía en parte culpable por el agobio y el estrés que implica ser padre de un bebé a una edad tan temprana. Su madre estaba cuidando de ella en esos momentos, por lo que no se vio implicada en los hechos, pero la responsabilidad de ser una madre adolescente y el golpe que supuso aquel incidente la hundieron hasta tal punto que no se vio capaz de hacerse cargo de Emmy. Los Peggot tuvieron que venir al rescate. Luego, al año siguiente de la muerte de Humvee, su hija Mariah acabó en prisión por méritos propios, y Maggot quedó también a expensas de que alguien lo cuidara. Podría decirse que la familia atravesó una mala racha.

Aquello me pilló de nuevas, no sabía que la señora Peggot se había hecho cargo de Emmy antes que de Maggot. Dos criaturas a las que criar. Así eran los Peggot, sus puertas siempre abiertas. Sí sabía que habían cuidado de otros nietos durante veranos enteros, como de Hammer Kelly y sus hermanastras, tras la separación de sus padres, lo que hizo que el señor Peggot iniciara al chaval en la caza del ciervo. Emmy me preguntó si Hammer Kelly seguía en el pueblo o si se había marchado con su padre a raíz de la ruptura. Le dije que se había quedado a vivir con su madrastra, Ruby, la hermana de June y ojito derecho del señor Peg. No saqué el tema de la caza, dada la desgracia del padre de Emmy y porque desconocía su postura respecto

a los urbanitas que nos consideraban matabambis, pero sabía que Hammer y el señor Peg salían a cazar juntos. Más de un otoño me había cruzado con Hammer despellejando a un ciervo a la entrada de su casa. Era flipante verlo tan grande y tan delicado, eviscerando al animal con un cuchillo bien largo para que las entrañas y los pulmones se deslizaran con suavidad hacia el suelo formando una pila. Como si tratara con gentileza al ciervo pese a estar muerto.

Le conté a Emmy que ahora se hacía llamar Hammer a secas y que ayudaba al señor Peg con tareas que requerían demasiado esfuerzo para su edad, como limpiar los canalones. En la práctica era como un verdadero nieto para el señor Peg, aunque técnicamente no estuvieran emparentados. Lo mismo se podía decir de mí, pues se habían ocupado de lo más relevante de mi crianza. Le confesé que durante mucho tiempo había creído que era nieto de la señora Peggot.

Emmy clavó los ojos en mí con tal intensidad que casi me asustó.

—Desearías que lo fueran, ¿verdad? Entonces tendrían que adoptarte —me dijo, se besó un dedo y me tocó la mejilla.

—Probablemente no lo harían.

Quise que me dijera que me equivocaba, pero en vez de eso se puso boca arriba y miró al techo. La observé mientras le daba vueltas al tema. Jamás había escudriñado el rostro de nadie con tanta atención. Tenía pecas del color del azúcar moreno y una fina línea plateada sobre una ceja, donde aseguraba que un gato la había arañado. Entre las cejas, cuyo vello ya no crecería más, se extendía un diminuto ceño.

Se dio la vuelta para mirarme de frente.

—No lo sé. Nunca nos adoptaron legalmente a ninguno de los dos. De Matty solo son sus tutores. Su madre sigue siendo su madre.

—No es que haga mucho por él desde Goochland, sin ánimo de ofender —dije.

Pero Emmy ya estaba con la cabeza en otro sitio, pensando en las miserias de su propio pasado. Aquello a mí me había impactado con fuerza, siendo los Peggot unas personas tan decentes.

—Tenernos a ambos era demasiado. Piénsalo, él acababa de nacer y yo era un bebé. Pobre abuela. Necesitaba de verdad que la tía June se hiciera cargo de mí. No había pensado mucho en ello hasta hace poco, pero, a ver, ¿quién hace algo así? Criar al bebé de dos años de tu hermano muerto mientras estudias para ser enfermera.

La respuesta era June Peggot. Hasta que acabara los estudios, los Peggot instalaron su caravana junto a la de ella para que pudiera vivir con Emmy sin tener que renunciar por ello a seguir siendo una familia. Hablamos de la misma caravana que poco después sería el hogar de mi madre, y luego de mi madre y mío, una vez que June consiguió trabajo en el hospital y se mudó con Emmy a Knoxville. La desastrosa madre biológica de Emmy continuaba presentándose de vez en cuando en casa de los Peggot para amenazarlos con llevarlos a juicio y recuperar a Emmy. No es que estuviera en condiciones ni que tuviera posibilidades, porque consumía drogas duras, carecía de hogar, etcétera, pero eso no la disuadía a la hora de presentarse en mitad de la noche a aporrear su puerta y montar un escándalo reclamando a su hija. Los Peggot habían guardado silencio respecto a la marcha de Emmy a Tennessee para evitar que fuera detrás de June con la intención de arrebatársela. De aquí el gran secretismo. Pero Mamá Zorra había acabado por renunciar oficialmente a Emmy. Amén y aleluya por la

victoria final de tía June en aquella guerra.

Le pregunté a Emmy cómo se sentía al saber que su madre auténtica la había entregado a otra persona. Ella me dijo que tenía toda la madre que podría desear. No le importaba si no volvía a ver a la otra.

El resultado de toda esa charla fue que me enamoré bastante de Emmy. Era muy guapa y muy adulta. Durante el día disimulábamos. Intentaba comportarme con normalidad cuando estaba con ella y con Maggot, pero a veces le decía cosas para impresionarla. Como que al resto de los chavales en acogida les gustaban mis dibujos. O que era amigo de una estrella del fútbol americano llamado Fast Forward. Ella se limitó a hacer un comentario amable, pero Maggot metió cuña para remarcar lo alucinante que era aquel chaval. Yo había olvidado que Maggot lo conocía de aquella vez que visitaron la granja. Entonces Emmy pareció más interesada y llegó a decir que le gustaría conocer a ese famoso Fast Forward.

De modo que ninguno de los dos se saltaba el guion, por lo que yo me preguntaba si los otros momentos eran auténticos o solo un juego que ella reservaba para altas horas de la noche. Pero luego me dejaba sentarme a su lado en el sofá mientras leía y sus pies tocaban los míos bajo la manta. Levantaba la vista del libro, me dedicaba una sonrisa y, ay, Dios. Yo loco perdido. El verano anterior ella había soltado aquella tontería de que nos casaríamos, burradas de niños. Como alguien que te da dinero del Monopoly y te dice: «Ahora ve a comprarte una casa». Pero ahora me bastaba con pensar en Emmy, en su cara o en su olor a pasta de dientes para que el asunto de ahí abajo experimentara una sacudida. Ya no eran burradas de niños. Por la noche, mientras charlábamos, me obsesionaba con besarla, aunque me faltara valor. Al final fue ella quien lo hizo. Me preguntó si quería llegar hasta la segunda base y yo por supuesto que quería, aunque la verdad es que no conocía la localización exacta de esa segunda base. Había oído un poco de todo. Le dije que de acuerdo, y ella llevó mi mano hasta el cuello de su camisón, bajándola hasta el pecho. Con pezón y todo, cálido y suave. Hostia. Ahora tenía una función corporal completamente nueva por la que sentir pánico a que se disparara por accidente, achacable a esa mezcla de felicidad y confusión al mismo tiempo. Pero fui capaz de contenerla. Me limité a decirle que la quería y ese tipo de cosas. Le dije que cuando se mudara a Lee County podríamos salir juntos a pasear con Rufus, el perro de la tía June.

A partir de ese momento dispuse de un nuevo desinfectante de cerebro de cara a tranquilizarme: imaginarme caminando con Emmy por el bosque. Nos visualizaba entrelazando las manos, quizás acompañados por nuestro propio perro. Siendo adultos. Me parecía mucho más seguro que ser niños.

Al desayuno de Navidad invitaron a la señora Gummidge, la vecina de abajo, dueña de gatos y cuidadora de Emmy cuando a la tía June le tocaba turno de noche en el hospital. Emmy aún no tenía edad suficiente para quedarse sola en aquel edificio lleno de extraños y peligros por las noches, aunque la habían liberado de los canguros diurnos y de las extraescolares infantiles. Supuse que tampoco habría regalos para aquella señora de los gatos, por lo que podríamos sentarnos juntos a ver cómo el resto desenvolvía los suyos, así me ahorraba una ducha muy larga.

Emmy me había avisado de que la señora Gummidge era una persona muy triste y que no debía reírme de ella o la tía June nos mataría. La tranquilicé. Yo no estaba en disposición de reírme de nadie, siendo el jugador estrella del equipo de los desgraciados. Pero escuchadme,

aquella mujer jugaba en otra liga. Todos estábamos en plan «¡feliz Navidad, señora Gummidge!». Y ella va y nos suelta: «Bueno, quizá sí, no lo sé. Llevo un tiempo sintiéndome muy mal». La tía June le preguntó por sus gatos, Caín y Abel. Y ella: «Bueno, los dos llevan mucho tiempo a las puertas de la muerte. Pero mejor que sea así. Si yo me muero primero, no sé quién cuidaría de ellos».

La señora Gummidge era hermana de un conocido de los Peggot en Lee County, por eso sabían que era de fiar y no una extraña. Había cuidado de Emmy desde que se habían instalado allí, por lo que ya estaban acostumbrados a ella, pero, por favor, tenía un comentario deprimente para cada ocasión. ¿Acaso el árbol de Navidad no era una cosa preciosa? Pues no, muchas veces eran el punto de origen de un incendio. ¿Y acaso las temperaturas no habían sido cálidas? Bueno, entonces eso significaba que el invierno duraría más. Llevaba unas medias gruesas de color marrón, enrolladas bajo las rodillas, que no se quitaba ni de día ni de noche porque decía que le aliviaban los terribles dolores que le provocaban las varices. Tenía un nombre para ellas, algo así como medias compresoras. Yo no pregunté, creedme. Simplemente surgió. Durante todo el desayuno, que consistió en tortitas y beicon, no paró de lamentar lo sola que estaba en este mundo y cómo sus múltiples males le habían impedido encontrar compañía desde la muerte del señor Gummidge. Emmy me miraba poniendo boca de pez y procurando no reírse. Creo que a la tía June también le estaba costando no hacerlo.

Pero todos eran amables con ella. Por fin llegó la hora de los regalos y, oh, sorpresa, también había para la señora Gummidge y para mí. Ella recibió un albornoz rosa y esponjoso que dijo que le parecía tan bonito que quizá debería ser enterrada con él. Y a mí me tocaron cosas de «Papá Noel», a las que estaba claro que les habían cambiado la etiqueta a última hora, como calcetines (tenía la misma talla que el señor Peg), un muñeco Stretch Armstrong, un juego electrónico Bop It y unas cartas Pokémon, que estoy convencido de que eran para Maggot y que él no había tenido ningún problema en cederme.

Pero la tía June me compró algo alucinante: un juego de rotuladores para dibujar cómics, con una punta fina en un extremo y una gruesa en el otro, y con más colores de los que creía posibles. Ocho tonalidades diferentes. Y también un libro de verdad para dibujar tiras cómicas en el que venían impresas las viñetas para rellenar. No daba crédito. Tras la muerte de mamá no había vuelto a querer dibujar, pero ahora me faltaba tiempo para encontrar un rincón y ponerme a ello. Haría un dibujo de la tía June como la Enfermera Maravillas, en el que se la vería colocando un corazón nuevo en el interior de un chaval al que le habían destrozado el suyo.

La noche antes de partir, Emmy se derrumbó. La consolé diciéndole que nos veríamos a todas horas cuando se mudaran a Lee County. El problema era que deberíamos esperar a mayo, cuando finalizara el contrato de la tía June en el hospital. Una eternidad, para entendernos. Solo hacía treinta y nueve días que mamá y mi hermano habían muerto, pero me parecía más tiempo del que había vivido.

Procuré centrarme en asuntos más alegres, como mi asombro ante los regalos de los Peggot. Le pregunté si creía que podía ser señal de su intención de adoptarme. Emmy me recomendó que no me hiciera ilusiones, pero que no estaría mal preguntar. Demasiado tarde, mis ilusiones ya estaban por las nubes. La señora Peggot me había dicho que podía quedarme con ellos hasta que empezara la escuela, en vez de volver a la granja de Creaky. Aquello tenía que significar algo.

Emmy se puso triste. Tumbada en el suelo, las lágrimas le resbalaban por las mejillas y yo me sentí morir. Me preguntó si la esperaría hasta que nos reuniéramos de nuevo en mayo o si me buscaría otra novia antes. Le dije que no se preocupara.

—Mis múltiples males me impedirán encontrar compañía, a excepción de algún gato moribundo —dije, poniendo voz de ancianita.

Ella se rio, lo que estuvo bien. Nos animamos a base de reírnos de la señora Gummidge y de hacernos cosquillas, lo que es terrible, pero, ya se sabe, éramos unos niños. Le pregunté cuánto hacía de la muerte del señor Gummidge.

—Ni idea. La conocemos desde siempre y nunca ha habido un señor Gummidge. Ni siquiera sé de qué murió.

—Probablemente se ahorcara... con una de sus medias compresoras —le dije.

Aquello hizo que nos partiéramos de la risa, Maggot incluido. Había estado despierto todo el rato.

Llevaba varios días en casa de los Peggot cuando al fin me armé de valor. La casa estaba en silencio. El señor Peg se había llevado a Maggot y a unos primos suyos a jugar a los bolos con el grupo de la liga juvenil de la iglesia. Me habían invitado, pero les había dicho que no me apetecía. Después de que se fueran, bajé las escaleras en dirección a la cocina, donde la señora Peggot preparaba su enorme cazuela de alubias, su plato tradicional de Año Nuevo, pues aseguraban que traía buena suerte. Una cosa de los Peggot. Mamá siempre me decía que ella no había oído nunca hablar de eso. Pero tampoco era la persona más indicada para hablar de la buena suerte.

Merodeé por la cocina, observando cómo la señora Peggot iba añadiendo cosas a la olla. Cebolla, zanahoria, un buen montón de aquellas alubias, a lo que se sumaba la necesidad de que hirviera durante más de un día. No se olvidó de incorporar el gran hueso del jamón de Virginia que habían comido el día de Navidad. Aquel año habían llevado el jamón a Knoxville para degustarlo en la cena de Navidad, procediendo luego a envolver el hueso en papel de aluminio para llevárselo a casa. De modo que aquel hueso había recorrido más millas que la mayoría de las personas a las que conocía. Y todo por eso de la suerte. El vapor que salía de la cazuela empañaba las ventanas y esparcía un olor delicioso por la cocina. Le dije que era la mejor cocinera del mundo y que su casa era la mejor en la que había estado. Me miró por encima del hombro y luego volvió a remover. Le agradecí los regalos con los que ella y el señor Peggot me habían sorprendido por Navidad. No paraba de darle las gracias, pero es que quería hacer un despliegue de buenos modales antes de abordar el tema principal.

—Hemos pasado unas buenas navidades, ¿verdad? —me preguntó.

Yo le dije que sí, que había sido una gozada estar en Knoxville y que les agradecía mucho que me hubiera dejado acompañarlos. Ella siguió removiendo. Le dije que la sopa olía de maravilla y que ojalá no tuviera que marcharme. Entonces la señora Peggot dejó el cucharón a un lado, enderezó la espalda y miró por la ventana empañada. Luego se desató el delantal y se sentó a la mesa conmigo. Sus gafas estaban tan empañadas que no podía verle los ojos y por un instante sentí terror. Pensé en Stoner y sus gafas de espejo, y en todos esos adultos que parecían quedarse ciegos en el momento de hablar seriamente conmigo. El vaho se disipó y aparecieron sus ojos azules, aunque aún un poco velados. Maggot me había contado que tenía cataratas y que debía operarse de la vista. Pero de todos modos me miraba fijamente.

—Damon, ¿me estás preguntando si podemos quedarnos contigo de forma permanente?

Temía decirle que sí porque entonces la respuesta sería que no.

Resultó que ella y el señor Peg ya habían hablado del tema. La semana siguiente al funeral, la señorita Barks los había visitado para plantear una posible acogida, dado que no había nadie con quien yo me sintiera mejor. Por descontado, para entonces los Servicios Sociales ya habían desenmascarado las mentiras de Stoner y habían llegado a la conclusión de que los Peggot eran la mejor opción. Así que el señor Peggot y ella lo habían estado hablando. En profundidad, remarcó. Pero habían concluido que no podían. Ni como tutores, ni como personas de acogida, ni nada oficial.

Odié a la señorita Barks por no habérmelo contado. Quería morirme de la vergüenza. La señora Peggot parecía triste y no dejaba de rascarse la cabeza. Algunos pelos grises le salían disparados en todas direcciones, como si hubiera olvidado peinarse aquella mañana, lo que quizá no tuviera importancia. Nadie se fijaba mucho en una mujer de su edad, incluido yo. Pero en ese momento sí que lo hacía. Ella era mi única esperanza.

Me dijo que siempre sería bienvenido, pero que el señor Peg y ella se estaban haciendo viejos. A él le dolía una barbaridad la pierna por culpa de la artritis, a lo que se sumaba el problema del azúcar, que lo obligaba a pincharse unas inyecciones en la barriga. Se guardó lo de sus problemas con la vista, pero ya me hice una idea de la situación. Me dijo que solo faltaban dos años para que la madre de Maggot saliera de la cárcel, quizá menos, por el buen comportamiento. Conociendo a Mariah, me pareció improbable. La cuestión era que acabaría por llevarse a Maggot para completar su crianza. Le pregunté adónde y me dijo que tendrían su propio hogar.

No podía imaginarme a Maggot viviendo en otra casa.

—¿Él lo sabe? ¿Que va a tener que mudarse?

—Sí, cielo. Lo sabe. Nos pondremos un poco tristes, pero un niño debe ser criado por su madre, y así lo desea ella. Con lo grande que se está poniendo, el señor Peg y yo no podremos cuidar siempre de él.

Para ser sinceros, Maggot no era tan grande. Para su edad. Yo sí lo era. No dije nada.

—Antes de que os deis cuenta, Maggot y tú seréis adolescentes. Aprenderéis a conducir, ligaréis con chicas. Dios nos coja confesados.

Sonreía al tiempo que parecía triste, moviendo una mano como si espantara moscas. Aquella mano parecía tener cien años. Era todo nudillos y cartílago.

No había pensado en lo que teníamos por delante. Maggot aprendiendo a conducir, ligando con lo que tuviera en mente, probablemente algo desastroso. Ya estaba en guerra con el señor Peg por el pelo largo y el tipo de música y las revistas raras que le gustaban. Por su actitud en general. Nada que ver con las guerras de actitud que habíamos librado Stoner y yo. Pero uno podía percibir cómo las peleas de perfil bajo iban subiendo gradualmente de nivel, igual que en *Super Mario*.

Me pregunté si la señorita Barks les habría dicho a los Peggot que yo era un niño de trato difícil.

—No haré ninguna de esas cosas de adolescentes —le dije—. Cuidaré de ti. De ti y del señor Peg, te lo prometo. Probablemente consiga que Maggot se porte mejor.

La señora Peggot miró por la ventana en vez de mirarme a mí. Empezaba a nevar y el mundo entero estaba jodidamente silencioso. Desde la otra habitación me llegaba el tictac del reloj,

que descansaba en la repisa de la chimenea, junto a la foto de la santa tía June. Ella tampoco iba a salvarme.

—Pero y si… —arranqué, retrocedí y volví a empezar—. Puedo seros de mucha ayuda, por ejemplo llevando la compra y cosas pesadas. ¿Y si me quedo solamente hasta que la madre de Maggot salga, y cuando él se mude yo también me busco un nuevo hogar?

La señora Peggot me dijo que esta alternativa también la habían hablado con la señorita Barks. Pero les comentó que no era una buena idea. Argumentó que encontrarles un hogar a los adolescentes resultaba especialmente difícil, por lo que lo mejor era asegurarles una situación permanente a más temprana edad. Les prometió a los Peggot que seguiría trabajando en el tema.

Y eso era todo. El señor y la señora Peggot querían intentar ser unos abuelos normales por una vez y dejar de ejercer de padres. Tenía que dejar que la señorita Barks me encontrara unas personas atentas, más jóvenes y que pudieran cuidarme bien.

No debería haberme sorprendido. Emmy ya me había advertido y la verdad es que yo estaba curado de espantos, pero algo dentro de mí se había resistido a aceptarlo. Ahora me derrumbé. Me puse a llorar delante de la señora Peggot. Un horror. Tuvo que ir a buscar una caja de pañuelos y se puso a acariciarme la espalda como si fuera un bebé.

—Cielo, lo siento —no paraba de decirme. Dos palabras que odiaba tanto que me hacían desear aplastarlas con los puños.

Lo de llorar fue lo peor, me hizo sentir muy avergonzado. Ni siquiera en el funeral de mamá había vertido una lágrima, por lo de odiar a todo el mundo. Duro como una roca. Pero la amabilidad de la tía June y el hecho de que Emmy se enamorara de mí me habían ablandado. Había creído que los Peggot no eran como los demás, sino especiales, con todo eso de Jesús conminándolos a amar al prójimo igual que a sí mismos. Joder, ¿es que no había aprendido nada? Esas patrañas que cuentan en la escuela dominical no son más que otro tipo de historias de superhéroes. Esperar que Jesús venga a arreglarte el día tiene las mismas probabilidades de éxito que encender la «batseñal».

20

Tras aquella conversación con la señora Peggot en la cocina, estaba solo. Año nuevo, vida nueva. Aun sin mi propia casa y sin tener que pagar las facturas, me sentía independiente. No me gustaba un pelo.

La señorita Barks me encontró un nuevo hogar de acogida, con la familia McCobb: el matrimonio, un niño que iba a primero llamado Brayley y una niña de segundo llamada Haillie, más dos bebés cuyos nombres no pillé, ya que todos los llamaban los gemelos. Pongamos Gritón Uno y Gritón Dos. Cuando uno se dormía, el otro armaba un pitote, los dos empezaban a retroalimentarse y en aquella casa no había quien pegara ojo. Tampoco abundaba la alegría.

El mayor problema de aquella familia: que eran pobres de solemnidad. Nunca se ha visto a unas personas más angustiadas por el dinero. El señor McCobb trabajaba con frecuencia, pero entre una cosa y la otra, con Brayley demandando las mejores zapatillas deportivas del mercado, Haillie pidiendo cinco dólares para la prueba de acceso al equipo de gimnasia acrobática, los bebés que necesitaban pañales y demás, más el lío que se llevaban con las tarjetas de crédito, sacando de aquí para cubrir lo de allá, cada mes se quedaban sin blanca. La señora McCobb sufría mucho por el hecho de que en la escuela se metieran con Brayley y Haillie por no tener lo mismo que el resto. Una preocupación legítima, lo entiendo, que sé lo que es hacer cola cada viernes para recibir una de las Mochilas del Amor, esas bolsas de comida que las mujeres de la iglesia repartían entre los chavales que tenían el almuerzo gratuito en la escuela para que los fines de semana no se murieran de hambre. Jamás conocí otra cosa, siempre fui ese niño, por lo que crecí llevándolo lo mejor que pude. Pero no es un camino que nadie tome gustosamente si puede evitarlo. El hecho de que Brayley fuera uno de esos chavales bajitos y rechonchos con aspecto de larva, y de que Haillie viviera en su propio mundo de muñecas trol y ponis del arcoíris los convertía en blancos fáciles. Si su suerte acabara escorando hacia las Mochilas del Amor, uno temería por sus vidas.

La señora McCobb me contó que ni en un millón de años se habría imaginado rebajándose a acoger un niño. Sin embargo, confiaba en que ese dinero extra de la Seguridad Social los ayudara a enderezar el rumbo. Además, así demostraban ser unos buenos cristianos, algo que me animaba a comentar en el colegio si surgía la ocasión.

El señor McCobb iba sobrado de ideas para conseguir que ese dinero extra revertiera las cosas, y las había probado casi todas: vender productos de salud y belleza, criar cachorros con pedigrís falsificados, hacer de hombre anuncio, ser donante de esperma, etcétera. A lo que obviamente se sumaba comprar lotería. Lo de acoger a un chaval había sido su última gran idea. Si la cosa iba bien, quizás acogerían a un par, de cara a doblar los ingresos. Aquello no me ofendió. Creaky no se cortaba a la hora de admitir que los quinientos dólares mensuales por cabeza eran su única motivación. Ya me conocía el percal.

El inconveniente en el que el señor McCobb no había reparado era en que también había que gastar dinero en mí. Por ejemplo, comprando más comida para que yo también pudiera alimentarme. La primera semana que pasé allí me preguntó si pensaba arrimar el hombro para mis comidas y demás.

—¿Contribuir? ¿A qué? —le pregunté, sin tener la menor idea de a qué se refería.

—Solo con algo de dinero, colega. Para la comida extra.

Estábamos sentados a la mesa de la cocina, volcados en un proyecto consistente en que yo lamía sellos y la tira de los sobres en los que él previamente había introducido folletos. Cada vez que se inclinaba para coger más sobres, veía trozos rosados de cuero cabelludo asomando brillantes de su coronilla rapada.

—Para mí lo justo es justo. El cuarto del catre te va a salir a cero —me dijo, explicándome que «a cero» significaba que no me iba a cobrar nada por usar el dormitorio.

—Gracias —le dije, aunque más que un cuarto aquello era una caseta de perro.

El día en el que la señorita Barks me trajo, inspeccionó el dormitorio previamente aprobado por los Servicios Sociales que en teoría iba a ser para mí y que tenía papel pintado con vaqueros, una colcha de Woody de *Toy Story*, etcétera. Pero al marcharse resultó que en realidad pertenecía a su hijo Brayley. La señora McCobb me advirtió que si se lo contaba a la señorita Barks me devolverían, así que no lo hice. Dormir en la caseta del perro de los McCobb era preferible a lo siguiente que pudiera ocurrírseles a los de los Servicios Sociales. Esta habitación, ubicada en la parte trasera de la casa, era donde tenían la lavadora y la secadora, y el suelo estaba seriamente podrido a resultas de las filtraciones de la antigua lavadora. Había que pisar con cuidado o el linóleo se levantaba. Hacía un tiempo, el señor McCobb había montado allí su negocio de cachorros y el olor era testigo de ello. Por no hablar del ruido que hacían la lavadora y la secadora, que claro, con semejante cantidad de niños y bebés, funcionaban a todas horas.

El señor McCobb me preguntó si me estaba gustando lo que llamaba «el anexo». Su mujer me había comprado uno de esos colchones hinchables para dormir y una pequeña cómoda de cartón para la ropa, por lo que le dije que estaba a gusto. Eso sí, no podía pagarme las comidas porque no tenía dinero. Lo lamentaba.

El señor McCobb dejó de ensobrar y entrecerró los ojos, como si estuviera descifrando mi situación. Sus ojos eran de un marrón tan oscuro que te hacía sentir que mirabas al fondo de dos pozos. Intenso.

—Eso es un déficit, colega. Tienes un problema. Pero podemos solucionarlo.

—De acuerdo —le dije.

Lamí más sellos para su proyecto, que tenía que ver con unas pastillas de algas de un azul verdoso, capaces de curar cualquier cosa a excepción de un corazón roto. (Que es lo que decía siempre el señor Peg de la cinta americana). Brayley y Haillie estaban en sus habitaciones de la planta de arriba, enfrascados en una guerra de ruido que enfrentaba a *El rey león* con las Spice Girls desde sus respectivos reproductores de cedés, mientras que la señora McCobb intentaba dar de comer a los gemelos en su dormitorio. En definitiva, arriba había armado un buen alboroto.

No me acababa de sentir bienvenido en la planta superior, por lo que solo la había pisado con ocasión del *tour* que la señora McCobb nos había hecho a la señorita Barks y a mí, incluyendo mi supuesta habitación. En la planta inferior, la cocina era el lugar para todo, pues el salón estaba siempre a oscuras, con las persianas bajadas, al carecer de mobiliario. Los McCobb vivían en una calle muy transitada e imagino que no querían que todo el condado supiera que no tenían muebles. La señorita Barks se llevó una buena sorpresa cuando lo descubrió. Habían tenido algunos hasta hacía unos meses, se disculpó la señora McCobb. Unos preciosos, comprados en la tienda Goodman's, no en un Walmart cualquiera, además de un dormitorio

en *suite* de un determinado estilo y con todas las piezas a juego. En aquel momento, sin embargo, el dormitorio del señor y la señora McCobb solo contenía el colchón, que por suerte pudieron conservar, ya que los agentes encargados de los embargos nunca se llevan un colchón usado.

En la cocina se estaba bien, excepto por el hecho de que en ella me entraba hambre. Intentaba imaginarme que los sellos para los sobres del señor McCobb sabían a algo mejor, como a caramelos de fresa, pero el estómago me rugía tanto que me daba vergüenza. Su bulldog, Missy estaba desplomada en el suelo, sin tomarse siquiera la molestia de acercarse al bol medio lleno de comida para perros que tenía junto a la puerta. Unos tropezones rojos con aspecto de carne. Os sonará asqueroso, pero hasta aquello conseguía despertarme el apetito.

El señor McCoob me dijo que debería pensar en encontrar un trabajo para después de las clases. Le dije que el problema era que tenía once años. Siempre había oído que hasta los dieciséis nadie te contrata. Me aseguró que esas reglas solo se aplicaban en determinados casos y que a los chavales de menor edad se les permitía trabajar en proyectos familiares.

—¿Cómo lo que estamos haciendo ahora? —dije, pegando un respingo, pues pensaba que quizá fuera a pagarme.

Pero no. Dijo que eso no contaba, por algo llamado «nefrotismo». No podía pagarme y ser mi padre de acogida al mismo tiempo, por lo que debía ampliar horizontes. Prometió tener las antenas encendidas.

El señor McCobb era el miembro más sincero y directo de la familia, según él mismo, aunque la mitad de las veces no tenía la menor idea de lo que estaba hablando. Aprovechaba la menor ocasión para recordarte que él había corrido mundo, no como tú. Había servido en el ejército, participando en la operación Bright Star, entre otras, lo que explicaba su corte de pelo y su vestimenta, que arrinconaba las camisetas en favor de prendas con botones, como si fuera el jefe de algo. Tras su regreso a casa de Oriente Medio, aprovechó las ayudas para sacarse un graduado en gestión de empresas en Mountain Empire, de ahí sus conocimientos a la hora de lanzar proyectos empresariales. Tenía un listado de todo aquello en lo que era un experto. La señora McCobb decía que era una estupidez no contratarlo, cosa que hacían una y otra vez: tienda de suministros médicos, gasolinera, cuidado de árboles y césped, empresa de instalación de suelos y otros empleos que fue encadenando mientras yo viví allí, antes de mi llegada y pondría la mano en el fuego que hasta el día de hoy. La paga en aquellos sitios era lamentable, él estaba sobrecualificado y además sabía mucho más que sus supervisores. La paciencia de un hombre tiene un límite.

Lo que más recuerdo de aquel año es la comida. No comérmela, sino pensar en ella. Las comidas en casa de los McCobb nunca eran suficiente. Las cenas consistían por lo general en hamburguesas que el señor McCobb recogía de camino a casa en un *drive-through*, dos para los adultos y una para los niños. A veces traía patatas fritas para compartir. O si no, la señora McCobb calentaba en el microondas algún plato precocinado, dos para los adultos y uno para los niños. Aprovechando un descuento, había comprado un cargamento de esas comidas que venían dentro de cajitas. Su intención era perder los kilos de más que había ido ganando durante los embarazos. Después de haber dado a luz a cuatro retoños, era una de esas señoras de cara pequeña y bonita, pero con el resto todo rechonchete.

Guardaba bolsas de aperitivos encima de la nevera, me refiero a un surtido completo:

Pringles, Oreo, Dunkaroos, un verdadero festín el de ahí arriba. Yo aguardaba el día en que alguien me diera mi bol de aperitivos, como en casa de la tía June, pero ahí nadie me dijo jamás «Siéntete como en tu casa». Aunque no tuviera ninguna otra. Algunas tardes, después del colegio, la señora McCobb bajaba una de aquellas bolsas y nos entregaba un aperitivo a cada uno, pero no cada día, y yo sabía que debía abstenerme de pedir más.

Por suerte, la señorita Barks mantuvo al día los formularios que me garantizaban las comidas gratis en la escuela, pero me eliminaron de la lista de las Mochilas del Amor. Imagino que las mujeres de la iglesia pensaron que yo había dejado de ser problema suyo. En el comedor de la escuela, rapiñaba junto con otros chicos cualquier pedazo de comida sobrante que quedara a la vista. Maggot ya no estaba por la labor. En su casa lo alimentaban a base de sopa de alubias, pastelitos de jamón, tarta de manzana y demás manjares exquisitos que, para ser sinceros, no agradecía lo suficiente. Él y yo seguíamos siendo mejores amigos y hermanos de sangre, por supuesto, pero en enero nos separaron de clase después de que varios chicos y chicas utilizaran las aulas para pegarse un buen lote, de modo que no nos veíamos a menos que nos cruzáramos en el comedor. Siempre que hablábamos me comentaba que la señora Peggot preguntaba por mí. ¿Qué se supone que debía responderle a eso? Le dije que no se preocupara, que en mi nuevo hogar de acogida tenía una habitación propia y que molaba un montón. Y le conté lo del perro, para darle envidia. «¡Tenemos un perro!», le dije, pese a que la maldita Missy no me quería ver ni en pintura. Posiblemente me echara la culpa de haberle robado la habitación.

Nuestros encuentros en el comedor siempre eran breves. Yo comía a toda prisa y luego me apostaba junto al mueble donde dejábamos las bandejas, al lado de la cocina. Algunos alumnos, sobre todo chicas, devolvían la comida casi sin tocar, colocaban la bandeja en la ranura y se marchaban tan campantes, como si la comida creciera de los árboles. Manzanas sin un solo mordisco, cartones de leche por abrir. Me mortificaba pensar que lo mismo ocurriría en otros turnos en los que yo no estaba presente. Imagínate, ¡alumnos de primaria!, probablemente descartaban el mejor material. Aquel desperdicio era para llorar.

En el día a día me las apañaba para ir tirando. Los fines de semana eran duros. Tenía sueños extremos relacionados con la comida. En plan, que me estaba comiendo una pizza grande con *pepperoni*, me llegaba su aroma a carne con pimienta, saboreaba el delicioso queso derretido entre los dientes y entonces, ¡zas! Me despertaba. Otra vez en la caseta del perro, hambriento. Inspeccionaba la pila de la ropa sucia en busca de algo que llevarme a la boca. A veces Haillie se dejaba un paquete de caramelos mentolados o alguna otra cosa en uno de los bolsillos de sus pantaloncitos. Era capaz de olfatearlo, como un perro.

Quería decirle a la señora McCobb el hambre que pasaba, creedme. Quizá mencionarle que medir más de un metro y medio y calzar el número de pie más grande de la casa probablemente me facultara para entrar en la categoría de dos hamburguesas en vez de una, reservando esta última para los de primer y segundo curso. En mi cabeza le di vueltas a seis versiones diferentes de esta conversación antes de que llegara el domingo. Siempre acababa de idéntico modo a la última charla que había mantenido con la señora Peggot. A esas alturas yo ya no albergaba ninguna esperanza de salvación. A la señorita Barks sí que la había puesto al corriente de la situación y les fue con el tema a los McCobb, quienes reaccionaron indignados, afirmando que me daban de comer día y noche. ¿Cómo podía un chaval seguir teniendo hambre después de comer tanto como yo? Se la colaron. La señorita Barks me dijo que si no me daban suficiente pidiera repetir, por Dios bendito. Incluso si dentro de su bonita cabeza

albergaba alguna sospecha de que aquellos dos mentían y la estaban embaucando, pocas opciones tenía. Mejor dejarlo correr.

Cambió de táctica: debía mostrarme más insistente, me dijo. ¿Acaso ella había renunciado a sus sueños? No, había trabajado duro para obtener lo que quería. ¿Cómo podía esperar yo que alguien cuidara de mí si no era capaz de empezar por cuidar de mí mismo? ¡La vida es lo que haces con ella! Aquí es donde la señorita Barks demostraba que no lo había pillado. Casas de acogida. No tenía la menor idea de que había personas viviendo al límite de lo humanamente posible. Si insistías demasiado, podías acabar cavando tu propia tumba.

La señora McCobb no era mala persona, solo que estaba desquiciada perdida con todos esos niños encima de ella de la mañana a la noche. Y lo de encima lo digo de forma literal. Todo lo relacionado con los bebés —dormir o no dormir, comer, gritar, cambiarles los pañales, etcétera— tenía lugar en el dormitorio del matrimonio, en la planta superior, y la mayoría de los días ella no bajaba hasta el mediodía o incluso después, en pijama y bata. Incluso si iba vestida resultaba difícil discernir al cien por cien si era ropa de calle o un pijama. Llevaba el pelo recogido en una coleta chapucera y rara vez se lo lavaba. Nuestras charlas transcurrían en el coche, donde ella me confiaba sus preocupaciones, que debía guardarme para mí. En esos momentos no procedía aplicar el plan Demon Defiende lo Tuyo de la señorita Barks. Creer que a alguien puede interesarle escuchar tus quejas a todas horas es pueril. Tenía ojos en la cara. Podía ver que la señora McCobb no estaba de humor.

Nuestros viajes en coche tenían como objetivo hacer la ruta por las tiendas de empeños. Cuando uno pensaba que ya no podía quedar nada que empeñar en aquella casa, ella salía con algo. Un collar de perlas que había pertenecido a su madre. De buena calidad, joyas que había tratado de conservar hasta que resultó inviable. O uno de los *walkmans* de sus hijos, regalo de los abuelos. Decidió que podían compartir uno. Se armó una buena. La pequeña Haillie gritaba como si la estuvieran matando mientras su madre intentaba arrancarle el aparato de las manos. A todo esto, el padre reprendía a su esposa, diciéndole que esperaba que el precio que fuera a conseguir por esa porquería fabricada en China compensara el berrinche de la niña.

En cuanto a los artículos de bebé, por Dios. Como no cabían en la habitación de arriba, los apilaban en el salón vacío. Todos prácticamente nuevecitos. Era increíble el surtido de cosas que se habían inventado para ellos: balancines, hamaquitas, incluso lo que llamaban «gimnasios infantiles». Alguien se había gastado una fortuna en esos gemelos. Resultó que se trataba de los padres de la señora McCobb, que tenían una desahogada situación económica y vivían en una ciudad muy lejana. En Ohio. Ella había crecido allí y no acababa de adaptarse al nuevo emplazamiento, y siempre pretendía comprar lo mejor de lo mejor, aunque se me escapaba a quién quería impresionar. No se hablaba con los vecinos. Me contó que sus padres no veían con buenos ojos al señor McCobb, pero que les encantaba gastar dinero en los niños, de ahí que si se enteraban de que ella iba deshaciéndose de todo en casas de empeños, la desheredarían. A la luz del pitote con el *walkman*, quizá lo más inteligente fuera no esperar mucho a vender los cachivaches de los bebés, antes de que les cogieran cariño.

Nuestros viajes a las tiendas de empeños tenían lugar los fines de semana que el señor McCobb no necesitaba el coche y podía cuidar de los niños mayores. El plan era que con el tiempo pudieran comprarse un segundo coche, idealmente un monovolumen, para que ella pudiera llevarse a todos los niños a sitios divertidos, pero por el momento el único sitio que

visitaba era las tiendas de empeños. Íbamos a varias en Pennington Grap o conducíamos hasta Jonesville o Rose Hill. La señora McCobb decía que le gustaba esparcir el amor. Mi parte favorita era que, si las ventas habían ido bien, parábamos a comer una hamburguesa en Sonic. Pero ya os digo que aquellos viajes eran agotadores. Solo llegar hasta Rose Hill con los gemelos maullando en estéreo desde sus sillitas...

Aunque fuera tan lejos para esparcir el amor, la señora McCobb era una figura conocida por la mayoría de los dueños de las tiendas, lo que explicaba que me llevara con ella. Aparcaba al final de la calle y me mandaba a mí solo a la tienda de empeños con la joya o el balancín de turno. Era de lo más raro tener que ponerme a negociar con aquellos viejos malhumorados. Yo me ofrecía a quedarme en el coche con los bebés, pero nada. Ella siempre repasaba conmigo lo que debía decir: circonio cúbico, empaquetado en fábrica, etcétera. Debía contarles que mi madre estaba enferma, es decir, una mujer que no era la señora McCobb, pero la tenían calada. A ver, estamos hablando de Lee County, uno puede huir, pero no esconderse. En una ocasión, el dueño de Aquí y Ahora Prestamos y Empeños meneó la cabeza y me dijo que sabía que Eva McCobb me estaba esperando fuera en el coche y que lo mejor sería que saliera a buscarla.

Así lo hice. Se desató una tormenta de gritos, con el tipo siguiéndola por la acera y diciéndole que si el orgullo le impedía entrar en su tienda, que por lo menos enviara a su marido a hacer un recado propio de hombres y no de niños. Ella le contestaba gritando que era un maldito ratero por pensar que ella estaba tan en las últimas como para aceptar los precios de mierda que ofrecía. Y él le gritaba a su vez que podía irse a lloriquear más cerca de casa. Etcétera, etcétera. Teniendo en cuenta que era un domingo en el centro de Jonesville, atrajeron a un buen número de curiosos.

No abrió la boca durante todo el trayecto de regreso, excepto para jurar que no pensaba divorciarse del señor McCobb ni en un millón de años. Esto era algo que acostumbraba a soltar sin previo aviso. A mí no me constaba que nadie le hubiera pedido que se divorciara.

Yo tenía hambre a todas horas, pero las noches eran lo peor. Hacía dibujos de comida, páginas y más páginas. Muslos de pollo a la brasa. Costillas de cerdo, puré de patatas. Dedicaba horas a conseguir el sombreado perfecto y la textura de las salsas. Había una chica en mi escuela, Maisie Clinkenbeard, que quizá pensara que me gustaba porque me sentaba siempre muy cerca de ella. Lo cierto es que lo hacía para ver qué llevaba en la fiambrera. De hecho, un grupo de chicas había organizado una competición para decidir quién traía el mejor almuerzo. Bettina Cook se lo tenía muy creído, con sus copas de pudín personalizadas y sus bocadillitos cortados a triángulos, la misma Bettina que llegaba al colegio con la secretaria de su padre y de la que se decía que en casa tenía una criada que le preparaba esos bocadillitos. Mi reacción era, ¿en serio tiran las cortezas del pan de molde? Mi favorita era Maisie Clinkenbeard. Os puedo garantizar que era una madre quien preparaba esos almuerzos, y llevaba algo alucinante cada día: gruesas tiras de jamón, ensalada de patata, postres caseros. Tarta de melocotón cortada a cuadraditos. Ahora mismo os la podría dibujar.

Hacia finales de enero empecé a hacer batidas nocturnas por la cocina a la caza de aperitivos. Iba con cuidado de no sacar nunca demasiada cantidad de las bolsas, que volvía a dejar tal y como estaban. Una semana después, al volver del colegio descubrí que la parte superior de la nevera estaba vacía. Ah, pensé, esto es que la señora McCobb quiere que toda la familia pierda esos kilos de más del embarazo.

Pero no. Los aperitivos no habían desaparecido, habían sido trasladados. Al inclinarse para lavar los biberones en el fregadero de la cocina, detecté olor a Oreo en el aliento de la señora McCobb. Los niños bajaban dando saltos por las escaleras con trocitos de Pringles pegados a sus malditos pijamas. Disponían de sus propios alijos. Me devané los sesos intentando averiguar cómo habían podido pillarme. Había sido extremadamente precavido, esperando en la cama a que todos se hubieran dormido y agradeciendo a Dios la comida que estaba a punto de ingerir. Entonces me deslizaba hasta la cocina y recibía mi sagrada comunión: exactamente dos Pringles, una Oreo y un puñado de cada tipo de cereal. Nunca paquetes enteros de Dunkaroos ni nada que pudieran tener controlado. ¿Cómo mierda me habían descubierto?

Haillie era mi única fuente de información en aquella casa. Por ejemplo, acerca del proyecto con los bulldogs ingleses certificados, que en realidad eran un cruce entre esa raza y algo, que acabó por no engañar a nadie. El señor McCobb había experimentado con tres o cuatro camadas de padres diferentes antes de tirar la toalla. Después de eso, Missy se negó a volver a la caseta de perro, o sea que no era culpa mía. Más bien algo así como malos recuerdos. Haillie me contó que los cachorros eran tan, tan adorables que cada vez que papá se los llevaba al no conseguir venderlos, ella lloraba desconsolada para poder quedárselos. Cada vez. Así era Haillie, alguien que pensaba que podía conseguir lo que quisiera si lloraba lo suficiente. Aquello era lo que tenía a mi disposición, una niña muy infantil, pero la única persona de verdad honesta y directa de esa familia. Sin ella, yo iba a ciegas.

Me trabajé lo de ponerla de mi lado. Con frecuencia se presentaba en mi cuarto y me encontraba sobre el colchón de aire, lo único en lo que uno podía sentarse ahí dentro, si exceptuamos las pilas de ropa sucia. Era un colchón infantil, lo que quizás explicara que no me alimentaran: temían que se me quedara pequeño. Yo solía estar dibujando, levantaba la vista y me la encontraba observándome desde la puerta, una niña pequeñita con una muñeca trol en una mano, agarrándola por su melena azul. Me preguntaba cuánto rato llevaría allí. ¿Era algo propio de chicas vigilar a escondidas a un chico que yace desprevenido en su cama? Pero aquello era obviamente distinto a lo de Emmy. Haillie era una niña. Tenía los mismos ojos marrones que su padre, como dos agujeros oscuros en la cara. Yo la dejaba que se acercara a verme dibujar. Me pedía que le dibujara cachorritos una y otra vez, lo que propició la charla sobre los perros y otras historias más penosas. Como que sus padres tenían fuertes peleas, en una ocasión su madre le arrojó a su padre una licuadora con un batido dietético dentro. Yo le dejaba usar mis rotuladores para que escribiera su nombre en mi cuaderno. Al estar empezando, colocaba puntitos sobre cada una de las letras de Haillie, incluso en las eles, por eso sé cómo se escribe su nombre. En cambio Brayley, vete tú a saber.

Al final le pregunté a bocajarro por el tema de los aperitivos. Me contó que ahora su madre les dejaba tener comida en sus habitaciones. Siguió hablando de esto y de lo otro, explicándome que le gustaba quitar las pepitas de chocolate de las Chips Ahoy, etcétera, etcétera, hasta que pensé que iba a desmayarme. Entonces se encendió una bombilla en su pequeña cabecita.

—¿Quieres que te traiga? —me dijo en un susurro, pegándose a mí.

Le dije que sí, si no le importaba. Me preguntó qué prefería.

—Quizás una bolsita de Oreo —le contesté, a lo que ella reaccionó con un «¡Chis!», tapándome la boca con la mano.

Se puso de rodillas, colocó sus labios al borde de mi oreja y me susurró con un hilo de voz:

—Te traeré un paquete entero, pero no lo cuentes. Y no te las comas aquí. Sal fuera.

Le pregunté por qué. Hizo el gesto de la cremallera sobre los labios y me señaló un estante que quedaba por encima de la lavadora, donde había varios trastos. Cosas típicas como botellas de detergente y cubos de plástico. Suavizante en toallitas. Y un vigilabebés. De los que llevan una cámara incorporada.

21

El señor McCobb me encontró un trabajo en Golly's Market, la pequeña gasolinera de la Ruta 58. En el cartel ponía MARY'S MINI MART y tenía un montón de años, ahí lo dejó Mary McClary después de divorciarse y salir disparada hacia Nashville a hacerse un nombre como cantante. Pero esa es otra historia.

El primer día, el señor McCobb me llevó en coche y me presentó al dueño, el señor Golly, de origen extranjero y con un acento marcado. Cada día después de las clases, debía bajarme allí del autobús escolar y luego me recogería la señora McCobb. Allí vendían aperitivos y comida, por lo que podía cenar gratis como parte de mi sueldo. Eso resultó ser lo mejor de trabajar en Golly's Market. El señor Golly me dijo que era una pena tener que acabar tirando a la basura todos los perritos calientes y demás que habían pasado el día bajo la lámpara de calor. De modo que yo era su cubo de la basura. ¡Bien!

Además de gasolina y comida, Golly's ofertaba las típicas cosas que a uno le apetecer comprar de regreso a casa: cerveza, pastelitos, chicles, paracetamol… Los artículos más caros, como medicamentos y cigarrillos, los guardaba en una estantería detrás del mostrador. Mientras el señor McCobb hablaba con el señor Golly, empecé a ponerme nervioso. Además de no tener la menor idea de cómo funcionaba la caja registradora, ¿iba a tener que vender cigarrillos y cerveza? ¿Acabaría en prisión? No es que no pudiera alcanzar los cartones de tabaco, de hecho, era un poco más alto que el señor Golly, que parecía un arbolito marrón al que se hubieran olvidado de regar. La gente siempre pensaba que yo era mayor. Probablemente él no supiera que tenía once años y el señor McCobb contara con ello. Pero yo estaba convencido de que en Estados Unidos existían leyes acerca de quién podía vender qué.

Al final resultó que yo no iba a vender nada. Trabajaría en otra área del negocio, situada en las proximidades, al frente del cual estaba una persona de la que McCobb había conseguido referencias a través de un tal Murrell Stone. Yo empecé a recular hacia la puerta diciendo «No, no, no, ni loco voy a tratar con Stoner», a lo que ellos me dijeron que con él no, con un amigo suyo. Yo ni siquiera sabía que McCobb y Stoner se conocían, pero, de nuevo, aquello era Lee County.

McCobb me deseó suerte y se largó. Esperé a que el señor Golly cerrara la caja registradora y se limpiara las manos antes de llevarme afuera, lo cual hizo con una lentitud increíble. Al fin llegamos a la parte trasera, donde me esperaba el impacto número uno de mi nueva carrera: la montaña de basura más alta que jamás había visto, aparte del propio vertedero. Mi nuevo lugar de trabajo y, como pronto iba a descubrir, el infierno en la tierra.

En principio, los montones de basura no tienen nada de malo. Me gustaban tanto como a cualquier chaval. Maggot y yo siempre le suplicábamos al señor Peggot que nos dejara acompañarlo al vertedero en sus visitas semanales para deshacerse de la basura. Allí había mucho que ver. Siempre había gente que salía más cargada de lo que había entrado, con muebles o con electrodomésticos que tuvieran potencial, etcétera. Un dato real: se podría construir un segundo mundo con lo que tira la gente. El vertedero fue el lugar que me inspiró una de mis principales filosofías: todos los seres vivos están en proceso de cambiar sus viejas posesiones por otras nuevas, un día sí y el otro también. Sin embargo, el objetivo es subir por la

escalera, no descender, como en el caso de los McCobb. Vertedero, casas de empeños, Walmart. En todos esos sitios se movían cosas en un sentido u otro a lo largo de aquella carretera. Tuve una idea tonta para una tira cómica: no aparecería un superhéroe, sino un objeto común, por ejemplo, una silla, que iría bajando por una colina y pasaría de una familia a otra en su descenso hasta acabar convertida en un montón de basura en forma de silla. La llamaría *Males comunes*.

Siempre había creído que todo buen estadounidense llevaba cada semana su basura al vertedero, pero descubrí que, si vivías en una ciudad, como los McCobb, hay gente que viene a recogértela. Aluciné. Un camión entero destinado exclusivamente a la basura. Hombres que recorrían las calles vaciando los cubos de la gente. Algo propio de las ciudades. Obviamente, en el campo estamos solos. Mamá y yo la depositábamos junto a la puerta para que el señor Peggot la recogiera. En la granja de Creaky la incinerábamos, o, si no se podía quemar, la arrojábamos a un barranco profundo que había en la parte más alejada de la propiedad, donde llevaba un siglo almacenándose la mierda. Se veían asomar cosas como un escurridor, guardabarros, muelles de cama, todo oxidándose a la intemperie. De ahí saqué la idea para la tira cómica. Aquello era lo habitual en una granja. Pero hay gente que solo puede tirar la basura en los vertederos, lo que puede suponer un viaje agotador, sobre todo si no tienes una camioneta.

Ahí es donde entraba en juego Golly's Market. Por poco dinero, la gente podía tirar su basura en la parte de atrás de la parcela. Aquella era la otra línea de negocio, y contrataban a chavales dispuestos a hurgar en la basura. Cualquier cosa de valor se separaba, por ejemplo, las latas de aluminio iban a un montón, las botellas de plástico, a otro. Las pilas, a un tercero. Mi nuevo jefe no estaba. El señor Golly me dijo que esperara allí, que enseguida volvería y empezaríamos. Luego se arrastró hacia la caja registradora y yo me dediqué a echar un vistazo. Detrás de la montaña de basura me aguardaba la sorpresa número dos: Intercambio rociando con agua unas botellas de plástico.

—Wild Man. ¿Qué pasa contigo? —le dije.

Él dejó de regar las botellas y me miró fijamente. De la manguera no paraba de manar agua y el chaval tiritaba, pues se había empapado por completo los vaqueros y la sudadera. Entonces levantó la cabeza y lanzó un chillido: «¡Diamond!».

No podía creer que se acordara de mi nombre del escuadrón. El mismo chico que siempre se olvidaba de cerrarse la bragueta. Quise abrazarlo, pero obviamente me contuve. Nos quedamos allí plantados, como unos niños perdidos en una isla de basura. Cerré la manguera y lo empecé a interrogar. Resulta que cada día acudía a trabajar allí. Ya estaba harto de la escuela. Eso significaba o bien que ya había cumplido los dieciséis o que en Elk Knob lo habían dado por perdido y habían tirado la toalla. Ya no estaba en la granja de Creaky, ahora vivía con unos tipos en un apartamento, aunque no pude desentrañar con quién, cómo ni dónde. La forma de comunicarse de Intercambio era como si sus frases fueran cayendo al suelo y haciéndose pedazos. Debías recoger los fragmentos salvables y reconstruirlas.

Quiso saber si ahora era yo quien trabajaba allí en vez de Patatas Podridas, fuera quien fuese. Le pregunté si se refería a una cosa o a una persona, y me respondió que sí. Patatas Podridas era una persona. Le pregunté si era nuestro jefe y me respondió que no, que era un niño. Uno que no dejaba de vomitar y lo echaron. El jefe no estaba allí en esos momentos y se llamaba Tasma, dijo.

—¿Tama? —pregunté.

—No.

—¿Tema?

—Uuuuuu —dijo Intercambio moviendo las manos como si pretendiera asustarme—. ¡Tasma, como un tipo muerto!

Fantasma. Ese era mi nuevo jefe. Lo vimos aparcar su furgoneta en la parte delantera, pero desde mi posición no pude verlo entrar a la tienda, ni cómo pasaba de allí al cuarto trasero, que es donde el señor Golly me había dicho que se encontraba el cuartel general del negocio del reciclaje, lugar que jamás debía pisar porque era privado. No pude ver a mi nuevo jefe hasta que salió por la puerta trasera y me dio la sorpresa número tres.

Fantasma era aquel tipo pálido y de pelo banco con los tatuajes demenciales, el amigo de Stoner con el que nos habíamos cruzado una vez en Pro's Pizza. En aquella ocasión iba acompañado de Tufo Infernal, que se había acercado a nuestra mesa y provocado a Stoner con lo de los zorros cuidando de sus crías. Fantasma era Ojo Extra.

Cuando digo que tenía que rebuscar entre la mierda de la gente, su basura, me refiero a que había pañales. Mierda humana. Y cuando digo que había ratas, no quiero decir que viéramos una o dos. Las ratas eran parte de nuestra rutina diaria. Nuestras dianas de tiro, nuestra compañía, como queráis llamarlo. A algunas les pusimos nombre. Intercambio estaba al frente del departamento de lavar botellas y aplastar latas, mientras que a mí Fantasma me asignó tareas que requerían un mínimo de cerebro. Me dijo que al fin el puto paqui le había conseguido a alguien con dos dedos de frente. Era evidente que Patatas Podridas, el chaval al que habían despedido, no tenía el suficiente sentido común como para no llevarse a la boca la comida que lleva mucho tiempo en la basura que remueves.

Una de las primeras tareas que me enseñó fue a extraer el ácido de las viejas baterías de coche. Con un martillo introduces un clavo por la parte de abajo. La mayoría de las baterías tienen varios compartimentos, así que te vas familiarizando, haces un agujero en cada uno, luego le das la vuelta y dejas escurrir el ácido dentro de algo de vidrio, como una jarra. (De plástico no. Plástico nunca. Patatas Podridas tampoco tuvo cabeza para eso). Fantasma almacenaba todo el ácido en latas de metal en las que escribía «ácido», y que alineaba junto a las latas de pintura, al lado de la puerta trasera de su cuartel general, donde estaban las cisternas de propano. Decía que no quería tener esa mierda dentro apestándolo todo.

Lo que es un chiste, porque siempre salía de allí apestando a tope, a veces a huevos podridos, normalmente a meados de gato. Tenía ventiladores de pared enchufados sin descanso, incluso en los días fríos, y el olor a meado flotaba por todas partes aún con más intensidad que el de la basura. Lo que Fantasma se traía entre manos era un gran misterio. A veces nos pedía que le diésemos un manguerazo a algunas sartenes y botellas, mientras que otras botellas debíamos arrojarlas directamente a la pila del vertedero, sin hacer tonterías. Hablamos de cosas que no harían buenas migas con tu piel ni con tu ropa. Acabé con ácido en los vaqueros, y después de lavarlos cada mancha se había convertido en un agujero. Entendí por qué Fantasma me había puesto al frente de las baterías y no a Intercambio. Unos pocos días con ellas y aquel crío habría parecido una mosquitera.

Me pagaban cuatro dólares la hora, dieciséis por día. Iba directo desde la escuela y la señora McCobb me recogía sobre las nueve, después de acostar a los niños, por lo que al final eran más

de cuatro horas. Al anochecer, Intercambio y yo entrábamos en la tienda a cenar las sobras del señor Golly. Nos permitía limpiarnos un poco en un lavabo. Yo ayudaba al señor Golly a llenar los estantes cuando llegaban los pedidos y así podía ver a base de qué vivía la gente de la zona. Sobre todo de cerveza y papel de váter. De cerdo asado y alubias. Medicamentos para el resfriado, hostia. Recibía un centenar de cajas de Sudafed. A los dos días habían volado. Y no es que viera a gente comprándolas. Si era el señor Golly quien pillaba todos esos resfriados, lo disimulaba muy bien. De hecho, uno llegaba a dudar de que estuviera vivo. Su piel tenía un tono grisáceo y podía estarse horas sin mover un músculo, mirando el pequeño televisor que había junto a la caja registradora.

Al señor Golly no le importaba tenernos dando vueltas por ahí. Nos contó que de niño había trabajado en un vertedero, igual que nosotros, pero su historia había tenido un final feliz, pues ahora vivía en Estados Unidos y podía enviar dinero a su familia. Había estado casado, pero ahora vivía solo en un pequeño apartamento en Duffield. Aseguraba que no necesitaba tener nada en el apartamento porque se pasaba la vida en la tienda, cocinando y demás, lo que era cierto. Jamás lo vi cerrarla.

No había ninguna casa en los alrededores. La gente paraba de camino a un lugar mejor. A veces era alguna madre con hijos, nada familiarizada con el lugar y que solo había entrado porque alguno de ellos necesitaba utilizar el baño con urgencia. Compraban una Coca-Cola o algo pequeño como excusa, pero era evidente. Luego estaban los tipos respetables que pagaban diez dólares al señor Golly, acercaban su vehículo a la parte trasera para desembarazarse de su basura mensual y quizá lo celebraban con un perrito caliente con chile. Aparte de esto, la peña se las traía. Algunos, y no me refiero a casos aislados, ni siquiera usaban bolsas de basura. La parte trasera de sus camionetas era la bolsa de basura. Cuando la pila era enorme, venían, pagaban la tarifa y volcaban lo acumulado, incluyendo los desperdicios del baño. Mejor no pensar en cómo debían de tener sus casas.

Peores aún eran los habituales que no tenían ninguna relación con el negocio de la basura. Tras acercarse a la caja registradora a pagar sus cervezas y sus alubias, se escabullían con Fantasma a la parte de atrás para hacer sus chanchullos. Me hice una idea de la situación. Golly's Market atendía a chusma y yo trabajaba allí. Eso me convertía también en chusma.

Algunos dirán que siempre lo fui. Ni siquiera nací en un hospital con una madre que fuera a llevarme luego a su caravana, sino que nací dentro de la caravana, lo que es como la medalla de oro en las olimpiadas de la purria de caravanas. Niños como yo, a los que sus madres adolescentes frotan *whiskey* en las encías para hacerlos callar, o les echan Coca-Cola al biberón, somos los más dignos de lástima a ojos del mundo. Pero yo empecé siendo tan decente como cualquier hijo de vecino, diciendo «por favor» y «gracias», haciendo los deberes, ingeniándomelas para arrancar una sonrisa a la gente. Me sentía un ganador, rebosante de amor propio y de sueños. Qué importaba si eran sueños infantiles, como casarse con Carol Danvers y convertirse en un Vengador de mayor. Cada mañana me levantaba pensando que brillaba el sol y que sus rayos me alcanzaban como a cualquier otro.

Llegado quinto curso, era el más alto de mi clase, superando incluso a algunos profesores. Siempre que tocaba practicar algún deporte en la hora de Gimnasia, todos me querían en su equipo. Las niñas flirteaban conmigo. Emmy me había calificado de tierno, apuesto y todo eso. Muchos otros niños pobres recibían puñetazos en la cara por el mero hecho de existir. Hasta

entonces no me había preguntado mucho quién era yo, pero sabía que eso no. Aquella época era antes de, los últimos días de. Aún no existían Internet y todas sus formas de decir «Seamos mejores que los demás para poder odiarlos». Nuestra escuela disponía de dos ordenadores en la biblioteca, de los que solo uno funcionaba. Algunos chavales hicieron un proyecto y pusieron allí su cuenta de correo. El resto pensamos «Que un robot te entregue el correo, ja, ja, ja». Lo que por entonces estaba de moda para llamar la atención de la gente era «el juego del piojo», en el que los niños pequeños tocaban a un apestado y este empezaban a correr arriba y abajo amenazando con pegarte los gérmenes de la peste. En algunos casos, como el de los chavales Houserman, el peligro de recibir piojos de verdad estaba completamente justificado. Al loro.

Pero en quinto ya no éramos unos críos. A los apestados les daban puñetazos. Las chicas estaban con sus cosas de chicas, que me interesaban una mierda, como los *slam books*[25] que circulaban de mano en mano. Los mismos cuadernos delgados y en espiral que utilizábamos para algunas asignaturas pero con las palabras SLAM BOOK o PROPIEDAD DE en la parte delantera para avisar de que no debían caer en manos de los profesores. De vez en cuando, alguna chica me daba un golpecito en la espalda con uno de ellos para que lo hiciera circular por mi fila. Aquel era un pasatiempo de las chicas populares, las de cejas depiladísimas y la raya del pelo en forma de relámpago. Si te pasas el día sentado detrás de una chica con su cabeza a un palmo, te acabas fijando en su pelo. En cambio a los cuadernos no les prestaba ninguna atención. Ni cuando las chicas me los daban para que los pasara y ponían cara de que contenían algo hilarante.

Y llegó el día en el que Demon aprendió la lección. Todo el mundo esperaba el recreo, a menos que estuviera castigado, lo que con frecuencia era mi caso por no parar quieto o dibujar en la mesa. Los pupitres eran de los de una pieza con la sillita integrada, un verdadero infierno para un chaval de mi tamaño, y la parte plana de madera tenía los bordes grisáceos tras llevar acumulando suciedad desde los tiempos de nuestros ancestros. Nuestros padres y abuelos ya los habían utilizado, y también teníamos en común a algunos de los profesores, como a la señorita Huddles, de quinto. Una anécdota famosa fue la vez que le dio una buena tunda a mi madre por simular un *striptease* en un encuentro dedicado a la música cristiana. (Lo de mamá con Dios nunca acabó de funcionar). A estas alturas, la estampa de la vieja chiflada, poco más que una cabeza hundida con un vestido, no me inspiraba temor. Aquellas mesas llevaban grabados tantos nombres, penes peludos y garabatos que parecía ridículo no perpetuar la tradición. Uno permanecía allí sentado con un lápiz en la mano y muchas horas mortificantes por delante. Yo me enorgullecía de los excelentes personajes de cómics que inmortalizaba para el disfrute de futuros prisioneros.

De modo que sonó la campana y se produjo una estampida. Alguien arrojó un cuaderno amarillo encima de mi mesa. Y otro y otro, un grupo de chicas se desvió para pasar junto a mi pupitre antes de salir del aula, y se reían sin parar, porque aquello tenía mucha gracia. Una pila de cuadernos para alegrarle el castigo a Demon.

La primera página iba numerada. Ponías tu nombre junto a un número, que sería tu código. Pasabas las páginas. Cada página estaba encabezada con el nombre de un chaval. Dejabas tu opinión sobre él y firmabas con tu número. Era la primera vez que veía aquello y me pareció bastante tonto recurrir a un número para tu identidad nada secreta. En las páginas dedicadas a las chicas populares todo el mundo escribía «mona, dulce, simpática, divertida». Siempre las

mismas palabras, solo cambiaba el orden. Las chicas religiosas recibían «una estrecha, aburrida». O si no un «talla S», el nombre en clave de «tiesa», que a su vez es el nombre en clave de «demasiado estrecha, aburrida». A los chicos también les dedicaban páginas. En las de los populares solía leerse: «cachas de la hostia, la bomba, gran amigo».

Quizá no me había parado a pensar que en aquellos libros habría una página sobre Demon. O quizá sí. Sea como fuere, no estaba preparado para esa sensación de bochorno, como el calor que se extiende por las piernas cuando te has meado encima. «Comemierda, perdedor, basura, pajillero». Sin excepciones. Bueno, uno escribió «capullo». Ya me entendéis. Tras la muerte de mamá no había abierto la boca, desde las navidades probablemente no había pronunciado más de cinco o seis palabras en aquella clase. Muy poco a lo que atenerse para llegar a una conclusión como «capullo».

No cambió nada después de aquello, excepto mi mirada, ahora mis ojos de perdedor lo percibían todo. La gente dándome la espalda. Evitando tocarme en el gimnasio o vitorearme si hacía un mate. Acercándome la bandeja a la cara en el comedor, como si fuera a comer de ella igual que un perro. Ahora ya no quería que los rayos del sol me alcanzaran. Me borré como si fuera tiza en una pizarra. Con mis vaqueros que se me habían quedado ridículamente cortos y mis zapatos de viejo, que me había prestado el señor Peg por Navidad, me uní a la tribu de los antediluvianos chicos de campo que no disponían de lavabo dentro de casa y a los pentecostales que creen que toda ropa inventada después de los tiempos de la Biblia es pecado. Mi especialidad eran los agujeros producidos por el ácido. ¿Quién iba a llevarme a comprar ropa nueva? Llevaba el pelo por los hombros, ¿quién iba a cortármelo? La señorita Barks había tomado nota de mi aspecto andrajoso y no dejaba de recordarle a la señora McCobb que el cheque mensual de los Servicios Sociales cubría de sobra esas cosas. Y ella siempre le respondía que lo tenía muy en cuenta, pero que con el lío de los niños aún no había encontrado el momento.

Yo había estado pensando en la llegada de Emmy en unos meses, en los paseos que daríamos. Cogidos de la mano. Ahora, sin embargo, esperaba que se estableciera con la tía June en una parte bien alejada del condado, que asistiera a otro colegio y que nunca pudiera ver en lo que me había convertido.

Ocurrió después de uno de los habituales días de mierda en la escuela, seguidos de las habituales tardes de mierda en el trabajo. Se me cruzaron los cables y empecé a golpear el salpicadero del coche de la señora McCobb. Le di un susto de muerte. Lo único que había hecho era preguntarme si había tenido un buen día. No sé por qué aquello me hizo estallar, pero di esos golpes con furia y ella se quedó en silencio. Finalmente confesó que estaba preocupada por mí. Yo le dije que debería estarlo muchísimo más. Había oscurecido, por lo que no podía verle bien la cara, lo que ayudó.

—Siempre estás con miedo a que se metan con Haillie y Brayley en el colegio —le dije.

—Sí —me contestó con una voz que delataba terror, como si supiera lo que se avecinaba.

—Bueno, pues fíjate un poco en mí.

Luego se lo solté todo, lo de los *slam books*, el modo como me ignoraban, todo. Lo de los chavales que se colocaban a mi lado arrugando la nariz y preguntando si alguien se había cagado encima.

—¿Y adivina qué? —le dije—. Saben en qué casa vivo, y las noticias vuelan.

Noté cómo se ponía tensa, con las manos agarradas al volante, consciente de que el apellido McCobb empezaba a circular.

El domingo me llevó a Walmart. Me compró vaqueros, camisetas, un cinturón y zapatos. También un cepillo de dientes nuevo, pues llevaba mucho tiempo sin uno, desde que Brayley había tirado el anterior a la taza del váter por accidente. A aquellos hermanos les encantaba hacer el tonto en el lavabo de abajo. Le di las gracias a la señora McCobb y ella me pidió que no le contara a su marido que nos habíamos gastado casi toda mi paga mensual de Golly's.

Sin embargo, al día siguiente me sentí igual de mal que siempre en el colegio. Ni siquiera orgulloso. Más bien avergonzado, la verdad, porque nada iba a cambiar. Ahora todo el mundo pensaría que resultaba aún más digno de lástima por mis esfuerzos. Lo de ser un perdedor es como un barranco. Después de tirarte por él no hay vuelta atrás.

Los pocos amigos con los que contaba entonces eran los alumnos de un instituto con los que coincidía en el autobús de camino a Golly's. Y por «amigos» quiero decir que me dejaban sentarme con ellos y no me hacían salir huyendo. Unos paletos a los que nadie les discutía el derecho de tener reservadas las últimas dos filas de asientos. Hablaban sobre todo de chicas: de las que eran unas guarras y unas zorras, de las que había que tener bien lejos por la hepatitis C o la gonorrea. También de drogas, quién tenía qué y cuánto iba a durarle. A mí poco me decían, aparte de «Ey, ¿qué tal?» cuando nos subíamos al autobús. Yo mantenía el pico cerrado y aprendía. Algunas cosas sí que me preguntaron, tipo a qué curso iba. Al sospechar que no querrían que un chaval de quinto escuchara esas conversaciones, les dije que a octavo. También quisieron saber si jugaba en el equipo de fútbol americano juvenil y de nuevo mentí, les dije que sí y que al año siguiente pensaba subir de categoría en el de Lee High. Les conté que era amigo de Fast Forward y fliparon. Estaban en su equipo. No eran titulares, pero aun así. Me dijeron que les gustaría tenerme en el futuro en los Generals porque tenía pinta de poder hacer buenos placajes y alas cerradas. Recuerdo perfectamente quién de ellos me lo dijo y el día que era. ¿El motivo? Era la primera cosa agradable que alguien me decía ese año.

La mayoría de días no abría la boca. Si lo hacía era exclusivamente con Intercambio y el señor Golly. O con Haillie, si se colaba en mi cuarto para jugar con los rotuladores. Yo le dejaba, aunque eran mi única posesión y temía que se les acabara la tinta. Me pidió que la dibujara en forma de personaje de cómic, así que inventé al Hada Aulladora Que Te Deja Oreos Bajo la Almohada. Si se presentaban los malos, ella con sus gritos conseguía ahuyentarlos del planeta. De modo que aquella era la tropa que tenía a mi disposición: unos gamberros, una niña de segundo, un extranjero de cien años y un tipo con huevos revueltos por cerebro. Ahora la señorita Barks solo se interesaba por mi rendimiento escolar, preguntándome por el motivo de que mis notas hubieran bajado. No había ningún secreto, le dije. Odiaba el colegio. Le conté lo despiadados que eran los chavales. Me dijo que aguantara, que en la secundaria los chicos serían más agradables. Le di cero credibilidad.

Resulta difícil de creer que la granja de Creaky me inspirara algún recuerdo positivo, pero echaba de menos tener a Fast Forward en mi equipo. Aquel Fast Man que me había hecho sentir tan duro y reluciente como un diamante. Me consta que tenía su lado oscuro, que permitía que otros cargaran con las tundas que él merecía, pero aquella era su forma de transmitirnos una enseñanza: una persona es capaz de ir con la cabeza alta y apuntar bien arriba aunque al nacer le hubieran tocado malas cartas. Durante todos esos años en los que ningún adulto se puso de mi parte, me mostró que puedes utilizar esa mano a tu favor y acabar

ganando.

Aquel verano empezó a crecerme una finísima sombra de vello rojizo encima del labio superior, un motivo más de vergüenza. De seguir viviendo con Fast Forward, podría haberme enseñado a afeitarme. Habría podido hablar con una persona que de verdad sabría por lo que estaba pasando. Me habría aclarado sin rodeos si las sospechas que empezaba a albergar eran ciertas. Que estaba trabajando para un laboratorio de metanfetaminas.

22

La señorita Barks traía grandes noticias. No cabía en sí de gozo. Me vino a buscar a la escuela e hicimos juntos un largo trayecto en coche por las afueras, que ambos disfrutamos. Luego cenamos en un restaurante mexicano llamado Rancho algo, en el que no recogías la comida sin bajar del coche.

Estupendo y tal, pero uno no puede largarse sin más con su asistente social y no presentarse en el trabajo. Fantasma no era un tipo al que quisieras cabrear. Aquellos ojos tatuados mirándote fijamente desde su cuello, joder. No había olvidado cómo lo había dibujado dentro de mi cabeza durante aquel primer encuentro en Pro's Pizza: el supervillano Ojo Extra, capaz de leerte los pensamientos. Ahora me preguntaba si sería cierto. ¿Podría acceder a lo que estaba pensando en ese mismo instante? No le comenté esto a la señorita Barks porque ella no sabía nada de mi trabajo en Golly's Market. Después de unos pocos días empleado allí, ya había hecho suficientes preguntas como para tener claro que aquella era una situación del tipo «lo que los ojos de una asistente social no ven, el corazón de una asistente social no lo siente».

Pero ambos nos lo estábamos pasando la mar de bien en su coche, por lo que dejé de preocuparme por Fantasma. Estaba listo para disfrutar de un gran día. Tomamos las carreteritas que serpenteaban entre las minas de carbón, donde las enormes y azuladas rampas para el carbón descienden por las laderas que asoman más allá de las copas de los árboles, al modo de toboganes para gigantes. Llegamos hasta los grandes acantilados blancos que recorren los límites de Kentucky. Era uno de esos días de abril en los que te llega el olor de los campos labrados y las montañas empiezan a adquirir un tono verdoso, como si el mundo exclamara «¡Atención todos, todavía no estoy muerto!». Pusimos la radio y cantamos todas las canciones conocidas. Y me refiero a cantar «You're Still the One» a pleno pulmón y con las ventanillas bajadas, como si quisiéramos que Shania nos oyera desde Nashville.

La señorita Barks me confesó que nunca se sentía tan libre como estando al volante. ¿Cuántos años debería seguir trabajando para el señor Golly antes de poder comprarme un coche?, me pregunté. A ese paso, probablemente unos cien. Dos meses me habían dado para algunas camisetas, la marca más barata de zapatillas deportivas de Walmart y no sé si había alcanzado para mucho más. Los McCobb se quedaban con mi dinero alegando razones de seguridad. Igual que hacía Fast Forward en la granja de Creaky.

La señorita Barks comentó lo mucho que me favorecía mi nuevo corte de pelo, lo que técnicamente supuso la segunda cosa agradable que me habían dicho ese año. Pero luego su comentario quedó invalidado al pretender llevarse el mérito. ¿O acaso no había sido ella quien me había animado a defender mis intereses? Pídele a los McCobb cuanto necesites, tú pide y recibirás, las pamplinas de costumbre. Más bien estampa tus puños contra el salpicadero de un coche y conseguirás que te presten un mínimo de atención. Pero no quería cortar el rollo y dejé que siguiera creyéndoselo.

A la altura de Cumberland, bajamos del coche para pasear por el parque que tienen allí y observar los acantilados que se extienden a lo largo de las últimas cien millas de Virginia. Me pregunté qué se sentiría en la cima de uno de ellos mirando hacia abajo. Mi cerebro volvía una y otra vez a eso, pensando en la idea de saltar al vacío. No necesariamente para morir, solo para

experimentar la sensación de ser un crío que vuela. No es que fuera a hacerlo. Saltar. Tampoco volar, ya puestos. Uno no puede controlar lo que se le pasa por la cabeza.

Ahí fue donde la señorita Barks me dio la noticia. Una bomba. Resulta que yo tenía un dinero del que nunca había oído hablar. Tras la muerte de mamá, los de los Servicios Sociales habían rellenado los formularios para que recibiera los cheques de la Seguridad Social, que es el lado positivo de acabar huérfano: te pagan por ello. ¿Quién iba a decirlo? No era mucho, apenas un porcentaje de lo que mamá ganaba en Walmart, lo que en opinión del señor McCobb suponía un insulto. Pero no dejaba de ser un cheque que iría recibiendo hasta cumplir los dieciocho. La señorita Barks dijo que lo organizarían para que ese dinero fuera a parar a una cuenta corriente a la que podría acceder cuando abandonara los hogares de acogida. Aquello solía funcionar mejor que poner a los padres de acogida a cargo de la misma. Y yo le dije algo en la línea de «Señorita, eso es una verdad como un puto templo».

Me hizo prometer que destinaría el dinero a ir a la universidad. A algún sitio bien lejos de allí, ni hablar de acabar estudiando mecánica en Mountain Empire. Eso implicaba prometerle que mis notas mejorarían. Uno no llega a la universidad si antes no ha superado la escuela primaria, me dijo, como si yo no lo supiera. Le conté que en Elk Knob te pasaban a secundaria por el mero hecho de asistir a clase, sobre todo a los chavales de mi tamaño. Nos necesitaban en los cursos superiores para ingresar en los equipos deportivos. Ella me dijo que aquella no era la actitud que estaba buscando. Intenté cambiar de tema, pero se mantuvo firme: la sola presencia no te conducía a ningún sitio en la vida. Aún estaba a tiempo de cambiar, etcétera. Le pregunté si era obligatorio que destinara el dinero de la cuenta a la universidad y me respondió que técnicamente no. Pero eso no quitaba que sería un tonto si no lo hacía, porque estudiar me daría las mismas oportunidades en la vida que el resto de chavales.

Le escocía no haber podido hacerlo ella misma. Había asistido a clases nocturnas, pero no era lo mismo que ir a una universidad lejana en la que vives por tu cuenta, como un adulto, sin ni siquiera tener que trabajar, centrado en leer y estudiar aquello que más te apetezca. Yo no conocía a nadie que lo hubiera hecho, la verdad. Ni siquiera me parecía posible. Aún estaba intentando asimilar todo aquello de los cheques para huérfanos. ¿A Tommy Waddles le pagarían el doble por tener a sus dos padres muertos? La señorita Barks me dijo que era probable. Entonces pensé en otra cosa, en mi padre, que la había palmado antes de que yo naciera. ¿Habría estado yo acumulando un pastizal durante todos esos años para acabar descubriendo a los dieciocho años que me había tocado la puta lotería?

Por desgracia, no. Ya lo habían investigado con la esperanza de encontrar algún tipo de ayuda de manutención, pero no constaba ningún padre en mi certificado de nacimiento. Yo le dije que tenía uno y que conocía su nombre. Incluso sabía dónde estaba enterrado, a raíz de las discusiones entre mamá y la señora Peggot acerca de si llevarme o no a ver su tumba. El cementerio se hallaba en Murder Valley, Tennessee. Solo las había oído hablar de ello un par de veces, hacía muchos años. Pero un nombre así no se olvida fácilmente.

La señorita Barks dijo que nada de eso nos era de utilidad. Mi madre había cometido un error al no incluir su nombre en el certificado de nacimiento. Un error que salió muy caro, al tratarse de un muerto. Se me escapó un «vaya mierda», aunque sabía bien que no debía utilizar lenguaje malsonante en presencia de la señorita Barks. Ella lo pasó por alto por esa vez, hizo una mueca y dijo: «Sí, una puta mierda». Mamá y sus errores. Toda una especialista en el tema.

Regresamos al pueblo antes de que anocheciera para comer algo en el restaurante, pero yo empecé a preocuparme al visualizar a la señora McCobb yendo a recogerme a Golly's y descubriendo que no estaba allí, maldiciendo el desperdicio de gasolina, al señor McCobb furioso por que me hubiera saltado el trabajo. Etcétera, etcétera. Así que le dije a la señorita Barks que necesitaba estar de vuelta antes de las ocho si quería que me diera tiempo a hacer los deberes. Siempre hay una mentira que contenta a todos, si sabes buscarla. El comentario de los deberes la hizo dibujar una gran sonrisa. Estaba tan guapa como siempre. Suéter rosa, pantalones de vestir ajustados, melena angelical. Pensar que la señorita Barks estaba buenorra no significaba que engañara a Emmy, porque 1) Emmy era de las populares, por lo que, si se daba el caso de que volviera a verme, rompería conmigo al instante, y 2) la señorita Barks pertenecía a una categoría diferente a la de novia, esto es, tutora legal.

El restaurante fue un alucine. Lo habían decorado como si fuera otro país y hasta tenían a un par de mexicanos sirviéndote la comida. Imagino que también habría alguno en la cocina. No sabría nombrar nada de lo que comí, aparte del arroz y algo de lechuga, pero todo estaba buenísimo y las raciones eran enormes. Me puse las botas.

Hacia el final de la cena, la señorita Barks me dijo que tenía más novedades. Esta vez no eran buenas. La verdad es que eran terribles, pero necesité un minuto para comprenderlo. Ella estaba muy entusiasmada, tanto que daba saltitos en el asiento. Había ahorrado lo suficiente para poder acudir a clases de verano a tiempo completo y acabar el grado en Magisterio. En otoño empezaría su formación como maestra. Después de eso, tenía casi garantizado un trabajo en un parvulario o en una escuela de primaria, lo que supondría contar al fin con unos ingresos dignos.

La señorita Barks dejaba su empleo en los Servicios Sociales para abrazar su maravillosa nueva carrera. O sea que me abandonaba. A mí y al resto de sus queridos huérfanos. Ahí os quedáis. Y todo por dinero.

Me devolvió a casa de los McCobb antes de las ocho, como le había pedido, de modo que no tendrían que ir a recogerme a Golly's. Entré en la cocina y le conté una mentira al señor McCobb, que había tenido una cita con mi trabajadora social y que ella se había encargado de hablar con el señor Golly para asegurarse de que no dejaba de cobrar ese día. Luego me dirigí a mi cuarto de perro apestoso y le di un puñetazo a la lavadora. Me limpié la sangre en una camiseta negra que cogí de la pila, apagué las luces y me tiré boca abajo en mi puñetero colchón hinchable de tamaño infantil.

Luego me lo pensé mejor, me levanté, pasé la mano por el estante de encima de la lavadora, agarré el vigilabebés y lo metí en el cubo de la fregona. No necesitaba que nadie me viera llorar.

Quizás a algunos niños les expliquen desde muy críos cómo funciona esto del dinero. Pero supongo que la mayoría no tiene ni idea, entre los cuales me incluyo. Hasta los once años, cuando empecé a recibir esos cheques, yo solo tenía ideas vagas. Si tenías un trabajo, tenías dinero. Si no tenías dinero, disponías de unos cupones de comida o una tarjeta electrónica a través de la cual recibir ayudas, pero de dinero nada. Lo que no acababa de pillar era que había zonas grises. Vale, sí, sabía de la gente rica, esos pocos que ganaban mucho dinero por ser estrellas de cine, jugadores profesionales de fútbol americano, el presidente, etcétera. Ni una sola de esas personas vivía en Lee County, con la excepción de un piloto de carreras del circuito NASCAR que supuestamente había comprado una granja cerca de Ewing en los años

setenta. También los mineros del carbón de los tiempos en los que había sindicatos. Treinta o cuarenta pavos la hora, algunos viejos seguían refiriéndose a aquella época como los días en los que Jesucristo caminó entre nosotros arrojando billetes de cien dólares. Pero por lo demás, creía que un cheque era un cheque tanto si trabajabas para Walmart, Food County, Lee Bank and Trust, Hair Affair o la planta de Eastman en Kingsport.

Obviamente, todos los días se aprende algo nuevo. Ahora sé que si acabas el instituto, aumentan tus posibilidades económicas. Y la universidad supone otro avance, pero encierra un gran inconveniente: lo más probable es que el tipo de trabajo que consigas con una titulación superior te obligue a instalarse muy lejos de casa y en una ciudad. Sin embargo, de lo que hablo es del tótem de los sueldos. Lo realmente importante es ¿a quién hace feliz lo que tú haces? ¿Te dedicas a vender los zapatos más cutres que te puedas imaginar a los clientes de Walmart o vendes trajes de gama alta a empresarios? Incluso el mismo trabajo, como lijar suelos, puedes hacerlo para unos grandes almacenes o para la mansión de una estrella de cine. Muéstrame tu sueldo, que yo adivinaré a qué altura estás. Si consigues hacer feliz a alguien rico o logras que una persona normal se sienta rica, o sea mejor que el resto, el dinero corre a espuertas. En cambio, si miras por los intereses de los parias, no tanto. Y si se trata de chavales, buena suerte, porque todo lo que tiene que ver con mejorar sus vidas está en lo más bajo del escalafón. El sueldo de los profesores suele ser para llorar. Imagino que esto es algo del dominio público, pero yo no tenía la menor idea el día en el que la señorita Barks dijo: «Hasta la vista, perdedor; ahora voy a por la pasta. ¡Maestra!».

Desde entonces he tenido amigos con trabajos más o menos importantes, y algunos de los mejores eran profesores de escuela. Gente que ha estado a mi lado cuando los he necesitado. Cuando acababan su jornada escolar, trabajaban de repartidores o atendían en una gasolinera, incluso había uno que tocaba con un grupo y en verano conducía el camión de los helados. Necesitaban un segundo trabajo. Lo necesitaban de verdad para tirar adelante.

De modo que ahí estaba la señorita Barks en su primer trabajo de verdad, a los veintidós años, entregando su corazoncito a los Servicios Sociales. Al tiempo que hincando los codos siempre que podía, dadas sus ansias por vivir en un apartamentito propio en vez de tener que compartirlo con una vaga. Y para eso necesitaba subir por el tótem de los sueldos hasta alcanzar el punto de profesora de primaria. Así es como te pagan en los Servicios Sociales.

Doña Ojeras llevaba tanto haciendo esto que no le quedaban motivos por los que vivir, trabajando dobles turnos cada día y regresando luego a una mierda de apartamento en Duffield, propiedad de un primo que no la ahogaba con el alquiler. Si eres el chaval al que le ha tocado sentarse delante de ella durante la cita con la trabajadora social, y te presentas con los dos ojos morados y una sudadera que apesta a meado de gato, lo siento, amigo, pero en lo único que ella está pensando es en el programa de televisión que mirará esa noche. A estas alturas, cualquier ser humano con agallas se habría buscado otra cosa, el ejército o las pólizas de seguros, ser poli o incluso maestro. Porque el sueldo de los Servicios Sociales es como el bocadillo de manteca de cacahuete de los sueldos. Así valora este puto mundo la labor de salvar a huérfanos de baja estofa.

Y si estos chavales crecen y acaban dando puñetazos a las lavadoras, o a sus congéneres, o, pongamos, hacen añicos las ventanas de una droguería con el fin de arramblar con todo lo que puedan, dime ¿crees que puedes sorprenderte? Ahí tienes de vuelta tu bocadillo de mantequilla de cacahuete. A cada cerdo le llega su sanmartín.

23

Se acercaba el verano y yo contaba los días. No es que pasar a hacer el horario completo en un negocio ligado a una montaña de basura pudiera considerarse precisamente unas vacaciones. De todos modos, en el cerebro de un niño está grabada la idea de que el verano es sinónimo de libertad. Tres meses completos sin estar encajonado en una sillita y evitando ser el mayor pringado de la sala.

Para que conste en acta, no siempre había odiado el colegio. Hubo un tiempo en el que me esmeré bastante. Era de los que mejor leían, por lo menos entre los chicos. Quizá pensaba que eso hacía sentir orgullosa a mi madre o que así le demostraba que no iba a abandonar los estudios como había hecho ella. Sea como fuere, aquello ya quedaba muy lejos. Ahora me limitaba a ver cómo los otros levantaban la mano y daban las respuestas correctas. Bien por ellos. Oraciones de resumen, el juzgado de Appomattox, el ciclo vital de las plantas. ¿Qué importancia tiene esto cuando todo lo que le interesa saber a tu cerebro es dónde está la puerta para escapar de allí y si en el sitio al que te llevará seguirás pasando hambre?

Los profesores, el director y la señorita Barks me soltaban el mismo sermón acerca de mi bajo rendimiento y de no explotar todo mi potencial. Llega un punto en el que te importa una mierda que te consideren un inútil. Sobre todo porque es una conclusión a la que tú ya has llegado solito. Me entraban ganas de decirles: mi potencial es esto que tenéis delante de vuestras narices. ¿Qué mierda de nombre le pondríais? ¿De verdad os pensáis que esta es la persona que deseaba acabar siendo?

Respecto a lo de trabajar duro, dejadme que os diga lo que es eso: intentar llegar al final del día sin que se cierna sobre ti la repugnante amenaza que supone que se te queden mirando, que te avergüence un profesor, que se rían de ti las chicas y que recibas un puñetazo de la nada. Una vez más, si has estado ahí, ya sabes de lo que hablo. Y si tienes que imaginártelo, probablemente te quedes corto. Todas aquellas personas no dejaban de preguntarme que por qué suspendía. Pero ¿qué podía hacer aparte de quedarme mirando la pared y no decir otra cosa que «perdón»? Estaba aprendiendo a apreciar el sabor brutal, ardiente y a «que te jodan» que desprendía la palabra con la que llevaba toda la vida alimentándome. «Perdón».

Pero aquel primer día del verano seguía estando con la moral a tope. Imaginadme presentándome en Golly's un día laborable a las nueve de la mañana y con una sonrisa en la cara. El señor McCobb me había dejado allí de camino al empleo que había conseguido conservar mínimamente. Pude ver al señor Golly en el interior de la tienda, colgando en la ventana el cartel de «Dos por uno en perritos calientes rebozados». En uno de los extremos del vertedero, divisé a Intercambio encendiéndose un cigarrillo con una mano mientras meaba contra un árbol a la vista de todos los coches que cruzaban la carretera. Y pensé: Dios mío. Esto es todo lo que hay. Caminé hasta la parte trasera para llamar a la puerta de Fantasma y fichar.

Una cosa de la escuela que te pasa desapercibida es que todo el mundo se mueve en alguna dirección. Hasta los inútiles participan. Venga, chavales, superemos esta lección, esta materia, este curso. En mayo llegan los exámenes del Nivel de Aprendizaje: quizás este año nuestra patética escuela saque mejores notas, los profesores conserven sus puestos de trabajo y todo el

mundo pase de curso. En cualquier caso, todos los chavales quieren hacerse mayores, de modo que ahí lo tienes, mejora automática. Es como lo de las escaleras mecánicas en los grandes almacenes de Knoxville. Súbete y buen viaje. Siempre puedes toparte con algo nuevo y reluciente por el camino.

Ahora yo iba de bajada. En Golly's no disponíamos de asignaturas ni de trimestres, medíamos el tiempo en *roll-offs*, unos contenedores gigantes de metal, del tamaño de vagones de tren, que había que llenar de basura. Luego venía un semirremolque y se la llevaba al vertedero. Después de rebuscar en la basura que nos dejaba la gente y cribar todo lo susceptible de venderse como chatarra, reciclarse o acabar en la casa de empeños o aplastado o drenado, o lo que fuera, lo restante era la basura de la basura. También bastante tóxica, pero esa no es la cuestión. Teníamos que depositarla en el *roll-off* de treinta yardas. No era tan simple como tirarla ahí y ya está. La empresa cobraba cuatrocientos dólares por llevarse el *roll-off* y devolverlo vacío, de modo que nos tocaba ser ahorrativos y conseguir apiñar ahí dentro más de un centenar de cargas de basura, por cada una de las cuales la gente nos había abonado diez dólares. Aquello significaba que debíamos recurrir a todos nuestros superpoderes a la hora de golpear, aplanar, romper, volver a romper y luego apilar hasta alcanzar una altura mayor que el dosel que quedaba por encima de los surtidores de gasolina. Al final del proceso, necesitabas tener un brazo digno de un *pitcher* para conseguir que cualquier cosa alcanzara la cima del montón. Muchas cosas acababan por el suelo cuando se lo llevaban, dejando un rastro de basura desde Golly's hasta el vertedero. Pero ese ya no era nuestro problema.

Aquel era nuestro verano: llenar el *roll-off* hasta su máxima capacidad, nos llevara un mes o seis semanas, no importaba. Porque desaparecía, regresaba vacío y vuelta a empezar. Aquel era el mundo real, donde nadie ni nada iba a mejor. Solo quedaba esperar a cumplir dieciséis años y poder dejar la escuela, con toda una vida por delante para aspirar a trabajos de mierda a jornada completa. Quizá fuera el chico en prácticas de Fantasma y algún día ascendiera de asistente en el drenaje del ácido de las baterías para pasar al verdadero espectáculo que tenía montado dentro.

Mientras tanto, los McCobb estaban metidos en un buen lío. El concesionario les había quitado el coche. Era un modelo nuevo de Dodge Spirit, de color azul cielo y lo tenían en alquiler, aunque nada de esto importa. Lo que sí importa es que el señor McCobb ya no podía conducir hasta su trabajo y, por tanto, lo habían despedido. Explicadme qué sentido tiene que tipos que quieren tu dinero te dejen sin coche de modo que no puedas ganar ni un centavo. Supongo que es la versión adulta de esos profesores que te gritan porque odias la escuela.

Al principio los McCobb no sabían qué cojones harían, aparte de quizás quedarse en la calle, pues ya iban retrasados con el alquiler. Lo siguiente fue lanzarse a una discusión incesante entre: 1) lanzar una serie de negocios caseros con el señor McCobb dedicándose a las encuestas telefónicas y la señora McCobb al acicalamiento de perros, o 2) coger a los niños e irse a vivir a Ohio con los padres de ella, y que le dieran al acicalamiento de perros. Yo apostaba por una victoria del señor McCobb, porque sin duda llevaba los pantalones en casa. Obviamente estaba muy pendiente del desenlace de todo aquello. Ni loco pensaba mudarme a Ohio.

Y lo de acicalar perros menos todavía. Yo ya estaba trabajando a jornada completa en Golly's. Resultó que Fantasma vivía por Fleenortown y nuestra casa le pillaba de camino al trabajo, por lo que pasaba a recogerme. No es que sus horarios me entusiasmaran, ni tampoco

el hecho de tener que pasarme horas con él y mis pensamientos a bordo de su furgoneta Chevy. Hostia. Pero cada día me llevaba al trabajo, excepto durante las semanas en las que desaparecía en una de sus escapadas alcohólicas. Por las tardes debía alargar mi salida, dado que muchos de los trapicheos de Fantasma tenían lugar cuando ya había oscurecido. Pero me acostumbré. Intercambio tenía un surtido fiable de hierba y un corazón generoso que sin duda permitían que el tiempo pasara más rápido. O, de hecho, más lento, aunque no importaba. Muy de vez en cuando se presentaba con una Glock 19 que pertenecía a uno de los tipos con los que vivía, colocábamos unas botellas a lo largo del borde del *roll-off* y hacíamos prácticas de tiro. Habían pasado años desde que el señor Peg me había enseñado a disparar, por lo que no se me daba muy bien. Sin embargo, con el tiempo mi puntería mejoró. La de Intercambio, por el contrario, siempre fue terrorífica, lo de mejorar no entraba en su diccionario. Apreciábamos mucho los aerosoles, ya que, además de poder esnifar algunos restos, constituían unas dianas excelentes. Estallaban de lo lindo. Aunque también disfrutábamos como niños con chiquilladas como reventar las burbujas de los envoltorios. Y fliparíais con la cantidad de perritos calientes que pueden llegar a devorar dos chavales hasta arriba de hierba. Seguro que el señor Golly preparaba de más a propósito.

Cuando Intercambio se iba a casa al acabar su turno de tarde, me quedaba a solas en la tienda con el señor Golly. Le gustaba hablar sobre su infancia en la India, donde estaba claro que mucha gente vivía directamente en un vertedero. En casas que construían con los mismos desechos. Si esto os suena a cuento de hadas de un chiflado, solo os diré que él no era de los que cuentan trolas. Se comportaba como si en realidad lo de nacer y crecer en un vertedero no fuera para tanto. Tenía un montón de historias geniales sobre cómo los chavales se metían los unos con los otros, a base de trampas, bombas fétidas, etcétera. Durante sus fiestas religiosas (y hablamos de un cristianismo completamente diferente), construían estatuas gigantes de sus dioses, elefantes y demás con —atención— ¡materiales sacados del vertedero! Dioses hechos de basura, esto no hay quien se lo invente. Parecía que aquel viejo llevara toda la vida guardándose esas historias, a la espera de alguien dispuesto a escucharlas. En algún momento de su vida había existido una esposa, pero en aquel momento estoy bastante seguro de que yo era la única compañía del señor Golly. Técnicamente resultó que su nombre era señor Ghali. Lo vi escrito en los albaranes de entrega. Me quedé sorprendido, pero él me dijo que no era el primero, que todo el condado pensaba que era Golly's Market. En su opinión, dado que *golly* significaba «caramba», la confusión ya le parecía bien. Formaba parte de su estrategia publicitaria.

Cuando escuchaba aquellas historias sobre la infancia de Golly en el vertedero, a veces pensaba que debía compartirlas con la señorita Barks, pues seguro que le interesaría conocer la situación de los huérfanos extranjeros. Entonces caía en que eso ya no era posible. Ojeras volvía a ser mi asistente social, más amargada que nunca, y además furiosa con la señorita Barks por haber abandonado el barco para ir en busca de sus sueños. Ya éramos dos, e imagino que la amargura compartida hizo que decidiéramos dirigirnos la palabra lo mínimo. Llamaba a la casa una vez al mes, y como yo estaba trabajando la señora McCobb le soltaba cualquier mentira, como que estaba jugando fuera. A Ojeras ya le parecía bien, así no tenía que hablar conmigo. Para que quede claro: yo tenía once años. Ella era mi tutora legal. Y su idea de una perfecta veladora estatal era una que ni hablaba con su tutelado.

A estas alturas, los McCobb se peleaban como perro y gato. Los oía discutir en la cocina

antes incluso de despertarme, y luego, de noche en su habitación, gritaban para hacerse oír por encima de los llantos de los bebés. Pese a ello, la señora McCobb seguía soltándome, de vez en cuanto y de forma inesperada, que jamás se divorciaría del señor McCobb.

De ser cierto, sería lo único que podía descartarse en el país de se avecina un nuevo desastre. En julio, el casero amenazó con echarlos si no se ponían al día con el alquiler. Cosa que hicieron pillando de mis ganancias en Golly's. No cabía duda de que ahora sí que estaba arrimando el hombro. ¿Me lo pensaban contar? No. Me enteré por Haillie, que los oyó hablar de sacar mi dinero del cajón en el que lo guardaban. Ahí se me fue la pinza. La pobre niña acabó llorando y meándose encima al ver la mierda que había destapado. Subí corriendo a la planta de arriba, gritando que los iba a denunciar a los Servicios Sociales. ¿Cómo iba a apañármelas para no revelar las ilegalidades en las que me había metido para conseguir ese dinero que me habían cogido? Ni idea. Simplemente seguí mi instinto. Tiré al suelo algunas cosas de su dormitorio, como una lámpara. Los llantos de los bebés se dispararon como una alarma. Una escena muy desagradable. Cogí lo que quedaba de mi dinero, lo guardé en un bote de mantequilla de cacahuete y les dije que si querían que los ayudara, que al menos me lo pidieran, hostia.

Pero ¿a qué podían recurrir si no? La verdad es que, después de mi momento Hulk, me sentí más preocupado que furioso. Sin coche lo tenían crudo. Me daban su lista de la compra para que les trajera los artículos de Golly's, maldiciendo luego haber tenido que pagar el doble por una lata de alubias, etcétera. Pero no podían caminar las cinco millas que nos separaban del supermercado Food Lion. El señor McCobb iba perdiendo autoridad a marchas forzadas en aquella casa. De todas maneras, a su esposa e hijos seguía hablándoles con condescendencia. A mí, en cambio, comenzó a tratarme como a uno de sus colegas. Se pasaba las tardes vaciando una cerveza tras otra, y cuando yo regresaba reventado del trabajo, me lo encontraba en la cocina, deseoso de compartir sus mierdas conmigo. Pocas veces me pillaba de humor. Pero si trataba de irme a mi cuartucho apestoso, se venía conmigo, lo que era todavía peor. Aquel no era un lugar en el que dos tipos pudieran sentarse a hablar, para empezar, porque había ropa interior diseminada por todas partes. Que ni siquiera era mía.

Se sentía un perdedor por no ser capaz de mantener a su familia. Dijo que casi se muere por tener que coger mi dinero y que luego yo le echara la bronca delante de sus hijos. Se deshacía en disculpas y el perro levantaba la vista hacia él mostrando el blanco de los ojos, lo que me hacía sentir que debía ser yo quien pidiera perdón. Yo sabía de sobras que la vergüenza es un estercolero. Él se ponía todo blandengue y empezaba a darme consejos sobre la vida, como si fuera su hijo de verdad. Lo que, aun sin encontrarme en situación de poder escoger, no habría sido ni de lejos mi primera opción. Siempre acababa con la misma cantinela: si logras gastarte un centavo menos de lo que ingresas cada mes, serás feliz. Pero como te gastes uno de más, estarás jodido. Clavaba sus tristes y oscuros ojos en mí para descargar sobre mis hombros esta perla de sabiduría. Que básicamente el secreto de la felicidad consiste en dos centavos.

Hacia finales del verano, la opción del acicalamiento de perros llegó a un punto muerto, por lo que todo apuntaba en dirección a Ohio. Los padres de la señora McCobb llamaban por teléfono y ella ponía a los niños al aparato para que les lloraran. Papá es tan malo que no nos deja tener nada de nada, ni barbies, ni Lisa Frank, bua, bua. Dios mío, pensar en el señor McCobb teniendo que instalarse con esos suegros. Un papelón. Decidieron marcharse antes de que empezaran de nuevo las clases. Así que Ojeras debería buscarme un nuevo emplazamiento. Al menos así podría dejar de preocuparme por aquel hogar, donde el hombre

de la casa era quien dormía en el antiguo cuarto del perro.

Mi preocupación se centraba ahora en cuál sería mi nueva parada en aquella carretera hacia el infierno, con una trabajadora social que no estaba por la labor. Tuve que llamarla yo para preguntarle si me enviarían de nuevo a la granja de Creaky. Se llama Crickson, me dijo ella, y no. Se ve que los Servicios Sociales lo habían pillado cometiendo infracciones, por lo que le habían retirado la licencia de acogida. Estaban buscando a algún otro que pudiera asumir los casos difíciles. «Los niños que se resisten a un emplazamiento permanente», son las palabras que utilizó, y eso lógicamente me hizo pensar en Tommy. Él no se resistiría, sino que abrazaría con fuerza un emplazamiento permanente, para no tener que volver a dibujar un esqueleto nunca más.

Fue por esta época cuando tracé mi plan. Posiblemente peligroso, sin duda alocado. Todo cuanto os puedo decir es que me gustaría ver con qué saldríais vosotros después de vivir un tiempo en loquilandia.

Todo cuanto poseía era el tarro de dinero que escondía en mi mochila y que jamás sacaba. Cada dólar que me pagaban lo metía ahí, sumándolo a lo que fuera que me hubieran dejado los McCobb después de saldar cuentas con su casero. No había podido contar lo que tenía con exactitud. Ni de día en el trabajo, ni de noche en mi cuarto con el vigilabebés, había gozado de suficiente privacidad. Si aquellos dos me hubieran visto hacerlo, se les habrían salido los ojos de las órbitas. Pero la mayoría de los días cobraba por ocho horas de trabajo, y aquel verano había trabajado más o menos ocho semanas. Quizá menos por culpa de las juergas de Fantasma. Debería ser suficiente.

Porque ya estábamos en agosto. La señora McCobb metía en cajas todo lo que no había acabado en la casa de empeños. El señor McCobb probablemente estuviera meditando los pros y los contras de pegarse un tiro, y yo seguía sin saber dónde iba a vivir. Para Ojeras, estar trabajando en el asunto no era más que repetirme sin descanso las mismas preguntas. ¿Tenía algún amigo que pudiera acogerme si no quedaba más remedio? Ella había vuelto a tantear a los Peggot, algo que me resultó humillante. ¿Cuántas veces tenía que oírlo? No, no me querían. Sí aceptaron que fuera con ellos de visita unos días, antes de empezar el colegio, para que pasara tiempo con Matthew. Eso probablemente significara que Maggot estaba aburrido, que se paseaba todo el día arriba y abajo de la casa con sombra de ojos, volviendo loco a todo el mundo, y que sus abuelos habían pensado que tal vez yo sería una buena influencia. En mi cabeza resonó «Maldita sea, os lo dije». A Ojeras me limité a decirle: «Me lo pensaré».

El otro asunto sobre lo que me preguntaba sin descanso eran los familiares. ¿Tenía alguno? Como si no hubiéramos pasado por ello un millón de veces. Señora, léase otra vez la ficha. Mamá: huérfana, casas de acogida, ningún pariente conocido y además, muerta. Papá: vaya directamente al último punto. Y añádale «no existente», según mi certificado de nacimiento.

Pero había existido. Mamá había sido muy clara. Vale, su relato sobre el día en el que nací y lo de la vieja arpía viniendo a reclamarme era cuestionable. Pero cuanto mayor me hacía, más me decía la gente lo mucho que me parecía a él. En otras palabras, que de algún sitio había salido. De alguien.

El primer jueves de agosto, los McCobb tenían un camión de mudanzas a las puertas de casa, con destino a Ohio. Le dije a Ojeras que me iba con los Peggot. No tenía que acercarme porque ellos me recogerían. Me quedaría con ellos hasta que se hubiera solucionado lo de mi

recolocación. Aquella última mañana en el apestoso cuarto del perro apretujé todas mis cosas en mi mochila: ropa, cuadernos de dibujo, el tarro del dinero. El resto no valía nada. Le había dado a Brayley los pocos juguetes que me quedaban. Saqué el pitorro del colchón hinchable y me senté encima para vaciarle el aire. Echaría de menos a aquellos niños, especialmente a Haillie. Les había comprado unos regalos de despedida en Golly's: un caballo de plástico para Haillie y un corte de helado con sabor a chicle para Brayley. Enrollé las sábanas junto al colchón desinflado, lo metí en un cesto de la ropa y lo saqué fuera. Intenté decir adiós al matrimonio, pero discutían a gritos sobre cómo embutir un colchón *queen size* en el camión de las mudanzas. Daba igual. Haillie me dio un abrazo. Brayley se limpió los churretones de helado y me despidió con la mano desde los escalones. Fantasma se presentó en su furgoneta y ahí se acabó mi relación con los McCobb.

Aquel fue un día extraño en el trabajo. Yo no estaba muy centrado, pero no era solo yo. Hubo una mujer que se pasó media hora gritándonos por la ventanilla de su coche por si habíamos visto al cabrón de su marido, que se había largado con su cheque de ayuda a los discapacitados de la Seguridad Social. Por no hablar de la mofeta que hallamos con sus cuatro crías dentro de una bolsa de basura cerrada. Había hecho un agujero y había metido a toda la familia dentro. Estamos hablando de mofetas, ¿entendido? O sea que lo de sacarlas de allí fue todo un número. *Arma Letal III*.

Los Peggot no vinieron a recogerme al final de mi turno. Le había mentido a Ojeras, consciente de que no los llamaría para comprobarlo ni aunque le fuera la vida en ello. Luego le dije al señor Golly que no podría acudir al trabajo al día siguiente y que por favor me adelantara la paga semanal. Escogí algunas cosas y le pedí que las apuntara a la cuenta de los McCobb. Chocolatinas, palitos de queso y otras cosas fáciles de llevar. Si el señor Golly advirtió que aquellos artículos no casaban con la lista de la compra habitual de los McCobb, se lo guardó para él. Abandoné Golly's con una hora de sol todavía por delante. Me acerqué al cruce, giré hacia la Autopista 23 en dirección sur y levanté el dedo.

Probablemente no pasaron más de cinco minutos antes de que un tipo se detuviera al volante de un El Camino oxidado, esos vehículos medio coche, medio furgoneta, con dos perros llenos de barro en la parte de atrás. Interpreté aquello como una buena señal, en el sentido de que el hombre no fuera un pedófilo. ¿Por qué llevarte contigo a los perros a la escena del crimen? En cualquier caso, me subí. El tipo parecía haberse rebozado de barro en el mismo lugar que sus perros. Tenía lodo seco en las mangas de la camisa y apelmazado en el pelo. Pero ni rastro de sangre, por lo que todo bien. Le agradecí que se hubiera detenido. Me preguntó adónde me dirigía y le dije que a Tennessee.

—¿A algún lugar en concreto, colega? Tennessee es tirando a grande —me dijo, riendo.

Le contesté que a un sitio del que probablemente nunca habría oído hablar. Murder Valley.

Me dijo que tenía razón, era la primera vez que se lo mencionaban. Pero que, una vez oído aquel nombre, ya nunca podría olvidarlo. No, señor, le dije. Uno nunca lo olvida.

24

El tipo cubierto de barro resultó ser un predicador. Había estado de acampada por un lago de Kentucky y ahora regresaba a casa para asearse antes de los servicios dominicales. Estaba al cargo de una pequeña parroquia en Carter Valley, dijo. Me imaginé uno de esos sitios que veía los domingos desde el coche, enclavados en sinuosas calles traseras y de cuyas puertas salían personas en mono de trabajo y con ropa de estar por casa. Sus tratos con Dios no implicaban nada elevado o poderoso. Aquel hombre era así. Me contó que salía a pescar para despejar la cabeza. Sentarse junto a sus perros en la orilla del agua a escuchar los cantos de alabanza de las aves y las ranas lo hacían sentir muy cerca de Dios.

Me preguntó a quién pensaba visitar en Murder Valley y le dije que a mi abuela. ¿Cuánto hacía que no la veía? No queriendo mentir más de lo necesario a alguien que venía de visitar a Dios, le dije que no me acordaba. Porque, a ver, si mamá me había contado la verdad acerca de aquella señora que se había presentado el día en el que nací, ¿cómo podía acordarme?

Sí que conocía su nombre: Betsy Woodall. Pronunciar su nombre en voz alta me hacía sentir como si tuviera un superpoder, igual que aquel día que me había puesto en plan Hulk para exigir que me devolvieran mi bote del dinero. Aunque la señora bien pudiera ser una domadora de serpientes o tener la mano larga con los niños, seguía siendo familia. Uno se debe a los suyos. Por ejemplo, su hijo muerto debería haberme abonado los cheques de la Seguridad Social todos esos años. En el peor de los casos, esa señora no existiría y todo habría sido un cuento de mi madre. O tal vez si fuera real, y yo no conseguía encontrarla. Saber el lugar donde estaba enterrado mi padre no garantizaba que ella viviera en el mismo sitio. Además, podía acabar detenido por la policía, si alguien me echaba el ojo. Sabía que de esos «en el peor de los casos» había un buen puñado, no era estúpido. Ninguno se me antojaba peor que la situación en la que ya me encontraba.

El predicador me preguntó qué edad tenía y le dije que iba camino de los quince. De nuevo, no era técnicamente una mentira, uno siempre va de camino a algo hasta que llega. Compartimos su bolsa de patatas con cebolla y salsa agria y me dio muchos consejos sobre pesca, que no me importó escuchar pese a haber aprendido del mejor. El señor Peg conocía los mejores cebos para cada ocasión, estudiaba si hacía sol o estaba nublado y qué insectos estaban saliendo del huevo. La caja donde guardaba sus aparejos de pesca despertaba una fascinación infinita en cualquier niño. Los adultos, sin excepción, querían saber cómo se las ingeniaba para pescar algo cada vez que salía. Su respuesta: no mover la boca. Nunca supe si bromeaba. Yo permanecía sentado sosteniendo mi caña y estudiaba su rostro en busca de pistas. El odio que ahora sentía hacia los Peggot hacía que me doliera recordar todo aquello. Pero parecía que el predicador tenía mucho que decir acerca de si era preferible utilizar lombrices o señuelos. Carter Valley quedaba en el quinto pino, por lo que se nos hizo de noche y el predicador se desvió de su ruta para dejarme en un aparcamiento para camiones, pensando que tendría más probabilidades de éxito en un lugar donde había actividad durante toda la noche.

No se equivocaba sobre lo del bullicio nocturno. Siendo un hombre de Dios, quizá no fuera consciente de los detalles. Mientras intentaba ubicarme con todas esas extrañas luces rosadas y rodeado de mosquitos, se me acercó una señora para preguntarme si tenía harina y si

necesitaba una mamada.

No se refería a la harina que viene en bolsas de cinco libras. Eso lo pillé. Yo estaba fuera de mi elemento. El humo de los vehículos me achicharraba el cerebro como si hubiera esnifado una lata de aerosol fuerte. Y aquella vieja bruja, Dios. Esquelética y demasiado vieja para la ropa que llevaba, como si estuviera a medio vestir. Sujetador negro, camisetita interior, minifalda, clavículas puntiagudas y dos palos por piernas, todo a la vista. Le dije: «No, señora, pero gracias».

Debería haber echado a correr. Ojalá. Pero, como a cualquier niño, me habían inculcado el respeto a mis mayores y ella aún no había acabado. Me dijo que si la mimaba un poco, ella me devolvería los mimos, y además, ¿no tenía nada para ella? ¿Tal vez uno de ochenta o al menos uno de cuarenta?

Ochenta o cuarenta qué, le pregunté.

—Cariño, me muero por un poco de oxicodona —me dijo.

Esta vez no tuve que preguntar a qué se refería. Me alejé. Ella me siguió, lo que fue raro, ya que en realidad no iba a ninguna parte. Había planeado echar una meada junto a la carretera y luego buscar a alguien que me llevara, pero ni loco me iba a sacar nada delante de ella. Me dirigí hacia la tienda que había junto al aparcamiento de camiones y ella se me pegó, hablando más o menos sola. Caminaba a trompicones. Su enorme bolsa le golpeaba la cadera a cada paso. El corazón me iba a mil. Me parecía de mala educación salir pitando, pero es lo que hice. Entré corriendo por las puertas automáticas y crucé a toda prisa entre las estanterías de aperitivos y *souvenirs* hacia el cartel de los lavabos que había al fondo del establecimiento. El tipo que estaba detrás de la caja registradora imitaba el aspecto de Willie Nelson, con sus trenzas y su bandana, pero sin su actitud relajada. No me quitó ojo, como si llevara una camiseta que anunciara «fugitivo». Mi sombra desapareció en otro pasillo, pero seguía ahí. Nunca un lavabo para hombres se había parecido tanto a un refugio.

Dos camioneros charlaban frente a los urinarios, por lo que me metí en un cubículo a mear. Luego me senté en el trono con los pantalones subidos, solo para estar en un lugar tranquilo en el que poder pensar.

—Sabía que aquella mierda no era suya —dijo uno de los camioneros—. Debería haber hecho que lo detuvieran al instante.

—A estas alturas, el muy hijo de puta debe de estar en Texas. Lo sabes, ¿no?

No hablaban de mí, pero de todos modos tenía los pelos de punta. El baño olía a desinfectante y a meados, y la iluminación era digna de una pesadilla. Aquellas luces tan brillantes sobre las baldosas blancas hacían que me pitaran los oídos. Debía permanecer allí hasta que mi amiga de fuera encontrase otras aguas en las que faenar. Mientras tanto, me pareció buena idea comprobar de cuánto dinero disponía. Saqué de la mochila el bote de mantequilla de cacahuete. Antes de irrumpir en la fortaleza para recuperarlo, aquel verano había pensado en más de una ocasión en las horas y semanas de trabajo que había ido acumulando, lo que debía arrojar una cifra increíble. Muchos dólares. Obviamente, los McCobb habían sacado una parte para el alquiler, pero seguía confiando en haber reunido una cifra decente, de varios cientos. Si me presentaba en casa de mi abuela con dinero contante y sonante, vería que era una persona trabajadora y que valía para algo. No una basura.

Esperé a que los camioneros se fueran antes de abrir el bote y empezar a sacar el revoltijo de efectivo. Me pagaban sobre todo en billetes pequeños y monedas, por lo que el tarro estaba

lleno de monedas de veinticinco centavos y probablemente pesara unas cinco libras. Las manos me temblaban. Se me cayeron al suelo algunos billetes al intentar alisarlos en el regazo y agruparlos por valor. Todavía no me había puesto con las monedas.

Oí cómo se abría la puerta y alguien entraba, pero no dijo nada y yo seguí a lo mío, procurando sostenerlo todo en el regazo. Dado el ruido que hacían las monedas, dejé el bote en el suelo. Hice pilas de diez con los billetes de un dólar y conté un total de ciento nueve dólares. A continuación me puse con los de cinco y llevaba más de doscientos dólares cuando pasé a los de diez. Había un montón. Joder. Era rico.

—Eh, pelirrojo. Sal de ahí y sé bueno.

Hostia, había una mujer en el lavabo de hombres. Ella. Aguanté la respiración todo lo que pude. La oía moverse arriba y abajo.

—Veo que tienes un tarro con monedas ahí dentro. ¿Piensas comprarme un anillo de diamantes, cariñito?

Por un segundo se me nubló la vista. No moví un músculo. Luego cogí el bote del suelo.

—Era broma, bomboncito. Te chuparé esa pollita tuya gratis. ¿Qué te parece? Y luego tú y yo podemos coger ese dinero e irnos de fiesta.

Empecé a guardar los billetes en el tarro, pero unos cuantos se me cayeron al suelo y acabaron desparramados por el suelo. Lo recogí todo, metí el bote en la mochila y la cerré, procurando hacer el menor ruido posible. Me incliné para intentar mirar por debajo del cubículo, pero no vi pies por ninguna parte.

—¿Qué ocurre? ¿Estás enfadado conmigo, cariño? Tienes pinta de necesitar pasar un buen rato.

Cierto. Pero no de aquella manera. Oía sus zapatos repiquetear. No podía hacer otra cosa que quedarme inmóvil. Dios había puesto en este mundo a suficientes camioneros con ganas de mear en ese preciso momento, así que seguro que al menos uno de ellos entraría en ese lavabo y la espantaría. Pero se estaba tomando su tiempo, el muy cabrón.

Y de repente la tía me estaba mirando, la madre que me parió. Se había asomado por encima del cubículo de al lado. Pegué un brinco. En el estado en que se encontraba, necesitaría un minuto para bajar de allí, o con algo de suerte se caería de morros. Salí como un rayo del cubículo y casi había alcanzado la salida de la tienda cuando empezaron los gritos: «¡Maldito capullo enano, devuélveme mi dinero, ayuda, policía, ayuda, me han robado!».

Crucé las puertas, pero una mano me agarró de la camisa y me devolvió adentro. Era el de la caja registradora, con su mirada censuradora. Mucho más joven que Willie y más fuerte de lo que aparentaba, me lanzó contra un expositor de revistas y me preguntó dónde me pensaba que iba. Le dije que afuera. La señora era todo gritos y aspavientos mientas me acusaba de haberle robado su dinero. El empleado le preguntó si me conocía y ella le respondió que era la primera vez que me veía.

Él me miró de arriba abajo. Ella también, fijándose por primera vez en mí, lo que probablemente provocó que se llevara una sorpresa al descubrir que había estado persiguiendo a una polla de primaria.

—¿Debemos llamar a alguien, chaval? ¿O vas a devolverle su dinero a esta mujer?

—Joder. Es mi puto dinero —le dije.

—No lo creo. Y esa boca tan sucia no te está ayudando en nada —me dijo.

—Lo siento, pero es que es mío.

El tipo puso los ojos en blanco. Yo apretaba la mochila contra el pecho como si fueran todos los amigos que no tenía. Debería matarme si pensaba quedársela.

El empleado recorrió con la mirada al grupillo de clientes noctámbulos que seguían el espectáculo.

—¿Alguno de vosotros ha visto al chaval robándole a mi clienta?

Nadie abrió la boca. De golpe les llamaron la atención los aperitivos y los *souvenirs* en forma de abridores de botella que tenían más cerca. Su presunta clienta adoptaba ahora la postura de señora mayor de lo más honrada, consiguiendo simular un convincente estado de sobriedad. Entre lo ocurrido en el exterior y ahí dentro, había encontrado el momento de ponerse una bata o algo parecido a una camisa de color rosa, que le daba el aspecto de una madre con poca destreza a la hora de maquillarse. Aquel bolso enorme debía de contener todo cuanto necesitaba. Se abrochó el último botón y empezó a gimotear.

—Es el dinero para gastos que llevaba tiempo ahorrando. Lo guardaba en un tarro de mantequilla de cacahuete y este chaval me lo ha sacado del bolso.

El mismo chaval con el que hace un momento te querías ir de fiesta, pensé. Nadie de los de allí iba a creerme. Porque bajo las luces brillantes, este mundo de mierda era lo que era y nosotros éramos lo que éramos: una adulta y un niño.

—Me has estado vigilando como si fueras un maldito halcón —le dije al tipo de la caja registradora—. Me has visto entrar en el lavabo de hombres y, si tienes ojos en la cara, también la habrás visto a ella. Me ha seguido hasta ahí dentro para convencerme de que le dejara hacerme una…

—Ya basta —me cortó, levantando una mano enorme de nudillos prominentes. Sentí pánico ante la posibilidad de que me tapara la boca con ella, pues sabía cómo respondería si ocurría.

—Mirad dentro de su mochila —dijo la mujer—. A ver si está mi tarro con el dinero.

Era más alta y fuerte de lo que imaginarías para ser una puta de camioneros. ¿Cómo es que aquel tipo no la reconocía si era una habitual del lugar? Pero qué sabía yo. Quizá iba moviéndose por diferentes sitios.

—Un tarro de mantequilla de cacahuete de la marca Jif. Llena de monedas de diez y de veinticinco —dijo ella.

Joder. No podía saber lo de los billetes. Debía de haberlo visto por debajo de la puerta mientras yo contaba el dinero en mi regazo.

—Pregúntale cuánto dinero había. Si acierta, es suyo —le dije.

La mujer se puso a lloriquear.

—¡No lo sé! ¡No lo sé! Es todo el dinero suelto que llevo una eternidad ahorrando, ¿cómo voy a saber la cantidad exacta?

Los clientes empezaban a agolparse frente a la caja registradora.

—No tienes ni pizca de gracia, chaval. Devuélvele el dinero a esta señora y te dejaré marchar.

—Es mi dinero. Señor. Ha entrado en el baño, me ha visto con él y ahora está intentando engañarlo para que se lo entregue.

Intenté mantener la vista clavada en él. Cruzó los brazos y meneó la cabeza, señales todas de «aquí ya hemos acabado y estás bien jodido». Pensé en echar a correr hacia la puerta y perderme en la oscuridad. Era más rápido que cualquiera de ellos. Pero seguro que avisarían a la policía.

—¿Voy a tener que llamar a tus padres? —me preguntó.

—Buena suerte con eso —le contesté riendo.

No lo pilló.

—¿Me enseñas algún documento identificativo?

—¿Como qué? —le pregunté, y me enumeró algunas cosas como carnet de conducir, carnet escolar, nada que yo tuviera ni que jamás hubiera tenido. Me percaté de que si acaba espachurrado en la autopista nadie sabría cómo llamar a mi cadáver, ni siquiera se tomarían la molestia de averiguarlo. «Atropellado», y listo.

A esas alturas, la tienda era un polvorín, con aquella tía loca maullando y los clientes impacientándose en la cola, de modo que Willie me dio un puñetazo que me pilló totalmente por sorpresa, haciéndome doblar el cuerpo, y me cogió la mochila. Movimientos dignos de un profesional. Aún no había recuperado el aliento cuando él ya había sacado el tarro y estaba preguntando a la concurrencia mientras lo sostenía en alto: «¿Y cómo llamas a esto, pequeño capullo?». Agitándolo delante de mis narices en plan «ja, ja, te he pillado» mientras la furia me consumía y aquella mala puta repetía sin descanso «Te lo dije, te lo dije». Solo que los ojos se le iluminaron al comprobar que era más dinero de lo esperado, billetes y todo. Sus alaridos eran ensordecedores. Cantaba anticipando las buenas curdas que iba a pillarse durante una larga temporada.

Ver cómo aquel tipo le entregaba mi dinero me pareció irreal. Un corrillo de gente nos miraba y nadie salió en mi defensa. Lo único que supe hacer en ese momento fue pegar un puñetazo al aparador de revistas y enviarlo al suelo, desparramando folletos por la alfombrilla de la entrada. Empecé a gritarle a aquel tipo que era un nazi, que yo me había pasado todo un puto año trabajando para reunir ese dinero y que ahora él se lo acababa de dar a una puta mentirosa. Luego me planté delante del consumido rostro de ella y la invité a gritos a meterse una puta sobredosis.

Eso hice. Con todo el odio de mi corazón, le dije que fuera a morirse igual que había hecho mi madre. Que se fuera de fiesta y pusiera fin a su asquerosa persona detrás de un contenedor de basura.

Salí por la puerta. Se abrió y se cerró a mi paso.

El corazón me latía con tanta fuerza que podía sentirlo en los ojos. Pasé junto a los surtidores, donde los conductores repostaban gasolina entre una neblina de vapores. Pasé junto al solar donde los remolques de los camiones aguardaban ociosos y dormidos a que acabara esa noche desolada. Sombras de individuos deambulaban entre los camiones a lo suyo. Una parte de mí esperaba que alguien me viniera por detrás para decirme que aquel infierno no era real y que yo no era aquella persona. Que se trataba de un error.

Así es como abandoné Virginia, caminando por un lateral de la Autopista 26 con el pulgar extendido, rumbo a visitar a mi abuela con la misma puñetera nada que tenía la primera y última vez que nos vimos.

25

Las palabras que le había soltado a aquella furcia se volverían contra mí. Antes de que pasara otra noche, me hallaría hecho un ovillo en la oscuridad, entre un contenedor de basura y la parte trasera de una gasolinera, preguntándome si llegaría vivo a la mañana siguiente.

Cuando dejé atrás aquel agujero infernal en forma de aparcamiento para camiones, me recogió un camionero que masticaba tabaco y no tenía nada de qué hablar. En su radio sonaban Garth y Reba, que ya me parecían bien, cualquier cosa menos Willie, por favor. Lo ocurrido me había dejado exhausto, así que le dije que me dirigía a Tennessee e imagino que me quedé dormido al segundo. Error. Resultó que Tennessee se extendía a lo largo de una locura como de cuatrocientas millas. Habíamos cubierto más de la mitad cuando me desperté para ver salir el sol por detrás de los rascacielos, como si estuviéramos en una maldita película. De un edificio sobresalían unos cuernos como los de Hellboy, no bromeo.

Nashville, me dijo el conductor, y yo que pensé «Vaya putada, señor, ¿Nashville?». Así de simple. Me encontraba más lejos de Murder Valley que en ningún otro momento de mi vida.

Pero no caí de inmediato. Le pregunté si Nashville estaba cerca de Unicoi County, que era lo único que podía relacionar con la tumba de mi padre, aparte del nombre chungo de aquel valle. El conductor no estaba familiarizado con los condados de Tennessee, pero tenía un mapa, que desplegó por encima del volante. Lo estudió con calma sin dejar de avanzar a toda pastilla por la interestatal, cambiando de carril y dándole mordiscos a un bocadillo. Miedito. Al cabo de un rato, tiró la toalla y me pasó el mapa. Al final di con Unicoi y con Nashville, y le pedí si podía dejarme allí, de inmediato y por favor, pues resultaba que llevaba las últimas cinco horas yendo en sentido contrario. Me cago en la puta. Día uno de mi aventura en pos de fortuna y ya estaba en un agujero, habiendo perdido unos cien dólares y habiendo recorrido medio Tennessee.

El camionero se detuvo junto a una salida para que me bajara. Me quedé inmóvil y respiré al fin un aire que no olía a bocadillo de huevo y pedos. Los carteles indicaban que mis opciones consistían en tres marcas de gasolinera, un Taco Bell o un hospital. Era ya muy de día como para mear en público, así que fui en busca de unos lavabos. ¿Me atrevería a entrar? Me moría de hambre. Saqué una manzana de la mochila y me la comí por el camino, pensando en cómo se la había robado al señor Golly al apuntarla en la cuenta de los McCobb, y recordando a Creaky llamándonos desgraciados si no nos la comíamos entera, semillas incluidas. Un tipo interrumpió este boletín de momentos felices al grito de: «¡Ey, hermano!».

Pegué un brinco. Con la vista fija en la gasolinera Phillips 66, no había reparado en una pareja que había acampado junto a la carretera. El tipo vino hacia mí apartando los hierbajos. Llevaba el pelo sucio a lo Jesucristo y tenía unos ojos pálidos y vidriosos. Me preguntó si era su hermano y si había encontrado la salvación. La mujer que lo seguía iba con la cabeza baja y el pelo sobre los ojos, como consciente de que él estaba al mando. Por su aspecto, los dos llevaban una mala vida, sus ropas y su piel tenían el color del cuero gastado.

—Estoy tan lejos de ser salvado como se puede llegar a estar —le dije sin detenerme.

—Entonces dame cinco pavos —me gritó—. El Señor te bendecirá por ello.

—No tengo dinero —le dije sin darme la vuelta—. Imagino que el señor no guarda nada para mí.

El hombre se plantó delante de mí y me arrancó la manzana de la mano. Empezó a caminar de espaldas y a provocarme con ella.

—¡Arrepiéntete! ¡El que siembra en abundancia, en abundancia cosechará!

—Venga ya, maldita sea. ¿En serio? —dije, y me detuve—. Alguien ya me ha robado todo lo que tenía, ¿y ahora vienes tú a quitarme la mitad de mi manzana?

Aquello lo descolocó. Nos quedamos de pie a la entrada de la gasolinera. Él miró fijamente la manzana que sostenía en la mano, como si fuera a darle una solución.

—¿Quién es esta que sube del desierto, apoyada en el hombro de su amado? Bajo el manzano donde te trajo al mundo tu madre, allí desperté a tu amor.

La chica gregaria apareció a sus espaldas, clavando la mirada en mí y moviendo la cabeza en plan «deberías tener miedo, amigo, en serio».

No tuvo que decírmelo dos veces. Me alejé a toda prisa mientras el tipo y la manzana seguían debatiendo cómo proceder. Entré furtivamente en el baño de hombres y cerré de un portazo. Por suerte era de esos individuales y con pestillo que suelen estar ubicados en la parte de atrás. Olía a fosa séptica, pero no pensaba salir de ahí hasta que ese Jesús sintecho se largara. La peste me quitó el apetito, pero la sed me mataba. Bebí del grifo apestoso y me senté en la papelera para meditar sobre varios asuntos. Sobre que no tenía un centavo. Sobre el hambre que me atacaría en cuanto saliera de allí. Sobre que estaba más lejos de casa que nunca. Sobre el hecho de que si estaba escrito que debía recorrer por accidente cientos de millas, al menos podría haber ido en la otra dirección y hallarme ahora junto al océano.

Y también sobre el hecho de que estar muy lejos de casa tampoco es que sea un verdadero problema cuando ni siquiera tienes una.

Aporrearon dos veces la puerta y se largaron. Mi cerebro reptó hasta el peor lugar imaginable y anidó allí: le había deseado la muerte a alguien. Aquella mujer probablemente estaría mejor que yo en aquellos momentos, si es que Dios o quien fuera prestaba atención. Lo que probablemente fuera cierto.

Al final se acercó un tipo que hizo tintinear un manojo de llaves y gritó que no consentiría que nadie holgazaneara en sus instalaciones. De modo que salí poco a poco y miré en derredor. No había moros en la costa. Le pedí disculpas al encargado y me puse en marcha. Crucé la interestatal para colocarme en la otra rampa de acceso. Mi intención era conseguir que alguien me llevara en dirección este, pero apenas había movimiento. Pasó una ambulancia con la sirena encendida y recordé que yo había abandonado mi casa dentro de una. El último día de mi vida en el que había disfrutado de un hogar. Lo poco que uno llega a saber.

El sol estaba bien alto en el cielo y yo seguía en un recodo con el pulgar extendido, preguntándome si mi aspecto ya sería el de un sintecho. Debería haber aprovechado todo ese rato encerrado en el lavabo para cambiarme la camiseta y los calzoncillos, que llevaba desde hacía una eternidad. Los coches cruzaban por delante de mí, hombres de negocios, mamás con niños. Nadie te mira a la cara cuando te están dejando tirado. Todo el rato pensaba en la comida que llevaba en la mochila, que no tenía más y que debía guardármela. Lo siguiente que hice fue comerme las barritas de caramelo y los palitos de queso, uno a uno.

Reparé en que me encontraba en Nashville. Alucinante, teniendo en cuenta toda la gente que vivía allí: Garth Brooks, Dolly Parton, etcétera. Carrie Underwood. Una pena, porque una ciudad no es el mejor sitio cuando no tienes dinero. Lo tenía claro, aunque solo fuera la segunda que pisaba. Me acordé de los individuos a los que había visto por las calles de

Knoxville, con sus ojos de cordero degollado y sus tristes carteles que rezaban: «¡Ayúdenme, por favor!», «Tengo hambre», «Veterano minusválido». O el nombre del lugar al que querían ir para abandonar ese infierno cuanto antes. Bingo. Saqué mi cuaderno y dibujé un cartel chulísimo a todo color: «UNICOI».

Una puta pasada. El siguiente coche se detuvo a mi lado, un Volkswagen amarillo, no un Escarabajo, sino uno de esos sedanes deportivos con elevalunas eléctricos. La conductora bajó la ventanilla del copiloto y dijo: «¡Adentro!». Eso hice. Al fin iba en la dirección correcta.

A aquella chica no le faltaba conversación. El primer tema que sacó fue su pasión por los unicornios, igual que yo, menuda locura, ¿no? No tenía ni idea de qué decirle, pues en realidad yo no era un fan de los unicornios, pero tampoco hacía falta que yo interviniera. Me quedé mirando por la ventana cómo íbamos dejando atrás millas y más millas, mientras ella repasaba su lista de artículos favoritos relacionados con los unicornios, que a mí me entraban por una oreja y me salían por la otra. Edredón, chubasquero. No dejaba de pensar en qué edad tendría. Debía de ser más o menos como la señorita Barks, en parte por lo de conducir, en parte porque la camisetita que llevaba le dejaba al aire la parte inferior de la barriga y bastante más. También por su pintauñas con purpurina y su flequillo decorado con esas horquillas de mariposa que hacen que parezca que lleves bichos enganchados en el pelo. Muy a la par con Haillie McCobb, una niña de segundo de primaria.

Al final pasó al tema de las series de televisión, y su favorita era *Sabrina, cosas de brujas*. Le conté que yo era más de cómics que de tele. Puede que fuera lo primero que salía de mi boca desde que me había subido, unas cien millas atrás, a lo que ella respondió con un «No fastidies». Una expresión que descubriría que utilizaba mucho. Si le hubiera contado que había liquidado a una anciana y arrojado su cadáver a un contenedor, estoy convencido de que aquella chica me habría dicho «¡No fastidies!». Iba dándole sorbos a un termo gigante con café y conducía descalza para no dormirse. Sobre el salpicadero reposaban unas sandalias rojas con unas plataformas gigantes de madera. Todo aquello era nuevo para mí, que había salido al encuentro del mundo. Llevaba toda la noche conduciendo desde Memphis y se dirigía a Knoxville a ver a su novio, que era clavadito al personaje de Paul en *Loco por ti*, pero más joven. Un cerebrito, pero encantador.

Knoxville, maldita sea. Probablemente Emmy ya se habría mudado. Yo pronto llegaría a Knoxville y ella estaría en Lee County, mientras quien estuviera a los mandos del universo se estaría partiendo el culo.

Yo seguía con el cartel de UNICOI sobre el regazo y de golpe entendí que ella lo había leído mal, ¡claro! Unicornios. Las tres horas que llevábamos juntos dentro del coche habían sido un error. Empezamos a cruzarnos con señales de las millas que iban quedando para llegar a Knoxville, una cuenta atrás hasta ver cómo acababa de nuevo arrojado a una cuneta, como el chucho callejero que era: nadie me quería, pero estaba vivito y coleando. De hambriento había pasado a demencialmente hambriento, y me pregunté si tendría algo en la mochila que poder venderle a aquella chica. Si algo había aprendido de la señora McCobb es que la gente es capaz de comprar cualquier locura. Tenía mis rotuladores, pero no pensaba desprenderme del mejor regalo que me habían hecho en toda mi vida. Me pregunté si la tía June se acordaría siquiera.

La conductora descalza me preguntó dónde quería que me dejara y le dije que en cualquier sitio excepto en un aparcamiento para camiones. Y eso fue todo, una salida señalizada como Love Creek. Un último «¡No fastidies!» y hasta la vista.

El cielo estaba oscuro y nublado. Me sentía demasiado agotado para quedarme plantado en la cuneta y ver cómo me ignoraban, y demasiado hambriento para pensar. Dejé a un lado la interestatal y bajé caminado por Love Creek Road porque, qué cojones, nunca se sabe. Empezó a llover y corrí hacia un minicolmado parecido a Golly's. Las luces estaban encendidas y había un viejo detrás del mostrador, dispuesto a pasar una noche tranquila. Nunca sabría que había estado allí. Rodeé el edificio y me refugié entre un muro y un contenedor, a resguardo de la lluvia. Luego escarbé dentro de mi mochila como un animal. Me comí los últimos palitos de queso que me quedaban, robados al señor Golly.

Aquel hombre era de lo que no hay. Nada le gustaba más que darnos comida y ver cómo nos la comíamos. Entregaba con toda ceremonia las empanadillas fritas o el perrito caliente de maíz al cliente de turno, y tenía colgado un cartel en el que se invitaba a la gente a comer en el local. Su infancia tenía la culpa. Y aquí viene un rollo raro de la hostia. Me contó que a sus padres, hermanas y todos sus amigos del vertedero se los llamaba intocables. Eso significaba que si tocaban algo de comida o lo que fuera, aquello quedaba como maldito. La gente normal ya no quería saber nada de ello. Ni de sus cuerpos, no podían estrechar manos. Si ¡su sombra! tocaba a una persona de clase alta, llamaban a la policía para que les dieran una buena tunda. Me dijo que se referían a estas personas con un nombre que sonaba a «muñequita»[26].

Yo estaba seguro de que ahí debía de haber alguna trampa. ¿Y si ayudabas a alguien a levantarse del suelo después de haberse caído? No, preferían ser atropellados a que los tocaras. ¿Y si querías regalarles algo? Tampoco. ¿Y qué pasaba con el dinero, por ejemplo, a la hora de comprar algo en una tienda? Me contó que tenían que dejar el dinero encima del mostrador y que, una vez que se habían marchado, rezaban algo para limpiarlo. La mejor travesura que les gustaba hacer a él y a sus amigos era acercarse a un vendedor ambulante de comida y empezar a toquetearla toda para obligarlo a tirarla. Si permanecían escondidos el tiempo suficiente, y conseguían que no los mataran primero, regresaban para comérsela.

Obviamente todo aquello había ocurrido hacía millones de años, pero, incluso después de tanto tiempo, era evidente el placer que sentía al ofrecer comida a la gente. Si la persona más importante del mundo entrara en su tienda, pongamos el gobernador de Virginia o Dale Earnhardt, el señor Golly podía darles un perrito caliente de maíz y se lo comerían. Confesó que le hacía sentir como si llevara a cabo un truco de magia, y que jamás se acostumbraría a lo amables que eran los estadounidenses con el prójimo.

Sí, eso parece, le dije. Pero tenía mis dudas. A muchas personas no las toca nadie en toda su vida. Ni siquiera les chocan la mano después de una canasta. Lo sé bien. Niños pequeños corriendo arriba y abajo al grito de «Piojos», aunque no sea verdad.

Si en Estados Unidos tuviéramos una palabra para llamar a esas personas, seguro que la usaríamos.

Aquella noche no morí tras ese contenedor. Necesité todo el día siguiente y tres trayectos más para llegar al condado de Unicoi. Primero, otro camionero que no paró de hablar por la radio. Me dejó en el cruce con la 26, el punto desde el que el día antes había partido en la dirección contraria. Luego un chaval de lo más cretino al volante de una camioneta más vieja que él. Cara rosácea, pecho como un bloque de cemento. No paró de proponerme que fuéramos en busca de mujeres. Yo le dije que no, gracias, pero él seguía. Había jurado no volver con putas desde que aquella zorra se llevó todo mi dinero, le conté. Empezó a golpear el volante sin parar de

reír.

Trayecto número tres: un Caddy Deville. Tanto el vehículo como su dueño eran de ese color marrón oscuro al que llaman ante. Otro predicador. Traje y corbata minúscula, corte de pelo impecable, ni joven ni viejo. Un coche sin duda antiguo. Él gastaba aires de que probablemente todo lo que hubieras visto él ya lo había visto antes. Me preguntó qué problema tenía y le dije: once años y sin un centavo, huyendo de nadie a quien le importe un comino, seguramente a la espera de más de lo mismo. Mientras yo desembuchaba, él mantenía los ojos en la carretera, asintiendo con la cabeza y atusándose el pelo. Las peleas con Stoner, la muerte de mamá, la granja de Creaky y así hasta dos noches antes, cuando había deseado la muerte a una prostituta yonqui por robarme mi dinero. Él me escuchaba con atención y de vez en tanto se frotaba la parte posterior de la cabeza, como si con ese gesto pudiera barrer las lágrimas del cielo que caían sobre nosotros.

Había oído hablar de Murder Valley. Me dijo que en sus viajes cubría buena parte de aquella zona. Yo lo creí. Si hubiera estado a cargo de mi iglesia, habría contado con mi asistencia. Nunca me dio la brasa con lo de Jesús y todo eso. Su único consejo fue que me anduviera con cuidado por Unicoi, porque ahí había gente tan malvada que era capaz de ahorcar a un elefante. Le dije que de acuerdo, pensando que aquella era una expresión propia de su lugar de procedencia. Pero no. Resultó que una vez condenaron a muerte a un elefante. Me animó a comprobarlo la próxima vez que entrara en una biblioteca, pero que procurara no mirar las fotos, ya que la imagen de un elefante colgando de una soga era difícil de olvidar. El elefante había huido de un circo, harto de los maltratos de su domador borracho, lo que hizo que me identificara con él. En el transcurso de su estampida había pisoteado a uno del pueblo por accidente, y los lugareños juraron que no descansarían hasta que se hiciera justicia. Dios mío. Imaginaos el tamaño de la soga. Más todo lo demás que debieron construir para sostenerla.

La moraleja de aquella historia era que uno nunca sabe cuánto dolor anida en el corazón de la gente y qué está dispuesta a hacer si se dan determinadas circunstancias. Pensé en Mariah Peggot rajándole la cara a Romeo Blevins con su cuchillo. El predicador me dijo que, hasta donde él sabía, ese tipo de dolor tan grande era el principal motivo de que el mundo necesitara más plegarias, y que contara con que él rezaría por mí. Luego me dio un dólar.

Me bajé en un cruce de caminos desierto y me entristeció ver alejarse el Caddy, dejándome una sensación rara para la que no encontré palabras. Ojalá hubiera habido allí algún minisupermercado donde comprar cualquier cosa que llevarme a la boca por valor de un dólar. Estoy convencido de que dio un rodeo para dejarme allí, en una carreterita que aseguró que conducía en línea recta hasta Murder Valley. De lo que no dudé es de que desembocaría en un cementerio, ya que no se veía un alma en ninguna dirección. Caminé del mediodía a la tarde hasta que los zapatos empezaron a romperse y me salieron ampollas en ambos pies. Encontré una bolsa para el pan en una cuneta y la até alrededor de una de mis zapatillas deportivas de Walmart para evitar que se desprendiera la suela. Dejé atrás granjas con furgonetas a la entrada pero nadie en el exterior, excepto algún niño dando vueltas como un loco encima de un *quad*. No sabía qué día era, quizá sábado, si los niños no tenían colegio. Dejé atrás plantaciones de tabaco en flor e intenté sentirme feliz por no ser yo quien tuviera que cortarlo. Un granjero me llevó unas millas en la parte trasera de su camioneta antes de dar media vuelta. El hecho de que condujera a paso de tortuga me recordó al señor Peg, pero no me importó tomarme un descanso.

Aquella noche dormí en un granero. Habían recolectado el heno, por lo que pude subirme a una pila de balas donde nadie podría verme ni dispararme en caso de encontrarme. Estaba muerto de cansancio y me dormí pensando en cómo Tommy se acurrucaba entre el heno para dibujar esqueletos. Mi estómago estaba demasiado vacío para abandonarme por completo. Me desperté tres o cuatro veces hablándole a Tommy u oyéndolo dirigirse a mí. Todo se mezclaba en mi cabeza en medio de la más absoluta oscuridad para hacerme creer que estaba otra vez en la granja de Creaky.

Al día siguiente no me cupo duda de que era domingo. Lo supe al ver a todo el mundo salir de sus casas con sus mejores galas, camino de la iglesia. Los niños bien limpitos y sin un botón por abrochar en los asientos traseros de los coches. Algunas familias se ofrecieron a llevarme, pero pude ver la expresión de sus rostros cuando se acercaron para descubrir mi aspecto harapiento y el heno en mi pelo. Les dije que podía ir a pie y les pregunté a cuánta distancia quedaba Murder Valley. Resultó que ya estaba en él. Era un valle. Granjas. Y varios cementerios, por descontado. El primero con el que me topé era pequeño y se ubicaba en la parte trasera de una iglesia blanca y modesta. Lo peiné de un extremo al otro, pero no había ningún Woodall. Todos los reunidos allí habían muerto en otra época, en los años 50 o antes.

Me senté entre las tumbas a escuchar los cánticos que salían de la iglesia. Aquellas personas sonaban muy agradecidas de tener a alguien que velara por ellas, de no estar nunca solas, convencidísimas de la veracidad de aquella promesa. Habría dado un ojo por ser una de ellas.

Debí de preguntar a una docena de personas si conocían a alguna Betsy Woodall. Me pareció buena idea hacerlo. Si en Lee County buscabas a alguien por su nombre, seguro que al tercer intento dabas con un primo o un ex. No era así en Murder Valley. Algunos se me sacaron de encima y otros marearon la perdiz. Un tipo me echó a gritos de una cafetería pensando que mendigaba. Había un pueblo con algunas tiendas abiertas y muchas más cerradas, directamente tapiadas con tablas. No creo que recibieran la visita de muchos extranjeros. Pero no me quedaban fuerzas para ir más lejos, por lo que seguí preguntando. Incluso aunque me trataran como un apestado.

«Tengo un punzón de madera en mi caja de herramientas», me dijo un graciosillo[27]. Otro me dijo que claro que conocía a esa señora, que la última vez la había visto montada en una escoba. Esto ocurrió en la entrada de la tienda de comestibles y ferretería que, aun estando cerrada por ser domingo, había reunido a algunos tipos junto a su muelle de carga. El del chiste de la bruja estaba transportando balas de heno de la parte trasera de una camioneta a otra, bajo la atenta mirada de unos tíos vestidos con monos de trabajo que pasaban el rato. Todos rieron. Uno de ellos se animó a decir algo.

—Creo que a un chaval de este tamaño ella lo clavaría en un espetón y lo asaría para cenar.

Yo ya me alejaba de ellos, pero oír aquello hizo que me diera la vuelta. Parecían estar refiriéndose a alguien a quien conocieran, por mucho que no fuera alguien con quien desearan cruzarte.

—¿Estáis diciendo que es real? ¿En plan, un ser humano?

Se cruzaron las miradas y luego las posaron en mí. Con recelo. Varias palomas se alineaban en un cable que quedaba por encima de nosotros y me sentí como si también me estuvieran observando.

—Es real, *síseñor*, aunque lo de ser humano está por ver —dijo el tipo que estaba

encaramado a la plataforma de la camioneta.

Todos, menos las palomas, se echaron a reír.

—¿Dónde puedo encontrarla? —les pregunté.

Nadie dijo nada. Me llegó el olor a heno y sudor. Todos permanecían a la expectativa.

—En el fondo del lago Watauga, con algo de suerte —dijo uno al final, riéndose. Pero el resto no rio. Era un tipo joven, larguirucho y con un acné que daba pena mirar.

—No deberías faltarle al respeto a una señora. ¿Y si resulta que es de mi familia?

Las mandíbulas cesaron de golpe de mascar tabaco. Maldita sea. Todos aquellos hombres con las manos enfundadas en las pecheras de sus monos de trabajo me miraban como a un pez extraño asomando desde un anzuelo.

—Tu cabello pelirrojo me hace sospechar que estás diciendo la verdad —dijo un hombre mayor.

Pero, según mamá, ella no tenía el cabello pelirrojo.

—¿Qué quiere decir?

Ahora todos los ojos estaban clavados en él. Dos tipos que no querían tener nada que ver con el asunto se dirigieron a sus camionetas. Uno de ellos le dijo: «Vamos, Slim, dale al chico lo que busca». Y Slim,[28] un tipo gordo, le dijo: «A ver, que luego nadie me venga diciendo que he hecho lo que no debía». Esto provocó un intercambio de opiniones entre el resto acerca de si entregarme como alimento a un caníbal, hasta que sentí que la cabeza me iba a explotar.

—¡Podéis iros todos a la mierda! —les grité.

Aquello funcionó. Me dieron indicaciones. Todo al mismo tiempo: gira a la izquierda a la altura de lo que antes era la tienda de muebles, y que también fue un colegio, toma la carretera llamada Janet Lane o la vieja carretera del burro. Solo se pusieron de acuerdo en que llegaría frente a una casa de dos plantas de color amarillo. Los dejé discutiendo al respecto. Cubrí la última milla lo más rápido que pude, con las ampollas martirizándome.

No había señal alguna en la carretera, pero sí una casa amarilla, aislada y alta, situada sobre una colina, como si no quisiera compañía. El edificio estaba muy bien conservado, con ventanas grandes, el patio rebosante de flores y una verja rodeándolo, con una cancela de alambre que no me atreví a abrir. Iba tan sucio que era capaz de ahuyentar a los pájaros del patio. Contemplar todos esos colores y el zumbido de las abejas me mareó un poco. Tampoco ayudó que apenas hubiera comido en las últimas horas. Por alguna razón no vi a la mujer que arrancaba malas hierbas hasta que se incorporó llevándose una mano a la espalda. Ostras. Posiblemente era la mujer más alta que había visto en mi vida y con un tono de piel tan oscuro como una tira de tabaco. Rasgos duros. Todo apuntaba a que los tipos del muelle de carga tenían razón. Llevaba puesto un sombrero de hombre y una falda ancha. Sus piernas, hinchadas y enfundadas en unas medias, hacían pensar en bolsas repletas de nueces. Si no se hubiese movido, podría haberla tomado por un espantapájaros.

Me vio y levantó la pala que llevaba en la mano como si fuera a arrojármela.

—¡Largo!

Yo me quedé paralizado.

—He dicho que te vayas. ¡No queremos chicos aquí! —gritó, cortando el aire con su arma.

Si abrí la cancela y di un paso hacia ella, lo que efectivamente hice, no tuvo nada que ver con ser valiente. Es que no tenía otra opción.

—Lo siento, soy tu nieto —le dije.

Bajó la pala. Llevaba unas gafas de sol muy grandes, propias de la gente mayor. Se las quitó y debajo aparecieron otro par de gafas gruesas que hacían que sus ojos parecieran unos pececillos nadando. Verdes como los míos, lechosos, sorprendidos. Se quedó plantada repasándome de arriba abajo, desde mis zapatos destrozados hasta mi enmarañado cabello pelirrojo. Con especial atención a esto último.

—Ay, Jesús —dijo, y se sentó en el suelo.

26

Mi abuela no quería saber nada del género masculino. «Nada que mee de pie», es como lo expresó. Malas noticias para mí.

Su salón olía a tabaco rancio y a gente mayor. Nunca había visto tantos muebles viejos en una sola habitación. Los sillones tenían patas de madera en forma de garras de animal y cordones entre los reposabrazos para que no se estropearan. Por idéntico motivo, desplegó un mantel sobre el sofá antes de que me sentara. Acercó una silla y me escudriñó mientras se daba aire con uno de esos abanicos de las funerarias que tienen un palito por mango. Hacía un calor infernal y había adornos y cachivaches por todos lados. Varios relojes antiguos sobre la repisa de la chimenea. Aquella señora sabría bien si le estabas haciendo perder el tiempo.

—¿Qué vamos a hacer contigo? —se preguntaba sin descanso. Como si yo lo supiera.

Su voz era hombruna, con ese tono grave que adquieren los fumadores tras ventilarse su paquete número cien millones. Pero también era lo que decía y cómo lo decía. Como si le importara una mierda si estabas de acuerdo o no. Al cabo de un rato, se levantó y me dejó ahí, sudando como un cerdo y sin atreverme a moverme. Volvió con un plato de bocadillos y me vio devorarlos. No fue una visión agradable.

Tenía preguntas que hacerme. La primera, si alguien me había dicho que era clavadito a mi padre. Le dije que sí, que la gente usaba conmigo el mismo mote que con él, «Copperhead» o «Cabeza de Cobre». Meneó la cabeza como queriendo decir «No, señor, no empecemos con eso». Quizá tuviera malos recuerdos con el tema de las serpientes. Me dijo que casi le da un ataque al corazón al verme aparecer en el patio.

—Ha sido como si mi hijo hubiera vuelto de entre los muertos, eso es lo que pensé. En forma de niño en vez de hombre, para ganarse de nuevo mi favor. Pero no iba a funcionar. Los niños no son más que hombres que aún no han aprendido a apuntar bien.

Me pregunté si se refería al modo en el que meábamos, lo que me pareció un tema peliagudo. Le dije que lo sentía y le pregunté qué había hecho mi padre para ponerla tan furiosa.

—Por Dios, chaval. No acabaría en lo que me queda de vida.

Le dije que esperaba que no lo utilizara en mi contra. Y también que mamá hablaba maravillas de él, por lo que quizá se había enmendado un poco al final de sus días. Quise preguntarle si era verdad lo de que había visitado a mamá y me había encontrado llegando al mundo.

Pero ella iba a lo suyo.

—La iglesia fue su perdición. Le hizo ir por el mal camino —dijo.

Era la primera vez que oía aquello. Me sorprendió, sobre todo viniendo de una persona mayor. Por supuesto que ella conocía la historia de la serpiente, pero me aseguró que era más complicado que eso. Me habló de hombres queriendo volver al Viejo Testamento, coleccionando jóvenes vírgenes y utilizando a sus hijas como esclavas.

—Conocí a algunos que habrían acumulado más esposas que Jacob, de haber sabido que se saldrían con la suya.

—¿Jacob tenía más de una? —le pregunté.

Sostenía entre las manos un plato vacío que llevaba estampada una fotografía de Abraham

Lincoln. ¿Cómo habría llegado hasta ahí? Tuve que resistir la tentación de lamer de su rostro las últimas migas.

—Dos esposas y dos concubinas. ¿No conoces las Escrituras?

Me pareció una pregunta trampa. Le conté la verdad, que mamá le había dado la espalda a todo eso. Y que, hasta donde yo sabía, su hijo tampoco era un amante de la iglesia cuando llegó a Lee County. Mamá no habría tolerado nada parecido en un novio suyo.

—No lo conociste. Él murió en julio y tú no naciste hasta el otoño —me dijo.

Me inquietó que supiera todo eso.

—También lo volvían loco los coches. Era como una enfermedad. Un coche es capaz de matar a un hombre más rápido que una serpiente. No he conducido una de esas máquinas asesinas desde 1961, ni he tenido una.

Demasiada información que procesar. Primero, que a mi padre le chiflaban los coches, una fiebre compartida. Yo siempre había sido de ese tipo de chavales que se tiran la hora entera del patio con los ojos en la carretera, viendo pasar por delante esas moles de metal rugiente, mientras los otros chicos gritan: «Hala, ¿era eso un Continental con puertas suicidas?».

En segundo lugar, ¿desde 1961? ¿Cómo podía una persona moderna no tener coche?

Me explicó que le traían la compra a casa y que iba caminando al pueblo si le faltaba algo. O que una de sus chicas la acercaba en su coche, o le hacía el recado. Había criado y educado a once chicas en total, algunas ya eran unas adolescentes díscolas cuando llegaron, pero otras no eran más que unos bebés. De modo que era como una madre de acogida. Sin embargo, lo hacía por gusto, sin cheques de por medio ni nada. Era muy crítica con el modo en el que a veces la fastidiaban los de los Servicios Sociales. Amén a eso, le dije.

Resultó que la historia demencial de mamá era cierta. Betsy Woodall fue a verla. Todos los tormentos del infierno que en teoría le había lanzado a la cara no existieron, delirios de mamá. Pero sí la propuesta de llevarme con ella. ¿Mamá había estado de acuerdo? ¿De haber nacido niña habría crecido en aquella casa, comiendo bocadillos en sillones con patas de animal? Mi cerebro estaba a punto de estallar.

Pedí ir al lavabo y me enseñó lo que llamaba su «servicio», aunque por suerte tenía un váter. Uno peculiar, eso sí, pues necesité un minuto para entender para qué servía esa cadena colgante. No se quedó a comprobar si lo hacía sentado o de pie.

En general fue una tarde bastante terrorífica. Me preguntó si había huido de alguien a quien necesitara llamar. Le dije que la verdad era que no. Pero ella insistió, no quería acabar con la policía en la puerta, por lo que le dije quién necesitaba saber que yo seguía vivo y que estaba con un familiar. Después de hacer la llamada, me preguntó cómo diablos me había dado por ir a buscarla.

Le conté mi penosa historia. No quería oír a aquella señora repetir una y otra vez eso de «te lo dije» refiriéndose a mamá, porque tampoco era que ella hubiera arrojado la toalla a las primeras de cambio, de modo que le expliqué que mi vida había sido genial y todo eso hasta que mamá se juntó con un tipo que creía en el poder educativo de sus puños y que a ella la maltrató y le lavó el cerebro hasta el día de su muerte. Luego llegó lo de la acogida con un viejo a los mandos de una granja esclavista de niños. La señora no dejaba de mirarme en plan «te lo dije», así que probé con un enfoque diferente al de «los hombres son Satán». Siendo sincero, ni la señora McCobb ni Ojeras habían sido un encanto. Por no hablar de la señorita Barks, que me había dejado tirado por un aumento de sueldo. Y no cabía duda de que la prostituta del

aparcamiento de camiones había sido una mala pieza, pero mejor no entrar en eso. Acabé mi relato asegurando que era una persona trabajadora y que había ganado dinero para demostrarlo, aunque me lo habían robado.

—Pobre chica —fue todo cuanto ella dijo tras haberme escuchado.

Espera, ¿qué? ¿No pobre de mí? No se refería a la ladrona, de la que yo no le había contado que era una puta. Se refería a mamá. Yo seguía enfadado con mamá por morirse y dejarme solo, de modo que aún no estaba preparado para ponerme de su lado. Pero aquella señora parecía furiosa con su hijo por haber dejado sola a mi madre al morirse, lo que dijo que era una bajeza al haber un bebé al que cuidar de por medio. Me pregunté si mamá se habría sentido igual y si habría borrado su nombre del certificado de nacimiento para quedar en paz. No cabía duda de que mamá había quedado muy afectada por el accidente que se lo llevó, y del que nunca me quiso hablar. Quizás aquella mujer tuviera las respuestas, pero de repente me pareció triste y agotada, vacía por completo, sin fuerzas. Nos quedamos escuchando el tictac de los relojes. Se sacó del bolsillo un reloj de oro, que también era de hombre, bien grande y redondo; lo miró, le dio cuerda, se lo frotó contra una manga y volvió a guardárselo. Un gato gris se escabulló de debajo de una cómoda y me lanzó una mirada desafiante antes de pegarse a la pared y salir a toda prisa por la puerta.

Entonces, de repente, ella se levantó y dijo que era hora de sacar al pajarito.

Dios mío. ¿Mi pajarito? ¿Para demostrar que no podía adoptarme?

No dijo nada más, salió y me dejó con Abraham Lincoln en el regazo. Al cabo de unos minutos regresó empujando una silla de ruedas en la que iba sentado un hombrecito.

De acuerdo. Pajarito Dick.

Tenía el tamaño de un chaval, pero era tan viejo y de pelo tan blanco como ella. Compartían rasgos *melungeon*, los ojos claros y la piel muy oscura. Esa debía de ser mi gente. Pero todo lo que ella tenía de alta y robusta, él lo tenía de pequeño, encorvado y con huesos de pichón. Casi dolía mirarlo, con los dos piececillos apuntando hacia el mismo lado e incapaces de llegar siquiera a los reposapiés. Los hombros torcidos en una dirección y la cabeza mirando en sentido contrario. Eso sí, mi abuela y él tenían exactamente los mismos ojos, del color de las algas de un estanque, los de ella detrás de unas gafas gruesas y los de él sin filtros, y mirándome como lo haría un niño. Me quedé quieto, dejando que esos cuatro ojos verdes se posaran por todo mi cuerpo.

—Este es tu sobrino nieto. El hijo de Damon —le dijo.

Él abrió los ojos y yo probablemente siguiera su ejemplo. Acababa de enterarme de que llevaba el nombre de mi padre. El hombrecito abrió la boca. Pareció que se reía, pero de ella no salió una sola palabra.

—Un chaval. No hay mucho que podamos hacer al respecto, ¿verdad? —le dijo ella.

La cabeza de Pajarito Dick se ladeó a su torcida manera, dándole la razón, pero me dedicó una mirada con algo parecido a la complicidad. Casi como «estamos en el mismo barco, amigo».

—¿Qué podemos hacer con él? —le preguntó ella.

De nuevo la risa silenciosa y la cabeza asintiendo. Entrecerró los ojos y movió la boca hasta conseguir emitir sonidos. Lo que dijo sonó algo así como «bañieriiaaa».

Ella asintió.

—De acuerdo. Buena idea. Le prepararé un baño. ¿Y luego qué?

Pajarito Dick me miró fijamente, como si fuera un libro abierto. Quise apartar la mirada, pero no me lo permitió. Luego recorrió con sus ojos el resto de mi persona, como si también le resultara legible. Los sitios en los que había estado, las malditas cosas que había perdido, toda la vergüenza y el patetismo que contenía. Pareció interesarle, especialmente el zapato que llevaba envuelto con la bolsa para el pan. Volvió a la carga con los movimientos de boca y cabeza, como si tirara de la polea de un pozo para arrancar sonidos del fondo del mismo.

—*Nooollezaaapaoos*.

—Por el amor de Dios, Pete. Claro que lleva. Le preguntaré a Jane Ellen si puede conseguirle unos de su número. Menuda vista la tuya, hermanito.

Me condujo escaleras arriba hasta un lavabo con una bañera. Sí. Menuda putada. Nada de ducha, y no hablamos de una bañera de tamaño medio, se podía hervir a un cerdo dentro de ella. Me enseñó a abrir los grifos y me animó a que me pusiera en remojo durante un buen rato mientras la tal Jane Ellen me encontraba algo que me pudiera poner. Se ve que tenía hermanos de todas las edades. Me senté en el váter y pensé en la Bañera del Diablo que había matado a mi padre, un relato silenciado que llevaba grabado a fuego en el cerebro desde que tenía uso de razón. No sabía qué aspecto tenía y nunca lo sabría, pero seguramente no se parecía en nada a ese alargado bol de porcelana china. Me lo quedé mirando y pensando: «Muy bien, o tú o yo».

Al final concluí que probablemente saldría vivo y que me sentaría bien ese remojón, teniendo en cuenta la de mierda que necesitaba sacarme de encima. Abrí el grifo, contuve la respiración y metí el culo en el agua más profunda en la que había estado nunca. Me quedé ahí sentado, desnudo y no muerto, dejando que un contenedor lleno de información nueva penetrara en mi cerebro. Esa vida entera sin haber tenido a nadie, inventándome a una abuela, arrinconado por sistema mientras las familias se cuidaban entre sí: todo aquello había sido una mentira. Sí que tenía una familia. Era mucha tela que procesar de golpe. No tenía ni idea de lo que vendría a continuación. Puede que no obtuviese ninguna recompensa por todos mis desvelos a excepción de unos zapatos usados, pero algo es algo. Llevaba el nombre de mi padre. Me parecía a aquellas personas. Y tenían dinero, o eso parecía. Quiero decir, menuda casa. Salones y servicios, en la planta superior e inferior, todas las habitaciones amuebladas. Sillones con puñeteras patas de animal. La bañera en la que estaba sentado tenía unas patas en forma de garras de pájaro que daban miedo. No os miento. Si el demonio tenía una bañera, era como esta.

Alguien había colocado tanta ropa encima de la cama que me sentí como en una tienda. Me puse la más normalita que me quedaba bien, y al bajar me encontré con una cena espléndida que habían preparado mi abuela y la tal Jane Ellen. Esta era una chica gruesa y con el pelo largo, rizado y oscuro. Cuando se reía, lo que ocurría cada vez que la mirabas, su lengua asomaba por una separación que tenía entre los dientes delanteros. Había una bestialidad de comida. Me dispuse a comer hasta reventar e irme feliz al otro barrio.

Jane Ellen era la decimoprimera chica en ser cuidada y educada por mi abuela. Iba al instituto, trabajaba media jornada en la consulta de un médico y llevaba viviendo en esa casa desde los ocho años. Nadie mencionó dónde había estado antes, todo un misterio, dado que tenía hermanos desperdigados por la zona, dueños de ropa que podían compartir. No era una huérfana pura como yo. Se comportaba como si vivir con mi abuela fuera el paraíso en la tierra. Ambas trataban a Pajarito Dick como a una mascota, preguntándole la opinión sobre las cosas

e inclinándose para limpiarle la mejilla. La cena consistió en pollo con boniato y judías verdes. A él le trajeron una especie de batido verde en un vaso grande con pajita, porque tenía problemas para tragar.

—¿Bendices la mesa? —me preguntó mi abuela antes de empezar a comer. No supe cómo salir del atolladero. Me quedé paralizado. Un trozo de pollo ensartado en el tenedor, el corazón en la garganta.

—¡Nosotros no lo hacemos! —dijo con su voz rasposa. Jane Ellen y Pajarito Dick se rieron y todos empezamos a comer. Me hizo más preguntas, como los motivos que habían llevado a mamá a juntarse con una manzana podrida tras la muerte de mi padre. Se me ocurrieron unas cuantas respuestas, la primera de ellas era que mi madre tenía el cerebro lleno de serrín, pero las buenas formas me llevaron a decir que imaginaba que había sido la soledad.

—¡Soledad! No hay mayor soledad que acabar encadenada a un maltratador en la casa del terror.

Mi abuela miró a Jane Ellen, quien por una vez no se rio. Entendí que ambas habían pasado una temporada en alguna casa del terror. Mi abuela con aquel marido con mano para las serpientes, y Jane Ellen vete tú a saber. Quise decirle que no solo las chicas acababan encerradas entre cuatro paredes y con odio y puñetazos para desayunar, que eso le podía ocurrir a cualquiera. El odio se presenta, coloca su alfombrilla a la entrada de tu casa y ahí te las compongas. Pero mantuve la boca cerrada. Es más seguro saber más de los otros que ellos de ti.

Después de la cena, la abuela y Pajarito Dick se pusieron a fumar. Las piernas y el resto del cuerpo de él no eran gran cosa, pero tenía unas manos magníficas, pequeñas, limpias y de uñas redondeadas. Sostenía el cigarrillo como si este fuera un ave blanca posada en su mano, cuyo trino adquiriera la forma de preciosas volutas de humo azulado. Intenté no quedármelo mirando. El hermano parecía más la hermana, y al revés.

Aquella noche dormí en la misma habitación en la que me había cambiado, que ya habían recogido y preparado para que pudiera acostarme. La cama tenía grandes postes de madera en sus cuatro esquinas, no sé por qué motivo. Como si fuera a necesitar izar una bandera en mitad de la noche. La habitación olía igual que el resto, a polvo y gente mayor, y las puertas contaban con las mismas cerraduras antiguas que en casa de los Peggot. Maggot y yo acostumbrábamos a jugar con esas grandes llaves de hierro. A nadie le importaba si las enterrábamos en el patio como si fueran tesoros o intentábamos fundirlas al fuego o lo que fuera. Aquí era diferente. Mi abuela vino a verme antes de apagar la luz. Luego cerró la puerta y oí la llave girando en la cerradura. Era su prisionero.

Pero si fuera a huir, ¿adónde iría? No había diferencia entre estar encerrado en una habitación y mi vida en general. Las únicas carreteras que conocía estaban llenas de gente más dispuesta a atropellarme que a echarme una mano. Cualquier día podía acabar muerto, igual que mi madre y mi hermanito. Me contenté pensando que aquel no había sido mi último día. Tenía el estómago lleno y la lluvia no podría alcanzarme. Mañana ya veríamos. Probablemente cumpliríamos con el guion de verme echado a patadas por el hecho de ser un niño.

No dejaba de darle vueltas a aquel Pajarito por el que ella mostraba tanto afecto, pidiéndole consejos que incluso seguía. Recordé lo que había dicho acerca de los hombres y el mear. No podía imaginarme cómo se las apañaría. Seguro que de pie no.

27

Mi abuela necesitó un tiempo para decidir qué hacer conmigo. Era una de esas personas que jamás se equivocaba, y punto. En cuanto a mí: 1) Nadie de su sangre sería devuelto a esos incompetentes de los Servicios Sociales. 2) Antes se pegaría un tiro en la cabeza que criar a un chaval. ¿Resultado? Lo iba a tener difícil para salirse con la suya.

La opinión que ella tenía sobre su hermano Dick: aunque la mayoría pensara que no tenía cerebro, en realidad era la persona más lista con la que habían tratado. Quería que pasara tiempo con él, algo que sinceramente me daba un poco de miedo, poque no sabía qué hacer. Le pregunté cómo había acabado en una silla de ruedas. Me contó que había nacido con no sé qué espinal y que además la vida tampoco lo había ayudado. De pequeño los niños de la escuela se metían con él a unos niveles terroríficos. Lo metían en sacos de forraje, lo escondían en las alcantarillas y otras salvajadas, aprovechando que no podía defenderse, al ser tan enclenque. Que le gustara leer y conocer las respuestas a las preguntas de la profesora solo empeoraba las cosas, lógico. En calidad de hermana mayor, ella aprendió a espantar a los niños con cualquier arma que tuviera a mano, pero su padre decidió ingresarlo en un centro de Knoxville. Ahí no le enseñaban nada, por lo que ella le llevaba libros cuando lo visitaban. Su padre lo quería lejos de su vista, pues en la iglesia decían que un tullido era un castigo divino. El pobre Dick se pasó años allí dentro, hasta que el resto de la familia fue muriendo y ella consiguió sacarlo.

Joder. Escuchar todo aquello hizo que me pusiera un poco menos nervioso al ir a hablar con él. Supongo que los chicos intocables se reconocen entre sí.

Su dormitorio estaba en la planta de abajo, por lo de la silla de ruedas, y la puerta solía estar abierta. La primera vez que entré no se percató de mi presencia porque estaba leyendo un libro. No leía en plan normal, era como si hubiera desaparecido. Él y aquel libro enorme no estaban ya en la casa, quizá ni siquiera en el mundo. Su dormitorio era básicamente una sala de estar con una cama. Sillas, lámparas, una mesa y algunas cosas médicas y de higiene que procuré no mirar. Sobre la mesa había de todo, incluso una cometa. Todas las paredes estaban llenas de estanterías con más libros de los que había visto nunca juntos, ni siquiera en la biblioteca del colegio. Algunos tenían los lomos finos y los colores propios de los libros infantiles. En mis manos no habían caído muchos de esos. Una vez alguien me dio uno de un niño rabioso al que envían a la cama sin cenar, y en su cabeza es un monstruo que viaja a una isla repleta de monstruos salvajes como él, todos muy enfadados y alborotados. Me encantó. Pero prefería los cómics, de los que no había rastro en la habitación del señor Pajarito.

—Hola, señor Pajarito —dije al fin.

Él levantó la cabeza y sonrió, no muy sorprendido. Me hizo un gesto para que me acercara. Su garganta o su laringe estaban fastidiadas, pero acababas acostumbrándote y casi podías entender todo lo que te decía. Aunque necesité un minuto para lograrlo. Aquel primer día fui cogiendo libros y preguntándole de qué iba este y el otro, fingiendo que entendía sus respuestas. No encontré el del niño salvaje. Sus libros infantiles llevaban el tipo de dibujos antiguos que los niños de hoy en día considerarían aburridos. Debía de haber conservado todos los libros que había leído en su vida. Le pregunté si eran los que su hermana le había llevado al centro para tullidos y me dijo que sí. Lo que me dejó hecho polvo, menuda tragedia.

Joder. Pero ahí estaban ahora esos dos, viviendo felices y comiendo perdices para siempre.

El señor Pajarito no se ofendía por nada, por lo que con el paso del tiempo le hice preguntas indiscretas, en plan cómo había conseguido mi abuela aquella casa tan bonita (sobreviviendo al resto de su familia) y de qué habían muerto sus familiares (de ser más malos que las serpientes). ¿Se acordaba de mi padre? ¡Sí! Por la época en la que mi abuela lo rescató del centro para tullidos, tras la muerte de su esposo, mi padre era un adolescente. Aquello me dejó de piedra, imaginarlo recorriendo esa misma casa, vivo y tan joven. Estaba acostumbrado a pensar en mi padre como en un ser de otra dimensión, como Ant-Man o Jesús. Pero ¿una persona real? ¿Y que se parecía a mí? Estaba ansioso por saber un millón de cosas, como cuál había sido su primer coche o los deportes que practicaba. El señor Pajarito fue vago al respecto, limitándose a contarme que se había peleado mucho con su padre religioso y que, cuando ya no hubo ningún padre que dictara la ley, con mi abuela. A los dieciséis se marchó de casa. De lo que hizo desde ese momento hasta que se juntó con mamá, y hablamos de muchos años, Pajarito no tenía ni idea. Puede que nadie lo supiera. Deseé que existiera un libro con toda la vida de papá para poder leerlo entero.

¿El poco aprecio que sentía la abuela hacia los chicos se debía a lo mal que se lo había hecho pasar ese adolescente que se parecía a mí? Tenía que preguntarlo. Pajarito sonrió y negó con la cabeza, moviendo una barbaridad sus encorvados hombros. Claro. Estaba lo de esos chicos grandotes y repugnantes que le habían embutido las espoletas que tenía por brazos y piernas en un saco de forraje, mientras se partían el culo. Mi abuela ya debía de pensar así mucho antes de tener a su chaval pelirrojo. Seguramente mi padre nunca tuvo la menor oportunidad.

Fue después de la marcha de su hijo cuando empezó a aceptar a niñas para su supuesta educación. Le pregunté a Pajarito qué les enseñaba que no pudieran aprender en la escuela. Yo ya había visto a Jane Ellen hincar los codos cada tarde, desplegando sus deberes por toda la mesa de la cocina. Mi abuela le hacía preguntas o la ayudaba con Historia, incluso con Matemáticas, Trigonometría y demás. Me sorprendió que una persona mayor supiera tanto de estas materias, pues pensaba que eran un invento más reciente. Pajarito me contó que les enseñaba a ser las mejores de su clase y a no dejar que nadie las hiciera sentir menos que nadie. En otras palabras, la vieja cantinela de siempre: mantente bien lejos de los odiosos chicos. Pajarito me dijo que sí, que eso era. Le pregunté cuándo daban por finalizada su educación y pasaban a otra cosa. Me dijo que normalmente cuando se casaban.

Estuve un par de semanas largas pululando por ahí. Algunos días mi abuela me ponía a hacer tareas de jardinería. Jane Ellen se me unía si no estaba en clase o en el trabajo. Dedicamos una mañana a cavar la tierra para que mi abuela plantara sus coles. Yo era capaz de hacer reír a Jane Ellen con las cosas más tontas, como lombrices parlantes o así. Pero aquello daba para lo que daba. No había televisor. Nos teníamos que conformar con Pajarito. Aquel grupito nos echábamos nuestras buenas risas. A veces nos metíamos un poco con la abuela. Pajarito la quería, por supuesto, pero ella tenía un punto chiflado. Era nuestro pequeño secreto.

Un día me lo encontré trabajando en algo con la silla de ruedas pegada a su escritorio y muy concentrado. No leía, escribía. En la cometa. De niño yo había tenido cometas de esas que vendían en las tiendas de todo a un dólar, pero esta era diferente. Estaba fabricada a mano con listones de tabaco y papel de váter. Me dijo que acercara una silla, por lo que me senté a mirarlo cómo escribía en su cometa. Tenía la caligrafía más clara y diminuta jamás salida de

una mano humana. Para poseer un cuerpo tan torcido, sus líneas de escritura eran rectísimas. También era desesperantemente lento. Acabar una sola frase le llevaba una eternidad: «Ser sabio muy joven, dicen, es garantía de vida muy breve». Palabras que no acababan de tener sentido para mí pero que probablemente fueran ciertas. La cometa estaba llena de frases. Habría un centenar. Mis ojos se fijaron en una: «No busques pelea con ella, es una lunática». Ay, ay, problemas con la hermana querida. Pero en otra decía: «Estoy decidido a demostrar que soy un villano y a odiar los placeres caprichosos de hoy en día». No entendía ni papa. «No hay bestia tan feroz que no contenga un poco de piedad». Y en el centro y en letras bien grandes:

«Y si me muero, no habrá ningún alma que se apiade de mí.
¿Y por qué deberían, si ni siquiera yo
hallo piedad por mí en mi interior?»

Le pregunté de qué iba aquello y le dio una palmada al libro que había encima de la mesa. ¿Pensaba escribir todo su contenido en la cometa? No, solo las partes que más le gustaban.

—¿Y luego qué?

Señaló en dirección a la ventana. Levantó la mano más y más arriba.

—¿Harás volar la cometa?

Asintió. Me dijo que después de leer un libro, con frecuencia deseaba dar gracias a su autor, pero que por lo general estaban muertos. En el libro constaba un nombre del que había oído hablar, Shakespeare. Muerto, evidentemente.

—¿Así que es como una oración de agradecimiento? —le pregunté.

Asintió. Eso era. Mi abuela me había dicho que en aquella casa lo de rezar no se hacía. Por lo menos a Dios. Pero me quedó claro que una oración de agradecimiento a Shakespeare sí, y además era bienvenida. A ella debía de parecerle bien, porque no me cabía duda de que él no podría haberlo hecho a sus espaldas. Volar una cometa desde una silla de ruedas suponía todo un montaje.

Lo que finalmente puso de los nervios a mi abuela fue el tema de la escuela. Que yo no estuviera yendo. Jane Ellen ya estaba preparando sus exámenes y yo ni siquiera asistía a las clases de… ¿en qué curso se suponía que estaba? De golpe se comportaba como si aquello fuera una emergencia absoluta, lo que me hizo reaccionar en plan «a ver, señora, ¿dónde está el fuego?». Había faltado mucho al colegio, sobre todo porque los adultos pensaban que yo sería más útil en otra parte. Mi abuela no era de la misma opinión. Ella no iba a contribuir a hacer de mí un maldito ignorante. Me llamó a la salita e hizo que me sentara. Me preguntó si tenía alguna preferencia respecto a dónde quería ir. Estaba sentada detrás de una gran mesa que ni siquiera advertí que lo era hasta que la desplegó en abanico. Necesité un rato para entender a qué se refería con aquello de «preferencia».

¿El curso? No. El colegio, el condado, el estado. Tenía claro que no podía quedarme con ella, pero no pensaba llevarme de vuelta a Lee County si yo no quería.

No estaba acostumbrado a las decisiones. Lo único que tenía era un listado de personas a las que esperaba no volver a ver en la vida, con Stoner en cabeza y Creaky y su granja en segundo lugar. Ojeras también estaba en ella, pero ya sabía qué opinión le merecían a la abuela los Servicios Sociales. Lo que ella tenía en mente iba por otros derroteros.

—Llevo cuidando de niños más tiempo del que tú llevas con vida —me dijo, mirándome por

encima de sus gafas. La parte de los cristales estaba dividida en dos, como una furgoneta F-150 de dos toneladas.

—Sí, señora.

Empezó a darle vueltas a una especie de rueda con tarjetas que era su particular lista de gente. Nombres, números de teléfono, quizás un centenar. Imaginaos conocer a tanta gente. Aunque estaba claro que era una persona mayor, en la cincuentena o sesentena. Tiempo suficiente para reunir a una buena pandilla.

—Mis chicas no suelen quedarse en Unicoi —me dijo—. Apuntan más alto.

Recordé lo que Pajarito me había dicho sobre que acostumbraban a casarse, por lo que quizá fueran sus maridos los que apuntaran más alto. Pero no iba a llevarle la contraria a la señora araña que me tenía atrapado en su tela, con mi destino en sus manos. Porque de eso iba todo aquello. Iba a pedirle a alguna de sus chicas que me acogiera. Repasamos las diferentes candidatas, qué hacían, si tenían hijos. Vivían por todos lados. Dos en Knoxville, una en Johnson City. La mayoría habían ido a la universidad, algo de lo que se enorgullecía. De modo que lógicamente acababan viviendo en una ciudad. Le dije que estaría muy agradecido de que alguien me acogiera, pero no en la ciudad, por favor. Ella me dijo que de acuerdo, que lo entendía.

Lo que acordáramos nosotros deberíamos consensuarlo con los Servicios Sociales por lo del tema legal, me informó. Yo sabía que no pondrían pegas. Se habían vuelto locos buscándome a alguien. Si mi abuela los llamaba para decirles «Ey, Demon se va a vivir con este conocido mío que es un expresidiario que traficaba con porno infantil», probablemente le respondieran que perfecto y que no olvidara enviarles su dirección para hacerle llegar los cheques.

Me preguntó por la Seguridad Social, consciente de que recibía dinero por la muerte de mamá. Le expliqué lo de la cuenta que me habían abierto y que me había hecho pensar en si mi padre también podría ser una fuente de ingresos. Ella frunció el ceño con los ojos fijos en la pared y se empezó a dar golpecitos en la barbilla con la goma del lápiz. Tenía un poco de bigote, por si no lo he mencionado. Quizás estuviera pensando lo mismo que yo. Me gustaba la idea de que su hijo me debiera algo. Me hacía parecer menos patético. Todos estábamos dentro de esa tela de araña.

Pero al final lo único que dijo es que yo no podía salir del estado de Virginia. Por motivos legales.

Si debía marcharme tan lejos, le dije, me quedaba con Lee County y sus alrededores. Fui el primer sorprendido de pensar así, me salió espontáneamente. Imagino que por Maggot y un millón de cosas más que conocía de toda la vida. El restaurante The Corn Dog, donde me tragué un diente. El estadio Five Star. Los Generals. La montaña que todo el mundo afirma que se parece a una cara, lo que no es verdad. No volver a ver nada de aquello me parecía ridículo. Todo lo que sabía de Tazewell y de los otros condados de Virginia era que deseaba que los apalizáramos en los partidos de fútbol americano. Vivir allí me convertiría en un traidor.

Mi abuela dijo que de acuerdo, que vería lo que podía hacer. Tenía a algunas chicas viviendo por allí, una en Big Stone Gap, otra en Norton y una tercera en Jonesville, aunque por desgracia había muerto de un cáncer de mama. Mi abuela se puso triste al hablar de ella, por muy dura que fuera. Aquella chica, Patsy, había muerto muy joven y había dejado atrás a una criatura. Había sido una de las primeras chicas a las que había criado mi abuela, hacía ya mucho tiempo. Pero seguía teniendo contacto con el marido. Podría llamarlo para preguntarle qué le parecía

tener a un chaval en casa, me dijo. Pero, ojo, aunque dijera que sí, un trato así implicaba ciertas reglas. Un período de prueba, para empezar. Ella siempre les daba algo de dinero a las familias para ayudar, pero de mí se esperaba un buen comportamiento y que cumpliera con mi parte.

Ah, mierda, pensé, ahora viene lo de que yo me he de hacer cargo del alquiler. No me gustaba cómo sonaba lo de esa casa con la esposa muerta. ¿Quién cuidaba del bebé? ¿Un hombre haciéndose cargo del nido sin ninguna ayuda? No habría nadie que le recordara que los niños necesitan zapatos y cortes de pelo, y también todas esas cosas que no les gustan pero que son imprescindibles para que se los considere una persona, como por ejemplo la pasta de dientes. Archivadores nuevos con anillas para la escuela. No es que mi abuela me hubiera contagiado su manía hacia los hombres, pero seamos sinceros, los tíos pueden ser unos capullos.

—Es maestro, lo que es bueno —me dijo—. Creo que da Ciudadanía o Salud. Madre mía, hace siglos que no sé nada de él.

No paraba de darle vueltas a su rueda de personas en busca de la tarjeta correspondiente.

—Y también está metido en el mundo del deporte. No sé qué hace exactamente, pero me consta que no dejaría que interfiriera con tus estudios. Es de los buenos. Aquí está. Winfield.

Señor del cielo y de la tierra. Perdona todas las veces que tomé tu nombre en vano al pensar que en realidad no existías. Dios bendito. Mi abuela acababa de agarrar el teléfono para llamar al entrenador de los Lee High Generals.

Iba a dejarlos. A Pajarito, a mi abuela y a lo que quedara de mi padre en el cementerio que ella me llevó a visitar. No había más que una lápida en el suelo, plana y brillante, donde constaban su nombre y los años que había vivido, del primero al último. Me dio mal rollo ver mi nombre en una lápida. Podrían haber sido mi nombre y apellido si mamá lo hubiera perdonado. El cementerio se encontraba detrás de una iglesia que parecía abandonada, al final de la carretera que cruzaba por delante de su casa. Las hierbas crecían salvajes. Mi abuela se puso los guantes, se arrodilló y lo arregló todo. Había traído consigo un jarrón con flores de su patio que le colocó encima y recogió los que llevaban allí un tiempo. Me dio la impresión de que cuidaba de mi padre más de lo que dejaba traslucir.

Era uno de esos días de otoño que transmiten la sensación de que el mundo está a punto de cambiar de opinión sobre todo. Las cigarras con su cric-cric-cric, el aire inmóvil, el verano sin una pizca de fuerza. Mi cabeza no dejaba de gritarme «¡Corre! ¡Vete!». Pero yo no sabía ni desde dónde ni hacia dónde. Mi abuela se incorporó después de arreglar los hierbajos, se puso el sombrero en la cabeza y regresamos a casa por el arcén de grava. Ella daba grandes zancadas, como si atravesara un terreno recién arado, y yo cerraba la marcha. Tuve la impresión de que estaba enfadada conmigo. Yo seguía sin saber cómo dirigirme a ella. Tantos años esperando tener una abuela y cuando finalmente tenía una parecía que el nombre no le acababa de encajar. La llamaba «síseñora». Teníamos el sol a nuestra espalda. Me moví para que mi sombra tocara la suya, para que se sobrepusiera a su falda y a sus piernas rápidas y gruesas. Por ningún motivo en particular.

Cuando regresamos a la casa, metí mi ropa, mi cepillo de dientes y las otras cosas que me había dado mi abuela en una maleta. Mientras lo hacía me preguntaba si a eso había quedado reducido el Demon de ahora, y en ese caso, si yo me había borrado. No es que no me gustaran las ropas o la maleta. Estaban bien. Al día siguiente, Jane Ellen me llevaría en coche hasta Kingsport, donde habíamos quedado al mediodía con el señor Winfield en el aparcamiento del

Walmart. Después de todos esos días y noches que había necesitado para llegar allí y que casi me matan, el viaje de regreso apenas duraría una hora y media. De locos. Así es Lee County. Tira de ti como un imán.

Fui al dormitorio de Pajarito, en la planta de abajo. No le gustaba empezar un nuevo libro hasta no haber llenado su cometa con el anterior, pero no era esto lo que estaba haciendo. Se limitaba a mirar por la ventana. Le dije que echaría de menos pasar tiempo con él y él me dijo lo mismo. Me pregunté si volvería a verlo alguna vez. El acuerdo con el entrenador Winfield podía salir mal, por supuesto, pero Virginia y yo parecíamos estar unidos pasara lo que pasase. ¿Me harían una visita? Dado que mi abuela asociaba los coches con máquinas de matar, no era de esperar. Le dije que los llamaría por teléfono o les escribiría, aunque no tenía ni idea de cómo comprar un sello ni nada de eso. Nos quedamos en silencio un minuto. De haber sido una persona de dar abrazos, le habría dado uno.

Desde la mañana las nubes habían ido creciendo y fuera soplaba el viento con fuerza, haciendo que las hojas se arremolinaran y se volvieran plateadas. El señor Peg siempre decía que eso significaba que se acercaba lluvia. Le pregunté a Pajarito si su cometa estaba lista para hacerla volar y me dijo que sí. Pues hagámoslo, le dije. Un escalofrío me recorrió la columna. Quizás eso fuera lo que mi cerebro llevaba todo el día diciéndome: «Corre. Sal a hacer volar una cometa».

Pajarito pareció muy sorprendido, pero me dijo que de acuerdo, que solo le quedaba una cosa por escribir en ella. Intenté ser paciente, sabiendo lo lento que escribía. Me dijo que esas líneas procedían de otro libro y que me las quería dedicar. Las escribió en la parte más alta:

«Nunca seas mala persona. Sé auténtico. Nunca seas cruel. Yo siempre depositaré mis esperanzas en ti.»

Si aquello era de él para mí, era la conversación más de hombre a hombre que había tenido en mi vida. Le ganaba de calle a eso de que el dinero no da la felicidad. Le dije: «Venga, vamos a ello».

No le pregunté cómo se las arreglaba, quién lo ayudaba y demás, porque tenía mi propio plan. Él condujo su silla de ruedas al exterior, bajando por la rampa del porche hasta las baldosas del camino de entrada. No podía avanzar más con la silla. Pero aún no habíamos salido del patio. No teníamos pista. Me hizo un gesto para que cogiera la cometa y la hiciera volar, pero yo le dije: «¡Amigo mío! No vamos a conformarnos con esto». Empujé la silla por el camino de la entrada hasta el césped, lo que no me costó, ya que probablemente no pesara más que una bala de heno. Avanzamos por el césped lleno de baches; Pajarito iba moviendo la boca hasta que consiguió que por ella saliera algo así como «yiiieee». Que yo interpreté como «¡yupi!, ¡bien!».

Abrí la cancela trasera y lo conduje hasta el terreno lleno de rastrojos de heno que quedaba detrás de la casa. A partir de ese punto, lo de empujar la silla de ruedas se puso peliagudo, por lo que no avanzamos mucho, solo hasta contar con pista suficiente para poder correr y enviar a aquella maldita cometa hasta la luna. Las nubes se desplazaban rápido, proyectando sombras que hacían pensar en hordas de monstruos salvajes armando un buen alboroto sobre los campos, y yo estaba en medio del meollo. Alcé la cometa y fui soltando más y más hilo hasta que quedó reducida a un puntito en el cielo. Comencé a notar cómo caían gotas de lluvia, pero qué más daba. Por mí como si nos caía una tormenta.

El viento tiraba con fuerza del hilo, pero pude maniobrar hasta situarme al lado de Pajarito y

colocárselo en la mano. «Agárralo con fuerza», le dije, y me dejé caer al suelo, resoplando como un perro. Él permanecía en silencio, sosteniendo el hilo y la cometa con toda su alma. Qué estampa ofrecía. La vista levantada, el cuerpo unido al cielo enorme y tormentoso por un hilo muy largo, todo él allí arriba con sus palabras, hablándole a quien fuera que estuviera escuchándolo. Jamás he visto nada igual. Ni un solo hueso de su cuerpo había estado dentro de un saco de forraje. Aquel hombre era un gigante.

28

Aguardábamos dentro del coche en el aparcamiento. Yo con un nudo en el estómago, Jane Ellen con su libro de ejercicios sobre el volante, resolviendo problemas de matemáticas. Que alguien me diga qué les pasa a las mujeres. Puede que todo se esté yendo al garete, que tú estés a punto de vomitar el desayuno, pero ellas siguen con los deberes.

—¿Y si el entrenador Winfeld no se presenta? —le pregunté.

—Lo hará.

Su lápiz no paraba quieto. Imagino que yo tampoco. Ya me había pedido que dejara de toquetear la guantera, que la acabaría rompiendo. Conducía un Comet del 89.

—¿Y si no lo hace?

Borró algo con la goma y giró la muñeca para mirar el reloj.

—No llega tan tarde. Es que nosotros hemos llegado pronto.

Yo quería irme a casa. Que en ese momento no estaba en ningún sitio, pero es una sensación de la que no te puedes desprender, ni siquiera cuando ya no tienes casa. Seguro que si lanzaran una bomba y no quedara nada para comer, seguirías con la sensación de hambre.

—Hostia, hostia —dije.

Un coche había entrado en el aparcamiento y de él había bajado un tipo con la pinta más extraña que hubiera visto jamás, sin contar los cómics. Piernas de palillo, brazos largos y blancos, dedos largos e inquietos que no dejaban de recorrer su cuerpo. Se los pasaba por el pelo, se agarraba de los codos con ellos mientras peinaba el aparcamiento con la mirada. Pelirrojo, pero no de mi tribu. Era de esos tíos blancos como la muerte con el pelo rosáceo y sin cejas. Con esa piel que parece que va a arder si te la quedas mirando.

—Vaya, buenos días —dijo Jane Ellen, cerrando su libro de ejercicios.

—El Hombre Serpiente al rescate —dije yo.

Ella no pudo evitar sonreír, con esa lengua que se le colaba por el hueco entre los dientes. Nos lo quedamos mirando con muy poca educación. Su coche era un Mustang último modelo con una bola de remolque, corriente. Pero aquel tipo, Dios santo. Permanecía ahí de pie, agarrándose el cuerpo con aquellos brazotes y mirando alrededor. Por fin se fijó en nosotros. Se acercó caminando hasta llegar a nuestro lado y se puso a escudriñar el coche de Ellen.

—¿Qué andará buscando? —susurré.

—No lo sé —me contestó, susurrando también—. ¿Qué comen las serpientes?

Ella tenía una mano en el contacto, lista para encenderlo. Pero entonces el tipo vino directo hacia nosotros y nos quedamos paralizados. Metió una mano por mi ventanilla, que tenía abierta. Ambos retrocedimos.

—Me imagino que venís de parte de Betsy Woodall —nos dijo. Una voz escalofriante. Un tono muy bajo.

—¿Quién quiere saberlo? —pregunté.

—Al entrenador Winfield se le ha complicado la mañana. Los entrenamientos dominicales pueden alargarse mucho.

—¿Y quién es usted? —Jane Ellen volvía a estar al mando. Reacia a entregarme a un rarito que se encontrara por azar en el aparcamiento del Walmart.

—Nadie. El asistente del entrenador —dijo él moviendo una mano por delante de su cara, como si espantara una mosca. Luego se inclinó hacia delante y le tendió la mano a Jane Ellen, lo que provocó que ella retrocediera aún más—. Ryan Pyles. Me llaman U-Haul.

Jane Ellen se quedó mirando su pecosa mano de zombi.

—¿Y por qué? —le preguntó.

Él retiró la mano y se la pasó por su mata de pelo rosáceo. Aguardamos su respuesta.

—Soy el encargado de transportar el material del equipo. Las hombreras, los cascos, las neveritas. El entrenador quiere que alguien acarree algo, yo me encargo.

Echó la cabeza hacia atrás con un movimiento del cuello, como si tuviera más vértebras de lo normal. Aquel hombre era un reptil.

—No he enganchado el remolque. ¿Traes mucho equipaje, hijo?

Al no ser su hijo, no abrí la boca. Metió la cabeza por la ventana para echarle un vistazo a mi única maleta, situada en el asiento trasero.

—Muy bien, en marcha.

Miré a Jane Ellen con cara de «¡no me entregues como alimento al Hombre Serpiente!», a lo que ella puso una de «¿qué le voy a hacer?». Yo era consciente de que ella no podía regresar a Murder Valley con el paquete sin entregar. Eso probablemente haría que su período de formación se alargara veinte años.

Me fui con él, pero no sin antes presentar batalla. Jane Ellen lo acompañó a una cabina de teléfono para que alguien confirmara quién era. No encontraron al entrenador Winfield, pero sí a alguna secretaria del instituto, que dijo que por supuesto que sí, que era correcto. U-Haul Pyles conduciría al chico donde tuviera que ir.

Ese lugar resultó ser una mansión en lo alto de una gran colina y con vistas al centro de Jonesville. Tenía muchas más cosas que una casa normal, partes extra sobresaliendo y con sus propios tejados y ventanas. No era un castillo, pero casi. Lo que no dejaba de tener su lógica: si Lee County contara con un rey, ese debía de ser el entrenador de los Generals. U-Haul redujo la marcha para emprender el empinado camino de entrada, mientras yo no dejaba de pensar «Ni loco entro yo ahí. Una mansión. No sabré cómo comportarme».

—Hogar, dulce hogar —dijo en su tono de voz espeluznante. Apagó el motor y me dedicó una mirada abrasiva. Sus ojos marrones eran casi rojos, como pequeñas ventanas redondas salidas del infierno, sin pestañas que les hicieran de cortinas. ¿Cómo podía mirarse al espejo con esos ojos? Agarró mi maleta y yo me decía: «Mierda-mierda-mierda, sin plan de fuga, para variar». Lo seguí hasta la puerta de la entrada.

El interior me dejó de piedra. Parecía una casa normal, con cosas tiradas por todas partes. Cajas de zapatillas de fútbol americano, bandas elásticas, rollos de cinta deportiva, mancuernas, un retrovisor resquebrajado. Una bicicleta estática en medio de la sala, cubierta de ropa. Por descontado que había algunos toques dignos de un castillo, como una chimenea gigante con la repisa hecha de troncos cortados. Una lámpara de araña gigante encima de una mesa de comedor enorme, en la que habría jurado que nadie había comido desde la invención de los tenedores. Entre las pilas de periódicos y revistas conté tres pares de gafas de sol, más recipientes para salsas de los que quieras saber y unas Nike Air Max. Encima de la mesa. Eso hizo que añorara a mamá.

U-Haul me dijo que el entrenador bajaría en un minuto y me pidió que lo disculpara, pero

tenía asuntos que atender en su despacho. Me estrechó la mano en un ataque sorpresa y luego se deslizó hacia la parte trasera de la casa. Me sentía sucio. Deseé poder entrar en un baño a lavarme las manos. Había una gran escalinata con una barandilla curvada, como en las películas. Me pregunté si el resto de la casa sería igual de pocilga o todo se habría concentrado en el tramo final, junto a la puerta de entrada. El único rincón limpio era la repisa de la chimenea, sobre la que reposaba la fotografía de una chica, o mejor dicho, una mujer. Joven. De aspecto triste a pesar de que lucía una de esas melenas explosivas tan características de los años 80 y que hoy no se haría nadie ni muerta. Por lo que posiblemente lo estuviera. Muerta. La trágica esposa que había sido criada por mi abuela y que había fallecido muy joven. O eso supuse.

Me di la vuelta y pegué un bote ante la visión de un niño que me miraba con la misma cara exacta, parecía como si la foto hubiera cobrado vida. Aunque era más flacucho, casi de mi altura pero más delgado, y llevaba puesta una de esas boinas inglesas de niño repelente que en la escuela le habría asegurado una buena tunda, si no la hubiera contrarrestado con una cazadora de cuero de malote y unas Doc Martens. Estas cosas cuestan pasta, lo que significa que hay alguien detrás apoyándote. Un aviso para los que pretendan pegarte. Aquel niño parecía triste, un poco blando y daba un poco de miedo. Todo a la vez.

—Ey. Me llamo Angus —me dijo.

—¿Angus, como las vacas?[29]

Movió los ojos hacia un lado y los centró de nuevo.

—Exacto.

—Imagino que voy a quedarme un tiempo por aquí. Con el entrenador Winfield.

—Sí, lo sé, es mi padre.

Ah, el bebé huérfano. Resetear. Le pregunté en qué curso estaba y me dijo que en octavo.

—Entonces ¿estás en el equipo juvenil?

Me repasó de arriba abajo con sus grandes ojos grises como si estuviera leyendo mi manual de instrucciones. Con la intención de desmontarme pieza a pieza o de reconstruirme de nuevo. Quién sabe. Empecé a repasar cuáles eran mis opciones en el caso de que me dieran la patada de aquella casa antes de que anocheciera.

—No —dijo al fin—. Tragedia entre las tragedias. No estoy en el equipo juvenil.

El entrenador Winfield bajó por la escalinata como algo que hubieran arrojado desde un cubo, armando un buen jaleo, hablando sin haber entrado aún en la sala.

—Hola, colega, qué alegría verte, lo siento, el entrenamiento se ha alargado, el viernes nos enfrentamos a los Vikings y ya sabes lo que eso significa. Betsy me ha dicho que eres de Lee County, ¿no es cierto? Así que estás familiarizado con el terreno…

Se detuvo al final de la escalinata para echarme un vistazo. Era grandote y ancho de espaldas, panzudo como lo son los hombres muy musculosos que se acaban entregando a la cerveza. Gorra roja, cejas oscuras y tupidas. Siendo sinceros, no habría sabido decir si lo reconocía de haberlo visto en los partidos o solo por el cortavientos rojo que vestía.

—¿Qué edad tienes, jovencito?

Acostumbrado a mentir, tuve que pensar un momento.

—Cumpliré doce el mes que viene.

Lanzó un largo silbido.

—Lo siento —dije.

—No hay problema. Eso es lo que ella me contó, que empezabas la escuela secundaria. Pareces un *linebacker*, hijo.

—Sí, señor —le dije, con mi corazón practicando un bailecito de «aleluya, ¡sí!». Dios, allá en lo alto, anotaba un gol de campo y los ángeles hacían piruetas con sus falditas ondeando al viento. Hogar, dulce hogar.

No comimos en la mesa gigantesca y llena de cosas porque los Winfield disponían de otra mesa en la cocina, mucho más ordenada. Una señora llamada Mattie Kate nos sirvió pastel de carne con ensalada de repollo y acabó de limpiarlo todo con los bajos de su mandil, luego nos deseó buenas noches y nos dejó a solas para que los tres pudiéramos disfrutar de la cena.

No bendijeron la mesa, entraron directos al trapo. Ni Angus ni el entrenador se quitaron las gorras para sentarse a cenar, por lo que deduje que aquella no era una de esas casas llenas de normas. O quizás las hubiera, pero de otro tipo. Era demasiado pronto para relajarse. Devoré mi cena, probablemente comí mucho y demasiado rápido. Las ventanas estaban abiertas y me llegaba el sonido de un tractor y el olor al heno que alguien debía de estar cortando. Me alegré de no tener que ser yo quien lo apilara en el granero. Me pregunté si me enviarían a otra granja después de pasar por allí. Probablemente sí. Empezaba a darme cuenta de que aparentar más edad de la que tienes suponía una trampa. Te enviaban a sitios donde se necesitara un cuerpo formado pero incapaz de plantear batalla.

Comimos más que hablamos. Angus no me quitaba sus grandes ojos grises de encima. Ojos tan gigantescos como los de los personajes de manga. Lo que el entrenador tenía gigante eran los dientes, muuuy grandes, vete a saber por qué. Demasiado aplanados y blancos. No sonreía mucho y daba la sensación de que, si lo hiciera, aquellos dientes le harían daño en los labios. Me hizo las típicas preguntas incómodas a las que los adultos suelen recurrir cuando se esfuerzan por dar conversación, como cuáles eran mis asignaturas favoritas. Le dije que el almuerzo, lo que no era broma, pero eso le hizo reír. Yo le pregunté cómo iba la temporada, dado que me había perdido los primeros partidos. Lo que de verdad me estaba preguntando era: «¿Cómo coño se explica que tu hijo no juegue en la liga juvenil?». Me parecía algo de cajón. O sea, vale, ya me había fijado en sus manos pequeñas y sus hombros flacuchos, pero de todas maneras... Es la liga juvenil. Cualquiera puede chupar banquillo.

Al acabar, apilamos los platos en el fregadero para que Mattie Kate los limpiara por la mañana y el entrenador le pidió a Angus que me llevara a mi dormitorio, lo que me sorprendió mucho. Mi propio dormitorio. Había dado por sentado que compartiríamos cuarto, pero no. Subimos por la escalinata, luego vinieron más escaleras, un pasillo que desembocaba en un dormitorio situado en una zona de la casa propia de un castillo, es decir, más redonda que cuadrada. Seis paredes pintadas de un color verde oscuro, ventanas con marcos blancos. Tres de las paredes tenían grandes ventanales.

—Puedes utilizar ese vestidor —me dijo Angus—. Mattie Kate debía vaciarlo si tenía tiempo. En caso de que encuentres algo ahí dentro, déjalo tirado en el pasillo y ella lo recogerá por la mañana.

—De acuerdo —le dije, sin ninguna intención de hacerlo. ¿Tirar cosas al suelo para que otro las recoja? ¿En serio? Se podían decir muchas cosas de mí, pero no que fuera ensuciando casas ajenas. «Aquí no hay ningún hada de la limpieza, así que recoge tu propia mierda», este venía a ser el lema en los hogares de acogida. ¿Cómo pudo salir mi madre como lo hizo después de

pasar por tantos? Uno de los misterios del Señor.

Angus fue abriendo los grandes ventanales porque le pareció que olía a cerrado, aunque a mí no me importaba. Aquel olor me recordaba a la buhardilla de los Peggot. Las vistas desde la parte trasera de la casa consistían en colinas y campos de heno que se extendían hasta el horizonte. El tipo del tractor seguía yendo arriba y abajo bajo la luz del atardecer. La ventana del medio daba al camino de entrada, y la de delante permitía ver hasta una gran colina que asomaba por detrás de Jonesville. Entendí por qué tantos años atrás se habían construido las casas de ese modo. Si alguien pretendía atacar, lo veías venir seguro.

Aquel era el mejor dormitorio en el que había estado nunca y también la mejor casa. Se lo dije a Angus y se limitó a encogerse de hombros.

—Es demasiado grande para nosotros.

—No sabía que existieran cosas así. Como demasiado dinero o demasiada comida.

—Una persona puede comer demasiado. Obviamente. Hay gente que ha muerto así.

—Apúntame —le dije.

De nuevo esos grandes ojos tristes, como charcos en una cuneta.

—Estaba bromeando, lo siento —le dije—. No pienso vaciaros la despensa ni nada de eso.

—No creo que te lo permitieran. A papá le gusta tu constitución, por lo que te va a muscular como si fueras su nuevo cabestro favorito.

—Ostras. El paso siguiente es el matadero.

Casi le arranco una sonrisa.

—Ese es otro nombre para este deporte. Lo has dicho tú, no yo, para que conste en acta.

—Para que conste en acta, nunca he oído que nadie se haya muerto por ser un *linebacker*. Quizá sí que haya acabado en coma después de tirarse a un grupo de animadoras muy excitadas.

Retiró su media sonrisa en un visto y no visto, como un caracol al que le hubieras tocado las antenas, y regresó al lugar donde moraban la cazadora de cuero y la mirada vacía. Mierda. Yo no decía más que estupideces, pero no sabía qué otra cosa hacer. Hasta donde sabía, la amistad entre chavales que ya no mojaban la cama se basaba en hablar mal. Mete «joder» en una frase y os partiréis el culo.

—Dale a tu padre las gracias por la cama —le dije. Cuando todo falla, intenta hacer la pelota —. En el último lugar en el que viví, me hicieron dormir en el suelo del cuarto de la colada.

—¿En casa de la señora Woodall? ¿Te hizo dormir en el suelo?

—No, ahí no. ¿La conoces? ¿A mi abuela?

Mi abuela. Aquello sonaba como meter la mano en el bolsillo y sacar cien dólares que no sabías que estuvieran ahí. Vi algo moverse detrás de los párpados de Angus, en plan «caray, tío». Cien dólares.

—Mi madre solía llevarme a verla —me dijo—. Pero hace tanto que no me acuerdo.

Claro. Antes de todo lo del cáncer y la muerte.

Angus me enseñó un lavabo que era para mí y solo para mí. Una combinación de ducha y bañera. Ya me las apañaría. Su dormitorio y el de su padre estaban en la planta de abajo. Le pregunté de cuántas habitaciones constaba la casa y no supo decírmelo. Increíble. Contar es lo primero que hago siempre. Le pregunté si alguna vez cambiaba de dormitorio.

—¿Por qué? ¿No te gusta este?

—No, me refería a ti y a tu padre. En plan si os aburrís y os da por cambiar.

Se me quedó mirando fijamente.

—Por lo de probar con las distintas vistas desde las ventanas. A ver, las tenéis todas aquí, ¿por qué no hacerlo?

—Si lo hiciera, quizá no podría encontrarlo, ese es el motivo.

—Parece un hombre muy corpulento para que se te pueda perder —le dije.

—Te sorprendería.

Estábamos en el lavabo, los dos de cara al espejo. Probé con su propia medicina y me quedé mirándolo fijamente.

—Supongo que sería posible, con la leonera que tenéis abajo.

Percibí que dentro de él se encendía una alarma defensiva. Ligera, pero detectable. Bajo la actitud de «que te jodan» había un chaval deseoso de proteger a su padre. Quizá más de lo que su padre lo protegía a él.

Fue a la planta de abajo a buscarme toallas y otras cosas, pero tardó tanto que me olvidé del asunto. Deshice la maleta y coloqué la ropa en los cajones. Vacíos. Hurra por Mattie Kate. Metí la maleta debajo de la cama, miré por las tres ventanas: el tipo continuaba segando el heno y las farolas de Jonesville ya estaban encendidas. Me puse una camiseta y me metí en la cama. Estaba destrozado. Casi me había dormido cuando Angus llamó a la puerta y entró para decirme que había dejado mis cosas en el lavabo. Me incorporé asustado, como en los días en los que la pequeña Haillie aparecía de la nada.

—De acuerdo, gracias.

Angus tenía otro aspecto. Listo para acostarse, sin la cazadora ni la gorra, con una ropa ajustada que revelaba su constitución, más delgada de lo que había creído y de cintura estrecha. Una buena pelambrera, rizada y rubia. Pelo de chica, quiero decir. Constitución de chica.

Nos miramos el uno al otro, la puerta se cerró y Angus ya no estaba. Me dejó intentando recolocar las piezas de mi cerebro hecho añicos y recordar todas las estupideces que le había dicho a él, o a ella. No fui capaz. Eran demasiadas. Aquella de por qué no jugaba en el equipo juvenil había sido memorable. Y lo de tirarse a las animadoras muy excitadas. Joder. Y también le había dicho que pensaba que podríamos compartir habitación. Mierda.

No podía dormirme dándole vueltas a lo estúpido que había sido. Imagino que últimamente no había pasado mucho tiempo con chicas, sobre todo con una que llevara unas botas como las suyas. De todas maneras… Desde el momento en el que caí, me pareció de lo más evidente. Y mi mente no pudo dejar de repasar todas y cada una de las gilipolleces que le había lanzado a Angus, la chica. Empezando por «¿Como las vacas?».

29

La cosa era que allí tendría otra oportunidad. Igual que la había tenido Stoner, dejando atrás toda la historia con mi madre y yéndose de rositas para empezar de cero. Mi idea era odiarlo por eso el resto de mis días. Ahora era mi turno y también me odiaba un poco a mí mismo. Qué injusto para mamá que yo siguiera con vida y estuviera rodeado de cosas nuevas: ropa, un dormitorio, una casa-castillo alucinante. Un nuevo curso en una escuela nueva en la que sería el chico nuevo.

Solo la casa… mamá habría matado por el mero hecho de echarle un vistazo. Le gustaba contarme cómo ella y sus amigas se saltaban las clases para entrar en casa de los profesores durante el día con la intención de ver qué bebidas tenían, revolver en los cajones de sus dormitorios en busca de porno, vibradores, etcétera. Yo ahora vivía con un profesor. Dios sabe qué guardaba en su dormitorio, pero uno podía abrir una tienda con todo lo que había tirado por el suelo del salón. Más las cervezas en la nevera y el *whiskey* en el armarito. Dado lo pronto que se acostaba, el hombre prácticamente me estaba pidiendo que lo compartiera con él.

Pero aquello no hacía que la vida fuera fácil. En la entrada a la escuela de secundaria de Jonesville había dos bulldogs de cemento sobre unos pilares, como custodiando el recinto, y a partir de ese punto todo era bebelandia. Una señora de secretaría me acompañó a mi nueva aula taconeando delante de mí, mientras yo pensaba: «Señora, he hecho autoestop hasta Nashville, ¿piensa que no soy capaz de ir por un puñetero pasillo sin compañía?». Me crucé con diversos niños que me miraron con ojos de cachorrillo, como diciendo «¡Chico nuevo! ¡No me hagas daño, por favor!». No sé si era una cuestión de pueblo frente a ciudad, pero eran como Haillies o Brayleys hiperdesarrollados, con el pelo repeinado y las camisas abotonadas hasta arriba, algunos de ellos con migas del desayuno en la comisura de los labios. Os lo juro. Alumnos de sexto. Incomprensible.

¿Sabían más que yo sobre pronombres y subordinadas, la civilización romana, etcétera? Sí. Haberme pasado el último año y pico sin pisar una escuela me había provocado tal retraso que a veces sentía que era una pérdida de tiempo. Pero lo más raro no era lo que no sabía, sino lo que sí sabía. Como cubrirte las espaldas a todas horas. Qué entiende una puta por «diversión» o un cabrón por «disciplina» y lo que una trabajadora social entiende por «estamos trabajando en ello». Y el dinero. Hostia. Ver a aquellos chavales sacarlo de sus bolsillos en amasijos de billetes de uno, cinco o diez dólares y mostrárselos a la encargada del comedor para que cogiera lo que tocara, como si no supieran contarlo. O no les importara. En el patio, durante el recreo, apostaban y perdían monedas de veinticinco centavos por auténticas chorradas, como quién era capaz de aguantar más rato la respiración o si una abeja se colaría por la falda de la señorita Wall y le picaría en el coño.

Lo que nos separaba a ese hatajo de cachorros y a mí era la educación recibida en términos de cuántas baterías había que vaciar, cuántas bolsas de basura debía arrojar, cuántas horas tenía que echar para pasar de ganar un dólar a diez. Llevaba tatuadas las huellas de mierda de la vida: palizas, mentiras, colocones de marihuana para alcanzar algo de paz, meses de pasar hambre. No quería ser como aquellos chavales. Pero tampoco quería continuar siendo el pez rarito fuera del agua, estaba harto de eso. A cada minuto pensaba que alguien iba a darme el

alto para decirme que no pintaba nada rondando por ahí con mis zapatos nuevos y que me largara de vuelta al agujero del que había salido.

Las Air Max, los vaqueros nuevos y todo eso, otra historia bien extraña. Angus me llevó de compras. El entrenador se fue al entrenamiento de los sábados y le pidió que me consiguieran lo que necesitara. Nadie me preguntó, simplemente partimos en el Mustang de U-Haul. Angus en el asiento delantero con el Hombre Serpiente, yo detrás a punto de cagarme encima. La cuestión era cuánto iba a durar aquella aventura antes de que descubrieran que estaba sin blanca. Resultó que bastante rato. Intenté convencer a Angus de quedarme en el coche mientras ellos compraban, pero me dijo que no fuera tonto y que saliera del vehículo. Seguí a Angus al interior del Walmart y luego avanzamos pasillo tras pasillo mientras ella iba lanzando cosas al carrito. Primero, alimentos. Me preguntó qué me gustaba comer. Cualquier cosa que no estuviese podrida, le dije, y cuanto más, mejor. Puso los ojos en blanco como si yo estuviera siendo un capullo a propósito.

—Lo digo en serio —le dije—. No quieras saber algunas de las cosas que he llegado a comer.

—¿Como qué? —me dijo, abriendo mucho los ojos—. ¿Hígados humanos? ¿Tampax usados?

Hostia, no. Yo me refería a cosas como la chocolatina que me comí después de que pasara por la lavadora de los McCobb. Pero lo de Angus era *heavy metal* a una escala tremebunda. Creo que la versión chico le encajaba mejor. Solo que no lo era. Se inclinó sobre el carrito con los codos hacia fuera y recorrió el supermercado llevando a cabo su jueguecito asqueroso. Levantaba un producto y me gritaba: «Ey, ¿cuál prefieres, este o el de mermelada de dedos? ¿Este o el de meados de tiburón?».

Después de dejar a algunos clientes a punto de vomitar el almuerzo, nos dirigimos hacia la sección de ropa interior. Le dije a Angus que no pensaba comprarme nada de ropa.

Se me quedó mirando fijamente.

—¿Pero qué problema tienes, tío?

—No tengo ningún problema. Gracias de todos modos.

Sacudió la cabeza como si estuviera loco. Me cabreó. Aún no conocía las reglas que regían esa familia, pero tampoco entendía por qué Angus me trataba de un modo tan desagradable.

—Me gusta la ropa que tengo, ¿de acuerdo? ¿Podemos irnos ya?

—De acuerdo, dice. Así que estas son las pintas que quieres llevar. Las de un pringado incapaz de distinguir los colores.

—¡Que te jodan! —le dije, aunque no pude evitar reírme, ya que la otra opción era darle un puñetazo, y no está permitido, siendo una chica. Además, tenía razón. Aquel día iba pasable, con una camiseta Bugle Boy y una cazadora militar, pero últimamente había abusado de las camisetas descoloridas y con el cuello demasiado ancho. Zapatillas deportivas de color caca de bebé y con formas espantosas, calzado propio de siglos atrás.

—En realidad la ropa no es mía. O sea, sí que lo es, pero me la dio una chica llamada Jane en casa de mi abuela.

—¿Entonces vas en plan *drag queen* con la ropa de esa tal Jane?

—No era de ella, sino de su hermano. Ropa usada.

—Venga ya. ¿La señora Woodall tiene a chicos en su casa?

—No. Técnicamente nunca vi a ningún hermano. Solo sus ropas.

Angus me miró de arriba abajo.

—¿Puedo asumir que unos hermanos misteriosos te han entregado una vestimenta rara de cojones?

Le dije que se fuera al infierno, en serio. No me apetecía explicarle cómo uno se acaba acostumbrando a que lo miren como si fuera basura, lo que dificulta que te preocupes por con qué basura vas a vestir la basura que ya eres. O que mi otra opción de calzado eran unos zapatos que llevaban una bolsa para el pan incorporada. Le dije que era muy capaz de distinguir los colores, aunque ese no era asunto suyo. Simplemente no era quisquilloso a la hora de elegir.

—Pues sé quisquilloso. El hábito hace al monje. ¿Cuál es el estilo de Demon?

La hija de un entrenador que vive en un castillo puede permitirse tener un estilo. Hoy no tocaba boina inglesa, sino sombrero antiguo de hombre con una pluma naranja en el ala. Y unas Converse naranjas. O sea que a juego, todo pensado. Pero yo tenía un cerebro de chico, ni un centavo y ningún estilo posible. Nuestro carrito, junto a un estante con ropa interior rebajada, interrumpía el paso, pero Angus pasaba de todo.

—Calzado —me dijo—. Todo empieza ahí. Pregunta clave: ¿qué calzado querrías llevar puesto si fueras a darle una patada a tu peor enemigo?

Visualizar aquello resultaba tentador. Enemigos no me faltaban. Mi mente empezó de inmediato a imaginar complementos que mis zapatos necesitarían para zurrarle a Stoner en un aparcamiento, como pinchos venenosos y propulsores para asegurar una huida rápida. En otras palabras, nada real. No supe darle una respuesta y su reacción fue de nuevo como si quisiera irritarla voluntariamente.

—¡Di algo y ya! —me gritó—. ¿Cuál es el maldito calzado que te haría feliz llevar?

—¡De acuerdo, unas Air Max! —le grité también. Cómo no hacerlo—. Pero hoy no me voy a comprar ningún maldito calzado porque estoy sin blanca, joder. ¿Vale?

Algunos clientes se quedaron paralizados, como si nunca hubieran oído la palabra «joder». Para ser justos, también nos rodeaban niños pequeños, de modo que procuré calmarme.

—No tengo ni un centavo —le dije.

Sus ojos grises adquirieron ese velo lacrimoso que mostraban de vez en cuanto. Parecía preocupada, quizá estaba repasando la mañana, cuando lidiaba con una versión arruinada de mí, igual que yo había tenido que sobreponerme a la sorpresa de descubrir que en realidad era una chica.

—Lo siento —me dijo, y por una vez no me importó oírlo. A Angus le sentaba bien, descubrí que lo había estado esperando.

—Olvídalo —le dije—. ¿Podemos largarnos ya?

—No. Lo que siento es no haber sido clara contigo. Fallo mío.

Sacó del bolsillo una tira plateada que movió de un lado al otro en el aire, como si transmitiera un mensaje en código.

—Te presento al Maestro[30] —me dijo. Le dio un beso, se la volvió a guardar en el bolsillo y me dijo que sí, que nos largábamos de allí. Con las Nike de oferta del Walmart no iba a poder patearle el culo a nadie.

Le dimos caña a esa tarjeta de crédito por todas las tiendas del maldito condado. Del Walmart Supercenter a Shoe Show, pasando por T. J. Maxx, con el Hombre Serpiente de chófer. Sin necesidad de efectivo, el Maestro llevaba la voz cantante, en algunos sitios incluso bastó con la existencia del entrenador. Como en Hardee's al ir a almorzar. Entramos por la

puerta y recibimos el tratamiento de altezas. El chico de la caja ni siquiera nos dejó pagar, dijo que invitaba la casa, como de costumbre, y que saludáramos de su parte al entrenador. El encargado hizo lo mismo y preguntó si el entrenador tenía ya recambio para el jugador que se había lesionado el codo. U-Haul dijo que en realidad no podía decir nada, ya que solo era el asistente del entrenador, pero que no se sorprendiera si eso ocurría. Los comensales no dejaban de lanzarnos miraditas mientras comíamos. Creo que si se nos hubiera caído una patata frita al suelo habrían acudido rápido a cogerla para quedársela como recuerdo. ¿Que si me gustaba llamar tanto la atención? Quizá, siempre que nadie conociera mi yo real y pudiera pasar por una persona acostumbrada a calzar unas Air Max relucientes. U-Haul sin duda estaba encantado. A Angus se la veía tan relajada que era imposible saberlo.

Angus no dejaba de sorprenderme. Por ejemplo, por lo mucho que le molaban los coches. Todo empezó al ver un Nomad del 57, lo que hizo que arrancara una competición por averiguar quién reconocía más modelos chulos. U-Haul conocía un montón, pero ella no se quedaba corta. Aquella chica no era del montón. Vosotros diréis: «Claro, por haber crecido con una madre muerta», pero ¿sabéis qué?, yo crecí con un padre muerto y nunca hice cosas de chicas. Además, tenían a Mattie Kate por la casa a todas horas. No solo para las tareas del hogar, pues también se sentaba con nosotros en la cocina después del colegio a beber Coca-Cola y a responder cualquier pregunta, de las que yo iba sobrado. ¿Debía hacerme la colada? ¿Y prepararme el desayuno? Respuesta: no. Ella se encargaba de todo eso. Le conté que estaba muy acostumbrado a hacérmelo todo, como la colada, y llegado el caso, pagar el alquiler. Se echó a reír y me pidió que no le quitara el puesto. Me dijo que mi único trabajo consistía en ser un chaval. Raro. Era la primera vez que tenía ese trabajo.

Pero ella bien sabía que yo no era ningún crío, porque me preguntó si necesitaba que me consiguiera una maquinilla de afeitar eléctrica. (Embarazoso, pero cierto). Me consiguió también un desodorante Old Spice sin preguntarme siquiera si lo quería. (Más embarazoso todavía). Era una señora superamable, sin marido y con un chaval que jugaba al fútbol americano. Tenía arrugas alrededor de la boca y vestía uno de esos pantalones elásticos que llevan las señoras mayores, aunque sin duda ella no estaba para el arrastre. Se pintaba la raya de los ojos en forma de alas de pájaro. Lo que quiero decir es que si Angus tenía dudas sobre temas de chicas, como pasar la aspiradora o maquillarse, tenía a quién preguntarle. Pero estoy convencido de que no lo hacía, pues a Angus parecían irle más las cosas que no eran bonitas, tipo collares de alambre de espino. Esto no significa que se peleara con Mattie Kate ni con su padre. Ni siquiera con U-Haul, lo cual resultaba preocupante. El tipo daba asco. No paraba de tocarse la cara, el mugriento cabello pelirrojo y otras cosas que simplemente estaban mal, como el asiento del que Angus acababa de levantarse para ir a rellenarse la bebida. Repugnante. El caso es que llevaba toda la vida trabajando para el entrenador y la gente se acostumbra a cualquier cosa.

Angus sabía que era un mentiroso. Me lo había contado. El verdadero asistente del entrenador era el señor Briggs, un profesor remunerado que enseñaba Historia en la escuela secundaria de Jonesville y entrenaba a los juveniles, además de echar una mano con el equipo del instituto. Durante los entrenamientos se ocupaba de las estrategias defensivas, mientras que el entrenador se ocupaba de las ofensivas. U-Haul solo era el tipo de los recados, que trabajaba a media jornada y al que pagaban con la ayuda de unas becas. Angus me dijo que se las daba de importante y que se salía con la suya jugando públicamente a no ser «nadie», al

tiempo que fingía ser el asistente del entrenador. Como si hiciera una reverencia y luego fuera borrando las huellas.

Angus y yo nos llevábamos bien, después de haber empezado con mal pie. No iba a aceptar sus consejos sobre vestimenta, muchas gracias, pero sí que me interesaban los que tenían que ver con la escuela, ya que iba dos cursos por delante. Yo también le expliqué un poco mi historia. Mi parentesco con Betsy Woodall, los lugares en los que había vivido. Esto ocurría después de que su padre se acostara a las siete de la tarde, de veras. Hacíamos los deberes y veíamos la televisión en un dormitorio de la planta de arriba en el que no había camas y al que ella llamaba «la guarida». Constaba únicamente de pufs y de un televisor que había encontrado entre el batiburrillo de artículos deportivos de la planta de abajo. Había impuesto la norma innegociable de que no quería ni rastro de material deportivo en su guarida, so pena de muerte. En la guarida de Angus eran bienvenidas formas de entretenimiento de todo tipo, como guerras de palomitas o lanzamiento de M&M's a las respectivas bocas. A mí me sabía mal que Mattie Kate tuviera que limpiar todo aquello, pero Angus siempre salía con lo mismo: la mujer necesitaba aquel trabajo, por lo que no íbamos a ser nosotros quienes se lo quitáramos.

Me fue difícil acostumbrarme a recibir tantas atenciones. Y a las normas. Los deberes se hacen, y punto. No se sale en las noches previas a días de colegio. Fiestas farmacológicas, ni de coña. Ni siquiera se me ocurrió sugerir que nos bebiéramos el alcohol de su padre. Angus era estricta con ciertas cosas y se encargaba de necesidades de la casa, como hacer la lista de la compra, llamar para que arreglaran el calentador, tareas así. El entrenador vivía solo para el fútbol, por lo que, si hubiera dependido de él, la nevera habría estado siempre vacía y las cañerías se habrían acabado congelando. Pero yo no veía que Angus tuviera grandes preocupaciones. Todo en aquella casa parecía estar atendido. ¿Si me quedaba allí acabaría convertido en uno de esos niñatos de la escuela secundaria de Jonesville? Sabía que eso no era algo de lo que debiera preocuparme. Nadie se quedaba conmigo mucho tiempo.

30

Había temido el inicio de la escuela secundaria por la posibilidad de encontrarme con chicos mayores dispuestos a apalizarme. Hasta entonces, ser el más alto de cuarto y de quinto me había convertido en el tipo de perdedor al que la gente puede odiar, pero que inspira cierto respeto a la hora de meterse con él. Aunque la vida da muchas vueltas. La escuela te baja de escalafón en un visto y no visto. Es cierto que la escuela secundaria de Jonesville era una camada de cachorritos, pero también había algunos perrazos. Con el tiempo aprendí a detectarlos, fumando en cuclillas o repantingados al fondo del aula con sus zapatones desabrochados encima de mesas vacías. Chavales que repetían tantas veces de curso que llegaban a octavo con unas patillas de campeonato y una bonita colección de malos hábitos. Podían machacarme.

Pero afrontaba sexto equipado como un nuevo Demon. Seguía siendo yo, pero con unas zapatillas deportivas de sesenta dólares, así que… Un perdedor camuflado. Vivir en casa del entrenador era como llevar un arma encima. La gente se apartaba de mi camino cuando avanzaba por el pasillo. No en plan «puaj, aquí apesta a chaval de acogida», sino en plan «guau, mira quién llega».

Al principio nadie sabía cuál era mi relación exacta con el entrenador. Yo el primero. No era hijo suyo, pero él era quien firmaba mis autorizaciones, como la de si podía ver las películas de educación sexual. Tampoco es que se enterara mucho. Le llevábamos las autorizaciones a la mesa durante la cena y él las firmaba sin dejar de comer, como una vaca que mastica hierba, mientras sus ojos, enmarcados por unas espesas cejas, repasaban mentalmente alguna jugada. Me autorizó a ver porno en la sala de estudio. No estoy diciendo que luego lo hiciera. Pero si había alguien a quien pedirle cuentas sobre mis cosas, ese era el entrenador.

La cosa fue a más cuando me dejó que lo ayudara durante los entrenamientos del sábado. Aunque solo era el chico de los recados del chico de los recados, aquello seguía siendo jodidamente alucinante. ¿Demon trazando marcas de tiza sobre el campo y llevando trineos de arrastre y protectores corporales? ¿Sobre el césped del estadio Five Star al que Creaky nos había llevado para las sesiones de oración los viernes por la noche y donde habíamos pedido a gritos que los Generals llevaran a cabo un baño de sangre? ¿Pisando el interior del pabellón Red Rage y sintiéndome en presencia de la grandeza? ¿O al menos en presencia de las toallas mojadas y los suspensorios de la grandeza?

Solo iba los sábados, nunca después del colegio, porque el entrenador había impuesto ciertas normas respecto a los deberes que Angus bien se encargaba de vigilar que se cumplieran. A ella no le gustaba que yo fuera a los entrenamientos, pero el entrenador era de la opinión de que no se puede tener a un chaval enjaulado, y no había más que hablar. De modo que, aunque en casa ni siquiera me permitían meter mi ropa sucia en la lavadora, yo recogía la del equipo como si me fuera la vida en ello y observaba las rutinas de los jugadores de instituto, procurando entender algunas de las jugadas. Fast Forward pertenecía ya a un pasado remoto, pero aquellos tipos tenían buenas manos y golpeaban con fuerza. El entrenador sufría una transformación durante los entrenamientos. Rodillas en el suelo, ojos de lince, observando a sus chicos ejecutar ejercicios o completar pases. Y con observar me refiero a memorizar sus

movimientos. Atento a las pérdidas del balón o a la mera posibilidad de que se produjeran, gritándoles que repitieran la jugada y que esta vez no la fastidiaran. Y bien que la repetían. Hasta veinte veces, si era necesario. ¿Dónde estaba ese padre que iba por casa como sonámbulo y de cuyo camino debíamos apartarnos si no queríamos que nos arrollara? En el estadio Five Star no. Allí rendía a plena potencia, guiando a sus Generals hasta que estos mostraban la excelencia que él buscaba y entonces les decía que eran los mejores, dándoles palmaditas en la espalda a medida que salían del campo de entrenamiento, camino de las duchas.

Y uno de esos hombres era yo. Me faltaban aún tres años para tener la menor oportunidad de entrar en los Generals y estaba a años luz de tener dos dedos de frente, pero un día ocurrió algo. El equipo ya se había retirado y estábamos recogiendo el material cuando de golpe oí al entrenador gritar «¡Cuidado, Demon!», y al levantar la vista me encontré con un balón a punto de impactarme en la cara. Lo cogí de puto milagro. Me disponía a guardarlo con el resto cuando el entrenador me detuvo y me propuso hacer algunos pases. Él me lanzaba el balón y me hacía correr por el campo para comprobar mis piernas, mis movimientos. «Ahora veamos ese brazo», me dijo. Yo estaba hecho un flan, mientras procuraba recordar algo de lo que Fast Forward me había enseñado sobre agarrar el balón o tener visión periférica. Dándolo todo.

Mi todo no era para lanzar cohetes, pero el entrenador quería que muriera en el intento. Al fin asomó una sonrisa en sus labios y fue como si el sol hubiera asomado de detrás de las nubes. Inolvidable. El modo como miró más allá de mis brazos y mis piernas, hasta el alma del General en el que algún día podría convertirme, totalmente centrado en mí y en el balón que nos unía, en la curvatura de la muñeca, en el giro de la cabeza. Y lo que yo pude ver en esos momentos fue al jugador de los Generals que el entrenador había sido en aquel mismo campo tantos años atrás, enfervorizando al público, dedicándole una sonrisa reluciente a alguna chica de las gradas con la que luego, durante el ritual posterior al partido, empañaría los cristales de su furgoneta. Pensé en la madre de Angus, y me pregunté si habría sido animadora.

Pero no. Tratándose de una de las chicas de la señora Betsy, seguro que no habría sido de las que empañan cristales. Angus me había contado que se habían conocido en la Universidad de Knoxville, a la que él había asistido gracias a una beca deportiva. Jugó en la posición de *running back* un año, pero luego se lesionó un hombro y tuvo que cursar Educación Física. ¿Sabría Angus de la existencia de esa otra persona en la que se transformaba su padre durante los entrenamientos? Esperaba que sí. O, repensándomelo, mejor que no.

Para mí, la escuela dio un giro radical gracias a un profesor llamado señor Armstrong. Daba clases de Lengua Inglesa a los de séptimo y octavo, por lo tanto, a mí no me tocaba, pero también ejercía de consejero, es decir, que se preocupaba por el estado general de los alumnos abonados a los problemas.

A mí me habían soltado sin más en las clases de la escuela secundaria Jonesville y en menos de un minuto ya me estaba yendo a pique en plan *Titanic*. Examen de mates: «Simplifica el enunciado utilizando un orden de operaciones que bla-bla-bla números racionales». Una página llena de números y cosas que ni siquiera eran números, como un maldito código. En la hoja de ejercicios que devolví en blanco escribí: «Aquí va vuestro enunciado simplificado: Menuda putada».

Por suerte, conseguí tacharlo antes de que el profesor recogiera las hojas, por lo que me salvé

de una visita al director. Pero me fui de cabeza al aula de los borregos, junto a los chavalotes de las patillas y los zapatones desabrochados. Todos avanzábamos a la vez, un rebaño grande y lento, desde matemáticas para bebés hasta toda suerte de clases de repaso, pasando por muchas horas en salas de estudio donde el material de lectura eran revistas como *Hot Rod Magazine*, *Muscle Machines* o *Car&Driver*. También femeninas como *Allure* o *Cosmo*, pues no faltaban chicas en nuestro grupo. En vez de patillas estas lucían unos buenos melones. Nos encaminábamos a una formación básica con vistas a acabar ejerciendo de mecánicos o de peluqueras. ¿Qué importaba, pues, que nos pasáramos el día entero leyendo revistas? En sus páginas podía haber información útil para nuestros destinos laborales.

Al ser nuevo, yo tenía que pasar una evaluación que realizaría el señor Armstrong. Tardó unas semanas en hacerme hueco, ya que otros chavales necesitaban de su testimonio en el tribunal para menores. Un hombre ocupado. Yo me había integrado en mi nueva pandilla, formada por perrazos de la escuela de Jonesville, nada de cachorritos, sino tías buenorras y tipos que aparentaban edad suficiente para comprar cerveza. Amigos con potencial. Y además gozaba de plena libertad para dibujar en mis cuadernos a todas horas, sin tener que preocuparme por mi educación. En estas apareció el señor Armstrong para ponerlo todo patas arriba.

Hay algo que debo concederle: no me sermoneó acerca de no estar a la altura de mi potencial. Había solicitado los informes de los Servicios Sociales, que se remontaban a las entrevistas llevadas a cabo tras la sobredosis de mi madre, o incluso más atrás. Yo había tenido un pie en la pila de casos deplorables de niños a cuyas madres les quitan la custodia desde mi nacimiento. Le dije al señor Armstrong que si había leído todos esos papeles, ya sabía de mi vida más que yo mismo. Me dijo que no y que nadie podía pretender saber cómo me sentía.

—Lo que sí sé es que eres resiliente —me dijo.

No era la primera palabra estupenda que oía para referirse al problema de Demon. Le pregunté si pensaba darme medicación para lo que fuera eso.

—No es nada que haya que curar. Significa «fuerte». Más allá de lo imaginable.

Lo miré. Me miró. Tenía las manos encima de la mesa y se toqueteaba los dedos, formando una cajita rellena de aire. Manos negras. Los nudillos casi azulados. Una alianza plateada.

—¿Sabes que a veces se oye hablar de esos milagros en los que un coche acaba destrozado tras un accidente pero el conductor consigue salir con vida? Estoy diciendo que tú eres ese conductor.

No era de por allí, tenía acento del norte, pero podía entenderlo.

—Está diciendo que soy afortunado.

—¿Eres afortunado si un conductor borracho se salta un stop y te destroza el coche?

—No.

—No, no lo eres. No has pedido sufrir ese accidente. Pero has conseguido salir de él por tu propio pie.

Me limité a encogerme de hombros.

—Bueno, al menos es como yo lo veo. Aquí estás, en mi despacho. Te has presentado. No andas por ahí intentando destrozar cualquier cosa o meterle un balazo o prenderle fuego.

Me reí al recordar que Intercambio y yo habíamos hecho exactamente eso con un trofeo en forma de cabeza de ciervo que habíamos encontrado un día entre la basura. Un macho de campeonato en perfectas condiciones hasta que pasamos por él. Dios mío, aquellos ojos

vidriosos. Pero el señor Armstrong no se reía. Me dijo que le habían advertido sobre mi rendimiento en clase, y, al mismo tiempo, que con frecuencia los alumnos sabían más de lo que los profesores podían evaluar con los exámenes. Su trabajo consistía en averiguar cuáles eran esos conocimientos, echando mano de otros métodos.

Le dije que si pretendía torturarme estaba dispuesto a confesar a las primeras de cambio: odiaba la escuela.

Asintió.

—Es comprensible. ¿Puedes hablarme de qué cosas te gustan?

Ayudar en los entrenamientos del equipo, pero no iba a compartirlo con aquel tipo. Probablemente me lo quitaría. Le dije que no se me ocurría nada que me gustara que estuviera permitido a los chavales de doce años.

—De modo que piensas que tu vida va a mejorar en los próximos años.

—Bueno, sí.

Asintió.

—Ya.

¿Quería decir que entendía lo que le acababa de decir o que todos los chavales le decían lo mismo? Ni idea. Era afable y duro al mismo tiempo, sus ojos, del color del chocolate fundido. No había rastro de malas intenciones en él, pero tampoco estaba dispuesto a soltar prenda si tú no lo hacías primero. Gafas grandes, camisa de vestir, más acicalado que la mayoría de los profesores. O quizá fuera el efecto de una camisa blanca sobre una piel oscura. No era una estampa habitual en Lee County. La televisión nos había acostumbrado a jugadores de la NBA o a raperos, tipos ricos con dientes de oro.

Con su táctica de esperar a que tomara la iniciativa consiguió sacarme algunas coas. Como que me gustaba dibujar. Me preguntó si le podía enseñar algunas de mis obras y le dije que de momento no. Últimamente me había dedicado al estudio de la figura humana, concretamente la de una chica que iba conmigo a todas las clases y a la que apodaban Salsa Picante, capaz de sentarse en una silla como si fuese un helado fundiéndose. Porno suave, para entendernos. Me dijo que de acuerdo, pero que quería ver algún dibujo antes de que acabara la semana, sin excusas. Como si fueran unos deberes.

El corazón me dio un vuelco. Repasé todos los cuadernos que conservaba, remontándome a los cómics de Fast Man salvando a los niños que dibujaba todas las noches en la granja de Creaky. No recordaba nada apto para los ojos de un profesor. Me puse nervioso, luego me cabreé y al final me dije que de acuerdo, que si aquel tío quería entrar en mi coco, allá él. Le llevé cosas de superhéroes. Niños siendo salvados. Estudió los dibujos como si estuviera leyendo el maldito periódico y luego me dijo que tenía unas tareas que darme. Yo pensé: «Estupendo, casi hemos terminado: más exámenes, más momentos de Demon hundiéndose como el *Titanic* en un océano de mierda».

Error. Los exámenes que me dio eran todos con dibujos. Por ejemplo: aquí hay unos cuadrados conectados que forman una caja desplegada, selecciona qué forma tendrá la caja cuando se vuelva a montar. Páginas y más páginas de esas tonterías, algo tan fácil que parecía un juego. Era el primer examen que completaba desde hacía una eternidad. Pensé que era un calentamiento antes de los exámenes de verdad. Otro error. El señor Armstrong me había engañado. Aquellos eran los tests especiales que pasaban a los superdotados, entre los que él me incluía. Menuda ridiculez. De golpe se puso a hablarme de que debería ponerme al día, y

que si conseguía subirme a ese tren durante la escuela secundaria, luego podría estudiar dibujo en el instituto en vez de acabar fabricando pajareras en un taller.

Esto me molestó bastante. Adaptarme a todo lo nuevo me estaba volviendo loco. Ropa, gente, casa. Lo único con lo que podía contar era con ser un idiota. Ahora se suponía que también debía tirar a la basura lo poco que quedaba de Demon y ser inteligente. ¿Seguiría siendo yo? Y lo más importante: ¿puede un superdotado jugar al fútbol americano? Lo dudo. El caso es que el señor Armstrong me metió en una clase de Lengua y Literatura Inglesa de más nivel y me apuntó a unas clases particulares de Matemáticas en las que coincidí con seis tías buenorras, por lo que pensé «Pues vale». El año siguiente estaría en otro lugar y en otra escuela, donde nadie sabría lo listo o no que un día fui.

Mis dotes y talentos fueron descubiertos por terceras personas. El primer responsable fue un tipo al que llamaban Cabeza de Pescado, que había perfeccionado la combinación exacta de pestazo a sudor y Axe con el objetivo de mantener bien lejos a sus depredadores. Era un día normal en clase de mates. Yo mataba el rato dibujando en mi libro de apuntes porque aquello era un descontrol. La señora Jackson nos repartía las hojas de ejercicios y luego se pasaba la hora leyendo un libro de bolsillo o pintándose las uñas. A día de hoy, el olor a esmalte de uñas aún me transporta al mundo de las sumas y las restas. Obviamente aquella era la clase para tontos. Yo ya estaba apuntado a las clases particulares, pero aún no habían empezado.

—¡Eh, Demon, dibújame rapidito distintos tipos de chochitos! —me susurró Cabeza de Pescado, y por «susurrar» quiero decir que la última fila se tronchó de la risa.

Yo no estaba tan familiarizado con los chochitos como para saber que los había de distintos tipos. Le pregunté si se refería a depilados y no depilados, pero resultó que no. Conocía los nombres de las diversas variedades.

—Como las tetas —me dijo—. Hay tantas como modelos de coche.

Nunca me había parado a pensarlo, aunque tampoco es que lo fuera a admitir.

—Como las largas y bajas —dijo Cabeza de Pescado, acompañando sus palabras de gestos, porque no era precisamente ducho en las primeras.

Otros alumnos se apresuraron a echarle una mano.

—Planas, tubulares, puntiagudas.

Un chaval tenía un *Playboy* y, como reza el dicho, una imagen vale más que mil palabras. Solo me dejaron quedármela hasta que acabó la clase, pero se me daba de perlas retener en la cabeza lo observado con detenimiento. Empecé a cobrarles a los compañeros por esos dibujos, cincuenta centavos por partes del cuerpo, un dólar por el cuerpo entero. No incluía caras. Debería haberles cobrado extra por caras y manos, ya que exigen mucho más tiempo, pero la verdad es que no les despertaban ningún interés. Les acabé pidiendo que me dejaran llevarme a casa esas revistas para familiarizarme más a fondo con los diferentes tipos y modelos. Mi fijación con los chasis dio un giro inesperado.

Para mi sorpresa, si podía contar con alguien era con Angus. No había tenido un amigo desde Maggot, y de eso hacía ya mucho tiempo. Yo no acostumbraba a pasar tiempo con una chica, pero ella no lo parecía ni al derecho ni al revés. No tanto por sus botas molonas ni por lo mucho que sabía de coches, sino por su tolerancia cero con las tonterías. Si habéis conocido a una chica de secundaria ya sabréis de lo que hablo: erupciones volcánicas de tonterías. A cada

minuto una nueva emergencia, la mejor amiga que se convierte de pronto en la peor enemiga. Un chico con el que ayer flirteaba y que hoy ya está hablando con otra. Cada parte del cuerpo o demasiado grande o demasiado pequeña, y muchos «Ah, odio este vestido» y «Dios mío, ¿y si estoy embarazada?». Mis experiencias con chicas no habían ido tan lejos, casi todo me llegaba por boca de Angus. No soportaba aquellas cosas y necesitaba desahogarse. Mucho.

—Así que le dije a Michaela: «Mira, tienes el culo que tienes. Así se va a quedar, tanto si te pones esos vaqueros como si no, de modo que deja de preguntarme».

—O no, me lo puedo imaginar.

—No sigas por ahí, amiguito.

Demasiado tarde, ya lo había hecho. Ojo de artista. Angus no podía saberlo, ya que no formaba parte del grupito de Cabeza de Pescado, pero el culo de Michaela había sido legendario en su día.

Angus paró de quejarse y me pasó una bolsa para las hojas, resultado de la fijación de Mattie Kate aquel otoño por que rastrilláramos el patio. Quizá solo nos quería tener lejos de su vista mientras pasaba la aspiradora, o pretendía evitar que nos pasáramos el día jugando a la PlayStation en el dormitorio de Angus. Pero lo de rastrillar las hojas… Siempre van a caer más. Metía hojas en aquellas bolsas hasta que prácticamente reventaban, como si en verdad contuvieran ladrillos. Mi historial de buena predisposición me precedía.

—De acuerdo —le dije—. Ya la has sermoneado. Puedes borrar a Michaela de tu lista de moscas cojoneras.

—Ah, no. Esto no es como en *Mario Bros*, donde saltas encima de un goomba y adiós. Michaela es una no muerta de *Monkey Island*. No deja de volver a por ti.

Yo habría quemado gustosamente aquellas hojas, pero el condado tenía leyes muy estrictas sobre hacer fuego en el exterior y Angus era una puta poli con todo lo relacionado con la legalidad. No le pegaba, con lo pasota que era en general, pero era su forma de proteger al entrenador. Podía perder su trabajo en menos que canta un gallo.

—Pues estamos en Gimnasia y yo estoy a lo mío cuando se me acerca Donna. —Dentro voz de Minnie Mouse—. «Elizabeth me ha dicho que Michaela le ha dicho que te diga que ya no te habla». Y yo: «Lo siento, ¿acaso Michaela pensaba que yo quería hablar con ella?». Solo empezamos a hablarnos porque fuimos compañeras en un proyecto sobre la Antártida, y eso porque el señor Nordwood me tiene por una hermanita de la caridad, y resultó que Michaela se creía que los pingüinos vivían en el polo norte junto a los puñeteros elfos de Papá Noel.

Era sorprendente que cualquiera de esas chicas intentara acercarse a Angus, pero algunas lo hacían. Quizá por el entrenador, como si todo lo que girara a su alrededor tuviera un halo divino. O quizá quisieran ser como Angus, tener su actitud, su ropa, lo que fuera. Esfuerzos vanos. Angus sí tenía amigos, frikis y *gamers*, un tipo llamado Sax que tocaba la batería, aunque la mayoría de los chavales le tenían pánico. Yo incluido, pero la ausencia del entrenador nos había dejado un vacío que debíamos rellenar. Cuanto más avanzaba el otoño, menos lo veíamos por casa. Los Generals se mantenían invictos, sus rivales caían uno detrás de otro y todo Lee County no cabía en sí de orgullo. Cualquier error en los entrenamientos significaba media hora extra de carreras extenuantes por las graderías y tener al entrenador de un humor de perros. Un error individual es un castigo colectivo, un equipo es un solo cuerpo, etcétera. En casa se pasaba el día encerrado visionando partidos. Ni siquiera se enteró de lo del señor Armstrong, se limitó a firmar las autorizaciones sin echarles ni un vistazo.

Se lo confesé a Angus y resultó que ella también era superdotada. No me sorprendió, leía tanto como Tommy, pero libros más de adulto, como ciencia ficción y mierdas para chicas cuyos títulos bastaban para helarte el espinazo. Lo que daba más miedo de Angus era su capacidad para analizar todo lo que veía. No me refiero a aficionadas como Michaela, sino a gente de la televisión. En plan estábamos viendo una serie y aparecía una chica fea, con gafas, etcétera, y entonces Angus soltaba: «Vale, fíjate, esa será la lista». O si aparecía un extranjero, aseguraba que pronto se convertiría en el villano. Angus era capaz de desmontar una serie a lo bestia. Cuando alguna vez salía un personaje que se nos parecía, rollo gente del campo, decía que solo estaba ahí por un motivo: ser el idiota. Espera un momento… ¡chiste! ¡Es un tonto del culo! Cuando se trataba de una chica, peor. La típica que pensaba que los condones eran globos de fiesta y que el tipo que solo pretendía follársela era un caballero de lo más dulce. Angus no daba crédito a que jamás me hubiera fijado. Uno se acostumbraba hasta tal extremo a que los suyos nunca aparecieran en la tele que cuando lo hacían mi reacción era: «Guay, ¡han invitado a la fiesta a los chicos del campo!».

Me aconsejó que no me rayara con todo eso de los superdotados. No era para tanto, te sacaban de clase para ponerte a hacer cosas interesantes. Durante las vacaciones de Pascua te llevaban de viaje. ¿A ver el océano? Posiblemente, me dijo. Una vez fueron a Stone Mountain, en Georgia, que queda prácticamente igual de lejos. Por lo que no se podía descartar lo del océano. Sería genial. Si es que yo seguía por ahí a la primavera siguiente, si espabilaba con las mates, si dejaba atrás al pelotón de los idiotas. Demasiados «si».

Mientras tanto, debía encontrar el modo de encajar en aquella gran casa con Angus, porque el entrenador recordaba a un oso que solo salía de su cueva para masticar la cena y estrujar la lata de cerveza que luego dejaba sobre la mesa. Aquellos dientes tan grandes y cuadrados daban la sensación de dolerle a todas horas. Por cierto, Angus me contó que ni siquiera eran de verdad. Llevaba dentadura postiza desde el instituto, después de perder por completo los dientes de arriba al aterrizar sobre el terreno de juego y morder más hierba de la que podía engullir.

Otra cosa que me reveló como de pasada fue su verdadero nombre: Agnes. Unos niños de primero la llamaron así para hacerla enfadar y ella les cerró la boca diciéndoles que le gustaba más. Luego decidió quedárselo. Y en la misma línea, su padre solía llevársela con él a todos los entrenamientos y partidos, subiéndosela a los hombros. La niña del entrenador, luciendo su minicamiseta de los Generals que una señora le había confeccionado a medida y siguiendo desde las alturas todo lo que pasaba. Sin embargo, cuando llegó a quinto su padre ya no le permitió asistir a los entrenamientos, pues consideraba que no era un lugar apropiado para una jovencita. Ella dijo que de acuerdo, que a partir de ese momento odiaba el fútbol americano. Y al final decidió creérselo. Y esta es la historia de la chica sin madre llamada Angus. Insuperable. El entrenador era un hombre de gran tamaño que tenía el mundo cogido entre sus grandes manos; cada partido, una victoria, o el mundo se acababa. Como una tormenta dentro un vaso de chupito, o algo así. Angus era justo lo contrario. Un océano entero, oscuro y frío.

31

A través de algún primo, los Peggot consiguieron localizarme y un día llamaron a casa. Mattie Kate me pasó el teléfono sin decirme nada y la voz de la señora Peggot me dejó sin respiración. Solo quería saber cómo estaba, dijo. Yo tenía unas cuantas respuestas posibles, empezando por «Veo que ahora sí que te preocupas», pero en vez de eso se me atragantaron las palabras. Sí, me gustaría ver a Maggot y a ella y al señor Peg. Intentaría que alguien me llevara en coche hasta allí. El sábado, después del entrenamiento.

Sabía que U-Haul lo haría si el entrenador se lo pedía, y no me equivocaba. U-Haul se quedó esperando en el coche todo el rato, por lo que me recordó a los tiempos de las visitas supervisadas, aunque la verdad es que él no tenía ninguna autoridad. Me quedé a cenar.

Los Peggot se abalanzaron sobre mí como si hubiera regresado de la luna. La señora Peggot me dijo que había crecido una barbaridad. Me sorprendió mucho cuánto había cambiado Maggot, con los ojos maquillados como un mapache y dos *piercings* en el labio inferior. Me preguntaron por Jonesville, el entrenador y mi abuela Betsy, y cómo es que se había interesado por mí después de tanto tiempo. Les conté que probablemente ni siquiera estuviera al corriente de mi existencia hasta que me presenté en su patio con aspecto de vómito de perro.

—No. No es cierto. Sabía de ti —me dijo la señora Peggot.

Se hizo el silencio. El señor Peg la miró y ella asintió. Así fue como a los doce años y en la cocina de los Peggot al fin escuché la verdad acerca de la visita de mi abuela para confrontarse con mi madre. No fue el día de mi nacimiento, sino unas semanas antes. Vieron subir por la cañada un coche que ninguno de ellos conocía.

—Era una camioneta Chevy con una muchacha insolente al volante —dijo el señor Peg.

La señora Peggot hizo un gesto con el brazo indicando que ella era la encargada de contar la historia.

—Conducía una muchacha y del vehículo salió una señora alta y grandota que fue directa hacia la caravana de tu madre.

—Entonces aquella muchacha bajó también del vehículo, abrió la puerta trasera, ¿y qué crees que había allí? —añadió el señor Peg.

La señora Peggot lo volvió a hacer callar.

—En el asiento trasero descansaba el individuo más pequeño que te puedas imaginar. Era adulto, pero, por algún motivo, muy pequeño.

Yo conocía a ese individuo. No dije nada. No quería empezar una guerra.

—No bajó de la camioneta. Ambos se quedaron allí fumando sin parar. La muchacha insolente se apoyaba en la carrocería como desafiando a quien se acercara a decirle algo.

—Pero ¿vosotros…? —yo ni siquiera sabía qué quería saber.

—Cariño, era la primera vez que veíamos a esas personas. Nos quedamos esperando a que aquella mujer saliera de la caravana. Y cuando lo hizo se marcharon.

La señora Peggot me contó que mamá se volvió irascible después de aquello y que les repetía a los vecinos que ese no era su asunto. Pero la señora Peggot consiguió sonsacarle que se trataba de la madre de su novio muerto y que había venido a meter las narices, pretendiendo llevarse al bebé. Se ve que en verano mi padre le había escrito una carta a mi abuela en la que

aseguraba lamentar casi todo lo ocurrido entre ellos y le contaba que iba a ser padre en noviembre. Le preguntaba si para entonces querría venir a conocer a su nieto. Veinte años después, ambos estaban a punto de enterrar el hacha de guerra. Luego mi padre murió, por lo que... en mal momento. Uno podía entender lo furiosa que debía de sentirse mi abuela.

Maggot escuchó toda la historia con la boca abierta. Posiblemente yo hiciera lo mismo. Me dejó de piedra que la señora Peggot nunca la hubiera compartido conmigo. Debía de ser por culpa de mi madre. Las dos habían discutido a muerte sobre si debía o no ir a visitar la tumba de mi padre en Murder Valley, con mi madre totalmente en contra. No debía querer que llegara a mis oídos la existencia de esa señora que podría arrancarme de su lado. No me extrañaba que no hubiera querido saber nada de que yo llevara el apellido Woodall. Aquel secreto era el único poder en manos de mi madre. Probablemente le habría hecho jurar a la señora Peggot sobre una puñetera pila de Biblias sacadas de Walmart que no se iría de la lengua.

Me quedé sin palabras. Excepto para decir que sí, que me quedaba a cenar.

Estar de vuelta en aquella casa me hizo sentir raro. Estar familiarizado con todos los detalles, qué peldaños crujían, quiénes eran cada uno de los antepasados Peggot que nos miraban desde las fotografías que colgaban torcidas de las paredes. La bañera que hacía que me cagara encima de niño. La colección de figuritas de búhos que acumulaban polvo sobre sus diminutas cabezas en la repisa de la ventana. Me sentía a la vez en casa y como un extraño. Maggot y yo pasamos un rato en su dormitorio y al principio se mostró un poco distante. Él sabía lo enfadado que había estado yo con la decisión de los Peggot de no acogerme en aquella casa. Pero le conté que ahora estaba de cine, que vivía en una casa-castillo, y le pregunté qué mierda de corte de pelo era ese. Me dijo que era fruto de «un acuerdo».

—¿Entre quién y quién? —quise saber.

La última vez que lo había visto la melena le llegaba por los hombros y el señor Peg lo amenazaba constantemente con echar mano de las tijeras mientras dormía. Maggot me dijo que había accedido a cortárselo, pero a su manera. «Su manera» consistía en teñírselo de negro, dejarse mechones con diferentes longitudes y cardárselo alrededor de la cara. En absoluto un corte normal para una chica ni para un chico.

—¿Te lo hicieron en la peluquería?

—No. Una chica de la escuela. Martha Coldiron. Seguro que te acuerdas de ella.

En efecto. Una chica gótica.

—¿Ahora corta el pelo en vez de cortarse a sí misma? Espero que limpiara las tijeras antes.

Hizo un gesto de desagrado con la boca y miró por la ventana hacia donde antaño estuvo mi casa. Martha era probablemente su mejor amiga.

—Lo siento, tío.

No quería oírlo hablar de sus nuevos amigos ni de las cosas que ahora le gustaban. Sentí como si el último puente que podría conducirme de regreso a Demon hubiera saltado por los aires. Estaba viendo cómo se desmoronaba a cámara lenta.

Le pregunté cómo era que la señora Peggot no lo había matado aún por lo del maquillaje y todo lo demás, pero se limitó a encogerse de hombros.

—¿Y qué va a hacer? ¿Devolverme con mamá?

Por ese lado no tenía buenas noticias. La petición de libertad condicional le había sido denegada por haber insultado a una guarda, lo que era del todo injusto, porque aquella puta

cabrona se la tenía jurada. Le apuntaba falsas faltas durante los recuentos, llamándola «lesbiana por necesidad» y otras mierdas, hasta que un día no lo aguantó más y explotó. La maldición de Mariah Peggot.

Durante la cena pasamos a temas más alegres, como el de June, la hija superestrella. Ahora ejercía de enfermera en prácticas en la clínica Pennington Gap y vivía en una casa que era una locura absoluta. «Una cúpula geográfica», dijo el señor Peg. «Como un barco vuelto del revés», dijo Maggot. Pero con ventanas y dos pisos. Al parecer, a Emmy le parecía la cosa más mona que había visto en la vida.

La señora Peggot dijo que un día tenían que llevarme a que les hiciera una visita. June y Emmy siempre preguntaban por mí.

—Se ha echado novio —anunció Maggot.

—Un tal Kent. Ha estado mucho tiempo cortejándola —dijo el señor Peg.

—No hablo del cretino del novio de June. Sino de Emmy, está pillada —dijo Maggot con la mirada fija en mí.

El maquillaje me impedía descifrar la expresión de su rostro.

—Claro. ¿Por qué no iba a tener novio? Es un bellezón —dije yo.

—Kent sigue viviendo en Knoxville, pero viaja todo el tiempo. Siempre que puede se pasa a ver a June. Lleva lo de los medicamentos de las farmacias.

—Kent vende drogas —dijo Maggot. Los ojos bien abiertos y enmarcados por dos círculos oscuros. Un payaso mortífero.

Por primera vez en toda la noche pensé en U-Haul, esperándome fuera, en el coche. Mi terrorífico billete de vuelta. Durante diez segundos perdí el interés en la comida, pero lo superé. Había estofado, nada menos.

—Le van muy bien las cosas. Confío en que cualquier día de estos hinque la rodilla —dijo el señor Peg.

—Voy a hacer las pruebas de acceso para el equipo juvenil de fútbol americano —dije. Aún no tenía edad, pero nadie me estaba escuchando.

Cumplieron con su promesa y tuve oportunidad de verlo todo: la casa geográfica/barco invertido; a Emmy, el bellezón de octavo curso, y al novio vendedor de drogas de la tía June. Subimos a la habitación de Emmy y nos puso al día de todo, igual que en los viejos tiempos. Aunque esta vez no en el interior de un armario. Las cúpulas geográficas/casas barco no van sobradas de armarios. Todo el techo, o pared, o lo que sea, no es más que un conjunto de triángulos que trazan una curva. Imposible de explicar, deberíais verlo. Nos sentamos en la cama de Emmy.

Para abreviar: detestaba a Kent. Nos contó que rugía como una foca cada vez que la tía June y él se lo montaban. Cuando venía de visita, fingía que dormía en el sofá cama de la planta de abajo, a la espera de que Emmy se hubiera dormido. Detesté la idea de que la tía June se rebajara a hacer montajes de ese tipo. Maggot actuaba en plan «a-mí-nada-me-sorprende-llevo-*piercings*-¿no?», pero noté que sí le afectaba. Lo que no nos sorprendió fue lo de que hiciera tanto ruido. Aun en el dormitorio de la planta de arriba con la puerta cerrada, podíamos oírlo hablar con los Peggot, para lo que ponía su voz televisiva, como si el matrimonio estuviera viendo un canal de teletienda y Kent fuera el producto. Maggot le sugirió a Emmy que le echara algo en el café, como pis o disolvente. Se levantó de la cama y fue

a fisgonear el maquillaje de su prima.

—Como me pilles el Max Factor te la cargas, buscona. Ese material cuesta una fortuna.

—Vale. ¿Dónde tienes el lubricante para que te la metan por el culo?

Que Emmy estuviera tan buena era de esperar. Pero parecía diez años mayor que nosotros. Había pasado del aspecto de chica Disney a una mezcla de Madonna y vaquera, con faldas de volantes, chaquetas tejanas y medias azul oscuro. Estábamos sentados en su cama. Yo deseaba tocarle los pies, que eran perfectos, como dos pequeñas palomas azules. Seguía llevando mi brazalete plateado en forma de serpiente en el tobillo, por encima de las medias. ¿No se lo quitaría nunca? Parecía el colmo de la tranquilidad, explicándonos los retozos de June y Kent sin pizca de vergüenza. Como si no se acordara de que nosotros, tiempo atrás, habíamos ido más allá de la primera base durante treinta minutos, e incluso más allá durante quince, hasta que casi nos da un infarto. Nunca había ocurrido. Era de lo más dulce conmigo pero, bah, yo no era más que un crío.

Yo también me esforcé por apartarlo de mi cabeza, incluso el olor afrutado que aún conservaba.

Maggot sacó varias veces el tema del novio de Emmy. Me pareció una forma de venganza retrospectiva, para demostrarme que había sido testigo de nuestros flirteos en Knoxville. Aquel lado hiriente suyo no tenía sentido, el Maggot del pasado no le habría hecho daño a una mosca. Excepto obviamente para arrancarle las alas, lo que no habría sido más que una chiquillada. Emmy no picó el anzuelo y se limitó a decir que Hammer y ella no salían juntos, que solo eran amigos. Yo no dejaba de darle vueltas a ese nombre. ¿Hammer Kelly? ¿El de la nuca rapada, el supereducado primo pero que en realidad no era primo, el del corazón demasiado grande para este mundo, incluso cuando evisceraba a un ciervo con un cuchillo Bowie? Pero Emmy no paraba de llevar la conversación de vuelta al novio de tía June. Yo dije que no podía entenderlo. Ella no era tonta, además, ya había rechazado a la mitad de los tipos del condado. Ese Kent debía de tener algo que mereciera la pena.

La teoría de Maggot apuntaba hacia el sexo. Una tranca de caballo.

Emmy lo negó. Debía de ser por todo lo que le regalaba. Kent era una versión joven de Papá Noel; se presentaba al volante de su Ford Explorer y repartía obsequios a todas las enfermeras en todos los eventos. Bombones para las gordas, cupones de descuento para la peluquería para las que estaban a dieta. Parecía contar con elfos espía que lo informaban de lo que quería cada una. Los médicos recibían vacaciones pagadas en Hawái y demás. Escapadas para jugar al golf.

—Joder con el tío. Yo me pido Hawái —dijo Maggot.

—Para eso tienes que ser médico o enfermera. Es el premio que consigues por recetar sus pastillas.

—De acuerdo. Pues cuando la tía June consiga su viaje a Hawái, haz que nos lleve con ella. No me importaría tener que oír los rugidos de foca del tipo mientras se la tira toda la noche. Iría de todas formas. —Maggot se iba poniendo las horquillas de Emmy en su alborotado cabello, consiguiendo que parecieran tentáculos. Y se pintaba los labios de azul marino. Se dio la vuelta para enseñarnos el resultado.

—Yo también me apuntaría —dije. No es que esperara que me invitara, pero, Dios mío, el océano.

Emmy nos contó que la tía June no podía obtener premios, al ser su novia. Lo que la volvía loca era la popularidad de Kent.

—Mamá asegura que si hay alguien sobre la faz de la tierra que necesita unas vacaciones en Hawái, ese es un médico de Lee County.

Le recordamos Knoxville. La historia esa de la señora embarazada que fue apuñalada con el bebé dentro. Emmy negó con la cabeza, por nuestra poca memoria.

—No se arrepiente de haber regresado. Pero cree que, desde un punto de vista médico, Lee County es la antesala del infierno, con demasiados pacientes y una montaña de formularios que lo entorpecen todo. Todos los médicos y las enfermeras que conocía se han trasladado a la ciudad para poder ganarse la vida —concluyó Emmy.

Hacía un día de perros, de lo contrario, quizás habríamos salido fuera a seguir poniendo a parir a nuestros mayores. O no, porque Maggot se lo estaba pasando en grande con las cosas de Emmy. Se había puesto un chaleco brillante a lo Madonna, sin camiseta, y unos pantalones enormes que crujían al menor movimiento, y que tuvo que colocarse por encima de los vaqueros, porque estaba delgadísimo. Al cabo de un rato, oímos a alguien que nos llamaba.

—Chis —dijo Emmy. Maggot dejó de moverse y se sentó en el suelo, dando una vuelta sobre sí mismo.

Era la tía June subiendo por las escaleras. Los Peggot querían volver a casa. En aquellos momentos la lluvia impactaba con tal fuerza sobre el tejado que se diría que unos elfos malvados nos arrojaban rocas desde unos árboles. Al ser una casa de tipo cúpula, cuando digo «tejado» me refiero a los triángulos de vidrio y toda la pesca. Quizás estuviera granizando, pronto oscurecería y el señor Peg tenía la vista tan mal que conducía como el borracho más lento del mundo. Tras la operación de cataratas, la señora Peggot había recuperado su vista de lince, pero se negaba a conducir.

Nos demoramos para dar tiempo a que Maggot recuperara un aspecto presentable y luego fuimos a sentarnos en las escaleras. De ahí no podía moverse nadie hasta que Kent no terminara su maldita charla sobre cómo el sector médico no se tomaba en serio el tema del dolor.

—Ahora lo tenemos muy claro. El dolor es la quinta señal vital. Hemos inventado un marcador del dolor para que el paciente pueda ofrecernos una valoración objetiva.

—Sé lo que te preocupa, papi —dijo la tía June—, pero no hay peligro de que este medicamento te cause dependencia. La empresa llevó a cabo todo tipo de estudios. Puedo mostrarte el prospecto.

La tía June estaba en la cocina, que formaba parte del salón, pues toda la planta inferior consistía en un único espacio. La observé desde lo alto de las escaleras. Lucía una camiseta negra ajustada que se había remetido en la cintura de los vaqueros, y me pregunté si era muy pervertido por mi parte que siguiera pensando que estaba muy buenorra. Que siguiera pensando que tanto ella como su sobrina/hija estuvieran muy buenorras. Había horneado un pollo y un pastel para la cena. Mi cumpleaños había sido el motivo de nuestra visita. Vale, estaba enamorado de aquella mujer. Nos envolvió las sobras para que nos las lleváramos a casa. La señora Peggot había dicho que ni hablar, que se las quedaran ellas, pero la tía June había insistido hasta ganar la discusión. Aquella era la familia que yo conocía tan bien.

El señor y la señora Peggot estaban hundidos en el sofá escuchando el rollo de Kent. Su aspecto recordaba al de Burt Reynolds, bigote, demasiado bien vestido para un sábado. Desde mi posición podía verle un círculo de piel rosácea en mitad de la cabeza, que había intentado tapar peinándose con la raya a un lado. No un Homer Simpson total como lo de Creaky, sino

apenas de nivel principiante. Pero ¿cómo confiar en un tipo capaz de engañar a su propia cabeza? La tía June se había rebajado una barbaridad.

Emmy estaba sentada a mi lado. Mi rodilla tocaba la suya, pero no se había percatado. Miraba a Kent como si deseara que una fuerza superior lo desintegrara.

—Pedimos a los pacientes que apunten en la gráfica el número que creen que corresponde a su dolor —les explicaba la tía June, mientras llenaba de ensalada de patata un envase para mantequilla, vacío y de color amarillo—. Fue la empresa de Kent la que lo ideó.

—Pensamos que vuestro dolor es un hecho, no una mera opinión —dijo Kent—. Es todo cuanto tengo que decir.

No cabía duda de que no era cuanto tenía que decir. Miré a Emmy con cara de circunstancias.

—Nuestra misión es conseguir que cada paciente que sufre acabe apuntando un cero en esa gráfica —dijo Kent.

Emmy hizo un gesto de pistola con los dedos y se disparó en la cabeza.

El señor Peg acabó por aceptar un cupón gratis para el medicamento milagroso contra el dolor, probablemente con la única intención de que Kent se callara de una vez. «Nunca se ha conseguido nada tan potente. ¡No es la típica pastilla que debes tomarte cada cuatro horas, sino que sus efectos duran todo el día! ¡Vas a conseguir la primera noche de sueño reparador en años!».

Una vez en la camioneta, apenas había encendido el motor cuando la señora Peggot se apresuró a decirle:

—Dame ese papelito, querido. Como metas una pastilla de esas en casa, te la tiro por el váter.

32

Las navidades estaban al caer y yo estaba hecho un manojo de nervios por si el entrenador decidía que ya era hora de prescindir de mí. Por estas fechas es cuando uno empieza a darse cuenta de quién forma parte de la familia y quién no. Le pregunté a Angus qué acostumbraban a hacer por Navidad. Me contestó que poca cosa. Estábamos en el tejado, limpiando los canalones.

—Pero, ¿qué hacéis? —insistí—. ¿Dónde vais a cortar el árbol, por ejemplo?

Me miró entrecerrando los ojos. Llevaba puestas sus Converse más viejas y pegajosas para moverse por el tejado de hojalata, mientras yo le aguantaba la escalera.

—¿Te refieres a esa estupidez de tener un árbol metido en casa?

¿Cómo, ni siquiera habían tenido uno cuando ella era pequeña? Pues resultó que no.

—No somos religiosos —me dijo, como si el rarito fuera yo.

¿Qué tenía que ver la religión con todo eso?, me pregunté. ¿A qué niño le parece que las navidades no son para tanto?

Pues a Angus. Si quería algo, el entrenador siempre se limitaba a decirle que fuera a comprárselo. No era necesario que intervinieran tipos gordos con barbas falsas. Otra de las reglas del entrenador que ella había normalizado, como la de no tener mascotas o hacer siempre los deberes. Me contó que a su padre le deprimían las navidades porque su madre había muerto de cáncer un poco antes o un poco después, o es posible que el mismo día de Navidad. No estaba segura.

Normalmente era un tipo llamado Happy quien acostumbraba a limpiar los canalones, pero Mattie Kate lo había estado llamando sin éxito y cuando finalmente respondió su mujer, explicó que Happy se había roto la espalda tras una caída en el granero, que llamaran en unos meses. El entrenador no se fiaba de nadie más para que trabajara en su casa, sobre todo porque nadie estaba dispuesto a hacerlo. Tenía más de cien años y entrañaba ciertos peligros. Imaginaos si algún operario cometía un fallo en la casa del entrenador. Tendría que abandonar el condado. Pero los canalones estaban tan taponados por las hojas que el agua se filtraba en nuestra guarida de la televisión, así que le dije a Angus que subiría yo, y que no le dijese nada al entrenador si la fastidiaba con algo, o si me caía. De acuerdo, pero ella subía conmigo, si los dos fastidiábamos algo, no podría despedirnos. Yo pensé: «Habla por ti». El entrenador estaba fuera ese fin de semana porque habían empezado los *playoffs*. Había confiado en que tal vez me pediría que lo acompañara para ayudarlo, pero no lo hizo, solo fue U-Haul. Era diciembre. Mis días en aquella casa estaban contados. Este es el motivo que me empujó a abordar el tema de las navidades y la muerte.

—Pues ya somos dos —le dije—, en eso de que la muerte de uno de tus padres te arruine una festividad. No es que el Cuatro de Julio sea lo mismo, pero el bajón de mi madre llegaba por esas fechas. Siempre la entristecía recordar la muerte de mi padre, así que nada de sacar los fuegos artificiales ese día.

Angus me miró con extrañeza. Quizás el entrenador tuviera unas reglas específicas sobre los fuegos artificiales. Era muy complicado descifrar a aquella familia.

—Ni siquiera nos dejaba tener bengalas. Ya no hablemos de petardos.

—¿Me estás diciendo que tu padre murió en una explosión?

—No, en el agua. Nunca me dieron los detalles, solo día y lugar.

—Y luego tu madre murió el día de tu cumpleaños. Joder, colega. Sin duda, tú ganas.

Recordé mi último cumpleaños en casa de la tía June. La verdad es que no había pensado en mi madre. Le dije a Angus que no asociaba mi cumpleaños con su fallecimiento.

—Es como si cada día del año cargara con un saco lleno de piedras. Sinceramente, si alguien está dispuesto a ayudarme a llevarlo, ya me doy por satisfecho. Aunque solo sea durante un minuto.

—Ajá —dijo Angus mientras sacaba puñados de hojas marrones de los canalones con las manos. Había que tener coraje para hacer aquello. Es decir, en aquella porquería podían habitar cosas. Formas de vida primigenias. Mi tarea solo consistía en sostener el cubo hasta que se llenaba, bajar por la escalera y descargar el contenido sobre una pila que apestaba a pantano y que habíamos dispuesto en un lugar bien apartado de la casa. No teníamos ni idea de qué tipo de recursos empleaba Happy para la labor.

Angus me dijo que en su caso era diferente, ya que no recordaba a su madre. Ella no cargaba con ningún saco de piedras.

—Es más como si llevara sujeto al cuello algo pequeño y brillante. De vez en cuando alguna señora se me acerca, se inclina hacia delante y me dice: «Cariño, era tan guapa», o «Era una joya». Y yo me limito a responderles: «Muy bien, genial. Gracias» —dijo Angus, metiendo otro puñado de esa sustancia pringosa en el cubo.

Yo le había sugerido que fumar maría tal vez nos haría más agradable la tarea. Había conseguido una hierba decente de un chaval de la escuela como pago por unos dibujos anatómicos. Angus casi nunca aceptaba mis sugerencias, sobre todo aquellas que pudieran causar algún escándalo, pero esta vez fue aún más tajante. Que si estaba loco, que si quería que me tirara de la escalera para acabar con la espalda rota como Happy, etcétera. Resulta que jamás había fumado hierba. Esto explicaba que su mente inocente hubiera sido víctima de la teoría «la marihuana te vuelve loco» que te vendían desde los programas preventivos escolares. Tuve que aclararle que la marihuana conseguía que prestaras más atención al trabajo y que los inconvenientes perdieran importancia. Pero ni así. No podía fumar nada por culpa del asma, me confesó. Yo la había visto utilizar el inhalador, pero no había caído en que ese era el motivo de que su padre se hubiera pasado al tabaco de mascar. Me contó que de niña había acabado alguna vez en el hospital. Cada vez que sentía emociones muy fuertes, ya fueran positivas o negativas, le salía una urticaria. Yo eso no lo había visto, ni lo de las emociones ni lo de la urticaria.

O sea que Angus se había perdido lo mejor que podía ofrecer la vida: la marihuana, tener una madre, la Navidad. Increíble. Le dije que no se podía hacer nada contra la mala suerte que había tenido de perder a su madre y de padecer asma, pero que lo de la Navidad sí tenía solución. Ella seguía sin encontrarle sentido.

—Eso es porque no sabes lo que te estás perdiendo.

Fui a vaciar el cubo y ella se quedó allí arriba sentada, temblando, con las rodillas apretadas contra el pecho, las manos en los bolsillos del abrigo, el gorro tejido a mano cubriéndole las orejas. Sus ojos grises de personaje de manga observando el mundo como una cría a la que hubieran abandonado en el tejado.

El sentido está en los regalos, le dije al regresar. No tiene nada que ver con ir a comprar. La

gente te da cosas que no sabías que querías o que no te atrevías a pedir por ser demasiado caras.

Me dijo que le parecía un desperdicio.

La gracia está en la sorpresa y en la espera, añadí, en quedarse mirando esa pila de secretos envueltos que reposan bajo el árbol y que agitas y toqueteas hasta que sientes que vas a convertirte en el gato que murió de tanta curiosidad. ¿Qué importaba que mi madre nunca hubiera tenido un centavo y que consiguiera todos sus regalos gracias a los cupones de descuento para empleados? Seguíamos celebrando la puñetera Navidad. ¿Y qué si estaba demasiado emocionado como para dormir, aguzando toda la noche el oído, con toda la ingenuidad del mundo, para oír el sonido de las pezuñas de los renos sobre el tejado minúsculo y sin chimenea de nuestra caravana? Era eso.

Angus no creía que el entrenador se animase.

Me quedé asombrado. En líneas generales, Angus era un dolor de muelas a la hora de encontrarle el lado positivo a las cosas.

—Demon, la vida es un camino salvaje e impetuoso. No descartes encontrar cosas buenas a la vuelta de la esquina —repetía.

Yo hacía precisamente eso, descartarlo. Pero ¿la Navidad? No, no pensaba renunciar a eso. Le dije que no teníamos por qué involucrar al entrenador, que podíamos limitarnos a darnos regalos el uno al otro. Me reconoció que quizás hubo un tiempo en el que había envidiado a los niños a los que visitaba Papá Noel. Pero habérselo pedido a su padre habría sido como traicionarlo. La escuché con atención mientras se abría a mí. Quizás él ya lo hubiera superado. Quizá no le importara ni una cosa ni la otra.

—Muy bien, ya sé de dónde vamos a sacar el árbol —le dije.

Lo robamos.

No importó que al llegar a casa nos diéramos cuenta de que no teníamos con qué decorarlo. Le metimos todo lo que nos dio la gana: cucharas, pastillas de menta, cedés, pendientes y otras tonterías que Mattie Kate le había regalado a Angus a lo largo de los años con el propósito inútil de moldear su estilo. *Pretzels*. Se convirtió en nuestro árbol estratosféricamente ridículo. Fue épico.

Nuestro entusiasmo por los regalos era tal que no podíamos esperar. El goteo constante de películas navideñas por televisión arrancaba bastante pronto, por lo que era de imaginar que en alguna parte ya debían de estar celebrando las navidades. Sobre la medianoche del día veintitrés, a mitad de la segunda o tercera película de Chevy Chase, decidimos que había llegado el momento. Mientras el entrenador dormía, corrimos escaleras abajo y desgarramos los envoltorios como críos. Angus me había comprado unos cómics alucinantes, entre ellos una serie manga que protagonizaba un chaval con superpoderes llamado Gon Freecss y que buscaba al padre que lo abandonó cuando era un bebé. Dio en el clavo, cómo no. También algo de ropa, que os sonará aburrido, pero tratándose de Angus no lo fue para nada. Tampoco es que me regalara cosas de su estilo, en plan malote. Le había dado muchas vueltas a la versión «Demon, Chaval Popular», de la cabeza a los pies. ¿Por ejemplo? Una cazadora plateada de la marca Members Only. Una vez puesta, tendría el colegio a mis pies.

Acerca de Angus... Ambos teníamos que lidiar con nuestras mierdas y su forma de encararlas era pasar olímpicamente de si te parecía bien lo que hacía. Pero si yo quería ser un tipo de

persona diferente y aspirar a la popularidad, ella no iba a impedírmelo. Ella iba a ayudarme. Muy poco común.

También me regaló una maqueta de barco, con sus diminutas velas y cuerdas, un navío fabricado con madera pintada y palillos, y aquí llega lo flipante: dentro de una botella. Ni siquiera una grande, sino del tamaño de una botella de cerveza normal. Angus no tenía ni idea de cómo habían conseguido meterla ahí dentro. La había encontrado así en los anticuarios. Me dijo que era un símbolo absoluto de mi persona: para empezar, lo del océano, y luego, lo de superar obstáculos imposibles, porque algún día iba a marcharme al lugar que me diera la gana.

—Si tú lo dices. Pero ¿no podré salir de la botella? —le dije.

Se echó a reír.

—El mundo es una botella, Demon. La gravedad y todo lo demás. No esperes milagros.

Yo estaba más excitado por los regalos que iba a darle que por los que iba a recibir de ella. Y también más nervioso porque, cómo negarlo: Angus era un enigma. Yo no contaba con el dinero de la tarjeta de crédito del entrenador, sino con lo ahorrado gracias a la venta de mis dibujos. Puse rumbo a las tiendas de empeño. Al entrar en la de Aquí y Ahora de Jonesville me pregunté si el tipo se acordaría de la trifulca callejera, por aquello de enviar a un niño a hacer los recados de los adultos, etcétera. No apartó los ojos de la revista. Busqué las pertenencias de los McCobb, pero no vi nada. En aquellos negocios la mercancía se renovaba muy rápido, sobre todo las pistolas y las joyas, no tanto las fruslerías y las antigüedades raras, que era lo que a mí me interesaba. Encontré un sombrero fantástico, de terciopelo negro y con un velo que caía por uno de los lados de la cara. Más femenino de lo que le pegaba a Angus, pero tuve una corazonada y acerté. Se lo puso y desfiló en plan vampiresa, asegurando que sería el zorrón que reventaría los funerales de Lee County. También le regalé unos libros antiguos, incluyendo uno de recomendaciones para situaciones de emergencia, que leímos juntos: en caso de naufragio, en caso de incendio en una discoteca, en caso de caída libre dentro de un ascensor. ¿Qué era una discoteca? Me dijo que era como un bar, pero que solo los encontrabas en las ciudades, de modo que estaban tan abarrotados que tenías la cara aplastada contra el sobaco de alguien. Eso significaba que en caso de incendio acababas en modo tostada. No recuerdo cuál era la recomendación.

Mi principal regalo, sin embargo, fue su retrato. Lo coloqué en un marco como Dios manda, de la tienda de empeños, con cristal y toda la pesca. Hacía tiempo que sabía qué superheroína iba a ser: Ángel de Cuero Negro. Malota, con alas de cuero negro. Necesité algunos intentos para que no recordara en nada a Batgirl, pero al final lo conseguí. Su rasgo principal eran esos ojos grises capaces de contemplar el fondo de tu alma. El superpoder de leerte la mente y hacerte hablar. Se quedó de piedra. Lo llevaba consigo a todas partes, abrazando aquel gran marco cuadrado como si fuera un puñetero osito de peluche.

Mattie Kate se cogió unos días de vacaciones para estar con su hijo, pero nos dejó la nevera llena de cosas a las que solo había que retirar el papel de aluminio y calentar, como si fueran más regalos que desenvolver. Cazuelita de judías verdes con patatas chips, frijoles negros con cortezas de cerdo. Tartaletas de manzana. Podíamos comer cuanto quisiéramos y cuando quisiéramos. Yo me puse mi ropa nueva, ella, su sombrero con velo, y empezamos a llamarnos «cielo», como si fuéramos los ricachones Howells de *La isla de Gilligan*, o «bobo» como en *El príncipe de Bel-Air*. Nos pasamos tres días seguidos comiendo y viendo la televisión. Hubo un momento en el que advertí que ya había llegado el día de Navidad. Esto me llevó a pensar que

quizá sí existiera un Dios allá en los cielos. En el transcurso de mi lento viaje en autobús por mi mierda de vida, había conseguido hacer una parada en aquel lugar.

Lo mejor de esos días fue conseguir el árbol. Sin ninguna duda. Había convencido a Angus de que robar algo que los granjeros se pasaban medio año apilando y quemando no era delito. Podríamos haber pedido permiso, pero robarle a Creaky me parecía un acto de justicia. Uno de los momentos más inolvidables de mi juventud fue colarnos en su propiedad y talar un cedro en mitad de la noche. La única pega fue tener que reclutar a U-Haul para que nos hiciera de chófer, dado el riesgo de que nos delatara y arruinara el crimen perfecto.

Le pedí que apagara las luces antes de llegar a la casa. Parecía más destartalada que nunca, al no disponer de niños esclavos que se ocuparan de ella. Había una luz encendida en una de las habitaciones de abajo, por lo que debía de encontrarse allí, confié que en la única compañía de su sordera y su feo culo. No había rastro de su furgoneta.

¿Qué me impulsaba con tanta fuerza a regresar al lugar donde mi infancia había sido aniquilada? Lo supe al llegar allí. La razón era el poder. Enfrentarme a mi Amityville y gritarle a lo que fuera que siguiera reptando o arañando en su interior.

«Que te jodan. A la mierda tus palizas, el hambre que nos hiciste pasar y las ganas de morir que nos despertaste, sobre todo a Tommy. Que te jodan por hacerme agradecer que hubiera alguien pasándolo peor que yo». Soltar un buen escupitajo sobre la hierba congelada. Darle la espalda al mal y proseguir mi camino.

Aún quedaba una sorpresa, esta vez por parte del entrenador. Pocos días después de Navidad, me citó en su despacho. Tuvo que despejar una silla, pues estaba incluso más desordenado que el salón. Disponía de un televisor pequeño en el que ver cintas de VHS. Analizaba a los próximos rivales para detectar sus puntos débiles. O se ponía vídeos de partidos que habían acabado en derrota para aprender de los errores cometidos. El entrenador no era de los que se jactaba en las victorias. Yo anticipaba qué cinta tocaba ese día porque llevaba toda la vida visionándola. Aquella de se te ha acabado el tiempo, lo hemos dado todo pero no hemos podido evitar perder, buena surte y todo lo demás. «Lo siento».

Permaneció en silencio. Yo también. Después de la protuberancia de sus dientes postizos detrás de sus labios cerrados, lo primero que te llamaba la atención del entrenador eran sus espesas cejas y la dureza con la que te miraban sus ojos azules y estrábicos. Me sorprendió descubrir que aquel día no lucía su inseparable gorra roja de los Generals. Su pelo blanco, de persona mayor, estaba revuelto, como si lo hubiera pillado en la cama. Antes de empezar ya sentía que la había fastidiado.

—¿Cuánto tiempo llevas con nosotros? —la gorra estaba sobre la mesa, se la colocó. Pensé que haría lo mismo con la cazadora y las gafas de sol. No tenía ni idea de por dónde iba a salir —. ¿Dos, tres meses?

—Sí, señor —le dije.

Cogió su silbato plateado y se enroscó el cordel a lo largo del dedo índice. Luego se lo desenroscó y repitió la operación en sentido contrario. Uno de sus hábitos. Lo repetía sobre el campo cuando pensaba o estaba enfadado, es decir, siempre. Sentí como si el cordel se enroscara alrededor de mi cuello. Quise huir de allí para no escuchar lo que venía a continuación. U-Haul le habría contado lo del árbol o Mattie Kate habría encontrado mi alijo de hierba. Hay un millón de rutas hacia el desastre que puede tomar una persona como yo, y

nunca había conocido ninguna que fuese en otra dirección.

—Te gustó ayudarnos en los entrenamientos, ¿verdad? —me preguntó al fin.

—Sí, señor —no podía mirarlo a los ojos. Hice una bola con mi corazón, o como queráis llamarlo, y lo arrojé por la ventana que quedaba detrás de él. Colinas, árboles desnudos. La luz débil y del color del pis del invierno.

—Tienes algo —me dijo.

—¿Señor?

Mis bolsillos estaban vacíos. No robaba. Bueno, lo había hecho en el pasado. Pero jamás al entrenador. Sin embargo, a mi mente acudieron enseguida las Oreo y los palitos de queso que les había birlado a mis padres de acogida.

—Lo vi al instante. Tamaño, por supuesto. Velocidad y un talento más que decente para encontrar líneas de pase. Primero pensé que serías un buen *linebacker*. Ahora te imagino más en la posición de *tight-end*.

Mi corazón entró de nuevo por la ventana.

—Lo que no sabía es si te presentarías —dijo. Enrolló el cordel del silbato. Lo desenrolló—. Seré honesto contigo, me cruzo con chavales como tú todo el rato, que tiran a la basura el talento que Dios les ha dado. Vienen del agujero del agujero. Todos sabemos de lo que hablo. Hogares conflictivos, padres en la cárcel. Chavales que encadenan problemas porque no conocen otra cosa.

Dejé de aguantar la respiración. Mis padres no estaban encarcelados. Los hogares de mierda en los que había vivido no eran realmente míos. Pero el entrenador había dicho lo que había dicho y no esperaba ninguna respuesta por mi parte.

—No me importa el talento que pueda llegar a tener un chaval; si es demasiado orgulloso para hacer lo que se le pide, supone una pérdida de tiempo. Orgullo, cabezonería, he visto de todo. Vienen aquí pretendiendo convertirse en estrellas, alcanzar la gloria. Y piensan que van a conseguirlo comportándose como los más gamberros del barrio.

Posé la vista en sus manos pecosas, que reposaban encima de la mesa. En su gorra de los Generals. En los pelos de sus cejas, grandes, oscuros y disparados en todas direcciones, algunos de una longitud exagerada. Unas cejas terribles y mal hechas. Me sentía incapaz de mirarlo a la cara como un hombre, no podía pasar de ahí.

Se inclinó hacia delante ayudándose de las manos.

—Voy a contarte algo y quiero que me prestes atención. Un equipo exitoso no se compone de héroes, sino de cumplidores.

—Sí, señor.

—No me importa si eso significa recoger la maldita basura —me dijo—. Si le encargo esa tarea a un miembro de mi plantilla, espero que la cumpla.

No tenía ni idea de mi estrecha relación con la basura. Pero él ya había visto lo suyo. Me pitaron los oídos, aunque entendí el meollo. Me dijo que seguiría viviendo allí y que ya veríamos cómo iba. Hablaría con el entrenador Briggs para que empezara a entrenar con los juveniles al otoño siguiente. Los de séptimo podían unirse a los entrenamientos si tenían el tamaño requerido. El campus de fútbol americano duraba la mayor parte del verano.

Técnicamente no deberían dejarme jugar hasta octavo, pero a veces se saltaban la norma.

La sangre que me taladraba los tímpanos sofocó todo lo demás. El verano y el otoño quedaban a años luz de distancia. Meses. Yo me quedaría allí todo ese tiempo. En aquella casa.

Y jugaría al fútbol americano.

33

¿Recordáis lo que os dije antes sobre un período de vida de ensueño, durante el cual todo está bien, tienes a gente respaldándote y no te das cuenta? Así es como el mundo cruel te muerde con fuerza. He acumulado toneladas de días malos a los que echar la vista atrás, momentos humillantes y duros, y os diré una cosa: son los tiempos dorados los que me matan. Tuve dos. Y como un malnacido, me perdí ambos.

El primero, la infancia en general. Correr descalzo junto al arroyo como un salvaje, dejando perdido de barro el suelo de la cocina de la señora Peggot. Ese arroyo y esa cocina fueron dos versiones del paraíso. Un chaval no podía pedir más. Una pena que este chaval estuviera obsesionado con conseguir más, en plan zapatos inalcanzables o una Game Boy.

El segundo fue mientras cursaba séptimo y octavo. A pesar de que la escuela secundaria de Jonesville estuviera llena de niñatos, me llegó muy adentro. Ni un alma sabía que en el curso anterior yo no había valido una mierda. Allí me sentí renacer. Podía hablar con todo el mundo y tener amigos de todos los colores: tipos tranquilos a los que les pillabas hierba, cerebritos que te sacaban del pantano mortal que supondría quedarte en un nivel preálgebra. La gama al completo. Compañeros de equipo a los que podías practicar una llave de lucha libre en los vestuarios y partirte la caja por lo resbaladizo de vuestros cuerpos sudorosos. Lo mismo ocurría con las chicas, llaves de lucha libre aparte.

Aquellos chavales estaban muy verdes. Habría sido complicado encontrar a un solo estudiante de la escuela secundaria Jonesville que hubiera tenido un trabajo aparte de aquellas estúpidas clases. Hacer amigos entre ellos suponía escuchar muchos problemas imaginarios. Yo lo llevaba mucho mejor que Angus. Las chicas pueden sorprenderte a la hora de saber más cosas de lo que aparentan. Además, para los chicos es diferente. Si no te mueves y ordenas a tus oídos que presten atención a todos esos dramas femeninos, quizá les llegue el turno a otras partes de tu cuerpo.

Y entonces ocurrió lo imposible. Con el paso del tiempo, toda la escuela cayó rendida a los pies de Demon Copperhead y su cazadora de Members Only. Debería haber sido el idiota más jodidamente feliz del planeta. Pero no, estaba todo el rato a la espera de que todo se fuera a la mierda, desconfiando de las intenciones de cualquier persona amable. El mismo triste huérfano sin hogar, esta vez engañando al personal gracias a su ropa bonita. No había hecho nada para merecer la buena suerte y sabía de qué material estaba hecha la gente. Antes o después me girarían la espalda. O se morirían.

Por otro lado, ocurrió algo con U-Haul. Fue hacia finales de enero. Algo raro de narices. Después de que el entrenador se acostara, U-Haul solía pasarse horas en su despacho. Ocupándose de facturas, haciéndose pajas, quién sabe. Se movía por la casa con sus calcetines blancos, por lo del sigilo. Nunca entraba en una habitación, se materializaba en ella. Aquella noche apareció de la nada en la puerta de nuestra guarida del televisor y los pufs. De golpe ahí estaba, haciéndome un gesto con uno de sus dedos esqueléticos.

—¡Ey! ¿Qué pasa? —le dije, haciéndome el tonto ante la clara señal de «ven aquí» que indicaba su dedo.

—El libro de las jugadas está hecho un desastre. Se le habrá caído al suelo al entrenador, se le

ha roto el lomo y ha quedado todo desordenado. —Movió la cabeza hacia un lado, apartándose el enmarañado pelo de la cara—. He pensado que podrías ayudarme a arreglarlo. El entrenador y tú estáis tan unidos que seguro que te lo conoces de memoria.

Miré a Angus, que puso cara de «este marrón es todo tuyo, colega». Desde el primer día me había dejado claro que en lo concerniente al fútbol americano no contara con ella para nada. Cero interés. Lo acompañé escaleras abajo sin dejar de preguntarme cómo un ser humano podía desplazarse de ese modo sin ser un reptil. El tipo serpenteaba.

Entramos en el despacho y cerró la puerta.

—Siéntate, siéntate —me indicó, dirigiéndose hacia la silla giratoria de detrás del escritorio. Yo quería permanecer de pie, pero me atravesó con sus ojos marrón rojizo y cedí. Aparté unas rodilleras y un protector bucal de una silla y acomodé mi culo en ella.

Sacó el libro de las jugadas de un cajón. No parecía tener nada roto. Me había mentido para atraerme hasta allí.

—Cuando atacamos en formación *Wing T*, ¿el orden de la jugada es *Waggle*, *Bootleg*, *Shovel*? ¿O al revés?

Me lanzó el voluminoso libro de las jugadas por encima de la mesa y lo abrí. Pasé algunas páginas y no vi nada fuera de lo normal. Manchas de grasa por cortesía de la comida rápida, bordes saliéndose de las anillas por el desgaste. Un libro de jugadas como Dios manda. U-Haul me miraba fijamente.

—Te crees la hostia en vinagre, ¿verdad?

Nunca supe si debía tratar de «señor» a ese engendro. Decidí que no.

—Que merezco una hostia me lo han llegado a decir. Sobre lo del «vinagre» ya no sabría contestarte.

Me dedicó una sonrisita de suficiencia.

—Imagino que es la forma que tenéis los superdotados de enviar a la gente a tomar por culo.

Joder. ¿Cómo había averiguado eso? Angus ni siquiera se lo había contado al entrenador, por lo que con mucho menos motivo lo habría hecho a U-Haul. Era una persona de palabra.

—Lo que tú digas —le dije.

—Claro. ¿Qué voy a saber yo? No soy más que un donnadie que hace de asistente del entrenador y que viene de un largo linaje de donnadies. Por lo que más quieras, no dejes que sea yo quien te detenga.

No dejaba de pasarse la mano por el pelo largo y grasiento, y luego por la cara. Una y otra vez.

—¿Detenerme?

—Ah, ya sabes. Llegas aquí como si fueras un miembro más de la familia. Con tus triquiñuelas.

Tras pasarse de nuevo la mano por el pelo, capté cómo bajaba con disimulo hacia la nariz para hurgar a fondo en uno de sus agujeros. Apartó la vista de mí para averiguar qué había conseguido extraer. Con el resultado hizo una bolita con los dedos. U-Haul era una película de terror en sí mismo. El cerebro te ordenaba que salieras huyendo, pero no podías dejar de mirar.

—No sé de qué me estás hablando. Díselo a mi abuela, si piensas que yo no debería estar aquí. Fue idea suya.

—Sí, claro. Y el entrenador se lo tiene que comer con patatas.

Se inclinó hacia delante sin dejar de frotarse la punta de los dedos, pero esta vez tenía los ojos clavados en mí.

—Once años llevo a su entera disposición, haciéndole de chico de los recados, conduciendo de aquí para allá a chavales como tú, una puta niñera. Si tuviera tetas os tendría enganchados a mis pezones. Y por la noche me envía a dormir a casa de mi madre. ¿Por qué motivo?, recuérdamelo.

Me quedé en silencio. Era muy difícil concentrarse, hostia. Nunca había visto sus ojos echar fuego de aquella manera. ¿Y qué pensaba hacer con aquel moco reseco?

—Ah, sí. Porque soy un maldito donnadie. Claro, ¡eso es! —dijo, recostándose en la silla.

Yo esperé. Él no se movió.

—¿«Eso es» qué? ¿Ya has acabado? ¿Me puedo ir?

—Tómatelo como una advertencia amistosa, si es que te consideras parte de esta familia. Primero te ponen la alfombra roja, pero luego tienes que ir con ojo si no quieres que te tiren al suelo de un placaje.

Salí del despacho pensando cuánto tiempo me llevaría quitarme aquel mal sabor de boca. Quizá nunca lo consiguiera. No necesitaba que ninguna serpiente viniera a decirme que no pertenecía a aquella familia, o casa o vida. Yo era el árbol de la ciencia.

Al final resultó que yo no era un superdotado del todo, solo a medias. Las Matemáticas las aprobaba justitas, pero Lengua y Literatura sí que acaparaban mi interés. El señor Armstrong, el consejero, también ejercía de profesor, pero su método no consistía en asegurarse de que tomaras conciencia de lo inútil que eras. Tampoco adoptaba la postura de la señorita Jackson, esa de «chavales, todos somos unos mierdecillas en este agujero, por lo que lo mejor será que me dedique a pintarme las uñas». El señor Armstrong nos hablaba como a seres humanos. Enseñaba sobre todo en séptimo y octavo, pero aquel invierno tuvo que hacerse cargo de sexto porque nuestro profesor de Lengua y Literatura Inglesa pilló un herpes. El primer día nos dijo que empezáramos por conocernos un poco, que podíamos preguntarle lo que quisiéramos, quizá con la intención de que nos relajáramos con él. Un sabihondo le preguntó si solía quemarse con el sol. Pensé que seguro que no era su caso. Yo solo soy de piel oscura, en tanto que *melungeon*, y nunca he sufrido quemaduras por el sol. Pero él respondió que sí, por eso tenía que ponerse protección en el exterior, por ejemplo para cortar el césped. Nos contó otras cosas sorprendentes. Como que si una persona es negra, se supone que debe escribir Negro, porque no es un adjetivo, sino una categoría, como Chino o Estadounidense. Y en letras mayúsculas, porque son nombres propios. Le pregunté si ocurría lo mismo con los *melungeon*, convencido de que no habría oído hablar de ellos. Una nueva sorpresa. Me contestó que eran otro buen ejemplo, ya que los *Melungeon* constituían también un nombre propio.

Él era de Chicago, lo que explicaba su acento. Se había trasladado aquí después de la universidad con el programa Vista, destinado a reclutar a gente de la ciudad para ayudar a los pobres. Su mujer también formaba parte de él, aunque procedía de otra ciudad. Aquí se habían conocido y casado. No tenían hijos. Los dos tocaban en una banda de *bluegrass* llamada Fire in the Hole; él, el banjo, ella, el violín. Pensé en el señor Peg. Le habría gustado saber que su tipo de música no había muerto de vieja por completo. El señor Armstrong no había oído hablar del *bluegrass* hasta que llegó aquí, pero se enamoró de todo lo relacionado con las montañas y ya no se movió.

Yo sabía lo de su mujer. Cuando a la gente no le parece bien algo, genera controversia, y aquello lo hizo. Porque ella era blanca. Y profesora de Arte, para fortuna mía. En la escuela secundaria no había asignatura de Arte, daba clases en el instituto Lee High. Pero el señor Armstrong le enseñó algunos de mis dibujos y vino un día a conocerme. La señorita Annie. Tenía una voz cantarina (de hecho, cantaba en la banda) y vestía a lo *hippie*. Falda larga de color azul, pañuelo floreado en su larga melena, pendientes con piedrecitas incrustadas y en cuatro tonalidades de azul. Pestañas rubias, lo que suponía una rareza. Estábamos en la sala de profesores, vacía en esos momentos, y pese a que contaba con un sofá, ella colocó unos papeles gruesos y unos lápices sobre la mesita baja y se sentó en el suelo, por lo que seguí su ejemplo.

Me preguntó varias cosas. ¿Podía dibujarle una cara para ver cómo me salían? Fácil. Empiezas por un círculo y lo divides con una cruz, cuya línea horizontal queda por debajo del centro. Encima de ella van los ojos y dejas un espacio entre ambos de la misma amplitud. Diferentes tipos de cejas para mostrar sorpresa, amor o enfado. Luego dibujas una mandíbula por debajo del círculo, como algo aparte, igual que un cráneo y su mandíbula, porque de hecho una cara tiene un cráneo debajo. (Esto lo aprendí de Tommy). Me preguntó cómo decidía el tipo de mandíbula adecuada. Muy sencillo: pequeña si es un niño o una señora, grande para un hombre, aún más grande para un superhéroe. Lo que explica por qué dibujar superheroínas es endiabladamente complicado.

Quiso saber si alguien me había dado clases de dibujo o si había visto programas en la tele. Yo ni conocía su existencia. No dejó de mostrarse sorprendida hasta que sonó el timbre. A mí la hora se me pasó volando. Me dijo que poseía un talento natural y se ofreció a ayudarme a mejorar. Perspectiva, composición, etcétera. Para resumir, que sería mi profesora particular. Podía probar con todo tipo de materiales de dibujo, pues en su estudio los había a montones. Dios mío.

Si habéis escuchado la canción «She'll Be Coming 'Round the Mountain», fue Betsy Woodall quien vino de visita[31]. Pero no lo hizo a lomos de seis caballos blancos, sino con un motivo claro. El señor Peg habría calificado su llegada de «tormentosa».

La primera vez fue a finales de aquel invierno, por cuestiones burocráticas. Si daba el visto bueno a mi situación con el entrenador, acudirían juntos a la oficina de los Servicios Sociales para firmar su conversión en mi tutor. Ojeras no vertería ni una lágrima. No se había dignado a llamar desde que vivía con el entrenador, siguiendo su política de «no arreglemos al niño a menos que se haya roto». Y si lo está, pasémosle la patata caliente a otro.

Mi abuela no puso las cosas fáciles. Haber escalado socialmente no me hacía merecedor de ninguna medalla, ella quería buenas notas. Mattie Kate se había deslomado para dejar impecable el salón, transfiriendo el desorden a habitaciones traseras, que eran las que ahora acumulaban pilas de papeles y trastos. Así pudimos sentarnos alrededor de la mesa gigante, incluyendo a Pajarito y Jane Ellen, que los había llevado hasta allí en el Comet. La señora Betsy quiso saber si la tontería esa del deporte iba a interferir en mis estudios. Miré al entrenador: no enroscaba el cordel del silbato y tenía las cejas alineadas.

—Ahora mismo el deporte está en pausa, la temporada de fútbol no se reanuda hasta el otoño —le dije. Probablemente mi abuela fuera la única mujer sobre la faz de la tierra en desconocer ese dato. Obviamente había otros deportes, como el baloncesto, pero no en Lee County. Aquí cualquier deporte que no fuera el fútbol americano era como la vainilla. ¿Para

qué probarla cuando existen otros sabores?

La abuela le preguntó al entrenador si era cierto que los deportes y yo éramos cosa del pasado.

—Señora Woodall, no tenga reparos en dejar a este joven en mis manos. Voy a dar lo mejor de mí para asegurarme de que extraigo todo su potencial —dijo con una cara de póquer absoluta.

Nos miró uno a uno. Angus llevaba un enorme jersey verde que parecía habérsela tragado, igual que a la chica de *Scooby-Doo*, y el pelo recogido en lo alto en una especie de moñitos que recordaban a los cuernos de un demonio. Mi abuela ponía cara de «mmm, quizás esta necesita que la eduque un poco». Pero el entrenador nunca iba a permitirlo. Puede que fuera un hombre de pocas palabras, pero a veces se acercaba a Angus por la espalda y le pasaba el brazo alrededor del cuello, colocando el mentón sobre su cabeza. Se quedaba inclinado un momento en aquella postura, como un hombre que hubiera hallado la salvación.

De golpe mi abuela irguió su cuerpo de espantapájaros de dos metros y todos contuvimos la respiración. Se acercó hasta la foto de la madre de Angus, la cogió, la limpió con la manga, la miró y la volvió a dejar en su sitio. Luego anunció que todo apuntaba a que estaba en la dirección correcta y que, de seguir así, todo iría bien. Propuso que adoptara su apellido, lo que a mí no me entusiasmaba. Llevar el nombre completo de mi padre llamaba a confusión. Al tratarse de un hombre muerto, ¿qué consecuencias podía acarrear? Además, ¿dónde dejaba eso a mi madre? ¿Borrada? Por lo demás, todo bien. Tenía parientes legales y un tutor que no me odiaba. Mattie Kate sirvió pollo asado y gozamos de la comida que pedía una mesa así, digna de unos reyes.

De todos modos, seguí a prueba y mi abuela no me quitó ojo. Cada pocos meses, Jane Ellen la traía en el coche de visita junto con Pajarito, y yo siempre me sentía como un concursante de *Supervivientes*, bajo la amenaza de verme expulsado de la isla en cualquier momento. Resistí. Por el lado bueno, la situación del salón mejoró, con el caos trasplantado al despacho del entrenador y otros lugares alejados del radar de la señora Betsy. Muy de vez en cuando se quedaban a dormir. Pajarito utilizaba el sofá cama de una de las habitaciones de la planta inferior.

Angus decidió que la casa estaba presentable para invitar a gente y eso hicimos, cada uno invitó a sus diferentes amigos, ella, todo chicos, yo, todo chicas. Angus me dijo que no quería ningún drama de faldas en su presencia. Ella y Sax se quedaban en la planta de arriba, jugando a videojuegos o viendo las películas antiguas que tanto le gustaban a él. Era capaz de memorizar escenas enteras y competía con Angus para ver quién reproducía los diálogos sin fallos. Iban a las mismas clases y Sax la inducía a competir en todo tipo de cosas, incluso a obtener la mejor nota en cada examen que hacían. El resultado es que Sax acababa furioso con ella, día sí, día también.

Mientras tanto, en la planta inferior, las autoproclamadas «chicas del club de los deberes» se sentaban alrededor de la larga mesa consiguiendo sacar de mi rostro más expresiones de asombro de las que yo creía capaz. Hacían explotar sus globos de chicle y se sorprendían de lo mucho que me costaban las matemáticas avanzadas. Si flirteaba por accidente con alguna de ellas, el resto se metía con ella a saco. Eran incapaces de relajarse y actuar como seres humanos normales. Comenzaba a entender a Angus. Un día vino con ellas Linda, la hermana mayor de May Ann Larkins, que tenía fama de ser una maga de las matemáticas. Madre del amor

hermoso. Pelo largo, piernas largas, largas miraditas de soslayo con sus ojos azules, en plan, «tío, que voy al instituto». Sé de lo que hablo. Aquello no tenía nada que ver con el álgebra, prueba a completar una ecuación mientras intentas evitar una erección por debajo de la mesa.

A quien de verdad adoraban esas chicas era a Pajarito. Armaban tal revuelo en su presencia que conseguían ponerme celoso. Yo, dotado de unos brazos y piernas excelentes, compadeciéndome de mí mismo porque las chicas sacaban a Mattie Kate de la cocina para hacerse con la licuadora y prepararle un batido de fresas a Pajarito. O empujaban su silla de ruedas hasta el exterior, donde arrancaban ramas del manzano silvestre para darle a oler las primeras flores de la primavera. No es que yo quisiera ser su muñequito. Es lo dulces que se mostraban, de un modo que no ocurría con los chicos normales. No debían esforzarse. No mostraban temor.

El entrenador vislumbró mi futuro y decidió que mi posición era la de *tight end*. Por descontado, todos los niños sueñan con jugar de *quarterback*, y yo, desde la llamada que sentí en la iglesia de Fast Forward, no era la excepción. Pero jamás olvidé las palabras del entrenador: un equipo está compuesto de cumplidores. Tu entrenador o tu *quarterback* marcan la jugada, pero no valdrá una mierda a menos que se ejecute bien. Y aquí es donde entra el *tight end*. Debe ser rápido, estar alerta, ser bueno cogiendo pases, aguantando la pelota y bajándola al suelo. Lo suficientemente grande para hacer fuerza, llegar hasta uno de los extremos y abrir un espacio para completar una jugada de carrera. Si tiene lo que ha de tener para cumplir también en la línea defensiva y reza sus oraciones, quizás acabe siendo uno de los diamantes de Dios. Un General.

El campus de fútbol americano, tanto el juvenil como el del instituto, se celebraba a lo largo de buena parte del verano. El entrenador le había hablado de mí al señor Briggs, que estaba a cargo del equipo juvenil. Y él estuvo de acuerdo en que mi posición era la de *tight end*, así que ahí es donde me colocó, como alternativa a Collins, un chico de octavo, de mi misma altura pero que pesaba catorce kilos más, y llamado a entrar en los Generals al año siguiente. Si quería ser el nuevo Collins, iba a necesitar ganar musculatura. A por ello.

El señor Briggs también dirigía ejercicios defensivos para el equipo del instituto y a veces me pedía que participara en el denominado «hamburguesa», consistente en un uno contra uno, en caso de necesitar un jugador de mi tamaño. U-Haul no perdía detalle, intentando fundirme sistemáticamente con sus ojos de Hellboy. Mala suerte para él, pues, a pesar de mi corta edad, me adapté con toda naturalidad a aquel reino. Ya no era el chico de los recados. El entrenador me dio plena libertad en la sala de pesas, y en el campo podía utilizar todos los aparatos. Los conductos, por ejemplo, que eran como unas tuberías de metal que recordaban a las del ganado pero con un techo más bajo, de un metro de altitud. Uno tenía que agacharse y cruzarlos a la carrera como un pato, con cuidado de no impactar con el casco en la parte superior. Los atravesábamos en grupos de cuatro y el objetivo era llegar al final el primero, para empujar las barreras defensivas acolchadas colina arriba.

Los conductos eran mi superpoder. En otros ejercicios aguantaba el tipo, pero en los conductos me salía. Por alto que fuese, conseguía hacerme pequeño. Y luego, en la recta final, me lanzaba con todas mis fuerzas contra el obstáculo que se interpusiera en mi camino. Todo el mundo decía: «Dios mío, mirad cómo corre, es Turbo Demon». Para mí era normal. Mantén la cabeza gacha, no llames la atención, embiste. Mi vida había sido como un largo conducto que

me había llevado hasta allí. Llegado el otoño, ya disponía del uniforme del equipo, los viernes me presentaba con la camiseta en clase y recibía el apoyo de la afición. Un puto estudiante de séptimo. En un año estaría jugando para el entrenador.

34

Aquel curso escolar fue la primera vez de muchas cosas. Primer partido de entrenamiento, primer partido de la liga juvenil, primer placaje, primeras yardas completadas. Primer baile. Mi pareja fue una chica de octavo que se lo tomó muy en serio, y en mi caso contó también como primera cita. Angus y Sax se presentaron a la fiesta disfrazados de *El planeta de los simios* y quedaron últimos en su categoría; él hacía de ser humano atado a una correa. El espíritu era más de baile de bienvenida que de Halloween, por lo que era de esperar. Lo mío no era una cita, pero Angus se lo tomó como si lo fuera. Me compró el ramillete de Walmart y me llevó a una tienda de Goodwill en la que encontramos un maravilloso traje blanco de los años 60. De mi talla, increíble. En estos momentos había pegado tal estirón que me encaminaba hacia los dos metros; gracias, Mattie Kate.

Primera visita al dentista. Yo no lo creí necesario, pero Angus me dijo que no fuera un crío, que solo era para una limpieza y para ponerme empastes si lo requería, que todos pasábamos por ello. Esto me dolió porque conocía a montones de chavales que jamás habían ido. No es que mamá no lo intentara. De pequeño me había llevado a la clínica gratuita que la ONG Remote Area Medical abría por un tiempo cada año, pero aquello era una casa de locos. La gente acampaba a la entrada durante días a la espera de poder acceder. Mamá temía que acabara pisoteado y volviera a casa con menos dientes que con los que había salido.

Primera vez que tuve que subir a un adulto por las escaleras. Fue al entrenador, después de que se quedara grogui en su despacho. No es que fuera exactamente un hábito, pero ocurría de vez en cuando. El otoño era tranquilo, pero en primavera las cosas empeoraban. Durante el parón de la temporada, sin partidos en los que pensar y con poco que hacer, buscaba la compañía de la botella. Angus lo aceptaba sin más, afirmando que era algo que iba y venía. Intenta ponerte en su piel, me dijo. Tu esposa se muere y te deja con un bebé al que criar. Una niña, para más inri. Nunca tuvo la oportunidad de ir a por el niño que tanto deseaba.

También fue la primera vez que pensé que el colegio podía ser medianamente interesante. El entrenador Briggs, que nos daba Historia, repartía aprobados por respirar, bastaba con que no fueras un cadáver para que te concediera el beneficio de la duda. Si estabas en el equipo, te subía la nota. No era el caso del señor Armstrong, que te concedía puntos por hablar en clase, lo que era normal porque enseñaba Lengua y Literatura, pero otra cuestión era entenderlo, Dios mío… Su acento era tan cerrado que provocaba un montón de malentendidos y equívocos. Procuró sin éxito convencernos de cosas como la concordancia entre sujeto y predicado, la ironía, etcétera, y se pasó el año entero compartiendo su opinión de que «cuando» y «cuándo» no significaban lo mismo, lo que simplemente era incorrecto, tío. Date por vencido. Algo que había que concederle al señor Armstrong es que cuando se sentaba encima de su mesa, se quitaba las gafas, las depositaba sobre esta y se frotaba los ojos, uno nunca sabía por dónde leches iba a salir.

En séptimo nos encargó un proyecto llamado «Orígenes», que consistía en averiguar el tipo de personas de las que procedíamos. Los trabajos que habían realizado. De qué países habían llegado. En otoño nos pidió que entrevistásemos a gente mayor de nuestra familia. En primavera tocaba redactar y presentar los trabajos. La persona mayor a la que mejor conocía

era al señor Peg, un antiguo minero, pero no era pariente mío. El señor Armstrong recordó mis preguntas sobre los *melungeon* y me animó a investigar. Vía muerta, pensé. La costumbre de verme como un huérfano me había hecho olvidar por un momento que ahora contaba con una abuela temible. Mejor aún, con Pajarito, capaz de escribir un libro sobre cualquier tema.

El señor Armstrong nos dio algunas claves sobre sus orígenes: nombre de pila, Lewis, en homenaje a Kareem Abdul Jabbar, adivina por quién. Su padre era aficionado al baloncesto, y su madre, bibliotecaria. Ambos creyeron que había perdido la cabeza cuando se estableció aquí para no regresar a Chicago. Diez años después, seguían preguntándole cuándo iba a dejar de hacer el tonto con el banjo y volver a casa. Era la primera persona como él a la que veíamos tocar el banjo. Para ser sinceros, no conocíamos a muchas personas como él en general, ya que probablemente no hubiera más de veinte personas negras en Lee County. «¿Sabéis qué? —nos dijo—, el banjo lo inventó mi gente, se parece mucho a un instrumento que tocaban mis ancestros en África». Nos contó que en su día hubo muchísimas personas negras trabajando en las minas de aquí. En el sur les pagaban salarios de mierda y con frecuencia eran asesinados por el color de su piel. Aquí, en un extremo retirado de Virginia, por lo general habían gozado de mayor libertad, no había existido la esclavitud ya que las granjas eran diminutas, no las enormes plantaciones de otros lugares. Pero luego el trabajo en las minas comenzó a decaer y tuvieron que poner rumbo a Chicago y otras ciudades. El objetivo era trabajar, pero también estuvo lo de la Gran Migración, provocada por el hecho de que el sur profundo era como el infierno en la tierra, dadas las leyes promulgadas por quienes odiaban a los negros, que los empujaron a poner la mayor distancia posible entre ellos y el infierno. Le preguntamos por qué los blancos no se marcharon de Virginia con ellos. Nos contó que su caso era diferente, algunos sí que se fueron, pero la mayoría se quedaron, ya que formaban parte de grandes familias con muchos miembros y llevaban mucho tiempo viviendo aquí, por lo que habían echado profundas raíces. Uno soltó: «A mí nadie va a bajarme de esta montaña», imitando a un viejo, lo que provocó la risa colectiva.

El señor Armstrong nos dijo que esto era un estereotipo. Lo de los estereotipos era un asunto al que le daba mucha importancia. Nos leyó algunas cosas que se habían escrito sobre los habitantes de las montañas a lo largo de la historia: vagos, degenerados. Cabezas amorfas. Esto último nos pareció divertidísimo. Brad Butcher habló con orgullo de su cabeza puntiaguda y el señor Armstrong lo reprendió con un «no tiene gracia». Nos dijo que nos pintaban como animales para no sentirse mal por arrebatárnoslo todo y dejarnos tirados junto al arroyo. Pero como el señor Armstrong no era oriundo, no lo creímos. «Si es cierto, díganos qué se llevaron», le pedimos.

—Ah, dejadme pensar. ¿Toda la madera y el carbón que alimentaron la Revolución Industrial y enriquecieron a Estados Unidos? Fijaos en las vías férreas. Se construyeron para transportar mercancías en una sola dirección y dejar a la gente atrás.

Todos nos pusimos en plan «de acuerdo, lo que usted diga». Que la cabeza de Brad Butcher es puntiaguda era indiscutible.

Muchas veces el señor Armstrong se limitaba a cruzarse de brazos, reclinarse y dejar que comenzara el tiroteo. Entre nosotros, contra él, contra el presidente del puto mundo, lo que quisiéramos. No se permitía el lenguaje malsonante, por supuesto. Aceptaba sin problemas expresiones nuestras como «pagar el pato», «vérsele a uno el plumero» o «más feo que Picio» porque veía que encajaban bien en una clase de Lengua. Pero nada de «joder» y derivados,

nada de pronombres incorrectos, y que Dios te cogiera confesado si utilizabas el infinitivo como imperativo.

Para no ser profesor de Historia, también estaba muy puesto en temas históricos. (El entrenador Briggs se limitaba a darnos hojas de ejercicios. Un tostón). Por ejemplo en lo de las banderas confederadas que uno veía por ahí y que no llamaban mucho la atención. Nos pasó un día mientras esperábamos la llegada de los autobuses: una camioneta Chevy D/K con ruedas de tractor irrumpió a todo trapo en el aparcamiento, quemando neumático, con la música a tope y dentro unos estudiantes de instituto sin camiseta y asomando la cabeza por las ventanillas para gritar como unos lunáticos. Dos banderitas, una confederada y otra estadounidense, ondeando en los laterales. Atravesaron el aparcamiento, hicieron un giro brusco y se metieron en la autopista. Muchos de los que me rodeaban se rieron, fueron menos los que no. Algunos miraron al señor Armstrong, encargado de acompañarnos al autobús ese día, que, vestido con una camisa de vestir y de brazos cruzados, contempló todo el numerito con expresión neutra.

Luego se hizo el silencio. Los que debían subir a los autobuses lo hicieron. El resto se las ingenió para encontrar algo interesante que mirar. Zapatos, el suelo, chicles. Se acercaba Halloween, me acuerdo porque el comité organizador había decorado la entrada con calabazas a las que les habían dibujado caras raras con rotulador. Así que otra cosa más en la que fijarse. La mayoría, si no todos, sabíamos que lo que acababa de ocurrir con las banderitas era una de esas situaciones de «oh, mierda». Y queríamos pasar página.

—Muy bien, empecemos por lo obvio del asunto —dijo el profesor Armstrong, con lo que nada de pasar página—. La Confederación y los Estados Unidos eran bandos enfrentados en la guerra.

Más silencio. Entre nosotros había cosas de las que no se hablaba y cosas que no se hacían, como insultar a la gente a la cara. Conocíamos palabras para referirse a los negros que sabíamos que no debíamos decir, pese a que se las habíamos oído decir a gente mayor, a nuestros padres o a quien fuera, gente cabreada por asuntos que no habían vivido en sus propias carnes y de los que no sabían nada. Palabras que no aludían a personas de verdad. Pero el señor Armstrong estaba ahí, junto a nosotros en el aparcamiento, y él sí era una persona de verdad. Todos lo habíamos tenido en clase o como orientador académico, guiándonos por el sistema de rehabilitación de los delincuentes juveniles, y no conocía a nadie que no lo apreciara. Yo no aparté la vista de las calabazas, preguntándome por enésima vez cómo podía costarles tanto entender que había que colocar los ojos en medio de la cara y no arriba del todo. Llegó otro autobús y algunos alumnos entraron en él con la cabeza gacha, probablemente más de uno ni debía cogerlo.

—Gente —medio gritó el señor Armstrong, como hacía en clase cuando nos notaba distraídos—. ¿Me estáis oyendo? Una guerra. Bandos enfrentados. Llevar las dos banderitas a la vez no tiene sentido. Es como animar a los Generals y a los Abingdon Falcons en el mismo partido.

Guau. Todos nos quedamos en plan, «joder». Porque aquello resultaba impensable.

Algunos empezaron a murmurar palabras como «legado cultural» o «nada personal», lo que llevó al señor Armstrong a quitarse las gafas y frotarse los ojos, poniendo su pose habitual, entre el interés y la perplejidad más absoluta.

—¿De qué historia estamos hablando aquí? —nos preguntó—. Porque Virginia votó a favor de unirse a la Confederación, es cierto. Para respaldar a los dueños de las plantaciones. Pero la

gente de este condado no estuvo representada en esa votación.

Nadie quiso entrar a discutir con él. Entre los que quedábamos allí, que aún no nos habíamos subido a ningún autobús ni habíamos regresado al interior del edificio, apuesto a que ninguno habría empuñado un rifle para defender a los peces gordos de las plantaciones. De hecho, estábamos agradecidos de lo que nos había contado, aquello de que la gente de las montañas de Virginia había organizado sus propias milicias para luchar en el otro bando, el de los Unionistas. Nos dijo que no tuviéramos ningún reparo en transmitir esta información a determinadas personas, y todos meneamos la cabeza en señal de «menudos capullos», pese a que algunos de esos capullos pudieran ser nuestros hermanos, amigos o padres. Porque así era el señor Armstrong. Incluso si no sentías la necesidad de hacerlo, acababas poniéndote de su lado.

Melungeon resultó ser otra de esas palabras. Inventada para insultar a algunas personas hasta que estas se hartaron, le dieron la vuelta y se la apropiaron. Esas gentes eran de raza mixta y abarcaban todos los colores más el *cherokee* y el portugués, que tenía sus propias particularidades. Las razones de la mezcla se debían a que, en tiempos de los pioneros, Lee County estaba igual que hoy, nadie tenía ni un agujero donde caerse muerto. Pobres como ratas, decidieron pasárselo bien y acabaron con bebés multicolor. Si salían de su comunidad, aquellos niños escuchaban la odiosa palabra, *melungeon*, que según Pajarito era otra forma de decir «mierda revuelta».

Pajarito se implicó a tope en mi proyecto sobre los orígenes. Habríamos necesitado tres cometas o más para reunir todo lo que escribió. Me explicó cómo en aquellos tiempos a cualquier persona con la mínima sombra de color la habrían llamado negrata. Esto significaba no poder votar, ni tener una granja, etcétera. De modo que estos individuos de raza mixta a los que todo el mundo se refería como *melungeons* se presentaron un día en los juzgados y dijeron «De acuerdo, esto es lo que somos, póngalo por escrito». La gente de los juzgados debió de analizarlo, pero no encontró nada en sus libros que indicara lo que los *melungeon* podían hacer o no. De modo que buena jugada.

Esa era mi gente. El padre de Pajarito y de la señora Betsy se marchó de aquí para encontrar a Jesús, pero sobre todo para dejar de formar parte de esa comunidad. Si sus hijos preguntaban por sus tíos o primos, recibían una paliza. Jamás oyeron pronunciar la palabra *melungeon*. Pero, de todas formas, llegaron a sus oídos historias sobre esas personas de tez oscura y ojos verdes que se habían quedado en Virginia. Mi padre creció preguntando si eran ciertas. En el momento de su huida, él y la señora Betsy se habían hecho mucho daño, por lo que no se hablaban. Ella nunca supo si había regresado hasta que recibió esa carta en la que él le contaba que se había establecido en Lee County con una chica y que esperaban un bebé. El pequeño Copperhead de ojos verdes al que nunca conocería.

Pajarito dejó todo esto por escrito, me lo entregó en un sobre y me pidió que lo leyera más tarde, a solas. Y aunque nunca he sido de lágrima fácil ni de esos a los que se les hace un nudo en la garganta, ni siquiera de niño, cuando leí acerca de mi gente y de mi padre, hundí la cara en la almohada y lloré como un crío.

Angus me aconsejó que me hiciera con un bloc de notas para apuntar en él el nombre de mis novias y así evitar confusiones. Angus, genio y figura. No estaba para nada enfadada, al

contrario, se sentía orgullosa de mis éxitos. Nunca había tenido tantas novias al mismo tiempo, ni que me duraran tanto. Para ser sincero, el tipo de mujer más interesante en mi vida por entonces era la señorita Annie, mi profesora de Arte, quien, por tanto, no podía contarse entre mis novias en potencia. Puede que también me atrajera mucho Linda Larkins, la hermana mayor/genio de las mates/«ni se te ocurra flirtear conmigo» del club de los deberes, pero lo dicho, nada real. Tenía diecisiete años.

En cuanto a las otras, a las que de verdad les gustaba, me mantenían ocupado. Aún éramos demasiado jóvenes para hacer nada dentro de los coches, como los chavales normales, pero donde había voluntad había un sofá y unas sábanas, o mi dormitorio, siempre que todos durmieran. Sesiones de estudio que se alargaban. Llegó un punto en el que, si no estaba haciendo algo con una chica, estaba pensando en hacer algo con una chica. Mi cuerpo no dejaba de desear, aunque consiguiera tener la mente ocupada. Exactamente lo mismo que ocurre cuando tienes hambre. Durante muchos años había sido una persona que no tocaba a los otros. Recordaba vagamente la afición de mi madre a los abrazos, pero luego llegó Stoner y la vida familiar se convirtió en un deporte de contacto bien diferente. Esto del piel con piel suponía toda una novedad para mí. Me ponía nervioso no saber lo que estaba haciendo o lo que estaba permitido hacer. Aquellas chicas de la secundaria tenían normas muy estrictas respecto a no llegar hasta el final, como si hubieran firmado un acuerdo global. Al menos ahora conocía la ubicación de todas las bases. Me habían dado clases particulares.

Muy de vez en cuando acompañaba a los Peggot a ver a Emmy, pero nuestra fugaz relación sentimental ya era historia. Maggot juraba que Emmy salía con Hammer Kelly, aunque ella lo negaba y se reía del corte de pelo rústico de Hammer, asegurando que la única persona enamorada de él era el señor Peg, que se lo llevaba de caza. Al principio me dolió pero luego se me pasó. Como reza el dicho, hay muchos peces en el mar. Si un viernes me presentaba en la escuela con la camiseta del equipo, madre mía, de ese mar salían tantos peces como en el milagro bíblico.

Para que conste en acta, los superdotados pueden jugar al fútbol americano, y bien que lo hacen. Algunos compañeros de equipo descubrieron que yo medio pertenecía a ese grupo, pero apenas se metieron conmigo. No me perdí un solo entrenamiento. Eran chavales serios, todos futuros jugadores de los Generals. Cush Polk, por ejemplo, nuestro *quarterback*, decente a más no poder, hijo de un predicador y procedente de la remotísima localidad de Ewing. Alto, rubio, mejillas sonrosadas, el tipo de persona que seguía diciéndoles «Sí, señora» a las profesoras. Aseguraba que era tan veloz porque procedía de una familia de nueve hermanos y con una madre que solo cocinaba para ocho. Luego estaba Turp Trussell, quien una vez le dio un trago a una botella de aguarrás por motivos desconocidos. Un payaso enorme, con la complexión de un armario ropero y el atrevimiento de un toro en celo. Dueño de un cerebro de garrapata, pero esto no es algo que se le pueda recriminar a quien juega en la posición de *running back*.

Mi compromiso con la superdotación suponía acudir dos veces por semana y después del almuerzo al instituto con Cabeza de Pescado y el grupito de formación profesional. Ellos hacían mecánica del automóvil, y yo una hora con la señorita Annie en su estudio de arte. Imaginé que me pondría a dibujar frutas, pero no. Si lo que me gustaban eran las caricaturas, adelante. Solo me pedía que utilizase diferentes técnicas para ver cómo me las apañaba. Un día posó para que pudiera hacerle un retrato. Lo cierto es que ya le había hecho más de uno a

escondidas. No siempre llevaba faldas largas, a veces aparecía con unos pantalones muy holgados y llenos de bolsillos en los que embutía pinceles, reglas, cuchillos de paleta, navajas de bolsillo. Alimentos *hippies* como barritas de cereales. Siempre con el pañuelo en su rubia melena y los pendientes largos. Una dama pequeñita con ropas amplias y estridentes.

En su estudio tenía cosas que yo nunca había visto, como acuarelas o témperas. Probé con todas. Me hizo utilizar perspectivas, puntos de fuga, etcétera. Me dio gráficas con partes del cuerpo para que las copiara y me aprendiera los músculos, porque una caricatura no es una persona real, pero hay una persona real debajo de ella. Como el cráneo o el rostro. Las horas pasadas en aquel estudio. Todavía puedo olerlo. Siempre estaba enfrascado en algo cuando llegaba el momento de guardar las pinturas y montarme en el autobús de vuelta a la escuela secundaria. Nunca en la vida me ha pasado el tiempo tan deprisa.

Aquel año Angus se empeñó en organizar un equipo académico, algo de lo que nadie había oído hablar. Me explicó que era lo mismo que uno deportivo, solo que los diferentes equipos compiten por demostrar cuál posee los mayores conocimientos en Matemáticas, Literatura, etcétera. Algo así como una victoria de la inteligencia. Angus ya iba al instituto y tenía sueños tan ambiciosos como locos. Yo le dije que aquel pájaro no iba a volar, que carecía de alas. Ella replicó que ya estaba en el aire. Era una práctica común en otros institutos. Se lo había oído decir a un primo de su amigo Sax que vivía en Virginia del Norte. Claramente a los chavales de allí les salía el cerebro por las orejas, hasta el extremo de organizar combates entre cerebros.

Yo le solté lo que mi madre siempre me decía cuando me entraban ganas de emprender tareas extra, como hacerme la cama: «¿Por qué hacer la vida más complicada de lo que ya es?». Angus me ignoró y redactó una propuesta con la ayuda telefónica de una profesora del primo de Sax. Antes de enfrentarse a la reunión con los profesores, practicó conmigo una elaborada presentación del proyecto. Le sugerí que quizá sería mejor que cambiara de atuendo, que consistía en una camiseta del supervillano Brainiac de los cómics de DC y unas gafas enormes adquiridas en una tienda de Goodwill. Aparte de eso, todo perfecto. De modo que hizo la presentación al profesorado y luego a la Asociación de Padres. Finalmente, al maldito comité escolar. Estoy convencido de que pensaron: «Esta rarita no encuentra ningún chico que quiera salir con ella, dejemos que llene su vida con algo». Fueron dando cabezadas hasta que oyeron la palabra «competición», lo que significaba ir a otros colegios en autobús, y, por tanto, invertir dinero. Todos dijeron lo mismo: esta categoría ya la cubre el presupuesto. Los alumnos superdotados disfrutan de una excursión escolar en sexto o séptimo. Una vez llegan al instituto, siempre que conserven el talento, ya tendrían que haberlo superado.

La derrota solo consiguió reforzar la determinación de Angus. Yo no lo pillaba. Le pregunté si estaba celosa de mis clases de Arte. ¿El arte? ¿Estaba de broma? Si quería hablar de injusticias, debíamos empezar por el fútbol americano. Uniformes, equipamiento, autobuses fletados para los partidos fuera de casa, campeonatos estatales. El comité escolar lanzaba el dinero para todo esto como agua a un edificio en llamas. Mi reacción fue: «Angus, hablamos de fútbol americano. Sacarlo del instituto sería como sacar a Jesús de la iglesia. Nadie iría».

Sax la había ayudado a confeccionar su plan, pero la presión lo había hecho desertar. Angus estaba sola. Se podría pensar que por lo menos el profesorado la respaldaría. La chica que era un as en todo lo que hacía y que leía por diversión. Pero no se pronunciaron. Ciertamente, Angus también era la de la ropa extravagante y las opiniones contundentes. Además, el

entrenador hacía valer su autoridad sobre los profesores a la hora de apoyar a los alumnos más retrasados. No es que fuera culpa de Angus, es que la situación era complicada. Al final acudió al señor Armstrong, su antiguo profesor de la escuela secundaria de Jonesville, para que la ayudara a organizar una asamblea en el instituto, con el fin de explicarles la idea. Esta acabó siendo una pequeña reunión en un aula llena de alumnos sin el menor interés, es decir, presentes con la única intención de saltarse la clase de turno. Sax llamó para comunicar que estaba enfermo, es decir, que era un cobarde. Como la asamblea coincidía con mi hora de Arte, la señorita Annie y yo decidimos asistir. Angus dio su charla sobre la mejora de las habilidades, el orgullo escolar, etcétera, de lo más jefaza, con su camiseta negra con el supervillano Brainiac de piel verdosa, unas botas militares y el pelo recogido en cincuenta coletitas que representaban terminaciones nerviosas.(Los sombreros no estaban permitidos en el colegio. Aquella chica se quedaba a un milímetro de transgredir el código de vestimenta). Lo único nervioso en ella eran sus ojos. Nos dio ejemplos de algunas de las cosas que hacían los equipos, como estampar ecuaciones matemáticas o títulos de libros en camisetas que luego llevaban a clase.

—Igual que la costumbre de los jugadores de fútbol americano de venir con el uniforme los viernes —dijo—. Pero nosotros podemos escoger el lunes o el martes, así los chavales inteligentes también dispondrán de un día propio para ser los reyes de la pirámide social del instituto.

Entre los asistentes solo había dos profesores, además del director, presente para asegurarse de que la situación no se salía de madre. Me dio la impresión de que daba cabezadas. Una de las profesoras mantuvo el ceño fruncido y no dejó de tomar notas a lo largo de toda la exposición. Cuando Angus hubo terminado, el señor Armstrong dijo que celebraba la iniciativa de la señorita Winfield y que estaba convencido de que su proyecto elevaría la cultura académica del centro. Al estar familiarizado con el funcionamiento de este tipo de equipos, respondería gustosamente a cualquier cuestión.

La profesora del ceño fruncido tenía preguntas, por supuesto. ¿Quién pagaba todo aquello? ¿Los chicos perdían clases? De ser así, ¿cómo las recuperaban? ¿Se suponía que los profesores debían hacer horas extra? Parecía como si aquella señora hubiera asistido al baile de fin de curso en los años ochenta y se hubiera quedado congelada desde entonces: pelazo, hombreras anchas. Inspiraba temor. El señor Armstrong no perdió la compostura, habló de la proporción entre costes y beneficios, de profesores voluntarios para preparar a los estudiantes en sus respectivas especialidades, del empleo inteligente de recursos ya disponibles.

Doña Hombreras no había acabado.

—La chica ha dicho que hay programados encuentros en otros centros. No me negará que esta actividad va a requerir de fondos extra.

El señor Armstrong dijo que probablemente fuera cierto. Hombreras quiso saber la opinión del comité escolar. El director despertó para apuntar que la decisión ya estaba tomada, por lo que tenían las manos atadas, y que no veía que hubiera información nueva, nada que aquellos hombres no supieran ya.

Los chavales habíamos desconectado, a la espera de que ocurriera algo, lo que al final sucedía. El señor Armstrong se estaba cabreando. Lo delataba el modo en el que su acento se volvía más cerrado. Dijo que, con todo el respeto hacia nuestro comité escolar, todos sabíamos quiénes eran esos caballeros. Sinceramente, los chavales no teníamos la menor idea.

Hombreras probablemente sí. Estaba situada al fondo del aula, mientras que el señor Armstrong se encontraba en la parte delantera, de modo que la vista de los alumnos saltaba sin parar del uno al otro. Uno llegaba a oír el movimiento. Ella le preguntó qué estaba insinuando. (Giro, pies que se arrastran). El señor Armstrong dijo que la mayoría de los hombres del comité escolar tenían experiencia en el mundo empresarial y en el negocio del carbón. (Giro a la posición inicial).

Ella quiso saber si había algo de malo en lo de tener experiencia en los negocios. Él dijo que solo constataba que esos hombres no tenían conocimientos sobre educación *per se*. Pertenecían a una época en la que trabajar en las minas era el objetivo final y la universidad no estaba en el radar de nadie.

Angus no paraba de mirarme con cara de «¡ayuda!». Pero ¿qué sabíamos los chavales? En lo referente al comité escolar, a la universidad, al radar, nuestra opinión compartida era: ¿y qué?, ¿a quién le importa?

El señor Armstrong quiso saber cuántos de los presentes habíamos participado en alguna actividad escolar que implicara competir con otros colegios, sin contar el fútbol americano. Ridículo. Una vez habíamos organizado una feria de ciencias, a petición de unos pocos alumnos, niñas y empollones. Pero obviamente no a nivel estatal. Le dijimos «Buf, no». Nos machacarían. Haríamos el ridículo. Todo el mundo lo sabe.

Sin duda que nos machacarían, asintió el señor Armstrong. El motivo: todos los distritos escolares al este del nuestro disponían de clases de preparación para la universidad, laboratorios científicos y otras cosas de las que nosotros jamás habíamos disfrutado.

En ese momento sonó el timbre. Fin del combate. El director ya se había escabullido, sin que nadie lo hubiera advertido. Hombreras recogió sus cosas y salió disparada, pero un grupito de alumnos se quedó para rebatir al señor Armstrong, recordando aquellas felices clases de Lengua y Literatura de séptimo. No, le dijeron. Estaba equivocado. Nos machacarían porque los chavales de Virginia del Norte y de esos sitios eran más cerebritos. Pero fuera de clase les dábamos mil vueltas.

El señor Armstrong se frotó los ojos, meneó la cabeza y dijo: «Ay, por Dios maldito». Una expresión que nos sonó bastante contradictoria.

Me sentí mal por el sueño fallido de Angus, pero esa hora con la señorita Annie era toda la actividad extra que yo necesitaba. Era otra de esas cosas de las que siempre quería más, Demon y sus ansias: más comida, más amor, más contacto físico, y ahora más momentos en los que la cara de la señorita Annie se iluminaba al verme hacer algo bien. En realidad, no me importaba la mayor recompensa para los superdotados, que era la salida que se organizaba durante el parón primaveral. Teníamos que pasarnos todo el año estudiando en este sitio concreto y redactando nuestros trabajos para llegar lo más sabios posible a la cita. Daba igual. Me había perdido la salida de sexto, ya que no me había alcanzado con mis notas. Tampoco me importó mucho, porque solo fue al Museo de Ciencias de Charlotte, sin quedarse a pasar la noche, dados los recortes presupuestarios. Un timo. Los profesores habían prometido compensárnoslo este año, lo que no me creí ni por un instante. Angus me aconsejó esperar a ver qué pasaba. El fracaso de su proyecto para incentivar la inteligencia había supuesto un revés, pero cuando tenía un día bueno, ella era la primera en recordarme que debía confiar en el viaje salvaje, en referencia a la vida o lo que fuera. Porque la cosa no está cien por cien jodida,

de vez en cuando da sus frutos.

Y en séptimo, por Dios bendito, vaya si lo hizo. Nos dijeron que iríamos de visita al Williamsburg colonial, más una tarde al parque de atracciones de Busch Gardens y un día entero a la maravillosa y bendita PLAYA de Virginia. El océano. No sabía por dónde empezar con mi trabajo vinculado a la excursión, pero acabé acotándolo a las corrientes. Viajan por toda la tierra trazando círculos tan gigantescos que te aseguro que no darías crédito. Luego llegó marzo y la escuela informó de que al final no había dinero para los autobuses. Salida cancelada. Me sentí un imbécil por haberme creído el discursito de Angus sobre confiar en el viaje salvaje.

No obstante, más adelante llegó una salvación de última hora: algunas madres se presentaron voluntarias para llevarnos en coche. Fantástico. Me tocó ir en una camioneta Plymouth Eagle conducida por una madre y acompañado de su hija, Lacey, y de sus amigas para siempre, Gleanna y Pristene. Todas eran fundamentalistas cristianas y pertenecían a la misma congregación, por lo que se sabían de principio a fin todo un surtido de canciones sobre Jesús. Comenzaron con ellas en cuanto salimos del aparcamiento e implicaban movimientos de manos. «Esta lucecita mía, voy a dejar que brille —y levantabas un dedo simulando una vela—, no dejes que Satán la apague» (pufff). Recordé las palabras del señor Peg sobre que uno puede acostumbrarse a cualquier cosa menos a colgar de una soga. De acuerdo. Me dirigía a ver el puto océano.

Entonces Gleanna aseguró no encontrarse bien y sin más vomitó encima de ella misma y de los otros dos que la acompañábamos detrás. Los cantos de alabanza llegaron a un abrupto final. Nos detuvimos en un aparcamiento para camiones, donde Gleanna tomó un *ginger-ale* y sus víctimas agarramos nuestras mochilas y nos dirigimos a los lavabos a lavarnos y cambiarnos. Luego reemprendimos el viaje, un coche lleno de cristianos exhaustos y con Gleanna en el asiento del copiloto, donde se suponía que no volvería a marearse. Yo tenía la intuición de que no se trataba de un mareo, porque circulábamos por la I-81, una autopista que une en línea recta Jonesville con donde sea.

No me equivocaba, a mitad de la canción «La dicha llena mi alma como una fuente», Gleanna volvió a echar la pota, esta vez poniendo perdida a la mamá al volante. Llegados a este punto, la mujer estaba hasta las narices de todo el asunto y nos dijo que iba a tomar la siguiente salida y buscar una cabina telefónica para llamar al motel de la cadena Super 8 en el que debíamos pernoctar para comunicar al resto del grupo que dábamos media vuelta y regresábamos a casa.

Mi aventura oceánica llegó a su fin de manera estrepitosa, en la salida 114, a la altura de Christiansburg. Ironías de la vida.

35

La señorita Annie tenía un tatuaje en el hombro que nadie conocía. Os lo podría dibujar ahora mismo. Un pez dorado de largas aletas y una cola que se agitaba y retorcía como si nadara sobre su piel. Todas las escamas perfectas, con los bordes de cada pequeña curvatura de color dorado. En clase siempre llevaba camisetas anchas y llenas de manchas de pintura, que usaba como bata y que probablemente hubieran pertenecido al señor Armstrong, hasta que quedaron demasiado andrajosas. Procuraba no pensar en ellos haciendo lo propio de maridos y esposas. Pude ver su tatuaje porque con la llegada del buen tiempo almorzábamos en el exterior y ella salía con su camiseta de tirantes.

Almorzábamos juntos porque ella era adorable, simple y llanamente. Al comprobar que una hora se me quedaba corta, me propuso que en vez de esperar el autobús de la escuela, fuera antes, aprovechando la pausa del almuerzo, así podría estar más rato. Esto suponía que al acabar la clase del señor Armstrong ponía rumbo al instituto y al estudio artístico de la señorita Annie. Era un poco extraño escuchar al señor Armstrong comentar alguno de los trabajos del proyecto Orígenes mientras pensaba en la poca gracia que le haría descubrir lo colado que estaba por su mujer. No sospechaba nada. Ella tampoco.

Para adelantar la visita, la señorita Annie había dispuesto que me acompañara el señor Maldo, el conserje encargado de limpiar los lavabos de la escuela secundaria de Jonesville por las mañanas y los del instituto Lee High por las tardes. Me llevaba hasta allí antes de la hora del almuerzo, por lo que disponía de dos horas completas de Arte. Luego me acercaba al centro de formación profesional Lee Career and Tech a esperar, junto a Cabeza de Pescado y el resto de los chavales, la llegada del autobús que nos llevaría de regreso a la escuela secundaria. Una cosa sobre el centro: aquel lugar estaba a tope de reclutadores. Del Ejército, de la Marina, tipos con acentos y uniformes complicados que les daban un aire de irrealidad. Desplegaban mesas a la entrada y nos animaban a sentarnos con ellos y charlar, probablemente inconscientes de nuestra edad, de que no éramos más que chavales de séptimo esperando el autobús. Y os voy a contar algo. Aquellos militares podían mirarte a los ojos y hacer que te murieras de la vergüenza: ¿tu padre está en casa en este preciso momento, viendo la televisión en calzoncillos? ¿Tu madre consiguió que te diagnosticaran «déficit de atención e hiperactividad» para acceder a la sanidad pública y conseguir así tu primera cita con un médico? ¿Sabías que menos de la mitad de los habitantes de este país disponen de un empleo? Estaba claro que nuestro grupo se llevaba el primer premio nacional en la categoría de futuros desempleados. ¿La respuesta a todos estos problemas? Únete a nosotros. Probablemente Cabeza de Pescado y el resto contaban los días para hacerlo.

Acerca de los trayectos con el conserje, el señor Maldo era la persona más callada que he visto nunca. Hablaba un poco con la señorita Annie y almorzaba en su estudio antes de ponerse a limpiar los lavabos, pero a mí no me dirigió la palabra en ninguno de los viajes en su furgoneta. Por lo demás, era un tipo normal; tenía un problema en la mano izquierda, que era demasiado pequeña y le faltaba tono muscular, pero esto no le impedía conducir ni realizar las labores de limpieza. La señorita Annie me contó que, como lo veía siempre solo, le había propuesto que tomaran café juntos durante los descansos y de ahí surgió lo de almorzar. El

resto de los profesores ni lo saludaban, y eso que sus salarios tampoco eran mucho más altos. La señorita Annie me dijo que todas las criaturas del Señor necesitan cagar, pero que uno no lo diría a tenor de cómo tratan algunos a aquellos que deben limpiar su mierda. Dijo literalmente «cagar» y «mierda». Entenderéis por qué estaba tan loco por ella.

En el proyecto sobre nuestros orígenes del señor Armstrong aprendimos una cosa: si lanzas una piedra en Lee County, seguro que impactará contra alguien que cuente con un familiar que haya trabajado en el sector del carbón. Casi todos en mi clase tenían bisabuelos que habían migrado aquí para trabajar en las minas. O ya estaban aquí y trabajaron en ellas. Contaron la historia de cómo todos los hijos de una misma familia acabaron trabajando en una mina situada bajo las tierras que les habían sido compradas. Los magnates del carbón se presentaban aquí y adquirían tierras sin mencionar los tesoros que ocultaban. A los que se las vendían no les quedaba otra alternativa que trabajar. Incluso los niños pequeños se veían forzados a transportar cubos con mineral desde la boca de la mina hasta las vías. El «carbón bajo» se hallaba en vetas de apenas noventa centímetros de altura, situadas en las profundidades de las montañas. Los abuelos contaban la historia en plan «qué alucinante era aquello, deslomándonos como animales». Las abuelas, por el contrario, se inclinaban más por asegurar que de alucinante, nada. Pagaban en cheques de dinero falso que había que gastar en las tiendas de la compañía minera, donde cobraban el doble. Todo el día inhalando polvillo negro y toda la noche tosiendo y escupiendo trozos oscuros de pulmón. Marido e hijos que morían por la explosión de un pozo.

Una chica tituló su exposición «La otra cara de la moneda». Era Bettina Cook, la del cabello alborotado y su grupito de amigas, cuyo padre era dueño de la cadena de tiendas de alimentación Foodland, con siete establecimientos repartidos entre los tres estados. La de los bocadillitos de pan de molde sin corteza que me dejaban boquiabierto en tercero, pues sí, la misma Bettina. Gran parte de las acciones de la mina Bluebonnet pertenecían a la rama materna de su familia. Repartía folletos que informaban de todo lo bueno que había hecho la compañía por Lee County, como bancos para el parque, etcétera. El gobernador había condecorado a su bisabuelo por haber comprado una de las mayores vetas mineras bajo Kentucky y haber ideado la manera de extraer el mineral del lado de Virginia, con el consiguiente ahorro de no sé qué impuesto. Tenía un montón de parientes que eran senadores y demás en la Cámara de Representantes, cuyas fotos nos enseñó en su ordenador. Sí, su propio ordenador, traído de casa. También tenía un teléfono de la marca Motorola. La reina Bettina, todos sabíamos que estaba a otro nivel. Pero el señor Armstrong dijo que de acuerdo, que todos disponíamos de nuestro turno y que prestáramos atención.

Sin embargo, la mayor parte de las historias que escuchamos hablaban de piernas aplastadas y explosiones de dinamita. Aquella fue la oportunidad de la gente mayor para quejarse a unos nietos que no solían tener tiempo para cuentos de viejos. Si un minero no acababa enterrado vivo, solo le quedaba esperar a ver qué parte de su cuerpo caería primero: pulmones, espalda, rodillas. Pensé en el señor Peg, que tenía todo tipo de secuelas y la baja por invalidez desde que se lesionó. Otro tema al que la gente mayor era muy aficionada: su rechazo a las ayudas financieras. Habían crecido en la cultura del trabajo y solo creían en eso, en trabajar, aunque ahora no pudieran hacerlo y dependieran de las putas pensiones de invalidez para poder sobrevivir. Pero ellos no eran así. Odiaban a esas personas. También hablaban de los

sindicatos. Ojo con la palabra, como si fuera un apretón de manos entre ellos y Dios. Teníamos una idea vaga sobre cómo habían defendido los trabajadores sus salarios, las condiciones de seguridad en sus puestos y demás. Pero ¿adónde había ido a parar todo esto y cómo podían hacer presión?

Su única baza era amenazar con abandonar el trabajo y que les dieran por el culo a los jefes de las minas, según el señor Armstrong. No utilizó estas palabras en concreto, pero el mensaje nos quedó bien claro. También nos ponía vídeos. Obviamente, nos encantaba que los profesores nos pusieran pelis: hora de la siesta, o de darse el lote si procedía. Pero aquel vídeo en concreto, hostia, valía mucho la pena verlo. Los hombres convocando una huelga, la empresa recurriendo al Ejército para obligarlos a regresar a sus puestos de trabajo, los mineros diciéndoles: «¿Sabéis qué? Nosotros también contamos con armas». Una cosa seria. La batalla de Blair Mountain, que se convirtió en la mayor guerra que hubo en Estados Unidos, aparte de la de Secesión. Veinte mil hombres de todos los rincones montañosos se organizaron en regimientos para combatir. Llevaban pañuelos rojos alrededor del cuello para mostrar que todos estaban en el mismo bando, gente trabajadora. El señor Armstrong nos contó que lo de llamarnos *rednecks*[32] como insulto se remontaba a esos pañuelos rojos. Brutal.

En todo caso, aquello era cosa del pasado, ya nadie tenía parientes trabajando en las minas. Nos habíamos pasado la vida oyendo hablar de los despidos. Las empresas cambiaron humanos por maquinaria en todos los puestos de trabajo: la minería subterránea dio paso a la minería por franjas, haciendo volar por los aires montañas enteras, y con máquinas diseñadas para recoger los pedazos. Bettina se puso en plan «seamos realistas, todas las empresas tienen como objetivo ganar dinero, es un hecho». Los hechos eran que el carbón ya no daba trabajo a prácticamente nadie. Bettina también sostuvo que los desempleados no eran más que personas que no se esforzaban lo suficiente. Su grupito se puso de su lado, mientras que otros chavales señalaron que el problema era la gente de la ciudad, por echar pestes del carbón.

Que yo supiera, no había nadie en mi familia que hubiera vivido del carbón, por lo que aquella no era mi guerra. Dibujé mucho y mantuve la boca cerrada. Me inventé unas viñetas protagonizadas por un superhéroe: un antiguo minero con un pañuelo rojo que se dedicaba a repartir puñetazos entre los empresarios. Podría pedirle consejos a la señorita Annie para conseguir que parecieran antiguos, porque eso se le daba genial. Ella sabría exactamente cómo hacerlo.

En su línea, el señor Armstrong dejó que la discusión fuera escalando durante mucho rato.

—De acuerdo, pero ¿nadie se ha preguntado por qué por aquí no había otro tipo de trabajo remunerado? —dijo finalmente.

La opinión generalizada fue que Dios había hecho de Lee County el culo del universo en lo referente al empleo.

—No fue Dios —dijo, con un tono que delataba su gran enfado.

Tengo grabado aquel día. El señor Armstrong con su camisa verde pálido, sudando. Todos sudábamos. Era mayo, no teníamos aire acondicionado y era probable que hasta los dos *bulldogs* de cemento de la entrada tuvieran la lengua fuera. Cada una de las almas atrapadas dentro de esa gran caja de ladrillos que era la escuela secundaria de Jonesville deseaba encontrarse en algún otro lugar. Excepto el señor Armstrong, que estaba decidido a retenernos en nuestros asientos.

—¿No creéis que los mineros anhelaban otras vidas para sus hijos? ¿Después de todas las

historias que habéis escuchado? ¿Y no creéis que los empresarios del carbón lo sabían muy bien? —nos preguntó.

Lo que las empresas hicieron, nos contó, fue acabar con cualquier otra alternativa que no fuera acudir a las minas. No solo aquí, también en Buchanan, Tazewell, todo el este de Kentucky; estos condados acabaron por completo en sus manos: tierras, hospitales, juzgados, escuelas, todo era propiedad de las empresas. Ser minero no requería educación alguna, por lo que dejaron que las escuelas se pudrieran. Y se aseguraron de que ni los molinos ni las fábricas les hicieran sombra. Solo carbón. A día de hoy, aún había que irse muy lejos para encontrar otro trabajo. No era por casualidad, nos aseguró el señor Armstrong, y por una vez lo creímos, porque en algún rincón de nuestros cerebros empezaron a encajar algunas piezas del puzle y nuestro mundo adquirió un sentido tirando a descorazonador. Esos padres en calzoncillos bebiendo cerveza en casa, esas madres tirando de cupones de descuento en las tiendas de alimentación. Los reclutadores del Ejército con sus uniformes llenos de botones dorados, procurando sacar provecho de futuros sin esperanza. Joder.

El problema de aprender sobre los orígenes es que te acaban entrando unas ganas locas de apalizar a alguien, posiblemente a Bettina Cook y sus humos de grandeza. (No ocurriría. Su padre lideraba la afición de los Generals y era un mecenas de peso). Antaño vivimos con dignidad encomendándonos a Dios y a la patria. Luego la situación dio un vuelco y ya no hubo Dios ni patria, pero en nuestro corazón seguíamos pensando que el carbón era un regalo divino y deseábamos creer. Porque, de lo contrario, era un timo más a bordo del puñetero tren que ha serpenteado por estas montañas desde que George Washington se puso al mando y ordenó a su cuadrilla que empezara a talar nuestros árboles. Adiós a todo lo que podían saquear. Montañas con la cima dinamitada y ríos fluyendo negros. Mi gente está exhausta de tanto intentarlo, o camino de estarlo, adictos como somos a mantenernos con vida. No nos queda más sangre que verter, solo heridas de guerra. Locura. Un mundo de dolor que aguarda a ser asesinado.

36

Nací para desear más de lo que puedo obtener. A Demon no le basta con un pedacito de río en el que pescar, quiere todo el océano. Y a partir de aquí, todo y más en lo relativo a pasarse de la raya. Tardé en entender el problema que tenía y quizás aún no lo haya resuelto del todo. Este relato debería arrojar luz sobre el asunto. Son muchos los que ahora te dicen que es una enfermedad, tanto las almas machacadas y en reparación que acuden a las reuniones de Narcóticos Anónimos como los médicos con sus jerséis abotonados hasta arriba. Muy bien. Pero ¿de dónde surge esta enfermedad del anhelo? ¿Del modo en que nací, o de los que me hicieron, o de la gente con la que luego me junté? Todo el mundo te advierte sobre las malas influencias, pero son las cosas que ya llevas dentro las que te van a destruir. La inquietud en tus entrañas, como gatos a la greña en callejones oscuros. Los deseos imposibles que no dejan de acosarte: una selección de palabras perfectas que te crees capaz de decirle a alguien para que te vea, te quiera y se quede a tu lado. O que le podrías lanzar al espejo, por idénticos motivos.

Algunos se niegan a renunciar a la botella, a la aguja, a esa cara tan bonita como peligrosa, a todas las calamidades. ¿Qué puedo escribir aquí que les haga abrir los ojos y creer? Para los afortunados es bien sencillo. Cuentan con una luz que los alumbra. No dejéis que Satán se salga con la suya. Mirad más allá, aguardad lo que está por llegar. Ignorad a los malditos gatos. Dejad la marihuana.

El año 2001 fue aquel en el que lo tuve todo y seguía hambriento. Jugaba para los Generals. Primer año de instituto y ya lo había conseguido. Los viernes lucía mi número 88 a la espalda y me idolatraban. Salía entre vítores del pabellón Red Rage, junto a mis compañeros de equipo. Grandes placajes, zarandeos en los vestuarios, todo ese piel con piel era como alimentar un segundo estómago del que nunca había tenido constancia. Incluso lo malo sabía bien. Darle fuerte en la sala de pesas hasta sentir que todas las fibras de mis brazos se electrificaban, mis pectorales contraídos como un ataque al corazón, el tipo que pasaba por ahí diciéndome: «Jesús, tío, tu cara parece una maldita hemorroide». Reír por lo de puta madre que sienta un dolor así. La mayor parte de la gente jamás se acerca a estar tan vivo.

No hay palabras para describir lo que comporta aprenderse las jugadas de memoria y luego ponerlas en práctica en el campo. Supone un truco de magia coger una idea y convertirla en cuerpos sobre cuerpos, en algo participativo que todo el mundo pueda ver. Igual que ese pasaje bíblico en el que se dice que la palabra se hizo carne. Aprender a leer la mente del *quarterback* y anticiparte a sus movimientos. Los Generals siempre habían basado su juego en correr mucho, pero ahora Demon estaba cambiando las reglas. Pases que salían disparados y se completaban, provocando un silencio sepulcral en las gradas durante apenas un parpadeo y luego los rugidos de euforia. Disculpadme, pero, por Dios bendito, aquello era como un orgasmo. Llevar a la multitud al éxtasis haciendo algo inesperado.

El entrenador Winfield era como un padre. Obviamente es solo una suposición, pero diría que fue el primer y único hombre en detectar todo mi potencial. No hablo únicamente de ver todo lo que podía hacer por él, pues de esos hubo a patadas. Este chaval me puede cortar el tabaco, hacerme ganar unos pavos, comerse mis marrones. Con el entrenador todo cuanto

hacíamos lo hacíamos por Dios y por la patria, pero específicamente por Lee County. Mi nombre apareció mencionado en más de una ocasión en el periódico *Courier*, pues ¿a quién no le gusta una estrella fugaz?: «De casas de acogida al estrellato en el fútbol americano». Aquello se me subió un poco a la cabeza, pero diría que al entrenador incluso más. Su forma de mostrar patriotismo consistía en no quitarme el ojo de encima y presionarme al máximo. Yo era consciente de lo mucho que había perdido él en la vida. Una esposa muy joven, y antes de eso, su carrera, una lesión fatal más o menos a la edad que yo tenía por entonces. Sabía que se acostaba demasiado temprano y que bebía para desconectar. Y también sabía que, sean cuales sean los buenos sentimientos que un hombre así puede sentir por otra persona, él los sentía por mí.

De modo que tenía más de lo que merecía. A la señorita Annie, por citar otro ejemplo. En el instituto, la asignatura de Arte iba en serio y la cursaban tanto mayores como pequeños, pero ella me concedió un permiso especial para asistir a sus clases durante los cuatro años completos, si así lo deseaba. Siempre que resistiera durante un período tan largo. El instituto Lee High era una suerte de encrucijada vital para chavales como nosotros: sube los escalones de la gran caja de ladrillos y gira a la derecha para cruzar la puerta principal e ir a las clases. O gira a la izquierda y baja por un largo túnel flanqueado por miles de carteles de reclutamiento del Ejército y la Armada, hasta desembocar en formación profesional. No había nada artístico ahí abajo, creedme.

Los atentados del once de septiembre que tuvieron lugar aquel verano multiplicaron el número de carteles y de agentes de reclutamiento. «Venid a partirles la cabeza a los terroristas», clamaban, y muchos respondieron a la llamada. ¿Por qué no? Les atrajo la posibilidad de contar con al menos un trabajo remunerado entre el instituto y la muerte. Porque el ataque en sí mismo no pareció del todo real. Los rascacielos nos parecían algo propio de la televisión, de modo que ver una y otra vez dos de ellos derrumbarse resultaba indistinguible de los efectos especiales de cualquier película. Sabíamos que había muerto gente. Nos reunimos, arriamos las banderas, estuvimos tristes y demás. Tuve mi ración de pesadillas en las que me sentía caer desde las alturas. Sabía que eran edificios de verdad. Y en las grandes ciudades siguen muchos en pie, por lo que imagino que son motivo de preocupación. Aquí, por el contrario, si se presentaran volando unos terroristas y miraran hacia abajo, lo que se encontrarían serían cráteres de minas y montañas reducidas a escombros. Así que dirían: «No os detengáis. Este sitio ya ha sido barrido del mapa». Costaba entender por qué el once de septiembre era también mi guerra. En lo tocante a hacer el bien al prójimo, mi mejor opción era el fútbol americano.

La formación profesional sin duda parecía ser un camino hacia la libertad. ¿Optar a trabajar en un taller mecánico en vez de estar encadenado a un pupitre? Sí, gracias. Pero el señor Armstrong había unido mi destino a las aulas. Español. Geometría. Finanzas Personales. Como si fuera a necesitar alguna de esas cosas. Lo acepté por un único motivo: mi hora diaria con la señorita Annie. Aquel era el lado positivo de asistir a su clase de Arte. El lado negativo era tener que compartirla. Resultó que era dulce con todo el mundo, se paseaba por el aula diciendo «Bonita composición», o «Me gusta el uso del color que has aplicado aquí», o como mínimo «Se nota que te has esforzado mucho, Aidan». Yo debía hacer las mismas tareas que el resto, elementos de diseño, dibujo lineal y por cuadrículas, sombreado. Dibujo al natural. Hacíamos turnos para posar como modelos, pero no nos quitábamos la ropa. No era como mi

antiguo proyecto artístico. Aquello iba de proporciones y demás, tensión frente a un cuerpo en reposo. No diré que no aprendiera cosas. Pintura al óleo, toda esa colección de pigmentos con nombres automovilísticos: titanio, cadmio, cobalto. De deberes nos ponían naturalezas muertas. Angus me propuso ideas excelentes, como *Dentadura postiza en una ensaladera*. Las viñetas quedaban ahora relegadas a mi tiempo libre.

Todos los alumnos de las escuelas secundarias iban a parar al instituto, por lo que allí me reencontré con mi gente. Coincidí con Maggot. Y con Emmy, que iba a tercero, como Angus. Pero, como suele pasar, cada uno iba por su lado. Yo era deportista. Maggot pasaba la mayor parte del tiempo con Martha, la chica gótica que le cortaba el pelo. Emmy cantaba en el coro que dirigía la señorita Annie, y se juntaba con el sector popular de los chavales con inquietudes artísticas, los de teatro y demás. Podéis imaginaros la opinión que tenía Angus de las chicas de teatro. De todas formas, por aquellos pasillos me cruzaba con gente que me conocía. Algunos eran colegas míos, otros me habían tirado hielo por la espalda. Uno de ellos se acordaba de mi madre. Me hacían sentir como si existiera.

Lo que no había conseguido era aquello en lo que pensaba día y noche. Iba al instituto, era jugador de los Generals, pero aún no me había acostado con nadie. No había llegado hasta el final. Por diversos motivos, no había pasado. La primera de mi lista tenía veintitantos años y estaba casada. Y era profe. Sabía que había leyes contra eso gracias al escándalo de la profesora de Economía Doméstica de Gate City, de lo que no se dejará de hablar en la vida. Ni pensarlo. Pero las chicas de mi edad me parecían demasiado jóvenes, más preocupadas por enseñar la mercancía que por disponer de suficiente inventario. Angus me había nublado el juicio.

Y entonces me di de bruces con Linda Larkins. La chica de las piernas largas con la que había flirteado en el Club de los Deberes y hermana mayor de May Ann. Ya había acabado el instituto, por lo que era difícil que coincidiéramos, pero un día recibí una llamada suya por sorpresa. Esperaba que me dijera: «Perdona, me he equivocado de número», y en vez de eso empezó a hablarme del partido del viernes y de lo bien que había jugado. Y entonces, sin ni siquiera calentar, empezó a hablarme de mi culo prieto, que le gustaría verlo más de cerca para comprobar si era o no todo músculo, y luego dijo que el suyo tampoco estaba nada mal, y me preguntó si alguna vez había chupado un coño como el suyo. Mattie Kate y Angus estaban a menos de dos metros, echándole Coca-Cola a sus helados. Estaba hablando por el teléfono de la cocina, y yo alucinaba mandarinas mientras iba dándole las gracias y diciéndole que de acuerdo, que me lo pensaría. Me quedé con la cara en la pared y enseguida salí corriendo en busca de intimidad.

Aquello se convertiría en una costumbre. Murmuraba unas palabras y me iba a toda pastilla a la planta de arriba a coger la llamada. Allí teníamos otro teléfono, uno con un cable muy largo que nos permitía deambular por las habitaciones. Yo era un mentiroso de primera. Pero madre mía con aquella chica. Sentía su respiración en mi oreja, y cuando ya estaba a punto de correrme, Mattie Kate se plantaba en la puerta y gritaba: «¿Tenéis ropa oscura para la colada?». Linda no paraba hasta que hubiéramos acabado los dos. Descripciones a todo color. A veces no tenía más remedio que fingir el orgasmo por razones de seguridad, como cuando alguien me estaba esperando y debía salir por patas. Pero joder. Estoy bastante seguro de que quedarse así a medias podía ser fatal para un joven de mi edad.

Yo esperaba que me diera las coordenadas para vernos, pero no. A Linda Larkins solo le iba el sexo telefónico. Aquello duró todo el curso. Nunca se me pasó por la cabeza que pudiera

simplemente colgarle el teléfono. Una chica mayor se había fijado en mí y era como si me llamaran de la liga nacional de fútbol, vas donde toca. Pasaba mucho tiempo dándole vueltas a lo que podría decirle para sonar más adulto. Aquel año también hice las cosas normales que se esperaban de uno con otras chicas, como ir al baile de bienvenida, etcétera. Pero las citas, las conversaciones y el enrollarse, si es que esto último llegaba a pasar, adquirieron un tinte extraño al tener en mente a aquella chica, que probablemente era capaz de arrancar a lametazos el esmalte de un teléfono, esperándome en casa para sacarme brillo.

Como de costumbre, Angus se sentía con total libertad para meterse con las chicas inmaduras con las que salía. Sin embargo, y por una vez, nada sabía de esta chica mayor que me tenía cogido por los huevos hinchados.

Los Peggot volvieron a acogerme bajo su ala. Me invitaban a cenar los domingos, y ya sin la preocupación de que quisiera hacerme un sitio y que me adoptaran. Ya los había perdonado por todo eso. Al final había sido para bien, no solo porque la señora Betsy era rica y enviaba cheques mensuales al entrenador para mi manutención. Era sangre de mi sangre. Me devolvía todo aquello que mi padre no había podido darme.

Angus me llevaba en coche a casa de los Peggot, con U-Haul de supervisor. Se estaba sacando el carnet y necesitaba conducir durante cuarenta y cinco horas. Tenía curiosidad por la caravana en la que yo había nacido y todo lo demás, de modo que un día subimos hasta allí, pero me puse bastante triste. Había un triciclo de la marca Big Wheels, juguetes a la intemperie. Una muñeca desnuda, medio enterrada bajo unas hojas muertas y con todo el pelo arrancado, con aquellos agujeros del cráneo a la vista. Una nueva familia se había apoderado del lugar. No quedaba rastro ni de mamá ni de mí.

La señora Peggot siempre me preguntaba si a mi amiga le gustaría quedarse a cenar, y en una o dos ocasiones Angus lo hizo, pero resultó algo incómodo. Aquel invierno a Angus le iban esas gorras de motero negras y de cuero que se veían en las películas antiguas, antes de los cascos. La pobre señora Peggot se quedaba mirando la gorra sin reunir el coraje suficiente para pedirle que se la quitara. De modo que en un extremo teníamos a Angus, la malota, y en el otro a Maggot, con sus ojos maquillados, su esmalte negro de uñas y una interminable colección de *piercings* en los labios. Menuda sorpresa: Demon era el único chaval en aquella mesa que parecía normal.

El matrimonio había envejecido mucho, sobre todo el señor Peg. Siempre había arrastrado esa cojera, pero ahora le costaba un mundo levantarse de su sillón reclinable para sentarse a la mesa de la cocina. Cuidar de Maggot les había pasado factura. Durante la cena Maggot apenas abría la boca y de tanto en tanto me clavaba sus ojos negros como diciendo «sácame de aquí». Lo cierto es que no necesitaba mi ayuda, pues hacía lo que le venía en gana. Me había llegado lo de las fiestas con éxtasis a las que iba y lo de los robos en farmacias en los que mangaba mucho más que Max Factor. Ya no tenía claro cómo encajaba yo en esa familia.

Una tarde el señor Peg me llevó afuera, arrastrando su andador entre resoplidos hasta su camioneta, en teoría para que le diera mi opinión sobre un nuevo cable para la batería. La verdad es que me quería hablar de Maggot. Seguía teniendo la camioneta RAM. Yo estaba bastante seguro de que lo enterrarían dentro de ella. Me contó que ni él ni la señora Peggot podían meter a Maggot en cintura. Habían llegado a un punto en el que casi les daba miedo. No le pregunté si Mariah saldría pronto de la cárcel. Me centré en lo positivo, que bajo todo ese

maquillaje y el rollo *death metal*, Maggot tenía buen corazón

—¿Por qué narices va con esas pintas? —me preguntó el señor Peg.

Le dije que no lo sabía. No quería traicionar a Maggot, pero la verdad es que no tenía la menor idea.

El señor Peg apoyó un codo en la camioneta para no perder el equilibrio, mientras se encendía un Camel con las manos temblando. Se puso a fumar y miró al cielo. Sus párpados de abajo le caían de tal forma que podía verse el rojo de dentro.

—Cuando yo era un crío, hacíamos lo que nos ordenaban. ¿Tan difícil es, joder? —dijo al fin.

Le dije que probablemente los jóvenes de ahora estábamos más tocados por la tele y todos los canales de cable.

Pero quiso saber la razón. ¿Por qué era todo tan complicado? No creo que quisiera que yo pusiera a parir a Maggot, tan solo se preguntaba sinceramente qué es lo que había ahora que fuese tan difícil para nosotros. En comparación con antes. Le contesté que quizás ahora éramos conscientes de todo lo que no teníamos. Veíamos cómo el resto del mundo era más rico que nosotros y hacían todo tipo de chorradas y no les pasaba nada. Te pone de mala leche. Te inquieta.

El señor Peg terminó su Camel, lo tiró al suelo y lo aplastó con el pie, moviendo el talón de su viejo zapato de cuero de un lado al otro, pulverizándolo a cámara lenta. Incluso algo tan insignificante le costaba un gran esfuerzo.

—¿Crees que lo consentimos demasiado? Su abuela y yo. Porque te diré una cosa: ella se irá a la tumba deseando haber hecho algo más por Mariah.

Le dije que, cuando ambos éramos niños, la señora Peggot me había tratado con el mismo cariño que a Maggot y que le estaba muy agradecido por ello. En cuanto a ambientes domésticos, había conocido de todos los colores y el suyo era, sin duda, el mejor. En mi opinión, Maggot no era una persona mala, mimada ni nada parecido. Solo intentaba ser otro tipo de persona.

—Bueno, ¿qué chica va a quererlo con esta pinta, si sigue por el mismo camino?

Le dije que quizás estaba experimentando y que con el tiempo se centraría. O que ya encontraría a alguien. Le recordé al señor Peg aquel dicho: todo el mundo encuentra la horma de su zapato. El señor Peg me dijo que antes sí que lo creía, pero que ahora empezaba a dudar que existiera una horma para el zapato de Maggot. Yo me callé, pero la verdad es que estaba de acuerdo con él. O si existía, porque ¿no es lo que queremos todos?, probablemente la horma de Maggot estaba aún por inventar. O que el problema estaba en que no la tenían en Lee County.

Por algún extraño motivo, no dejaba de pensar en Fast Forward, en su don para detectar la persona que llevábamos dentro con un simple vistazo. Incluso si la mayoría no éramos más que un hatajo de patéticos fracasados. Fast Forward era la prueba viviente de que, por revueltas que estuvieran las aguas, uno podía ir con la cabeza bien alta y sobrevivir. Una vez me dijo que yo era un diamante. No sé qué pensaba que podría hacer por Maggot, pero aquella situación requería la presencia de Fast Man.

37

Lo que nunca cambiaba era el odio que me tenía U-Haul Pyles. Se me quedaba mirando fijamente durante los entrenamientos o rondaba por casa para dejarme claro cuál era mi sitio. Yo no me quedé con los brazos cruzados. No soportaba que tocara nuestros protectores bucales o que fuera el encargado de vendarnos y de ponernos hielo cuando nos hacíamos daño. Odiaba que nos acompañara a Longwood para jugar los *playoffs*. Aquel año no llegamos más lejos, nos quedamos en las semifinales del estado. Jugué más tiempo que Collins, lo que me hizo sentir culpable, ya que era su último partido. Iba a tercero y al final de temporada dejaría los estudios porque su novia iba a tener un hijo. Las animadoras de los equipos rivales organizaron sus numeritos despectivos y los seguidores arrojaron estiércol al campo. Nada a lo que no estuviéramos acostumbrados cada vez que jugábamos fuera. Pero les dimos bastante caña. Aquellas semifinales habrían sido la cumbre de mi joven vida de no haber tenido los ojos de Hellboy clavados en mí desde la banda. Y luego, esa misma noche, U-Haul pasó por las habitaciones de nuestro motel para advertirnos de que nada de fiestas, como si fuéramos unos críos, y colocó celo en la parte de fuera de las puertas para comprobar por la mañana si habíamos salido o no. Aquel tipo dejaba un rastro de mugre allá por donde pasaba.

A veces me obligaba a acompañarlo a recados sin sentido, como recoger material de entrenamiento al taller de reparación y cargarlo en la furgoneta. Me lo pedía delante del entrenador porque sabía que no podía decirle dónde podía meterse su material de entrenamiento. Por el camino solía hacer una parada en casa de su madre, en Heeltown, una de esas construcciones antiguas, pequeña y con un porche con los escalones destrozados. Cuánta mierda había en ese porche, por Dios. Sofás y sillas apiladas unas encima de las otras, boca abajo y de lado. Gatos merodeando por las pilas como piojos. Mientras esperaba a que U-Haul regresara de lo que fuera que hiciera allí dentro, me quedaba en el coche contando gatos sarnosos. No pensaba entrar allí ni por todo el dinero del mundo.

La señora Pyles nos pedía que la acercáramos a Foodland o Walmart. Era más bien corpulenta, no un esqueleto como su hijo, si bien ambos tenían los mismos ojos rojos y ese trato tan áspero y desconcertante, en su caso versión persona mayor: «Cielo, no soy más que una viejecita poca cosa, ahora escúrrete al asiento delantero y hazme algo de sitio». Tenía una manera inquietante de sacarme información. Sobre los McCobb, por ejemplo, que habían regresado de Ohio y vivían en Pennington Gap. «Cielo, ¿es cierto lo que he oído de que han empeñado joyas de oro del bueno? ¿Cómo demonios acabaron en sus manos de forma honrada?». Yo fui lo bastante estúpido para hablarle de que los padres ricos de la señora McCobb mimaban a sus nietos antes de reparar en lo que de verdad se proponía sonsacarme: si los McCobb comerciaban con bienes robados.

Otra pareja que le despertaba interés era la señorita Annie y el señor Armstrong. ¿Qué lo había llevado a él a pensar que se merecía una mujer tan guapa? «Son muchas las personas que se hacen cruces. ¿Cómo pudo ella llegar a rebajarse de tal modo?». «Guapa» en este contexto significaba «blanca». Yo no era tan estúpido. La señorita Annie era una *hippie* con tatuajes. De haberse casado con cualquier otro hombre de Lee County, lo que se habrían preguntado era cómo el marido se había rebajado tanto. Un chaval crecido bajo las circunstancias en las que lo

había hecho yo no iba a decirle directamente a la cara a una persona mayor «Señora, váyase a paseo», pero me faltó poco.

Llegó el día en que por fin le solté a U-Haul que dejara de contar conmigo para recados que implicaran a su madre. Me taladró con sus ojos rojos y me respondió que él quizá no fuera superdotado, pero que sabía cosas. Con quién hablaba por teléfono. Dónde escondía la marihuana. De cómo lo sabía, no tenía ni idea. Me dijo que si le iba al entrenador con nuestras vistas a su madre ya estaba buscándome otro lugar en el que vivir.

Una vez que acabó la temporada, tuve tiempo libre de sobra. De tanto en tanto, los Peggot me llevaban un sábado a visitar a June y Emmy. Kent ya era historia. Aquel espectáculo era agua pasada y Emmy nos contó que más que una ruptura fue la Tercera Guerra Mundial. Que si Kent era un estafador, que si June era una zorra paranoica. Y de ahí para arriba. Me disgustaba pensar en ello, pero Maggot quería saber los detalles, qué armas se habían empleado, etcétera. Probablemente vivir con sus abuelos le había restado acción. Esto ocurría un sábado de febrero, hacía un frío de mil demonios, pero eso no impidió que los adultos nos enviaran afuera, a hacer el tonto por el bosque. Probablemente para que ellos pudieran tener la misma conversación que nosotros. Menuda tropa más patética formábamos: Maggot congelándose porque se negaba a ponerse el abrigo de cazador que los Peggot le habían comprado. Emmy con su abrigo acolchado de manchas negras y blancas que la hacía parecer una vaca. Palabra. Arrastrábamos los pies por una cuesta alfombrada de hojas, esparciendo el olor a bellota. La finca contaba con una cabaña vieja y derruida, reducida a troncos y una chimenea hecha pedazos, sin tejado. De haber sido niños la habríamos usado como fortaleza, pero ahora no significaba nada. Un lugar estúpido en el que pasar el rato porque no teníamos carnet de conducir.

Emmy nos contó que June y Kent no utilizaban más armas que sus bocas, y las dos tenían artillería pesada. Kent era un gritón, pero la boca de June era un rifle AR-15, de recarga instantánea y diseñada para matar. Maggot no dejaba el tema, quería saber por qué June estaba tan enfadada.

—No lo sé. ¿Quizá por estar con un mierda?

Emmy tenía las mejillas sonrosadas y las pestañas se le enganchaban, tan preciosa y triste. Nos habíamos sentado encima de la chimenea destrozada y la piedra fría nos congelaba el culo. Emmy y Maggot se quitaban el esmalte de uñas mientras yo arrojaba piedras que intentaba colar ente los huecos. Los maderos eran gigantescos y se amontonaban en los rincones como dedos entrelazados, dejando mucho espacio entre unos y otros. Tiempo atrás habían tenido que talar árboles majestuosos por estos lares. A través de los árboles podía ver la extraña casa de Emmy al final de la pendiente, un bol gigante, de madera y boca abajo, con los Peggot dentro.

—Esperad, rectifico —dijo Emmy—. Sí que se empuñó un arma. Mamá sostenía su cuchillo de la marca Ginsu y como que lo balanceó un poco. No lo persiguió con él ni nada parecido. Antes de que todo estallara, ella estaba preparando la cena.

Lo que le hizo apuntar con el cuchillo a Kent fue su comentario de que dejara el asunto a los profesionales porque ella no era doctora, solo enfermera. Y se armó. Una enfermera facultativa es una profesional con formación que está autorizada a recetar medicamentos, nos dijo Emmy, y June simplemente había decidido dejar de repartir el veneno de Kent. Había llegado a

organizar una reunión en la sala de actos del ayuntamiento para recabar firmas contra la empresa de Kent, y había una cantidad de gente tremenda. Cosa que él se tomó como una puñalada por la espalda de su novia. La acusó de no mostrar compasión por la gente que sufría. June le replicó que si no fuera un puto cobarde iría a su clínica para mirar a la cara a todo ese montón de gente decente con hepatitis por culpa de las jeringuillas, cuyas granjas familiares se irían a la bancarrota en seis meses. Para ser sincero, no pillé lo de las jeringuillas. Lo de Kent eran las pastillas.

Nos quedamos mucho rato allí, pasando frío. Si hubiésemos sido como los chavales de la tele, habríamos estado en un restaurante reluciente o en una mansión con piscina, en vez de en medio de un bosque parecía medio muerto. Solía gustarme estar fuera con los animales yendo a lo suyo, pero en ese momento me sentía engañado. Cuanto teníamos era esa cabaña decrépita, a la que le habían arrancado cualquier parte valiosa, si es que había llegado a tener alguna. De haber dispuesto de armas, podríamos haber disparado a las ardillas. Un porro habría hecho la situación más tolerable. Maggot se habría apuntado al colocón. Emmy, no lo tengo tan claro. June protegía a aquella chica como si fuera de porcelana. Emmy ya tenía edad para conducir, pero June se ponía en plan «no, señorita, las carreteras de Lee County son trampas mortales para los adolescentes, etcétera». Uno se preguntaba por qué Emmy no se rebelaba. Yo la conocía y no la conocía, pese a nuestros fugaces planes matrimoniales. Observé las nubecillas de aliento helado que salían de su rostro mientras nos detallaba las peleas entre June y Kent como si fueran el fin del mundo.

Para resumir, June nunca llegó a preparar la cena con ese cuchillo de la marca Ginsu. Se intercambiaron gritos, se produjo una desbandada. Como Kent era el mejor comercial de la empresa, había vendido un porrón de pastillas en Lee County. Y le habían dado un bonus gigantesco, un viaje a Hawái, y pensaba llevar a June y Emmy en las vacaciones de primavera. La pelea llegó en mal momento, adiós al viaje. La ruptura había alterado tanto a June que le había pedido a Hammer Kelly que se quedara a pasar unas cuantas noches con ellas, no fuera que al muy cabrón se le ocurriera volver a deslizarse por allí. Emmy nos contó que Hammer se había portado de maravilla, y que había dormido en el sofá abrazado a su rifle para cazar ciervos.

Yo era y siempre seré un idiota. Solo le pido a Dios llegar a viejo para acordarme de Linda Larkins sin el deseo de hacerme un ovillo con los huevos entre las piernas y esperar la muerte. Fue su hermana pequeña la que soltó la bomba, y la única salvación fue que May Ann no tenía la menor idea. Un día, en clase, me dio un toquecito en la espalda y me contó que su hermana se había casado.

—¿Tu hermana Linda? —Inmediatamente se me puso a media asta. En medio de la maldita clase de Álgebra. Poco a poco fui entendiendo el resto—. ¿Se ha casado? ¿Con quién?

—Con un tipo de Hillsville, Loring Blake, que es piloto de carreras. Dudo que lo conozcas. Antes del sábado, mi madre solo lo había visto una vez. Todos creíamos que se iría a la universidad después de ganar aquel concurso de mates del Rotary. Y entonces, ¡patapam! Casada.

—El sábado —le dije. La clase había acabado y estábamos haciendo los deberes. Aunque me hubiera acabado de estallar una granada en el cerebro, debía hablar en voz baja.

—No hubo para tanto —me dijo May Ann—. Fueron a los juzgados y luego la familia nos

reunimos en casa. Pidieron costillas del restaurante Fatback's. Y entonces Linda dijo: «Menuda idea tan brillante, costillas a la barbacoa», porque llevaba el traje de novia y… ¿por qué te estoy contando todo esto?

—Me rindo. ¿Por qué? —Casi veía estrellitas, como cuando te ciega un gran impacto.

Tan pronto como superara esa fase, sabía que me entrarían ganas de vomitar, reír, llorar y correrme en público. En la misma medida.

—Porque Linda me lo pidió —me dijo May Ann, poniendo los ojos en blanco—: «Si todavía ves a ese chaval pelirrojo, Demon, el que está en el equipo, ¿podrás decirle que me he casado?». Fin de la cita.

—¿Por qué se acordó de mí?

—¿Cómo voy a saberlo? Envíale un regalo cuando vaya a tener un hijo.

No tenía ningún motivo para pensar que Linda sentía algo por mí. Cero. Jamás había querido que fuéramos al McDonald's o a dar una vuelta por ahí o lo que sea. Pero ¿jugármela de aquella manera? El enigma de lo que fuese que tuviera en la cabeza, más que dejara de recibir sus llamadas y que nadie supiera jamás de su existencia formaban un agujero negro de tristeza. Algo gigantesco que básicamente nunca había pasado.

Por aquellos días, Angus estuvo a punto de saberlo todo sobre mí, menos eso. Jamás le hablé de las llamadas de Linda, era demasiado violento. Ahora incluso más. Un crío tonto y salido creyéndose un hombre. La ruptura, si es que podemos considerarla tal, me dejó hecho polvo y consiguió arruinarme el fin de semana siguiente, precisamente el de nuestra gran excursión por carretera a Murder Valley. Angus y yo solos, sin U-Haul, lo que habría tenido que ser el más feliz de los acontecimientos. Angus se había sacado por fin el carnet y deseaba celebrarlo conduciendo hasta algún sitio que no fuera el Walmart. Se decantó por la casa a la que solía ir con su madre para visitar a la señora Betsy. En el trayecto de ida empezó con sus típicas provocaciones sobre mis presuntas novias y yo le dije que mejor se ponía un bozal en la boca.

—Podría hacerlo, pero ¿qué gracia tendría entonces?

—No bromeo. Te invito cordialmente a que mantengas tu sucia nariz bien lejos de mis asuntos privados por un período comprendido entre cien años y el resto de tu vida.

Se quedó callada. Los ojos fijos en la carretera, las manos sobre el volante en la posición de las ocho y las cuatro en punto.

—Si te crees que mi vida amorosa es tan interesante, Angus, ¿por qué no te buscas una propia?

—¿Por qué? Déjame pensar. ¿Porque los hombres son infantiles, y las mujeres, exasperantes? ¿Qué opciones me quedan entonces? ¿Los animales? ¿Sabes?, quizá tire por ahí. Pero por ahora como que no me apetece.

Después de esto ninguno de los dos abrió la boca. Durante más de una hora, cosa que fue horrible. La verdad es que nunca antes nos habíamos peleado, excepto por tonterías con las que nos divertíamos. Odié haber sido antipático con Angus, pero uno no puede evitar ser como es. Durante un rato me acordé de cuando le di un puñetazo al salpicadero del coche de la señora McCobb. Al final Angus sacó el tema de lo preocupada que estaba por su padre. La calmé diciéndole que yo veía al entrenador igual que siempre.

Las cosas no se animaron hasta que llegamos a la casa. Angus salió del coche de un salto y con una sonrisa en la cara. Comenzó a recorrer el lugar agarrándose el sombrero con una mano, como si fuera a salir volando en cualquier momento por culpa de los saltitos de la emoción. Fue

mirando lo que había en el exterior y en el interior de la casa, como un hada de ojos saltones y expresión de felicidad que vestía una camiseta blanca y un chaleco de cuero. «¡Ah, me acuerdo de ella!». La creí, pues probablemente nada hubiera cambiado en aquella casa desde los tiempos de Jesucristo. No había reparado en la importancia que podía tener ese sitio para ella, similar a lo que significaría para mí visitar la tumba de mi padre. La casa en la que había crecido su madre. La cama en la que había dormido, la bañera. Una madre o un padre muertos son un tipo de fantasma de lo más traicionero. Si eres capaz de convertirlo en algo más parecido a un muñeco y colocarlo en una casa de verdad, donde estaba su ropa y demás, te ayuda a visualizarlo como una persona en vez de como una especie de ente hueco que flota por el aire. Lo que a su vez te ayuda a sentirte menos como un chaval invisible con forma de persona.

Estaban muy contentos con nuestra visita y nos habían preparado un festín. Pajarito me enseñó su nueva cometa, si bien aún no la tenía lista para volar. La señora Betsy nos convocó a su salón lleno de muebles antediluvianos para hablar de nuestro futuro. Empezó por Angus, por ser mayor y hacer tercero, y la señora Betsy dijo que tocaba empezar a pensar en la universidad. Angus dijo que no tenía dudas sobre si estudiar Psicología o Sociología, carreras que yo ni siquiera sabía en qué consistían. Pero qué más daba, ese era su plan, Angus no tenía la menor intención de quedarse en Jonesville. No es que me hubiera prometido lo contrario, pero igualmente me sentí traicionado. Iba a dejarnos. ¿Qué pasaría con el entrenador?

De modo que, cuando llegó mi turno de hablarle a la señora Betsy de mi futuro, me sentía disgustado. Además, no había pensado en él, más allá de confiar en seguir con vida. Lo único que se me ocurrió fue que quizás optaría a una beca deportiva que me permitiera estudiar en la universidad. La señora Betsy me repitió lo de siempre: «Me parece bien, siempre que el deporte no interfiera en tus estudios». No sabía que el único sentido de esas becas era centrarse en el deporte. Al menos no se opuso. Nos dijo que era importante que, llegado el momento, saliéramos de Lee County «para conocer algo de mundo».

¿Qué exactamente?, quise preguntarle. ¿Ciudades? ¿Calles despiadadas y castillos malditos en los que no vivía nadie que me importara? No podía soportar la idea de vivir en un sitio en el que no estuvieran Angus y el entrenador. Ni Mattie Kate, a ella también la incluía. Con los Peggot muy cerca, igual que mis compañeros de equipo y la gente coreando mi nombre desde las gradas: «¡De-mon Copper-head!». ¿Empezar de cero en un sitio nuevo, donde no era nada ni nadie? La idea me aterrorizaba. Justo ahora estaba empezando a existir.

El trayecto de regreso no fue mucho mejor. Bueno, para Angus sí, que estaba parlanchina y alegre. Pero yo seguía enfadado con ella, ahora con más motivo. La charla con la señora Betsy la había ilusionado. Quiso hablar de las universidades a las que había pensado enviar una solicitud. Había una al este de Virginia a la que le había echado el ojo, por lo que ¡quizás acababa viviendo cerca del océano! Sentí que aquello ya era restregármelo por la cara. Era mayor que yo, sería la primera en marcharse. Primero se aseguraría de dejarme claro que no le temía a nada en el mundo.

Bajé la ventanilla y desconecté. Podía oler el abono de los campos despertándose y ver las copas de los árboles iluminándose como si fueran cirios, el primer verde eléctrico de la primavera. Cualquier persona tendría que haber tenido suficiente con eso. Debo reconocer que ya lo sabía. Dadme un paisaje tan bello que sea digno de una postal, que yo seguiré enfurruñado por no poder ver el océano. Me pregunte qué haría falta para dejar de sentirme como si en mi interior hubiera fruta podrida en vez de un corazón.

Lo único que ocupó mis pensamientos durante ese trayecto fue la huida solitaria y desesperada que me había conducido por primera vez a Murder Valley. Fui tomando consciencia de todas las atracciones penosas a las que me había subido a medida que se cruzaban en nuestro camino: el granero en el que me había escondido para dormir sobre las pilas de heno de alguien. El pequeño súper donde acabé hecho un ovillo y muerto de hambre bajo la lluvia, detrás de un contenedor. El aparcamiento de camiones en el que lo había perdido todo y le había deseado la muerte a una prostituta. Los ahorros de toda mi vida, que seguramente alcanzaban para menos que lo que Angus se había gastado la última vez que se había comprado ropa. No le señalé ninguno de esos lugares a Angus. Era muy joven por aquel entonces. Supongo que continuaba siéndolo. Le gustaba provocarme, diciéndome que, si llegábamos a los cien años, ella seguiría siendo la primera en cruzar la meta. Lo que era cierto. No dan puntos extra por todas las millas recorridas que no te llevan a ninguna parte.

38

Una vez dejé de ser un niño, los veranos ya solo eran trabajos de mierda a los que no podía faltar. Eso o la escuela, no había mucha diferencia. Pero, desde que vivía con el entrenador, los veranos habían vuelto. Era otra vez un niño, en el sentido de que eran otros los que se encargaban de las cosas difíciles, pagar las facturas, etcétera. Debería haberme sentido agradecido, pero no sé decir por qué no lo estaba, aparte de que lo de crecer va en una única dirección. No puedes enviar a un bebé de vuelta al lugar de donde vino y *p'alante*.

Por supuesto que daba las gracias. Sin descanso. A Mattie Kate por alimentarme, a Angus por llevarme a sitios, al entrenador por cada pequeña cosa. Daba las gracias y al mismo tiempo pensaba en dónde podía esconder la marihuana, en cómo librarme de hacer los deberes, en quién se había creído que era para prohibirme salir un sábado por la noche con mis amigos, ni que fuera un crío.

Aquel verano quería conseguir un trabajo y mi propio dinero. El entrenador me dijo que no había ninguna necesidad, que me limitara a pedirle lo que quisiera y que él se encargaría. Pero es que tener que pedir era precisamente mi gran problema. Me recordó que el campus de fútbol americano empezaba en julio. Quedaban apenas dos meses. Yo casi nunca le llevaba la contraria al entrenador, pero esta vez insistí en lo del trabajo. Así que preguntó por ahí y resultó que el hermano del entrenador Briggs, que llevaba una tienda de suministros agrícolas en Pennington, necesitaba a alguien con urgencia. Briggs dijo que el puesto era mío si así lo deseaba, ya que su hermano dirigía todo el tinglado después de que al dueño le hubiera dado un ataque al corazón. Necesitaban un par de manos y algo de músculo para ayudarlos a cargar el forraje en las camionetas de los clientes. Músculo no me faltaba, y al tener quince años ya podía trabajar de forma legal. El entrenador rellenó unos papeles y empecé al día siguiente de acabar las clases. Siete dólares la hora para ahorrar para un coche.

Porque el tema era ese: no dejabas de ser un crío hasta que tenías tu propio coche. Tenía que pedir que me llevaran a todos sitios. Angus conducía ahora un Jeep Wrangler del 99 que el entrenador le había regalado solo por cumplir dieciséis años. Era ella quien me llevaba al trabajo en Pennington, o, en el peor de los casos, U-Haul. Si quería ir a algún sitio después de trabajar, tenía que buscarme la vida. Los quince son la edad más dura. Emmy me había contado que en Knoxville había unos autobuses urbanos que te llevaban a todas partes. No solo al colegio, sino que cualquier persona podía cogerlos para ir al cine, a la pista de *skate*, donde fuera. O si ibas con prisa, podías llamar a un taxi. Había visto todo eso en las películas, pero no acababa de creer a Emmy. Parecía imposible que existieran tantos medios de transporte y que la gente normal pudiera usarlos.

El de los suministros agrícolas era el mejor trabajo que había tenido hasta la fecha: clientes respetuosos, ni rastro de ratas, nadie cocinando anfetaminas. Por la tienda fluía un olorcito dulce, mezcla de hierba recién cortada y Cheerios. Vendíamos las cosas típicas: productos antiparasitarios para terneras y ovejas, arreos para caballos, productos químicos para el jardín, sierras mecánicas. En mayo tenían tomateras y demás para que lucieran en los jardines. Yo me encargaba de desplegarlo todo sobre una mesa a la entrada de la tienda, y lo recogía a la hora de cerrar. Los polluelos también eran cosa mía: debía sacarlos de las cajas de cartón en las que

nos llegaban y colocarlos en grandes comederos, donde la gente pudiera verlos y comprarlos. Me aseguraba de que no les faltara alimento y bebida, de que las lámparas de calor estuvieran siempre encendidas y de cambiarles los periódicos, porque aquellos pequeñajos cagaban de lo lindo. La vida del polluelo: comer, cagar y armar tal jaleo dentro de esos comederos galvanizados que podías oírlos desde el aparcamiento. Costaba imaginar que cada gallina vieja y de ojillos desconfiados empezara por ahí, nada más que una bolita de pelo, negra, amarilla o a topos. Cada mañana, antes de abrir, era responsabilidad mía retirar a los que habían muerto durante la noche, cuerpos fríos y aplanados que habían sido pisoteados. De cada uno que acarreaba hasta el contenedor emanaba su propia e insignificante tristeza.

La persona responsable de mi formación fue la chica que se encargaba de la caja registradora, Donnamarie, atenta a más no poder, si no fuera porque me trataba como si fuera mi madre: «Cariño esto, cariño lo otro» y «¿Crees que podrás recordar todo esto, cielo?». Apenas hacía tres o cuatro años que había acabado el instituto, pero ya tenía tres hijos. De modo que probablemente había limpiado tantos culos a esas alturas que funcionaba en piloto automático. No se lo tenía en cuenta. El hermano del entrenador Briggs se quedaba en su despacho de la planta de arriba. El tipo del ataque al corazón era todo un misterio. Primero nos dijeron que quizá regresara a finales del verano. Luego desapareció por completo de la conversación.

Entraban clientes de lo más variopintos. Había gente mayor deseosa de pegar la hebra en la zona de carga después de que hubiese depositado en sus camionetas los sacos de grano, los collares para el ganado o lo que fuera. Yo me encargaba de todos los artículos pesados. Se quejaban del mal tiempo o del precio del tabaco, aunque de tanto en cuanto alguien me reconocía y se ponía a hablar de fútbol americano. Qué opinaba sobre el hecho de que fuéramos un equipo de pasadores y no de corredores, etcétera. Aquello era alucinante. Me reconocían.

El día que entró, fue su voz lo que resonó en mis oídos como una campana. La reconocí al instante. También su risa. Siempre te hacía desear haber sido tú el que lo hubiera hecho reír. Estaba haciendo inventario en el pasillo de los productos para el hogar y me dirigí a un extremo para tener una vista panorámica de la tienda. Estaba de pie al lado de la nevera en la que guardábamos los medicamentos y las vacunas. Aunque me daba la espalda, su mata de pelo encrespado era inconfundible. Y el rostro iluminado de Donnamarie, flirteando con tal intensidad que las coletas se le ponían de punta. Estaba abriendo una de las vitrinas, porque algunos de los productos más caros los guardábamos bajo llave. Me debatí sobre si acercarme o no, pero lo oí decir que necesitaría veinte kilos de magnesio para hierba y cuarenta de pienso para ganado, de modo que supe que coincidiríamos fuera. Le hice una señal a Donnamarie conforme lo había oído y lo puse todo en la carretilla para llevarlo hasta la zona de carga.

Colocó su camioneta en posición sin llegar a verme. Se limitó a apoyar el codo en la ventanilla abierta y a darme el tíquet. Seguía conduciendo la Lariat, por supuesto, cómo no.

—Veo que conservas el Fastmóvil —le dije.

Iba a encenderse un cigarrillo y se quedó parado, me miró y sacudió la cabeza con fuerza, como si le acabaran de tirar encima un cubo de agua helada.

—No me lo puedo creer. ¿Diamond?

—El mismo. ¿Cómo te trata la vida, Fast Man?

—No puedo quejarme —me dijo. Pero me dio la impresión de que no acababa de creerse del

todo que fuera yo quien estuviera cargando su camioneta. Me miró a través del espejo retrovisor. La camioneta se balanceaba un poco cada vez que arrojaba un saco de minerales a la plataforma. Menudas ballestas tenía. Rodeé el vehículo para devolverle el tíquet y esta vez estuvo más seguro de que era yo quien le hablaba.

—No te habría reconocido. Te has multiplicado por dos.

En cuestión de envergadura, probablemente llevara razón, y había crecido por lo menos treinta centímetros desde quinto.

—Hago lo que puedo. ¿Todo esto es para el ganado de Creaky?

—Ni hablar. Aquel agujero se fue a la mierda hace tiempo. Por muy tentador que fuera quedarse a ver llorar al viejo, no lo hice.

—¿Así que está muerto? —La última vez que Angus y yo nos habíamos acercado allí para robar otro árbol de Navidad, habíamos visto carteles en la verja anunciando que la granja salía a subasta pública.

Fast Forward le dio una calada al cigarrillo y miró hacia un lado.

—Quizá. No podría soplármela más.

Me quedé inmóvil, grabando a fuego esa imagen en mi cerebro. Su modo de aspirar el cigarrillo, de pasar de todo.

—Entonces ¿dónde vives ahora, tío?

—Tengo mi propio terreno. Casi cincuenta acres en Cedar Hill.

—Guay, tu propia granja. ¿Queda por donde tienen los bisontes?

—A unas pocas millas. En el lado norte de la 58.

—Guay —dije. De nuevo. Estaba atontado porque el asunto tenía tela. Un chaval de acogida que había llegado tan lejos en la vida y siendo aún tan joven.

—¿Tienes plantación de tabaco?

—Una parcela de dos acres y medio, la medida justa. Manejable.

—Bueno, si alguna vez necesitas ayuda para cortarlo, ya sabes que puedes contar conmigo.

—Te lo agradezco, aunque lo que de verdad quiero saber es si serás capaz de dejarte los guantes puestos.

Sonrió. Yo me eché a reír. Menudos tiempos habíamos compartido. De acuerdo, sí, bromeábamos sobre el hecho de haber acabado envenenado. Cada minuto de aquellos días había sido un asco. Pero ya era algo tener a alguien que sabía como tú el infierno que había supuesto aquello. Quise preguntarle si alguna vez veía a Tommy o a U-Haul, pero en realidad quería ser el único que le importara. Lo saludé como en los viejos tiempos. Tenía que volver al trabajo, pero mis pies estaban pegados a la rampa. Fast Forward, un imán humano. Y su camioneta F-100.

Tiró la colilla de su cigarrillo al suelo de cemento.

—Como te he dicho, casi no te reconozco. Pero sí que te he visto en el campo.

—¿Me has visto jugar?

—¿Qué te has pensado, número 88? Soy un General. No es algo que puedas dejar atrás.

El motor rugió, la Lariat se alejó y yo esperé a que mi corazón bajara de revoluciones. Me había visto jugar.

A partir de ese día, me daba conversación cada vez que venía. Muchas veces solo compraba Ivermectina o jeringuillas, cosas pequeñas que no hacía falta poner en la camioneta, pero

igualmente me buscaba para preguntarme cómo andaban las cosas. Yo quizás estuviera poniéndole el precio a unos cultivadores con la etiquetadora, y al levantar la cabeza veía acercarse esa sonrisa de estrella de cine. Casi parecíamos amigos. De todas maneras, me dejó de piedra el día que me preguntó si me gustaría que saliéramos por ahí esa misma tarde. Era sábado, lo que significaba montarse en el coche para ver y ser visto. La máxima atracción un sábado por la noche para cada ser humano de Lee County entre los dieciséis años y el momento de casarse. Desfilar por la calle principal. Lo primero que pensé fue si era consciente de que solo tenía quince años y no tenía coche, por cómo íbamos a encontrarnos y demás. Ningún problema, tranqui, él me recogería allí a las cinco de la tarde y nos iríamos directos a ver cómo iba el cotarro. Me dijo que algunos exjugadores de los Generals querían comentar conmigo el nuevo rumbo que estaba tomando el equipo. Claro, le contesté. Me inquietaba la idea de llamar a casa del entrenador para pedirles que no me vinieran a recoger, pues iba a salir por mi cuenta. La parte difícil de sentirse como un crío que ya os he comentado. Pero fue U-Haul quien descolgó, por lo que se lo dije sin más. No le debía nada. El resto del día transcurrió a paso de tortuga porque mi mente no estaba por la labor. Rellenar los abrevaderos de los polluelos me aburrió mortalmente, no veía el momento de que empezara la acción.

Fuimos a Pennington Gap, cómo no. Porque, admitámoslo, desfilar por Jonesville es poca cosa, la calle principal no llega a los tres kilómetros. Federal Street, en Norton, tiene sus pros y sus contras. Pero en Pennington cruzas todo el pueblo por Morgan y luego giras del todo para encarar el camino de vuelta por Joslyn, trazando un círculo tan gigantesco y con los vehículos avanzando tan lentamente que completar el circuito puede llevarte una hora entera. Andando llegarías antes. Ventanillas bajadas, cuerpos por fuera, conversaciones. Personas flirteando de unos coches a otros, o de los coches a la acera. Muchas chicas merodeaban delante del Lee Theater o en la rotonda que quedaba junto a la lavandería, instaladas en sus puestos para no perderse detalle del espectáculo. Algunas incluso se llevaban sillas de *camping*. De este modo se hacían una idea más general de lo que pasaba, y una no podía lucir modelito desde dentro de un coche, si es eso lo que te interesa. No solo el modelito, ya sabes, sino también cómo te queda.

Aquel era el primer desfile en el que participaba desde lo alto de un coche, y éramos la atracción estrella. Uno se sentía como la reina de una cabalgata, saludando desde un descapotable con su vestidito vaporoso. En nuestro caso no había saludos y todas las miradas estaban puestas en Fast Forward. Las manos sujetando el volante con despreocupación, la cabeza inclinada hacia atrás, los ojos entrecerrados, esa sonrisa. «Señoritas, venid a por ello si os atrevéis». Cuando la camioneta Lariat entraba en su campo de visión, las chicas cobraban vida en oleadas. Subían y bajaban como boyas. Vaqueros apretados, tops sin mangas y vientres al aire que con solo mirarlos te dolía la entrepierna.

Éramos cuatro: Fast y yo, una chica llamada Rose Dartell y Big Bear Howe, que había jugado con él en los Generals de principio a fin en la posición de *left tackle*, así que ya sabéis a lo que me refiero. No hay pareja más unida que un *quarterback* y el defensor de su ángulo ciego. La chica era otra historia. No pretendo sonar cruel, pero esa tal Rose no jugaba en la misma liga que Fast Forward. Ojos y codos afilados, dientes torcidos y puntiagudos, cabello marronoso y de un volumen exagerado. Daba la impresión de que fuera diciendo «Venga, colega, inténtalo. Te voy a calentar el culo a la de ya». Ella se sentaba en medio y Big Bear iba de copiloto, por lo que cuando me recogieron tenía que intentar no acercarme demasiado a la manilla de la puerta

y caerme fuera. Hablamos de fútbol americano. Big Bear quería saber qué opinaba de la línea defensiva titular de esa temporada. Luego llegamos a Joslyn y nos sumamos a la corriente de coches. Big Bear dejó la marca de la suela de sus zapatos en mis vaqueros cuando le dio por salir por la ventana y balancear su voluminoso cuerpo sobre el morro de la Lariat. Menudo adorno para un capó. Se movía como si unas hormigas recorrieran el interior de sus pantalones, piropeaba a las chicas y golpeaba sin descanso la superficie metálica a uno y otro lado de la camioneta. Igual que un mono a los mandos de una batería. Había que reconocerles el mérito a los ingenieros de la Ford y a las estructuras de refuerzo de ese capó. Big Bear podía pesar fácilmente ciento trece kilos. Sin duda la camioneta ya había superado aquella prueba muchas veces y no era menos cierto que lo de Big Bear era todo un espectáculo. Imaginaos al Increíble Hulk vestido con un mono de la marca Carhartt, sin camiseta y con el pelo rapado excepto por una coleta épica. Contaban que Big Bear se recogía la coleta dentro del casco durante los partidos por motivos de seguridad. De esta guisa recorrimos el pueblo, supongo que en el sentido de las manecillas del reloj si nos mirabas desde arriba, adoptando el punto de vista de Dios. Y esperemos que Dios no estuviera mirando, pues era temporada alta de trapicheos, muestras públicas de afecto y lenguaje malsonante. «¿Dónde coño te habías metido?» era el saludo más habitual.

Todas las miradas estaban clavadas en Fast Forward, pero después recaían sobre un servidor. Pillé a chicas dándose codazos y señalándome. La segunda vez que cruzamos por delante del Lee Theater, Fast Forward me sorprendió bajándose de la camioneta. En mitad de la calle, dejando las puertas abiertas y el motor encendido. «Demon, ven aquí, maldita sea», me dijo, y yo obedecí. Quería presentarme a la gente. Chavales con los que había jugado y sus novias, esposas o lo que fuera, algunos de ellos ya con bebés. Fast Forward había acabado el instituto hacía unos años, y algunos de ellos eran incluso mayores que él. Me soltaban sus nombres a tal velocidad y con tanto ruido de fondo que no podía retenerlos. Un tipo, Duck o Buck, tenía un tatuaje en el hombro de unas manos en posición de plegaria, mientras que su novia llevaba una camiseta de la marca Miss Thing. Noté que a otro le faltaba el dedo índice. Todos eran exjugadores de los Generals, un *tight end* por aquí, un *cornerback* por allá. Fast Forward les dijo que yo era un prodigio, un diamante en bruto que él había descubierto. Ocurrió más de una vez: él abría la puerta con la camioneta aún en marcha y yo acudía a su llamada. A veces los más jóvenes ya me reconocían, más incluso que a Fast Forward. Me dijo que era importante mantener unido el legado, lo viejo con lo nuevo, y entendí a lo que se refería. La gente entraba y salía del instituto, por lo que existía el riesgo de que se olvidaran de la grandeza de los Generals de antaño. Era tan maravilloso como aterrador. ¿A partir de ahora, toda aquella gente esperaría que fuera igual de guay que él? ¿O que hiciera un *touchdown* después de cada pase? ¿O que les prestara dinero? Dios mío. La fama era una carga muy pesada que sobrellevar.

Rose era todo un misterio. Reconocí el nombre, que me transportó a las galletas con maría que cierta chica había preparado para las fiestas del escuadrón de la granja de Creaky. Si era la misma, estábamos presenciando la prueba para convertirse en novia más larga de la historia. A lo que me refiero es que aún no había conseguido el puesto. Eran más como dos hermanos que no dejaron de pelearse durante toda la tarde, con ella diciendo «Está claro que soy imbécil, pero Jaylene Glass dice que no pasó como dices», y él diciendo «¿El qué?», y ella diciendo «Ya sabes, lo del ratón», y él diciendo «Llora cuanto quieras», y ella diciendo «Entonces habla tú

con ella», y él diciendo «Va a ser que no».

En un momento dado, él se acabó sus Marlboros, arrugó el paquete dentro del puño y lo dejó caer sobre la mano de ella. Rose me pidió que la dejara salir y se alejó por la acera, una chica esquelética con zancadas de granjera, unos vaqueros apretados y unas sandalias de tacón alto. Una manzana y dos minutos después, estaba de regreso en la Lariat con un paquete de tabaco nuevo, y él se encendió un pitillo sin darle siquiera las gracias. Yo deseé haber mostrado más reflejos y haber saltado del coche para ir a comprarlo. Aquel era el poder que tenía Fast Forward, uno ansiaba ser su sirviente. Me enorgullecía ser un General del presente, pero habría dado cualquier cosa por tener la edad de Big Bear y haber sido su *left tackle*.

No fue hasta que Rose regresó al vehículo y me miró de frente que advertí la cicatriz que le cruzaba el lado izquierdo de la boca. Se extendía por ambos labios, provocando una asimetría que le hacía parecer que estaba gruñendo. Era una de esas chicas que se maquillaban a tope y en las que se producía un notorio cambio de color en la frontera que separaba el rostro del cuello. El motivo lógico sería tapar la cicatriz, pero la verdad es que no había manera de disimularla. Pensé cómo sería para ella. En el caso de los chicos, una cicatriz era una herida de guerra. Teníamos a un jugador en la defensa, Davy, con una fea cicatriz en la frente, de cuando era un niño y su padre lo atropelló con el coche mientras jugaba en la entrada de su casa. Aquello no lo hacía menos popular entre las chicas, al contrario, era todo un imán. Me pregunté si la cicatriz de Rose la dejaba fuera de juego. ¿O quizá la rebajaba a un nivel intermedio, de modo que no importaba cuánto se esforzara, pues jamás conseguiría salir con Fast Forward? Desconocía las reglas. Algo había entre aquellos dos, pero amor no era.

No era asunto mío. Yo disfrutaba de la vida que siempre había deseado. De tanto en tanto, Big Bear pasaba del capó de la Lariat al techo de otro coche, y se inclinaba para hablar por la ventanilla del conductor. De tanto en tanto, alguien le acercaba un porro, él le daba unas caladas, regresaba a nuestro capó y se lo acercaba a Fast Forward. El porro circulaba por el interior del vehículo y volvía a manos de Big Bear por la ventanilla. El sol colgaba bajo por encima de las montañas, como una gran teta de color carmesí, las luces verdes y rojas refulgían en los cristales de los escaparates de las tiendas, las chicas acercaban sus bellos rostros y sus tentadores cuerpos para intercambiar confidencias, Fords y Chevies, el río fluía. Esto es vida, pensaba yo, y formo parte de ella. La calle principal era mía.

39

No sé por qué, y que Dios me ampare, pero pensé que fuera lo que fuese que necesitara Maggot, Fast Forward era la persona que podría facilitárselo. Al ser amigo de ambos, era mi obligación tomar medidas. De modo que invité a Fast Forward a pasar el Cuatro de Julio en casa de June y Emmy.

Corría la voz de que esta era la fiesta estrella. No importaba que June detestara los fuegos artificiales y que no perdiera oportunidad de sentarte para explicarte cómo su profesión la había hecho testigo de partes de la anatomía humana saltando por los aires. Emmy estaba que se salía en cuanto a popularidad, porque iba tanto con los bichos raros como con las reinas del drama. Junta a esas dos tipologías y siéntate a contemplar el espectáculo. Fueron a Tennessee para comprar los artículos prohibidos en Virginia, cohetes verticales y laterales. Se trajeron cajas enteras. Angus se puso en plan «¿Idiotas con pólvora? No, gracias». Pero yo contaba las horas para que llegara el gran día.

Fast Forward vino a recogerme con dos pasajeras, la arisca Rose y Mouse, que imagino que la llamaban así porque era pequeña como un ratoncito. De vergüenza, nada. Vestía un *body* plateado que parecía salido de un programa de la MTV, y cuando me subí, les estaba contando algo con un marcado acento del norte:

—Así que hay que estar en el aire en dos minutos, yo estoy de los nervios, y, oh, Dios mío, de golpe lo pillo, ¡eso es una cortinilla encima de un peluquín! ¿Qué demonios se supone que debo hacer con algo así? De modo que se lo levanto, se lo espolvoreo y se lo vuelvo a bajar, tíos, os aseguro que podría hacerme muy rica si me dedicara a la extorsión.

Fast Forward le dijo que pensaba que ya era una chica rica. Ella se rio y se abrazó a su bolso gigante. Se giró, batió sus enormes pestañas y me dijo:

—Creo que no hemos tenido el placer.

Mouse me contó que peinaba y maquillaba a celebridades, por si no lo había pillado. Fast Forward le dijo que yo era la estrella emergente de nuestro equipo de fútbol americano. A cualquier otro le habría dicho «de los Generals», por lo que esa Mouse debía de proceder de una galaxia muy muy lejana. «Filly», dijo ella, que a mí me sonó a nombre de yegua, por lo que no entendí por dónde iba..., no entendí por dónde iba hasta que me aclaró que se refería a una ciudad, Filadelfia. Les dije cómo llegar a casa de Maggot y de golpe fuimos cinco dentro del vehículo. Acogedor. Mouse se subió a mi regazo y quedó con los pies colgando. Supongo que era mona, su cabeza era demasiado grande en relación al cuerpo, nariz respingona, pero el maquillaje era obviamente de nivel pro. Su pelo era como la fuente explosiva de una ballena que me cubría toda la cara. Parecía que llevara una muñequita sobre el regazo. No callaba un momento y ahora nos hablaba de un trabajillo para una actuación de Britney o algo así, parando todo el rato para hacer algún comentario sobre algún lugar destartalado por el que cruzábamos, como si la pobreza la cogiera por sorpresa. Su enorme bolso estaba a sus pies, dando bandazos y tintineando. Vi cómo asomaba de él un bote de patatas Pringles. Por si alguna vez os habéis preguntado qué comen las ratoncillas.

Maggot estaba de lo más inquieto. Noté cómo Fast Forward le iba lanzando miraditas. Yo estaba acostumbrado a Maggot, bueno, todo lo acostumbrado que uno puede llegar a estar a

las cortinillas de pelo teñidas de negro, las mangas de rejilla fluorescentes y los pantalones oscuros de talla extragrande que él y sus colegas de la Batcueva encontraban en una tienda para góticos de Christiansburg. De las piernas y brazos de Maggot colgaban cadenas, algo de lo más conveniente si se diera el caso de que necesitaras atarle una correa. Maggot siempre sería mi hermano de sangre, pero en aquel momento me sentí avergonzado. Mouse le miraba el maquillaje y el pelo como si creyese que no sobreviviría a aquella experiencia. Podría haber sido peor, Maggot había llegado a presentarse en el instituto con el cuero cabelludo teñido de negro por accidente. Di indicaciones para ir a casa de June. Fast Forward conducía con una mano en el volante, la otra fuera de la ventanilla, sosteniendo el cigarrillo, las pestañas a media asta —a la manera de Slim Shady—, mientras nuestra muñeca parlanchina proseguía con su diario de bitácora: «Oh, Dios mío, ese perro está atado con una cadena, cómo puede existir gente tan cruel, ¿qué es esa mierda de color verde que crece al lado de esa casa? —Era musgo corriente y moliente—. Oh, Dios mío». A menos de un kilómetro de casa de June empezaba la fila de vehículos, aparcados de cualquier manera a ambos lados de la carretera. Dejamos el coche y echamos a andar por el camino de grava. Desde los bosques nos llegaba el sonido de la música.

—Bonitas aceras tenéis aquí, donde Jesús perdió la zapatilla —dijo Mouse, agarrándose del brazo de Fast Forward para no perder el equilibrio, pues llevaba unas sandalias de plataforma gigantescas. Apenas le llegaba a la cintura y acarreaba un bolso que más bien parecía un saco de arpillera. Rose ralentizó el paso para colocarse a la altura de Maggot y mía, pero por su expresión se diría que estaba dispuesta a arrancarnos la cabellera si se nos ocurría darle conversación. Maggot miró su cicatriz de perro ladrador, puede que le pareciera genial, quién sabe. Al final del camino de entrada a la casa de June, paró a encenderse un porro. Rose le dijo: «¿No va a rular?», por lo que Maggot se lo pasó en un vano gesto de amistad. Maggot probablemente necesitara equilibrar lo que se hubiera tomado a modo de calentamiento. El tipo iba fuerte. En la escuela primaria ya acostumbraba a esnifar comprimidos de cafeína machacados, un descubrimiento que en mi caso no sobrevivió a un primer intento. Es decir, ¿acaso la vida no es suficientemente amenazadora sin la sensación de hormigas recorriéndote la piel? Pues para Maggot no. De ahí saltó al Ritalin, que es un medicamento legal, cualquier médico puede recetártelo. Últimamente afanaba Sudafed de las farmacias para vendérselo a los que lo cocinaban. Lo más probable es que le pagaran en especie.

Rose se tomó su tiempo con el porro, apartándose bichos de la cara y de su gran mata de pelo. Yo le di un par de caladas y me dirigí a la casa. Vi a dos tipos corriendo por el bosque, gritando algo sobre nadar y vestidos con solo unos zapatos. Por allí no había ningún estanque. Había chavales tirándose petardos. Chicas de piernas largas yacían entre los árboles como margaritas marchitas, probablemente dándoles vueltas a oportunidades desaprovechadas, igual que hacíamos nosotros con partidos de fútbol que no deberíamos haber perdido.

Mi intención era encontrar a June para presentarle a Fast Forward, pero este ya se había marchado con Mouse. Maggot vio a su amiga Martha, vestida de la cabeza a los pies con prendas de la tienda Hot Topic, entre un corrillo de chavales con pantalones con cadenas y guantes sin dedos, y se fue directo hacia ellos. Si aquella noche debía ser una misión de rescate de Maggot, mi fracaso estaba siendo estrepitoso. Distinguí a June en la terraza de arriba de la casa de tipo cúpula, tan buenorra como de costumbre. *Minishorts* de color rojo, vaso alto, apartándose su esponjoso pelo del cuello. La rodeaba un grupo de chicas, algunas de ellas con

uniforme de enfermera, y también la señorita Annie con su parafernalia *hippie*, completamente integrada. ¿Ahora resultaba que la directora del coro de Emmy recibía invitaciones a las fiestas? Aquello me parecía pasarse.

La casa de June no tenía un patio propiamente dicho, solo un claro en medio del bosque, donde se apelotonaba gente que gritaba por encima de la música de Eminem. De la casa salían unos alargadores que se conectaban a unos altavoces gigantes que habían cogido prestados de la escuela. Los que estudiaban Teatro conseguían cosas así, de modo que el ganado de las granjas vecinas no tenía más remedio que mugir o masticar con Eminem a todo trapo. Los árboles se mecían y el suelo retumbaba bajo nuestros pies. Me abrí camino para llegar al famoso barril de cerveza de las fiestas de Emmy, y esto a pesar de que June tenía una política muy estricta con el alcohol. No nos dejaba conducir borrachos. Bebed aquí y quedaos a dormir la mona, nos decía, y se mostraba muy firme. En cuanto arrastrabas las palabras o te tropezabas, te confiscaba las llaves del coche y te mandaba a dormir en el trozo de suelo que pudieras encontrar. Eso sí, ojo con hacerlo boca arriba. Vive para ver un nuevo día. Estaba convencida de que la población de Lee County tendía a cero, porque cada año había más gente muerta por accidentes de tráfico con conductores borrachos y por ahogamiento por vómito que bebés nacidos.

Junto al barril había mesas plegables llenas de platos de papel y restos de comida, señales de una fiesta que lamentaba haberme perdido. Emmy se encontraba inclinada sobre una gigantesca bandeja metálica en la que reposaba un pastel decorado con la bandera. Se iba retirando la melena oscura detrás de los hombros desnudos, mientras que con un cuchillo demasiado grande intentaba cortar cuadraditos azules decorados con una estrella. Ella misma era una estrella rutilante con su pequeño top y sus vaqueros blancos de cintura estrecha, con una excelente materia prima entre uno y otro. Me dio un subidón al recordar que había tocado aquel ombligo bajo las sábanas. Uno no se olvida de su primera chica, aunque no llegara más allá de las primeras bases. Ahora jugaba en las grandes ligas, riendo y yendo de aquí para allá con unas chanclas de aspecto oriental para repartir cuadraditos de pastel en servilletas. Me pregunté cómo debía de sentirse uno gustándose e introduciendo cambios a voluntad para permanecer en lo más alto. Y esto mientras otras chicas seguían esforzándose en balde, con peinados cada vez más voluminosos y maquillajes demasiado llamativos, con pantalones de chándal azul cielo por cuya retaguardia asomaba la cola de ballena del hilo del tanga. Siendo sincero, yo me sentía más cómodo en esas aguas. Técnicamente, Emmy era igual que yo: padre muerto, madre desastrosa. Pero que me parta un rayo si alguien lo hubiera dicho. Ella parecía haber nacido para que lanzaran pétalos de rosa a su paso.

Conseguí un vaso de cerveza y dije «Hola» un montón de veces, ya que conocía a cada Dawnella y Preston que pululaban por allí. Mash Jolly, uno de los tipos duros con los que hacía una eternidad había compartido autobús, me dio un golpe en la espalda y me dijo: «Coño, tío, *tight end*. Joder, si lo vi venir». Le dije que sí, lo vio del todo, joder. Me dijo que un grupito iba a acercarse luego al pozo de la cascada de Scott County: la Bañera del Diablo. Me recorrió un escalofrío. Pero le contesté «Claro, tío», sabiendo que estarían como una cuba y que no iban a darse un baño a oscuras.

Vi la sonrisa y el cabello rizado de Fast Forward avanzando entre la multitud como el pez escurridizo que era. La gente se abalanzaba para hablar con el famoso *quarterback*. Sobre todo las chicas. Vi cómo Emmy le daba un trozo de pastel, arqueando la espalda de ese modo tan

femenino que consigue que se te marque el culo. Él reía, ella reía, él hizo una pequeña reverencia al coger el pastel. Desprendían tanta luz que necesitabas gafas de sol para mirarlos. Me pregunté si ella sabría que había sido yo quien lo había traído a la fiesta. Bueno, él me había traído a mí.

—¡Demon! ¿Dónde coño te habías metido?

Me estrujé el cerebro abotargado por la cerveza para que aflorara el nombre de esa chica que me había agarrado el brazo con demasiada fuerza. Una de las primas de los Peggot, no la veía desde hacía siglos. Jay Ann. La hija de Ruby. La hermanastra de Hammer Kelly. Seguía procesando la información cuando me dijo que le había llegado que me había mudado, y luego aparecí de golpe sobre el terreno de juego, qué coño y tal. La puse al día.

—¿El entrenador Winfield? ¿En esa casa que parece el maldito castillo de Disney?

Le dije que por dentro no era tan grande, pura mentira.

Ruby era la hermana mayor de June y aquellos chavales eran los más raritos de todo el lote. Pero unos buenazos, como todos los Peggot. Me acordé de Hammer protegiendo a June y a Emmy con su rifle. Jay Ann me preguntó si sabía lo de Hammer y Emmy, algo que era del dominio público: él había querido salir con ella desde el momento en que había vuelto. Maggot siempre se metía con Emmy por ello, y ella lo amenazaba con arrancarle un *piercing* de la nariz o castrarlo.

—Hammer es un hombre muy valiente —le dije.

—Lo dio todo. El que la sigue la consigue.

—Premio a la perseverancia.

Jay Ann me contó que la fiesta había empezado al mediodía en plan pícnic familiar con algunos tíos y primos. Luego habían llegado las enfermeras amigas de June, tras acabar sus turnos, y después el resto del condado, por lo que el follón ya estaba oficialmente fuera de control. Como para ilustrar sus palabras, de golpe vimos a June acercarse con un botiquín metálico de primeros auxilios del tamaño de una bolsa de mano. Alguien paró la música.

—Escuchadme todos. No estoy de servicio, por lo que si alguien tiene la intención de hacerse un agujero en el cuerpo, aquí dentro encontrará gasas y Betadine. Servíos vosotros mismos.

Alguien encendió una traca en el bosque, tra-tra-tra. Todo el mundo se rio.

—Si el daño se produce en los ojos o extremidades, podéis entrar en la casa y llamar a una ambulancia. Eso es todo. Os quiero y hablo en serio cuando os digo que procuréis volver a casa de una pieza. Me refiero a ti, Everett —dijo, apuntando con un dedo a su hermano como si fuera el cañón de una pistola.

—No hay problema, me buscaré a una de tus atractivas amigas enfermeras —dijo Everett, alzando su vaso.

—No, señor, no lo harás. Están aquí para relajarse después de un turno de doce horas, por lo que, si les pides que te curen, me encargaré personalmente de arruinarte la vida. ¿Entendido? Feliz Cuatro de Julio. Pasadlo en grande.

Todo el mundo la vitoreó como si hubiera ofrecido el discurso del siglo. Regresó a la casa moviendo un brazo, no en plan enfadada, simplemente a lo June. Tenía que saludarla, por lo que me abrí camino entre un mar de cuerpos en dirección a la casa. Dentro había tanta gente como en el exterior, sobre todo miembros de la familia Peggot. Tías apretadas las unas contra las otras en la cocina, como cigarrillos dentro de un paquete, tíos esparrancados sobre muebles, como colillas en un cenicero. A Ruby siempre se la podía encontrar entre una nube

de humo de tabaco, el pelo lacado casi hasta niveles inflamables. En esta ocasión lucía un top improvisado con un fular con el que probablemente mortificara a sus hijos. Las viejas reinas del baile nunca mueren. Ella y June estaban de pie junto a Maggot y Emmy, y tardé un rato en reconocer que era Hammer quien estaba al lado de Emmy. Bueno, más que al lado, entrelazado. Le había pasado un brazo sobre los hombros. Ufano como un pavo real. Me acerqué, lanzándole por el camino una miradita a Maggot de «¿qué coño me he perdido?».

—Ey, Demon —me dijo Emmy, dándome un abrazo, y luego me tendió una mano flácida, como si esperara que se la besara—. ¿No es precioso? Es un granate. Mi piedra de nacimiento.

Me quedé mirando la mano de Emmy. June se rio de mí.

—El anillo, cielo.

—Ah. —Un granate debía de ser un fragmento diminuto de cristal que barres después de romper un vaso de color rojo—. ¿Esto significa que vosotros dos estáis… comprometidos?

Emmy se rio, las tías se rieron, la sonrisa de Hammer se estiró aún más si cabe y June me aclaró que solo salían juntos. El anillo era un regalo de cumpleaños. ¿Aquello era una fiesta de cumpleaños?

—Hammer lleva años pegado a esta moza como una garrapata —dijo Ruby con su voz ronca —. Imagino que al final ella ha tirado la toalla.

Más risas. Maggot me lanzó una mirada de «te lo dije».

June estaba contenta. Hammer Kelly: alto, educado, con su corte de pelo estilo *flop*, adorado por los Peggot desde el día en que apareció de la mano del marido de Ruby. (Ahora exmarido). No era uno de esos chicos de trato difícil. Ser testigo del cariño que le profesaba June hizo que me entraran ganas de romper algo. Tuve que largarme de allí.

Vi a la señorita Annie en el otro extremo de la estancia, no acompañada del señor Armstrong, sino, sorpresa total, del señor Maldo. Si hay alguien menos aficionado a las fiestas que el señor Maldo, rezad por él. Quizás ella buscara emparejarlo con alguna soltera de la familia Peggot. Sin su mono de conserje, luciendo una camisa rosa de manga larga que cubría su brazo deforme, sin duda era él, aunque tuve que mirarlo dos veces para asegurarme. Justo en ese instante capté algo con el rabillo del ojo. Movimiento detrás de una de las ventanas del fondo. Gente. Fast Forward y Mouse encabezaban una marcha colina arriba, seguidos de un grupito compuesto en su mayoría de chavales mayores a los que no conocía.

Me escabullí fuera. Se dirigían a la cabaña derruida. Me acerqué lo suficiente para ver a Mouse siendo el centro de atención con su jersey plateado. Repartía algo que iba sacando del interior de un tubo de Pringles que no eran Pringles. Unos discos pequeños y negros. La gente que la rodeaba llevaba dinero en la mano y Fast Forward lo supervisaba todo, como si fuera el jefe de la tropa. Me dio mala espina y me marché.

Los fuegos artificiales habían empezado. Nada de bengalas, sino material del bueno, del que sale disparado armando ruido y explota. Flores de fuego. Encontré un rincón tranquilo en el bosque y me senté a ver el espectáculo. Flores que daban paso a otras flores, turnándose con los colores. Me pregunté cómo se conseguiría eso de pintar el cielo. Los fabricantes eran chinos. Las cajas estaban repletas de sus caracteres y solo el nombre los cohetes aparecía en inglés: Montaña de la Cascada, Cometa de la Diadema en Peonía, Saludo del Huevo del Dragón Aéreo. Quizás en chino todos los cohetes se llaman Orgasmo Colectivo. Porque esas dos palabras lo resumían todo.

Tuve un momento especial, apoyado contra el tronco de un álamo, rodeado por los bosques

en los que un día fui feliz. Árboles gordos de hojas verdes y gordas, gordas ardillas rojas americanas cebadas con lo que sacan de la tierra. Julio era el mes de Dios. Y el del final del camino para mi padre. Había pasado muchos Cuatro de Julio rabioso con mi madre por amargarme la fiesta, sin pensar en el hombre que me había dado la vida, que había perdido la suya. Sin tomarme la molestia de pensar en todo lo que yo había visto y que él no podría ver nunca. Sí, la vida es un asco, tiene noches con el estómago vacío y gente cruel, pero ¿comparado con yacer enterrado en una caja, flotando en universo de nada y de nunca más? No me cambiaría por él. Vi un molinillo de fuego verde que escupía chispas blancas por encima de las copas de los árboles. Mi padre, mi madre y mi hermanito se estaban perdiendo un montón de cosas alucinantes.

Imagino que me quedé un rato dormido porque me despertó el estallido de unos fuegos artificiales. Ya era noche cerrada. Volví a la cabaña, más curioso de lo que me convenía y lamentándolo. No había más que chavales tumbados boca arriba y chicas que deberían haberse recolocado el vestido antes de perder el sentido. Mash Jolly y otros tipos apoyaban la espalda contra las paredes de troncos, con la cabeza caída sobre el pecho. La imagen me revolvió el estómago. Las agujas siempre me han provocado rechazo. Algunas habían caído al suelo y otras seguían entre los dedos de la gente. Ni rastro de Mouse ni de Fast Forward.

Me apresuré colina abajo. Habían encendido una hoguera y me alegré al ver a Fast Forward sentado en cuclillas, mientras alimentaba el fuego con palitos. Estábamos en aquella fase de una fiesta en la que el barril de cerveza se ha quedado sin una gota, los vasos de plástico dan tristes tumbos por el suelo y aparecen las latas y botellas de las provisiones para emergencias. Los tíos de la familia Peggot debían de haberse agenciado el equipo de música, ya que sonaban temas antiguos, Michael Jackson y Prince. La gente observaba la hoguera sentada en tumbonas, como si fuera un programa de televisión. Maggot estaba de pie y solo, de modo que me acerqué y le di un golpe en la espalda con más fuerza de la que quería.

—Joder, me la has tirado por encima, tío. La cerveza.

Estaba tan borracho que daba bastante pena y se miraba los pantalones con cadenas. Era imposible no preguntarse cómo demonios se lavarían, aunque estaba seguro de que la señora Peggot se encargaría del tema.

—¿Dónde han ido los tortolitos?

Se detuvo a reflexionar.

—Déjalo estar, hombre. Emmy es una Britney y usted, caballero, usted es un Bob Esponja.

—Que te jodan. Soy titular de los Generals.

—Perdóname. Un Bob Esponja con un número pegado en sus pantalones cuadrados «comosellamen».

—En la camiseta. Ochenta y ocho.

Una pausa larga.

—Cami-seta. Entendido.

—Explícame cómo puede Hammer Kelly pescar en las aguas de las Britneys.

Otra pausa.

—Tengo una teoría. Encontró el punto G de la tía June.

Para venir de alguien con una curda semejante, me pareció una gran respuesta.

Fast Forward nos observaba desde el otro lado de la hoguera. No lo saludé con la mano ni hice ninguna otra estupidez, me concentré en pedir un deseo. En un momento dado, se

levantó, tiró la colilla al fuego y se acercó.

—Caballeros —nos dijo, se colocó en medio y nos pasó los brazos por los hombros.

Me sentí crecer unos centímetros. Maggot se apartó el pelo de los ojos. Yo le pregunté si había podido conocer a June, la que organizaba la fiesta.

—¿La amable anfitriona que nos ha invitado a utilizar sus tiritas?

Me reí. Nos retiró los brazos de los hombros al ver que se estaban fijando en nosotros. Sí que había hablado con June y le había parecido una señora de lo más agradable. Sin embargo, no había cruzado palabra con la hija.

—Es la que repartía los trozos de pastel —le dije, los había visto hablar.

—La que lleva un novio gigantesco de mochila —añadió Maggot.

Fast lo ignoró.

—Sé quién es. Es solo que no nos han presentado oficialmente.

Culpa mía, la había fastidiado.

—Podemos ir a buscarla ahora —le dije, pero no lo vi muy predispuesto—. O en otro momento. Venimos mucho por aquí. Ella y Maggot son como hermanos.

Fast Forward iba observando a las personas que rodeaban la hoguera y que le devolvían la mirada. Como si en cualquier momento fuera a salir con algo asombroso. «Cualquier sitio parece vacío sin Fast Man». Maggot soltó que si quería conocer a la prima sexi primero debería hablarlo con el rifle para cazar ciervos de su novio. De las múltiples ocasiones en las que había deseado darle un puñetazo a Maggot, pocas habían sido tan memorables como aquella. Pude sentir cómo la energía de Fast Forward se alejaba de nosotros.

Entonces irrumpió Rose de la nada, serpenteando entre el gentío para darle una cerveza. Yo había bebido lo suficiente para ver sus movimientos como si se tratase de una jugada de fútbol americano: Rose encuentra un resquicio, procesa la profundidad de la cobertura. Hace notar su presencia al receptor y le hace una rápida señal para proceder con una combinación de carrera y pase.

Él cogió la botella y se la bebió de un trago. Rose lo miró sin rastro de afecto. De haber jugado al fútbol americano, habría sido de las que se aseguran de que una montaña de jugadores te caiga encima y de las que te escupen en el casco. Él le devolvió la botella y le dijo que era hora de largarse. Ella dejó caer la botella al suelo y se alejó. Uf. Maggot había decidido que se quedaría a pasar la noche en casa de June. Fui en busca de Mouse.

La encontré sentada en una tumbona con June y Ruby, explicándoles algo que requería que les señalara todo el rato las mejillas y las barbillas.

—Fast Forward dice que es hora de marcharnos.

Levantó la vista y ladeó la cabeza como un pájaro. June y Ruby hicieron lo propio. Las tres me dedicaron esa mirada tan femenina que dice «¿Quién se ha muerto y te ha puesto de jefe, señorito?».

—¿Qué quieres que le diga? ¿No quieres que te lleve?

—Solo cuando haya acabado de hablar con estas damas sobre cómo aplicar la base de maquillaje.

—No sé si me gusta este tal Fast —dijo June—. ¿Ha estado bebiendo?

—No, señora —dije, mirando de reojo a Mouse—. Te caería bien. Le gusta a todo el mundo.

Mouse se incorporó de un salto de la tumbona, aunque, mejor dicho, tuvo que saltar porque sus piernas no le llegaban al suelo. Encontramos a Fast Forward y pusimos rumbo a la

carretera. La mayoría de los coches seguían aparcados, pese a que la fiesta ya estaba en las últimas. Esa noche, la casa de June estaría alfombrada de borrachos. Caminábamos por en medio de la carretera y nos llegaban voces del bosque. La flácida piel de las tiendas de campaña brillaba a la luz de la luna. Me pareció que dormir dentro de una cosa de estas era desperdiciar una noche estrellada. Luego oí a una pareja dándole fuerte. O sea, que era por motivos de intimidad. Lamento decir que su secreto era del dominio público. Mouse y Fast iban hablando, pero tan bajo que no podía oírlos. Intuía que él le estaba pidiendo algún tipo de información. Ella hablaba un poco más alto, por lo que pude captar algunas respuestas sin las preguntas previas. «El instituto, estoy segura», y, «Como no ocurra, voy a tener pesadillas con espantosos bronceados en aerosol».

Me puse a su altura y le pregunté a Fast Forward si no pensaba que los Peggot eran una buena tribu.

—Tribu —dijo Mouse—. ¿Quiénes forman tribus? Déjame pensar. Los primeros israelitas, los aborígenes, los indios —dijo, partiéndose de risa.

Le dije a Fast Forward que sentía que no hubiera podido hablar con June ni con Emmy.

Mouse me preguntó si me refería a la señora Robinson y a Elaine[33]. Le dije que no las conocía. «¿Estos Robinson son de Lee County?».

Ella resopló.

Fast dijo que la señora los tenía bien puestos y que la hija era atractiva. Ahora bien, el novio era un primate. «Menudo bobo». «Cerebro de mosquito».

—Ah, sí —coincidió Mouse.

No es que la parejita me hiciera feliz, pero Hammer era una buena persona y así se lo hice saber.

—Se está follando a su prima. Imagino que eso es normal entre vosotros —dijo Mouse.

Intenté explicarles que eran primos divorciados y no parientes consanguíneos, pero hasta yo notaba lo estúpido que sonaba, pese a mi estado de ebriedad.

—Sigue siendo asqueroso. Como lo de Woody Allen y su hija adoptiva. Huevos de una misma cesta.

Le dije que no eran ese tipo de huevos. Claramente Mouse me creía un idiota. Un poco más adelante se produjo un tumulto, con gente gritando «¡Vamos, vamos, vamos!». Corrieron en nuestra dirección y hubo una explosión. Una lluvia de algo se desparramó a nuestro alrededor, en medio de la oscuridad.

—¿Qué coño ha sido eso? ¡La madre que los parió! —dijo Mouse.

—Un superpetardo M-80. Antes los metían dentro de cadáveres de animales, pero ahora los entierran con grava y palos. Y esparce metralla.

No podía distinguir su rostro en la oscuridad, pero no me hacía falta. Enterrar un M-80 era una temeridad. Fast Forward les gritó si la zona estaba despejada y le dijeron que sí, que solo habían encendido ese. Mouse aceleró el paso y se agarró de su brazo.

—Una recreación de la Guerra Civil. Encantador.

—O están practicando de cara a la próxima —dijo Fast. No se equivocaba, ya que muchos de aquellos tipos se alistarían para hacer volar por los aires Afganistán en cuanto llegaran a la edad exigida. Su oportunidad de ver mundo.

—Ay, Dios mío. ¿No tienen nada mejor que hacer?

—La verdad es que no. Bienvenida a Dixie[34] —le dije.

Ahora que ha pasado el tiempo, lamento haber dicho eso. No es excusa lo rabioso que estuviera con ella. Siempre habrá los que llamen «pocilga» al lugar del que vienes, pero, si eres tú el que te regodeas en ello, no tienes perdón. Además, el señor Armstrong nos había dejado claro que esto ni siquiera era Dixie. Nuestros ancestros habían tenido que esconderse de las bandas confederadas que los raptaban y enviaban al frente encadenados para que dispararan contra los yanquis y así salvar la plantación de algún seboso. Está el norte y está el sur, y luego está Lee County, la capital mundial de los fracasados.

Se dice que nadie es tan cruel con un lugar como la gente nativa. Pero nos ayudan más de lo que tocaría. Los vegetarianos y los que promulgan la igualdad entre las razas y los derechos de los homosexuales. Estoy con ellos. Pero ¿qué hay del respeto hacia nosotros? A nadie se le cruza por la cabeza. ¿Cómo lo sé? Por la televisión. Las comedias son tan divertidas que te entran ganas de pegarte un tiro en la cabeza. ¿O acaso piensan que además de andar sin cerebro y de follarnos a los animales no tenemos televisión por cable?

Ocurre lo siguiente: digamos que una pandilla de chavales se reúne en los servicios para reírse de un patán que ha hecho el ridículo en clase de Gimnasia. En el fondo todos son buenos chicos, ¿verdad? Sabemos distinguir lo que está bien de lo que está mal y ni en un millón de años humillaríamos al pobre tipo. Y entonces ocurre: el patán estaba en uno de los váteres. Sale de él con una expresión en la cara que lo dice todo. No se ha perdido palabra. Entonces te das cuenta de que no eres tan buena persona como creías.

Esto es lo que les diría si pudiera a todos los listillos del planeta con sus estúpidas bromas sobre los paletos: estamos dentro de un váter. Podemos oíros.

40

Me bastó con verla una vez para caer rendido. Es cierto, fue amor a primera vista. Caí por un pozo hacia un sueño luminoso, y si alguien me hubiera tirado una cuerda, lo que con el tiempo algunos hicieron, no la habría cogido ni aunque me hubieran pagado. Hay quienes lo llaman adicción. Otros lo llaman amor. La línea es muy fina.

Tampoco es que estuviera buscando nada. Tras el fracaso con Linda Larkins estaba dispuesto a sumarme a la teoría de Angus sobre el amor, resumida en «no te busques problemas». Yo iba a lo mío, ganándome el sueldo en la tienda de suministros agrícolas. Era la época de liquidación de cada final de verano, todos los artículos de terraza y jardín a mitad de precio, más aperitivos y refrescos gratis. Donnamarie, a cargo de la caja registradora, vivía para este momento y se volcaba en organizarlo todo, como si se tratara de la boda que nunca pudo tener. La Godzilla de la plantilla. Premios, globos, girasoles de la granja de su padre plantados en macetas. Compraba vasos de plástico de color rosa a los que les pintaba unas fosas nasales con rotulador, de modo que al llevártelos a la boca te hacían parecer un cerdo. Soy consciente de cómo suena. Pero reúne a veinte personas en un gran círculo y ponlos a hablar y a beber, el efecto es bien guay.

Aquello era un caos, la gente apilaba sus sacos de pesticidas, mientras sus hijos pequeños se metían suficiente refresco entre pecho y espalda como para mantenerse despiertos durante el resto de la semana. Correteaban de aquí para allá, tiraban al suelo productos de las estanterías o intentaban morder las pelotas masticables para perros. Yo iba de culo. Reponía existencias, estaba pendiente de las etiquetas de descuento que la gente acostumbraba a cambiar de sitio. Sobre todo los niños, o eso se suponía. Un rastrillo de trescientos dólares aparecía marcado a cincuenta céntimos. No era necesario ser un genio del crimen para salir con algo así. En cualquier caso, su entrada en la tienda me pasó desapercibida. Donnamarie me había comentado que el dueño, Vester Spencer, el mismo que había sufrido un ataque al corazón, iba a venir con su hija. No le di más importancia. Hasta que miré hacia el pasillo de los artículos de irrigación y ahí estaba ella. Pequeña, delgada, de cintura larga como las sirenas. Pelo de color lila con vetas plateadas, corto de un lado y largo del otro. Cara de ángel. Me entraron ganas de dibujarla. Sandalias con unos lazos cruzados trepándole por unas piernas perfectas. La vi hablando con Donnamarie, gesticulaba con las manos y le dio un golpecito en la espalda a su padre. Él iba en silla de ruedas, no sabría decir más porque su hija me tenía hipnotizado. Seguro que me habría desmayado de haber estado de pie.

Entonces Donnamarie gritó: «Demon, ¡ven a conocer a Vester y Dori!». Sus ojos oscuros y brillantes se clavaron en los míos y me acerqué tambaleante. «Dori», solté. «Hola, señor Spencer». Joder, no sé ni lo que dije. Donnamarie no podía creer que no nos conociéramos, si solo había un instituto. La voz de Dori fluía como un arroyo suave, más profunda de lo normal. Nos contó que el año anterior se había perdido la mayoría de las clases por tener que cuidar de su padre, llevarlo en coche a sus citas médicas y demás. Al seguir tan pachucho, lo más probable es que no pudiera volver. El cardiólogo estaba en Tennessee, no había otro más cerca.

La minúscula parte de mi cerebro que no había quedado reducida a gelatina se activó: no

había madre, como en mi caso. Y como mínimo tenía dieciséis años, ya que conducía, no como yo. Ay, Dios, me había pillado de una mujer mayor. Qué liada. Yo ya estaba sacándome el carnet. Años atrás había aprendido a meter el embrague y a cambiar de marchas con la vieja camioneta de Creaky, sin ayuda. Ahora, sin embargo, me tocaba ponerme al volante del Mustang de U-Haul y él no dejaba de darme la brasa con los intermitentes y los retrovisores, ni yo de ignorarlo. Aún no tenía el permiso de conducir, por lo que a efectos prácticos continuaba siendo un crío. No tenía la menor oportunidad con ella. Pero esos ojos… No eran oscuros a secas, sino de una oscuridad reluciente, como de aguas profundas. Deseaba nadar desnudo en ellas. Notaba cómo los minutos se deslizaban hasta que llegara el momento en que saldría por las puertas automáticas empujando la silla de su padre y entonces yo querría morirme.

Me puse nerviosísimo intentando dar con alguna excusa con la que retenerla a mi lado, lejos de los clientes y de los vasos porcinos. Una señora mayor que os juro que parecía ir en pijama se acercó para preguntarme si teníamos repelente de serpientes. Yo me hice el loco, pero Donnamarie me dedicó una de sus miradas de madre, por lo que me vi obligado a mostrárselo. El temor a no ver nunca más a aquella duendecilla hizo que el corazón me retumbara. Una ninfa, las conocía por los *animes*. Un ángel caído del cielo. No le quité los ojos de encima mientras la abuela en pijama me contaba que se había encontrado una serpiente en un saco de patatas y que su hijo no la había creído. Yo no paraba de decirle «Sí, señora», mientras miraba esos preciosos brazos y piernas que suplicaban ser tocados.

Regresé a tiempo de soltarle cuatro tonterías. Si necesitaba algo, ya sabía dónde encontrarme. Una pena que hubiéramos vendido todos los pollitos, esos pequeñines eran una monería.

—Juraría que agosto es un poco tarde para comenzar a temer que las serpientes acaben con tus huevos —dijo Dori, lo que me sonó a algo que diría una ninfa. Le respondí que llevaba razón, pero que uno nunca sabía lo que iban a pedirle los clientes.

Me dedicó una sonrisa alucinante, sus ojos negros relucieron, sus cejas, de la misma tonalidad lavanda plateada que su cabello, se alzaron y me dijo: «¡Largo de aquí, serpiente!».

Acto seguido, a su padre le entró un ataque de tos y se marcharon. Me pasé el resto del día preguntándome si conocía mi nombre, Demon Copperhead. ¿Había insinuado que no quería volver a verme? Quizá nunca lo averiguara.

Fue una estupidez contárselo a Angus, pero me aterrorizaba la idea de que Dori desapareciera. Como esos sueños de los que despiertas agitado porque un difunto al que querías estaba vivo y al mediodía ya te parece una ridiculez. No podía soportar la idea de que me ocurriera lo mismo. Le dije a Angus que estaba enamorado.

—Menuda novedad —me dijo, sin apartar la vista del televisor. Estábamos desparramados sobre los pufs con poco más que la ropa interior. El aire acondicionado no funcionaba y habíamos dejado la vergüenza a un lado, como una camada de cachorros. O como lo había expresado Mouse, huevos de una misma cesta. Al llegar los anuncios, cogió uno de mis cuadernos, fingió ojearlo y se llevó un lápiz imaginario a los labios.

—A ver, esta es la número quinientos. ¿Cómo se llama? Voy a anotarlo antes de que se me olvide.

—Que te jodan —le dije.

—Ah, no, señor, a mí no. Centrémonos en tu volátil objeto de interés.

—Vete a la mierda. Olvídalo.

Nos pasábamos los días metiéndonos el uno con el otro. No eran peleas de verdad. Solo habíamos tenido una y ya era agua pasada. Angus había decidido que iría a un centro de estudios superiores y que no pensaba solicitar plaza en la universidad, porque la alejarían de casa. Pese a la seguridad que derrochaba al hablar, no conocíamos a nadie que se hubiera ido, por lo que probablemente la idea de abandonar el fin del mundo le daba miedo. Puso al entrenador como excusa, que sin ella se desmoronaría. De modo que volvíamos a estar bien y en ese momento veíamos *Supervivientes*, yo pensaba en cómo me las apañaría para, en caso de encontrarme en una isla con Dori, destacar por encima de los chicos de ciudad a la hora de construirle una casa o pescar con lanza. Idioteces, en otras palabras.

Al cabo de un rato, Angus rompió el silencio.

—Y bien, ¿quién es ella?

—Nadie que conozcas y no quiero hablar del tema.

—No hay problema. Lo descubriré la semana que viene, cuando me la encuentre llorando en el baño. Otra víctima de los encaprichamientos fugaces de Demon.

No tenía nada más que decirle porque se equivocaba en todo: lo del baño del instituto, lo del encaprichamiento fugaz. «Peor para ti, Angus, nunca sabrás que esta vez va en serio, un sentimiento completamente nuevo», es lo que pensé. Pero en menos de veinticuatro horas me descubriría confesándoselo todo. Por algo Angus era la única persona sobre la faz de la tierra capaz de calmar mi ridículamente inflamado corazón.

Unas semanas después, la vi de nuevo. Menuda locura. Quince años viviendo en el mismo condado que esa chica mágica sin cruzarnos y de golpe es el aire que respiro.

Quizá se debiera a que por fin estaba preparado para que me ocurriera algo así de bueno. Para confiar en el universo salvaje e impetuoso, como Angus no paraba de recordarme. Segundo había empezado de la mejor manera posible. Dos victorias seguidas sin que anotara el contrario. Jugué todos los minutos y completé cuatro *touchdowns*. Cush Polk era el *quarterback* más fiable que los Generals habían tenido en años y un buen amigo. Por desgracia, la amistad con Maggot hacía agua. El instituto levanta esos muros con alambradas entre los de un lado y los del otro. Yo no me invento las normas, simplemente son así. Mis compañeros de equipo eran mi gente. Hacíamos el burro por el vestuario sin pantalones, tantas veces que acabamos normalizando lo de ir medio desnudos. O almorzar en la cafetería, sintiendo miradas codiciosas sobre nuestras anchas espaldas. Estábamos en la cresta de la ola. Las chicas se arremolinaban en torno a nosotros, sabedoras de que éramos el camino más corto hacia el poder femenino. De nuevo, las reglas eran así, preguntadle a cualquiera. (Excepto a Angus).

No es que me creyera el rey del mambo, todo lo contrario, la verdad. Era el mismo zurullo de siempre, solo que un zurullo capaz de atrapar un pase de treinta yardas. Si me encontraba a Maggot acompañado de su oscura tribu por los pasillos, lo saludaba, pero él se limitaba a poner los ojos en blanco a través de sus cortinillas de pelo, en plan «no te esfuerces». Hasta que dejé de hacerlo. Creía fingir ser alguien que no era y cada día esperaba ser descubierto y enviado de vuelta a la clase de los huérfanos, pero me dejaron quedarme. Y así llegó el día en que comencé a aceptar que quizás aquel sí que fuera yo y que me lo merecía.

¿Me convertía eso en un capullo? Probablemente sí.

De noche, volaba en el Fastmóvil. El entrenador no sabía nada, era muy estricto con la

temporada en marcha. Entrenar no era solo practicar jugadas y acudir al gimnasio. Entrenar era también llevar una vida sana. Dormir lo suficiente. Fast Forward venía a recogerme después de que el entrenador se hubiera acostado.

Aquella noche llegamos al cine al aire libre poco antes de que empezara la segunda película. La primera era siempre algo de Disney, y la segunda, de terror. La idea era dejar que los niños se divirtieran y luego ponerlos a dormir en el asiento de atrás para disfrutar de la película de verdad. Porque ¿en qué otro sitio se lo podían pasar bien todos los miembros de una misma familia? Pero creedme cuando os digo que los niños no se duermen. Mamá y Stoner me acostaban, pero eso no evitó que el tipo con la cabeza de pinchos de *Hellraiser* se grabara de por vida en mi tierno cerebro.

Uno era capaz de ver la pantalla desde cualquier sitio, por lo que todo el mundo iba entrando en los demás coches para socializar un poco. Fast siempre venía bien aprovisionado, igual que en los días de nuestras fiestas farmacológicas. Esa noche, que recordaré hasta el día en que me muera, tocaban chupitos de tequila seguidos de cerveza. Me di un garbeo y me encontré a dos compañeros del equipo, Clay Colwell y Turp Trussell. Clay tenía un hermano pequeño en silla de ruedas y tal variedad de pastis que le salían por las musculadas orejas. Nos cruzamos con un grupito de jugadores suplentes con los que teníamos poca relación, pero que nos ofrecieron su cachimba. Antes de seguir nuestro camino, yo le di unas caladas para parecer guay. El olor a marihuana que impregnaba el aire bastaba para pillar un ligero colocón. Hacía frío para estar en septiembre. Algunos chavales habían encendido una hoguera en la parte trasera del solar, donde uno básicamente podía hacer lo que se le antojara. Más allá empezaban los bosques, donde la gente extendía sábanas en el suelo y llevaba las cosas todavía más lejos. Yo estaba de pie, temblando de frío, aguardando a que la marihuana me hiciera efecto y viendo la película, *Demon Island*. Un gran título para una historia de lo más estúpida. Un grupo de adolescentes ricos coinciden de vacaciones en una isla y acaban esposados por parejas y corriendo de un lado para el otro, por motivos que se nos escapan, con el objetivo de encontrar prendas de ropa interior escondidas por la jungla. Os lo dije.

Y ahí estaba ella, deslizándose como un cisne entre los coches. Os juro que brillaba en la oscuridad.

—¿Dori? —pronunciar su nombre fue como suplicar, «porfavorSeñorporfavor». Se detuvo y se dio la vuelta, ondeando en mi dirección la cortina de pelo plateado que llevaba largo a uno de los lados y que enseguida se retiró. Un hada. Una ninfa. Una cervatilla frente a un zorro. Si me acercaba, quizá saliera huyendo.

—Soy yo, Demon —dije tan bajito que parecía que hubiera un bebé durmiendo cerca—. Nos conocimos en la tienda de tu padre. El día que lo trajiste a la fiesta.

No se movió.

—¿Cómo se encuentra? —añadí.

Se acercó un poco y pude ver su rostro en forma de corazoncito. Las cejas plateadas y la barbilla puntiaguda, la boca sobre la que deseaba abalanzarme. Me llegó un olor a mentolados o quizá solo lo imaginé.

—Nunca va a estar bien. Esta noche lo he dejado solo. No debería haber venido.

—¿No tienes a nadie que pueda echarte una mano?

No me respondió. Su suave arroyo había dejado de fluir. Puede que no tuviera ni idea de quién era yo.

—Qué mal. Yo me crie con mi madre. Tuve que cuidar mucho de ella —le dije.

—¿Cómo está ahora?

Quise mentirle. No lo hice.

—Muerta. Ambos lo están, ella y mi padre.

—Mierda. Y yo que pensaba que los héroes del fútbol americano procedían de los hogares más felices.

—Hasta el huérfano más tirado puede llegar a ser un poderoso General —le dije, y que Dios me perdone por lo que pensé en ese momento: sabe que luzco el número ochenta y ocho a la espalda. Cambió el peso de lado, un pájaro a punto de levantar el vuelo. Casi me desmayo de las ganas que tenía de retenerla.

Al final rompió su silencio.

—¿De veras? ¿Así que estuviste bajo la tutela de la Seguridad Social y todo eso?

Me sentí más colocado de lo que ya estaba, la cabeza me daba vueltas en busca de un sitio en el que aterrizar. Le pregunté cómo lo sabía y me contó que la Seguridad Social tuvo sus dudas acerca de la capacidad de su padre para criar a una niña por su cuenta. Nunca perdió la custodia, pero la situación fue muy delicada. De hecho, conocía a Ojeras. Había olvidado su verdadero nombre, pero ella me lo recordó. Estaba al tanto de cosas que yo guardaba bajo siete llaves. Mis ojos se habían acostumbrado a la penumbra y ya podía verla con claridad: un vestidito blanco, unas sandalias romanas, una bolsa de palomitas. Deseé que la arrojara al suelo y que saliera corriendo conmigo. No en dirección al bosque, sino hacia un lugar mejor.

—Bueno, será mejor que busque a mi gente —me dijo. Si por «gente» se refería a una persona, en plan novio, tenía que conseguir que desapareciera.

—Se estarán preguntando dónde me escondo —añadió, ladeando la cabeza.

—Yo, en cambio, podría ser tu gente —le dije—. Si quieres. En plan la próxima vez o lo que sea.

No solía mostrarme tan lamentable al pedirle a una chica que saliera conmigo. Jamás, de verdad. Esto era épico.

Ella se rio.

—¿De qué tienes tanto miedo?

—De no volver a verte.

—Ah, Demon, por Dios. No tienes ni idea, ¿eh?

Ni idea de qué, le pregunté. Incluso en la oscuridad pude distinguir sus ojos negros escrutándome.

—Tú eres de esos a los que todas las chicas escribirán cuando acabes en prisión. Ay, Señor. Rodarán por el suelo tirándose de los pelos por entrar en la lista de visitas.

Y se marchó. Yo me quedé hecho polvo. Sabe cómo me llamo. Eso es en lo que pensaba. No qué extraño ha sido, qué cosa más chunga ha dicho, que acabaré en prisión. Qué puedo decir. El amor. Un choque de trenes inexcusable.

Durante el rato que siguió, solo estuve de cuerpo presente, demasiado aturdido para pensar. Vi cómo las parejas esposadas de la película tenían un mal día. El monstruo achaparrado le arrancó la cabeza a golpes de pala a uno de los chavales. Otro le plantó cara y acabó sin huevos. No me invento nada. Durante quince minutos había deseado que aquella noche no terminara jamás, ahora estaba listo para echar el cierre. Y entonces… Tommy Waddles entró en escena. Andaba con pasos nerviosos, balanceando una caja endeble, llena de vasos altos. Mi primer

pensamiento: «¿Quién compra bebidas del bar cuando sale mucho más barato traerlas de casa?». Mi segundo pensamiento: «Maldita sea, si es Tommy». ¿Cómo lo reconocí? El pelo. Seguía habiendo demasiado para tan poca cabeza, todo de punta. Le di un grito, me preguntó quién era, se lo dije. Lo que le dije es que conservaba la camiseta para dormir que me había prestado en la granja de Creaky.

Casi se le cae la caja al suelo. Llevábamos casi cinco años sin vernos. El cine al aire libre de Lee County era sin duda un portal hacia otras dimensiones.

Tommy seguía siendo una persona maravillosa. Quiso que se lo contara todo. Le dije que mi vida actual era de esas que un chaval de acogida ni siquiera sabía que existía: buena comida, gente amable que no lo hacía por el dinero. Él ya tenía dieciocho años, por lo que no estaba en el sistema de acogida. No lo habían acabado adoptando, pero no había problema, compartía apartamento con unos amigos. Tenía trabajo y novia. Tommy Waddles, por Dios bendito. Lo acompañé para conocer a sus compañeros de piso, ocho tipos metidos en un único Camaro. En el cine al aire libre se pagaba por vehículo, lo que fomentaba todo tipo de encajes y apilamientos. Habían comprado las bebidas en el bar porque se habían olvidado de los refrescos para preparar las mezclas. Los pillamos debatiendo su plan de comprar viejos caballos a granjeros para venderlos como comida para perros en Canadá. Después de mi primer cubata, me acordé de contarle a Tommy que ahora salía por ahí con Fast Forward. Lo invité a saludarlo, pero me dijo que prefería quedarse a vigilar a sus amigos, que iban cada vez más pedo.

Después de mi segundo cubata, le solté todo el rollo sobre Dori, que me estaba enamorado y demás. El simple hecho de hablar de ella hacía que me entraran ganas de salir corriendo a buscarla y aclarar a qué se refería por «mi gente». Tommy me entendió. Había conocido a su novia por internet. Trabajaba en un periódico, vaciando las papeleras y limpiando la sala del café, pero le permitían hacer uso de un ordenador y así fue como encontró a su chica. Era fantástica y de Pennsylvania. Me pareció que esto último limitaba el potencial sexual del asunto, pero probablemente Tommy fuera más caballeroso que la media y no le importaba tanto ese aspecto de las relaciones.

La película estaba a punto de terminarse, el demonio achaparrado había causado todo el daño posible y yo no quería que me dejaran allí. La Lariat era fácil de detectar gracias a una linterna de *camping* que colgaba de la parte trasera, un toque alegre. Los bichos revoloteaban en torno a la luz. Fast Forward tenía un brazo sobre los hombros de una chica alta y flacucha a la que todos llamaban Túnel de Lavado a sus espaldas. Llevaba puesto un vestido de seda y los huesos de la cadera se le marcaban como muebles cubiertos por una sábana. Fast Forward la ignoraba, debatiendo con Big Bear y otros exjugadores de los Generals acerca de qué equipo practicaba el mejor juego ofensivo, si Riverheads o Surry. Nadie argumentaba con mucha brillantez. Para ser sinceros, los chupitos de tequila eran el único vencedor del debate, pero nadie iba a ceder un milímetro de terreno. Cada uno moriría defendiendo su lado de la colina, fuera el que daba a Riverheads o a Surry. Fast Forward intentó repetidamente pronunciar las palabras «recuperación de la pelota por el equipo pateador» y por primera vez me pregunté si estaría en condiciones de conducir. Yo podía llevarnos sin problemas hasta mi casa, lo difícil sería agenciarse las llaves. A menos que se quedara inconsciente antes.

¿Y quién apareció en ese momento sino Rose Dartell? Ya os lo he dicho, un portal. Salió de la nada oscura y se metió de golpe en nuestro pequeño círculo de luz. Arrastrando las palabras

con mucho sentimiento, Fast Forward iba soltando cosas como «tiempo extra obtenido» o «pase lateral hacia delante», por lo que no advirtió su llegada hasta que golpeó con fuerza la parte trasera con algo duro que llevaba dentro de una bolsa de papel. Sentí en los dientes el ruido metálico.

Fast la miró con los ojos muy abiertos, un escalón más cerca de la sobriedad.

Ella le devolvió la mirada.

—Por poco tengo que conducir hasta Kentucky. BJ's cierra a las once.

Él sacudió la cabeza con rapidez, como si le hubiera dado un escalofrío.

—¿Qué?

—De nada.

—Ah, perdón por mis modales. —Apagó su cigarrillo a un palmo del vestido de seda de Túnel de Lavado, que se apartó—. Te estoy taaan agradecido que voy a tolerar tu fea jeta y dejarte venir en mi coche. Pero que sepas que chicas menos horribles han tenido que esforzarse más para conseguirlo.

El silencio se podía cortar con un cuchillo. Rose se dio la vuelta para encararnos, sus dientes puntiagudos relucían.

—Solo para vuestra información: Sterling Ford es el peor error que cometió la puta muerta de su madre.

Y se perdió en la oscuridad. No daba crédito a lo que acababa de ocurrir. Todos tenemos nuestras reservas de veneno, pero ¿un puñetazo así en los morros, llamar a una chica «horrible» a la cara? Al resto pareció no importarles un pimiento, se sirvieron una segunda ronda de tequila José Cuervo y hurgaron dentro de la bolsa, mientras alguien decía: «Pero ¿no le habías dado uno de cincuenta, tío?». Fast Forward dijo: «Menuda zorra». Yo dije: «Voy a buscar el cambio». Y simplemente sentí el impulso. Fui detrás de ella.

Andaba deprisa en dirección al final del solar, pero su cabello encrespado captaba la luz de alguna manera. Y luego pude ver el resplandor rojo de lo que fuera que acabara de encenderse. Dejó atrás el círculo de personas que rodeaban la hoguera, tan jóvenes que no deberían estar allí, y se adentró en el bosque. Se había encendido un porro. Su olor me permitió rastrearla. No quise asustarla, por lo que grité «¡Ey!».

—Que te jodan. ¿Quién eres?

—Soy yo, Demon —me acerqué.

Me tendió su porro, pero pasé, ya que quería tener la cabeza clara. La situación requería algo de mano izquierda.

—Nadie debería tratar así a una chica. Lo siento.

—No eres tú quien lo ha dicho. —Inhaló y exhaló unas caladas de furia y hastío—. ¿Te ha contado que ahora es dueño de su propia casa? ¿En Cedar Hill?

No le respondí. Tenía un montón de preguntas que hacerle. Su rostro era un garabato de rabia concentrada.

—Bueno, la verdad es que no es dueño de nada. Solo se encarga de alimentar a los caballos y de limpiar la cuadra. Para unos rancheros de Nueva York. Vive en lo que llaman la casa de invitados, y ¿sabes qué? Es una puta cuadra. Su culo no vale más que el de cualquier caballo.

«Entonces ¿por qué siempre vuelves a su lado?», «¿Por qué no dejas de traerle cosas?». Me centré en una pregunta que sí pudiera formularle.

—¿De verdad conoces a su madre?

Sacudió la cabeza, reteniendo el humo. Luego lo expulsó.

—Ocurrió antes de que yo naciera. Mi madre acudió en ayuda de la suya, que murió cuando él era muy pequeño, de modo que lo adoptamos.

Intenté encajar esta información con lo que ya sabía sobre él.

—¿Es tu hermano adoptivo?

—Lo fue hasta que cumplió nueve años. Aunque a día de hoy siguen sintiéndose culpables, mis viejos tuvieron que «desadoptarlo». ¿Te lo puedes creer?

—Dios mío. ¿Qué pasó?

—Lo hicieron por la seguridad del resto de sus hijos. Sterling trató de matarnos varias veces.

—Dios mío, ¿en serio?

—Oh, por supuesto. Hacíamos todo lo que nos pedía. Lo idolatrábamos. Mi hermano pequeño, Ronnie, casi se ahorca. Sterling lo convenció de subirse a una silla y colocarse una soga alrededor del cuello, animándolo a saltar. Le dijo que iba a ser divertido, como subirse a un columpio.

—Dios mío —dije de nuevo, la originalidad no era mi fuerte.

—Fue él quien me hizo esto —dijo, acercando su cara a la mía—. Un martillo de clavos. Me lo arrojó a propósito y me dio en toda la boca. Déjame que te diga algo, los cortes en la cara sangran a saco.

Mi cerebro hervía con locura. La madre de Maggot cortando a Romeo Blevins con un cuchillo. Buena gente, mala gente, ¿qué significaba, para empezar? Cuando nos hallamos en una situación extremadamente difícil, no somos más que carne débil y el arma que tengamos a mano.

—Lo siento, pero eso es entre tú y él. Sigue siendo mi amigo.

—Eres su nuevo juguete, eso es lo que eres. Y él no cuida de sus juguetes.

Se lamió los dedos, apuró lo que le quedaba de porro y se metió la colilla en el bolsillo. No podía distinguir mucho en la oscuridad, pero algo me decía que estaba contenta de haber descargado todo aquello sobre mis hombros. Y que no iba a obtener el cambio que había quedado pendiente.

—Te voy a decir lo que deberías temer —me dijo—. Después de que me desgarrara la cara le conté a mi madre que me había caído al suelo y cortado con la casa de Barbie. Treinta puntos por cortesía de la puñetera casa de ensueño de Barbie. Él te regala esa sonrisa cegadora y se libra de cualquier culpa. Si ahora mismo fueras a preguntárselo, me apostaría dinero a que te diría que eso es lo que ocurrió. Que me di contra la casa de Barbie.

«Y pese a todo sigues aquí, en primera línea». Debía de estar mintiendo. Quizás estuviera celosa. Incluso si había manipulado a su familia de algún modo, tendría su propia versión de los hechos. Fast Forward siempre encontraba la manera de ser más astuto que aquellos empeñados en arruinar la vida de personas como yo. Esto era incontestable. Me había mostrado bondad en lugares donde no existía ni pizca de ella, como la granja de Creaky. Cómo sobrevivir. Para algunos de nosotros nada podía superar aquello.

—¡Eh, ochenta y ocho! —alguien me llamaba desde el bosque. Big Bear. Lo oí caerse, maldecir, volver a levantarse—. Sal de donde quiera que estés.

—¡Estoy aquí! —le dije, prácticamente corriendo a su encuentro. Así de ansioso estaba por alejarme de ella.

No llevé a nadie a casa. Regresé a la Lariat, los chicos me pasaron la botella e intenté ahogar en tequila y cerveza lo que me había dicho Rose. Nadie parecía recordar el cambio que esperaba Fast Forward, y al cabo de un rato yo también me olvidé. No solo eso. No recuerdo abandonar el cine al aire libre ni llegar a casa. Debí de arrastrarme hasta la mitad de las escaleras, pues ahí fue donde me encontró Angus a la mañana siguiente.

Quise morirme. Angus necesitó un rollo entero de papel higiénico para limpiar el pis y el vómito. No pude ayudarla en nada, pues el simple hecho de intentar abrir los ojos suponía una tortura. Me quitó la ropa pringosa, me metió en la cama y fue a buscarme una Coca-Cola. Un remedio infalible, en su opinión, aunque primero debías agitarla hasta quitarle el gas. Regresó y me puso en la mano un vaso bien frío. Sentí cómo se sentaba a los pies de la cama y hasta eso me dolió.

—No he visto al entrenador, por lo que aún no se ha levantado —me dijo.

—Gracias a Dios.

—Sí, a Dios y a todos sus elfos. De lo contrario, te habría dado una buena azotaina.

Romper el toque de queda y beber a lo loco, y aún más si se hacía en público, eran motivos suficientes para chupar banquillo o incluso para ser expulsado del equipo. No se trataba solo de jugar bien, nos repetía el entrenador, éramos Generals y, por tanto, un referente para los niños.

—Soy incapaz de beber esto, lo vomitaré al segundo.

—No, le he quitado el gas. Se quedará dentro. Le he dicho a Mattie Kate que has pillado la gripe, aunque tiene la mosca detrás de la oreja. Su hijo le ha contado que anoche tú y otros chavales os pusisteis a mear en su hoguera en el cine.

¿De verdad? Dios mío.

—No es que esté muy contenta, pero no piensa delatarte. Y U-Haul no sabe nada.

U-Haul se pasaba prácticamente todo el día en casa. Por motivos inexplicables, el entrenador lo había ascendido a ayudante oficial, con un salario y todo. Incluso el propio entrenador parecía infeliz al respecto. Algo líquido me dio vueltas en el interior del estómago. Lancé un gemido y comprobé que mis intestinos no fueran a jugarme una mala pasada.

—¿Qué hora es?

—No lo sé, por la mañana. No hay problema, tienes las espaldas cubiertas. Tú limítate a ponerte en modo gripe.

Si cualquier otra persona me hubiese visto en semejante estado, el pelo pringoso de vómito y el aliento oliendo a vertedero, habría querido morirme.

—Eres genial. Mi ángel de la guarda.

Estuvo callada durante un minuto. Los chirridos de los saltamontes en el exterior sonaban como sierras mecánicas.

—Demon, escúchame. Sé que no estás de humor, pero solo déjame decirte que la estás cagando.

—Recibido. No estoy de humor.

—De acuerdo. Pero algunos de tus ángeles no tienen nada de guardianes. No diré más.

Mi situación calamitosa no era culpa de Fast Forward. Yo era el único al cargo de mí mismo. Si en aquel momento debía lidiar con muchos frentes —la presión de los partidos, jugar bien en mi posición en el campo, arriesgarme a morir si no conseguía a Dori—, nadie más que yo debía apechugar con ellos. A esto se añadía que U-Haul me la tuviera jurada. Mucha tela.

Intenté abrir los ojos una mínima rendija y la claridad me golpeó fuerte. Como si la luz fuera capaz de generar sonido. Vi el ángel borroso de Angus a los pies de la cama con su pijama blanco, y detrás de él, sobre mi escritorio, el barco que me había regalado. Era igual que yo, me había dicho. Con un largo camino por recorrer, pero encerrado en una botella.

Acabé prometiéndole que no tocaría el alcohol durante el resto de la temporada. Una promesa fácil de hacer en las condiciones en las que me encontraba. En lo tocante al tequila, cumplí mi palabra. Hasta el día de hoy.

41

¿Dónde empieza el trayecto hacia la perdición? En detectarlo radica el sentido de poner todo esto por escrito, o eso me han dicho. Entender algunas de las decisiones que tomaste. O que tomaron por ti. Los abusones que cuajaron la leche con miel de tu corazón o los que vinieron antes y cuajaron la de estos mismos abusones. Qué coño, echémosles la culpa a los tipos de las minas o a quien fuera que escribiera el libro de los mandamientos de Lee County: olvidarás todas las cosas que pudiste amar o estudiar, los libros, los números, la vida de un chaval que se hace soportable gracias a sus dibujos. Abandona la fe del paleto para perseguir la única estrella que brilla sobre estos lares: la masculina sed de sangre. El olor a césped machacado y a sudor y a lujuria contenida y a palomitas. Los focos cegadores de las noches de partido.

Con el paso del tiempo he aprendido cosas sorprendentes acerca de las fuerzas que se acumulan en nuestra contra, incluso antes de haber nacido. Pero mi gente siempre ha preferido recurrir a las palabras que hemos ido heredando: cretino. Son cosas que pasan.

Esto es lo que ocurrió. Finales de octubre, bien avanzada la temporada, jugamos en casa contra los Powell Valley y vamos seis puntos arriba. Nos disponemos a hacer un barrido, el tercero o cuarto de la noche. Yo tengo ojos en el cogote para no perder de vista al jugador que cierra la defensa, el número noventa y seis, uno de esos tocacojones que puedes detectar desde el momento en que los dos equipos forman, antes, pues, de enfrentarte cuerpo a cuerpo. Lo veías en su postura, todo su cuerpo un núcleo de resentimiento por todo aquello de lo que lo han privado. No ha disfrutado de nada de lo que tú has tenido en términos de suerte o amor, por lo que ahora piensa cobrárselo machacándote. No me quitó el ojo de encima durante todo el primer cuarto.

En este barrido yo ejecuté un bloqueo para el jugador de retaguardia, con la idea de que me rodeara y pasara entre las líneas centrales, abriéndole así un pasillo. El número noventa y seis, encabritado, me embistió lateralmente, directo a las piernas. Lo primero que sentí es que me faltaba el aire, lo tenía a él y a otros encima, nada fuera de lo común. Las piernas inmovilizadas. Un placaje normal con una dosis extra de saña para que no me olvidara de él. Se toma su tiempo en levantarse, su codo contra mi riñón, cabreándome.

El dolor no te llega al cerebro con la rapidez de otras cosas. Como el enfado y el punto de vergüenza de verte en el suelo cuando el resto de los jugadores ya se ha incorporado. La tercera o cuarta cosa que sé es que mi rodilla se dobla en la dirección equivocada. La veo. La madre que los parió a todos, cómo duele la condenada. El objetivo es conseguir doblar las piernas, pero la rodilla se niega a colaborar. La rodilla ruge. Mis compañeros de equipo gritan, el entrenador le chilla a alguien que no puedo ver, no me gusta nada el modo como me miran. Me duele, de acuerdo, pero en este deporte el dolor no es el enemigo. El fracaso es tu enemigo. Ser demasiado lento, perder de vista una apertura, errar un pase, las cosas que puedes controlar. Hacerlo bien es tu único amigo, cagarla es tu oponente, y la distancia entre lo uno y lo otro es lo único a lo que debes prestar atención. El resto es decorativo. El dolor es el césped bajo los tacos. El dolor es el tiempo. Flexionas las piernas y te incorporas pensando: un día lluvioso. Adelante. No me saques, entrenador, estoy listo para continuar.

Pero aquel día las cosas no fueron así.

El dolor puede aturdirte. Si fuera como el tiempo, podríamos hablar de una tormenta que se llevara por los aires el tejado de tu mente. Las horas y los días que siguieron a aquel placaje son como las cartas barajadas de un mazo. Quizá todas ellas sigan en el interior de mi cerebro, pero no tengo ni puta idea de cómo llegaron hasta allí. Sé que acabamos perdiendo el partido. Me retiraron del campo para que pudiera ocurrir. Recuerdo decirle al entrenador que no había para tanto, que me sacara de nuevo: probablemente esto fuera la mitad de las cartas de ese mazo. Le supliqué mientras me aplicaban dos kilos de hielo. Los ojos rojos de U-Haul clavados en mí, regodeándose en que me haya pasado algo así. Recuerdo que usó una fuerza excesiva al envolverme la pierna en hielo. Sin duda pensaba que hombres asalariados como él no debían estar al cargo de lesiones de mierdecillas como yo.

Recuerdo intentar seguir el partido y no poder concentrarme. El pitido en los oídos. El dolor es un sonido, un tirón. Un fuego. Luego ya estoy en casa, al pie de las escaleras y mirando hacia arriba. El entrenador agarrándome por un lado y Angus por el otro. Aquellas escaleras. Yo tocando fondo, llorando desconsolado. El entrenador a punto también de desmoronarse, diciéndome que no me preocupara, que el doctor Watts vendría por la mañana y me curaría. Angus preparando en silencio el sofá cama de la planta de abajo en el que había dormido Pajarito. La cama del tullido.

No pasé la noche en blanco, pero tampoco es que durmiera exactamente. No dejé de mirar por debajo de las sábanas, sintiendo un charco de sangre que no existía. Hubo un momento en el que encendí la luz para comprobarlo. La pierna estaba negra y deforme, como si le hubieran embutido una pelota de baloncesto. Iba en ropa interior. Alguien debía de haberme cortado los pantalones del uniforme, una carta que no estaba en mi mazo, qué alivio. Si me quedaba dormido surgían las pesadillas. Intentaba librarme de la pierna con una sierra de arco. Me mordía diferentes partes del cuerpo hasta que sangraban. Un sonido extraño me despertaba y necesitaba un minuto para advertir que provenía de mí. El dolor es agua, del tipo que consigue que te ahogues. Te sumerges en ella, sales a la superficie a coger aire, vuelves a sumergirte. Temes morir y luego temes no hacerlo. Este es el punto en el que me encontraba cuando recibí la visita del doctor Watts.

Watts era el médico del equipo. No iba a muchos partidos, pero era amigo del entrenador desde los tiempos en los que jugaban juntos en la Universidad de Texas. Ambos se pusieron a hablar de cosas que no llegaba a captar del todo, que si «ligamento cruzado anterior» por un lado, que si «menisco» por el otro. Tendría que ir al hospital de Norton a hacerme una radiografía para descartar una fractura. Yo pensé: ¿a qué ejército vais a llamar para ayudaros a sacarme de la cama? Probablemente lo dijera en voz alta. Angus merodeaba por la puerta, con los ojos muy abiertos y atenta a lo que decían. El doctor añadió que también necesitaría hacerme una resonancia magnética, lo que implicaba ir a Tennessee, donde el colapso era tal que habría que esperar tres semanas. Me conseguiría cita con un cirujano ortopédico, un especialista de los huesos, pero no antes de dos semanas. La medicación me mantendría bajo control hasta entonces. A estas alturas ya no me importaba nada, dado que la pastilla blanca en forma de submarino que me había dado empezaba a cantar su dulce melodía en mi cabeza. Un alivio maravilloso, cielo, vayamos a desfilar juntos por la calle principal. Tú cógeme de la mano. Su nombre era Lortab. Bendita, bendita dama.

Estuve una semana sin ir al instituto y a los entrenamientos. No pasa nada por perderme un

partido, pensé. No era una situación agradable para nadie, excepto quizá para U-Haul. Lo único que estaba dentro de mis posibilidades era cruzar los diez metros del salón, a la pata coja y con unos calzoncillos tristes y caídos, hasta alcanzar el baño de la planta de abajo. Mattie Kate en las gradas. Aparte de esto, pasarme el día durmiendo en el sofá cama. Cada cuatro horas me despertaba, vaciaba los depósitos en caso de necesidad, enviaba el resultado al infierno y volvía a desfilar por la calle principal gracias a los efectos del Lortab. El doctor pidió que me doblaran la dosis y que pusieran una alarma para garantizar que tan bonita sustancia circulara por mi sangre sin descanso. No recuerdo haber comido, pero seguro que lo hice. Sí recuerdo el despliegue de botellas de Gatorade de lima que utilizaba para tragarme las pastillas.

El entrenador y el doctor Watts lanzaron una campaña de acoso y derribo contra el cirujano ortopédico (o mejor dicho contra su pobre recepcionista) y me consiguieron una cita para el lunes siguiente, temprano, antes de que tan ocupado médico comenzara con sus cirugías. La idea no me hacía mucha gracia. ¿Y si decidía que había que cortarme algo? No estaba de humor. El entrenador me dijo que no me preocupara, que me curaría. Quizá llegara a tiempo al próximo partido.

Los rumores circulaban a toda velocidad por el instituto. El Demon ausente era mucho más interesante que el Demon real. Angus vino a casa y me informó de que mi pierna estaba: (1) rota, (2) no rota, (3) con un esguince, (4) amputada (por encima de la rodilla y por debajo, a vuestro antojo), (5) me habían llevado en un helicóptero medicalizado al hospital neurológico en Nashville, donde me encontraba en coma. Angus no paraba de reírse. Yo miraba el reloj. Se había escrito la lista de rumores en el brazo con un rotulador y la recitaba en voz alta. Aún quedaba una hora para mi próxima cita con Lortab y no había manera humana de que fuera a aguantar tanto.

Angus se quedó callada y estudió mi pierna, cubierta con una sábana. Estábamos en mi dormitorio de la planta de arriba, tras un viaje asistido y a paso de tortuga por las escaleras, con la idea de obtener algo de intimidad y un acceso más fácil al baño. Uno necesita dignidad. Angus se sentaba a un extremo de la cama con las piernas cruzadas, vestida con un mono vaquero y unos calcetines rojos. El pelo recogido en lo alto en esos moñitos que recordaban a los cuernos de un demonio y que casi siempre llevaba.

—Duele, ¿no?

Yo me reí, solté un aullido: auuuuuu. Le conté que creía saber lo que era el dolor, pero que cambiaría mi pierna por cómo me quedaban la cara y las costillas después de las peores palizas de mi padrastro. Y le añadiría dinero. Sus ojos grises pasaron de mi pierna a mi cara.

—Un trueque muy jodido, colega.

—¿Qué quieres decir?

Ella se encogió de hombros. Se corrió un poco y volvió a cruzar sus pies enfundados en unos calcetines rojos, acomodándose en mi cama.

—No tienes por qué cambiar un desastre por otro. ¿Qué me dices de salir ganando? Supera esta mierda y aguarda la llegada de tiempos mejores.

—Caramba, nunca lo había pensado. Te apuesto algo a que la semana que viene el doctor colocará su varita mágica sobre mi rodilla hecha trizas y conseguiré un *touchdown* tras correr setenta yardas y nuestros pedos olerán a rosas. ¿Por qué no te presentas para animadora, doña Rayo de Sol?

Sacudió la cabeza en un gesto rápido y sutil, la vista en la ventana y no en mí. ¿Qué hacemos con Demon? El chaval de trato difícil. La eterna pregunta. Noté la malicia burbujeando en mi interior, como un eructo de vómito agrio. Me forcé a tragármelo.

—Lo siento.

Volvió la vista hacia mí. Dios mío, menudos ojos.

—¿De qué demonios tienes tanto miedo?

Dori me había hecho la misma pregunta. Sin duda tenía algunas fugas que taponar.

—No sabes lo que es ser yo, solo digo eso. Verte marginado, sin familia ni nada.

Sus ojos cambiaron de color, os lo juro. De un gris suave a una tonalidad más oscura. No abrió la boca, pero supe lo que estaba pensando. El entrenador me estaba ofreciendo cosas que me negaba a aceptar. Quizás una familia fuera una de ellas. Eso y la tarjeta plateada llena de dinero que ella utilizaba alegremente. Me incliné para agarrar el pequeño frasco naranja de pastillas del que apenas había apartado la vista durante la última media hora. Desenrosqué el tapón, tragué mis Lortabs y las bajé con un sorbo de Gatorade. Cerré los ojos, respiré hondo. Las pastillas sabían a salvación pura. Abrí los ojos y descubrí la mirada de Angus fija en mí. Podía ser paciente de una manera de lo más inquietante y demoledora.

—No te lo tomes a mal —le dije—. El entrenador es genial y todo eso. Soy el mejor jugador en mi posición que el equipo ha tenido en muchas temporadas. Esta es la razón de que esté ahora aquí.

—¿De verdad crees que es el único motivo?

—Dios mío, Angus. Me puso a prueba apenas llegué. Comprobó mi velocidad y cómo me las apañaba con el balón, yo lo hice bastante bien, o imagino que mejor que bastante bien, y entonces me dijo que podía quedarme. ¿No lo sabías? Fue justo después de Navidad, en su despacho. Trato hecho.

Me quedó claro que no tenía ni idea.

—No hagas como que te sorprende. Él ha de cumplir con su trabajo. Y justo ahora mi velocidad y mi manejo del balón son una mierda. No es una posición muy agradable en la que encontrarse.

Comenzó a tirar con fuerza de un hilo suelto de la sábana. De seguir así la acabaría rompiendo. El tipo de cosas por las que un niño se gana una bofetada en ciertas casas y pasar hambre en otras. Los castigos varían mucho dependiendo del hogar.

—Siempre he pretendido arrimar el hombro. No pido nada. No soy de los que esperan ayuda de los demás —le dije. Probablemente sonara como un viejo. El señor Peg, exminero, paleto de pura cepa. Por qué no iba a ser así.

—Por el amor de Dios, Demon, eres un crío.

—¿De verdad?

Sacudió la cabeza, de nuevo de forma rápida y sutil. Yo no pretendía hacerme el difícil, solo ser claro. No sabía comportarme de otro modo con Angus.

—No va a expulsarte del equipo porque te hayas lesionado jugando para él. Mi padre merece más crédito —me dijo.

Creo que era la primera vez que la oía llamarlo padre. Siempre había sido el entrenador. Le dije que no pensaba que fuera a prescindir de mí, ya que era importante para el equipo. Mi idea era acabar la temporada y consolidarme como jugador de los Generals durante los dos años siguientes. No compartí lo que no podría entender: que sin el fútbol americano volvería a ser

un donnadie, que Demon el perdedor seguía agazapado, que sin los laureles no valía para nada, que no conseguiría a Dori.

Por algún motivo, Angus concluyó que había conseguido animarme. Volvió a la lista de los rumores sobre mi lamentable estado.

—Por el lado positivo, estás ganando puntos para ser el próximo rey del Baile de Bienvenida.

—Gilipolleces. Solo estoy en segundo.

—No mates al mensajero. Usted, señorito, va camino de la coronación.

—No va a pasar. Además, no quiero que me voten por pena. Si gano, debe atribuirse a mi físico escultural y mi personalidad superficial.

Asintió con expresión pensativa.

—Llevas razón. Pero mejor aceptar lo que te venga. No es un voto movido por la pena si te has lesionado en acto de servicio. La Cruz Púrpura.

—¡El Corazón Púrpura! Tonta del culo.

—¡Boba! —dijo, dándose un golpe en la pechera del mono.

Sus payasadas conseguían alejar mis preocupaciones, pero esta vez fueron las Lortabs. Flotaba hacia el reino de la felicidad. Primero debía ir a mear. Mojar la cama era un riesgo omnipresente en aquellas circunstancias. Ansías esa breve ventana durante la cual el dolor se atempera hasta hacerse soportable pero no estás demasiado colocado como para no poder levantar el culo de la cama. Angus vio cómo maniobraba entre grandes resoplidos hasta conseguir ponerme de pie.

—Madre mía, Demon, va siendo hora de que renueves tu surtido de calzoncillos.

No andaba equivocada. Los viejos gayumbos de algodón jamás recuperarían la blancura ni la elasticidad.

A June debía de haberle llegado la noticia a través de los corrillos del instituto en los que estaba Emmy, por lo que no sé qué lesión se imaginaba que tenía. Me desperté y ahí estaba, con la vista fija en mi frasco de pastillas. Directamente del trabajo, en su bata blanca con la placa de plástico que la identificaba. Bajo la bata, un suéter negro y pantalones. El modo tan sexi en que se inclinaba con la espalda recta, como si tuviera un gozne alojado en su estrecha cintura, me hizo pensar en Dori. De no haber sido por el dolor, me habría puesto palote.

—¡Ey! —le dije, con voz ronca y grogui. Quizás había doblado la dosis de Lortabs. Hacer lo mismo día sí, día también, puede conseguir que olvides si algo ocurrió ayer o hace una hora.

—¿Cuánto llevas tomándote estas pastillas?

Tuve que pensarlo un poco.

—¿A qué día estamos? —le pregunté.

Ella resopló y se dio la vuelta. El entrenador estaba en la puerta con su gorra roja y el silbato alrededor del cuello; daba la impresión de que en cualquier momento pondría a June a hacer flexiones.

—¿Quién se las ha recetado?

—El chaval está en buenas manos. Watts lleva ejerciendo la medicina desde que tú eras una animadora con tu faldita y tus calcetines tobilleros.

June se volvió en mi dirección.

—Demon, ¿te gustaría que le echara un vistazo a esa pierna?

Le dije que de acuerdo y se sentó en la cama. Me llegaba su olor a jabón, el mismo dulzor

afrutado que desprendía Emmy, y una vez más pensé en Dori, deseando saber a qué olía.

—¿Cuánto vas a cobrarme? —le pregunté, advirtiendo vagamente el modo como arrastraba las palabras.

Me guiñó un ojo.

—Los amigos de la familia gozan de un descuento. Cuando te recuperes puedes pasarte por casa a limpiarme los canalones.

Las casas boca arriba no tienen canalones. Tuve que abrirme camino por mi cerebro algodonoso para pillar la broma. Retiró la sábana y emitió un silbido bajo y largo, como si llamara a un perro. Se suponía que a estas alturas debería tener un perro. ¿Qué había sido de Rufus? ¿Qué significaba que una doctora silbara tras ver tu lesión? Malo. Tocó y presionó diferentes partes de la pierna, tomándome el pulso en el tobillo. Si alguna vez había imaginado a June recorriéndome el cuerpo, que no digo que pasara, esto no tenía nada que ver. Estaba en modo hiperprofesional. Agradecí que Angus me hubiera convencido de ponerme unos pantalones cortos de deporte presentables.

Me volvió a cubrir con la sábana, colocó las manos sobre su regazo y me miró. Se mordió el labio. Deseé estar dormido, esperando despertar de aquel puto giro de los acontecimientos.

—He visto el informe de radiología —me dijo—, y no me ha gustado. Me consta que tienes pendiente una resonancia magnética, pero no pienso que te esperen buenas noticias. Lo siento, lamento mucho lo que te ha pasado. Pero lo único que te va a ayudar con esta lesión es un buen diagnóstico y un tratamiento apropiado. Los buenos deseos no te van a llevar a ninguna parte. Confía en mí, he visto a muchos pacientes dejándose arrastrar por ellos.

—No hay fractura —intervino el entrenador.

June se dio la vuelta para encararlo.

—No me convence la radiografía. Podría tener un problema con la placa de crecimiento que no se ha detectado. El ángulo no era correcto, no había mediolateral lateral. Si el doctor Watts o quien sea que vele por Demon no ha solicitado un seguimiento, puedo hacerlo yo de inmediato.

El entrenador guardó silencio, enroscando y desenroscando el cordel con el dedo. June se volvió hacia mí.

—¿Qué quieres tú?

Dejar de retorcerme de dolor. Me encogí de hombros.

—¿Recuperarme para poder jugar el próximo viernes?

—Ay, cielo —me dijo. Colocó una mano encima de la mía y algo se agolpó en mi pecho, obligándome a contener la respiración para que no lo desgarrara. June sacudió la cabeza. Me concentré en su sedoso pelo de visón y visualicé las palabras contenidas en un bocadillo por encima de su cabeza. «Adiós al resto de la temporada».

El entrenador dejó en paz el cordel. Él dijo algo. Ella dijo algo. Él aparcó la amabilidad y le recordó a quién pertenecía aquella casa. Ella agarró el frasco de pastillas y lo agitó delante de él. «Jugáis con fuego», le dijo. Etcétera. Yo era el crío que desea que sus padres dejen de pelearse. En un momento dado, regresó a mi lado y, acercando el rostro, me preguntó si sabía lo que estaba tomando. Me dijo que era hidrocodona y algo más. Entonces no es oxicodona, le dije, y me respondió que no era mucho mejor. Me costaba un mundo encontrar las palabras y quizá se me había pegado el virus de la gilipollez del entrenador porque le pregunté dónde había ido a parar eso de que «el dolor es una señal de vitalidad» que sostenía Kent.

—Kent Holt es un maldito asesino a sueldo de su empresa —me susurró.

Aquel comentario me dejó paralizado. Abandonaron la habitación, pero podía oírlos en el pasillo. El entrenador vociferando como en los partidos y ella utilizando también un tono bien alto para decirle que, si antes se cruzaba con dos o tres pacientes al año enganchados a los narcóticos, ahora los veía a diario. Luego tiró la toalla y volvió a mi lado. Me dijo que el dolor era la forma que tenía el cuerpo de cuidarnos, de advertirnos cuándo era momento de parar. Me dijo que pensara en mi futuro. No se enteraba de nada. Mi futuro era el fútbol americano. Jugar con dolor es parte del deporte.

Se marchó, me dormí. Me desperté confundido y sentí rabia. No era ningún crío disfrutando de una fiesta farmacológica. Hacía lo correcto, obedecía las órdenes del médico. Ser un General era algo serio. El entrenador lo sabía. Ella no.

Cuando llegó el momento de visitar al cirujano ortopédico, la rodilla del tamaño de una pelota de béisbol había bajado a una de *softball*. El moratón se había pasado la semana cruzando el arco iris: negro-verde-amarillo-marrón. El entrenador me consiguió unas muletas y pude desplazarme un poco. Moverme me sentó muy bien. Aunque seguía viendo las estrellas.

El cirujano ortopédico resultó ser un hombre de mandíbula prominente y manos esqueléticas que no tenía tiempo que perder. Me examinó en la sala de espera del hospital, de camino a su jornada dedicada a cortar a la gente. Sentado en aquellas sillas de plástico, solo podía pensar en la noche de la sobredosis de mi madre y de mi entrada en el remolino de mierda del sistema de acogida. Desde entonces no había dejado de dar vueltas en su interior. Deseé tener cinco años y poder agarrar la mano del entrenador mientras me bajaba los pantalones de chándal para que el doctor Huesos me tocara la pierna. Coincidió con June en que no podíamos fiarnos de la primera radiografía. Sin necesidad de la resonancia magnética le resultaba evidente que habría que operar. Que si el menisco por un lado, que si el ligamento cruzado anterior por el otro, la pierna requería estabilizarse, el médico de cabecera se encargaría de enyesarme y del proceso de rehabilitación. Me recetó más Lortabs y me dijo que volviera a verlo con los resultados de la resonancia magnética. Pensé que el entrenador le preguntaría cuándo podría volver a jugar, pero no lo hizo.

De regreso en el coche le dije al entrenador que no quería que esas manos esqueléticas me cortasen nada. Me miró con detenimiento, sus dientes cuadrados tras los labios, sus manos pecosas al volante. Rara vez le había expresado mis deseos de forma tan directa. Cualquier chaval de acogida entendería mis motivos.

—Entendido, hijo —me dijo. A continuación, llamó al doctor Watts desde el teléfono del coche y paramos a comprar los medicamentos. El entrenador iba a entrar en la farmacia, pero le dije que yo me encargaba. Quería demostrar algo. Salí y crucé el aparcamiento con las muletas, lleno de un orgullo estúpido. «Yo puedo», pensaba, mientras cruzaba las puertas sibilantes. Me dijeron que tardarían quince minutos. Hojeé revistas y miré cajas de condones y encontré un sitio en el que sentarme, sobre una caja de comprimidos vitamínicos.

Al fin gritaron mi nombre. Pagué con la tarjeta de crédito del entrenador. La bolsa blanca de papel llevaba algo grapado en el exterior donde ponía claramente Oxicodona. Aquello me inquietó. En el camino de vuelta seguía esforzándome, repitiéndome «Tú puedes», pero acabé tropezando y dándome de bruces contra un sintecho.

—¡Ey! ¿Estás ciego? —me dijo de un modo tan lastimero que me deshice en disculpas:

perdón, ando despistado, culpa mía, lo siento.

El entrenador seguía la escena desde el coche. Volví a mirar al hombre y casi devuelvo el desayuno. Lo que seguramente me había dicho era «Soy ciego». No tenía ojos, solo dos cavidades en su rostro arrugado. Un enorme perro lazarillo sujeto por un arnés. No era un sintecho, sino una persona que se dirigía a la farmacia a conseguir el medicamento que le hiciera tolerable la vida dentro de una jodida e irreversible oscuridad.

Me senté en el coche, agitado. Esas cavidades. «Ciego, ciego, ciego».

42

Aquello era hacer un uso legítimo de las drogas, no recreativo. Me lo creí a pies juntillas y le hice un juramento al entrenador. Si él me dejaba jugar, yo cumpliría a rajatabla con las órdenes del médico.

Y cumplió su parte del trato. Al cabo de cuatro semanas, aún hecho un desastre y tonto perdido, volví. Obviamente no un partido entero como antes. La idea era reservarme para momentos clave, para un barrido o una jugada de pase largo que necesitáramos desesperadamente. El viernes de mi regreso no hizo falta nada de esto. Cuando nos enfrentábamos a Northwood, el entrenador apostaba por el equipo suplente, era imposible perder contra esos inútiles ni jugando de espaldas. Permanecí en el banquillo hasta el último cuarto, a falta de cuatro minutos ganábamos de veintiocho puntos. El entrenador me hizo una seña con el dedo y me mandó dentro, cojeando y con la única intención de animar a la grada. Los vítores y los zapateos son ensordecedores, el estadio se viene abajo. «¡De-mon! ¡Copperhead!». De chaval de acogida a superestrella, más en la cima que nunca. Angus no se equivocaba. Mientras me pasaba el día durmiendo, fui coronado rey de Lee County.

El viernes siguiente no iba a ser otro camino de rosas. Jugábamos a domicilio contra los Riverheads. Me preparé a fondo en el gimnasio. Todo bien en cuanto al tren superior, pero las sentadillas con pesas eran otra historia. De todas maneras, no iba a abandonar a mi equipo. Ni al instituto, por Dios. Cuando entré en el comedor el día de mi regreso, todo el mundo se dio la vuelta para mirarme, las bandejas repiquetearon y recibí una ovación. Hasta las cocineras con sus redecillas me aplaudieron. Sobre todo pensaba: «No me conocen. Soy el niño de los vales de comida». Pero una pequeña parte de mí pensaba: «Me he matado para conseguir esto».

Así que me tomé los medicamentos. Y jugué como alguien bajo los efectos de los narcóticos: lento. El entrenador no dijo nada, pero lo vio claramente, concentrando el juego en compañeros más rápidos y con dedos menos resbaladizos. Sinceramente, aquello me dolió más que la pierna. Intenté reducir la dosis, menos mantequilla en el pan, dejar cinco o seis horas entre Lortabs y Percocets, un día y medio entre oxicodonas. Se suponía que debía alternar entre unos y otros, a veces doblar las dosis, o al menos eso estipulaban las instrucciones redactadas a mano. El doctor me tenía muy medicado durante los entrenamientos, aflojando las noches de partido para luego devolverme las canicas para que me divirtiera un rato. Daba por hecho que jugaría con dolor. Y lo hice, Dios mío. Esforzándome tanto como para acabar con los últimos residuos que hacían a la rodilla merecedora de seguir considerándose tal. A esas alturas, el dolor ni siquiera era lo más relevante, me sentía anestesiado de alguna manera, lo suficiente como para intentar reducir la medicación. Pero si alargaba mucho las tomas, sobre todo entre oxicodonas, me sentía objeto de un placaje antes incluso de ponerme el uniforme. Dolor de huesos, dolor de estómago, vómitos en los vestuarios. Y cosas peores, delicadas de compartir. Me cagaba encima. Llegaba con fuerza y rapidez, me sobrevenían escalofríos y temblores y de golpe todo mi interior se transformaba en líquido. Lo que era extraño, ya que la oxicodona era famosa por estreñirte como una cabrona. Menos cuando comienzas a restringirla. Hasta entonces solo había sufrido episodios en casa, antes de salir hacia el entrenamiento. Pero el miedo me atenazaba. Se acercaban los festejos del Baile de

Bienvenida. No solo el partido en sí, que es un gran batiburrillo de barro, hierba, manchas, pis, tipos meando en vasos o toallas o detrás del banquillo, lo lamento si no estabas al corriente. Me preocupaba más lo que ocurría en el entretiempo. El desfile alrededor del campo con una chica del brazo, delante de toda la congregación de los viernes por la noche. En nuestro estadio, por descontado. Uniformes blancos.

Volví a la ingesta habitual de oxicodona.

Lo del Baile de Bienvenida era una ridiculez de la cabeza a los pies. Sí, iban a coronarme. De modo que había una enorme presión en lo concerniente a pedirle a una chica que fuera tu acompañante: la reina era insoslayable. Las chicas se postulaban con descaro. Que me dejaran comida, galletas, de acuerdo. Pero luego estaban las fotos. Mohines, pezones duros, pulgares remetidos en vaqueros desabrochados. Yo en lo único que podía pensar era: «¿Quién ha hecho estas fotos?». Aquello suponía tener la mitad del trabajo hecho, la mera posibilidad de acudir al baile con chicas así. Quizá fuera un idiota, pero me gustaba la idea de arrancar con la escena de acción desde lo más alto, no ser de los que se limitan a saltar del vehículo segundos antes de que explote.

Mi taquilla era de fácil acceso. Angus, Maggot, diversos compañeros de equipo y contactos para conseguir hierba conocían la combinación por un tema práctico. De modo que si aquellos corazones inflamados actuaban desde el anonimato, lo que no era frecuente, solo tenía que preguntar por ahí. Lamento decir que no lo hice. Todo el asunto me la traía floja. Quien sí le daba importancia era Turp Trussell. Su taquilla era contigua a la mía y acababa con muchos de mis aperitivos, pues no me parecía bien comerme las galletas de una chica a la que no pensaba invitar. No me gusta deberle nada a nadie. Turp era de la opinión que, por la misma regla de tres, debía entregarle también las fotos. Hasta ahí podíamos llegar.

Un día Turp me estaba esperando junto a mi taquilla como un enorme globo rojo a punto de estallar. El chaval había sido bendecido con ese tipo de piel granulosa y del color de la carne cocida que imposibilita pasar desapercibido. Estaba alteradísimo, el colmo de la impaciencia, repitiéndome «¡Ábrelo, tío!». Como si fuera el día de mi puto cumpleaños. Era evidente que había visto a alguien meter algo. Me entraron ganas de decirle que se limitara a coger lo que fuera, que podía comérselo. Pero me pudo la curiosidad. Introduje la combinación, la abrí y no vi ningún paquete de galletas. Ningún sobre con letra de chica. Solo un trozo de algo negro, arrojado con prisas y enganchado a una libreta en espiral. Me tomó un momento desenredarlo y casi me da un soponcio. Ropa interior. Un tanga. Era la primera vez que veía uno desligado de una persona. No tenía nada de especial, encaje en la parte frontal, un vacío en la posterior. A todo esto, Turp está ejecutando algo a medio camino entre un bailecito tras anotar un *touchdown* y un ataque de asma, como si fuera la primera vez que veía unas bragas, aunque estaba claro que no era así. No dejaba de preguntarme si todavía llevaba la etiqueta.

—¿Qué?

A estas alturas, nos rodeaba un grupo de gente, Demon reducido a un idiota integral. Lo que Turp quería saber era si estaba limpio o usado. ¿Cómo cojones iba a saberlo? No tenía ni idea. Me lo agarró de un tirón con un gesto displicente.

—Colega..., ¡huele! —dijo, colocándomelo bajo las narices, y al fin lo entendí. Un fuerte olor a coño en toda la cara. Después de esta escenita me tocaba clase de Ciudadanía... Al fondo de mi taquilla, una firma con pintalabios: Vicki Strout. A partir de entonces conocida como Rasca

y Huele.

Me sentí mal por Vicki. Había apostado fuerte. Quizá todavía hoy los asquerosos amigos de sus hijos sigan llamándola Rasca y Huele por mi culpa. Si aquellas chicas me hubieran echado el lazo antes, habría acudido con la lengua fuera. Ahora, en cambio, aspiraba únicamente a lo mejorcito. De asistir al Baile de Bienvenida, mi reina solo tenía un nombre. Y no era el de Vicki Strout.

Ni siquiera reunía agallas para pedírselo. Me conocía la canción. Mientras no hayas preguntado, en tu cabeza puede resonar un día más algún tipo de respuesta que no sea «Date el piro, capullo». De modo que probablemente al final ocurrió lo que tenía que ocurrir. Fue Dori la que vino a mi encuentro.

Era un lunes. Yo llevaba tiempo pasando la mayor parte del día tranquilo en casa, algo que quizás ella supiera por alguien. Estaba en la cama, repasando jugadas en mi cabeza en un estado de duermevela, o soñando con un *lap dance* de Dori. No es que solo me inspirara pensamientos sexuales, uno no se acuesta con una ninfa o duendecilla. O en caso de que sí, jamás he leído ese cómic. Sea como fuere, me quedé de piedra al darme la vuelta y descubrirla mirándome desde la puerta. Ay, ay, ay, estaba de pie con sus sandalias con lazos, como si mis ondas cerebrales la hubieran convocado.

—Ey —me dijo. Su voz profunda, como agua fluyendo.

Me incorporé demasiado rápido y moví las sábanas para que me cubrieran de forma apropiada. Mierda.

—Ey, ¿de dónde me conoces? Quiero decir, ¿dónde vivo?

«Mierdamierdamierda».

—¿A cuántas mansiones del entrenador Winfield crees que he entrado antes de probar con esta?

—Perdona. Mal momento para estar dormido. Me dan una medicación que me deja atontado.

Rodeó la cama y se acercó a la mesilla de noche, allí tenía un batiburrillo de cosas. Cogió los frascos de pastillas uno a uno y comprobó las indicaciones. Luego se sentó frente a mí en la cama, con un pie y una rodilla recogidos y el otro pie colgando. No llevaba ropa de invierno, por lo que fuera debía de hacer calor. Unos anillitos plateados adornaban dos de sus dedos.

—¿Y bien? Hazme una valoración de los daños.

—La mayor parte de mí sigue operativa. Imagino que el resto se irá sumando.

Me sonrió. Dios mío, aquel rostro, como dos bolas de helado de vainilla, mejillas redondeadas y piel cremosa. Una naricilla de elfa. Ojos relucientes, como si su núcleo negro hubiese devorado al resto. Llevaba un vestido rosa de un tejido suave, una segunda piel con un cuello bajo y redondo que me sonreía por encima de la doble copa de sus pechos. Temí echarme a llorar si no podía tocarla.

—Te he traído algo —dijo, deslizando por el hombro una de las tiras del bolso.

—No tenías por qué.

—Claro que sí. Ni te lo imaginas. Era una situación de vida o muerte.

Sentía la boca y el cerebro rellenos de algodón, mientras hacía una lista de todas las cosas que lamentaba. Había sido descuidado con las duchas. Una de muchas. Sus ojos oscuros desprendían un brillo interrogativo.

—¿Qué? ¿Se supone que debo adivinarlo?

—Jamás lo conseguirás.

—Pero si lo consigo, tienes que dejarme que te pida que salgas conmigo.

Su sonrisa, por el amor de Dios. Un hoyuelo mínimo en cada mejilla y el labio inferior sobresaliendo ligeramente de los dientes, componiendo la sonrisa más jugosa posible. Una invitación a perderte en ella.

Rebusqué entre mi desordenada taquilla mental. Ropa interior, imposible.

—¿Es algo que necesito?

—Definitivamente no. —Parecía divertirse. El pie colgante subía y bajaba.

—De acuerdo, entonces no es licor de malta ni mis deberes de Geometría hechos.

Sacudió la cabeza con expresión solemne.

—¿Me estoy acercando?

—Mucho.

—Un tarro de huevos encurtidos. No, espera. Un muñeco Furby.

Su risa burbujeó. Igual que una guantera de la que brotaran dulces al abrirse. Solté algunas tonterías más con la intención de ver qué ocurría. Al final me dio una pista.

—Es la única cosa que sé que te encantará. Tú mismo me lo dijiste.

Ni idea. Apenas había hablado con ella antes de ese momento, por lo menos en la vida real.

—La primera vez que nos vimos, en la tienda de suministros —me provocó—. Unos pequeñines que son una monería…

—Ah, mierda. No es posible que te acuerdes de eso. ¿Polluelos?

Metió la mano en su bolso y extrajo una caja rosa de Tampax. Al segundo de abrirla, el pequeñín empezó a piar. Lo cogí y me sorprendió la fuerza de sus garras diminutas al clavárseme. Tenía plumas de verdad, no como las bolitas peludas de un día que había tenido en la tienda, tanto vivas como muertas. Procuré calmarlo, acariciando su cabecita de nuez. Dori nos observó con su sonrisa jugosa. El pie todavía balanceándose. Siempre había una parte de ella en movimiento.

—¿Dónde lo has conseguido?

—¿Tú qué crees?

—¿En la tienda de tu padre? ¿En noviembre? No tiene sentido.

—¿Verdad? Alguien hizo un pedido especial y no pasó a recogerlo. Donnamarie estaba hasta la coronilla de esa docena de polluelos, llamándonos a casa a diario, de modo que tuve que ir a buscarlos.

Notaba el latido de su corazón a través de las plumas.

—¿No echará de menos a sus amigos?

—Ya, ahí quería llegar. ¿Recuerdas que te he dicho que era una cuestión de vida o muerte? Este es el único que queda vivo. Una historia muy triste.

—¿El resto ha muerto? ¿Cómo?

—A ver, tengo un perro, Jip, el pequeñín más dulce que te hayas echado a la cara.

—Tan dulce que se va cargando pollitos.

—Ni siquiera sé cómo ocurrió. Yo estaba fuera con ellos, dejándoles correr de aquí para allí, cuando de golpe mi padre suelta a Jip por la puerta de atrás y lo siguiente que sé es que los está aspirando del césped.

Dejó caer la sonrisa, una expresión de tristeza absoluta. Deseaba más besarla que seguir con vida.

—Te llamaré Superviviente —le dije a mi amiguito, dándole un ligerísimo golpe en el pecho con el puño—. Tú y yo.

¿Cruzaba por mi cabeza la norma de no permitir mascotas? ¿La ridiculez misma de tener un pollito en la casa? ¿Algo de todo esto? Sostenía el pollito en la palma de la mano.

Se me fue la pinza y me gasté demasiado dinero. Le compré flores, no de Walmart, sino de la floristería de verdad de Bristol, donde tenían una variedad del color exacto de su cabello. Una orquídea. Un traje nuevo, no de la cadena Goodwill. Desfilaríamos en uniforme durante el descanso, pero luego vendrían el baile y toda la movida pospartido. Me mataba no poder pasar a recogerla en coche, pero mi única opción era ir en el Mustang de U-Haul con él supervisando toda la operación. Antes me habría montado en un cortacésped. Intenté convencer a Angus de que me dejara conducir su Jeep con mi permiso temporal, solo por esta vez y sin compañía. ¿Qué policía de Lee County iba a multar a un General una noche de partido? Ni de coña. Angus seguía tomándome el pelo con lo de que Dori no era más que el sabor del mes. Yo me limitaba a responderle «Espera y verás». Dori era la definitiva.

A Angus le gustaba decir que el pollo era «mi hijo ilegítimo» con Dori. Como tantos bastardos, acabó dentro de una caja de cartón en una habitación rinconera. Dori le trajo pienso y un bebedero de la tienda. Aquella semana pasó a verme a diario, se sentía bastante sola de cuidar de su padre sin ninguna ayuda, quien resultó tener más problemas de salud que los del corazón. Visitar a los médicos se había convertido en una batalla perdida. No fue hasta después del ataque al corazón cuando descubrieron que padecía un cáncer que a aquellas alturas ya le había devorado buena parte de los pulmones y los huesos. Un día cerró la puerta de mi dormitorio y me pidió si podía tumbarse a llorar mientras yo la abrazaba. Adoraba a aquella chica con cada fibra de mi ser.

Fue ella quien me llevó de compras para nuestra cita del Baile de Bienvenida y me convenció de comprarme mi primera americana. Le dije que no era un hombre rico, pero ella se rio y me respondió que en mi dormitorio había por lo menos trescientos dólares en pastillas. La de Lortab se cotizaba a diez pavos, y la de oxicodona, a ochenta. No pensaba desprenderme de ellas, pero igualmente me compré la americana. Consiguió que una vecina cuidara de su padre el viernes por la noche. Yo contaba los minutos.

Al final el viaje en coche no supuso el menor problema. El entrenador nos hizo saltar al campo dos horas antes del partido para hacer unos ejercicios de última hora. Yo tenía tanta presión sobre los hombros, empezando por evitar que la diarrea me atacara en público, que me tomé todas las pastillas posibles. Me mantuve en un lateral del campo, observando a otros ejecutar mis movimientos. Estaba ahí y no estaba ahí, los vítores de la multitud y las luces del estadio se disolvían en un único chirrido de grillos que resonaba dentro de mis oídos. Sentía los latidos del corazón en la parte trasera de rodillas y dientes. Un patético ejemplo de autocompasión. Solo una cosa podía salvarme.

Se presentó con aspecto de sueño húmedo. Una cascada de pelo lila cayendo por un lateral del rostro, el reluciente vestido azul descendiendo también como agua por su cuerpo perfecto. Deseé bebérmelo. Antes del inicio del partido, nos vimos en el aparcamiento con la excusa de entregarle la flor. Yo solo quería verla. No las tenía todas conmigo de que se presentara. Saqué la cajita en la que venía la flor del coche de U-Haul y se la puse en la mano. Su expresión fue la de una niña la mañana del día de Navidad. Se la acercó al cabello. Combinaban a la perfección.

Era la primera vez que veía una orquídea, por no hablar de tener una. Me mató tener que dejarla. Le dije que buscara a alguien del comité organizador para que le indicara dónde debía esperarme para el desfile del descanso. Yo ya la había liado bastante al conseguirme una cita que no era una de las estudiantes, descartando con rotundidad a las animadoras y a las chicas que me dejaban galletas en la taquilla. Pero Dori nunca debía enterarse, me encargaría de ello. Me sentía cincuenta años mayor que aquellos chavales del instituto.

—Nos vemos en el campo —me dijo con esa sonrisa de labios entreabiertos—. Mi señor. — Se inclinó hacia delante y me dio un beso por sorpresa, provocándome una erección. Os podéis imaginar cómo sienta eso con toda la protección que uno lleva en sus partes. Igual que un motor de ocho cilindros aprisionado bajo la capota de un utilitario. No podía dejar de pensar en lo que me esperaba más tarde.

En el descanso pude hacerme una idea. Cumplimos con todo el paripé, el paseíto de bienvenida, la banda tocando, nuestros nombres anunciados por megafonía, los saludos. Los jugadores titulares acompañados de sus citas, animadoras con lacitos rojos en el pelo y minifaldas. Yo, el rey, con mi reina de las sirenas, todo lo orgulloso que uno puede sentirse luciendo unas hombreras enormes y una corona de plástico comprada en una tienda de disfraces. Homenajearon a los veteranos que se graduaban, mientras el resto sonreíamos como si nos apretaran las zapatillas deportivas. Todos menos Dori, sexi a rabiar y refrescante como una limonada. En medio de todo aquello, me susurró al oído que me tenía reservada una sorpresa para después. Algo que se había estado guardando porque solo podía entregarse una única vez. Dios mío.

De la segunda parte del partido mejor no hablar. Es un palo perder el partido del Baile de Bienvenida, pero aún más que sea por tu culpa. No es que nadie me echara la culpa, el sentir general en los vestuarios fue de «a la mierda, la próxima vez machacaremos a esos cabrones». Sin embargo, yo sabía que mi baile quedaría reducido a una fiesta de consolación detrás del gimnasio. Por descontado, a Dori solo le interesaba bailar y la fiesta de disfraces, ansiosa como estaba por volver a ver a gente con la que llevaba muchísimo tiempo sin hablar, mientras mis necesidades se escoraban más hacia el vodka con limón. Yo quería estar fuera con el equipo, en un lugar donde pudiera tenerla bien cerca, un brazo rodeando su hombro y cruzándole el pecho como un cinturón de seguridad. Quería que todos los chavales me miraran: «Tío, un partido de pena y ¿pese a ello te agencias uno de los ángeles del Señor?». Sí, lo conseguí.

De modo que íbamos entrando y saliendo. Al olor habitual que desprendía el gimnasio, a sobaco y desinfectante, se sumaba una ligera capa de perfume de chica. La mezcla me recordaba al emparrado con flores de papel que teníamos en la tienda para que la gente se hiciera fotos. Profesores amargados cumplían condena en torno a la mesa de los refrescos. Los altavoces nos reventaban los tímpanos con una combinación de «Thong Song», Destiny's Child y Mariah Carey. De tanto en tanto, la pista se llenaba para un bailecito *country*. Dori se esforzó por presentarme a sus mejores amigos, pero era imposible entenderse con semejante estruendo. Era evidente que había sido una chica muy popular y que le habría encantado quedarse en el instituto de haber podido. Me libré de bailar gracias a la rodilla, pero lo cierto era que no tenía la menor idea. Hasta entonces mi madre había sido mi principal pareja de baile, y solo conocía los pasos más ridículos: el del robot, el del gusano, la «Macarena». Dori, por el contrario, empezaba a botar como una pelotita con los primeros acordes de cada tema: «¡Guau, esta!». Saltaba sin descanso, una sonrisa y un vestido relucientes, bailando con el resto

de la pista, no con alguien en particular. Menos en una ocasión en que un tema cañero languideció para dar paso a uno lento, «Beautiful Mess», y el capullo de Keg Barnes la convenció de bailar bien agarrados. Antes de que pudiera tumbarlo de un puñetazo, la canción acabó y todo el mundo empezó a menearse al ritmo de «It's Gonna Be Me».

Nos quedamos cuanto pude aguantar y luego nos marchamos en el Impala SS de su padre. Los asientos de aquel coche eran como sillones, tanto los delanteros como los traseros. Me dijo que tenía pensado un sitio en el que podíamos aparcar, pero que antes debía pasar por casa para comprobar que su padre estuviera bien. No le vi el sentido, ya que tenía a una vecina cuidando de él, pero no quise discutir. La casa estaba lejísimos, en dirección a Blackwell. La América profunda. Hablaba a toda pastilla y me dijo que si su padre estaba despierto me lo volvería a presentar porque aquella primera vez en la tienda no contaba, él no me había prestado atención al no saber que más adelante pensaba pedirle a su hija salir juntos. Me pregunté si estaría nerviosa, pero no lo parecía, solo deslumbrante, como tenía por costumbre. Habladora. Yo le prestaba atención.

Al final ni siquiera me acerqué a papaíto. Solo abrir la puerta del coche salió zumbando desde el porche algo que parecía una fregona con dientes termodirigida y con la intención de abalanzarse encima de mí. Dori se limitó a reírse, «Jip, diablillo, estás horrible», levantándolo, besando su asquerosa cara llena de dientes y diciéndome que Jip era un pequeñín adorable y viejecito. Increíble. La esperé en el coche.

El resto está brumoso. Lo odio. Debido a las pastillas, el alcohol, lo idiota que era, todo en general, aquella noche increíble es una casa cerrada a la que solo puedo mirar desde el exterior, por las ventanas. Recuerdo mis brazos rodeándola, agarrando el volante mientras ella controlaba los pedales. Conductores siameses. Riéndonos con la tontería. Y recuerdo dónde aparcamos, un lugar cualquiera, una carretera de grava sobre una loma que terminaba frente a una verja con una cadena. A nuestros pies, un valle cochambroso y escalones de una vieja mina con hileras de árboles replantados, al modo de los puntitos de cabello que asoman en una muñeca a la que han dejado calva. La luna brillaba con intensidad, reflejándose sobre los estanques ácidos y en forma de alubia de abajo, que parecían preciosos. Yo estaba hecho un flan, los nervios eran mi segunda piel. Pero algo menos después de que Dori me dijera que también era su primera vez. Y que se había depilado para mí. Me alimentaría de aquello el resto de mi vida, aunque me abandonara al día siguiente. O al menos eso pensaba. Uno se acaba quedando con lo que lo conmociona, mientras el resto se va diluyendo. Aún puedo verla diciéndomelo, con el rostro iluminado por la luna.

—Papá nos ha dado un regalo.

Le dije que creía que estaba dormido y me respondió que sí, por eso nos lo había dado. No lo sabía. Ojos chispeantes, sosteniendo un paquetito envuelto en papel de aluminio con el que me provocaba antes de abrirlo. Yo intenté no pensar en su padre comprando condones. Pero no era un condón, sino algo más parecido a una tirita. Claramente hecha de oro puro, viendo el cuidado con la que la cogía.

—Un poco de anís.

El único anís que yo conocía era un líquido destilado transparente y embotellado.

No, no era eso. Un parche contra el dolor, me dijo, el superespecial. Fentanilo.

La siguiente sorpresa jamás se me iría de la cabeza. El kit que se sacó del bolso. La cuchara

que utilizó primero para pulverizar el parche. El encendedor que sostuvo por debajo. Los algodoncitos, la jeringuilla, extraer el capuchón de la aguja y metérsela en la boca al modo de una enfermera que está poniendo una inyección. No sé qué le dije en ese momento, pero notó lo asustado que estaba y me trató con dulzura, hablándome con la misma voz que utilizaba con Jip. Había estado reservándose aquella experiencia porque decían que no te sentirás mejor en la vida como esa primera vez en que la compartías con alguien. Como tener a Jesucristo recorriendo tu riego sanguíneo.

Con Jesucristo o sin él, le confesé mi pavor a las agujas. Se sacó el capuchón de la jeringuilla de la boca y me dio un beso muy largo. A continuación, apretó la punta de la aguja sobre el parche con suma delicadeza. Por el modo en que su lengua presionaba la parte central de su labio superior, parecía concentrada en ofrecer el mejor regalo imaginable. Retiró algo del parche, se esparció una gota de gel por el dedo y colocó la punta de este dentro de mi boca, bajo la lengua.

Dejé de mirar desde el momento en que colocó un pie sobre el asiento, se quitó el zapato y se dispuso a meterse. Después probablemente durmiéramos un rato. Ahora sé lo suficiente como para poder asegurar que lo hicimos. Acurrucados como dos bebés en una placenta con un volante incorporado. Quizá le castañearon los dientes y me rogó que la abrazara fuerte, tal y como ocurriría tantas veces después. Pero no lo recuerdo.

El asiento trasero del Impala era tan bueno para tener un encuentro sexual como cualquier sofá. Supongo que tuvimos uno. Quiero decir, sí, sí que pasó, pero joder. A uno le gustaría tener grabada toda la película, pero solo recuerdo algunas escenas, como un *voyeur* del acto que yo mismo protagonizaba. Llegó un punto en el que me quedé sin pantalones y recuerdo su sorpresa y sus lamentos al ver el deplorable estado de mi rodilla. Lo que me conmocionó fue ver cómo se quitaba el vestido por encima de la cabeza, hacía un guiñapo con él y lo dejaba caer al suelo, en un tamaño no mayor que el de un par de calcetines de gimnasia. El impacto de ver su cuerpo entero de una vez, el pálido bikini de piel sin broncear, como ropa invisible sobre sus pechos como melocotones y su coño.

El resto son postales con fotografías. Ella montándome, Dios mío, sí, su risa burbujeante. Los latigazos de electricidad de piel con piel. Tocarla. Mi cabeza entre sus piernas, sus manos tirándome con fuerza del pelo. Encontrar su clítoris con mi lengua, la sorpresa de descubrir algo de verdad ahí, un suave y pequeño cacahuete. Si supe cómo desenvolverme fue gracias a tener la voz de sexo telefónico de Linda Larkins en mi cabeza. Linda resultó ser una entrenadora de lo más capacitada.

Quizá ya haya explicado demasiado. Mi deseo de proteger a Dori, ese fuego que me quema por dentro para salvarla, jamás se extinguirá. Pero aunque fuera de los que les gusta presumir, no hay mucho que contar. Solo que fue mi primera vez en todo, de principio a fin, si es que ambos llegamos a acabar. No saberlo me hizo sentir bastante mal al día siguiente. En cualquier caso, Dori era mi chica. Ahora nada podía hacerme daño.

43

Una semana. Eso es lo que me duró ser el hombre más feliz sobre la faz de la tierra. Mi única preocupación era cómo conseguir una nueva cita con aquel cuerpo asombroso. Teníamos un plan. El viernes quedaba descartado. Jugábamos el último partido de la temporada y no quería estar con Dori bajo mínimos. Además, el viaje de regreso en autobús desde Richlands duraría tres horas y no iba a ponerme a ello a medianoche. Aquella chica me merecía un respeto. Saldríamos el sábado, con una primera parada en el autocine. Llegaríamos pronto porque le gustaban las películas infantiles. Entraríamos y nos marcharíamos antes de que empezara la socialización y a correr el alcohol. Le compraría palomitas, nos haríamos arrumacos mientras veíamos la historia de alguna princesa Disney y luego buscaríamos un sitio en el que aparcar el coche. Dori contaba de nuevo con la misma vecina para que cuidara de su padre, aunque esta no daba muestras de estar muy dispuesta y ya había insinuado una compensación económica si aquello se volvía una costumbre.

El mazazo llegó el sábado al mediodía, propinado por Maggot. Supe que si me llamaba es que pasaba algo serio, porque apenas cruzábamos palabra. Me dijo que el señor Peg estaba mal; nada nuevo, pensé, pero añadió que June me recogería de camino a su casa.

—Esta noche no. Mañana me acercaré, cuando regresen de la iglesia —le dije.

—Escúchame, Demon. Ya no se mueve de la cama —me dijo, quebrándosele la voz.

Maggot había tardado en hacer el cambio, pero había irrumpido con fuerza en la edad adulta, cerrada barba incipiente y un cuello largo con una nuez muy marcada. La sombra de ojos añadía extravagancia al conjunto. En cualquier caso, Maggot me hizo saber que no tenía opción; para variar, June tenía la sartén por el mango. Así que llamé a Dori para decirle que nos veríamos en el autocine. Le pediría a June que me acercara al acabar. No podía llevarnos tanto.

En el camino de ida no estaba de humor. June seguía en modo médico, con su estetoscopio, sus zuecos blancos y su interrogatorio, aprovechando que me tenía de copiloto con el cinturón puesto: que si ya tenía fecha para la operación de rodilla, que si había dejado de tomar esos calmantes. Le dije que el entrenador se encargaría de todo ahora que había acabado la temporada. No le hablé de las medidas que habíamos acordado porque me habría enviado de cabeza al doctor Huesos para que me cortara. Me preguntó cuánto hacía que no visitaba a los Peggot, otro tema delicado. Había dado largas a cada invitación de la señora Peggot hasta que se cansó. Había estado ocupado, ya me entendía. Mañana siempre sería otro día.

Me sorprendió que Emmy no nos acompañara y que Maggot fuera en el asiento de atrás, encogido bajo su sudadera negra con capucha, como una tortuga enfadada. Pregunté si Emmy se reuniría con nosotros allí y entonces le llegó el turno a June de enfurruñarse, comentándome que últimamente la señorita Emmy daba muestras de pensar que ciertas reglas no iban con ella. A lo que se sumaba que Maggot llevaba unas semanas viviendo en su casa. Miró por encima del hombro por si él tenía algo que añadir; resultó que no. Un trayecto animado.

El hogar de los Peggot estaba a reventar de coches aparcados e invadido de familiares. A algunos llevaba muchos años sin verlos, primos con los que había jugado a *Warcraft* y que se habían convertido en sus padres, el mismo vello facial y los mismos tatuajes. Hammer Kelly me

cazó por sorpresa en un abrazo de oso, algo a medio camino entre un placaje y una ahogadilla. No habíamos coincidido desde el día del anillo de no compromiso de Emmy y todo eso. Parecía hecho polvo. Le dije que se animara, que no era el fin del mundo.

Hasta donde yo sabía, el mundo seguía girando, pero aquel festival de Peggots tampoco era normal. Hombres en el patio hablando en voz baja, arrastrando sus botas de trabajo y echando el humo de los cigarrillos a los árboles. Tías con caras largas, retirando el papel de aluminio de platos que nadie comía. Maggot no quería entrar. Su tía Ruby me cogió por banda y me preguntó si ya había subido a ver al señor Peggot, invitándome a hacerlo cuando me llegara el turno. No tenía ningún sentido. Le dije que ya habíamos hablado y me miró apoyando la lengua contra un lateral del interior de la boca, un gesto idéntico al que hacía su madre, la señora Peggot, al pillarte mintiendo. Permanecimos ahí de pie, Ruby con su cabello oscuro hiperteñido y del que asomaban raíces blancas, yo preguntándome si existían leyes que dictaminaran que todos estábamos destinados a convertirnos en nuestros padres. De ser cierto, a mí me esperaba una muerte prematura. Y en el caso de Maggot, pobrecillo. Con una jodida serpiente como Romeo Blevins por padre, solo cabía esperar que prevalecieran los genes carcelarios de su madre. Le prometí a Ruby que iría en busca de Maggot y que ambos subiríamos a ver al señor Peg.

Lo encontré junto al arroyo, el patio de juegos de nuestra infancia todopoderosa. Estaba en cuclillas, lanzando rocas al agua.

—Ey, Tormenta. Danos la previsión meteorológica —le grité.

—Lobezno. Hazte una puta manicura —dijo, girando su largo cuello.

Me senté, simulé darle un puñetazo en el hombro e incluso esa inocente agresión hizo que se encogiera aún más dentro de su sudadera con capucha. Arrojó otra piedra al arroyo invisible.

—Éramos unos Vengadores de pena, lo sabes, ¿verdad? La venganza nunca fue nuestra —me dijo.

—Habla por ti. Tú eras el que siempre escogía el superpoder más estúpido.

—De acuerdo. Esto significa que ya por entonces conseguía ofender a tu virilidad pidiendo ser Tormenta.

—Solo digo que, pudiendo escoger cualquier cosa, ¿te decantas por el poder de sembrar el caos con la climatología? Es como limitar tus capacidades de manera voluntaria.

—O traer el buen tiempo. ¡Que luzca el sol en tu corazón!

Me dedicó una sonrisa maliciosa que ni la oscuridad reinante hizo menos terrorífica.

—Ya veo. Convénceme de que «que tengas un buen día» es un poder eficaz.

—Como si tú lo necesitaras, gran jefe de los suspensorios. Yo llevo esperando poder disfrutar de un buen día… ¿Cuánto? ¿Ocho, nueve años?

Agarró una piedra y la lanzó con tal fuerza que la oímos impactar contra un sicomoro en la orilla opuesta. Toc, en la diana por puro azar.

Y, de repente, mierda, Maggot se echó a llorar. Como si le faltara el aire y gritara con el volumen quitado. Me dio miedo tocarlo. Me limité a quedarme sentado, deseando ser capaz de traerle algo de vuelta de nuestra infancia, una parte de esas atenciones que habían mostrado algunas personas con nosotros. El señor Peg, por Dios bendito. Tenía más paciencia que un santo. Nos llevaba a pescar, y tenía que estar una y otra vez dejando la caña en el suelo para venir a nuestro rescate después de que hubiéramos enredado el sedal en los árboles o se hubiese atascado con algo en el fondo del arroyo. El señor Peg nos ponía el cebo en los

anzuelos, unos gusanos a los que Maggot no quería ni acercarse. Es muy probable que Maggot odiara ir de pesca. De haberlo sabido, no le habría dejado que lo dijese ante el riesgo de que el señor Peg no nos volviera a llevar. Ahora lo veía consumido por la pena y no tenía la menor idea de qué poderes harían falta para salvarlo.

El señor Peg murió aquella noche. El viejo se fue con la marea alta, mientras por debajo de su cuerpo, su cama, su máquina de oxígeno y el suelo, el velatorio de platos, cubiertos y pitillos en el patio fluyó durante la mayor parte de la noche. Por la mañana, la señora Peggot y su hermana lo lavaron y le cortaron el pelo. Luego llamaron a la funeraria para que vinieran a recogerlo.

Maggot no llegó a subir a despedirse. Nos quedamos junto al arroyo hasta que la puñetera luna se fue a dormir. La razón de que estuviera viviendo en casa de June era la fuerte discusión que había tenido con el señor Peg. Las últimas palabras que se cruzaron fueron para enviarse mutuamente a la mierda. Me dijo que una parte de él lo lamentaba y que la otra no, o sea que ahora se iba a quedar partido en dos durante el resto de sus días. De haber sabido que era la última oportunidad, quizás habría podido convencerlo de que subiera esas escaleras. Podría haberme esforzado más. El señor Peg era la mejor parte de la vida de mierda que le había tocado a Maggot. De la mía también.

Así que mi segunda cita con Dori fue unos días después, con motivo del funeral. Pasó a recogerme en el Impala de su padre, hecha un manojo de nervios. Me dijo que había ido a muy pocos funerales, ni siquiera había estado en el de su madre porque era demasiado pequeña. Lo único que me había explicado es que se había matado en un accidente de tráfico, que unos chavales estaban haciendo carreras un domingo por la noche, circulando a más de ciento cincuenta por una zona comercial. La madre de Dori había ido a un súper a comprar pilas para el mando de la tele y había salido a la carretera en el peor momento posible.

Todo aquel día tuve el funeral de mi madre como atravesado en la garganta. Me impresionó mucho lo diferente que había sido este. En la iglesia de los Peggot había bancos de madera relucientes y vidrieras de colores que eran como puzles de Jesús y de corderos. No era una de esas iglesias de ciudad con un campanario falso y un cartel en la puerta con chistes de Dios, sino una típica iglesia de pueblo, pequeñita. Y madre mía, qué multitud. La cola para ver el féretro salía por la puerta y daba la vuelta al pequeño cementerio, había gente de todo tipo temblando de frío dentro de sus abrigos, a la espera de poder despedirse del difunto. No solo Peggots y parientes de los Peggot, sino personas que jamás habría dicho que lo conocían. Donnamarie, de la tienda de suministros. El entrenador Briggs. Hasta Stoner asomó su fea jeta, jugando a ser el buen exvecino, del brazo de su camarera menor de edad y embarazada. Su padre era el dueño de Pro's Pizza, por lo que probablemente Stoner la había dejado preñada a cambio de comida gratis. No hablé con él. Fui paseando alrededor de las tumbas y le eché un vistazo a la fosa que habían cavado para el señor Peg. A su lado se había amontonado una pila de tierra tan grande que me dio la impresión de que se necesitarían dos fosas para que cupiera. Aquella iglesia tenía un cementerio tan pequeño que supongo que tenías que ser miembro durante toda la vida para que te tocase una parcela. Me sorprendió descubrir a Hammer Kelly apartado, en la linde del bosque. Le presenté a Dori y se mostró tan educado como de costumbre, con su corte de pelo espantoso, sus pecas y su «encantado de conocerte», pero se lo veía tan abatido como la otra noche. Me sentí fatal por haberle dicho que no era el fin del

mundo. El señor Peg había sido lo más parecido a un padre que había tenido.

Dori tenía demasiado frío para aguantar de pie en la cola, por lo que entramos en la iglesia y nos encontramos a June y a Maggot. June había tirado de sus poderes como Mujer Maravilla para conseguir que Maggot se pusiera americana y corbata, por lo que parecía un jovencito de lo más formal barra zombi. Emmy seguía sin dar señales de vida. June conocía a todo el mundo, incluyendo a ancianos con los que el señor Peg había trabajado en las minas. Hombres con los que había salido a cazar y a pescar en sus años mozos, antes de que un hatajo de mocosos los hubiera arrinconado. Diría que se había citado la mitad del condado. El señor Peg era muy querido. Me sentí orgulloso de haber formado parte de su vida, aunque ver a tanta gente con un vínculo igual o mayor que el mío aplacó un poco mi orgullo. De todos modos, Dori y yo seguimos la ceremonia desde los asientos reservados a la familia. June nos colocó ahí junto a los hijos y los nietos, y sé que sonará estúpido, pero me dio un subidón. Fue algo parecido a la sensación de sentir todas las miradas sobre mí cuando corría por el campo con el número ochenta y ocho a la espalda. Como si fuera alguien que mereciera la pena.

El servicio fue muy diferente al ofrecido en honor a mamá. Aquel pastor sí que conocía al señor Peg. Compartió muchas historias sobre él en las que incluyó a todo el mundo. No rasgándose las vestiduras por el malogrado difunto, sino riendo y llorando al repasar toda una vida. Travesuras de juventud, como la noche en la que metió a un ternero en el despacho del director del colegio. Cabecilla de una pandilla que disparaba moras con sus tirachinas a la parte trasera de esa misma iglesia, y que dejó unas marcas rojas en los tablones blancos que parecían agujeros de bala. Más adelante, cabecilla de una pandilla que tuvo que repintar la iglesia de arriba abajo. Travesuras también en la edad adulta, como cuando el señor Peg y el padre de ese mismo pastor volcaron una barca en el lago Carr Fork, y cada uno desde entonces aseguró que había salvado al otro de morir ahogado. En otra ocasión, esta vez sí que el señor Peg salvó la vida de un hombre, mientras ambos se encontraban castrando toros. Era la primera vez que lo escuchaba. El afortunado resultó ser el abuelo de Donnamarie. La idea que quería dar aquel sermón era que la gente conecta de muchas maneras, tanto visibles como invisibles, y que el señor Peg había atado un montón de nudos en la gran red que nos mantiene a todos unidos. En otras palabras, muerto, pero aún con nosotros. Esto fue lo que me remató. En el funeral de mamá, una vez cerraron el féretro, se acabó todo. Y todo lo bueno que se sabía, si es que había, estaba dentro de mí, y yo estaba demasiado enfadado como para hacer nada. Si hasta me había reído de cómo bailaba. Que seguramente eran sus mejores momentos.

Dori me cogió de la mano durante todo el servicio. Su mano era como un pajarito dentro de mi puño, algo que podría proteger si me esforzaba lo suficiente. Algo que se me tendía, animándome a entrar en la edad adulta ahí, en ese mismo momento. Un nudo que era capaz de atar, pensé. Jamás dejaré que se desate.

Por lo general, a un entierro lo seguía una cena al aire libre, una suerte de pícnic junto a la iglesia. Pero estábamos en invierno y había demasiada gente para organizarla dentro. La solución fue hacerla en el salón de actos que la funeraria tenía en el sótano. Aquel mismo día había un funeral en la planta superior de alguien que también conocía. Collins, un compañero de equipo con el que compartía posición en el campo y al que había sustituido como titular. Tenía dieciocho años una novia y un bebé, y un cuerpo grandote y fornido a más no poder: muerto. Dios mío. No supe su nombre de pila hasta que no lo vi escrito en el cartel del pasillo que conducía a la capilla funeraria. Aidan.

En la planta de abajo, la gente se desplazaba como una fila de hormigas con sus guisos, bizcochos o gelatina verde aún cubierto todo por una capa de *film* transparente. Nada atrae tanta comida como alguien que ya ha disfrutado de su última cena. Ruby impartía órdenes a sus hermanas pequeñas y se peleó con June. Demasiadas gallinas en el mismo corral. No tenía ganas de quedarme mucho rato, pero antes de marcharme debía hablar con la señora Peggot. Había estado de lo más atenta conmigo tras la muerte de mamá. Le debía mucho, pero nada tanto como aquello.

Me costó dar con ella. Estaba sentada en una pose tranquila, con su alborotado pelo blanco y un vestido negro de hombreras demasiado grandes. Llevaba cuidando de los demás sin descanso desde que tenía quince años y se había casado con el señor Peg, siempre rodeada de niños y luego a cargo de Maggot. Ahora todos le repetían que al fin podría descansar, pero, si nadie la iba a dejar mover un dedo, mejor abandonar este mundo. Esa fue la impresión que me dio, la mayor huérfana sobre la faz de la tierra. De todos modos, acerqué una silla y me senté a su lado, y ella me agarró la mano con tanta fuerza que me dolió. Ni siquiera me miró, le bastaba tenerme bien cogido. Quería presentarle a Dori, pero alguien se la llevó, el cebo que suponía cualquier prima nueva, todas las chicas lanzándole preguntas y envidiando su precioso pelo. Así era Dori. Mágica. La vi al otro lado del salón, gesticulando con las manos de ese modo tan característico, alguna parte de ella siempre en movimiento, y señalándome para indicarles a todos que era mía. Si dudáis acerca de eso de tener a Jesucristo fluyendo por tus venas, sabed que así es como ella me hacía sentir.

Resultaba tentador quedarse a comer con todo ese despliegue de alimentos, y eso hicimos. Emmy se presentó al cabo de un rato. Un murmullo invadió el lugar, los tenedores de plástico y los muslitos de pollo se detuvieron a medio camino. No la había visto en la iglesia, pero seguramente había ido. Llevaba una de esas flores que te dejan coger del féretro. June le lanzó una mirada de «ven aquí», pero ella se dio la vuelta y se alejó, con la rosa, que tenía un tallo muy largo, en el hombro como un rifle.

Comí a toda prisa y salí con Maggot a dar unas caladas. Dori se lo estaba pasando en grande, pero yo había tenido suficiente de aquella fiesta. Además, Maggot necesitaba darle una tregua a la guerra que se desplegaba en su cerebro, convertido en un campo de batalla donde reposaba el cadáver del señor Peg. No estoy diciendo que los problemas de Maggot y los míos fueran equiparables, sino que se les podía aplicar el mismo remedio. La marihuana es versátil. Estábamos ahí fuera, discutiendo tontamente sobre los motivos por los que una funeraria necesitaba una hilera de contenedores en la parte trasera del edificio (su opinión: un exceso de cadáveres), cuando de repente oímos cómo dos mujeres se peleaban. Una trifulca de las gordas, casi parecía oírse las uñas hundiéndose en la carne. Rodeamos el edificio con nuestro agradable colocón y nos quedamos de piedra al ver a Rose Dartell agarrando del pelo a Emmy, que por lo que gritaba seguro que Rose le había arrancado parte de su bonita caballera castaña.

Mis reflejos dejaban mucho que desear, pero me las apañé para colocarme detrás de Rose y apartarla. Lo del pelo ya fue otro cantar. Le rodeé el cuello con un brazo, mientras Emmy, con las manos en la cabeza, luchaba para abrirle los puños a Rose. Al final Emmy consiguió zafarse tambaleándose hacia atrás, le salía sangre de la nariz, se le había torcido la faldita con volantes, las medias se le habían rasgado y se le habían clavado piedrecillas en las rodillas. Sus ojos parecían lanzallamas.

Rose se volvió con tanta fuerza para liberarse que tuve una visión de ella creciendo con Fast

Forward, el niño asesino, y defendiéndose de él. Cruzó el solar a toda prisa, se metió en una camioneta y salió derrapando con tal estruendo que sobresaltó al grupito de trajes oscuros plantado frente a la puerta de entrada. Emmy se largó al instante, enfilando el callejón hecha un glorioso desastre. Maggot y yo la vimos acortar por los contenedores y apresurarse en dirección a la lavandería, sentido oeste.

—¿Qué coño ha pasado aquí? —le pregunté a Maggot.

Empezó a salir la gente del funeral de la planta superior, que se había perdido la pelea por unos minutos. Familiares de Collins, casi se me rompe el corazón. Vi a la que debía de ser su novia, con el bebé en brazos y el rostro desencajado, abrazando a ese pequeñín como si fuera lo único que le quedara en el mundo. Llevaba un peinado anticuado, recogido en un moño detrás de una diadema. En ese momento la reconocí del instituto, una chica de campo. Sabía que debía acercarme a decirle algo, pero solo Dios sabe qué.

—¿Has hablado con Hammer? —me preguntó Maggot.

—Solo para darle el pésame.

—Se le acumulan las penas. Emmy ha roto con él.

—¿Ya? Joder. Un visto y no visto.

—Gracias a ti, colega.

—Nunca la he tocado —dije ruborizándome—. Bueno, solo en cuarto curso.

—No por ti, capullo. Por tu amigo el triunfador. Todo apunta a que su socia se lo ha tomado mal.

Estaba tan confundido que tuvo que explicármelo con pelos y señales. Al parecer, los habían visto juntos. A Emmy y Fast Forward. Noté una presión en el pecho, como si se me hubiera atravesado una manzana podrida. «El amigo de Demon, ese tal Fast», así se había referido a él June, que había ido preguntando por ahí si aquel joven que yo le había presentado a Emmy era de fiar. Le dije a Maggot que no lo conocía lo suficiente para responder en un sentido u otro. Deseé que fuera verdad.

44

Desde la cima del mundo al pozo más profundo. Así andaba yo por entonces, pasando por esos dos extremos durante un mismo día, nunca en los dos al mismo tiempo, y sin que en medio ocurriera nada importante. Solo Dori sabía por lo que estaba pasando. El entrenador me había dicho que rebajara la dosis de Percocets y que dejara de tomar oxicodona, al tiempo que no forzara en absoluto la rodilla. Si no sentía dolor, podía ir limitando la ingesta de medicamentos, curarme, y él se encargaría de ponerme en forma de cara a la próxima temporada, que arrancaría en otoño.

Hice lo que me pidió, o por lo menos lo intenté. Cada día. Hasta el punto de esconder el vómito en la chaqueta, hecha un guiñapo, o dejar perdidas las sábanas del sudor. Entonces me rendía, tomaba algunas pastillas y volvía a empezar. Por lo general, me bastaban algunos Percocets y media oxicodona para funcionar con normalidad en clase durante las mañanas. Luego llegaba el mediodía y la tarde, demasiadas horas por delante hasta llegar a ese momento en el que no aguantaba más y solo la gentileza de otra pastilla conseguía que no fuera tan horrible. El dolor no era el problema. El dolor solo es algo, como un ruido o un mal olor. Aquí estás tú, ahí está el dolor, chocáis los puños y hacéis un trato. A lo que me refiero es a una sensación que se aposenta en tu sangre y tus pulmones, como si una serpiente te hubiera mordido por dentro. Temblores, intestinos traicioneros, un cuerpo al que no quieres que se acerque nadie hasta que lo arregles. El problema estaba en cuánto tiempo tardaría en acabarse el frasco de pastillas.

La respuesta fue finales de diciembre. El doctor Watts me había renovado la medicación varias veces y yo había tomado solo lo que él y el entrenador me habían dicho, hasta nuestra triste derrota contra Richlands. No fingiré haber sido siempre un chaval de lo más obediente, pero ahora tenía a gente que contaba conmigo, y no hablo solo de mis compañeros de equipo, sino de todo el condado. Por primera vez en mi vida, tenía un trabajo de hombres que llevar a cabo y el valor para cumplir con mis responsabilidades. No alcanzamos las semifinales gracias a un malvado cabrón que ocupaba la línea defensiva y a que Dios volvió a cagarse en Demon. Pero incluso tras la lesión, hice todo cuanto estuvo en mi mano por ser el hombre que el entrenador esperaba que fuese. Ahora el entrenador planificaba la siguiente temporada previendo que dejaría los medicamentos y volvería a dar guerra, de modo que antes muerto que pedirle una nueva receta. La cuestión era que morir parecía una posibilidad real dadas las circunstancias. Día tras día el frasco naranja me anunciaba con pesar que estaba a una pastilla menos de acabar vacío.

La salvación llegó de la mano de Dori. Todo pasaba por ella.

Quería una segunda primera vez con ella, aunque en realidad fuera la quinta o la sexta. Pero el total iba aumentando bastante rápido. Quería que Dori supiera que mis sentimientos por ella eran los propios de un adulto o de un esposo, sino más. Quería que estuviéramos juntos de esa manera. Y no en un coche. Me lo marqué como objetivo.

Pasábamos la mayor parte del tiempo cuidando de su padre, Vester, en su granja con olor a cocina de gas y pañales de adulto. Nada sexi. Jip se ponía como loco cada vez que me veía entrar por la puerta, estirándose en el suelo de linóleo como una alfombra de piel de rata y

poniendo sus ojos oscuros y brillantes en modo psicópata. La cama de hospital de Vester estaba colocada en la habitación de la entrada para que pudiera ver el trasiego de gente, si bien recibía pocas visitas. Varias veces por semana venían enfermeras de asistencia domiciliaria a ocuparse de cosas que Dori no podía hacer, como catéteres y demás, y ella, como se sentía sola, aprovechaba para hablar por los codos. El grueso de las tareas caía sobre sus hombros, incluso cortarle el pelo. Me contó que después de que Vester enfermara todos sus amigos habían salido huyendo, como si tuviera la peste. Ir al instituto estaba descartado, ya que los trayectos a los diferentes especialistas le ocupaban la mayor parte del día. A esas alturas, aquellos viajes en coche eran lo mejor de su vida. Tocar el claxon cuando entraban en un nuevo estado, disfrutar de una gran aventura.

Cuando tenía que salir a hacer la compra, me dejaba al cuidado de su padre, lo que más que nada significaba asegurarse de que los tubitos del oxígeno no se le desprendiesen de la nariz. A él le gustaba que me acercara para escuchar sus batallitas. El ataque al corazón resultó ser el menor de sus males. Me preguntaba qué edad tendría, parecía antes el abuelo que el padre de Dori, y me contó que se había casado con una mujer diez años más joven que él. Tampoco era tan mayor como aparentaba. Cincuenta y uno. Había trabajado en las minas antes de los despidos, aunque en labores de mantenimiento en la planta de preparación, minería de tajo largo. Yo no sabía qué quería decir. La tarea lo obligaba a lidiar con polvo de carbón y asbesto. Me explicó que llegaba a casa con pelillos blancos de aquello por todo el cuerpo, como si acabaran de cortarle el pelo. Se quitaba el mono de trabajo y lo dejaba junto a la lavadora que tenían en la cocina y no le daba más vueltas porque nadie le había dicho que lo hiciera. Tras descubrir que tenía los pulmones jodidos, consiguió una indemnización por haber estado expuesto al asbesto y así es como él y su hermano invirtieron en la tienda de suministros agrícolas. Pero ahora su hermano estaba muerto y él pronto seguiría su camino, de modo que la moraleja es que el dinero no te compra una nueva vida. Aunque no se lo dije, lo cierto es que a mí no me habría importado intentarlo. Me compraría una rodilla nueva porque una la tenía para el arrastre. Me pasaba el rato intentando que Vester cambiara de tema y pasáramos a hablar de motores de coche o jugadas de fútbol americano, y a la vez no fijarme en la calavera que asomaba bajo el rostro y en los brazos esqueléticos y llenos de manchas.

Un elemento característico de su casa era el caballo del tejado. De plástico y casi de tamaño natural. Solía coronar la tienda, pero la pequeña Dori había suplicado poder tenerlo en casa y ahí estaba. Esto ocurrió después de que su madre hubiera muerto y algunos aspectos de la vida familiar sufrieran un vuelco. Toda la planta superior era un museo consagrado a la difunta, con las persianas bajadas y acumulando polvo, los armarios a rebosar de vestidos de los que no se habían desecho todavía. El dormitorio de Dori era raro, pero a su manera. Rivalizaba con el de Haillie McCobb en cuanto al número de animales de peluche, pero con pósteres de *Dirrty* de Christina Aguilera y una caja de la edición especial del juego de los *Sims* en la que escondía los condones. Me contó que se los había regalado una de las enfermeras. Nos lo montábamos en su cama porque no nos podíamos aguantar, aunque hasta cierto punto. Su padre dormía casi todo el rato, ese no era el problema. Jip era el problema. El adorable Jipsy Wipsy. Si no me ladraba como un poseso, emitía un gruñido bajo en plan sierra eléctrica y me miraba con intención de practicarme una castración limpia. Ni borracho iba a quitarme los pantalones en aquella casa.

Mi primera opción habría sido hacerlo en el bosque, tumbados sobre una sábana y rodeados de luciérnagas. Un polvo cien por cien Disney, la habría vuelto loca. El problema era que

estábamos en pleno invierno. Tenía que ser creativo. El lugar especial que se me ocurrió fue la granja de Creaky, ahora que se la habían embargado y luego vendido a alguien de fuera que se había desentendido por completo. Nos llegaban historias de gente de ciudad que compraba y vendía terrenos en Lee County que no necesitaba para nada, motivada porque les costaban cuatro duros y era otro sitio donde guardar la pasta. La plantación de tabaco de Creaky llevaba dos años en barbecho, los pastos se habían llenado de cardos, y no iba a ser yo quien los arreglara. Con el viejo desaparecido, la serpiente había perdido sus colmillos. Allí me lo había pasado bien las pocas veces que había ido para saquear la granja.

El sitio que tenía en mente era la caseta del desmoche, que había usado de cueva cuando era niño. Estaba construida bajo tierra, al modo de una despensa natural, con muros de piedra que conservaban el frío y que eran húmedos al tacto. El frío mantenía blandos los tallos curados de tabaco, lo que te permitía desmochar las hojas a mano durante el invierno. Yo me refugiaba ahí en busca de algo de tranquilidad y seguridad. El blando suelo terroso y el dulce olor a tabaco en medio de la oscuridad me hechizaban, haciéndome sentir que renacía en el vientre de una madre que esta vez no iba a fastidiarla.

Llevé a Dori allí. Con una botella de Thunderbird y unas velas que me había agenciado del funeral del señor Peg, prueba de que llevaba un tiempo planeándolo. Le dije que le tenía guardada una sorpresa y se puso contentísima. Con cualquier otra persona habría sido un bajonazo conducir hasta allí por carreteras desiertas, abrirnos paso por la maleza, con unos cuervos quejándose del frío sobre la rama de un árbol pelado como únicos sonidos. Al contrario, Dori se emocionaba tanto con cualquier nimiedad que te hacía sentir feliz de estar vivo. Abrí la pesada puerta como si fuera la entrada de un castillo. Pusimos una manta en el suelo y no habíamos abierto la botella que ya estábamos desnudos y uno encima del otro. Sus labios fríos y sus dientecillos mordiéndome las orejas; la impresión de ver sus pechos con esos ojos marrones mirándome. La sensación resbaladiza de meterme en ella, la succión. Una vez alcanzado ese punto, no había fuerza sobre la tierra capaz de detenernos. Me había pasado buena parte de mi vida hambriento, y aquellos días no eran una excepción. Cada minuto ansiaba vivir esa sensación con otra persona, estar tan juntos. No podía respirar hasta que tenía de nuevo a Dori encima de mí. Solo entonces mis súplicas se calmaban y permitía que por mi cabeza circularan otras cosas buenas y extrañas. La belleza pegajosa de todo lo que está vivo, bebés chupando teta, un ternero que nace, que se derrama desde el interior de su madre de aquella manera, como si fuera sangre cayendo de un cántaro.

Al acabar me quedé tumbado con la vista puesta en el tabaco que colgaba por encima de nosotros, como si alguien se hubiese dejado la colada tendida. Sin duda ya estaría bien curado. Pensé en llevarme un poco para liarlo en papel de fumar y repartirlo entre los amigos, evitando por una vez ser el pobretón que siempre va gorroneando. Pensamientos aleatorios y tranquilos. Solo me sentía así después de haber echado un buen polvo con Dori. Le gustaba quedarse un rato encima de mí, balanceándose sobre mi torso y estómago resbaladizos y mi polla flácida y húmeda. A veces se echaba una siesta. Las primeras veces siempre me preocupaba haber hecho las cosas bien, pero ella me aseguraba que sí. Cómo podía saberlo, el modo correcto o incorrecto en el que otros chicos la habían tocado no era algo que deseara averiguar. Estábamos hechos el uno para el otro. Me dijo que antes de conocernos no existíamos. Por eso podía dormirse encima de mí: encajábamos a la perfección. O si no dormía, se ponía a divagar y hacía preguntas que no venían a cuento.

Aquel día en la caseta del desmoche me preguntó si había notado que cuando aplastabas a uno de esos bichos de mil patas salía un olor a refresco de cerezas. Me dejó un poco descolocado. A ver, estábamos desnudos. Le pregunté si es que había visto uno. Me respondió que no, que simplemente le había venido a la cabeza. También me preguntó si los animales eran conscientes de que iban a morir algún día. Debía de estar pensando en Jip, adoraba a aquella bestia, de modo que le dije que no.

—Quizás alguna vez, justo antes de que ocurra, si se ven en peligro, pero diría que el día a día del animal transcurre dentro de una burbuja de felicidad, como si disfrutaran de un colocón permanente.

Noté su sonrisa sobre mi pecho. Se creía cuanto le decía. Me preguntó en qué se convertiría nuestro pollito cuando creciera. Supongo que en un gallo, le dije. Al menos apuntaba en esa dirección por los sonidos que hacía. Angus había empezado a llamarlo «hijo ilegítimo» para fastidiarme, y yo le había seguido la broma para no darle el gusto. Ahora vivía en el cuarto de las herramientas y no recibía más muestras de amor que los granos que le lanzaba Mattie Kate los días que se acordaba de hacerle una visita.

Finalmente, Dori se escurrió de encima de mí. Le castañeaban los dientes, así que le di mi camisa de franela. Fue a apoyarse rápidamente contra la pared, se llevó las piernas al pecho y se abotonó la camisa hasta cubrirle el cuerpo entero, rodillas y todo. Parecía una almohada a cuadros con la cabeza sobresaliendo por un extremo y los deditos como guisantes rosados por el otro. Deseé rodearla con mis brazos y esconderla en alguna parte. Sus brillantes ojos oscuros me miraron mientras encendía las velas funerarias del señor Peg, abría la botella de Thunderbird y nos llenaba dos vasos de plástico. Me pareció estar en una iglesia, en esa parte en la que dicen: «Recordad quién murió por vuestros pecados». Tanto a Dori como a mí se nos habían muerto bien pronto las personas más queridas, mucho antes de que tuviéramos oportunidad de pecar. Teníamos, pues, un largo camino antes de ponernos al día. Quizás esto explicara que nunca creyéramos estar haciendo nada malo.

Para entonarnos solo nos hacía falta vino. Antes de salir de casa ella ya me había dado una dosis muy pequeña de algo para tenerme contento y eliminar las ansias. El estómago era siempre mi punto débil, los últimos días andaba regular por culpa de las ingestas interrumpidas de oxicodona. Solo os diré que no hay nada que corte más el rollo que vomitar un bocadillo de pollo sobre el sujetador de tu novia. Aquello pasó una vez y ella y ella lo tomó muy bien y me secó la barbilla con su blusa. Aunque lo único que venía a mi cabeza en esos momentos eran imágenes de ella dándole papillas a su padre, mientras él se aferraba a las barandas de la cama con las manos temblorosas del esfuerzo de acercarse a la cuchara, y me puse de mal humor. Al hecho de caminar ya como un anciano por mi rodilla machacada no iba a añadirle ser un desastre detrás del cual Dori tendría que ir limpiando. De modo que, tras aquel incidente, Dori siempre me tenía algo preparado para sacarme de posibles apuros. Esto o lo otro, un poco de Xanax o de Klonopin, o uno de los parches de morfina de su padre si no había nada mejor. Aunque por lo general sí que lo había.

Por entonces creía saberlo todo. Había visto a personas en el instituto, en los vestuarios, incluso en el funeral del señor Peg, con manchas en los faldones de la camisa. Color hierba o de un marrón rosáceo que recordaba a tierra. ¿No tenían decencia?, pensaba yo. ¿Ir por ahí con la camisa manchada? No sabía que el revestimiento de una pastilla es lo que hace que un medicamento hiperseguro se disuelva de golpe en el estómago. De un rosa cobrizo las de

ochenta miligramos y verdosas las de cuarenta. Se derriten en la boca igual que un M&M. Aguántala ahí dentro un minuto, luego sácala y restriégala contra los faldones de la camisa y lo que obtienes es una reluciente perla blanquecina de oxicodona pura. Una mayor concentración de opioides que en cualquier pastilla jamás inventada. Por un dólar con la Seguridad Social tenías una botella entera de estas pastillas, que puedes machacar y esnifar una a una, o bien disolverlas e inyectarlas con las jeringuillas para vacunar a las ovejas que vendíamos en la tienda de suministros agrícolas, en la parte interior del codo o en las membranas de los dedos de los pies. La gente encuentra más modos de chutarse sus demonios que versos hay en la Biblia.

Tenéis que entender los motivos que explican por qué Dori era como era. Por qué era extrema y divertida como una niña pequeña, incluso después de que sus amigos le dieran la espalda. Por qué tenía tanta paciencia con un hombre lloroso y sibilante que había envejecido antes de hora. Por qué acostumbraba a balancear un pie. En realidad, sus ojos centelleantes no eran negros, sino azules. Al inclinarme hacia delante para besarla, había percibido una finísima medialuna color azul cielo rodeando el gran centro oscuro. La mayoría de las personas la habrían perdido mil veces de haber tenido una vida como la suya.

El entrenador probablemente pensara que a estas alturas ya había dejado por completo las pastillas y que me pasaba el día en el gimnasio para volver a saborear las sobredimensionadas mieles del éxito. Angus se estaba poniendo pesada con el tema de las navidades, insistiendo en ir a robar un árbol. Yo procuraba mantener las distancias con los dos. Hacía alguna incursión en casa para comer algo de lo que había preparado Matti Kate, o bien para dormir una noche, dos cosas que necesitaba, pero normalmente solo les daba excusas. Angus no dejaba de poner los ojos en blanco. Cosa que me cabreaba. Un chaval no necesita motivo alguno para ir a follarse a su novia, es un hecho. Dori se mostraba muy dulce con ellos, les traía regalos de la tienda de suministros de su padre como calcetines, puré de pollo —para Hijo Ilegítimo, claro —, monos de trabajo de la marca Carhartt, que a Angus le encantaban, y camisetas térmicas talla XL para el entrenador. Una vez se presentó con un taburete con un asiento de tractor. Eran artículos escogidos aparentemente al azar, pero en todo caso más discretos que un pollito en una caja de Tampax. Sin embargo, todo esto no me libró de unas navidades en familia, pese a que había hecho un arte de ignorarlas, como Angus bien sabía.

Una pena. Mi única preocupación respecto a las navidades era qué iba a regalarle a Dori. No dejaba de pensar en aquellas maravillosas primeras navidades con Angus, cómo había peinado de arriba abajo las casas de empeño a la caza del regalo ideal, sintiéndome exultante tras acertar de pleno. Ansiaba recuperar esa sensación de dos personas que demuestran haber calado bien al otro. Pero con Dori no iba a conseguirlo, era demasiado fácil. Si envolvía una caja de condones Trojan en papel de colores, ella diría que aquello era el mejor regalo que le habían hecho nunca. Lo que desmotivaba a cualquiera. Encontrar agua en el mar no te da puntos. En cualquier caso, no era justo pensar en los viejos tiempos y en lo bien que lo había pasado con Angus. Quería a Dori con toda mi alma.

Tirar por lo femenino parecía una apuesta segura. Esmalte de uñas o maquillaje, de los que nada sabía excepto que no se encontraban en los mercadillos. Angus no iba a serme de ayuda. Sí que conocía los gustos musicales de Dori: Christina, Avril Lavigne, Pink (cuyo corte de pelo la volvía loca). Todo esto rondaba por mi cabeza la semana antes de Navidad, mientras hacía

recados para Dori en el pueblo y de tapadillo me ocupaba de las compras navideñas. Ella siempre se encargaba personalmente de ir a buscar los medicamentos de su padre, pero a la vez yo necesitaba el coche para llevar a cabo mi misión, por lo que la convencí de que me dejara ir a por las cartas y los cheques a la oficina de correos, luego acercarme a Walgreens a por los medicamentos y, como última parada, la compra del súper. En aquella casa se alimentaban básicamente de congelados: puré de patatas de la marca Bob Evans para Vester y tartas de merengue de la marca Mrs. Smith para Dori. Defendí introducir los *nuggets* de pollo para equilibrar los grupos de alimentos. Sea como fuere, uno no debe dejar nada de esto dentro del coche en un día soleado, ni siquiera en diciembre.

De modo que en ese punto me encontraba en la cola de la farmacia esperando el turno mientras la chica del mostrador, que mascaba chicle y cuyo cabello recordaba al de una muñeca trol, hablaba con una clienta sobre los cuidados que requería su marido tras una operación en el ano. La señora mayor llevaba una de esas botas de lluvia de goma que te pones por encima de los zapatos. El señor Peg las llamaba «chanclos», una palabra que Maggot y yo utilizábamos en clave como palabrota. «Eres un chanclo». «Te voy a chanclar». La consulta farmacéutica se alargaba y alargaba. La chica arrancó un cupón de un cuadernillo que tenía sobre el mostrador y empezó a dibujar un ano en la parte de atrás con un bolígrafo. A su espalda había una pared entera de casilleros idénticos a los de la oficina de correos, de la que venía. En su interior se apelotonaban los cheques por discapacidad que daban acceso a las bolsas blancas que contenían los medicamentos. ¿Por qué no saltarse un paso y evitarnos así el engorro?, pensé. Una única parada. En la parte superior de la pared donde se alineaban los cubículos, se disponían las cajas con todos los medicamentos contra el resfriado sobre la faz de la tierra: Maxiflu CD, Drixoral, Sinutab, Flu Maximum Strength, etcétera. Ahí arriba podía haber unas quinientas cajas. Uno ya no podía cogerlas directamente de las estanterías. Gracias a Maggot y su panda de saqueadores.

Mientras observaba tal abundancia de Sudafed, alguien me dio un toque en la espalda.

Un tipo fornido, con perilla, gafas y demasiado pelo para tan poca cabeza.

—Tommy, ¿qué haces por aquí, tío? —le dije.

No había venido a por medicamentos, solo quería un refresco y una bolsa de Doritos para el almuerzo. Me puso al día sobre su vida desde que nos habíamos visto en el autocine, unos meses atrás. Seguía trabajando en el periódico, pero había ascendido de encargado de vaciar las papeleras a labores propiamente periodísticas. «Volcar en página», lo llamó, distribuir los anuncios en las páginas con el objetivo de llamar la atención del lector. Ganaba lo suficiente para haber podido cambiar a sus desastrosos compañeros de piso por un apartamento propio. Era de admirar lo bien que había superado Tommy el hecho de haber salido del sistema de acogida. Le elogié la perilla, aunque lo cierto es que solo contribuía a aumentar la sensación general de exceso de pelo. Pero ya sabéis, éramos viejos amigos. Le resumí lo de Dori y le pregunté si conservaba a aquella novia. Sorpresa: sí. Se llamaba Sophie, era un encanto y seguía viviendo en Pennsylvania, por lo que aún no habían tenido ocasión de conocerse. Quizás el año próximo.

La cola empezó a avanzar y Tommy debía volver a sus anuncios, pero me dijo que fuera un día a verlo. Me apuntó su dirección y se excusó por no tratarse de la casa en sí, sino del garaje. No tenía ni baño ni cocina, pero la intención era instalarlos pronto. Se la estaba alquilando a una pareja muy maja que le dejaba utilizar su baño y que tenía cuatro hijos, de los que cuidaba

de tanto en tanto. Noté lo mucho que significaba eso para Tommy, ser parte de una familia. Me contó que les leía *La casa mágica del árbol*. A la niña le gustaban los libros; al niño, no tanto, le iba más jugar al *Grand Theft Auto*. Los otros dos eran demasiado pequeños. Gemelos. La niña se llamaba Haillie. Increíble. Eran los McCobb.

Lo primero que le pregunté fue: ¿es tu dormitorio en realidad un garaje o un cuartito para el perro con un combo de lavadora y secadora? A aquella la siguieron otras preguntas. Sí, un garaje. Sí, la falta de dinero era una preocupación constante para el matrimonio, aunque el señor McCobb había empezado un negocio de venta de productos adelgazantes. Se llamaba Adiós, Sobrepeso y por ahora básicamente había reclutado un equipo comercial tras hacerles pagar una cuota de trescientos dólares. Tommy estaba convencido de que el señor McCobb no tardaría en ser un hombre rico. Aún no había visto ninguno de esos productos, pero en teoría iban a revolucionar el mercado dietético. Ay, Tommy.

No los conocía mejor que yo. Fueron mis padres de acogida mucho tiempo atrás, quise decirle, recoge tus cosas, sal pitando de ese garaje y nunca mires atrás. Pero aquella familia lo tenía encandilado. No me vi capaz de reventar esa burbuja. Le dije que un día lo visitaría con Dori y los invitaría a todos a comer al restaurante Applebee's o un sitio así. Una locura. No tengo ni idea de por qué lo dije. No me habría importado ver a los niños, sobre todo a Haillie, y comprobar cómo le iba en esa familia de locos. Aunque probablemente mi mayor motivación era la de comer hasta reventar delante de sus narices. Me pondría morado, dos hamburguesas. Un tipo de venganza algo enfermiza.

De todos modos, debía advertirle acerca de los negocios del señor McCobb antes de que se marchara. Me parece muy bien lo que me cuentas de Adiós, Sobrepeso, le dije, pero ni se te ocurra meter tu dinero ahí. Ay, Tommy. Resultó que ya lo había hecho.

45

El resto de aquel invierno es un recuerdo brumoso, como si tanto yo como todo lo relativo al segundo curso del instituto hubiésemos vivido dentro de una nube. Lo único que puedo afirmar con rotundidad es que la casa de Dori era cada vez más mi hogar. Allí tenía mi ropa y mis medicamentos. Así podía manchar de sudor las sábanas sin obligar a Mattie Kate a guardarme el secreto. Estaba intentando tomar menos oxicodona, pero me faltaba constancia, y los pequeños suplementos de Dori acababan por tirar por la borda mis planes. Ella no podía evitarlo, solo quería velar por mí. Acostumbraba a cantarle canciones infantiles a Vester, como «Estrellita, ¿dónde estás?», mientras le daba de comer. Las enfermeras venían tres mañanas a la semana por turnos, y Dori me presentó como su primo en vez de como su novio instalado en la casa. Seguía preocupándome lo que la Seguridad Social pudiera hacer conmigo. Pero aquellas enfermeras no estaban allí para controlarnos. Le advirtieron que guardara las pastillas y los parches en un lugar seguro, pues probablemente creyeran que era mayor, no una chica de diecisiete años a cargo de los tranquilizantes de su padre. Otro ejemplo de cómo todos intentamos cumplir con las tareas que nos asignan.

La Navidad vino y se fue. A Dori le entusiasmaron mis regalos, por supuesto, y Angus se esforzó por no poner mala cara al quedarse sin. A fin de cuentas, ella era la que decía que no había para tanto con la Navidad. O eso era lo que yo me repetía. Aquella casa iba volviendo a su estado natural. Mi presencia en ella quedaba reducida a una alteración puntual de la paz.

Lo cierto es que echaba de menos a Angus. Su naturalidad. A ver, el sexo es genial y todo eso, como todo el mundo sabe. Pero también hay algo maravilloso en estar en una habitación con alguien, desparramados sobre pufs y tirarse palomitas uno al otro como castigo por infringir la norma de nada de pedos.

Ya tenía carnet de conducir, pero ningún lugar al que ir. Si acudía al instituto desde casa de Dori, ella me acompañaba para llevarse el coche de regreso y pasar luego a recogerme. Vivíamos encerrados en nuestra propia isla. Mis amigos de los últimos años eran mis compañeros de equipo, y tras la lesión de rodilla habían desaparecido del radar. Así es el instituto, un rebaño incapacitado para relaciones adultas de ningún tipo. Además, mi antiguo círculo de confianza, los Peggot, se había derrumbado. De modo que mi vida entera giraba ahora en torno a Dori y me pasaba el día holgazaneando, mientras ella calentaba en el microondas algo para darle a Vester o le limpiaba la cara con una toallita. Aparte eso, Dori dormía. Yo recuperé mis viejos hábitos solitarios, como dibujar en mis cuadernos, aunque ya no tonterías infantiles de superhéroes, sino cosas que observaba en el día a día. Por ejemplo, hice una tira cómica de tres viñetas en la que convertía a la dependienta de la farmacia en Chica Espía, dedicada a encriptar mensajes secretos en diagramas de anos a una agente encubierta de nombre Chanclos. Ya veis, burradas de otro tipo.

Volvía a estar otra vez en la clase de dibujo de la señorita Annie, si es que me tomaba la molestia de ir al instituto, pero mis antiguos éxitos se explicaban en gran parte por estar coladito. Repetir lo del año anterior fue un bajonazo. La primera vez que la escuché explicar esas cosas tan alucinantes sobre el contraste y la proporción fue como ver a un genio de la magia. La segunda vez no era más que como cualquier otro profesor. Ella todavía pensaba que

yo tenía talento, pero seguramente eso solo hacía que estuviese más decepcionada, porque yo no le hacía caso. Pues nada. Solo necesitaba ser especial para Dori.

Aparte de los aspectos útiles, como que la clase de conducir llevara automáticamente a tener el carnet, la importancia del instituto se difuminó, como es normal en un chaval que se convierte en un hombre. Ciudadanía, sigo sin saber de qué iba eso. Matemáticas las daba el señor Cleveland, que había llegado a un acuerdo con el entrenador para que aprobara a los del equipo de fútbol americano y pudiésemos seguir jugando. No me libré de las clases peliagudas de Lengua y Literatura Inglesa, ya que había que sacar tiempo para leer muchos libros. Algunos me las acabé sin habérmelo propuesto. Aquel tal Holden me pareció interesante. Odiaba el instituto, iba a la ciudad a perseguir prostitutas y ser testigo de las gilipolleces de los ricos, y al final acababas descubriendo que lo único que de verdad quería era situarse en el extremo de un campo de centeno para evitar que los niños se despeñaran por un acantilado, tal y como a él le había pasado. Conectaba con eso. Podía visualizarlo, lo dibujé, los acantilados blancos en la frontera de Kentucky a los que la señora Barks me había llevado en una ocasión. Nunca había visto un cultivo de centeno, así que lo convertí en vigilante de una plantación de tabaco. Me recordó a ese Charles Dickens, un tío realmente viejo, además de muerto y extranjero, pero, madre mía si no conocía el modo en que los huérfanos eran machacados una y otra vez sin que a nadie le importara un pimiento. Uno habría jurado que era de por aquí.

El mayor acontecimiento del invierno fue la gran y estúpida aventura de Demon. El plan en sí, por insignificante que fuera, surgió de Angus, que me lo planteó como un desafío. De los de tómalo o calla la boca. Por entonces pasaba suficientes noches en casa del entrenador para hacer creer a todos los implicados que seguía viviendo allí. Él me veía cojear, e iba insinuando que tendría que pasar por el quirófano, mientras yo simulaba haberme desenganchado de los medicamentos y encaminarme sin problemas a recuperar mi puesto en el equipo. Angus y yo descansábamos en nuestra guarida, viendo un documental en la tele sobre la increíble foca leopardo. Yo estaba de bajón. El mayor deseo de mi vida continuaba siendo poder ver el océano, y lo más cerca que iba a estar de él era a través de una de esas teles japonesas. Lo lamenté en voz alta. Aún recuerdo sus enormes ojos color gris océano mirándome fijamente en plan «y a ti, ¿qué te pasa?». Si Angus deseaba algo, salía a buscarlo, joder. Al final quizá fuera más una cuestión de resentimiento u orgullo. Le dije: «De acuerdo, ¿sabes qué? Voy a ir».

Comencé a hablarle de mi plan a Dori, cosa que simplemente era un poco cruel. Por supuesto que le gustaría acompañarme, la playa le fliparía porque todo le flipaba. No hacía tanto que había sido una chica divertida y popular en la escuela, hasta que su padre y las cinco horas diarias en coche habían monopolizado su vida. Ahora le resultaba complicado pedirle a la vecina que cuidara de Vester para que los dos nos lo pudiéramos montar en un aparcamiento. Pero vio lo mucho que me ilusionaba y me rogó que fuera sin ella. Haz fotos, me dijo. Esto era antes de que los móviles tuvieran cámara. Angus me prestó una Polaroid.

Sin Dori, iba a necesitar un medio de transporte. Fast Forward no habría sido mi primer candidato, pero tenía coche y solía apuntarse a un bombardeo si había suficiente alcohol. Hablé con él por teléfono y me dijo que estaba hasta arriba de trabajo en la granja con los caballos, que yo sabía que no eran suyos, pero me callé. Le pedí que se lo pensara. Me dijo que quizá lo haría. El segundo en mi lista fue Maggot. Se lo planteé, consciente de que se apuntaría a cualquier cosa que lo sacara de casa. June estaba a un paso de echarlo a patadas al haber

implantado ciertas normas que se le hacían insoportables. June era muy tolerante con su aspecto, por lo que el motivo debía de ser otro; preferí no preguntarle. En aquella casa, el menor incidente relacionado con la marihuana podía desencadenar un cataclismo. June estaba en pie de guerra contra las drogas desde las hostilidades iniciadas con Kent, hasta el punto de que Maggot tenía que ir a casa de Dori si quería liarse un canuto.

En menos de un minuto, Emmy se enteró del viaje por Maggot y nos anunció que se nos unía. Y eso hizo que Fast Forward se subiera a bordo. No me quedó muy claro el orden de registro, pero entendí que nos metíamos en una suerte de triángulo de amor-odio que involucraría a June Peggot, un problema geométrico que sería mejor evitar. Pero qué diablos. A mí lo único que me importaba era el océano. Iba a conocer Virginia Beach. Una ciudad que escogimos puramente por el nombre, sin la menor idea de dónde nos alojaríamos una vez la pisáramos. En primer lugar, su arena, o ese era mi deseo. No teníamos dinero, plan alguno ni suministros suficientes para cubrir los primeros ocho kilómetros del trayecto, ya no hablemos de los ochocientos totales. Fast Forward nos dijo que tenía un contacto en una ciudad que nos cogía de camino, alguien que podía ayudarlo a conseguir dinero fácil, y aquello bastó para cuatro personas rebosantes de juventud y de inexperiencia extrema.

Debo confesar que había otro factor que me animaba a emprender la aventura. Algunos chavales del instituto iban pavoneándose de su intención de ir a la playa durante las vacaciones de primavera. Hablo de la pandilla de Bettina Cook, con su ropa de marca, sus tarjetas de crédito de papaíto y los coches que les regalaban con un gran lazo amarillo al cumplir los dieciséis. Chavales que solo tenían que pronunciar las palabras «¡Ey! Vamos a ponernos ciegos en Myrtle Beach» para que ocurriera. A la mitad seguramente les importaba un pimiento el océano y la otra mitad ni se enteraría si acababa perdiendo el conocimiento y espachurrada entre las malditas dunas. No estaba amargado ni nada, yo.

De todos modos, ¿iba a perder la cabeza al creerme que podía jugar en la misma liga de esos chavales, en la de querer es tener? Dori solo había cruzado la frontera del estado para llevar a su padre a especialistas del corazón y del pulmón, y últimamente podía considerarse afortunada si acabábamos en el aparcamiento trasero del Walmart. Yo había sido un capullo al hablarle tanto de aquel viaje, sabiendo que no podía apuntarse. No tengo excusa. Quizá todos los chavales sean así, siempre quieren más y más. Como Maggot, llevando las cosas hasta el extremo por sistema, desesperando a unos pobres abuelos que se casaron a los quince años con la única aspiración de tener hijos y no verlos morir. Nosotros, por el contrario, exigíamos el mundo entero, por Dios. Nos creíamos a la altura de la pandilla de Bettina Cook, mientras Bettina creía ser una Kardashian. Nuestros referentes eran de programas de televisión protagonizados por padres con trabajos e hijos que hacían realidad sus sueños en la gran ciudad, con armarios llenos de ropa y dinero a espuertas. Aquellos chavales, a los que se les perdonaba todo, incluso se drogaban, y es una comedia porque no son pobres. En su planeta nadie te daba la espalda por ser diferente y pedir la luna.

En el nuestro vivías atado a la familia, a unos padres si tenías algo de suerte, o, si no la tenías, a gente mayor que te cuida y a la que acabarías cuidando tú por los siglos. Hay una probabilidad del uno por cien a que estés destinado a la grandeza. Tu gente te apreciará igualmente. Por otro lado, si le das por culo a alguien, lo humillabas o lo asustabas, probablemente ese mismo día acabarías cruzándote con los suyos en algún restaurante de comida rápida o en el aparcamiento de unos grandes almacenes. Y habría consecuencias. Lo

mismo pasaba si querías destacar, los hierbajos que pretenden crecer deben segarse. Así las cosas, uno terminaba por alcanzar una solución de compromiso en lo referente a eso de «sigue el dictado de tu corazón», encontrando un lugar conveniente para todas las partes. Enseñadme este planeta en la tele o en las pelis. De la gente de montaña, los granjeros y la gente del campo, ni rastro ni de casualidad. Ser invisible es una situación en sí. Puede llegar un momento en el que necesites armar un gran escándalo para comprobar si sigues con vida.

La primera noche llegamos hasta un lugar llamado Hungry Mother (Madre Hambrienta). No me lo invento. El viaje había empezado de un modo lamentable y caótico, fruto de la excitación general, y todos tuvimos que tomarnos algo para bajar de revoluciones. Y después necesitamos dormir. Abandonar a Dori había exigido un poco de sexo telefónico combinado con peticiones de perdón, una fórmula que exige más tiempo de lo normal. Total, que solo habíamos avanzado unos pocos condados, estaba oscureciendo y de repente vimos esa señal en la autopista. Hungry Mother no resultó ser un restaurante ni una mujer digna de lástima, sino un parque, con mesas de pícnic y demás. Un lago. Era febrero, no habíamos esperado a las vacaciones de primavera, les sacábamos mucha ventaja a esos niños ricos y estábamos más deseosos que ellos de darle la patada al instituto. El parque estaba vacío, teníamos la zona de pícnic y el lago, todo para nosotros. A la orilla del agua había una gran zona de arena.

—¡Maldita sea, chavales! ¡Es la puta playa! —gritó Maggot, saliendo de la camioneta y desplegándose como una navaja multiusos. Estiró sus largos brazos y se alzó con la punta de los pies.

—No nos precipitemos —le dije.

La arena era de color marrón oscuro, como una alfombrilla gastada que daba la bienvenida al pavimento verdoso del lago. De todos modos, Emmy se puso a cantar «La playa, la playa, *baby*», mientras cruzaba el aparcamiento dando saltitos laterales, un potrillo de largas piernas con unos vaqueros ceñidos y unas botas altas de cuero. A la entrada había una verja cerrada, junto a un pequeño bloque de lavabos y máquinas expendedoras, todo desierto. Fast Forward se encendió un cigarrillo y se apoyó en la camioneta, mirándonos de aquella manera suya, con la cabeza ligeramente inclinada hacia atrás y los ojos entornados.

La zona de arena no tenía más de cuarenta o cincuenta metros de ancho, y a sus extremos se levantaba una cerca, una hilera de troncos atravesados por una cuerda. Más allá, tierra y bosque. Alguien simplemente había volcado un montón de arena con un camión, convencido de que nadie se daría cuenta. Además, aquella playa de pega era todavía más lamentable al estar alfombrada de basura: vasos de bebida aplastados y con pajitas rojas asomando por la tapa, restos negruzcos de una hoguera. Un sujetador blanco desgarrado y medio enterrado en la arena.

Maggot se encendió un porro y se puso a cantar «Margaritaville». Emmy comenzó a hacer bolas de arena húmeda que se deshacían en el aire tan pronto como nos las tiraba. Aquellos dos se carcajeaban como niños pequeños. Tuve un mal presentimiento acerca de sus verdaderas motivaciones para hacer ese viaje.

—Atención, esto no es la playa. Lo sabéis, ¿verdad?

—*Stepped on a cow flop! Blew out my tip-top* —cantaba a la tirolesa Maggot, moviendo las caderas y saltando de puntillas por la arena con sus botas estrafalarias.

Solo para demostrar que el mundo entero estaba en mi contra, en ese momento una gaviota

trazó una curva en el aire y aterrizó a nuestro lado. Grande, blanca, todos sabemos cómo son. Fue dando saltitos por la espuma marronosa de la orilla, mirándome de un modo desafiante.

—Hooola, ¡esto no es una playa! —le grité, pero ella no se inmutó.

Nuestro Hombre Marlboro de pelo rizado permanecía en el mismo sitio, con sus botas de vaquero y una camiseta blanca ajustada y remetida en los vaqueros. Lo cierto es que no me fiaba de él, aunque quizá nunca lo hubiera hecho. No había duda de lo que se llevaban entre manos él y Emmy. Ella había estado flirteando todo el día. Llevaba puesto un vaporoso jersey azul que se abrochaba por la espalda y que parecía diseñado para que uno deseara quitárselo. ¿Cómo había conseguido ponérselo ella sola, para empezar? Fast Forward había conducido con la mano izquierda al volante y un brazo alrededor de ella, pero su aspecto era el de costumbre, el de alguien que espera una oferta mejor. De tanto en tanto le iba pidiendo que le abriera otra cerveza de la caja que llevábamos a los pies.

Vimos cómo tiraba al suelo la colilla del cigarrillo y se acercaba, saltando por encima de la verja de un solo impulso, como si estuviera en una carrera de obstáculos. Buenas rodillas. Los *quarterbacks* dejan lo malo para los otros.

—Vaya, vaya —dijo, empapándose del lugar—. ¿Qué tenemos aquí? Pide y se te concederá.

—No es el océano. No es la playa —dije.

Se acercó al agua. Observé las huellas puntiagudas que iba dejando en la arena. Se inclinó hacia delante y cogió una concha de poliestireno, aplastada, amarilla y manchada de kétchup, y se la acercó al oído.

—Shhh —dijo, llevándose un dedo a los labios y con los ojos bien abiertos—. Se oye el mar.

Cogí una lata de cerveza arrugada y se la tiré a la gaviota, que salió volando.

Emmy nos dedicó una de sus risas embriagadoras. Fast Forward la cogió de la mano, le hizo dar una vuelta sobre sí misma y en un santiamén arrancaron con un *two-step*, el bailecito *country-western*: la mano izquierda de él sobre la de ella y la derecha abierta sobre su espalda, empujándola suavemente hacia atrás a pequeños saltos. Como si estuvieran escuchando a LeAnn Rimes cantar «Can't Fight the Moonlight» y se compadecieran de nosotros si no podíamos. Maggot recogió sus largas piernas y colocó los codos sobre las rodillas, como si fuera una mantis religiosa, y puso una expresión enfurruñada. Era evidente que aquellos dos ya habían bailado antes. Emmy habría insistido. Parecían una pareja de cine, Emmy sincronizada con los pasos de él, la espalda arqueada y sonriéndole. En el bolsillo trasero de Fast Forward se dibujaba la silueta de una cartera abultada. Fueron dando giros por la playa y luego él la levantó por la cintura y la puso sobre uno de los troncos de la cerca. Emmy juntó las manos y las alzó por encima de la cabeza, sosteniéndose de pie en un alarde de equilibrio, con la luz de la luna brillando a través de los negros pinos a su espalda. La viva imagen de la perfección. La aguja de una iglesia.

Entonces Fast Forward la cogió por la cintura y se la colocó a la espalda, como si fuera un saco de grano, mientras Emmy reía y pataleaba, y así la belleza del momento llegó a su fin.

Con ese nombre, Hungry Mother parecía estar riéndose de nosotros. No habíamos comido en todo el día. Decidimos que Fast Forward y Emmy irían al pueblo a por unas pizzas o algo así. Hicimos una colecta que recogió Fast Forward, y Maggot y yo nos quedamos tirados en esa playa falsa, como si formáramos parte de la basura escampada. Arrastramos un tronco hasta la orilla para sentarnos. La forma de la luna era más ovalada que redonda, pero eso no parecía restarle un ápice de orgullo, desplegando un brillante caminito plateado por la superficie del

agua hasta nuestros pies. Subid a verme, nos decía la luna. Teníamos los rostros y los cuerpos pintados de plata. Mirar a Maggot de reojo, con su nariz y su barbilla contorneados por la luz, me hizo reparar en que ya no era un crío. Había crecido y la barbilla, cuadrada y afeitada, y la nuez se le marcaban. Y me daba la impresión de que no se había puesto tanto maquillaje. Quizás eso fuera todo cuanto deseaba ser en aquellos momentos: unas pestañas largas y oscuras por las que sus primas habrían matado. Me pregunté si estaría enamorado de Fast Forward. Como el resto de nosotros.

Nos quedamos sentados como dos bultos sobre aquel tronco, dejando que la luna nos embelleciera. Para ser honestos, todo allí era bonito, pese a que yo lo odiara por no ser el lugar que quería que fuese. Al otro lado del agua centelleante, una montaña en forma de cono y cubierta de pinos se alzaba hasta la mitad del cielo. Un anillo velloso recubría la luna. Hacía cada vez más frío.

Maggot lanzó un grito en dirección a la montaña.

—¡¿Quién anda ahí?!

Volvíamos así a los años dorados en los que jugábamos a ser los reyes del mundo.

—¡Nadie por aquí excepto unos muertos de hambre! —grité.

Estuvimos un rato gritándole a la oscura montaña con la intención de oír nuestro eco.

—¡Soy una madre hambrienta! —gritamos.

«Hambrienta hambrienta hambrienta». «Madre madre madre».

El eco solo estaba dentro de nuestras cabezas, y gracias a un porro. La verdad es que no importaba lo alto que gritáramos. Allí no volvía nada.

Emmy y Fast estuvieron fuera una eternidad y regresaron con una pizza grande y fría y las caras rojas, como si se hubieran estado liando. Tenían el pelo alborotado. Me fijé en que los botones de la espalda del jersey de Emmy estaban mal abrochados. Nos comimos la pizza en la playa, cosa que no recomendaría a los turistas por… la arena. Habíamos llevado unas cuantas mantas con la idea de acampar, pero al sentarnos en la playa las tuvimos que usar para envolvernos en ellas. Maggot y Emmy se habían traído las colchas que la señora Peggot tejía para sus nietos con retales de la ropa que se les había quedado pequeña. Yo solía tumbarme sobre la de Maggot a recordar los buenos tiempos, como aquella vez en la que se había desgarrado unos pantalones de pana jugando sobre las escombreras de Ruelynn.

Después de cenar nos planteamos durante apenas diez segundos dormir al raso en una zona de pícnic. La temperatura bajaba a saco. No se veía un alma por aquel parque. Encontramos unas cabañas y forzamos la puerta; en nuestra defensa diré que no estaban cerradas con llave. Las literas tenían colchones sin sábanas que olían a meado de ratón. Podría haber sido peor.

Los demás cayeron redondos. Noté que, además de su voz, los ronquidos de Maggot también habían cambiado. Fast y Emmy se habían pedido las camas de arriba y de ellas no llegaba sonido alguno, o sea, que el ñaca-ñaca ya había pasado. Yo solo podía pensar en Dori. En cómo habría pasado el día con Vester, en lo capullo que había sido por abandonarla. Pese al frío, tenía unos sudores raros, por lo que me levanté a tomarme una pizca de oxicodona para evitar las cagaleras nocturnas. Solo me había traído unas pocas pastillas. Fast Forward se había mostrado inflexible por si la policía nos paraba, autorizándonos a traer únicamente marihuana y cerveza. Una vez en Richmond, conseguiríamos material del bueno, tenía un negocio montado; él cuidaría de nosotros. Supuse que lo escondería en los tapacubos o que se lo engancharía con cinta adhesiva a alguna parte del cuerpo. Tenía mucho mundo. Me pregunté

si su socia no sería Mouse, la amiga enclenque y mandona que había sacado su mercancía de tubos de Pringles en la fiesta del Cuatro de Julio. Había dicho que era de Filadelfia, pero no podía descartarse que el ratoncito hubiese cambiado de madriguera.

Enseguida noté cómo la oxicodona calmaba mis revoltosas tripas, pero no mi cerebro. No podía dormir. Demasiado lejos de casa, demasiado olor a meado de ratón. Me envolví en unas mantas y salí al porche. Hacía el mismo frío dentro que fuera. Tomé asiento en una mecedora y dejé que los ojos se me acostumbraran a la oscuridad. Me sorprendió ver que se abría la puerta y emergía un nuevo capullo hecho con mantas, sigiloso como un gato. Emmy. Recordé aquellas noches en el apartamento de June en las que se escabullía de su dormitorio para tumbarse a mi lado, en mi fortaleza levantada con almohadas. Había llovido muchísimo desde entonces. Se sentó en otra mecedora. No distinguía ninguna parte de ella, solo el estampado de su colcha infantil.

—Ey —dijo—. La luna ya se ha acostado. ¿Por qué nosotros seguimos despiertos?

Guardó silencio durante un buen rato.

—Un tipo ha amenazado de muerte a mamá —acabó diciendo.

—Dios mío. ¿Quién?

—Un colgado de las pastillas. No es el primero, pero esta vez fue hace pocos días. Y ahora Maggot y yo nos hemos largado sin decirle nada, por lo que debe de estar en casa despierta, muerta de preocupación, mientras un chiflado podría estar acechándola para volarle la cabeza con un rifle M-10.

Su sorprendente conocimiento sobre armas de fuego hizo que aquella frase sonase todavía más perturbadora.

—¿Por qué iba nadie a querer hacerle daño a June? Si es Miss Popularidad del condado.

Un extremo de la colcha bajó un poco y asomó la cara de Emmy.

—No tienes la menor idea de lo que tiene que soportar. Cada día se le presenta gente exigiendo que les recete medicamentos. Son capaces de decirle cualquier cosa para conseguir calmantes. Piedras en el riñón. Se encierran en el baño y se hacen sangre en un dedo para mezclarla con la muestra de orina. Ella sabe que van probando con diferentes médicos, pero si se niega, algunos se ponen muy desagradables. Gritan, la llaman puta miserable.

No podía imaginármelo. O sí, pero me negaba a hacerlo. La desesperación no me era una sensación ajena.

—Esto los hombres. Las mujeres son más astutas, se cuelan en su consultorio y se escabullen con el bloc de las recetas antes de que entre a verlas.

Emmy se llevó una mano a la boca. Recordé que se mordía las uñas hasta hacerse sangre y que June se las pintaba con yodo para que parara. Yo ahora no tenía nada que ofrecerle.

—Mamá me dice que la mitad de esa gente no sabe que es adicta. Empezaron a tomar lo que les recetó algún médico y ahora las ansias les pueden y ni siquiera saben lo que les pasa. Lo único que saben es que mamá no les da lo que necesitan y ahora se sienten como si fuesen a morirse. ¿Por qué no les ayuda y punto?

Todo eso hizo que me entraran ganas de ir a por más pastillas. Sé que suena enfermizo. Me pregunté si Emmy sabría lo enganchado que estaba. Pero ella estaba en sus propias mierdas. Me contó que en Knoxville June podía derivar a estos pacientes a algún lugar en el que los ayudarían, pero que aquí el seguro solo les cubría las pastillas.

—No deberíais haber vuelto si las cosas os iban mucho mejor en Knoxville.

—Qué va, en aquel hospital era muy infeliz. El jefe de médicos era un tipo de ciudad que se había graduado en Johns Hopkins y que trataba a las enfermeras como si fueran medio idiotas.

Lo había olvidado. A June la llamaba Loretta Lynn. Emmy dejó de balancearse en la silla.

—En cualquier caso, mamá asegura que hogar solo hay uno, que es el lugar en el que debe estar para atender a los necesitados.

Emmy se llevó la manta a la cara y se limpió la nariz. No me había dado cuenta de que estaba llorando.

—De todas maneras, es una mierda —le dije—. No se merece que la traten así.

—Probablemente haya llamado a Hammer para que vuelva y que no la asesinen. Probablemente esté ahí en este mismo momento.

Empezó a llorar sin molestarse en disimular.

—¿Qué pasó con Hammer? Estuvisteis prometidos como durante un minuto.

Mala decisión. Las lágrimas de Emmy se convirtieron en cascadas. Le pedí perdón, pero ella no cesaba de repetir que era una persona horrible. Una y otra vez. Le dije que parara, que era una persona encantadora, igual que June.

—No, no lo soy.

Respiraba de forma entrecortada, como suele ocurrir cuando uno acaba de llorar. La señora Peg lo llamaba «arrugar la nariz». Al cabo de un minuto, me preguntó si conocía a Martha Coldiron.

—¿Te refieres a la chica gótica? —Pese a la oscuridad que nos rodeaba, noté que había metido la pata—. Lo siento, había olvidado su nombre. Sí, la conozco. La peluquera de Maggot.

—Martha está preñada.

—Dios mío. Maggot no ha tenido nada que ver, ¿verdad?

Emmy resopló.

—De acuerdo, Maggot descartado. ¿Qué va a hacer? ¿Casarse?

—No lo soporta. No me ha dicho quién es, únicamente que es un capullo y que ahora se siente como si tuviera el mal dentro, igual que en *La semilla del diablo*. Dice que si no pudiera deshacerse de él, ya se habría matado.

—Madre de Dios. ¿Y cómo has acabado en medio de todo esto?

—Viene mucho por casa. Puede que Maggot sea su único amigo. Le dije que mamá la podría derivar a una clínica gratuita y que no la juzgaría porque ese es su trabajo. Pero Martha piensa que basta que se entere un adulto para que lo hagan todos. Y si su padre se entera, puede darse por muerta.

—Joder. Está metida en un buen follón.

—Se llama «un aborto». La llevé en coche hasta Knoxville para que nadie se enterara. —Empezó de nuevo a mecerse en la silla, puede que con más furia—. Demon, soy una persona horrible. Cuanto antes te hagas a la idea, mejor para ti.

—¿Por qué? ¿Por el bebé de Martha?

—No, eso probablemente sea lo mejor que he hecho por alguien en muchos años.

—¿Y qué? —En ese momento pensé de un modo absurdo en el brazalete de serpiente que le regalé. Me pregunté si seguiría llevándolo ceñido al tobillo.

—Le mentí a mamá. Le conté que iba a Knoxville a un concierto de Kathy Mattea. No paro de mentirle. Estar aquí es una mentira más. Detesta a Fast Forward.

—Solo es June haciendo de June. Siempre te ha tratado como a una figurita de porcelana.

—No, es por él. No es que odie a todos los tíos, Demon. Tú le gustas. Adora a Hammer Kelly. Rompí con él porque era demasiado bueno para mí. Se merecía a alguien mejor.

Yo me conocía los bajones anímicos de Emmy. Iba a necesitar desahogarse para superar este. Me contó que June estaba muy preocupada por Maggot, lo que no era ninguna novedad. Pero Emmy estaba más al tanto que yo sobre dónde conseguía las metanfetaminas. Ahora le iba más el cristal que la oxicodona. Por entonces aún hablábamos así, decíamos «lo que nos va más», como si se tratara de un pasatiempo. Me enteré de cosas que no quería saber, de con quién se acostaba Maggot a cambio de drogas, por ejemplo. El cerebro se me quedó frito. Dios mío. Maggot. Aquel chaval de cuerpo desarrollado, pero que apenas había dejado atrás los Legos y los Vengadores.

Al cabo de un rato, Emmy volvió a la cama. Yo me quedé fuera, hasta que el cielo empezó a blanquear por los extremos. Las noches de invierno son demasiado silenciosas, todas las pequeñas vidas están congeladas o escondidas. Las compadecí. Pensé en la señora Peggot, tejiendo esas colchas para sus hijos y nietos. Las mejores personas del mundo. Excepto los dos desafortunados, Humvee y Mariah. Y entre todos los primos, las únicas manzanas podridas resultaron ser las suyas, Emmy y Maggot, pese a que otros los acogieron y criaron bien. Yo había conocido parte de esa amabilidad, los Peggot, la señora Betsy, el entrenador. La historia de Fast Forward, tres cuartos de lo mismo. Muchos se habían esforzado con nosotros, pero habíamos salido de unas madres demasiado hambrientas. Cuatro demonios engendrados por cuatro corazones diferentes, pero igual de famélicos.

46

Cuatro, en la cabina de una camioneta, éramos multitud. Una cosa era atravesar la calle principal del pueblo una noche de fiesta, pero hablamos de cruzar todo el estado de Virginia con las piernas que se te dormían y respirando el aliento a cerveza rancia del de al lado. Emmy era quien más se quejaba, pese a haberse apuntado en el último momento. Decidimos que después de poner gasolina uno de nosotros iría en la plataforma.

Yo estaba obsesionado con no parar hasta dejar atrás Christiansburg. Les expliqué cómo mi anterior intento por ver el océano había terminado allí, contra un muro de canciones religiosas y vómito. Todos me tildaron de supersticioso e insistieron en que debíamos echar gasolina. Tomamos una salida anunciada con los típicos carteles: gasolina y comida. Y universidades. Dos. Me sorprendió que estuvieran tan pegadas. Pensé en Angus. Después de cumplir con los dos años en Mountain Empire, estaba decidida a marcharse a estudiar a una universidad de verdad. Quizás acabara en un centro cercano, no donde Jesús perdió la zapatilla. De todas formas, ¿con qué tipo de gente se juntaría? La universidad podía cambiarla. Llegaría un momento en que ya no regresaría.

Fast Forward me pidió que llenara el depósito mientras él entraba a pagar. Maggot y yo despejamos la plataforma de la camioneta para hacer sitio a un pasajero. Estaba hecha un desastre porque, a falta de maletas, todos habíamos tirado nuestras cosas ahí. Probablemente Emmy sí tuviera una maleta, pero no la trajo porque habría levantado sospechas. La gasolinera estaba muy concurrida. En el surtidor a nuestras espaldas había un tipo trajeado y con un pañuelo azul asomándole por el bolsillo de la pechera, como si fuera el presidente de algo, que llenaba el depósito de su BMW. Al otro lado de los surtidores apareció un Mercedes todoterreno con algún tipo de embarcación, pequeña, de plástico y de color verde eléctrico, amarrada a la baca. Un chaval alto y delgado con el pelo recogido en un moño salió disparado del interior, como si repostar fuera un deporte olímpico, y no paró quieto ni cuando estaba pagando con la tarjeta de crédito. Llevaba unos pantalones cortos de deporte encima de unas mallas largas de neopreno y unas zapatillas de goma con dedos individuales. En serio. Como si hubiera nacido con pies de goma.

Ayudé a Maggot a construir un nido con las mantas, las bolsas de la compra llenas de ropa y las cajas de cerveza. Él iba a ir en la plataforma. Yo habría lanzado una moneda al aire, pero se había presentado voluntario. Sus ansias por impresionar a Fast Forward habían descubierto su lado oculto: generoso y de buena disposición. Además, se habría metido algo para soportar el largo día que tenía por delante, ya que parecía que tenía prisa por arrancar. Mientras yo llenaba el depósito, Maggot daba saltitos entre las pilas de bolsas, como si estuviera montando un caballo salvaje, y golpeando un lateral de la camioneta al grito de «¡Arre, subíos, terneritos! ¡Yijaaa, chavales!», etcétera. Emmy le pidió repetidamente que se callara y, como no lo consiguió, se fue al baño. Yo lo ignoré. El presidente del pañuelo devolvió la manguera al surtidor y puso los ojos en blanco mientras entraba en el coche. El del moño asomó la cabeza entre los surtidores y se nos quedó mirando.

—¿De qué va esto, tíos? ¿Estáis rodando un capítulo especial de *Jackass*?

El chaval estaba allí, en zapatillas de goma y llenando el depósito de su todoterreno de

ochenta mil dólares para darse una vueltecita en su puñetera barquita y nosotros éramos los raritos.

Fast Forward y Emmy volvieron y reemprendimos la marcha en dirección este. Océano Atlántico, allá vamos.

Pero antes de eso, Richmond. Fast Forward traía anotadas unas indicaciones muy confusas. Pasamos por la zona de la ciudad que abarcaba el rascacielos y el castillo maldito, atravesamos un gran río y un área residencial para acabar cruzando por el mismo puente. Fast Forward estaba cabreado. Habíamos tardado en ponernos en marcha, y después de cinco horas de carretera ya estaba oscureciendo. Fast Forward paró y llamó por el móvil. Él y Emmy fueron los primeros del grupo en tener uno. Intentaba localizar a Mouse. Después de la llamada empezamos a dar vueltas alrededor de otro tipo de castillo maldito, bloques de apartamentos de ladrillo, todos idénticos, y más personas negras de las que había visto en mi vida. Se estaban encendiendo las farolas. Fast Forward volvió a aparcar, esta vez junto a una plaza asfaltada con bancos y columpios, protegidos por una verja metálica bien alta. Ni idea de qué se pretendía mantener dentro o fuera con esa verja. Había chavales allí, los mayores jugando al baloncesto, todos ellos negros, del mismo modo que de donde veníamos éramos todos blancos, y, vista la calle, igual de pobres. Todos vivían donde habían nacido. Puede que para mezclarse haya que pagar más.

Fast Forward debió de pensar que no podíamos oír sus gritos a Mouse fuera de la camioneta. Una niña pequeña dejó caer al suelo su *hula hoop* amarillo y se lo quedó mirando a través de la verja. De la cabeza le salían disparadas unas trencitas, como un dibujo animado que expresa sorpresa. Estuvimos mirando a los chicos jugando al baloncesto a la declinante luz del día, admirando sus curiosos peinados y sus fantásticas zapatillas deportivas.

El resultado de todo esto fue que no llegamos del mejor humor a la morada de Mouse. Si es que era su casa, para empezar. Había otros dos tipos allí, uno de ellos una especie de gigante, tan alto como bajita era ella. El otro no se levantó del sofá, así que vete tú a saber. La casa tenía un porche, un camino de entrada, un sitio de lo más normal si obviabas el hecho de que, a los lados del edificio, a muy pocos centímetros, se levantaban otras casas. Allí la gente podía asomarse un poco por la ventana de su cuarto y darse la mano con el de enfrente. La Biblia dice que debes amar al prójimo, y uno pensaría que la gente de ciudad sabe cómo ponerlo en práctica, pero en los dos días que estuve allí no vi nada que lo demostrara. Persianas cerradas, el ruido de perros ladrando.

Mouse no estaba precisamente entusiasmada con que Fast Forward se hubiese presentado con su «club de fans menores de edad», palabras textuales. Se quedó de pie en medio del salón, mirándonos con los ojos entrecerrados a través del humo de sus cigarrillos y a la espera de alguna explicación. Nadie sobre la faz de la tierra trataba con altivez a Fast Forward, aparte de esa mujer de ciento veinte centímetros con largas garras rosas y vaqueros de pedrería. Cuando llegamos iba descalza, pero fue rápidamente a ponerse unas botas altas, por lo que ahora medía ciento treinta centímetros.

—¿Cómo sé que no van a ir a contarle a mamaíta que vendo droga? —preguntó.

Fast Forward sugirió que nos metería una bala entre las cejas si lo hacíamos. Emmy soltó una risita aguda, como si alguien le hubiese dado un puñetazo en el estómago.

—Nuestras madres están muertas —le aclaré.

Maggot me miró con los ojos fuera de las órbitas.

—Bueno, espera, una de ellas está en la cárcel para mujeres de Goochland. Perdona, tío, no pretendía ofenderte.

—No lo has hecho.

Fast Forward recuperó su hombría y le dijo a Mouse que tenía contactos lucrativos en una parte inexplorada del estado y que sin duda podía llevárselos a otro lugar. Maggot le dijo que si tenía pensado que todos durmiésemos en esa pocilga íbamos a necesitar suerte para dar con un rincón en el que hacerlo. No le faltaba razón. El sofá estaba roto por la mitad y había bolsas de basura, grandes y llenas a reventar, apiladas contra la pared. Abandonada en un rincón, una lámpara de pie sin bombilla ni pantalla.

El gigantón se llamaba Leon y no estaba del todo bien de la cabeza. Salió de la cocina con un gato amarillo en brazos y lo puso sobre la mesa de cristal que quedaba frente al sofá.

—Aquí tenéis —nos dijo con una sonrisa. Vestía una sudadera con capucha y unos bóxers, y tenía un físico reconocible: mala dentadura, pecho hundido, dos alambres por piernas.

Después de que Leon rompiera el hielo, Mouse puso los ojos en blanco y dijo: «Como queráis». Apartó al gato de un manotazo y esparció un poco de cocaína sobre la mesa para que todos nos sentáramos a esnifarla. Todos menos el ojito derecho del entrenador, que se quedó inclinado hacia delante en un rincón, con los ojos cerrados y una mano sobre la cara. Era la primera vez que veía a Fast Forward drogarse, solo lo había visto tomar cerveza y fumar marihuana. Emmy parecía dudar, pero Maggot se lanzó como un profesional. Luego noté la mirada de Fast Forward fija en mí, pura presión, y entendí que aquello era una cuestión de cortesía. Como cuando la señora Peggot te cocinaba sus pastelitos de jamón: o te quedabas a comértelos o no eras de los suyos. Así que me puse a ello y la cocaína me frio el cerebro. Ya estaba en una especie de duermevela porque no había dormido desde que salimos de casa, pero ahora la situación tomó un cariz de pesadilla, con unas perspectivas de descansar entre escasas y nulas. Para que conste en acta, jamás disfrutaré de la sensación del corazón saliéndote por la boca.

No creo que nadie durmiera mucho aquella noche. A Maggot y a mí nos tocó una habitación con una bicicleta como único mueble. Sacamos nuestras mantas y de almohadas utilizamos las bolsas de plástico con ropa, pero ahí dentro olía a gasolina y yo no dejaba de ver explosiones dentro de mi cabeza. Una explosión detrás de otra. Maggot me dijo que me tranquilizara, que solo era olor a culo y de ruedas de bici. Uno de sus superpoderes consistía en poder dormir en medio del mayor de los subidones. Eso y roncar. No sabía qué estaría tramando Fast Forward. Una parte de mí pensaba que tenía que ir al rescate de Emmy, pero el resto se decía: «¿Quién te has creído que eres? Emmy tiene al mundo bien cogido por los huevos».

En aquella casa había movimiento a todas horas, se veían luces de coches en la entrada. Alguien debía de tener una fijación con Ja Rule, hasta el punto de que «Always on Time» se convirtió en la banda sonora que me ha taladrado el cerebro en las noches de insomnio por siempre jamás. Oímos gritos y llegó un momento en que Maggot salió a investigar qué es lo que pasaba. Volvió diciendo que no era nada, solo unos individuos discutiendo porque alguien le había dado menos mercancía a un tercero, a lo que se sumaron los gritos del tipo del sofá. Le pregunté por qué gritaba y me dijo que estaban sacando varios muebles al patio y que su sofá formaba parte del lote. Entendí que aquel era uno de esos sitios de los que uno oye hablar, donde la gente acostumbra a acabar acuchillada y demás. Cuanto más tiempo pasaba sin

dormirme, más aumentaban las visiones de explosiones de combustible y gente acuchillada. Los minutos parecían horas, y las horas, bolsas de mierda encima de mi cráneo. Mi paciencia tuvo un límite y acabé tomándome cuanto había traído conmigo para tranquilizarme, más un miligramo de Xanax que Dori me había añadido por sorpresa. Semejante desperdicio haría que el efecto se me hubiera pasado al llegar a la playa. En el horizonte se perfilaban vómitos y sudores fríos, dispuestos a cagarse en mi gran momento.

La peor parte me la vi venir. Fast Forward estaba perdiendo interés en la playa, si es que alguna vez lo había tenido. Dedicó buena parte de la mañana siguiente a negociar con Mouse, y la tarde a trastear bajo su camioneta con una caja de herramientas, un destornillador y dos rollos de cinta aislante. Maggot y yo nos sentamos en el porche a fumar hierba y observarlo entregándose a sus labores. Hubo un desfile continuo de personas por la acera y nadie prestó la menor atención a las botas Tony Lama que sobresalían por debajo de la F-100, como si aquello fuera el pan de cada día. Creedme que si la escena hubiese tenido lugar allá de donde veníamos, en menos de diez minutos nos habría rodeado una multitud, niños curiosos y viejos ofreciendo consejos gratis y herramientas de primera. Pero a la gente de ciudad se la soplaba.

Más tarde fuimos en coche a visitar los lugares típicos de Richmond: estatuas, edificios oficiales, etcétera. Comimos en Popeyes. Allí fue donde Fast Forward nos soltó que habíamos perdido demasiado tiempo por el camino y que debíamos poner rumbo a casa a la mañana siguiente. Con el puñetero océano a una hora de distancia, dos a lo sumo, y mi sueño de nuevo hecho trizas. Hijo de puta. Yo estaba rabioso y sin ganas de dirigirle la palabra a nadie, además de harto del olor a gasolina, así al volver a la casa anuncié que esa noche dormiría en la plataforma de la furgoneta. Mouse dijo que estaba loco, que si ella ya no se sentía segura durmiendo en aquel vertedero, imagínate hacerlo en la calle. Daba la impresión de que aquella no era su casa, que ella no era más que una visitante increíblemente mandona, lo que sonaba razonable. Sus uñas habían sido objeto de más mantenimiento que cualquier rincón del inmueble. De todos modos, lo hice, salí a la calle y dormí.

El trayecto de vuelta fue horrible. Fast Forward no dejó de presumir acerca de toda la droga que había conseguido, mientras que el resto nos lamíamos las heridas. La pareja feliz debía de haberse peleado, porque Emmy pidió sentarse junto a la ventana y conmigo en medio. Por suerte, hicieron las paces en la primera gasolinera, pero noté que ella estaba dolida. Todos lo estábamos. Maggot se comportó como un lunático, cantando, grogui o lanzando besos a los camioneros desde su trono trasero. Yo jamás me había sentido tan furioso, sobre todo conmigo mismo por creer en sueños estúpidos. Además, la abstinencia me golpeó tan fuerte que tuve que tragarme la vergüenza y pedir paradas extra para ir al baño. De no haberme estado esperando Dori para salvarme, no me habría importado morir ahogado en el retrete de un aparcamiento para camiones.

Pobre Dori, la había abandonado para nada. Nos llevó una eternidad llegar a casa. Fast Forward respetaba los límites de velocidad, sin duda pensando en su alijo, a lo que se sumaba que uno no querría que lo parara la poli con un lunático perdido en la plataforma de su camioneta. Para algo existen las normas. De modo que me dejaron en casa tarde, ya de noche cerrada. Y allí estaba ella, de pie bajo la luz del porche, con su rostro de helado y su pelo reluciente, un enorme jersey abotonado a lo largo de su cuerpo perfecto. Nos metimos dentro, empezamos a besarnos y Jip se quedó con los dientes trabados en la pernera de mis vaqueros, obligándome a sacudírmelo de encima, enviándolo rodando al otro extremo de la habitación.

—Lo siento, cielo —le dije, ella me dijo que Jip no pretendía molestarme y yo dejé que se lo creyera.

Aquel pequeño demonio creía haberme perdido de vista para siempre. Dori me pidió que le enseñara fotos; mierda. No se me había ocurrido hacer ninguna y no tenía ni idea de dónde había acabado la cámara de fotos de Angus. Probablemente alguno de los novios chungos de Mouse ya la habría empeñado.

Dori me dio lo que necesitaba, me dejó acurrucarme entre sus brazos hasta que me sentí curado, me quedé dormido y en la gloria. Me desperté sabe dios cuántas horas después. Dori había encerrado a Jip en algún lugar del exterior, posiblemente por primera vez. De verdad que la relación entre ese perro y su dueña iba más allá de las palabras. Pero ahora yo era su favorito. Varias partes de mí reconectaron con el mundo de los vivos. Vester dormía en la planta de abajo, ni rastro de Jip, teníamos la casa para nosotros y, cuando ya estábamos metidos en harina, sonó el teléfono, joder.

Era Angus. Me quedé de pie en el pasillo, con un frío que pelaba, en calzoncillos y con una erección a medias, tratando de entender por qué era tan importante que acudiera a la casa del entrenador. Ese mismo día. Nadie había muerto, aún, me dijo, pero al entrenador le había llegado que llevaba una semana sin aparecer por el instituto. Conseguí averiguar que algunos o todos los profesores pensaban que ya no estaba matriculado. Le pregunté que qué coño le había dado al entrenador para controlar mis movimientos fuera de temporada, y Angus me contestó que estaba siendo un estúpido con todas las letras. Él se preocupaba, ¿vale? Estaba hablando de aplicarme de nuevo las normas de la temporada de fútbol. Toque de queda y confinamiento. Angus me dijo que se le habían acabado las excusas para cubrirme las espaldas y que haría bien en presentarme a cenar dispuesto a lamerle el culo. Colgué y pensé: estoy acabado y Angus se alegra vete a saber por qué. Que le den.

Le prometí a Dori que se lo compensaría, pero que quizá debía pasar la noche en casa del entrenador. Cogí una pila de ropa sucia, ya que la lavadora de casa de Dori se había estropeado. Y no recientemente. Teníamos que haber hecho algo, pero Dori decía el trasto había sido de su madre y le tenía cariño. Se le daba de fábula ir apilando cosas. Era demasiado buena para este mundo.

No tuve que esperar a la cena para que se desatara la tormenta. Estaba en el cuarto de la lavadora, separando las prendas blancas de las oscuras, con la intención de no alterar el sistema de pilas de Mattie Kate, cuando apareció U-Haul. El viejo truco de acercarse a hurtadillas y en calcetines. De golpe me tenía entre la espada y la lejía.

—¡U-Haul! ¿Puedo ofrecerte un chupito de lejía?

—Ja, ja, ja. —Su risa te hacía pensar en el gañido de un zorro—. El tema es que me pillas en una posición comprometida. Por culpa del entrenador. Me ha encargado una tarea.

—Ah, qué bien. Puede que con eso y dos dólares te dé para un café —le dije. Más que cansado debía de estar medio muerto, pues mi comentario había sido digno del señor Peg.

—Un trabajo —dijo entre dientes—. Voy a utilizar un lenguaje sencillo para que me entiendas.

—Un trabajo. ¿Además de la misión celestial que supone llevar la mierda de la gente de un sitio a otro?

Sus ojos escupían fuego.

—Tú, puto drogata. Tu mierda es de lo que debo encargarme y no me gusta un pelo. El

entrenador me ha pedido que te vigile muy de cerca. Quiere que compruebe si soy capaz de ponerte las pilas o si resulta que sigues siendo la basura que me pensaba.

Nadie en su sano juicio habría querido tener los ojos de U-Haul tan cerca de los suyos como yo en aquel momento. Pecas esparcidas por toda la cara como salpicaduras de sangre, párpados incluidos. Le di la espalda y metí algunas prendas oscuras en la lavadora. Cerré la tapa y me volví a girarme hacia él.

—De acuerdo. Recuérdame por qué debería temer a un puto chico de los recados.

Se apartó como si le hubiera dado una patada en los huevos.

—Asistente del entrenador.

—Ya, todos nos hemos estado preguntando a quién le chupaste la polla para conseguir el ascenso. Al entrenador seguro que no, eso lo tengo claro. Él tiene principios.

—No sabes una mierda sobre él.

—Yo diría que sí.

U-Haul movió la cabeza y los hombros, luego entrelazó los brazos, agarrándose las manos.

—Y yo te digo que si eres incapaz de saber cómo me subió de categoría, entonces la respuesta es que no. Puede que sea tu puto papaíto legal, pero soy yo quien le lleva los números y también la cuenta de los botellines de cerveza que se toma. Lo conozco. Y escúchame bien, chaval, hay cosas que no quiere que se sepan.

—El entrenador se emborracha de tanto en tanto y pierde el conocimiento. No hay ninguna ley contra eso.

—Apropiación indebida, por poner un ejemplo gordo. Malversación.

—No te lo crees ni tú.

Intenté salir del lavadero, pero no dejó de interponerse en mi camino, bloqueando la puerta con su cuerpo larguirucho. Pensé en derribarlo, pero al fin se apartó.

—No sabes una mierda —me dijo—. El entrenador tiene suerte de contar con un adulto a los mandos de esta casa y que cuide de la mercancía.

—Así que yo soy mercancía.

—Tú eres un mierda. Me refiero a algo muuucho más sabroso.

Presionó la lengua contra la parte superior del labio, hizo el gesto de agarrar el aire que lo rodeaba con ambas manos y empezó a embestir con las caderas. Si hay una sola imagen que ningún ser humano quiere tener en la cabeza es la de U-Haul simulando tener sexo. Me entraron ganas de vomitar. Y entonces lo pillé, lo de la mercancía. Se refería a Angus. Mi hermana. Iba a tener que partirle su asquerosa jeta.

47

Vester murió durante las heladas del principio de la primavera. Abril, el mes de las oraciones compungidas para que la tierra dé sus frutos, con los bellos cornejos y ciclamores del Canadá brotando en los flancos de los caminos y nuevas hojas verdes iluminando las montañas. Luego llega una helada tardía que lo ennegrece todo, todos los frutos de ese año mueren antes de brotar. Imagino que es un momento propicio para morir. Si es que has dejado de creer en la llegada de los frutos.

Ni Dori ni yo éramos novatos en lo de que se te mueran seres queridos. Pero ella no daba señales de poder superar aquello. No dejaba de llorar y de temer haber podido causarle una sobredosis por accidente. Las enfermeras habían descargado sobre sus hombros demasiada responsabilidad, la morfina, los parches de fentanilo y las pastillas que debía machacar y suministrarle con un gotero. No había sido culpa suya, y mucho menos la tormenta de hielo que había cortado la electricidad. Se mostró aturdida y agitada por teléfono, repitiendo que estaba dormida y que al despertar notó que la casa estaba helada y que la máquina de oxígeno había dejado de funcionar y que no había podido encenderla de nuevo. Le dije que colgara y que llamara a una ambulancia, pero ya era demasiado tarde. Tenía que haber estado allí.

El funeral fue tan desastroso como el de mamá. Una tal tía Fred, con sus botas L. L. Bean, acompañada de una hija en plan miniyó, condujo desde la ciudad de Newport News para encargarse de los preparativos. No teníamos ni idea del estado en el que estaba Newport News, sonaba a marca de cigarrillos. Dori apenas conocía a esa gente. Echaron un vistazo rápido a la casa con sus narices arrugadas a juego y fueron a buscar un Best Western. La iglesia, los himnos, el traje que lució en el ataúd…, todo lo decidió la tía Fred. La hija que había sacrificado su vida entera para llevarlo en coche a sus citas médicas y que le había dado de comer no tuvo ni voz ni voto. No dejó de llorar durante toda la ceremonia. Cerraron el ataúd y lo enterraron, y yo tuve que sujetarla con fuerza para evitar que se uniera a él. Durante las semanas siguientes no dejó de acudir a su tumba embarrada. Odio confesarlo, pero tuve celos de un muerto.

Una vez la tía Fred lo tuvo bajo tierra, convocó a los empleados de la tienda y a un abogado para hablar sobre la situación financiera. Mala. La tienda iba a venderse para saldar las deudas. La casa estaba pagada por completo gracias al acuerdo alcanzado años atrás con el tema del asbesto. Dori era libre de quedarse si quería, aunque todos los gastos correrían a su cargo. También se beneficiaría de una pensión de la Seguridad Social de su padre, pero solo hasta cumplir dieciocho años, para lo que apenas quedaban cinco semanas. Ni siquiera merecía la pena ponerse con el papeleo. En un abrir y cerrar de ojos, la tía Fred ya estaba de regreso en Newport News, adiós muy buenas.

La vida entera de Dori había consistido en cuidar de Vester. La gente de la asistencia sanitaria a domicilio vino a llevarse la cama de hospital y todos los trastos de su enfermedad. Dori aulló de dolor. La máquina de oxígeno había sido como el latido de un corazón resonando a todas horas a través de las paredes. Ni os lo imagináis. Ahora la casa estaba muerta. Dori se sentía perdida y necesitaba mucha ayuda para dormir. Intenté verle el lado positivo, como que ahora podríamos llevar una vida normal, salir de fiesta o ir al autocine. Le dolió y me acusó de bailar sobre la tumba de Vester. Toda la diversión que anhelaba era tomarse otra ronda de

pastillas y que el Cadillac la condujera al país de los sueños.

Más malas noticias: nuestra situación farmacológica se fue a pique muy rápido. Todas esas cosas legítimas de las que había existido un suministro continuado —los parches, las pastillas de morfina, las oxicodonas de ochenta y cuarenta miligramos, las diferentes pastillas para los nervios de Xanax, Klonopin y demás— se volatilizaron de la noche a la mañana. No pretendo dar la impresión, que Dios me ampare, de que Dori le sacaba las pastillas de la boca a su padre, pero, dada la manera en que los médicos recetaban a un moribundo, abundaba el material. A este respecto, Dori se mostraba como una ama de casa de lo más astuta. Un ejemplo: cada mes su padre recibía un frasco de oxicodonas de ochenta miligramos que le costaba un solo dólar gracias a la Seguridad Social. Si sabías a quién acudir, cada una de esas pastillas se cotizaba a un dólar el miligramo. Si multiplicabas ochenta por treinta, uno podía vivir un mes entero de esas ganancias, hasta la llegada de la nueva receta. Uno podía y lo hacía, eso descubrí.

No es que yo estuviera completamente a oscuras. Dori siempre había insistido en recoger ella las recetas, con la excepción de aquella vez que me había cruzado con Tommy en Walgreens. Yo sabía que había que ir a algún sitio a cambiar unas pastillas por otras, dependiendo de lo que necesitara en cada momento. A ver, ¿de qué otra manera iba un anciano a conseguir MDMA? Bastaba sumar dos más dos. Pero la primera vez que la acompañé comprobé que me aguardaban sorpresas en la recámara. Dori reunió cuanto había en la casa y me dijo que debía apresurarse. No estaba en condiciones e insistí en conducir yo. De modo que nuestra primera cita tras la muerte de Vester fue en la clínica contra el dolor.

Fuimos a una que quedaba al oeste de Pennington Gap, en unos grandes almacenes destartalados, donde no parecía haber ningún otro local abierto. Esto no impedía que en el aparcamiento hubiera unos doscientos vehículos. Las siete de la tarde de un domingo y una larga cola de gente esperando a entrar por la puerta. Mujeres con niños durmiendo dentro de los coches, hombres tirados en la calzada. Era una noche lluviosa, con lo que la mayoría se resguardaba bajo el toldo, si bien a algunos no parecía importarles calarse, como si ya no tuvieran fuerzas y todo les importara un pimiento. Le dije a Dori que todo aquello no me gustaba un pelo.

Ella descansaba apoyada en la puerta, los ojos cerrados y el cinturón atravesándole el cuello de un modo que me asustó. Mi pequeña ninfa. Aquellos vehículos estaban diseñados para gente más alta. Me incliné y le aparté el cinturón de la garganta para que no se ahogara, la besé y la sacudí con suavidad hasta que se despertó. Miró a través de la ventana empañada por la lluvia y soltó un «oh». Aseguró que no solía estar tan lleno de gente. Era el primer día de mayo y todo el condado acababa de recibir sus cheques de beneficencia. Le dije que no me veía haciendo aquella cola porque nos darían las tantas y me contestó que no fuera tonto, que no íbamos a entrar. Toda aquella gente esperaba su turno con el médico para obtener sus recetas. Las nuestras eran de los médicos de su padre y si estábamos allí era para vender.

La miré fijamente, intentando descifrar sus palabras. La marca del cinturón no le había desaparecido del cuello y parecía tener doce años. Desde la muerte de Vester ya no llevaba maquillaje porque las lágrimas se lo estropeaban una y otra vez. Le dije que debería haberla acompañado por sistema, ya que aquel lugar no se antojaba muy recomendable. Discutimos acerca de guardarnos o no secretos el uno al otro y ella me aseguró que no lo hacía. Solo sabía que no me gustaría y ahora le decía que no me gustaba, o sea, que el motivo era ese. Además, se suponía que la persona que llevaba aquella clínica era alguien que yo conocía.

Dori volvió a dormirse y yo me dediqué a observar las idas y venidas de la gente, intentando entender mejor cómo funcionaba todo aquello. Estaban los que esperaban para entrar y los que se bajaban de sus viejos Chevis con bolsas blancas de papel y se marchaban con dinero. Movían su producto. Uno se imagina que lo de traficar es cosa de jóvenes, pero muchas de aquellas personas eran mayores. Y me refiero a viejos de verdad, con bastones y andadores, masticando tabaco y con las alas de sus gorros de caza bajadas. El señor Peg no habría desentonado en aquel lugar. Me vino a la cabeza la noche en la que Kent le dio al señor Peg cupones para muestras gratis y la señora Peg lo amenazó con tirarlas por el retrete. Poco sabía ella que aquí podría haber conseguido dinero suficiente para llenar la nevera durante todo un mes. Aquellos viejos palurdos echaban mano de sus recursos igual que en su día lo había hecho el señor Peg, cuando tener tantas bocas que alimentar lo había llevado a vender asado de carne de venado después de cazar un ciervo, o bien tomates de su huerto. Incluso había fabricado aguardiente casero. Uno tira de lo que tiene.

Necesité un rato antes de reunir valor suficiente para salir del coche y ponerme bajo la lluvia. Estaba pensando en lo experta que era Dori en todo eso y lo gallina que era yo cuando un tipo se acercó y nos dio en la ventanilla. Le vendí medio frasco de oxicodona en menos que canta un gallo. Dori me indicó qué debía cobrarle. Aquello estuvo bien y decidimos que ya teníamos suficiente, por lo que nos fuimos en dirección a Food Lion. No le quedaba de nada en casa, ni papel de váter ni comida. En términos de planificación, Dori era calcadita a mamá.

Le pregunté qué ocurría si llegabas a traspasar la puerta de aquella clínica. Me comentó que te limitabas a pagar y él te extendía la receta. Todo el mundo conseguía exactamente lo mismo. La Santísima Trinidad. Oxicodona, Soma, Xanax. Pero muchos de ellos debían esperar tanto que acababan sufriendo *delirium tremens* en la sala de espera. Ella siempre rellenaba las recetas de Vester en Walgreens, calculaba cuánto iban a necesitar durante los próximos días y se dirigía directamente allí a vender el resto. Aseguró haber llegado a conseguir dos mil dólares en una sola visita a ese aparcamiento. Debías buscar a los que sufrían convulsiones o vomitaban.

Técnicamente no me sorprendí, aquellos dispensadores de pastillas eran bien conocidos. Médicos de verdad al frente de sus negocios, la nueva filosofía del tratamiento del dolor tal y como habíamos visto en el canal Kent TV. Todos habían empezado como médicos normales, pediatras o lo que fuera. En medicina deportiva. Eso sí que me dejó parado. Dori me dijo que el tipo que llevaba esa clínica era el doctor Watts.

El momento más difícil del día era dejar a Dori y volver a casa del entrenador. Pero había unas reglas que cumplir y U-Haul estaba al acecho para hundirme al menor descuido. De modo que la mayor parte de abril y mayo dormí allí para guardar las apariencias. Pero después de que Vester muriese, no me veía con ánimos de dejar sola a Dori. Jamás había estado sola. Ahí tenías a una santa que había estado cuidando de un hombre enfermo y nunca habrías dicho que bajo la superficie no era más que una niña. Un dormitorio lleno de muñecos de peluche y un padre que no le había negado nada desde muy tierna edad, tan pronto como su madre murió. Patines, el vestido de la princesa Diana, un caballo en el tejado, un calmante de vez en cuando; cuanto Dori pedía, Dori recibía. Me enteré de que Jip había sido de una señora que lo llevaba en su bolso de cocodrilo cuando fueron al laberinto encantado de Halloween de la organización 4-H. Dori vio asomar esa cabecita peluda y empezó a lloriquear que quería las dos cosas: el bolso y el

perro. No dejó de gimotear hasta que papá desembolsó doscientos dólares y volvieron a casa con un cachorro en un bolso de cocodrilo. Yo empezaba a calar a Dori. Había intentado explicarle mis responsabilidades para con el entrenador y mi abuela, así como todo cuanto me arriesgaba a perder si me ausentaba de aquella casa. Mi futuro, etcétera. Dori se limitaba a mirarme con una expresión de congoja infinita y a preguntarme por qué había dejado de quererla.

Entonces se presentó mi abuela. Eran tiempos oscuros. Habíamos tenido esa helada tardía que había arrasado con todo, técnicamente también con Vester, si consideramos que había provocado la caída del sistema eléctrico y apagado su máquina de oxígeno. Luego las temperaturas habían subido un poco y habían llegado las lluvias. Estábamos a junio y nadie recordaba el último día sin lluvia. El día que llegó la señora Betsy nos sentamos todos en torno a la mesa larga. Mientras una tormenta azotaba el exterior, ella se dedicó a repasar la lista de mis múltiples errores, consiguiendo que el rostro del entrenador se desencajara y que yo sintiera que un nubarrón negro me había acompañado toda la vida.

La señora Betsy era de la opinión de que yo era el principio y el final de todos los problemas. Promesas no cumplidas. Había desatendido los estudios más allá de lo tolerable. Suspendía los pagos mensuales al entrenador ligados a mi manutención. En cuanto a lo de permanecer allí, jugando a la pelota o a lo que fuera, era un asunto entre el entrenador y yo. Su interés se centraba en mi educación. Afirmó que uno puede acercar al caballo a la orilla, pero eso no significa que vaya a beber. No había necesidad alguna de continuar gastando dinero. Era libre de empezar a buscar mi propio camino, sin educación, y no tardaría en descubrir que la vida era mucho más que darle patadas a un balón. Mi abuela nunca entendió los pormenores del asunto, bendita sea. Pensaba que el fútbol americano se reducía a los pies.

Pese a que yo era el blanco de sus ataques, pude notar que al entrenador le dolían sus palabras. En ocasiones anteriores, mientras ella soltaba su perorata sobre mi educación, él me había guiñado un ojo a sus espaldas. Ahora ni siquiera me miraba a los ojos. Pajarito bajaba la cabeza. Angus me clavó sus ojos grises de manga en la cara y me enviaba unas instrucciones codificadas que no conseguía descifrar. Me notaba el estómago como si hubiera comido clavos oxidados. Mi capacidad de concentración era mínima.

Mi abuela lo repitió alto y claro: se habían acabado los cheques de manutención. Me había cambiado la suerte, dijo. Me dijo que no debía tener miedo, solo enmendarme. Era sabido que de las dificultades podían salir cosas buenas si uno las encaraba. Le agradecí el consejo.

Durante un tiempo la postura de Dori había sido: que les den. Ellos no me querían como ella, por lo que debería irme a vivir a su casa y cortar toda relación. Debo admitir que había considerado lo de vivir juntos en plan pareja. Pero eso había sido en vida de Vester, ideas vagas. Había llegado a lanzarle preguntas para sondear aspectos prácticos. Por ejemplo, ¿qué pasaba si queríamos cocinar algo de verdad, no congelados ni productos para el microondas? Me preguntó a qué me refería por «cocinar» y yo le dije que ya sabía a lo que me refería, en los fogones. Un asado o algo así. Un sándwich de queso. Me dijo que si tenía hambre había palitos de carne ahumada y tetrabriks de zumo. Yo le dije que hablaba más que nada en un sentido hipotético. Frunció el ceño, lo que le dibujaba una pequeña hendidura entre las cejas, y me contestó que los fogones de la cocina eran difíciles de encender y que nunca había utilizado el horno, por lo que probablemente debería tratar el asunto con Mattie Kate.

Pero Dori tenía dieciocho años, hablamos, pues, de una adulta, tanto si sabes apañártelas en la cocina como si no. La gente llega a esa edad desde ángulos muy distintos. Algunos ya han enterrado a ambos progenitores, otros ya tienen sus propios hijos. Probablemente existan unos pocos que la alcancen sin haber tenido ningún trabajo, o sin haber pasado hambre un solo día, o sin haber visto morir a nadie. Me refiero a que nadie te hace pasar un examen. Llega el día y te entregan un nuevo libro de normas. Dori vivía en su propia casa con un puñetero caballo de plástico en el tejado y la escritura a su nombre, y yo también podía vivir allí si lo deseaba. La señora Betsy estaba en modo catastrofista acerca de que iba a precipitarme por el acantilado de la edad adulta sin cheques de manutención que acudieran en mi auxilio. Como si eso fuera a asustarme. No hay acantilado peligroso para el caminante experto, me dije. Llevaba encarándolos toda mi vida.

Fui directo a casa de Dori a contarle la reunión con mi abuela. Metimos en el microondas unas palomitas de maíz con extra de mantequilla para celebrarlo, encendimos la radio y ella encerró a Jip en la cocina para poder sentarnos con calma en el suelo del salón vacío de aquella casa enorme que ahora teníamos toda para nosotros. Yo había traído un poco de hierba estupenda de Maggot y ella se había guardado uno de los parches de fentanilo de Vester para un día oscuro, que lo era, como todos los anteriores. Nos acurrucamos con las frentes juntas y con los brazos alrededor del otro y nos dejamos ir mientras de fondo sonaba «Life Happened» de Tammy Cochran.

Tenía pendiente volver a casa del entrenador a recoger mis cosas. Angus me ayudó. Estaba hecha una furia. No conmigo, sino con mi abuela. «Que esa zorra te diera lecciones sobre la mala suerte, ¡precisamente a ti!», me dijo mientras vaciaba los cajones de la cómoda, tirando mis camisetas y calcetines apelotonados a unas cajas. Había maletas en aquella casa, pero nos parecía que era complicar las cosas.

—Solo son cosas de viejos —le dije—. Es el precio que hay que pagar por hacer negocios con ellos. Problemas para cagar y genitales secos, ¿qué pueden usar contra ti? Su única arma es restregarte en la cara el discursito de que lo saben todo.

Angus repasó la cómoda de la cabeza a los pies y fue cerrando los cajones con un bam, bam, bam, como si tuviese práctica. Como si su trabajo remunerado consistiera en desalojar a gente de su casa.

—Te estaba pidiendo a gritos que le plantaras cara. Y ni siquiera lo intentaste.

—¿Intentar qué?

—¡Defensa personal! ¿Qué te ha pasado, Demon? ¿Alguien te ha cortado los huevos?

—Tenía mi libro de calificaciones en la mano. Podría haber puesto los huevos sobre la mesa, que no habría cambiado mi historial.

Angus se sentó sobre mi cama sin sábanas, bueno, ya antigua cama. Todavía la visualizo con sus pantalones caquis, la camiseta blanca sin mangas y una de esas viejas gorras que llevaban los chavales que vendían periódicos por las calles. No apartaba la vista de mí. Se cogió un pie y se puso debajo. Tenía los puentes muy pronunciados, como alguien que hubiera nacido con suspensión incorporada.

—Has tenido una lesión muy seria. Aún vas cojeando por ahí como si fueras Quasimodo.

—La verdad es que no sé quién es ese. Pero gracias.

—Te tienes que operar. No es normal que tu abuela te abandone en un momento de

necesidad.

—No me tengo que operar nada.

No me quedaba nada por recoger. Me acerqué al triple ventanal que se abría a unas vistas que conocía muy bien. Dos avispas muertas yacían sobre el alféizar con las cabezas rozándose, como si hubieran llevado a cabo un minipacto suicida.

—El padre de tu novia acaba de morir. La gente deja de ir al instituto cuando se muere un familiar. Maldita vieja zorra estirada, ¿dónde está su compasión?

Cuando Angus se ponía a maldecir no lo hacía a la ligera. Se aplicaba a la tarea. Se convertía en una persona de una belleza feroz, al modo de un purasangre disputando el Derby de Kentucky de los insultos. Uno no podía hacer otra cosa que apartarse de su camino. Dejé que se acordara de toda la familia de mi abuela mientras separaba los cedés que deseaba quedarme de entre los más raros que me había regalado o prestado. Me hizo prometerle que volvería al instituto en otoño, pero yo no le veía el sentido. Ella insistió en que solo serían dos años más y que serían importantes para mi futuro, etcétera. Le pedí que me dijera un buen trabajo que fuera capaz de conseguir allí con un diploma del instituto y que ahora no pudiera hacer.

La observé presionar los pulgares contra la planta de uno de sus pies desnudos, mientras meditaba una respuesta. Al final tuvo que confesarme que no se le ocurría nada a bote pronto, pero que eso no invalidaba su argumento.

Dirigió rápidamente la vista a la entrada de la habitación. Ahí estaba el entrenador, apoyado contra el marco de la puerta con un brazo extendido y la vista en el suelo. Quería que supiera que no importaba el dinero que mi abuela me había ido mandando, que aquella seguía siendo mi casa si deseaba quedarme. Le contesté que nadie me apuntaba con un arma a la cabeza, sino que únicamente me parecía que había llegado el momento de mudarme. Una pistola habría sido más amable que la verdad: estaba demasiado hecho polvo para seguir jugando al fútbol. Él lo sabía. Llevaba un tiempo aturdido, pero había momentos en los que tomaba consciencia de ello entre los efluvios de la marihuana: mi pequeño momento de gloria era agua pasada, no iba a volver. En el horizonte no me aguardaba ningún éxito y si hubiera permanecido en aquella casa pretendiendo lo contrario habría estado mintiéndole al entrenador. Aprovechándome de un trato preferente. Quería ser mejor persona que eso.

Me dijo que le habría gustado que las cosas hubieran salido de otra manera, pero que aceptaba mi decisión de instalarme con mi novia. Me deseó buena suerte y se escabulló.

Angus se puso a dar vueltas por la habitación y a toquetear las pocas cosas que había decidido no llevarme. Cogió el barquito dentro de una botella que me había regalado y volvió a ponerlo sobre la mesa.

—¿Te metes mucha porquería? —me preguntó en un tono remilgado, pero que pretendía sonar guay, como un niño que dijera «excrementos de perro».

Le conté que seguía con los calmantes que me había recetado el doctor Watts y que lo hacía porque sin ellos el dolor era insoportable.

Me clavó la mirada.

—No tienes por qué venirme con gilipolleces, Demon. No puedo hacerte nada.

Nunca se me había dado muy bien mentirle a Angus, por lo que le confesé que la situación era algo más seria. La rodilla ya no era el problema. Me preguntó si hablábamos de cristal o de heroína. Quizás hubiera sacado aquello de las charlas escolares encaminadas a prevenir contra las drogas y el alcohol, pero no iba desencaminada. Le dije que consumía de todo, pero no

cristal, y tampoco me pinchaba nada, porque las agujas me daban ganas de vomitar. No pareció sorprendida. Me sugirió que podría ir saliendo de todo aquello del mismo modo en que me había metido, paso a paso. Quizás un adulto pudiera darme consejos. El entrenador no, obviamente. ¿La tía June? ¿La señorita Annie?

—Un adulto —repetí, sintiéndome de repente enfadado.

Ella se encogió de hombros. Volvió a coger la botella y la fue girando lentamente para fijarse en las velas diminutas y el resto de lo que contenía. Recordé que me había dicho que llegaría lejos. Aunque también me había advertido acerca de la gravedad y otras mierdas. No podía esperar milagros.

—¿Te la vas a llevar? —me preguntó, alzando la vista.

—Sí, me llevo todos tus regalos. Me mudo a apenas seis millas de aquí. Probablemente venga a cenar dos veces por semana, ya que Dori se alimenta del aire y de nata montada, y para colmo nuestros fogones no funcionan.

Esto último lo solté con orgullo: «nuestros fogones». Mejor olvidar la frase entera. Le dije a Angus que yo era el adulto en mi vida. Un hombre que vivía con su señora. Y también algo así como que la infancia era una mierda como un piano si me basaba en mi propia experiencia, de modo que me alegraba haberla dejado atrás. Angus sacó una de mis camisetas de una caja, envolvió con ella el barquito y metió ambas cosas de nuevo en la caja, con la delicadeza con la que uno depositaría a un bebé en la cuna.

—No te gusta Dori, ¿verdad? —le pregunté a bocajarro.

Sacó la silla de debajo de la mesa y se sentó en ella del revés, algo que solía hacer Stoner, los brazos caídos a lo largo del respaldo y su cerebro maligno dispuesto a controlar mi mente. No había dos personas más diferentes. Angus sacó la barbilla y comenzó a darle golpecitos con la palma de la mano, como si intentara dar con las palabras exactas que llevarse a la boca. No hirientes.

—Me gusta —dijo al fin—. ¿Te acuerdas de cuando estabas convaleciente en la cama y no dejaba de traerte regalos? Aquello fue genial. Una pequeña elfa navideña de lo más alegre. Me encantó.

—No te gustó mucho el pollito. —Un paréntesis para hablar del triste destino de Hijo Ilegítimo: un día se escapó del cobertizo de las herramientas y se cruzó con el pastor alemán del vecino.

—De acuerdo, eso te lo concedo. El regaló no me gustó, pero la persona que me lo hizo, sí.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué te gusta? —le pregunté.

No tengo claro qué andaba buscando. Angus entrelazó los dedos.

—¿Cuánto hace que te conozco? ¿Cuatro años, casi cinco? Y en todo ese tiempo nunca te he visto feliz. Quizás en algún momento suelto, pero nunca durante un día entero. Con Dori esto ha cambiado.

De existir otras personas que hubieran velado por mi felicidad, quizá me habrían engañado. Posiblemente mamá, siempre que no interfiriera con sus planes. Esto es todo cuanto desea la gente, que te amoldes a sus planes. Angus, por el contrario, Dios mío, Angus era una puta maravilla.

48

Emmy huyó con Fast Forward. Después de su graduación y una vez que le dieron una beca para ir a la Universidad de Knoxville, soltó la bomba de que no pensaba seguir estudiando. June se quedó conmocionada: tan lista, tan guapa, Emmy podía ser lo que quisiera. Excepto la novia de esa serpiente. June impuso unas normas, Emmy dejó de ir por casa. La vieja historia de siempre.

Pero en esta versión, nueva a mis oídos, la madre no desfalleció hasta haber removido cielo y tierra. Maggot nos lo contó todo tras instalarse en el sofá de nuestra casa. Emmy le sacó tres días de ventaja en su huida, pues dijo que estaba con Martha Coldiron. June acabó llamando a la casa de los padres de la chica y se enteró de que estos la habían echado unas semanas atrás. June montó en cólera. Llamó a la policía. Llamaba a nuestra casa a todas horas por si Emmy había aparecido. June no se fiaba de Maggot, así que solo hablaba conmigo. Si le mentía, me pondría los huevos en la barbacoa. «Sí, señora», le dije. Le di el número de móvil de Fast Forward, aunque llevaba días sin contestar. Se había marchado de la finca de Cedar Hill. Rose tenía razón cuando aseguró que allí se encargaba únicamente de recoger mierda a paletadas.

Yo le solté las frases de costumbre: Emmy volverá, no es idiota. Pero tenía un mal presentimiento. Con independencia de lo que Fast Forward había sido para mí, podía ver que a ella no le convenía.

—No estés tan seguro —opinaba Maggot—, me apuesto algo a que lo tiene comiendo de su mano.

Eran las tres de la madrugada cuando dijo esto, una hora que invitaba a hablar de nuestras vidas. Estábamos sentados en el suelo del dormitorio de Dori.

—¿Comiendo qué? —quiso saber Dori.

—Solo es una expresión —le dije, a veces se liaba con las cosas más insignificantes.

—Comiéndole el coño —le aclaró Maggot.

—¿De su mano?

En ocasiones así, Dori solía exaltarse. Maggot colocó la pastilla de ochenta miligramos en el papel de plata y Dori recorrió la parte inferior con la mecha del encendedor. Las gotas marrones borbotearon, se fundieron y esparcieron su olorcito feliz a metal y a neumático quemado, desplazándose por la reluciente superficie. Yo fui primero y luego le pasé la pajita de metal a Dori para encargarme de sostener el papel de plata. Puede que de rodilla para abajo fuera un desastre, pero conservaba los reflejos. Había que balancearlo de un lado al otro para mantener el flujo. Perseguir al dragón, inhalar su fuego. Aspiramos humo hasta que no quedó más que un rastro finísimo de goma quemada. Yo solo pensaba en una cosa: ahí van ochenta dólares.

No era la forma ideal de encarar el asunto, lo sé. Pero aquella pastilla suponía dos días de trabajo en la tienda de suministros agrícolas, una semana en el colmado del señor Golly. Y yo no estaba en ninguno de ellos. Contaba con algo de dinero ahorrado, pero volaba rápido. Confiaba en Turp y los otros chavales para que me aconsejaran a quién comprarle, alguien que no me robara el coche y me dejara tirado en una cuneta sangrando por los oídos. Dori apostaba por pasarnos a la heroína, que ahora circulaba por todos lados, y bam, de la noche a la mañana

nos encontrábamos en Caballolandia. Muy barata. Ahora comprábamos nuestro propio producto, ya no tirábamos de las recetas de Vester, por lo que Dori estaba en plan «¿qué nos impide agenciarnos lo mejorcito, cielo?». Yo procuraba mantenernos por el camino seguro, recordándole lo bonito que era no tener miedo de la policía. No se iban a meter contigo por la oxicodona. Podían pillarte con un centenar de pastillas, ningún problema. Siempre que tuvieras una receta, no podían hacerte nada.

Además, estaba lo mío con las agujas. Dori era de lo más dulce y comprensiva conmigo. Fumar chinos era nuestro término medio.

Por lo general me tocaba a mí hacer las llamadas, trazar un plan y ejecutarlo. Dori procuraba ayudarme, conservaba la amistad con una de las enfermeras de asistencia domiciliaria, Thelma, quien nos pasaba parches de morfina. Se vendían como rosquillas. Dori se metía el gel, pero ahí dentro estaba todo mezclado, la droga no estaba disuelta por completo en la parte gelatinosa. Thelma le advirtió sobre ello. Era fácil tener una sobredosis. Ella y Dori se cortaban y teñían el pelo mutuamente. Thelma era una mujer entrada en años, divorciada, muy habladora, sin nadie que la esperara en casa, por lo que alargaba sus visitas, qué íbamos a hacerle. Se lo debíamos. Pillar material es agotador, uno da vueltas en círculo para acabar en el punto de partida. Pensé en regresar a clase en otoño, poner la mente y el cuerpo de nuevo en el juego. Una parte de mí creía que ocurriría. Llegaría septiembre, mi rodilla mejoraría. Dejaría las drogas. Por el momento, sin embargo, necesitábamos nuestras propias recetas. Teníamos que vérnoslas con la clínica del dolor.

Puesto que la dirigía el doctor Watts, acordamos que yo no entraría, sino que esperaría en el coche. Jip acompañaba a Dori a todas partes, con lo que ahí lo tenía, ocupando el asiento que ella acababa de dejar vacío, mirándome con odio. Los bigotes grises que le rodeaban la boca habían amarilleado, como los de un viejo que mascara tabaco. Iba a ser un día muy largo. Ondas de calor atravesaban el asfalto. Estábamos a final de mes, por lo que la cola no era muy larga, pero, con todo, había bastante gente. Tenía las ventanillas bajadas y me llegaba el tufillo a poca higiene y muchos cigarrillos. Sobre todo de hombres. No me gustaba nada que Dori entrara ahí con sus pantaloncitos cortos.

Salió a toda prisa por las puertas de cristal con aspecto abatido. Nada más entrar en el coche se derrumbó. «Cariño, cariño», le dije, procurando abrazarla y no entrar en pánico, mientras Jip gruñía. Se apretaba el rostro con fuerza con ambas manos, como si pretendiera ocultar algún diente roto. «Echo de menos a papá», me dijo, lo que me rompió el corazón. Quise comportarme como un hombre. Le aparté las manos y le besé las mejillas húmedas y los ojos bien abiertos y asustados. Parecía que acabara de ver al diablo. Me dijo que el tipo de ahí dentro era un cretino.

—Lo sé, cielo. Solo estamos aquí para conseguir algo. ¿Te ha dado la receta?

Sacudió la cabeza sin mirarme y abrazada a Jip.

—Ese gilipollas se la está jugando a todo el país —dijo Dori, que el año antes seguramente continuaba dejando galletas a Papá Noel.

Una cita médica costaba doscientos cincuenta dólares, más otros ciento cincuenta por supuestas tasas de personal para reducir el tiempo de espera. Dori dijo que había tardado treinta segundos en explicárselo y que luego había empezado a dar golpecitos sobre su recetario con el boli sin apartar los ojos de sus tetas, a la espera de ver si pagaba o se largaba.

Le dije que solo necesitábamos un plan. Después de conseguir nuestra primera receta,

encontraríamos la manera de ser nosotros quienes se la jugáramos a él, algo que ella ya había hecho en el pasado. Calcularíamos lo que necesitábamos y regresaríamos a principios de mes, cuando el sitio estaba a reventar, para vender directamente a la gente en el aparcamiento. Conseguí que dejara de llorar y que entendiera los beneficios de mi estrategia. Nuestro problema continuaba siendo reunir esos cuatrocientos dólares.

—Me ha dicho que podíamos olvidarnos de las tasas si… —dijo mirando por la ventanilla con una expresión glacial.

—¿Si qué?

—Si le dejaba examinarme.

—¿De qué me estás hablando?

—De follarme, Demon, de eso te estoy hablando —me dijo, clavándome la mirada.

Dos semáforos y varias señales de *stop* se interponían entre la clínica del dolor y la casa, y yo me los salté todos, un conductor cegado por la furia que pensaba que la vida no podía tratarlo peor.

En torno a una semana más tarde, nos cogió un mono tremendo y Dori sugirió que quizá sería una buena idea regresar a la clínica y pasar por el aro. Tanto me quería. No podía soportar verme sufrir de aquella manera.

Procuré no odiarla por decir aquello, pero acabé odiándome ante la falta de alternativas. Le prometí que conseguiría un trabajo y que cuidaría de ella.

Si no estáis familiarizados con el dragón que perseguíamos, puede que mis palabras no os sean de ayuda. La gente habla de flipe, del subidón que consigues, pero no tanto de los sentimientos que consigues aplacar: la tristeza y la angustia en la boca del estómago, la gente que siempre te juzgó. El dolor de una pierna machacada. Esa cuerda que debería haberte mantenido unido a algo a lo largo de la vida, sea a un hogar o a unos padres o a la seguridad, se ha mantenido destensada todo ese tiempo, girando como loca hasta el punto de ser capaz de arrancarte un ojo. Y, de golpe, esa cuerda cae al suelo y te invade la paz.

Empiezas por querer regresar a ese lugar y en poco tiempo el objetivo se ha reducido a intentar salir de la cama. Mantener a raya el mono un día más se convierte en tu trabajo a jornada completa. Luego se convierte en tu Dios. Nadie ha querido jamás formar parte de esa congregación. Un mal día consiste en despertarse sin nada, sin Dios, sin medios. Yacer en tus apestosas sábanas con la esperanza de que eso que hueles provenga de ti y no de tu novia. Jurarías que alguien te ha pegado una paliza de campeonato y roto algunos huesos. Viendo tu estilo de vida, quizás haya sido una persona, aunque lo más probable es que sea el resultado de la mierda que te has metido en el cuerpo intentando salir a puñetazos de sus paredes de yeso. Vacío, eres un monstruo. La persona que amas es monstruosa. La observas poner los ojos en blanco y retorcer sus bellas piernas, igual que aquella chica epiléptica de la escuela, Gola Ham. Gola aterrorizaba a todo el mundo.

Intenté dejarlo más veces que Dori. Me creía el más fuerte de los dos. Pero solo era estupidez, porque la sabia era ella. Durante uno de nuestros intentos, vimos a unos tipos en ropa de camuflaje y con rifles de asalto entrando por las ventanas, ahí donde no podía haber ni tipos ni ventanas. Acabamos odiando nuestra cama por lo poco que conseguíamos dormir en ella. Los días y las noches eran indistinguibles. Al final te adormecías y así te liberabas de tu miseria, pero entonces tus piernas sufrían una sacudida y estabas de regreso en el infierno de la

vigilia. Podías pasarte veinticuatro, treinta horas despierto, una cuenta atrás hasta el fin del mundo. Llegaba un punto en el que mirabas a la persona que era tu vida entera y te ofrecías a salir a pillar algo, el pequeño subidón que con tanta facilidad te la traía de vuelta. Lo hacías como un acto de amor. No he conocido ninguno de semejante grandeza.

Como teníamos la casa, Dios mío. Éramos como niños jugando a las casitas. Pilas de cajas de congelados, bolsas de basura a reventar, los desechos no se marchan por su propio pie. Eso sí, los ratones echaban una mano. Como teníamos la lavadora estropeada, Dori acumulaba pilas enteras de ropa que acababa pudriéndose y optaba por saquear los armarios de su difunta mamá. Faldas de gitana, blusas con grandes hombreras, Dori parecía interpretar un papel cada semana. Yo hacía la colada en la pila hasta que las cañerías reventaron. Dori no tenía la menor idea acerca de lo que se podía o no se podía tirar por el retrete. Un ejemplo auténtico: Jip escogió unos calzoncillos que había en el suelo para echar en ellos sus bolitas de excrementos y Dori intentó deshacerse de ellos tirando de la cadena.

Si la reñía, la cosa no iba demasiado bien. Yo gritaba, ella se quejaba. Si sacaba el tema de buscar trabajo, salía con que no quería quedarse sola en casa. Éramos dos huérfanos drogatas de manual. En el patio teníamos un manzano grande y viejo y nos pasamos el verano comiendo manzanas con gusanos. Todavía la puedo ver: hambrienta, con las rodillas embarradas y la bata de una muerta, recogiendo manzanas del suelo.

Las cosas se pusieron cuesta arriba después de no pagar la factura de la luz. Intenté sin éxito conseguir trabajo en un Kentucky Fried Chicken. Habría aceptado cualquier empleo de mierda, excepto de cajero. No había perdido por completo la cabeza. La oxicodona me habría llevado a meter mano en la caja. Seguí buscando. Quería a Dori y la adoraba, pero a veces necesitaba poner un poco de distancia entre ambos. Tras otro día dedicado a sentirme inútil y ocioso, a veces me iba a fumar hierba con Turp para oírlo hablar sobre la pretemporada y sobre otros chavales que hacían realidad mis sueños de infancia. O me acercaba a ver a Maggot, que se había instalado de nuevo con los Peggot. Una enorme cazuela en los fogones, una cocina limpia y ordenada, igual que en los viejos tiempos, pero con el alma vacía. La señora Peggot estaba delgada como una rama y parecía sonámbula. A veces iba con el vestido del revés. Me preguntaba cómo me iban las cosas, dejaba de remover con la cucharilla, entraba en el salón y se quedaba de pie junto a la silla del señor Peggot. Luego regresaba y me preguntaba cómo me iban las cosas. Maggot no andaba mucho mejor, un saco de nervios. June me había ordenado que lo interrogara acerca del paradero de Martha y cualquier novedad sobre Emmy, pero no sabía nada. Tanto él como la señora Peggot daban la sensación de haber perdido el norte. La única novedad que tenían era que la madre de Maggot iba a salir de prisión. Aún no habían fijado una fecha, pero la vista se acercaba.

La única persona en la que podía confiar para que me levantara el ánimo era Tommy. Una tarde fui a verlo a Pennington Gap, le hice una visita en el garaje que les alquilaba a los McCobb. No había forma de disimular lo que era: herramientas de jardinería contra la pared, suelo de cemento lleno de manchas. Había una manguera enrollada en un cubo que conectaba con una toma de agua en el exterior para asearse. Hornillo, microondas. Estaba tan ordenado que a Dori y a mí nos debería haber dado vergüenza. Los libros en las estanterías y la ropa doblada y en cajas de cartón. La cama hecha. En cuanto al baño, tenía que utilizar el de la casa. ¿No me había comentado que planeaban instalar uno allí? Me dijo que bueno, que los McCobb

no eran los propietarios de la casa, solo la alquilaban. Los McCobb atacaban de nuevo. Pero Tommy abrió los brazos para abarcar el cubo con la manguera que hacía las veces de pila, su cama junto a un rastrillo con las púas sucias de tierra y me preguntó si podía creerme lo lejos que habíamos llegado en la vida.

—¡Mi propio hogar! —dijo. Un tipo único.

Había tenido suerte de encontrarlo en casa, pues la mayoría de las tardes las pasaba en la redacción del periódico. Al principio acudía solo al final del día para arreglar los desaguisados de todo el mundo. Más adelante, cuando la responsable de la publicidad se marchó, recayó en él la tarea de diseñar las páginas y encargarse de los anuncios. Su jefa era Pinkie Mayhew, aficionada a vestir pantalones de hombre y beber en el trabajo. Se decía que los Mayhew llevaban al frente del *Courier* desde que Dios esculpía sus noticias en tablas de piedra. Pinkie y otras dos personas se encargaban de redactarlo todo y de las fotografías. Tommy llegaba por las noches para volcar ambas cosas en la página. Me dijo que podía visitarlo allí cuando quisiera, que agradecía la compañía. Y eso hice.

La carga de trabajo de Tommy era enorme. Aquel periódico se componía sobre todo de anuncios. Obviamente, en la portada se ponían los temas más destacados: el Festival de la Fresa, el nuevo alcantarillado, etcétera. Luego venían los Deportes y los Sucesos. Los artículos de la sección nacional les llegaban a través de una máquina y Pinkie seleccionaba algunos para darles cobertura. El resto eran anuncios. Los clasificados se disponían en columnas, pero los dedicados a concesionarios de coches, *outlets* de muebles y demás eran de gran tamaño y recaía en Tommy la potestad artística de diseñarlos. Contaba con cintas de colores para adornar los márgenes y lo que llamaba «bancos de imágenes», que eran como libros gigantes para colorear de diferentes temáticas. Automóviles. Caza. Pesca. Ropa de mujer. Encontraba la imagen que necesitaba, la recortaba y la pegaba al anuncio. Un sofá para una tienda de muebles, o, si se ponía creativo, un barco pirata para la cadena de comida rápida Popeyes. Todo dependía de las imágenes que había en aquellos bancos, que no dejaba de saquear hasta dejarlos hechos trizas. No los renovaban con asiduidad, por lo que debía acabar buscando la aguja en el pajar, entre esas páginas reducidas a espaguetis de papel.

Tommy parecía una persona completamente diferente, un hombre responsable. Vestía ropas que le sentaban bien, no aquellas chaquetas ceñidas en las que apenas podía embutir los brazos. Llevaba sobre todo camisas de franela a cuadros con las mangas arremangadas. Conservaba aquella novia, Sophie, que trabajaba en un periódico de Pennsylvania, de mucha mayor envergadura que el *Lee Courier*, según Tommy. Esto no quitaba que se sintiera orgulloso del suyo, como me quedó claro mientras me hacía un *tour*: máquinas, ordenadores, el despacho de Pinkie Mayhew, que desprendía un olor rancio a cenicero capaz de tumbar al más pintado. Si alguna vez has abierto un cajón en el que unos ratones se han construido una madriguera con papel de váter y lo han dejado a rebosar de pelusas blancas, sabrás la peste que echaba aquel sitio.

Tommy me enseñó a introducir las columnas impresas entre los rodillos de cera caliente y a ayudarlo a pegarlas a las páginas. Toda la operación se llevaba a cabo en una gran mesa inclinada y con iluminación interior. Unas marcas de edición mostraban dónde alinear los elementos. El olor a cera caliente lo impregnaba todo. Había trocitos de papel de cera esparcidos por doquier, y se te pegaban a las palmas de las manos o a las suelas de los zapatos, como un bebé que comiera Cheerios. Este era el desastre en el que Tommy debía poner orden.

Lo cierto es que se las apañaba bien. Yo había empezado a visitarlo por aburrimiento, pero él agradecía la ayuda. Se ofreció a pagarme una parte de su sueldo y le dije que tenía que dejar de ser tan amable con la gente, por Dios. Yo aún no le había devuelto la camiseta.

Una noche me lo encontré tirándose de los pelos, buceando inútilmente en el banco de imágenes de automóviles. Tenía entre manos un anuncio para un concesionario de Chevy y ahí no quedaban más que grúas, modelos Ford y el escarabajo Herbie de la película. Le dije: «Mira, déjame que te dibuje un maldito Silverado». Y lo clavé. Le di un brillo especial, un toque de estrellas relucientes en el parachoques. Así empezó todo: banco de imágenes Demon. Era capaz de hacer de todo. Los anuncios del *Lee Courier* empezaron a lucir un aspecto nuevo que probablemente llamara la atención. Tommy me tildó de máquina artística milagrosa. Yo le dije que, llegado el caso de tener que vender esqueletos, él debería ponerse al volante.

49

June quiso verme. Habían transcurrido dos meses desde que Emmy se había fugado y estaba a punto de perder la cabeza. Todo el mundo sabía que el cerebro criminal era Fast Forward. Sin embargo, hacía mucho que Emmy era mayor de edad y había dejado claro que no necesitaba que nadie la rescatara.

Yo no tenía claro cuál era mi papel en aquella historia, pero June siempre me había tratado bien, así que me acerqué a su casa. Vista de lejos, con las piernas desnudas apoyadas sobre la barandilla del porche, tenía el mismo aspecto estupendo de siempre. Fue al acercarme cuando fui consciente de los estragos causados por esos dos meses. Arrugas en la comisura de los labios, algunos cabellos blancos. Se arrojó a mis brazos, balanceándose como en un triste baile de despedida, su cabeza sobre mi hombro. Las mujeres que habían tenido un papel destacado en mi vida se estaban encogiendo.

—Lo siento —me dijo tras soltarme y se enjugaba una lágrima.

—Por Dios, June, no lo sientas. Me pasé la mayor parte de la secundaria deseando que me abrazaras así.

—Creía que era Emmy la que te interesaba.

—No era de los que se cerraba puertas. Es algo que uno aprende estando en hogares de acogida.

Me miró de arriba abajo.

—Mira lo grande que estás. Después de todo por lo que has pasado. Un joven de bien que vive por su cuenta. ¿Dónde está Dori? Ya te he dicho que podía cocinar para todos.

—Ya he cenado. Y Dori estaba cansada. Me ha dicho que te dé las gracias.

No me sentía en absoluto un joven de bien y Dori estaba fuera de combate. Yo al fin había conseguido un turno en el restaurante Sonic y Dori cortaba el pelo en una especie de salón de belleza clandestino que Thelma se había montado en su sótano. Teníamos las recetas. Yo había conseguido desatascar las cañerías y reemplazado la manguera del desagüe de la lavadora. De algún modo habíamos recuperado el orden en nuestras vidas, pero teníamos horarios diferentes. Yo me pasaba la mayor parte del tiempo en modo operativo, mientras que Dori dedicaba unas horas cada día a procurar no sacarle los ojos a ninguna clienta con las tijeras.

—Tengo un pollo en el horno que vas a tener que llevarte a casa.

Mi estómago pegó un salto de alegría.

—No hace falta, mujer.

—Claro que sí, o se estropeará. Casi todo lo que cocino se lo acabo dando a las chicas de la clínica. Soy incapaz de pillarle el truco a lo de vivir sola.

—Lo siento.

No había caído. Era la primera vez que estaba en esa situación. Había empezado a cuidar de Emmy con diecinueve años, mientras iba a la academia de Enfermería y vivía en la caravana de los Peggot.

Se remetió las manos en los bolsillos traseros de los vaqueros.

—Sabes que daría mi vida por esa chica.

—Lo sé, pero no sé si es lo que ella quiere. Ya no.

Me miró sorprendida.

—Así es como funciona, Demon. Deberías estar tan enfadado con ella, igual que yo. Les damos todas las facilidades a estos chavales y ni siquiera se toman la molestia de agacharse para recogerlas. Emmy se está comportando como una cría y de Maggot no me hables. No sabría ni por dónde empezar.

—Maggot saldrá a flote. Simplemente necesita más tiempo que el resto para encontrar su camino.

—Lo que necesita es un novio —me dijo.

Creo que parpadeé.

—¿A ti te parecería bien?

—Pues claro. Incluso a mamá le parecería bien, o eso creo. Con el tiempo. Siempre que encontrara a un joven agradable que lo sacara de su particular noche de los muertos vivientes.

—No tengo claro que escogiera con tanto acierto.

Me dedicó una risa amarga.

—Pues igual que todos, ¿no? Vamos a dar un paseo. Hay un sitio al final de la carretera desde el que se puede ver la puesta de sol en la cima de las montañas.

Tomamos el mismo camino de grava que había recorrido junto a Fast Forward y Mouse, mientras ella despotricaba a diestro y siniestro. El verano se había ido sin que me diera cuenta. Ahí estaba. El sol descendía entre los altísimos árboles, formando largas cascadas de luz, y los pájaros arrancaban con sus canciones del atardecer. Una de ellas recordaba al agua fluyendo sobre las rocas y te llevaba al borde de las lágrimas. El petirrojo. Me vino a la cabeza la noche en Knoxville en la que June nos dijo que volvía a casa. Que les dieran a esos médicos que la miraban por encima del hombro y la llamaban Loretta Lynn. Podría haberlo petado allí, pero había preferido esto.

June tenía tan poca idea como yo sobre dónde vivían Emmy y Fast Forward, más allá de que estaban en algún lugar de Roanoke. Me contó que cada mañana se despertaba con el deseo de subirse al coche y traerla de vuelta a casa. Pero tratándose de Emmy, habría necesitado una unidad de las fuerzas especiales. June estaba ansiosa por oír cuanto pudiera contarle. Medí mis palabras, pero no le mentí. Le dije que Fast Forward era una de esas personas que atraen la gente, como un imán. Y dado que Emmy compartía con él este rasgo, probablemente estuvieran destinados a encontrarse. June me preguntó si era peligroso. Yo le respondí que el mundo era peligroso. Quiso saber qué drogas tomaba. Hasta donde yo sabía, le dije, no estaba mucho por la labor, le interesaba más la parte del dinero.

—Esto no va a conseguir que duerma tranquila esta noche —me dijo.

Le expliqué que lo sentía, pero que me estaba poniendo entre la espada y la pared. Anduvimos hasta el lugar desde el que podía verse la puesta de sol en las montañas y la oscuridad cernirse sobre el valle. En el camino de vuelta me preguntó por mi rodilla. Le aseguré que ya no pensaba en ella, aunque era mentira: lo hacía cada vez que daba un paso. Pero era cosa mía.

—Dime si Emmy toma pastillas.

—¿Quieres la verdad o poder dormir esta noche?

—Te lo estoy preguntando.

—Entonces te responderé. No conozco a nadie de mi edad que no tome pastillas.

June se quedó callada. Yo reflexioné sobre la verdad de lo que acababa de decirle. Angus era

la excepción. Incluso Tommy recurría a pastillas de cafeína para aguantar sus horarios extenuantes. Acababa tarde de trabajar y luego debía madrugar para acompañar a la escuela a los hijos de los McCobb. Estábamos a medio camino cuando rompió su silencio.

—Esto nos lo han hecho ellos, lo entiendes, ¿verdad?

No. No sabía de quiénes hablaba ni a quiénes se refería.

Me contó un poco más de lo que ya me había explicado Emmy, los dramas que había visto en la clínica. Le pregunté si alguien había querido matarla últimamente, pero negó con el dedo.

—No soy yo de la que debes preocuparte. No se trata solo de gente de tu edad. ¿Sabes a lo que me refiero? Si son viejos o enfermos, o discapacitados, necesitan la receta. Si trabajan, no tienen la baja por enfermedad y solo disponen de una visita anual conmigo, o sea, que no se les hace ningún tipo de seguimiento. Necesitan su receta. Menudo hijo de puta.

No debí haberle preguntado a qué hijo de puta se refería. A Kent. A él y sus socios sanguijuelas, por llamarlos de alguna manera, que habían venido a ver con qué podían arramblar. Me contó que Purdue cotejaba datos con sus ordenadores y seleccionaba objetivos como Lee County que eran minas de oro. Hasta llegaban a comprobar qué médicos tenían más pacientes con discapacidad y enviarles a sus representantes farmacéuticos para la ofensiva final. June no dejaba de mirarme como si supiese qué parte de mis asuntos no le explicaba. Si tenía problemas, me los había buscado yo.

Cuando volvimos a la casa me envolvió un montón de comida para llevar y me acompañó al coche. En vez de decirme adiós, se me quedó mirando con los brazos cruzados. Por algún motivo extraño, me acordé de aquella vez en el zoo de Knoxville que me agarró de las orejas y me dijo que sabía lo que necesitaba. Y tenía toda la razón. De todas las personas buenas que conocía, ella era probablemente la mejor.

Tommy me dejó dibujar una tira cómica para el periódico. Cómo fue aquello es una larga historia. Todo empezó cuando Tommy entró a trabajar en un periódico. Aquel era básicamente su primer deporte de contacto, Tommy versus el gran mundo exterior. ¿Dónde había estado hasta entonces? En la Casa Mágica del Árbol. Tener trabajo le sentaba bien, no le suponía un problema. Pero el gran mundo exterior le estaba dando una buena tunda.

Como ya he mencionado, los artículos de ámbito nacional que llegaban por la máquina eran una caja de sorpresas. Elecciones. Olimpiadas. Terremotos. Lance Armstrong. De todo. Pero Pinkie exigía publicar todos aquellos en los que se mencionara al sudoeste de Virginia o de por ahí cerca, como Tennessee o Kentucky. Lo que raramente ocurría. De hacerlo, siempre eran sobre temas relacionados con la pobreza, la baja esperanza de vida, etcétera. La idea: sois la desgracia del país. Tommy llegó a enseñarme uno con este titular exacto: «La desgracia del país». Con un rotulador amarillo había subrayado otro que decía: «Una mancha en el mapa». Iba guardando los artículos en una carpeta. En serio. ¿Adónde había ido a parar el antiguo Tommy, aquel capaz de echarse cualquier cosa a la espalda? Ahí mismo, sobre su silla giratoria, tirándose de los pelos de punta y preocupándose por algo que no tenía sentido. Yo me puse en plan «Tommy, ¿de verdad que no sabías nada de esto?». Quedó bien claro que no. No paraba de leerme titulares: «Los abandonos escolares al alza en las zonas rurales». «Big Tom gana *Supervivientes*».

—Técnicamente este último es bueno para nuestra causa —le dije—. El que ha ganado el concurso es uno de los nuestros.

Tommy me enseñó la foto de Big Tom que habían publicado. De acuerdo, no era bueno.

Intenté explicarle la necesidad humana de tener a alguien a quien machacar. Padrastro pega a madre, madre grita a niño, niño le suelta una patada a perro. (Como yo no tenía mascota, no me quedó otra que desquitarme con fuerza con unos Transformers). Somos el perro de Estados Unidos. A estas alturas, cada tipo de persona tenía un nombre propio, excepto nosotros, vete a saber por qué. Los paletos, los palurdos, seguíamos en minúscula. No podía creerme que todo eso fuera nuevo para Tommy. Pero imagino que de algún modo yo había visto un poco de mundo, asistido a esos juegos de «ellos contra nosotros» en los que te llamaban «purria de caravana» y te tiran basura. Y la tele, obviamente. El mes que me mudé a casa de Dori, el canal Chiller puso una maratón de películas basadas en el odio al palurdo: *La sangre del cazador, Lunch Meat, Los zombis paletos*. Los programas cómicos eran aún peores, con todos aquellos tipos haciendo como si todos estuviésemos en el mismo barco, aunque bastaba con esperar un poco para que llegara un chiste denigrante, por ejemplo sobre la mala dentadura de la gente de Kentucky. Resulta que Tommy se había pasado la juventud entre libros de la biblioteca y no tenía experiencia con la tele por cable.

Tommy no dejaba de preguntarme por qué. Como si yo lo supiera.

—No es nada personal —le dije.

Jugueteaba con las mangas de la camisa, desenrollándolas y enrollándolas. Al final levantó la vista. Se le caían las lágrimas, lo juro por Dios.

—Pero sí que lo es. Me da la impresión de que Sophie nunca querrá venir aquí. Me dice que su madre no deja de preguntarle por qué no sale con alguien que esté más cerca. ¿Qué pasa si toda su familia piensa que soy un tontolaba, como esos de los que se ríen en la tele, y que mi dentadura da pena?

Joder. Confiaba en que la familia de Sophie no hubiera visto *Los zombis paletos* o *Defensa*. Uno intenta vivir ajeno a todo esto hasta que te sorprende por la espalda y te da un puñetazo, como el día en que descubrí de qué iba eso que circulaba sobre mí en los *slam books* de las chicas de la escuela. Todo el mundo comparte el retrato que hacen de nosotros como perdedores-comemierda-basura-pajilleros.

—Tu dentadura está perfecta —le dije—. Probablemente Sophie piense que eres la excepción a la regla.

Parecía abatido y negaba con la cabeza.

—La gente necesita meterse con alguien, lo pillo, pero ¿por qué tiene que ser con nosotros? ¿Por qué no con alguien de Dakota, por ejemplo? O de Florida.

—Me imagino que es solo una cuestión de mala suerte. Dios nos convirtió en la diana de las bromas.

A aquellas alturas, ya sabía que probablemente no fuera culpa de Dios, pero no tenía nada mejor que ofrecerle.

Si antes Tommy se dedicaba a dibujar esqueletos, ahora coleccionaba pruebas difamatorias. Le dije que dejara de torturarse, pero su veneno le resultaba tan dulce como a mí el mío. Incluso las tiras cómicas estaban en su contra. Cada día llegaban en un paquete y debía escoger cuatro para publicarlas en la última página. Todas eran estupideces sin gracia alguna, con niños portándose como la peste, perros parlantes, puaj. Tommy solo podía elegir tres, ya que la cuarta tenía que ser *Stumpy Fiddles*, que publicaban desde siempre: un paleto perezoso de nariz grande, orejas peludas y con ropas tan remendadas que ni siquiera yo había llevado nada

parecido durante mis años de acogida. Arquetipos quejicas y vagos que no daban un palo al agua. A Tommy le daba rabia tener que publicar aquello. Me ofrecí a dibujarle unas palmeras para que pareciera que estaban ambientadas en Florida, aunque ambos sabíamos que no engañaríamos a nadie. Nada cambiaría. Aquella era la única tira cómica que había que tenía cierto «interés local».

—Y una mierda «local» —le dije—. Quien sea que las haya dibujado jamás ha puesto un pie aquí. Cada semana se limpia los mocos con nosotros, todo el mundo se ríe y aquí debemos tragarnos el sapo. El puto *Stumpy Fiddles* es una basura.

Para demostrarlo, hice una bola con la tira cómica y la tiré.

—Ay, Dios —dijo Tommy, mirando la papelera—, Pinkie me va a matar.

—Ni siquiera está bien dibujada —dije, la saqué de la papelera y la aplané sobre la mesa de luz—. Fíjate cómo le pone la misma cara a todos los personajes. Hombres, mujeres, bebés. Un vago.

A Tommy se le iluminaron los ojos.

—Venga, a ver cómo puedes mejorarlo. Necesitamos un superhéroe. Yo te miro.

Y eso hizo, igual que en los viejos tiempos en la granja de Creaky.

Llevaba toda la vida pensando en este tipo. Y en su universo. No la Gotham City de Batman, ni la Metrópolis de Superman, ni la Nueva York del Capitán América, ni la Coast City de Linterna Verde, ni la Los Ángeles de Antman. Hablo de Smallville, el lugar en el que los padres de acogida de Superman lo cuidaron hasta que se fue volando. Recuerdo haber llegado a arrancar algunas páginas mientras lo leía de niño. Ni siquiera entendía bien por qué me rompía el corazón. Pero, Dios mío, hasta un niño lo pilla. ¿Por qué ninguno de aquellos superhéroes quería cuidar de nosotros?

Lo convertí en un minero, con pico, mono de trabajo, y casco con luz frontal. Le puse un pañuelo rojo como aquellos huelguistas que se levantaron en armas. Nada de capa, no volaba, solo era muy fuerte y rápido, cruzaba las cimas de las montañas a grandes zancadas y brincos. Un tipo de la vieja escuela. Le di un aire *vintage* a las tiras, con personajes de cabezas redondeadas, extremidades delgadas y alargadas y en constante movimiento. Se llama «estilo Fleischer», parte Mickey Mouse, parte manga. Estaba a gusto con él y parecía como volver a las raíces.

Primera viñeta: mi protagonista ve a una señora mayor llorando en su pequeña caravana en el bosque porque no ha pagado la factura de la luz y se la han cortado. La noche es oscura y hay tormenta. Segunda viñeta: nuestro héroe coge un rayo del cielo y lo tira contra el tendido eléctrico. Ves cómo avanza el rayo hasta llegar a la caravana de la mujer y de golpe las luces y los fogones vuelven a funcionar. En la última viñeta dibujé notas musicales saliendo de la radio y el resplandor de las luces de la ventana iluminando parte del bosque. La señora y su anciano marido bailan en el porche.

Cosas de críos, evidentemente. Hasta donde nosotros sabíamos, de eso iban los cómics. Primero probé con una versión en la que el héroe, en vez de recurrir a un rayo, manipulaba los cables de la luz y robaba la electricidad de una mansión que había en lo alto de una colina. Y ves cómo allí arriba se va apagando todo, de la tele por satélite a las luces de seguridad, mientras la pequeña caravana se ilumina. Tommy me dijo que aquello podía suponerle problemas con Pinkie, así que lo orienté hacia las fuerzas de la naturaleza. A la última viñeta le puse mucha emoción y sombras, en ella se veía al héroe minero que, agazapado en la oscuridad

del bosque, observa a la feliz pareja de ancianos en su porche iluminado. Titulé la tira cómica *Red Neck*. Firmado: Anónimo.

50

Conseguí pagar la factura de la luz. Ahora debíamos hacer frente a una fuga en la cocina de gas y a una caldera medio escacharrada. Encendí los extractores para probarla y el olor a gato quemado me anunció que algo andaba muy mal. Dori dijo que siempre había habido fugas de gas y que aún no hacía frío. Discutimos sobre si encender o no la caldera. Mi postura se resumía en que estábamos en septiembre, joder. El mundo gira. La suya era que no entendía por qué tenía que poner las cosas tan difíciles. Un nuevo día en nuestro feliz hogar.

Justo después de conocer a Dori había dedicado grandes esfuerzos a pensar en ella a todas horas, a maravillarme con su persona y a planear cómo conseguir estar con ella. Tenía un subidón de deseo. Ahora que estábamos juntos, la emoción se desinflaba. Mi vida era como un neumático pinchado.

En términos generales, tenía la situación bajo control, dosificando lo que tomaba hasta conseguir tirar adelante sin convertirme en un zombi. Me ganaba el sustento en Sonic sin abusar del Red Bull. Luego me iba a ayudar a Tommy. Mis tiras cómicas debían de haber llamado un poco la atención porque un tipo escribió al periódico para decir que eran las primeras con las que no daban ganas de limpiarse el culo. Tommy me animó a dibujar más. Y lo hice de vez en cuando. Sin embargo, salir con algo perfecto me llevaba lo suyo, y Dori me quería para ella por las tardes. También por las mañanas. Idealmente a todas horas. Intenté hacerle ver lo bien que nos venía el dinero y que las horas se le pasarían volando si se animaba a hacer las tareas de la casa. Una pelea de órdago. ¿Por qué me había ido a vivir con ella si tenía que estar todo el día fuera? Me hizo unos pucheros, se chutó medio parche de morfina y adiós muy buenas.

Me había metido en ese berenjenal yo solo y necesitaba hablar con el tipo de amigo que no va a decirte que te calles y que te jodan. Angus había empezado la universidad y estaba de camino a las grandes ligas, de modo que a nuestra amistad le quedaban cuatro días. Decidí canjear las fichas antes de que caducaran. Me dijo que claro, que podíamos vernos en Pordioserolandia, nombre en clave de nuestro parquecillo en Jonesville. Tenía las cosas de costumbre: un monumento en honor a los veteranos, zona de pícnic, escalones por una colina que no llevaban a ninguna parte. Un pinar. Una vez sorprendimos a un tipo durmiendo allí que llevaba todas sus pertenencias atadas a una bolsa de Walmart, de ahí el nombre. En aquellos tiempos nuestra imaginación infantil corría desbocada. Lo despertamos desde una distancia prudencial.

La encontré bajo los pinos. Llevaba un sombrero de piel a lo Abe Lincoln, solo que no tan alto, estaba sentada sobre una sábana y delante de ella se apilaban unos bocadillitos en forma de triángulo y envueltos en film transparente. Tomé asiento al otro lado, como si estuviéramos frente a una hoguera, y empezamos a devorar los deliciosos sándwiches de beicon, lechuga y tomate que preparaba Mattie Kate. Nos lanzamos preguntas con la boca llena. ¿Qué tal la rodilla? ¿Cómo te van los estudios? Me dijo que era agradable nadar en aguas más abiertas, estaba conociendo a gente con la que tenía mucho en común. Observé a aquella chica en pantaloncitos de ciclista y chistera, preguntándome a qué se refería exactamente.

Me contó que el entrenador estaba preocupado por mí. Yo le resté importancia, pero ella insistió. Seguiría siendo mi tutor legal durante un año más. Las cosas no andaban muy bien por

casa. U-Haul hacía circular rumores bien feos por el instituto. Recordé nuestro encontronazo, cuando había insinuado guardar secretos oscuros sobre el entrenador, por no hablar de su repugnante simulación del acto sexual. Sin embargo, Angus aseguró que aquellos rumores apuntaban a que la señorita Annie se estaba follando a alguien a espaldas de su marido. Al señor Maldo.

Por Dios, pobre señor Maldo, con lo tímido que era. Uno podía imaginárselo grabando un superéxito de música *country*. Algunos padres ya habían puesto el grito en el cielo, exigiendo dimisiones por motivos éticos. Yo le dije que se trataba de la ronda habitual de pedos y que la peste se iría. Me equivocaba, era mucho peor. U-Haul decía que yo estaba involucrado en el escándalo y que había visto a los amantes en acción en casa de June Peggot, el Cuatro de Julio. Si alguien no creía en sus palabras, que me preguntasen a mí.

Los dientes de U-Haul estaban pidiendo a gritos reunirse con su nuca. Le pregunté a Angus si alguna vez se le había insinuado. Puso cara de sorpresa, pero ni lo confirmó ni lo negó.

Al cabo de un rato me animé a contarle la mierda de relación de pareja que tenía con Dori, que no hacía nada en casa ni se esforzaba lo más mínimo. Le sugerí que hablara con ella de mujer a mujer para que se pusiera las pilas. Angus se rio tan fuerte que escupió parte del tomate y dijo que precisamente aquello era lo que «de mujer a mujer» no significaba.

Intenté argumentarle mi postura. Dori se había entregado con toda su alma a cuidar de su padre, pero ahora no tenía interés en la visión general. Angus me preguntó a qué me refería por «la visión general». Le contesté que limpiar la casa, preparar algo decente para comer. Tuve que admitir que Dori nunca había hecho nada de eso. Tampoco era ninguna novedad lo de no querer quedarse sola en casa. Mis palabras sonaban ridículas. Angus se echó hacia atrás, apoyándose en los codos, y me observó con su sonrisa burlona, que dibujaba torciendo toda la boca hacia un lado.

—Tú la escogiste, Demon. Ella era la definitiva, ¿recuerdas? ¿Qué significaba eso?

Me acordaba. Quedarme observando el rostro y el cuerpo de Dori, sentir que me subía como una droga. Una belleza arrebatadora. Todavía la tenía. Y el sexo continuaba siendo genial. No los fuegos artificiales de antaño, porque ambos funcionábamos a medio gas. Con todo, a veces dábamos con la tecla, y en medio del páramo de nuestros días vacíos y estreñidos, por un momento se desataba un festival de luz y color. Le ahorré los detalles a Angus. Se levantó y empezó a recoger las cosas del pícnic.

—Sea lo que sea que te guste de ella, tienes la suerte de vivir con ello. Y con todo lo otro, vivir también debes —me dijo Angus, que a veces se ponía en plan Yoda. Seguramente hablar con ella estaba bien, aunque ahora mismo no tenía esa sensación.

De camino a casa pasé por delante del instituto y sin pensármelo mucho aparqué en la explanada. Eran casi las tres. Vi el coche de la señorita Annie. Parecía un acosador, pero no tenía otro modo de hablar con ella. ¿Entrar en el edificio después de haber abandonado los estudios? Puede que una parte del cerebro sufriera un cortocircuito, como en la película *La zona muerta*.

Fue una idea terrible. Sonó el timbre y delante de mí se desplegó la vida que Demon se había perdido. Vi a mis antiguos compañeros dirigirse al campo de entrenamiento, intercambiando golpecitos en la cabeza con la despreocupación de la juventud. Hurgué en la guantera para dar con un Xanax que me concediera una hora más en el querer seguir viviendo. Conduje el Impala

hasta la otra punta, desde donde podía vigilar el coche de la señorita Annie, pero sin ver el campo de fútbol. Fue casi la última en salir, andaba deprisa con una falda larga y una carpeta grande y plana. Me acerqué con el coche y le di al claxon, y se asustó. Enseguida me reconoció y se le encendió el rostro. Abrió la puerta del copiloto y se escurrió dentro del coche con una amplia sonrisa en la cara.

—Por favor, dime que vuelves a clase. En esta carpeta llevo dibujos del natural que evaluar y todos parecen salidos de las puertas de unos servicios.

—Veo que te has esforzado mucho, Aidan.

Se rio. Noté que deseaba darme un abrazo. Mis fantasías de adolescente cobrando vida justo cuando estaba con otra persona.

—Damon. Solo son dos años. ¿Acaso es imposible?

—Ya no soy un crío. Tengo responsabilidades.

Se me quedó mirando fijamente. Me llamó la atención un movimiento detrás de ella. Clay Colwell corría tras un mal pase, y llevaba el peto rojo que nos poníamos en los entrenamientos. Los ojos se me empezaron a humedecer, como si alguien hubiera metido los dedos en ellos. Le dije que era una gran profesora y que lamentaba haberle hecho perder el tiempo. Me dijo que muchos chavales le hacían perder el tiempo, pero que yo era un diamante en bruto. Palabras textuales.

—Ya sabes que no me dedico a esto por el dinero, ¿verdad? —dijo, frunciendo un poco el ceño—. ¿Lo sabes? Ni siquiera estoy contratada a jornada completa.

Yo pensaba que un profesor era un profesor y fin de la historia. Pero no. Me contó que Arte y Coro eran las dos únicas asignaturas que impartía, lo que no le garantizaba el salario completo. El profesor de Ciencias estaba en la misma situación: dos asignaturas.

—No es que me queje, los encargos artísticos y los bolos musicales me permiten llegar a fin de mes.

—Más el carrito de los helados en verano —añadí.

Ella y el señor Armstrong hacían turnos.

—Y los helados, cierto. Lo que te quiero decir es… ¿Qué es lo que te quiero decir? —Ladeó la cabeza y sus pendientes de aros bailotearon—. A ver, me gusta ayudar a los chavales a entender lo que están viendo. Pero ¿la verdad? Siempre confié en que algún día llegaría una chispa que pudiera convertir en una llama. En una visión completamente nueva, la que el mundo necesita.

Se suponía que yo había sido aquella chispa. Me dijo que los profesores se pasaban muchos años metidos en la salita del café, luchando por no perder la esperanza de que alumnos como yo existieran en alguna parte. Pareció que iba a echarse a llorar. Si no ella, yo.

Le dije que sentía haberla decepcionado. Pero que había ido a decirle que no había tenido nada que ver con el hatajo de mentiras despreciables que corrían sobre ella y el señor Maldo.

Se miró la falda, mientras asentía con delicadeza.

—En circunstancias normales ni siquiera pensaría en ello. Cosas así circulan como un virus estomacal. Si quieres que hablemos de superhéroes, mi marido es el Hombre de Acero. Todo esto le resbala.

Ambos miramos por la ventanilla a los últimos rezagados que iban hacia sus coches, perdidos en nuestros pensamientos. El señor Armstrong, banderas confederadas, toda suerte de pequeñas miserias de las que la mayoría de nosotros nunca nos enteramos. Yo había vivido lo

suficiente para saber que a uno este tipo de cosas no le resbalan. Volvió a mirarme.

—Mira, quien de verdad me preocupa es Jack. El señor Maldo.

—Ah —dije. Había olvidado su nombre de pila, si es que lo había llegado a saber.

—En estos momentos, solo ir a trabajar ya le pone en una situación muy incómoda. Los chavales se burlan. Temo que lo deje y pierda su seguro médico. No se encuentra bien. Quizá no lo sabías.

—Me fijé en su mano —dije, sin estar seguro de si merecía tal nombre.

—Es muy amable por tu parte preocuparte por Lewis y por mí, pero ya hemos pasado por esto muchas veces. Aquí siempre habrá gente que piense que nuestro matrimonio es de su incumbencia.

Me contó que hasta los años sesenta había habido leyes contra los matrimonios mixtos. De modo que esto ocurría antes de que tanto ellos como yo hubiéramos nacido, pero las actitudes persistían.

—Algunas almas despreciables de por aquí consideran la blancura de su piel la única propiedad que no se ha hundido ni les ha embargado el banco.

Me pregunté si esas leyes concernían también a mi gente y a los bebés *melungeon* que hicieron mucho tiempo atrás, o si vivían en zonas demasiado aisladas como para importarles un pimiento los que se las daban de superiores. Una historia muy antigua, la de quién mira por encima del hombro a quién, por el motivo que sea.

Le dije que, si le servía de consuelo, el señor Armstrong era el profesor más popular de séptimo. Al principio los chavales le buscaban las cosquillas, pero él siempre acababa ganándoselos.

Estaba al corriente.

—El problema no son los alumnos, sino los padres. Hay un pequeño club de gente que odia al señor Armstrong y que en la práctica es como un comando de la asociación de familias. No admiten que son racistas, pero quieren que lo echen por comunista. ¡Como si supieran lo que es el comunismo!

Le dije que probablemente tenían miedo de las ideas que pudiera meternos en la cabeza.

Ella sonrió.

—Menudo plan. Un profesor metiendo ideas en la cabeza de los chavales.

Me dijo que solo debía preocuparme por mí. Sabía la presión a la que estaba sometido, y debía acudir al señor Armstrong y a ella si necesitaba refuerzos. Su puerta seguía abierta, tanto si iba al instituto como si no. Empezó a bajar del coche, pero luego se dio la vuelta para mirarme con una expresión burlona.

—Saluda a Red Neck de mi parte. Dile que me gusta su perspectiva.

Sentí que me ardían las orejas.

—¿Qué te hace pensar que lo conozco?

Se rio en mi cara.

—Damon. Conozco tu manera de dibujar igual que otros profesores conocen tu caligrafía. ¿Por qué demonios no firmas las tiras?

Necesitaba que saliera del Impala y que siguiera con su vida. Pero se quedó allí, con medio cuerpo fuera, esperando.

—Está impreso —le dije al fin—. Circula por todos lados y todo el mundo puede verlo. Si les parece malo, no quiero que me señalen. Y si no es malo, sería como presumir.

—Por Dios bendito. Es tu obra. ¿Acaso el mecánico que hace un buen trabajo arreglándote el motor y que luego te pasa la factura está presumiendo?

Le dije que no veía la conexión. Volvió a reposar todo el culo en el asiento.

—Nadie más te va a decir esto. El arte también es trabajo. A la gente le pagan por hacer exactamente lo que tú estás haciendo. Gente mucho mayor que tú, con menos talento y con historias muy pobres.

Le di las gracias, aunque insistí en que mi pequeña tira cómica era poca cosa. ¿A quién podría importarle un pimiento un superhéroe que decidía quedarse en Smallville? Me dijo que no estuviera tan seguro. Estábamos nosotros, Virginia Occidental y Kentucky. Y Tennessee. No somos poca cosa. Si tanto quería ser un adulto, tenía que empezar a pensar en grande.

Seguí el consejo de Angus: volví a casa con Dori y viví con ello. Viví con el fregadero lleno de platos con barba de moho, con bolsas de basura que sobresalían de los cubos, con la porquería apilada. Jip corría victorioso por la casa cada vez que hacía trizas un envoltorio de comida. Vivíamos en un vertedero: Dori y yo estábamos al nivel de la infancia del señor Golly. No tenía tiempo para arreglar nada entre mi empleo en Sonic y las otras mierdas que se me comían vivo. También iba a la clínica a por las recetas. No iba a permitir que Dori se acercara de nuevo a aquel individuo. Lo más triste fue que el doctor Watts ni siquiera me reconoció. El cabrón que me había tirado a este sumidero. Después de conseguir las pastillas, me ponía con las llamadas y los viajecitos a las horas más intempestivas para encontrar a algún desgraciado al que venderle nuestra mierda, pagar las facturas, alimentar a la bestia.

Algunas veces me preguntaba qué pensarían de mí la señorita Betsy y Pajarito si me vieran así. Me imaginaba las palabras que Pajarito habría escrito y echado a volar en su cometa con el deseo de no perder la esperanza. Por muy bajo que hubiera caído, si había algo que intentaba evitar a toda costa era ser falso y cruel. Y si el trabajo duro cuenta para algo, en ese aspecto me salía. La adicción no es para los vagos. Si las drogas entran en tu vida, nunca te van a faltar los peligros y las emboscadas mortales a la vuelta de la esquina. No hablemos ya de lo que pueden llegar a hacerte las personas. Quizá yo fuera estúpido, pero sin duda era un estúpido aplicado. Era lo que el entrenador había visto en mí. Él lo llamó «disciplina». Yo escogería otra palabra: «supervivencia». Darlo todo desde el principio, día sí, día también. Sostener a mi madre, superar el odio hacia Stoner, luego ser el más rápido en hacer cualquier tarea de mierda que me encargaran, como vaciar el ácido de las baterías o desmochar tabaco. El fútbol. Solo había conocido un tipo de vida, y consistía en entregarme por completo.

Quizá por esto me molestara tanto que Dori le robara a Thelma. Tenía mi propio y retorcido sentido del honor. Empezó con tonterías como unas tijeras y acondicionadores. Después se presentó en casa con joyas y una batidora. Tuve que reñirle como a una niña. Ya no solo porque fuera inmoral jugársela a tu amiga, proveedora de morfina y cuasiempleadora, sino porque pudieran pillarla. Ser una persona madura implica conocer tus limitaciones y ninguno de los dos teníamos talento para el robo. Maggot era otro cantar. As del hurto en tiendas, un fenómeno a la hora de saber qué farmacias tenían cámaras escondidas y dónde; te dejaba boquiabierto. Dori y yo, sin embargo, éramos unos negados. Me imaginé una tira cómica titulada *Los incapaces*. Gritar solo nos llevaba al desastre, con Dori llorando y acusándome de odiarla. Me rompía en mil pedazos. A lo único a lo que aspiraba en la vida era a ser querida. Me forzaba a pensar en ella como en mi muñeca. A una muñeca no se la puede acusar de hacer el

vago. Miras cómo abre y cierra sus bonitos ojos. La arropas en la cama.

Se acordó de que mi cumpleaños estaba al caer y me preguntó qué quería. Se me ocurrieron varias cosas. La transmisión del Impala rechinaba como un saco de gatos. Pero le dije que solo quería a mi chica. Preciosa y mía para siempre. Ella me preguntó si eso significaba casarnos. Le contesté que por qué no. No íbamos a casarnos. Ni siquiera éramos capaces de organizarnos para conseguir una buena tarifa de teléfono. Además, Dori olvidaría aquella conversación. Se acababa de chutar un parche y estaba tirada en la cama con los pies en alto. Me arrodillé y le besé los anillitos de los dedos. Un puntito de sangre coronaba uno de sus pálidos pies, al modo de una joya. Lo toqué mientras recordaba el día en que, mucho tiempo atrás, Maggot y yo nos habíamos pinchado para convertirnos en hermanos de sangre. Como si solo haciéndote daño pudieras ser auténtico.

Dori perdía la consciencia a marchas forzadas, entre ensueños de nuestra boda de fantasía. Yo iba a salir más tarde, por lo que me había tomado una pastilla de cuarenta miligramos e intentaba aclimatarme a los altos y bajos mientras la escuchaba, sentado en el suelo. Tommy iba a ser mi padrino. Genial. No siempre era amable con él, con todo el tiempo que pasábamos juntos. Pero en aquel estado de felicidad, rebosaba de amor. Jip llevaría los anillos. Thelma y Angus harían de damas de honor. O Angus podría ser mi padrino, aseguró. Estaba confundida con su papel. Mi madrina-padrino, dijo. Me describió el vestido que llevaría puesto y cómo todo el mundo diría lo guapa que iba la novia. Lo jóvenes que éramos.

Una vez perdió por completo el conocimiento y, antes de salir de casa, la puse de lado y la acomodé entre los cojines.

51

Una semana más, otro despropósito. Lunes noche. Maggot me pidió que lo fuera a buscar a casa de la señora Peggot para irnos a dar una vuelta. Muy bien, hasta donde yo sabía, éramos dos tipos poniendo distancia entre nosotros y las mujeres. Me dio indicaciones para llegar a una casa destartalada en Woodway con la idea de recoger a un amigo. ¿Y quién resulta que aparece? Intercambio. Ni siquiera sabía que se conocían. Lo siguiente que sé es que nos encontramos en la parte de atrás de una farmacia Walgreens, que han destrozado una ventana con un bloque de cemento y que Intercambio se ha metido dentro por un agujerito. Arrasa con el contenido de las cajas situadas en los estantes superiores y en menos de tres minutos estamos fuera. Tengo que parar el coche en la autopista Duff Patt para poner la cabeza entre las rodillas. Maggot lleva un ciego de mil pares y se pone a gritar que es el Robin Hood del Sudafed. Los dejo a ambos de nuevo en Woodway y me largo a toda mecha.

Martes. Recibo una llamada de Fast Forward, preguntándome si me apetece dar un garbeo en coche, por los viejos tiempos. ¿Adónde? Me dice que a Richmond. Le contesto que ni de broma y que le dé recuerdos a la ratonera. Y, por cierto, ¿cómo está Emmy? Me dice que han roto. Tras colgar, llamo a June y le pregunto si Emmy ha regresado a casa. No. June me pregunta por qué quiero saberlo. Mierda. La cosa pinta mal.

Miércoles. Técnicamente no es terrible, pero sí es malo en el sentido de tener las cosas bajo control. Tommy me cuenta que están llegando cartas de los lectores al periódico a propósito de *Red Neck*. Lo llama una «erupción de la opinión pública». Nadie les escribe a menos que se trate de algo gordo, como aquella vez que retiraron la máquina de helados cremosos del Dana's Quickmart. Pinkie le ha ordenado que publique la tira cómica cada semana, sin excusas que valgan, Tommy no ha tenido más remedio que confesarle que no salen del paquete de costumbre. «Son aportaciones de un artista local», le dijo. Pinkie entendió que Tommy se refería a sí mismo y le ofreció un bono semanal de diez dólares. Tommy respondió que hablaría con Anónimo acerca de si diez dólares eran suficientes. Una tira cómica semanal supondría mucha presión. Una parte de mí se decía que ya vivía en el filo de una navaja para alternar entre mis horas operativas y mis horas de colocón absoluto, y que aquello solo conseguiría acabar de hundirme. Otra parte de mí se decía: «Pidámosle veinte dólares».

Allí no había precisamente escasez de personas que necesitaran que un superhéroe los ayudase. Me llegaban ideas de todas partes. Estábamos en otoño, época de desmochar y cortar, así le dediqué una serie al tabaco. Dibujé a niños pequeños esforzándose por descabezar las plantas altas, ellas con lacitos en el pelo y calcetines cortos, ellos con gorras. Todos empezaban a ver estrellitas y se tambaleaban mareados por culpa de la enfermedad del tabaco verde. Red Neck aparece por el cielo como una exhalación y avanza por los campos armado con un sable en cada mano, con los que descabeza las flores de una tacada. A continuación, reúne a los niños en la parte de atrás de su furgoneta y se los lleva a comer perritos calientes de maíz. En la última viñeta adviertes que han hecho una parada por el camino: mientras la furgoneta se aleja entre bamboleos, en primer plano vemos que han dejado flores del tabaco sobre dos tumbas. Una es para el abuelo y la otra para el hermano pequeño.

La furgoneta era una DeSoto, un modelo de los años cincuenta con alerones. No una Lariat. Solo para vuestra información.

Aquella tira inauguró la costumbre de acudir a los cementerios a poner flores del tabaco en las tumbas. Pinkie envió a hacer fotos a Guy Greeley, lo que fue una locura. El periódico se retroalimentaba. También pusieron flores del tabaco en los escalones de la entrada de la redacción. Pinkie recibió llamadas del semanario de Russell County y del diario de Bristol. Estaban interesados en publicar la tira y la dueña le hizo una visita a Tommy. Que Pinkie fuera a la oficina por la tarde era algo tan raro que Tommy se pegó un buen susto cuando oyó abrirse la puerta de entrada, que siempre estaba cerrada. Últimamente había habido robos en la mitad de los comercios de Pennington, incluso en algunos que uno no pensaría que tuvieran mucho que ofrecer. Una oficina de asesoramiento agrícola, una sucursal de la gestoría fiscal H&R Block. Yo no me encontraba en la redacción en ese momento porque me estaba emborrachando un poco después de que me despidieran de Sonic. Nunca había visto a Pinkie. Por la descripción de Tommy, me la imaginaba como un *pitbull* con melenita de paje que se encendía un cigarrillo con la colilla del anterior y te escrutaba al modo de un agente especial de la CIA. Tommy era un hacha con las palabras. Pinkie le dijo a Tommy que había llegado la hora de formalizar el acuerdo relativo a *Red Neck*. Al haber dinero de por medio, era necesario firmar un contrato, tener a una persona real con un nombre real. Seguía pensándose que era él.

Así que me delató. Lo achacó a que Pinkie estaba a punto de ponerse violenta, pero a mí no me engañaba. Había visto a Tommy recibir unas buenas palizas en la granja de Creaky sin inmutarse. Al final reconoció que había tomado la decisión de darle mi nombre y que debería estar contento, no enfadado. Me aseguró que, de haber estado en su lugar, habría hecho lo mismo.

La señorita Annie me había dado el teléfono de su casa. Tienes la puerta abierta a todas horas, etcétera. Yo no me esperaba que la gente lo dijera en serio, pensaba que lo decían porque se sentían culpables por dejarte tirado con tus problemas y volver a sus afortunadas vidas. Pero llamé y me dijo que fuera a verla de inmediato, por qué no. Cenemos juntos.

La casa no pasaba desapercibida. La parte delantera estaba pintada como una colcha. Un perro ladraba en el interior, pero se calló después de que el señor Armstrong lo reprendiera, nada que ver con Jip. Me dejó entrar y me dijo que me diera una vuelta por la casa mientras ellos acababan de preparar la cena. Seguí su consejo porque la verdad es que había mucho que ver. Colchas en las paredes. Y cuadros de hilos, escenas de montaña con árboles de tonalidades otoñales y demás, hechas por la señorita Annie con un telar, un armatoste que ocupaba la mitad del salón. Cuadros realistas hechos únicamente con hilos de colores, aquello era otro nivel. Quise tocarlos, sentir la hierba y las rocas rugosas. En uno se veía una cascada. Me dijo que era la Bañera del Diablo, ¿había estado alguna vez? Me quedé helado, le dije «No, señora», y no volví a mirarlo. El perro se llamaba Hazel Dickens. Negro, pequeño, de pelo largo y patas cortas. Me seguía a todas partes en silencio, como si pretendiera recoger lo que yo fuera tirando. La vivienda estaba limpia, pero no excesivamente ordenada, con aparatos de música por todas partes, amplificadores y demás. Nunca había escuchado tocar a su grupo. Su estilo no era cosa de jóvenes.

Por todos lados, en las estanterías y en los alféizares de las ventanas tenían tallas de madera pintadas, que parecían haber sido realizadas por niños, aunque con más pericia: un oso

sonriente, Adán y Eva, inspectores de Hacienda devorados por una ballena. El señor Armstrong me dijo que las coleccionaba. La gente lo llamaba «arte folclórico», pueblerino, autodidacta; él lo llamaba simplemente «arte». Una talla representaba a un Superman rústico y de raza negra, con la capa y el símbolo en el pecho típicos. Botas de trabajo, puños en el aire. Y yo pensé: «Ummm, no soy el primero al que se le ocurre algo así». Fue muy loco ver a aquellos profesores en calcetines y en modo matrimonio. Ella tenía puestos unos pantalones de deporte y llevaba el pelo recogido en una coleta, un *look* a lo Jane Fonda que nunca habrías creído posible. Vi al señor Armstrong darle una palmadita furtiva en el trasero cuando pasaba por detrás de él en busca de un cucharón. La cena consistió en sopa de alubias, ensalada y pan de maíz. Repetí de todo.

La señorita Annie estuvo encantada de darme consejos sobre *Red Neck*, que por eso me había llamado. Me dijo que revisaría el contrato que me ofrecieran antes de firmarlo y me animó a pensar en serio acerca del dinero. Si desde buen principio no me mostraba duro negociando, más adelante podía perder algunas oportunidades. Soltó palabras como «sindicación». Le conté que Pinkie me había ofrecido diez dólares por tira cómica y me dijo: «Ay, cielo, eso son migajas». Le confesé que se me haría raro presionar a la editora para conseguir más dinero, que no parecería muy cristiano o lo que fuera, a lo que reaccionó diciendo que debía cambiar de mentalidad. Se lo pensó mejor y acabó decidiendo que ella se encargaría de llamarla para negociar mi remuneración. Se presentaría como mi agente.

—Dile que llamas de parte de Amato y Armstrong —le dijo él.

Ella le dedicó una mirada maliciosa.

—Eso haré.

Siempre olvidaba que ese era su apellido, Amato; pensaba por defecto en el de su marido. En todo caso, estaban locos el uno por el otro. Resultaba evidente por el modo en que se ayudaban uno al otro, como si se leyeran la mente. «Como dos mulas compartiendo arnés», habría dicho el señor Peg.

Le pregunté al señor Armstrong cómo iban las cosas por el instituto de Jonesville y me contó que sin novedad en el frente, que continuaba siendo como intentar apagar un incendio meándole encima. Aquel no era el tipo de lenguaje que nos habría permitido en clase. Estaba un poco colocado, pero intenté disimular el desconcierto que me causaba departir con ellos en plan personas y no profesores. No me estaban tratando como a un niño. Abordamos el tema de los motivos de la junta escolar para expulsarlo. Le pregunté si los tipos de la empresa minera estaban furiosos con él por haber revelado de qué pie cojeaban, en el sentido de haber conseguido que el resto de los negocios abandonaran el pueblo y dejar las escuelas en un estado deplorable para atontarnos lo suficiente como para no presentar batalla. Ladeó la cabeza y puso una expresión cómica en plan «Joder con el criajo este», y la señorita Annie levantó las manos y las sacudió en el aire. Aquellos dos se lo estaban pasando en grande. El señor Armstrong puso cara de póquer y negó haber dicho nada parecido en clase.

—Sacaría más dinero tocando el banjo. Si lo mantienen en la plantilla es solo con la idea de hacerle la vida imposible —dijo la señorita Annie.

Le pregunté por el señor Maldo. Me contestó que se había mudado y que trabajaba en una fábrica de Kingsport, limpiando retretes sin miedo a que los adolescentes se burlasen de él. Eso estaba bien. Les dije que lamentaba que lo hubieran obligado a marcharse y quise saber cómo podían soportar ellos el hecho de vivir entre las habladurías de U-Haul y su repugnante madre.

El señor Armstrong me aseguró que en Lee County no había dónde esconderse, que los que esparcían el odio estaban por todas partes. Ser una pareja interracial les había granjeado todo tipo de insultos.

—Una vez, paseando por el centro de Chicago, nos lanzaron yogur desde un coche en marcha.

—¡Yogur Yoplait! —dijo la señorita Annie escandalizada, como si estuviera contado un chiste—. ¿Qué tipo de racista come yogures de fresa de marca?

Dije que me rendía. ¿Los racistas de Chicago? El señor Armstrong apuntó que técnicamente no podíamos saber si se lo estaba comiendo o no. Quizá solo lo había comprado para usarlo de proyectil.

Aunque pareciera que estaban de broma, en el ambiente flotaba algo serio mientras deslizaban insinuaciones. La señorita Annie dijo que adoraban las cosas buenas que les ofrecía aquel lugar y que se cubrían mutuamente las espaldas. Con eso les bastaba.

—Una sola persona puede marcar la diferencia a la hora de hacerte sentir bien en el mundo, pero el apoyo debe ser recíproco —dijo la señorita Annie.

Luego me acorralaron con lo de haber abandonado los estudios y mi relación con Dori. La señorita Annie me dijo que conseguir aquel contrato era una oportunidad que no llegaba todos los días, y que ella querría tener la cabeza clara a la hora de enfrentarse a semejante desafío. En otras palabras: debía dejar las drogas. Mucho más sencillo si tus amigos no son unos porreros. Fueron prudentes, pero de todos modos… Me aseguraron que el amor debe proceder de un lugar sólido, no consistía en coger lo primero que se te cruza por delante. Uno no elige a su familia, pero una pareja es una oportunidad para empezar de cero. Yo los escuchaba mientras acariciaba una pastilla de Xanax que llevaba en un bolsillo de los pantalones, y no dejaba de pensar: «¿Cómo es posible? ¿Habéis estado espiándome por la ventana?». Quizá me sintiera paralizado, algo que solía ocurrirme cuando tenía el depósito bajo. Pero eran profesores. No se les escapaba nada que estuviera relacionado con los niños y las familias de por aquí.

Me fui de su casa tan confuso que tuve que tragarme el Xanax antes de encender el motor. Conseguir un buen trato con Pinkie Mayhew era genial, pero también estaba cabreado como una mona. Dori dependía de mí para todo. Sinceramente, pensé que si la abandonaba acabaría muriendo de tanto llorar y de no comer. Con Jip encima, pensando que, como yo ya no estoy, ha ganado la guerra. Aquella pareja de profesores se gastaba bromas ingeniosas, se daba palmadas en el culo y tenía una casa llena de cosas bonitas confeccionadas por manos expertas. ¿Quién no habría querido lo mismo? Pero ¿cómo alcanzarlo, incluso partiendo de unas condiciones normales? Yo no había conocido tantas parejas felizmente casadas, y mucho menos que se trataran con tanto cariño. El señor Armstrong y la señorita Annie habían conseguido darme más motivos de preocupación al plantar en mi cerebro la necesidad de romper con Dori. Porque jamás podría. Las buenas personas no tiran la toalla con aquellos a los que quieren.

Le dije a Tommy que de acuerdo, que trabajáramos en equipo. La señorita Annie apretó a Pinkie y nos consiguió cincuenta dólares por tira, más un bonus por cada periódico que quisiera publicarla. Las entregas serían mensuales y el contrato, por un año. Tommy y yo nos repartiríamos el dinero al cincuenta por ciento. El millar de libros que se había leído tenía que dar frutos en algún momento, podría ayudarme con ideas para las historias. Y con el dibujo

también. Para la última etapa, la de entintar, hacía falta un pulso firme. Le dije que seríamos como dos mulas compartiendo arnés.

Lo cierto es que me aterrorizaba la idea de tener que cumplir yo solo con un compromiso de ese calibre. Me había estado engañando respecto a lo mucho que me había estado metiendo. Mirad cómo muevo el culo. Todo está bajo control. No me había pasado con la morfina. Aún no me había inyectado nada, pero solo porque las agujas me daban pánico. De todos modos, me dije que aquella era la línea entre un pasatiempo y algo muy serio, y no la pensaba cruzar. Pese a que me habían despedido de Sonic y de algún sitio más, fingía conservar la capacidad de presentarme a los sitios como un ser humano. No me habían despedido por holgazanear, ojo, que sacaba los pedidos a toda pastilla. Otra cosa es que fuese agradable compartir espacio conmigo y una freidora, dejémoslo ahí.

Ahora, en cambio, con Tommy cubriéndome las espaldas, iba a dejar de liarla. Eso pensé el día que firmamos el contrato ese en la ratonera que Pinkie Mayhew tenía por despacho. Lo que más deseaba en el mundo era madurar. Difícil de explicar, por lo mal que me habían tratado cuando era un niño. Libre de preocupaciones, ¿qué es eso? Imposible recordar si alguna vez no las había tenido. Pero seguía en la periferia de la madurez completa, soltando humo por debajo de su puerta, mirando por sus ventanas subido a un bloque de cemento. Vivir como hombres es todo cuanto deseamos los chavales vapuleados de este mundo.

Una vez se me acabara el contrato, estaría a punto de cumplir los dieciocho. Conseguiría el dinero que me habían ido apartando los de la Seguridad Social de mamá y arrancarían mis días de libertad. Como hombre laborioso y talentoso, me pagarían el trabajo realizado. Me casaría con Dori. Me desengancharía de las drogas.

Me acosté pensando «De acuerdo, Angus». Confiaré en el camino salvaje, las cosas prometen. Unos días después me despertó el teléfono y era la última persona con la que deseaba hablar. Rose Dartell. Aquella chica tan rara me despertaba una indiferencia absoluta y asumía que era mutuo. Error. Ella sí sentía algo por mí: desprecio. Por lo de Emmy y Fast Forward. Todo el mundo me echaba la culpa de que aquellos dos se hubiesen liado. Rose me pidió verme en el parquecito que quedaba por encima de Ewing porque tenía algo que darme de parte de Emmy. Le dije que probablemente pudiera ir al día siguiente por la tarde. Me dijo que no. Que ahora mismo.

Lo que uno llega a hacer por ser decente. Me puse unos pantalones a las putas tres de la madrugada y conduje hasta la salida de una autovía sin nombre para recoger algo que no auguraba nada bueno. No quedaba lejos del parque al que años atrás me había llevado la señorita Barks, el día en que me dio la patada. Observar aquellos acantilados de piedra blanca trajo extraños pensamientos a mi cabeza. Saltar, volar o caer. La luz de la luna se reflejaba en las escarpadas cumbres. Me senté encima de un frío montículo de cemento a esperar hasta que aparecieron por la carretera las luces de un vehículo.

Rose salió del coche, pero se quedó junto a él y me habló en voz baja. No podía distinguirla. Me contó que Fast Forward estaba viviendo en Georgia. Había decidido excluir a Mouse y tratar directamente con los traficantes mexicanos de Atlanta. Mencionó una serie de cosas técnicas con las que dio la impresión de querer pintar a Fast Forward como un hombre de negocios digno de admiración, un tipo capaz de maniobrar con astucia para obtener un ascenso. Parte de su habilidad como empresario consistía en utilizar a Emmy de señuelo. Yo

me sentía cansado y agitado, y no pillaba todas sus palabras. Le pregunté a qué se refería por «señuelo». Lo único que se dibujaba en mi cabeza eran los aparejos de pesca del señor Peg.

A eso se refería. Cebo. Que se acostaba con tíos para animarlos a hacer tratos con Fast Forward. Le dije a Rose que eso era imposible. Si conocías a Emmy, no te lo podías ni imaginar.

—Seguro que no te lo imaginas —dijo Rose. Se encendió un cigarrillo y vi el fulgor naranja ascender y descender—. Mañana podría plantarse delante de tus narices y no la reconocerías.

—La reconocería.

—No en el estado deplorable en el que se encuentra en estos momentos, no, señor, no lo harías. Yo sí que lo hice y puedo asegurarte que está lo que se dice destrozada. Fast Forward acabó asqueado de ella y la dejó ahí tirada.

Vi cómo tiraba el cigarrillo.

—De modo que ya son dos las vidas que has arruinado, la suya y la mía. Yo habría podido quedarme al lado de Fast Forward. Tengo una buena cabeza sobre los hombros.

Le dije que se fuera a la mierda. No creía una palabra de lo que me estaba contando.

Oí pisadas sobre la grava y de golpe la tuve tan cerca que pude olerla. Me levantó un puño. Me puso algo en la mano que parecía ligero y húmedo, como saliva.

Vi cómo a su furgoneta se la tragaba la oscuridad y me subí al coche. La luz del interior me cegó durante un segundo. Abrí la mano y miré. Un brazalete en forma de serpiente.

52

La idea de llamar a June me daba mucha pereza, pero se lo había prometido. Me ahorré ciertos detalles. Lo que me mató fue notar lo agradecida que sonaba por el mero hecho de saber que Emmy estaba viva. Lo de Atlanta no le gustó tanto. Maldijo el hecho de que se tratara de una puñetera ciudad inmensa, y era imposible ir llamando a las puertas. Confiaba en que Emmy hubiera regresado a Knoxville. Personalmente, me pareció que esta ocupaba el mismo lugar en el apartado de las puñeteras ciudades inmensas.

Debíamos empezar por localizar a Martha, me dijo. Resultó que June sabía lo del aborto y muchas cosas más, y la había acogido bajo su ala, consiguiendo que la atendieran en una clínica de metadona. Sin embargo, la más cercana se encontraba en Knoxville y Martha no conocía a nadie allí, un desastre. Martha consiguió enderezarse, regresó aquí para retomar el contacto con sus conocidos, acabó recayendo y volvió a desaparecer. Quizás había puesto rumbo a Atlanta. June tenía la teoría de que conectar con la órbita de Martha nos pondría tras la pista de Emmy. Llegados a este punto, June ya pensaba en voz alta, y no quería colgar aunque estuviese en el trabajo, con gente aguardando su turno. Le dije que me llamara si me necesitaba.

Conduje un rato para disipar las preocupaciones de June y buscar inspiración para la siguiente tira cómica. Las mejores ideas solían venirme a la cabeza de esta manera. Mi plan era dirigirme luego a una casa silenciosa en la que poder avanzar algo de trabajo, mientras Dori estaba en el suyo. Sin embargo, aquel día me la encontré en la cama, comiéndose uno de esos palitos de helado con *crumble* que se compraba en *packs* familiares. Había faltado a demasiadas citas con clientas o robado algo imposible de disimular y Thelma le había pedido que no volviera.

—Me ha dicho que me lo pedía «como amiga» —me aclaró Dori.

—Fantástico —le dije—. Ya no traes dinero a casa, le has hecho una putada a tu mejor amiga, pero no pasa nada porque no te ha gritado.

Dori me acusó de ser un malnacido que no entendía nada. Luego lanzó besitos en dirección a Jip y le alargó el helado para que lo lamiera. Ver sus viejos bigotes llenos de nata y el modo en que subía y bajaba la cabeza me hizo pensar en pornografía. Yo era un malnacido que lo entendía todo a la perfección. Thelma no le había gritado a Dori porque el resultado habría sido el mismo que hacerlo a un saco lleno de piedras.

Después de aquello, a Dori se le acabó la motivación para salir de la cama, así que me llevé el televisor. Hubo un tiempo en el que ella habría podido devolverlo a su sitio, acarreándolo por las escaleras, en aquellos días en los que debía llevar el oxígeno y la silla de ruedas de su padre de un lado para otro. Ahora, en cambio, una dieta estricta de drogas y helados la había convertido en un esqueleto. Salió corriendo a la planta de abajo, acompañada de Jip y sin dirigirme la palabra, y a partir de ese día se atrincheraron en el sofá para ver programas como *The View, El precio justo* y *Raven*. Yo había dejado de pagar la tele por cable, de modo que solo teníamos los canales básicos. No importaba, llegaba a casa y me la podía encontrar viendo *Las Tortugas Ninja*. Sus ojos eran dos vidrios centelleantes.

Un día se me cruzaron los cables. Me habían pedido un precio abusivo por arreglar la

transmisión del coche y al llegar a casa me encontré la nevera vacía y echando una peste tremenda después del último corte de luz, de modo que estampé una botella vacía de vodka contra la pantalla de la tele. La lancé desde la otra punta de la habitación, seguía teniendo un buen brazo. No hice añicos nada, la tele solo se arrugó un poco por fuera y los colores caían en cascada por la pantalla. Imbécil. Con aquel trasto habría conseguido al menos un frasco de Xanax. No había pensado como cabeza de la familia.

Dori se quedó quieta, enfundada en una sábana y con la vista fija en el aparato fundido. A la espera de que le trajera a casa la heroína. Tuve el pensamiento loco de desaparecer por un tiempo y dejarla sin nada que meterse. Bien que me querría cuando le llegara el mono. Pero no podía. Ella era mi muñeca. Yo no era un desalmado.

Solo. Así me sentía. Tommy fue mi tabla de salvación durante aquellos días. Era el tipo más interesante con el que uno querría hablar. Seguía leyendo como si fuera un bufet libre. Ya no historias para niños, sino las noticias que le llegaban a la redacción. Para su desesperación, el *Courier* solo publicaba las noticias tóxicas sobre hechos locales, y él sentía que el resto se desperdiciaban a menos que alguien las imprimiera y las leyera. Se las tragaba todas: tornado en Alabama, guerra en Irak, Toyota se convierte en el tercer fabricante de coches más popular en Estados Unidos. Las del espacio le chiflaban. Me contó que estaban construyendo un vehículo de cuatrocientos millones de dólares para que se arrastrara por Marte. No me lo creí y al mismo tiempo lo hice. Lo que llega a hacer la gente cuando tiene dinero. Son dos universos diferentes. El suyo y el nuestro.

Por aquel entonces tenía un empleo en la cooperativa agrícola de Norton. Mis responsabilidades eran prácticamente las mismas que en la vieja tienda de Vester: reponer, colocar precios, cargar forraje. Pero mis compañeros, Dios mío. La encargada, Rita, no era tan mayor, pero ya había superado dos cánceres, una doble «ectomía» de esto o lo otro, y me hablaba de sus problemas de vejiga antes de haberme tomado el primer café del día. Al frente de la caja registradora estaba Les, un antiguo minero sin una sola parte de su cuerpo libre de complicaciones, incluyendo algunas inventadas, seguro. Vivían en una competición constante. De haber tenido que ejercer de árbitro, me habría decantado por Les, que utilizaba uno de esos andadores con asiento incorporado y cuyas manos temblaban tanto que los clientes se apresuraban a meter sus artículos en las bolsas, no fuera a romperles algo por querer ayudar. Me entraban ganas de preguntarle: ¿por qué no te quedas en casa? Aprovecha tu pensión por discapacidad y deja que otro ocupe tu puesto y tu sueldo. Probablemente su mujer le había dicho que dejara de andar por la casa como si fuera tocando el órgano o tomaría cartas en el asunto.

Suponía un gran descanso conducir al final del día hasta la redacción del periódico para que Tommy te explicara las noticias nacionales catastróficas.

Tenía un montón de sugerencias para la tira de *Red Neck*. Dedicamos una serie entera a temas médicos. Red Neck instaló conductos del carbón hechos polvo en una montaña rusa gigante para enviar a la gente en silla de ruedas a sus citas médicas en Tennessee. Unas cuantas centradas en las clínicas gratuitas de la organización RAM (Remote Area Medical) y su plantilla de voluntarios que vienen una vez al año. Yo había visto con mis propios ojos esos campamentos improvisados a base de tiendas de campaña, una locura. Mamá había intentado que me atendieran, pero nunca lo consiguió. La gente esperaba semanas a que le llegara su

turno. Hice que Red Neck salvara a unos niños de una de las estampidas que se provocaban. También que arrancara los vidrios y las varillas de una vieja mina para fabricar gafas, que repartía entre los niños que las necesitaban. Y que le consiguiera una dentadura nueva a un anciano a partir de un trozo de carbón duro y reluciente.

Pese a los malos augurios de Tommy, Sophie aún no lo había dejado por ser un palurdo. Habían hecho planes para verse en persona si conseguían acumular suficientes días de vacaciones y, mientras tanto, intercambiaban correos electrónicos; eran uña y carne. Tommy podía pasarse horas frente a aquel terminal, bien escribiendo o leyendo. Le pregunté de dónde sacaban tantas cosas que contarse. Me respondió que compartían todo aquello que les parecía importante, los entristecía y les traía felicidad. Básicamente consistía en eso. Con aquellos tres apartados probablemente les alcanzara hasta el fin de los tiempos. Y si no era el caso, ya se les ocurriría otra categoría.

No podía saber que al contarme eso me estaba clavando un puñal en el pecho. Pobre Tommy, había pensado yo, míralo, con esa chica imaginaria, mientras Dori y yo nos hartamos de follar. Luego Dori y yo habíamos dado paso a la fase «que te follen», sin más categorías en el horizonte que pudieran detectarse. Tommy poseía algo de lo que yo nunca disfrutaría.

Pero yo tenía a Tommy. Hablábamos de lo humano y lo divino, aunque yo evitaba ciertos temas. Dori, por ejemplo. Nuestro nidito de amor no tan feliz. Nuestras turbias aficiones. Pero Tommy no era tonto. Una noche, y esto ocurrió meses después de que hubiésemos empezado a vernos, me dijo que en teoría no podía recibir visitas en la redacción del periódico. Debíamos, pues, buscarnos otro sitio en el que trabajar en las tiras. Sospeché que aquello era cosa de Pinkie, que me tenía por un yonqui rondando por su inmueble. Le dije que me dolía que no hubiera salido en mi defensa. ¿Acaso creía que iba a robarles algo de la oficina?

Estaba encorvado sobre su mesa luminosa y con la mirada baja, tirando con una mano de esa perilla a la que ya me había acostumbrado. Se me removieron las tripas. Tommy era un tipo decente, probablemente el último que me quedaba entre mis conocidos, un buenazo. Si tiraba la toalla conmigo, estaba perdido.

—Aquí no hay casi nada que merezca la pena robar —dijo al fin, haciendo un gesto que abarcaba el corcho de la pared, el batiburrillo de cintas adhesivas y los *cutters*.

—¿Y eso qué significa? ¿Que si hubiera, os las robaría?

Me miró fijamente.

—He firmado un contrato de colaboración contigo. Debo poder confiar en ti, Demon.

—Vale, ¿y?

Nunca había visto a Tommy tan triste. Y mira que habíamos compartido experiencias bien jodidas. Me contó que se refería a mi capacidad operativa. Le preocupaba que pudiera llegar a hacerme daño con todo el material que había por ahí, cuchillas y demás. Yo era consciente de lo difícil que le resultaba decirme todo eso, pero no pude evitar contraatacar con malicia. Le solté que era lo bastante operativo para vivir en una casa de verdad con una novia de verdad, en vez de hacerlo en un garaje con horcas y bidones de gasolina. Enseguida me disculpé, me derrumbé y le admití que estaba un poco colgado de la droga. Sin embargo, me había hecho el firme propósito de dejarla por completo.

—¿Cómo vas a conseguirlo? —me preguntó.

Un codo apoyado sobre la mesa luminosa y una mano en la barbilla.

—Lo haré sin más. Dejaré las drogas. Solo las tomo por la rodilla. Sigue doliéndome una

barbaridad.

Ojitos de perro apaleado, la barbilla reposando sobre un puño.

—Pero voy a echarle huevos —le dije—. Ya es hora. Llevo un tiempo pensándolo. He pasado por cosas peores. Por Dios, Tommy, los dos sobrevivimos al campamento infernal de Creaky.

—No creo que sea tan fácil. Lo mejor sería buscar ayuda.

Me eché a reír.

—¿Ayuda? ¿Dónde te dan de eso?

—Hay un centro de Alcohólicos Anónimos en el sótano de la iglesia, a solo dos puertas de aquí. Se reúnen varias veces por semana. Si empezaras a ir, probablemente nos parecería bien que vinieras a la redacción al acabar las reuniones.

—Así que me estás sobornando para que me apunte a Alcohólicos Anónimos.

—No quería que sonara así, lo siento. Me consta que debería quedar en el anonimato.

—¿Qué coño sabes sobre el tema?

Se incorporó de la mesa de luz y empezó a pasear con las manos en los bolsillos.

—Los padres de Sophie bebían. Su madre ha conseguido mantenerse sobria.

—Bien por la madre de Sophie. Todo cuanto consiguió mi madre de los malditos Alcohólicos Anónimos fue que la machacaran con lo de abandonarse a una fuerza superior. Es el resumen de toda su vida, Tommy. Nunca se creyó poseedora de su propia fuerza. Se limitó a aceptar la mierda que la vida le iba lanzando hasta que el último tramo de baches se la llevó por delante.

Tommy volvió a sentarse frente a la mesa de luz y se llevó las manos a la cara. Le aseguré que no pensaba llevar la misma vida que mi madre y permitir que todo el mundo me dijera que no valía nada. Había conseguido llegar hasta allí con vida a base de plantar cara y no tenía ninguna intención de cambiar.

—Otra cosa —me dijo Tommy, bajando mucho la voz—. La madre de Sophie tuvo que abandonar a su padre para dejar el alcohol. Era de la opinión de que uno no puede dejar de ser un adicto mientras conviva con otro.

Me golpeé la palma de la mano con el puño un par de veces y salí disparado antes de perder el control. ¿Por qué no lo había dicho sin rodeos? No importaba. No pensaba dejarla.

Tommy tenía todas las reservas de bondad que me faltaban a mí. Es todo cuanto puedo decir. Nos unía un contrato. Fui a verlo la tarde siguiente e hicimos las paces. Tommy me entregó una llave de su garaje-casa para demostrarme que confiaba en mí. Empecé a trabajar allí, con la única compañía de las horcas y los bidones de gasolina, hasta que Tommy volvía después de haber diseñado las páginas, momento en el que nos poníamos a trabajar juntos.

Estar allí en soledad se parecía mucho a volver a estar en el cuarto del perro de los McCobb, lo que incluía las visitas sorpresa de Haillie, que aparecía de la nada para darme unos sustos de muerte. Una versión de trece años, visualizad un aire Barbie y dadle al botón de avance rápido. Me enseñó los dibujos del Hada Aulladora que había conservado todos esos años. Yo intentaba trabajar, pero qué iba a hacerle. Le pregunté qué había sido de los gemelos gritones y me dijo que iban a la guardería. La noche siguiente se presentó con aquellos mocosos, cada uno agarrado a una cadera, a la manera de una madre prematura. Le pregunté lo obvio, si le había gustado Ohio, si tenía novio. Me contó que tenía cuatro. Acarreaba esos niños, de la mitad de su tamaño, y me lanzaba miradas insinuantes, como si fuera a convertirme en el quinto. Pare el

carro, señorita, pensé, pronto llegará sin mi ayuda. Al cabo de un rato, aparecía la señora McCobb para ordenarle a Haillie que volviera dentro. Y entonces era ella la que se quedaba ahí plantada, con sus pantalones de chándal extragrandes y su corte de pelo a lo madre, a calentarme los oídos. Que si su marido era un genio, que si su negocio Adiós, Sobrepeso estaba a punto de despegar, la misma historia de siempre. Mi ingestión calórica ya no dependía de aquella familia de chiflados, por lo que todo me entraba por un oído y me salía por el otro.

Excepto una cosa muy loca. Me dijo que tenía miedo de que el señor McCobb se hubiera metido en algo que lo superaba. Al parecer, estaba en tratos con un individuo al que ella no conocía, pero al que sí había visto y que tenía una pinta sospechosa. Dados mis contactos en el fútbol americano, se preguntaba si quizá me sonaba un tal U-Haul Pyles. No te jode. Le dije que guardara las distancias. No pude evitar preguntarme si decía la verdad o si se estaba quedando conmigo. ¿Andaría U-Haul tras mi pista?

El rastro de Martha apareció en «esa casa de cocainómanos de Woodway», en palabras de June, como si se tratara de una atracción turística. Era el mismo sitio al que habíamos ido a buscar a Intercambio en una ocasión. June me pidió que fuera allí y me la trajera conmigo. Yo le dije que Maggot era amigo de esa gente tan respetable, por lo que debería hablar con él. En caso de fallarle esa vía, siempre podía recurrir a los agentes de la ley. June dijo que ni de coña. El soplo le había llegado de Juicy Wills, el ayudante del *sheriff* con el que había salido en los tiempos del instituto. Juicy había estado visitándola para ponerla al día desde la marcha de Emmy, tan pagado de sí mismo como de costumbre. June solo lo había aguantado con la esperanza de que le diera alguna pista decente. Ahora que por fin disponía de una, no iba a fastidiarla presentándose allí con un maldito pavo real al volante de un coche patrulla. Su único objetivo era encontrar a Emmy, y para ello debía ganarse la confianza de Martha. Maggot había acordado colaborar, siempre que yo hiciera lo propio.

June era persuasiva. Sabía que Martha no estaría contenta de verla, pese a toda la ayuda que le había prestado. Lo cierto es que aquella era la razón. De modo que decidimos que Maggot y yo le haríamos una visita. Si encontrábamos la manera de llevarla de vuelta hasta June, ella tomaría las riendas.

Fuimos en coche hasta Woodway a plena luz del día, con Maggot demasiado colocado como para reparar en el calamitoso estado de mi transmisión. Al llegar frente a la casa, me quedé en el coche admirando el porche, una especie de universo retorcido. Colchones viejos y podridos, cómodas sin cajones, bombonas de butano, un caballete, una nevera a su lado con cuatro sillas de plástico apiladas encima. Muletas. Palmeras falsas. Correpasillos. Enormes pilas de leña que debió de cortar tiempo atrás algún hombre en plena forma que seguro que ya no estaba por allí para arrojarlas al fuego. Allí se acumulaban los desperdicios de tres o más generaciones ya desaparecidas. Me llevó más de un minuto reconocer una voluta de humo de cigarrillo y a Martha bajo ella, sentada encima de una aspiradora. Le preguntamos si le apetecía venir con nosotros a dar una vuelta. Ni siquiera nos preguntó adónde íbamos.

No había visto a nadie con un aspecto tan lamentable. El cabello, los dientes, todo en ella estaba sucio o se caía a trozos. Vaqueros viejos y rasgados con la cremallera rota. Los brazos esqueléticos al aire pese al frío. Maggot se sentó detrás para que ella pudiera ir de copiloto y me llegó su tufo a carne podrida. Cogí arrestos para preguntarle si necesitaba comer algo. Me dijo que sí, pero se durmió antes de que llegáramos al restaurante de comida rápida. Le

compré una hamburguesa que acabó comiéndose Maggot, quien dijo que ya habría más comida en casa de June. Luego él también se durmió. Pasamos en coche por el inquietante trecho en el que las plantas de kudzu colgaban de los árboles y se extienden más allá de las barreras laterales de la carretera, como si quisieran atraparte.

Cuando faltaba alrededor de una milla para llegar a casa de June, Martha se despertó, vio dónde estábamos e intentó saltar del coche. Había olvidado que llevaba puesto el cinturón de seguridad. Detuve el vehículo y dejé que se bajara porque allí no había adónde ir, aparte de a la orilla del río Powell, al que el señor Peg nos llevaba a pescar. Era un lugar bonito, lleno de tuyas canadienses que recordaban gigantes aburridos. Bajó a trompicones por la ribera. Solo entonces advertí que uno de sus pies estaba descalzo. Probablemente se hubiera metido un chute, se había quedado dormida y se había olvidado del tema. A Dori le había ocurrido muchas veces. Tener a Dori y a Martha dentro de mi cabeza a la vez me aterrorizaba. Dejé a Maggot durmiendo en el coche y fui tras ella. Me acuclillé en la orilla y vi cómo temblaba. Con la espalda encorvada, la cara presionada contra las rodillas y ambas manos en su pelo enmarañado.

—No puedo dejar que me vea. Me odia a muerte —dijo al fin.

—¿June? No te odia.

—Ha sido ella quien te ha enviado, ¿verdad?

Le dije que June solo pretendía cuidar de ella. Martha negó con la cabeza con tal fuerza que temí que fuera a romperse algo. Me dijo que había dejado de aceptar dinero de June porque cada vez que lo hacía se convertía en peor persona y ya no podía caer más bajo. Ya había intentado suicidarse un par de veces.

—June piensa que he llevado a Emmy por el mal camino.

Le aseguré que nadie lo pensaba. Me impresionó recordar que Emmy había usado las mismas palabras: «Soy una persona horrible». Mientras Fast Forward estaba convencido de que lo hacía todo bien, aquellas dos mujeres yacían destrozadas a su estela. Me obligué a acariciarle la espalda, trazando círculos con la mano sobre su fina camisa veraniega y notando las protuberancias de su columna vertebral. Igual que con Dori.

Le dije que June jamás dejaba a nadie de lado. Y si ella conocía alguna forma de ponerse en contacto con Emmy, debía decirle que June seguía queriéndola con locura y que no veía el momento de tenerla de vuelta en casa. Martha se quedó sentada, limpiándose la nariz con el dorso de la mano, mientras procesaba lo que estaba escuchando. Yo intentaba hacerla sentir útil y que no se abandonara. Pero me cansé. Ya había oscurecido cuando dejé a Martha y a Maggot en casa de June. Me sentía una víctima más de aquel largo día.

Me pasé el camino de regreso pensando en Dori y hacia dónde se encaminaba. Que Dios me amparara si acababa de ser testigo del lugar al que se dirigía. Dori nunca iba a desengancharse, no tenía motivo para hacerlo. No concebía la vida sin ella, pero tampoco continuar sintiéndome así de solo para siempre, a la espera de que Dori despertara y quisiera compartir mis preocupaciones. Las únicas palabras que nos quedaban eran las que precedían a una pelea.

Me la encontré dormida en el sofá, de espaldas y con una mano tocando el suelo, al modo de la protagonista de un cuento que deslizara los dedos por el agua desde una barca. Jip yacía sobre su vientre, un vigilante de mirada intimidadora. Gruñó mientras la sacudía con delicadeza.

—Cielo, voy a preparar algo. ¿Has comido?

Se dio la vuelta sin abrir los ojos.

—Necesito que te despiertes y te incorpores, ¿de acuerdo? Tenemos que hablar.

¿Adónde ir si me marchaba de aquella casa? Ni idea. No parecía existir sitio alguno. Quizá solo lo hiciera durante un corto período de tiempo. Aparté a Jip de su barriga y la ayudé a levantarse. Parpadeó y entornó los ojos.

—¿Qué te apetece comer?

Se llevó la mano al estómago y sacudió la cabeza. Le dije que necesitaba comer algo. Abrió los ojos, como si fuera procesando poco a poco mi presencia. Luego me miró como si fuera a hacerle daño y me sentí fatal.

—Cielo, cielo —le dije, acariciándole el pelo.

Le había crecido de cualquier manera, por fin con su rubio original. Le dije que la quería y que nunca podría hacerle daño. Y ella me dijo:

—La cosa es, Demon, que estoy embarazada.

53

Lo pensaba cada minuto del día. Esto nos ayudará a dejarlo. Ahora Dori tenía un motivo. Es muy sencillo, le dije, piensa en el bebé. No era para nada sencillo. Dori nunca se había preocupado de ocultar que se drogaba. A su entender, era una cuestión de amor: conseguir una pastilla de oxicodona que machacar para compartirla al cincuenta por ciento. Guardar cada parche que se chutara para que yo lamiera los restos. Ahora estaba empezando a recurrir a argucias y solo se chutaba después de que yo me hubiera ido. Los detalles de Dori intentando portarse bien. Quizá yo no estuviera haciendo algo muy diferente.

«Estúpido» era la palabra que mejor definía mi comportamiento la mayor parte del tiempo que llevaba sobre la tierra. Pero no es la estupidez lo que consigue que un pájaro vuele o que un saltamontes se frote las patitas para hacerlas cantar. Es la naturaleza. Un yonqui solo piensa en su viaje. Ese azúcar que fluye por tus células cerebrales bloquea cualquier otro propósito. Puedes convencerte de tener las cosas bajo control. Puedes andar por ahí pensando esto durante horas, incluso durante todo el día, hasta que llega el momento en el que el diablo se las ingenia para encontrar un agujero por el que volver al ser humano que eras. Aprende la lección, ponte cómodo. Volverá a derribarte.

Por el bien de Dori, fui a hablar con June. Sabía que alguien debía examinarla. Ahora tenían cosas para las embarazadas, los latidos del corazón y demás. Recordé que mi madre tomaba vitaminas. Y quizá de paso pudieran ayudarla a salir de las drogas.

Lo que no imaginaba era encontrarme a June tan emocionada con sus propias novedades que no prestara mucha atención a las mías. Martha tenía una pista sobre el paradero de Emmy en Atlanta. De hecho, tenía una dirección, y hacia allí que se iba. Un antro, sin duda. Pelaba patatas mientras me lo contaba, las mondas volaban antes de caer a toda velocidad en el fregadero.

La gente que conozco raramente tiene las manos desocupadas. Los hombres fuman o arreglan cosas, por lo general ambas actividades a la vez. Una vez vi a un hombre talar un álamo muerto de arriba abajo, sentado bien alto sobre las ramas con una sierra mecánica en una mano y un Camel en la otra. Las mujeres peinan a sus hijos o les suenan la nariz o les cosen un botón o pelan patatas. O fuman, aunque June no, por supuesto. Yo estaba sentado en un taburete frente a la encimera de la cocina. Me entraron ganas de dibujar sus manos.

—¿Qué te hace pensar que quiere volver a casa? —le pregunté.

Tardó media patata en contestar. Las mondas marrones y blancas se acumulaban en el fregadero.

—Ahora mismo, Emmy no está en situación de saber lo que quiere —me contestó.

—La gente se cansa de oír eso. Tiene dieciocho años —le dije.

Un fulgor apareció en sus ojos, pero no dejó de pelar. Continuó hablando sin levantar la vista.

—No me refiero a decisiones de adulto. Está ahí atrapada, sin recursos, explotada por unos tipos terribles que la tienen drogada, que la violan, lo que sea. Hay cosas en las que ni siquiera puedo pensar.

—También se siente avergonzada. No debes olvidar esa parte. Antes preferiría morirse a que

lo supieras.

Sus manos se detuvieron.

—Tienes que acompañarme.

Casi me río de lo factible que todo le parecía a June Peggot. Como si ella fuera Lara Croft y nos dispusiéramos a ir tras la tumba del Profeta. Le dije que no, que no podía dejar sola a Dori tanto tiempo.

Me miró con los ojos entrecerrados, el slip-slip-slip del pelador sonaba cada vez más furioso.

—Deberías oírte. Dori es una adulta camino de ser madre. ¿Qué crees que hará sin supervisión? ¿Mojar la cama? ¿Quemar la casa?

No quise reconocer que las dos cosas me sonaban plausibles. Tenía otras excusas bajo la manga, mi trabajo en la tienda, una tira que entregar el sábado. June dijo que iría el domingo. Slip-slip-slip. Le dije que aquella gente era peligrosa y que debería acompañarla alguien armado, como Juicy Wills.

Ni en broma iría con Juicy, me dijo, por muchos motivos. Pero, joder, sí que era verdad que eran peligrosos. Había estado recibiendo amenazas de una tal Rose, quien aseguraba que Emmy le había robado el novio. Si a aquella zorra se le ocurría presentarse allí de nuevo, es que estaba pidiendo a gritos que le remodelaran la cara. June no tenía ninguna intención de ir a buscar a Emmy desarmada. Su hermano Everett tenía una licencia de armas que juraba que era válida en Georgia y había aceptado acompañarla.

Intenté visualizar a este hermano a lo *Terminator 2*. Everett. Todo el atractivo y la amabilidad que venían de serie en los Peggot, un *linebacker* en el instituto. Él y su esposa eran los dueños de un gimnasio y de un solárium en Big Stone. Estaba bastante cachas, de acuerdo, pero de todas maneras..., June iba a cometer una locura.

—Muy bien, en ese caso no me necesitas —le dije.

—Pero eres su amigo y tienes su edad. Como bien has dicho, se siente humillada. Confía en ti.

Aquello me ofendió, verme invitado en calidad de niño, no de hombre.

—Entonces llévate a Hammer —le dije—. El último de los buenazos. Rifle para cazar ciervos, anillo de no compromiso o lo que coño fuera.

June se puso furiosa, afirmando que meter a Hammer en eso sería cruel. El único deseo de aquel chaval había sido quererla y protegerla. Ojalá no hubiesen roto. Echó las patatas peladas al agua hirviendo, se limpió las manos en el delantal y luego se apartó el pelo de la frente, uno de esos gestos que los Peggot se habían ido transmitiendo de generación en generación. Aquellas manos, aquel segundo en el que una frente infantil y amplia quedaba al descubierto, aquella mirada. Todo idéntico. Por un instante tuve de nuevo siete años y me vi jugando con Maggot, nuestros pies firmes en el suelo y empujándonos con la idea de tirarnos al barro. Yo ganaba, Maggot se negaba a perder.

Todo era posible. June y yo en un coche en dirección al sur un domingo a horas intempestivas. Atlanta estaba a seis horas de camino y ella quería llegar y ponernos manos a la obra a la luz del día, antes de que salieran los vampiros. Everett dormía en el asiento del copiloto, su cabezón adelante y atrás y su pistola Kel-Tec PMR-30 a la vista en el compartimento que los separaba. Llevarla oculta no era legal en todos los estados, y June siempre cumplía con las normas. Yo iba detrás, con los suministros que ella había considerado necesarios: colchas viejas y sedosas,

neverita para los refrescos, paquetes de galletas y demás. De modo que en aquel coche se pasaban dos películas de manera simultánea: *Blade II* en la parte delantera, *Lassie vuelve a casa* en la trasera.

Me sentía mal por haberle mentido a Dori, aunque en realidad no le había contado nada, pero si se hubiera enterado de que iba a salir del estado se habría hundido. Mi mayor preocupación era llegar al final del día sin incidentes. Obviamente, me había puesto a tono antes de partir, pero no llevaba conmigo nada para el viaje. Me habían leído la cartilla. Íbamos a tomar la I-75, la autovía de la oxicodona de Florida. June era tan irreprochable e iba tan preparada en todos los aspectos que probablemente deseara que nos pararan.

June y Everett estuvieron discutiendo sin parar durante cinco horas. Sobre cuál era la forma más rápida de abandonar el pueblo, la autopista Veterans o la 58. Sobre si hacía demasiado calor en el interior del coche o se estaba bien. Sobre si el rociador de queso cheddar Easy Cheese era un regalo divino o una forma lamentable de desperdiciar una lata de metal. June ponía una emisora de éxitos de los ochenta y Everett nos volvía locos lanzándose a cantar, con una voz insufriblemente aguda, algún tema de Eddie Rabbitt o Rosanne Cash hasta que June le permitía cambiarla. Entonces le llegaba el turno a June de gruñir letras inventadas de Beastie Boys o Jay Z. «Oooh, oooh, zorra, ven a ver mi gran tranca».

—No te enteras de nada, Junie. *Song Cry* habla de una preciosa historia de amor.

—Me limito a cantarla como me llega. Así me suena.

—La edad no perdona. El oído es lo primero que se pierde.

Everett y June solo se llevaban cinco años y en un visto y no visto volvían a tener siete y doce. Discutieron sobre si Everett se meó en los zapatos durante un encuentro familiar de los Peggot, sobre quién tuvo la culpa de que atropellaran al perro, sobre el año en que los niños mayores de la escuela supuestamente se dedicaron a robarle el táper de la comida a Everett, convenciéndolo de que su madre no se lo había preparado.

—¿En serio, Everett? ¿Nunca vas a parar el carro con eso? Si ni siquiera pasó.

—Ay, ay, qué triste. Supongo que es la memoria lo primero que se pierde.

Lo que me sorprendió fue la idea de que la señora Peggot preparara táperes. Maggot siempre se compraba la comida en el colegio. Ya se veía que aquellos siete la habían agotado antes de que él apareciera en escena.

A mediodía ya veíamos Atlanta. Edificios tan altos como las nubes se erigían en la distancia, sus cimas puntiagudas o cuadradas, del color del acero y del cielo. La sensación de estar dentro de una película era tan intensa que tus ojos se negaban a aceptar que fuera real. Debería mencionaros que el coche de June era bastante mono. Un Jeep Cherokee con tapicería de cuero blanco. Todo lo bastante guay para hacerte olvidar por un momento el lado demencial de aquel viajecito y empezar a repartir los aperitivos. Yo seguía instalado en mi parte bonita del día, antes de que el bienestar y el buen humor escoraran hacia la tristeza y la irritabilidad. Luego llegarían los sudores, los bostezos, los picores, la piel de gallina, los temblores y los vómitos. Fases que me conocía de memoria. Me sentía optimista respecto a nuestras posibilidades de estar de vuelta antes de que la situación se pusiera fea.

June disponía de sus mapas y de su plan de acción. Tantos años en Knoxville habían hecho que conducir por la ciudad no la alterase. Era todo carril central por aquí, a la derecha pasado ese semáforo por allá, giros cerrados por zonas caóticas en cuyas intersecciones había más personas que vehículos. Nos anunció que habíamos llegado a Peachtree Street, mientras

atravesábamos un cañón de torres hasta el cielo que parecía salido de un videojuego, con pocos árboles a la vista, ni melocotoneros ni de otro tipo. «Parada para el café», nos dijo, y aparcó en línea con una pericia que nunca había visto ni volveré a ver. Tan hábil como un conejo que se mete en la madriguera. Lo añadí a la lista de superpoderes de June. Entramos en un pequeño restaurante donde June se conocía las normas, pagar primero, pedir de una larga lista de productos que no suenan a nada ni remotamente parecido al café pero que son café. Frappo Tall Flat y tonterías así. June aseguró que era para fortalecer los nervios y a mí me compró una madalena de arándanos.

Nos sentamos a una mesa diminuta y aquellos dos al fin se callaron. Me vino a la cabeza el día que conocí a June, el restaurante de Knoxville en el que no pude comer nada por todo lo que estaba pasando al otro lado de las ventanas. Ahora me sentía igual, inquieto. En algún lugar de mi cerebro anidaba el ansia por encontrar una puerta que me sacara de todo aquello y me devolviera al mundo real, donde todo era verde. Pero ya no era un crío, ahora sabía cosas. Por ejemplo, que me bastaría una pastilla de Xanax para aplacar esos pensamientos. Una pareja bebía café y discutía entre susurros. Cientos de personas circulaban por el exterior, ciñéndose los abrigos, con la mirada baja, presurosos. Me pregunté qué se tomarían para afrontar la alarma cerebral que se dispara en un lugar así, donde no hay ningún ser vivo aparte de las personas. El resto estaba todo muerto: ladrillos, cemento, acero activado por motores, ninguna canción matinal o vespertina, solo el sonido de los cláxones y de los martillos neumáticos. Montañas de construcciones con vigas de acero. Y aquella era la parte buena de la ciudad, nos informó June.

Una vez estuvimos de vuelta en el coche, June reparó en que Everett había escondido la pistola en la guantera y dijo que técnicamente aquello era ocultación. Él le respondió que técnicamente no iba a permitir que le robaran su Kel-Tec de quinientos dólares mientras ella se tomaba su puñetero *latte*. Yo estaba a un paso de soltar «Niños, si no dejáis de pelearos, esa pipa sale por la ventana». Era posible la fase de la irritabilidad se encontrara a la vuelta de la esquina.

Las indicaciones que traía apuntadas nos llevaron a un barrio menos concurrido, todo lo contrario que el primero. No había un alma a la vista. Su aspecto era como el de si hubieran apelotonado diversas partes de Lee County. Bluffs, lo llamó June. Era febrero, por lo que todo estaba bastante desapacible, pero uno podía imaginárselo bien verde en las circunstancias adecuadas. Árboles mustios, terraplenes, maleza alta extendiéndose entre las casitas. Porches repletos de trastos que rivalizaban con el de los heroinómanos de Woodway, otras casas abandonadas, tapiadas o quemadas. Sin embargo, una de cada diez lucía bonita y bien pintada. Debían de pertenecer a gente mayor como los Peggot, capaz de defender su parcela mientras la juventud se iba al carajo. Pero todo estaba pegadísimo, muchas casas sin apenas espacio entre ellas. Neumáticos tirados en la acera, basura acumulada junto a las verjas.

—¿Dónde cojones estamos?

—Everett. Calla la boca —le dijo June.

El primer humano con el que nos cruzamos fue un señor mayor que yacía de costado en el suelo y movía las piernas como si fuera en bicicleta. Unas pocas manzanas más adelante, vimos a unos jóvenes con ropas holgadas, que acarreaban bolsas de plástico negras tan llenas que rozaban el suelo, como si fueran ubres de vaca rebosantes de leche. Luego le llegó el turno a otro anciano que llevaba un sombrero y mitones, apostado en una esquina en una silla de

ruedas, observando la nada a su alrededor. Aquí y allá había alguna tiendecita que convocaba a un grupito de gente a sus puertas, pero por lo general las calles estaban desiertas. Quizá se debiera a que era domingo y los creyentes estaban en la iglesia, mientras el resto dormía sus pecados.

—Joder, cabrones —iba soltando Everett de tanto en tanto, hasta que June se hartó.

—Everett. Eres el único de entre los doce hombres que conozco que no está metido en algún problema. Sin duda no eres un tipo duro. ¿Podemos decir que eso es algo bueno y a otra cosa?

La dirección resultó ser la de un sitio con mala pinta. Aparcamos delante, apagamos el motor y nos quedamos mirando la casa. Baja y ancha, techo plano, pintura blanca, un montón de ventanas cubiertas con cartones. Parecía una sonrisa brutal a la que le faltaran varios dientes. Everett cogió su Kel-Tec y comprobó el seguro.

—Vosotros dos quedaos en el coche. Yo me ocupo.

June estalló en una risa escandalosa.

—Al final te voy a acabar matando de un tiro.

Everett se colocó el arma en el regazo.

—Voy a llamar a la puerta —dijo June—. Si resulta que está aquí, pediré que nos dejen entrar a hablar con ella. Por Dios bendito, Everett, compórtate.

Para llegar hasta la puerta June tuvo que saltar por encima de lo que parecía una pila de pañales y plásticos azules. Con sus vaqueros y su abrigo rojo, parecía una niña esperando a que alguien la dejara entrar. Normalmente llevaba su uniforme de doctora, que la revestía de autoridad. Esperó durante un buen rato. Habíamos bajado las ventanillas, escuchábamos con atención y estábamos listos para entrar en acción. Podía oír la respiración de Everett. Habría jurado que estaba aterrorizado. June volvió a llamar a la puerta, aguardó un rato más.

Cualquier otra persona se habría rendido. Al cabo de unos diez minutos, rodeó la casa y empezó a dar golpes en las ventanas, gritando el nombre de Emmy. Creía que no la encontraríamos, pero ver a June agachándose para pasar por debajo de canalones medio descolgados, dando golpes con los nudillos contra ventanas batientes me hizo entender que ella era de la opinión contraria. En su cerebro no cabía alternativa alguna. Todo mi cuerpo se estremeció con el recuerdo del día que visitamos el Acuario de las Maravillas Submarinas, la discusión entre June y Emmy frente al tanque de los tiburones, en la que ninguna de ellas estaba dispuesta a dar su brazo a torcer. Aquel día ayudé a Emmy a cruzar el túnel, pero también le mentí. Debería haberle dicho: «Si temes algo, sal por patas. No todo va a salir bien».

La casa vecina era de las más bonitas. Contraventanas pintadas, uno de esos molinillos entre las flores muertas. Un tipo observaba a June desde el porche. No habíamos reparado en él hasta que gritó algo como «¡Eh, señora!». Everett y yo pegamos un respingo, y entonces lo vimos. Un tipo mayor con abrigo y zapatillas de tela. Un anillo de pelo blanco en torno a una cabeza mayormente calva. June se acercó a su porche y le estrechó la mano. Los vimos hablar, June asentía y miraba la casa destartalada por encima del hombro. Se tocaba el ojo, lanzaba preguntas, asentía.

Regresó al coche, se puso el cinturón, pero no encendió el motor.

—Me ha contado que un grupo de gente vivía ahí y que los desahuciaron. Con ellos había una mujer joven. Uno era blanco. «Desahuciaron» no es exactamente la palabra que ha utilizado —dijo, sacudiendo la cabeza con fuerza, como si intentara despejarla—. Hubo un tiroteo. Y se fueron.

—June. Deberíamos volver a casa —dijo Everett.

—Cree que se instalaron en otra casa cerca de aquí. No conoce la dirección, pero sí que es un sitio muy nuevo. Quizá recién construido y en el que todavía no vive nadie.

—Se lo ha inventado sobre la marcha para sacársete de encima —sugirió Everett—. ¿Quién iba a construirse una casa en un sitio como este?

—Le he contado que busco a mi hija y ha dicho que me comprendía. Esta casa nueva es el lugar al que han ido. No sé para qué, pero puede que esté allí.

—Esto es una locura, June. Es demasiado peligroso.

—Maldito seas, Everett. ¿Adónde ha ido parar toda esa chulería?

Silencio.

June golpeó con las palmas abiertas sobre el volante.

—No hay una sola cosa de las que le están jodiendo la vida de esta gente que no vea diez veces al día en mi consulta.

Encendió y arrancó. Recorrimos las calles, arriba y abajo. Vimos al anciano de la silla de ruedas y al otro, que seguía tirado en el suelo, aunque ya había dejado de mover las piernas. No sabíamos qué andábamos buscando. Nada parecía ni remotamente nuevo. Yo estaba hambriento y ansioso, en breve aparecerían los sudores. Everett no dejaba de agarrar y soltar la pistola hasta que June lo golpeó en la mano.

De pronto vimos la casa. Como caída del cielo de las cosas nuevas.

Los tres bajamos del coche. Un patio delantero con tierra recién removida por una excavadora, pegatinas en las ventanas. La puerta delantera era de las modernas e incorporaba un falso rosetón ovalado. June llamó, nadie respondió. Del pomo colgaba algo que parecía una cajita metálica, abierta y con una llave a la vista. June insertó la llave en la cerradura y entramos.

Todo estaba por estrenar: bonitos suelos de madera, fuerte olor a pintura, ningún mueble de verdad, solo una mesa plegable con bolsas y una balanza, polvillo blanco de cocaína. En una esquina había un tipo tirado en el suelo, con la espalda recostada contra la pared y la cabeza hacia delante. Lo miramos aguantando la respiración. La visera de su gorra negra y extragrande le cubría el rostro, por lo que era imposible saber si estaba dormido, muerto o inconsciente. Yo apostaba por lo último, a tenor de las piernas y las manos abiertas.

June tocó a Everett en el hombro, luego su pistola y señaló al tipo. Alzó la mano: «Que no se mueva de ahí». Ella y yo avanzamos por la casa. Un pasillo, dormitorios. Apenas hacíamos ruido, pero el inmueble estaba tan vacío que el eco se propagaba. Empujé una puerta semiabierta y casi me meo encima. Dos niños sobre una pila de cajas de pizza. Uno dormía y el otro estaba de pie, jugueteando con los aros de plástico de un *pack* de seis cervezas. El que estaba despierto levantó la vista y abrió mucho los ojos, como si June y yo pudiéramos ser justo lo que necesitaba. June se llevó la mano a la boca. Tuve que sacarla por la puerta.

No comprobamos todas las habitaciones porque encontramos a Emmy en la siguiente. Ella y otra chica yacían inconscientes sobre un colchón, las dos medio desnudas. Y «medio» es la palabra exacta. Emmy llevaba una minifalda y unas medias negras y desgarradas, pero nada en la parte superior, y la otra chica, una blusa, unas joyas y una chaqueta de un amarillo chillón, pero de ahí para abajo solo había piernas y coño. Como si se hubiesen tenido que repartir un único conjunto, ropa interior incluida. June seguía con las manos en la boca y me miraba fijamente, como si yo tuviera la menor idea de qué cojones hacer a continuación. Huir, pensé.

Flotaba un olor acre por la habitación, a sexo, y la visión del rostro magullado y la piel blanquecina de Emmy me removió el estómago. Me acerqué y la levanté, pesaba algo más que Dori, pero no mucho, quizá unos cuarenta kilos. Tiempo atrás había sido capaz de levantar sin problemas un peso muerto tres veces superior a aquel. El hombre que era ahora nos sacó de aquella casa antes de que nadie abriera los ojos.

June nos hizo un gesto para que nos sentáramos delante, y ella se acomodó atrás con Emmy, a la que enrolló con todas las mantas que tenía a mano. Everett conducía a toda pastilla y no dejaba de gritar: «Joder, joder, joder, no sé a dónde voy».

—Dios mío, esos bebés —dijo June—. ¿Y si uno es de ella?

Y al cabo de un minuto:

—Pero ¿qué estoy diciendo? Si solo hace seis meses que se fue.

—Podemos llamar a los Servicios Sociales de Georgia —dije yo. Todos estábamos alteradísimos.

Everett consiguió meternos en una autovía y detuvo el coche. June le pasó el mapa para averiguar cómo coger la I-75 de regreso a casa, bajó, abrió el maletero y sacó el botiquín. Estábamos en la cuneta con los coches pasando a toda velocidad a nuestro y haciéndonos vibrar, mientras June auscultaba a Emmy en la parte de atrás, comprobando el estado de sus huesos y de sus órganos. Emmy llevaba el pelo inquietantemente corto y con calvas; daba miedo. Ahora tenía los ojos abiertos y nos recorría con la mirada, pero no hablaba. Quizá pensara que estaba soñando. Me quité la sudadera con capucha y se la di a June para que se la pusiera. Envolvió de nuevo a Emmy con ella y dijo: «Volvamos a casa».

Un exceso de adrenalina conseguirá que envejezcas prematuramente. Eso he oído. Lo que os puedo garantizar es que tu día se acelerará muchísimo. Antes de abandonar Georgia, yo ya estaba en la fase de los sudores y más allá. Tuve que pedirle a Everett que parara el coche para no poner perdida la tapicería de June. Me hizo sentar en la parte trasera y me dio un 7Up y una pastilla para asentar el estómago, que aseguró que me adormecería. Nada para los temblores y los sudores. Me cubrió con una manta y me añadió a la melé, de tal modo que Emmy y yo quedamos como fichas de dominó una encima de la otra, un improvisado pabellón de rehabilitación en la parte trasera del coche. June se sentó erguida y con una expresión en el rostro con la que parecía transmitirnos su deseo de matarnos, al tiempo que no iba a permitir que muriéramos.

Everett por fin tenía pleno control sobre las emisoras de radio y durante un buen rato nadie abrió la boca. Yo iba entrando y saliendo del sueño. En las inmediaciones de Tennessee, June empezó a hablar. En voz baja, suave. Pronto yo tendría mi propio bebé del que preocuparme. Me contó que había tenido esta misma conversación con mi madre antes de que naciera. Eran amigas. Primera noticia. June fue el motivo de que los Peggot la aceptaran en la caravana. De hecho, llegaron a vivir juntas en ella durante una corta temporada, antes de que June se marchara con Emmy y yo llegara al mundo. June también había conocido a mi padre. Me aseguró que estaban hechos el uno para el otro, dos almas gemelas. Le pregunté cómo era. Me dijo que exactamente como yo. En aspecto, en la forma de hablar y de comportarse. Un encanto de persona con demasiado corazón para las malas cartas que le habían tocado.

Aquello no me recordaba nada a mí. Probablemente nada fuera verdad. Le pregunté cómo había muerto.

Me miró con el ceño fruncido.

—¿Me estás poniendo a prueba o de verdad no lo sabes?

Me sentía demasiado ido para fingir nada. Le dije que sabía que había pasado el Cuatro de Julio, en la Bañera del Diablo, y nada más. June me contó que se ahogó o se rompió el cuello. Probablemente ambas cosas, porque se había tirado de cabeza al agua desde muy arriba. Le pregunté qué había ocurrido. Los rumores apuntaban a que estaba borracho o pavoneándose, pero mamá aseguraba que había sido culpa suya, que él tenía prisa por alcanzarla. Mi madre se había metido en el agua creyéndose que no había mucha profundidad. No sabía nadar.

Jamás había visto a June en aquel estado. Aliviada, destrozada, parlanchina. Compartía cosas conmigo que nadie me había dicho. Me confesó que cada vez que me veía le entraban ganas de haberse esforzado más con mi madre cuando eran amigas. Pero después del accidente y de lo demás, con mi padre muerto, mamá no quiso del todo volver a formar parte del mundo. June dijo que mi caso era muy diferente, que me sobraban los motivos. Me clavó la mirada, como si intentara leer algo grabado en mi cabeza.

—Piensa en ese bebé que está en camino. Sé lo duro que es, pero conseguirás desengancharte.

Yo tenía mis dudas acerca de lo que sabía June. Sin embargo, la educación me impidió soltarle: «Volvamos a hablar después de que tus huesos te hayan hecho retorcerte de dolor en unas sábanas empapadas de sudor, mientras suplicabas que todo terminara».

June siguió hablando. Sabía algunas cosas que yo desconocía acerca de lo que nos aguardaba a Emmy y a mí, y eso la mataba, me aseguró. Cada vez que enviaba a alguien a la clínica de metadona de Knoxville, se sentía una persona cruel. Martha no había sido ni de lejos la única que había acabado allí por indicación suya. Algunos de sus pacientes debían levantarse a las tres de la mañana para ir allí y llegar luego a tiempo al trabajo, con los niños esperando en el coche. No había opciones más cercanas. Pero iban a lanzar algo nuevo al mercado que confiaba poder recetar en su consulta. Implicaría un montón de papeleo. Suboxone. Una palabra con la que ninguno de nosotros estábamos familiarizados.

Lo primero que teníamos que hacer, me dijo, era dejar de pensar que aquel desastre era culpa nuestra.

—Esto os lo hicieron otros —repetía sin parar, como si aquella fuera la llave de nuestra salvación. Como si para empezar existiera una puerta.

Ya había anochecido cuando llegamos. Emmy había vuelto un poco en sí, se bebió una Coca-Cola y apenas abrió la boca. June hizo que le prometiera algunas cosas antes de dejarme marchar. Pero llegado ese momento yo ya estaba para el arrastre. No me siento orgulloso de ello. Tenía un poco de material en la guantera del Impala y llevaba varias horas sin pensar en otra cosa. En el camino de entrada a la casa de June, me tomé una pastilla de ochenta miligramos antes de poner rumbo a Dori.

54

Me sorprendió encontrarla despierta. Estaba sentada en la cama con el pijama lleno de sangre, las manos en la cara y llorando. Jip daba vueltas en círculos, como un juguete al que se le ha dado cuerda, fuera de sí entre el olor a sangre y su madre hecha trizas. No creo que Dori fuera consciente de lo que estaba pasando.

Fui a buscar unas toallas húmedas para limpiarla y le cambié la parte de abajo del viejo pijama a rayas de Vester que llevaba a todas horas. Conseguí que se pusiera una camiseta y unas bragas limpias. La cogí en brazos, la acuné y le pregunté lo que se había tomado y si había comido algo. Ella no dejaba de preguntarme dónde había estado. ¿Por qué no había vuelto a casa? ¿Por qué no le había devuelto las llamadas? Aún no me había acostumbrado a aquel teléfono, y con lo caro que era, lo dejaba en la guantera del coche casi todo el tiempo. Ahí es donde había pasado el día, vibrando junto a mi alijo de oxicodonas y los papeles del seguro caducados.

Intenté calmarla, diciéndole que la quería y que sentía llegar tan tarde a casa, mientras se me rompía el corazón. Con tanta sangre, el embarazo debía de haber llegado a su fin. Aquello la tenía hundida. Pero luego me dio la impresión de que no lloraba por eso. Simplemente estaba confundida y avergonzada por cómo estaba. Quizá lo hubiera olvidado. Cuando saqué el tema, volvió a derrumbarse. Había perdido a su bebé.

Me rogó que la dejara chutarse un parche de morfina y me negué. Nuestra historia de amor se reducía a eso. Dori intentaba alcanzar la droga, yo la inmovilizaba en el sofá, mis manos como esposas sobre los pequeños y frágiles huesos de sus muñecas. Más lágrimas, más acusaciones. Que si papá nunca había sido tan malo con ella. Que si no la quería. Que si no la dejaba tener lo que necesitaba. Me hizo sentir como el mayor villano sobre la faz de la tierra, pero la verdad era que un nuevo chute podía significar el fin de Dori. No tenía forma de saber cuánto se había metido. Sus trastos estaban desparramados sobre la mesa, algodoncitos, mechero y cuchara. Podían ser de ayer o de hoy, imposible saberlo. Olí el vinagre que utilizaba con el fentanilo. Sus parches me aterrorizaban, con esas capas en que la droga pura debía traspasar la gelatina para llegar la piel. Añádele una jeringuilla y aquello era como jugar a la ruleta rusa. En al menos cinco ocasiones había regresado a casa del periódico para encontrarme a Dori desparramada en el sofá, con los pulmones aspirando fuerte y los ojos en blanco. En una de aquellas ocasiones tenía los labios azulados. Mi hada azul. Nunca me he odiado más que aquellas noches en las que tuve que sacudirla y abofetearla para traerla de vuelta. Le tiré agua por encima, le puse hielo en el cuello. Cosas que no supe hacer con mamá. Después de cada sobredosis, Dori se pasaba unos días gimiendo y lamentándose de que le dolía todo el cuerpo. Yo le decía que era por el esfuerzo que habían hecho sus músculos por coger aire. Nunca supe si era por eso o por culpa de lo que yo le había hecho.

Aquella noche no me cansé de repetirle que nos centráramos en llegar a la mañana siguiente y tuve que relajar las manos mientras la agarraba para no dejarle morados. En menos de un minuto, Dori ya no tenía fuerzas para seguir presentando batalla. Le acaricié el pelo, la besé y le dije que estábamos bien, aunque estas palabras iban más que nada dirigidas a mí, un intento por apartar de mi cabeza los días venideros. Ya no había un bebé en camino. Sin motivo

aparente. Intenté preguntarle cuán segura había estado de lo del embarazo. Si había recurrido a uno de esos tests, yo ni lo había visto ni se lo había comprado. ¿De verdad habíamos perdido algo o nunca había habido nada? Se negó a hablar del tema. A Dori siempre le había dado vergüenza hablar de sus asuntos de mujeres y nunca los compartía, pero, cuando vives con una persona, es normal que te enteres al menos de lo básico. Su regla era de lo más irregular, a veces no le bajaba en un montón de tiempo y después volvía con fuerza, dolorosa y sangrienta. Iba a tener que aceptar que aquello sería otro misterio que jamás resolvería. ¿El bebé se citaría con mi hermanito en el agujero negro de los perdidos y anónimos o había tenido la fortuna de saltarse el proceso de selección?

A esas alturas, Dori ya era como Vester, alguien a quien no podías dejar solo por su propia seguridad. Se había pasado muchos años al lado de su padre, demostrando una entrega total, porque en eso consistía el amor para ella. Y para mí. Mientras la sostenía entre mis brazos para que se durmiera, tuve una revelación: amar a Dori me había consumido desde el primer día. Ella era incapaz de verlo. Ver que yo era su proveedor, peleándome con el mundo para conseguirnos drogas y alimentos, rogando que me dieran una nueva oportunidad en la cooperativa, donde mi empleo estaba en la cuerda floja. Igual que nuestro coche, cuyo estado era tan precario como todo en nuestras vidas. En el maletero llevaba un bidón con aceite de transmisión que el Impala iba chupando como un borrachuzo. Si no conseguía que nos arreglaran el anillo de los pistones, y pagar por ese trabajo, nos tendríamos que esperar hasta que alguien nos encontrase en la cama, muertos de hambre. Ni siquiera a Jip le quedaba comida. Nada de esto perturbaba a Dori. Se pasaba el día llorando y por las noches dormía agarrada a la parte trasera de mi camiseta, hecha una bola. Seguro que iba a abandonarla, me decía. Porque todo el mundo lo hacía.

Después de que se durmiera, me quedé un buen rato con ella en el sofá. Pero me fui sintiendo más y más inquieto y tuve una necesidad casi violenta de ordenarlo todo. Las sábanas sucias, sus trastos, los platos en el suelo llenos de migas de sus raciones ridículas. Me obligué a permanecer inmóvil todo cuanto pudiera, mientras escuchaba su respiración acompasada. Vi a las cucarachas que salían de los rincones y se desplazaban por el suelo, frotándose las antenas y a la caza de sus recompensas.

Alrededor de las dos de la madrugada, la subí en brazos a la cama. Pesaba incluso menos que el día anterior. Se estaba convirtiendo en aire.

No pude meterme en la cama con ella. Ni siquiera con lo molido y abatido que me sentía tras un día tan largo. Pequeñita, acurrucada con las rodillas contra el pecho y los puños en la cara, tenía el aspecto de una criatura antes de nacer. La arropé con las sábanas y volví a la planta de abajo, donde cogí el pestilente batiburrillo de ropa y colchas que yacía sobre el sofá y lo metí todo en la lavadora. Recogí los platos y los dejé en la pila. Regresé al sofá despejado, me tumbé y deseé que llegara una inundación capaz de limpiarme las cuencas de los ojos, secas y granulosas. Mi único trabajo y propósito consistía ahora en mantener a Dori con vida y no tenía ni idea de cómo hacerlo.

55

June iba a enviar a Emmy a una especie de residencia para desintoxicarla. Nada de los apaños de rehabilitación exprés que no le servían de nada a mamá, ni tampoco las tres semanas de tratamiento exclusivo que le había pagado Stoner, poco antes de avergonzarla por ello hasta llevarla a la muerte. Posiblemente necesitara varios años y debería empezar de cero. En Asheville. Por aquí no existía ningún campamento de reinicio de estos. Lee County era un lugar en el que uno se limitaba a vivir la vida que le había tocado.

June me llamó para decirme que, si quería despedirme, aquel era el día. Uno se preguntaba la fortuna que semejante cura de cinco estrellas podía llegar a costar, pero, dado que hablar de dinero no era de buena educación, me limité a plantear dudas de corte respetuoso. ¿Aquel lugar tenía barrotes en las ventanas? Porque era evidente que Emmy iba a intentar escapar. June estaba convencida de que Emmy no se movería de allí. ¿El motivo? Rose Dartell. Había contactado con Emmy para ayudarla a desembarazarse de algunas partes de su cuerpo. Joder.

Le dije que me acercaría después del trabajo. Aún no me habían echado de la cooperativa porque probablemente cualquier otro chaval que contrataran se presentaría igual de colocado que yo. Me arrastraba hasta allí tarde, Rita y Les hacían una pausa en su guerra contra Medicare y se sincronizaban para poner los ojos en blanco. Uno se acostumbra a las rutinas. Necesitaba aquel trabajo, porque si me quedaba sin mis jeringuillas baratas para el ganado en casa me esperaba una bronca.

Ahora estábamos a finales del invierno, cuando el atardecer dominaba buena parte del día. Fui hasta casa de June, mirando el cielo rosáceo entre los árboles negros. June me abrió la puerta, parecía agotada.

—Está arriba haciendo la maleta, cielo. Espera un momento, déjame ir a ver si le parece bien que subas.

Emmy bajó las escaleras con el abrigo puesto, con ganas de dar un paseo. fuimos hacia la cabaña derruida. Se apresuró a ponerse el gorro, pero pude ver que habían intentado arreglar el desaguisado. Llevaba un corte a lo *pixie*, puntas y mechones. Ya habían transcurrido algunas semanas desde el rescate, pero seguía estando demasiado delgada y nerviosa, una vieja atrapada en un cuerpo joven. «Zarandeada por la vida», como dicen algunos. Pero, al margen de todo, recordaba a la Emmy de siempre. Quería fumar.

—Si vuelves a casa oliendo a chimenea, sabrá que has estado fumando.

—Se le da mejor perdonar que permitir.

—De acuerdo, pues, dejemos que me acuse de corromperte.

Saqué lo que hacía falta. Emmy se recostó contra un árbol e inhaló con tal fuerza que la llama del mechero penetró en el papel y crujió. Inhaló y espiró con los ojos cerrados. Anda que no lo reconocí. Ese momento en el que la nicotina debe suplir todo aquello que deseas a muerte.

—Un poco tarde para eso, ¿no crees?

Se refería para no contribuir al asunto delictivo. Me preguntaba un montón de cosas. ¿Se había convertido Fast Forward en una especie de señor de la droga y se había desprendido de ella como si fuera basura? ¿Cómo puede una persona a la que has idolatrado transformarse en un monstruo? Y ya puestos, Rose Dartell, ¿qué cojones había pasado? Nos metimos en la

cabaña escuchimizada y nos sentamos en los bancos de troncos que habíamos arrastrado juntos de niños. Al fumar apartaba el cigarrillo, de aquella manera que hacen las chicas para evitar que luego les huela el pelo. Una vieja costumbre. Metió la cara entre las rodillas un rato y luego volvió a enderezarse.

—Demon, estoy muerta de miedo.

—¿Miedo de qué?

Pensé que iba a responderme que de Rose, pero no. Tenía miedo de marcharse lejos. De que en ese sitio le lavaran el cerebro. De que allí nadie la entendiera. Lo que de verdad quería decir es que nadie sabría lo que siempre había sido: la abeja reina. Emmy Peggot.

—Estarás al mando del tinglado. Dirigirás el cotarro.

Pero la verdad es que no tenía la menor idea. Allí solo podíamos ser lo que hemos sido siempre. Yo venía de una madre yonqui y de hogares de acogida, fui brevemente una estrella, famoso gracias a eso. Una etapa quemada deprisa, acorde con el guion. Emmy había crecido en Knoxville y volvió aquí desde la nada, pero había aterrizado en el instituto de Lee County con un pedigrí inmaculado. Hija de los Peggot, la realeza del baile. Quizás en Asheville no fuera más que una chica pálida y engreída, con un aire a belleza marchita.

Me acordé de darle el brazalete de la serpiente. Hizo un cuenco con las manos y se lo fue pasando de una a otra, mientras lo miraba como si se tratara de un tesoro perdido.

—Me preguntaba dónde había ido a parar.

No le mencioné a Rose.

—Nunca entendí por qué seguías llevándolo —le dije.

Me miró con cara de sorpresa. Luego se agachó, se desabrochó la pequeña bota de cuero y se ciñó el brazalete alrededor del tobillo.

—Es una baratija —le dije—. June nos dio cinco dólares para que nos los gastáramos en aquella tienda de regalos y probablemente me devolvieran cambio. Que probablemente me guardé.

—Te lo guardaste para dárselo a tu madre al llegar a casa.

—Bueno, sí. Para que se comprara cigarrillos y refrescos.

—Y aun así te preguntas por qué lo conservo.

Cierto. Me lo preguntaba.

Se inclinó hacia delante, colocó sus frías manos en mis mejillas y me miró a los ojos como si fuera a besarme. Pero acto seguido volvió a sentarse en el banco de troncos.

—Procura cuidar de Dori —me dijo.

—Dios mío, Dori. Lo intento. Pero no…

Me faltaban las palabras.

—No te merece.

—Es horrible decir algo así.

—Sé que la quieres. No lo digo con mala intención. —Sacudió la cabeza y alzó la vista a los árboles—. No podía estar con Hammer Kelly por el mismo motivo. Es bueno de la misma manera que tú. Es como si dentro de ti hubiera un tipo de metal o algo parecido que no fuera a fundirse pase lo que pase.

—Bueno, fundirme, me fundo. Puedo enseñarte cosas mías bien jodidas.

Seguía sin mirarme a los ojos.

—Me refiero a que cada día te despiertas y continúas siendo la misma persona. Yo no soy así,

me amoldo. Cambio mi receta para gustar a la gente.

Cambiar para gustarle a la gente no sonaba nada mal. Dori no lo hacía por mí. Se centraba en su plan de irse vaciando más y más cada día. Ya no la llevaba en brazos a la planta de abajo, dejaba que se quedara en la cama. No me esforzaba en hablar de las cosas que haríamos cuando mejoráramos. Aquella misma mañana me había dicho que deberíamos haber seguido siendo novios y ya está, en vez de intentarlo hacerlo todo tan adulto. De este modo yo habría podido tirar adelante. Me había enfadado mucho con ella.

Al salir por el camino de entrada, vi una furgoneta aparcada a un lado de la carretera. No la reconocí. No parecía tener ningún problema, los neumáticos parecían en buen estado. Me bajé del coche para ver si necesitaba algún tipo de ayuda. Era de Hammer. Los codos sobre el volante, el pelo cayéndole sobre los ojos. Los nudillos apretados contra los párpados.

Le di unos toquecitos en la ventanilla.

—¿Todo bien? —le pregunté.

Bajó la ventanilla y me miró parpadeando.

—No pienso entrar en esa casa.

—No pasa nada. Estoy seguro de que las dos lo entienden. Emmy y tú ya sois agua pasada.

—No. No. Yo no. Ella era la definitiva, tío.

—De acuerdo.

Aquellos daños parecían irreparables.

—¿Podrías decirle adiós a Emmy de mi parte? Y que siento todo lo ocurrido. No la culpo en absoluto. Dile que la sigo queriendo.

De camino a casa de Tommy, me empezó a sonar el móvil y lo ignoré. Siempre era Dori que quería que volviese. Tenía que entregar una tira para el día siguiente y solo había hecho el boceto. Dori decía que bien podría dibujar en casa. Pero entonces ella se dedicaría a sostenerme los lápices y las plumas. No se callaría ni un momento, todo el rato me estaría pidiendo que le fuera a buscar algo, lloraría. Y además estaba Jip.

Al llegar al periódico, el móvil siguió sonando. Al cabo de una hora, casi había acabado la tira y mis reservas de ese jodidamente maravilloso metal interior estaban a punto de agotarse. Así que lo cogí.

No era Dori. Sino Angus.

—Dios mío, Demon, ¿dónde estás? Ven ahora mismo, por favor.

¿Alguien se estaba desangrando? Porque no quería ver al entrenador. Había dejado atrás la fase de la vergüenza para adentrarme en la de ahora finjamos que estoy muerto. Pero Angus estaba fuera de sí. Le pregunté si debía llamar al 112, pero me lanzó una sarta de rápidos insultos. Nada de polis. Se trataba de U-Haul y necesitaba que, si era posible, lo matara.

Se tardan veinte minutos en llegar allí y yo lo hice en diez. Me los encontré a los dos en el salón, jugando al gato y al ratón alrededor de la mesa, moviéndose en una dirección y luego en la opuesta, gritando, pero era incapaz de descifrar cuál de los dos era el ratón. U-Haul tenía la cara rojísima, como si tuviera una soga en el cuello, y escupía saliva por la boca, como un loco de cómic gritando majaderías. «No pienso esperar más, joder, o me lo entregas esta noche o verás cómo este puto barco se va a pique».

Angus me vio. Luego me vio él y se agachó, como si fuera otro animal. No apartaba los ojos de la puerta.

—¡No dejes que se vaya! —gritó Angus.

Le hice un placaje y ella cogió unos papeles de la mesa y salió por la puerta. Puse la oreja a ver si oía el coche, pero no me llegó nada. Me tenía que quedar encima de ese gilipollas hasta nuevo aviso. U-Haul intentaba pellizcarme y arañarme, retorciendo sus largos y repugnantes brazos. Le pregunté dónde estaba el entrenador y me respondió: «Borracho como una cuba, ¿qué te esperabas?». Luego me sorprendió clavándome los dientes en el muslo. La madre que lo parió. Le di un puñetazo en la mandíbula, pero no tenía buen ángulo. Conseguí colocarlo boca abajo, poniendo distancia entre sus dientes y mi cuerpo, pero él continuaba revolviéndose y escupiendo. No entendía por qué Angus no se había marchado en coche. Entonces volvió a mis oídos, como un eco, lo que ella me había dicho: «No dejes que se vaya».

No podría retenerlo mucho tiempo. Tal y como se retorcía debajo de mí, parecía que estuviéramos sobre un suelo de bates de béisbol que rodaban. Además, antes de llegar me había metido una dosis y no estaba en plenitud de facultades. El cabrón fue astuto, me buscó el punto débil, y tiró a lo bestia de mi rodilla mala, hijo de puta. Luego se arrastró hacia la puerta como un cangrejo.

En el exterior reinaba una oscuridad absoluta, las luces del porche estaban apagadas. El Wrangler de Angus estaba en el camino de entrada. Mi Impala bloqueaba el paso al Caddy del entrenador. Ninguno se había movido. Tampoco el querido Mustang de U-Haul, quien estaba dando vueltas al coche, golpeando las ventanillas. Angus debía de estar dentro. En aquel pueblo siempre dejábamos las llaves dentro del coche, es lo que hacíamos, excepto en las zonas más machacadas por las metanfetaminas o si tenías unas deudas considerables. Vi un reflejo: Angus dentro del coche de U-Haul, agitando un ramo metálico que le colgaba de la mano. Tenía las llaves de todos los coches y dejado a U-Haul fuera de su nave nodriza.

Me acerqué a hurtadillas, lo tumbé de un golpe y me deslicé hacia la puerta del copiloto. Angus me abrió, salté dentro del coche y cerré el pestillo. El interior apestaba al aceitoso olor de su dueño.

—Mierda —dije, intentando coger aire. Los cristales amortiguaban un poco los gritos—. Cogerá una llave de cruceta y romperá la ventanilla.

Angus me miró fijamente.

—No le haría eso a su querido Munstang, créeme.

—No, tienes razón. El amor de su vida.

Abrió mucho los ojos.

—Demon, va a por mí.

—¿Qué quieres decir?

—Intentaste advertírmelo, pero yo no quise oírte.

Se le había insinuado. Le había dicho que había ido guardando cosas suyas desde que era una niña, bragas. Que la miraba cuando estaba en la bañera. Pero que ya no se esperaba más. Porque ahora la podía obligar.

—Pero ¿qué puta locura enfermiza es esta?

Me entraron ganas de vomitar. Me pitaban los oídos.

—Chantaje —me dijo.

Se sumió en un silencio extraño. Vi cómo se obligaba a volver desde el frenesí hasta aquel estado en el que podía refugiarse. Como si todo aquello le estuviera ocurriendo a otra Angus. U-Haul la había amenazado con acudir a la junta escolar y conseguir que expulsaran al

entrenador por alcoholismo y cosas peores. Malversación de fondos escolares y de las recaudaciones populares. Lo haría a menos que se acostara con él.

U-Haul había dejado de aporrear el coche. No se lo veía por ningún lado y todo estaba demasiado silencioso. Mi cerebro tenía problemas para centrarse, como si sus fluidos se hubieran enfriado.

—Mierda. Ha ido en busca de otro juego de llaves.

—No existe. Lo perdió, se cabreó mucho por ello.

—¿Estás segura?

—Sí. Pero la opción llave de cruceta está ahí.

—Es un perro ladrador, poco mordedor —le dije—. Se lo está inventando todo. Hostia. ¿Robar de las recaudaciones populares? Eso es como afanar del cepillo de la iglesia. El entrenador jamás haría algo así.

Jamás lo haría, me dijo ella, pero lo había hecho. Sin saberlo. U-Haul estaba al cargo de las finanzas. Durante años, se había dedicado a transferir fondos del equipo de fútbol a la cuenta bancaria de su madre. Le dije que, de ser esto cierto, a estas alturas ya habrían asaltado su puta ratonera en Heeltown y le habría caído una cadena perpetua.

U-Haul le había dicho que estaba esperando el momento preciso. Angus llevaba llamándome una hora, por Dios. ¿Cuánto tiempo se había dedicado a perseguirla alrededor de esa mesa? No tanto, me aseguró, habían tardado lo suyo en llegar a ese punto. Aquella tarde ella había entrado en el despacho del entrenador y descubierto que U-Haul había falsificado su firma en una tonelada de papeles, poderes notariales y demás. También le había robado los cheques a la señora Betsy. U-Haul entró en aquel momento y ella le pasó todo eso por la cara, una cosa llevó a la otra, al chantaje y demás, hasta que degeneró en su intento de arrinconarla hacia el dormitorio.

Aquello era mucho que procesar. ¿Qué hacía ella husmeando en el despacho del entrenador? Una locura. Resulta que alguien había llamado por teléfono, asegurando que U-Haul estaba metiendo gran parte del dinero del entrenador en su supuesta empresa y que necesitaba hablar con él para que le diera su conformidad. Angus había cogido la llamada. Y así había ocurrido. Joder. El señor McCobb había destapado la estafa de un alma gemela.

Nos quedamos mucho rato en el coche, esperando el próximo movimiento de una mente perturbada. Temí que pudiera destrozar las ventanillas de mi Impala con la llave de cruceta. Pero el cobarde debía de haberse ido a casa a pie. Sobre la medianoche decidimos que no había moros en la costa. Fuimos a ver cómo estaba el entrenador. El numerito no lo había despertado. Me ofrecí a llevar a Angus a algún sitio, pero ella me dijo que lo tenía todo controlado. Entramos en el despacho y abrimos el cajón donde el entrenador guardaba su Smith & Wesson 40 para que Angus se la llevara con ella al dormitorio. Me aseguré de que estuviera cargada y le enseñé cómo funcionaba el seguro, que tenía truco, pues debías darle un golpecito a la empuñadura. Ya lo sabía.

Me quedé un rato con ella en su cuarto, aunque sabía que luego lo pagaría caro en diversos frentes. Le pregunté si el entrenador podía haber estado al corriente de esos robos. Me dijo que no. Había depositado su confianza en U-Haul y luego se había pasado demasiado tiempo enganchado a la botella.

—Esta última parte me está matando —me dijo—. U-Haul dice que me lo he buscado. Conocía el problema de papá y no lo hice público. Tiene razón, Demon. Lo sabía.

—Tú no te has buscado nada de esto —dije—. Hostia, no puedes pensar así.

—Lo sé.

—Esto te lo han hecho otros. Tanto a ti como al entrenador.

Aquellas palabras me resultaban familiares.

—Lo sé.

Se mareó un poco y temí que fuera a derrumbarse, pero no. Se sentó en la cama y empezó a revisar los pasos que debía empezar a dar a la mañana siguiente, sin falta. Dinero que reponer, mierdas que solucionar. Abogados. Parecía una niña, acurrucada contra el cabezal con su pijama blanco, dando vueltas a un mechón de pelo en torno a un dedo, hablando como si llevara los pantalones en esa casa. Yo solo podía pensar en la pequeña Angus, que había tenido que soportar esos ojos de Hellboy posados en ella durante toda su vida. Desarrollando una piel de cuero.

Le pedí que cuando me marchara atrancara la puerta del dormitorio con esa cómoda que tenía tan pesada. Me esperé para asegurarme de que lo hacía.

56

Estábamos en abril, casi había pasado un año desde la muerte de Vester, y la cosa ocurrió como imaginaba. Llegué a casa y me la encontré. Era pronto por la tarde, aún no había oscurecido. El puñetero mes de abril se puede ir al carajo, estaba harto de él. De noviembre también. Como los cumpleaños, las navidades, los cornejos y los ciclamores de Canadá, incluso la temporada de fútbol. Si vives lo suficiente, todo aquello que has amado encuentra la manera de volverse en tu contra hasta dejarte lisiado. Lo más sorprendente es que uno pueda llegar a este mundo sin nada y abandonarlo sin nada, y aun así perder tanto por el camino.

Al principio casi no sentí nada, centrado en la rutina de limpiarla y adecentarla. Y luego ponerme con la casa, recoger la leonera y sus trastos. Esconder algunas cosas antes de hacer las llamadas pertinentes. No había muchas. Thelma ya no quería saber nada de ella. Igual que el resto. No tenía ningunas ganas de ver de nuevo a su tía, pero los de urgencias me dijeron que debían ponerse en contacto con sus familiares. De modo que les di el móvil de Dori. El número de su tía Fred estaba entre los contactos. Antes había borrado algunos números, pero nadie se iba a poner a investigar. Aquella era una más entre los cientos de sobredosis que habían tenido lugar en Lee County.

De la nada me convertí en «el chaval que entró y se la encontró». La gente comenzó a decir todo tipo de cosas, como que me había metido a la fuerza en su casa. Aunque mi ropa y el resto de mis cosas estaban por todas partes. La tía Fred no me recordaba en absoluto. La vi recoger uno de mis vaqueros del suelo con cara de estar pasando la escobilla por un váter y comentarle a la miniyó de su hija que Dori tenía muchos amigos hombres. Debí haberla mandado a la mierda a gritos, pero no fui capaz de articular palabra. Mi niña. No me pidieron mi opinión para nada porque una vez más su tía tomó todas decisiones. La iglesia, la música, exactamente el mismo funeral. La enterraron al lado de Vester y de su madre. Fue lo único que hicieron bien.

Durante la misa me sentí como una roca o un trozo de hielo. No es que quisiera ser desconsiderado con los que acudieron a mostrar sus respetos, no era culpa suya. En su mayoría fueron las enfermeras que habían cuidado de Vester. También vinieron Donnamarie y otras personas de la tienda, así como un grupo de chicas que debieron de ser amigas suyas en la escuela, antes de cansarse de ella. La culpabilidad, la curiosidad, vete a saber lo que empuja a la gente a despedir a los muertos. El funeral fue tal despropósito que acabé por no encontrarle el sentido. Yo había hecho cuanto había estado en mi mano por Dori y no había servido de nada.

Sí que me sorprendió la presencia de Angus. Se me acercó por detrás, cuando iba a entrar en la iglesia, y prácticamente me hizo de perro lazarillo durante el resto del día.

Todos tuvimos que esperar una hora al pie de la sepultura porque la tía Fred y Tonto se perdieron. Cuatro o cinco millas separaban la iglesia del cementerio y van y se pierden. Ya habían estado allí el año anterior por lo de Vester, pero aquella vez era yo el que conducía. Ahora habían querido ir solas, despreciando mis indicaciones al asegurar que ya se apañaban con el navegador del móvil. Pero una vez te metías por aquellas carreteritas, aquel sistema saltaba por los aires.

El día era de lo más cruel, un cielo tan azul que te partía el corazón. Los árboles en flor,

narcisos amarillos brotando del suelo y cornejos desplegando sus enaguas por doquier. Los familiares de Vester descansaban en un pequeño cementerio ubicado bien arriba, en la ladera de una montaña, desde donde podía contemplarse cómo se extendían el valle y la cadena de cordilleras, bañadas por tal variedad de tonalidades azuladas que parecían presumir. A uno le daba por pensar que antiguamente la gente se tomaba la muerte con más optimismo y por eso escogían sitios así, atraídos por las vistas.

Pese a semejante panorámica, la gente comenzó a ponerse nerviosa y a hablar por los codos. De todos modos, era la tía Fred quien había contratado al párroco y no iba a permitir que ella se perdiera nada del espectáculo. Unos pocos regresaron a sus coches y se marcharon. Yo no tenía intención alguna de tirar un puñado de tierra sobre el pequeño ataúd blanco de Dori. Ya había tirado bastantes. Angus y yo dimos un paseo por la carretera que empezaba pasado el cementerio hasta llegar a una pequeña zona de pinos. Nos sentamos en unas rocas a observar cómo unos pájaros daban saltitos por la tierra a la caza de gusanos, rebuscando en el sotobosque con bruscos movimientos de cabeza. Angus me preguntó si iba a estar bien y al fin me derrumbé hasta cierto punto. Ella me dejó gimotear.

Al cabo de un rato recuperé la compostura y le pregunté por el entrenador, el escándalo y demás. Me dijo que ambos habían acudido a la junta escolar a explicárselo todo. Quizás el entrenador fuera despedido, pero no hasta que acabara la temporada de otoño. Si los Generals se quedaban sin él, la gente se echaría a la calle a protestar. Angus me aseguró que estaba preparada para aceptar lo que decidieran, ya que deseaba pagar los platos rotos. Le pregunté qué pensaban hacer si perdía el trabajo. Angus ya estaba sobre el tema, su intención era alquilar o vender aquella casa gigantesca. Había empezado a mirar apartamentos en Norton, donde ella podría asistir a sus clases en el centro de estudios superiores y él, desengancharse de la bebida. Allí había reuniones de Alcohólicos Anónimos. Se había propuesto enderezarlo. Iba a quedarse a su lado un año para ayudarlo y luego él tendría que espabilar, ya que ella se marcharía a la universidad. Le pregunté si no estaba siendo un poco dura. No. No pensaba arruinar su vida para que otro pudiera ponerse ciego.

En ese momento hizo una pausa.

—No me refiero a ti, Demon. Lo entiendes, ¿verdad?

Le dije que ya sabía que no era su problema. Ella me lo discutió, el entrenador seguía siendo mi tutor legal. Era una injusticia que me hubieran asignado a un tutor borracho. Apúntalo en la lista, le dije. Pero pude notar que empezaba a molestarse. Llevaba semanas trazando nuevos planes de vida mientras Dori y yo seguíamos juntos. Ahora debería replanteárselos. No necesariamente, le dije. Me preguntó dónde iba a vivir. Le dije que ya se me ocurriría algo. No estaba enfadado con ella. No sentía nada en absoluto. Entendía lo que estaba intentando decirme, que seguíamos siendo una familia, pero no sentía lo mismo.

Llevaba puesto el sombrerito con velo que le había regalado las primeras navidades. En su día había bromeado acerca de cómo llegaría a ser conocida en todo el condado como «la zorra de los funerales». Gracias, Señor. Muy bonito. Caminamos de regreso al entierro y llegamos a tiempo de verlo terminar. Thelma estaba entre los pocos que quedaban. Fue un cielo y me dio un abrazo. Pero, en general, a excepción de Angus, casi ninguno de los asistentes me dio ni la hora. Unos pocos me preguntaron si conocía a la difunta.

Tuve sacar deprisa mis cosas de la casa, ya que el equipo antibacteriológico de Fred se

presentó en ella tras el funeral, se enfundó unos guantes amarillos y empezó a avanzar con productos desinfectantes y bolsas de basura, arrasando con todo a su paso. Muebles, fotografías, la preciada ropa de la madre de Dori que ella conservaba y que acabaron sacando de allí dentro de bolsas. En dos días se presentaría un tipo que lo llevaría todo a un vertedero. Ni siquiera iban a intentar venderlo montando un mercadillo en la entrada. A sus ojos nuestra vida no era más que basura.

Por suerte, se olvidaron el Impala, supongo que se imaginaron que era mío. Todo lo que tenía estaba dentro. Durante los dos días que estuvieron limpiando, hice largos trayectos en él, y también dormí allí, para luego regresar junto a la casa a ver cómo crecía la montaña de bolsas de basura negra. Estaban decididos a deshacerse de aquella rama de su árbol. Resultó que Newsport News estaba en Virginia. Un mismo estado, dos planetas distintos.

El otro misterio que a nadie le interesó resolver fue el de Jip. El día de marras me lo había encontrado bajo las sábanas, acurrucado contra el frío vientre de Dori, y no encima de ella, como de costumbre. Nunca sabré si por sus venas circulaba la misma mierda que por las de su dueña. ¿Fue un accidente o no? La pregunta de mi vida. Como parte de mi proceso de limpieza antes de llamar a emergencias, había recogido del suelo su endurecido cuerpecito, enroscado como un rollito de canela, y lo había envuelto en la andrajosa toalla a rayas que siempre llevaba consigo por la casa. Supongo que en su cabeza esa toalla era yo. Con todo lo que había ocurrido a continuación, me había olvidado de él.

El paquete en forma de pequeña toalla apareció entre las pilas de basura. Aquel minúsculo y rabioso ser que jamás había dejado de amarla ni de querer que yo le sirviera de cena. Lo llevé a la parte trasera y lo enterré detrás del cobertizo de las herramientas. Fue el único adiós que me dejaron organizar.

57

No sé cuántas noches dormí en mi coche hasta que Maggot dio conmigo. Ahora vivía de nuevo en casa de los Peggot. De niño había sufrido su ración de bandazos, pero nunca le había faltado un techo sobre la cabeza, porque la sangre es más espesa que el agua. Yo debería saberlo bien, al haber nacido en una bolsa de agua. Sin parientes y sin hogar, pero al menos no moriría ahogado, ¡ja! El Evangelio según la señora Peggot.

Ella ya me había rechazado una vez y no iba a suplicarle de nuevo. Sin embargo, resultó que esta vez sí que quería que me instalara con ellos y no se lo puse fácil para convencerme. Quizás aún pensara que podía ser una buena influencia para Maggot, o necesitara a alguien que le arreglara las bisagras rotas y todo aquello que se caía a trozos por la larga enfermedad y posterior muerte del señor Peg. Los talentos de Maggot apuntaban en otras direcciones.

Al final no arreglé tantas cosas. No hay mucho que contar acerca de los días que pasé allí, sobre todo porque no guardo recuerdos de ellos. Maggot y yo pillamos una borrachera que borró el fin de semana y que se alargó hasta finales de mes. ¿Quién necesita el mes de mayo?, nos preguntamos después.

¿Recordáis todo lo que he dicho hasta ahora de que los yonquis en realidad no intentan colocarse, solo librarse del mono? Borradlo. Tras la muerte de Dori, me esforcé por convertirme en un cero a la izquierda. Con bastante éxito. Mi empleo en la cooperativa se sumó a la lista de desastres en el historial laboral de Demon. Y pobre señora Peggot. Por aquella casa no hice más que presentarme muy de tanto en cuanto para llevar en coche a su dueña al supermercado. De lo contrario, habríamos muerto de inanición, ya que ella no conducía y Maggot era una nulidad con la furgoneta del señor Peg. Un golpe más a su maltrecha hombría: jamás aprendió a conducir un coche manual.

Yo tenía la vaga idea de que, si necesitaba dinero, siempre podría recurrir a la temporada del tabaco, que estaba a la vuelta de la esquina. No era nada fácil encontrar mano de obra. Con la mayoría de los chavales colgados de la bebida, los escasos granjeros que conservaban sus tierras iban a tener que remover cielo y tierra para reunir gente dispuesta a trabajar duro. Su salvación pasaba por aquellos que cruzaban la frontera con México. Igual que la heroína. Ninguna conexión, hasta donde yo sabía.

Lo único que conservaba, aunque por los pelos, era la tira cómica de *Red Neck*. No podía dejar tirado a Tommy. Si había alguien que no merecía tal cosa, era él. A estas alturas, arrimaba más el hombro que nunca. Al principio habíamos hecho un montón de lluvias de ideas, pero ahora era él quien las convertía en esbozos. Versiones con esqueletos. Por lo menos una vez a la semana, yo conseguía mantenerme lo suficientemente sobrio como para presentarme en el periódico a insuflarles vida. Teníamos fans que reclamaban mi estilo. Con todo, los bocetos rápidos de Tommy poseían una personalidad extrañamente terrorífica, más auténtica que nada de lo que publicamos. Nuestra gente, nuestras montañas, todas nuestras preocupaciones: un universo de fantasmas. Bauticé a sus dibujos «Huesos de paleto» y le pedí permiso para quedármelos. Le pareció un deseo un poco oscuro por mi parte, pero acabó diciendo que sí.

El día que todo ocurrió, el «tocar fondo», como se lo conocía en nuestros círculos, llegó en

junio. Uno de esos días calurosos y lluviosos en los que uno tiene la sensación de respirar su propio aliento directamente de una bolsa de papel. El tiempo, sin embargo, no era la peor de las maldades que se incubaba aquel día. Mi dedo señala a Rose Dartell. Encontrármela fue la gota que colmó el vaso. Habría dado cualquier cosa por haberme quedado en casa. Tal y como reza el dicho: «Si los deseos fueran caballos…», cada uno de nosotros tendría una mierda distinta que recoger a paladas.

Maggot y yo estábamos en la célebre casa de los cocainómanos en Woodway, donde Intercambio seguía viviendo con otros tipos. La gente entraba y salía de allí como gatos salvajes, y daba igual de quién se tratara. Maggot necesitaba material. Yo estaba bien, me había agenciado una pequeña botella de oxicodona de manos de Thelma en el funeral y había multiplicado los beneficios. Visita a la clínica del dolor cada primer viernes de mes: el milagro de los panes y los peces. Pero llevé a Maggot hasta Woodway e hice un esfuerzo por socializar. Charlé un rato con Intercambio, y le pregunté si seguía en tratos con el señor Golly. Resultó que no, una pena. Aquel hombre se había ganado un lugar en mi corazón. Luego Maggot y el resto de los drogatas llegaron a la parte en la que acababan por los suelos, de modo que fui a sentarme fuera, profundamente colocado e intentando disfrutar del momento. Respiré la halitosis del verano, me regodeé en la gloria enfermiza de aquel porche. Los colchones podridos, la cómoda sin cajones, la nevera tumbada y con sus fauces abiertas…, albergaba una salita de espera sobre cuatro sillas negras de plástico, unidas las unas con las otras. Me acordé del día en que rescaté a Martha de ese mismo porche, había transcurrido una eternidad y me pregunté qué habría sido de ella. June la estaría enderezando, seguro. Si podíamos evitarlo, Maggot y yo no íbamos a cruzarnos en el camino de su tía.

Medio porche estaba tomado por pilas de leña que llevaban tanto tiempo allí que estaban cubiertas por un manto raído de telarañas polvorientas y blanquecinas. Vi a una rata madre corretear por los troncos, llevando a sus crías de un extremo al otro cogidas por la nuca. Las transportaba de una en una, con la máxima diligencia, como si redistribuyera el mobiliario de oficina de su puesto de trabajo. Se me escapaba cuál era su criterio para decidir qué zonas de aquel batiburrillo eran las menos peligrosas.

Por el camino apareció una furgoneta Chevy color tierra, el primer vehículo en presentarse allí en más de una hora, y me sorprendió verlo detenerse junto a la casa. Más sorpresas: Rose Dartell se bajó de ella rápidamente, dando un portazo, con una caja de pizza.

—Maldita sea, Rose. ¿Me has hecho una tarta?

Se detuvo en seco. Llevaba el pelo diferente, menos encrespado, pero su cara no había cambiado un ápice. Conservaba la mueca de desdén y las cicatrices.

—¿Qué coño haces tú aquí?

—Podría preguntarte lo mismo.

—Trabajo para Pro's. Y también para la compañía telefónica. Ya hace unos años.

—¿Los repartos de Pro's Pizza abarcan hasta la puñetera Woodway?

—Son clientes habituales. Pagan en metálico. ¿Tienes alguna pregunta más o me dejas seguir con mi trabajo?

—Tú misma.

Me pregunté si le pagarían con algo más que efectivo. Tardó un buen rato en salir. Probablemente el señor Pro no tuviera la menor idea de esos viajes a su costa. No dejaba de darle vueltas a nuestro último encuentro, la oscura salida de la autopista en la que me había

hablado de Emmy con expresión asqueada. Estaba a punto de entrar para decirle a Maggot que ya era hora de largarnos de ese antro cuando salió ella. Se sentó en un extremo de la pila de leña. Rata madre, ojo avizor.

—¿Ya te ha llamado Fast Forward? —dijo entre murmullos, mientras se encendía un cigarrillo.

—¿Por qué tendría que haberlo hecho?

Encogió los hombros y se limpió la nariz con el dorso de la muñeca. Le habían dado propina, claro.

—No sé por qué no. Siempre anda necesitando algo de alguien. Ha vuelto a Lee County, quizá no lo sabías.

—¿Ah, sí? Y ¿dónde vive?

—En una casa enorme y vieja que pertenece a cierta señora. Por aquí lo llaman Spurlock, pero en realidad no es un pueblo, queda cerca de Duffield. No es fácil encontrarlo.

Rose se quitó de un capirotazo algo enganchado a la rodilla y se ajustó el cierre de una sandalia. Comenzó a tronar entre las montañas que quedaban al este. Entonces el cielo se oscureció, de aquel modo súbito que recordaba a un corte eléctrico de Dios. Me encendí uno de mis cigarrillos, Rose no me había ofrecido de los suyos. Nos quedamos sentados, observando la colección de vehículos que parecía pertenecer a la casa de los cocainómanos de Woodway. Algunos operativos, otros muertos, unos terceros que habían servido para hacer prácticas de tiro.

Rose apuró su cigarrillo y aplastó la colilla con el tacón.

—¿Sabes? Esta es mi última entrega y ahora me voy para allí.

—¿Adónde? —dije, había perdido el hilo.

—A casa de Fast Forward. Por si quieres seguirme. Ven a saludar.

Le dije que no necesitaba hacerme ningún favor.

—No lo hago. En realidad, pienso que la próxima vez que necesite a alguien que le rasque los huevos, quizá pueda llamarte a ti con un silbido, en vez de a mí.

Quizá..., si el imán de Fast Forward todavía me hiciera efecto. Sin embargo, hacía mucho tiempo que había decidido que, en caso de volver a hablar con aquel capullo, no sería en términos amistosos. Un héroe caído se desmenuza en más añicos afilados de lo que cabría imaginar. Emmy era el que finalmente se me había atravesado en la garganta. Noté el sabor de la bilis. Entonces me sorprendí entrando en la casa en busca de Maggot. Seguimos a la furgoneta de Rose fuera de Woodway.

Antes de entrar en la 58, comenzaron a caer goterones de lluvia sobre el parabrisas. El Impala necesitaba escobillas nuevas, pero no estaban ni mucho menos en la parte alta de su lista de prioridades. Para empezar, el titular seguía siendo un difunto. Entorné los ojos para intentar ganar visibilidad a través del vidrio borroso, deseando estar más sobrio, y me concentré en no perder de vista las luces rojas del vehículo de delante. Abandonó la autopista antes de lo que pensaba, por Dry Creek Road, lo que no auguraba nada bueno. No era la ruta más idónea a Duffield, pero quizá no viviera exactamente allí, tal como había señalado. Al cabo de una milla, nos topamos con una furgoneta atravesada en la carretera, bloqueando el paso. Rose la rodeó, pero yo me detuve porque me había cruzado con ella antes. Esta vez sí que conocía al dueño, y el daño era reparable. Hammer Kelly. La rueda trasera izquierda estaba pinchada.

Bajé la ventanilla y grité «¡Ey!». No tengo claro por qué la lluvia te empuja a vociferar a escasos dos metros de distancia, pero lo hace. Pobre Hammer, un gatito ahogado no habría parecido más digno de lástima. La lluvia le goteaba de la nariz, la camiseta blanca estaba tan empapada que era como una segunda piel, marcándole los pezones y el pelo del torso. Se apartó un mechón de pelo mojado de la frente, nos miró y noté que estaba bebido. Había sacado las herramientas, pero parecía que se había quedado atascado acerca de lo que debía hacer a continuación. Bajé del coche y supuse que Rose no se pararía y nos dejaría allí. Pero debió de vernos por el retrovisor y dio marcha atrás.

Le grité que tendríamos que dejarlo para otra ocasión. Ella dijo que no, que esperaría, ¿cuánto podían tardar tres payasos en cambiar una rueda? En nada solo quedó un payaso al cargo. Mientras colocaba el gato, mandé a Hammer a por algo con lo que calzar los neumáticos del lado opuesto. Pero, en ese momento, Maggot le gritó que entrara en el Impala y así lo hizo. Pude ver a Maggot desplegar el material. Hammer era el que había salido peor parado del desastre protagonizado por Emmy y Fast Forward. Me había asegurado que no iba a olvidarla y estaba cumpliendo su promesa. Ponernos hasta el culo con Hammer se había convertido en uno de nuestros pasatiempos favoritos. Llegaba un momento en que se convertía en un borrachuzo patético y llorón. No aguantaba el alcohol. Era el resultado de haber sido tan comedido y prudente en sus años formativos: no estaba preparado. Yo le había advertido a Maggot que no le diera nada fuerte, por lo menos hasta que hubiese aprobado parvulario. Pero en aquel momento, mientras desenroscaba la rueda pinchada, pude verlo esnifar cristal directamente del salpicadero de mi Impala. Rose también fue testigo. No se perdía una.

Poca gracia me hizo encontrarme cambiando una rueda sin ayuda alguna bajo un aguacero y descubriendo por qué a aquel lugar lo llamaban Dry Creek Road[35]. Era el lecho de un arroyo. En ese momento, nada seco. El agua embarrada fluía a chorros por todos lados, también por debajo del coche, por lo que temí que el gato no aguantara. Conseguí quitar la rueda pinchada y colocar la de repuesto a toda leche, pero luego, por todos los diablos, las tuercas de las llantas… Las había alineado junto al tapacubos, como hay que hacer en estos casos, pero ahora no estaban por ningún lado y el tapacubos se alejaba cabeceando, como si fuera un puñetero pato. Me puse histérico, maldije a la lluvia y hundí ambas manos bajo el agua que corría a toda velocidad en un intento por encontrar las tuercas de las llantas en la gravilla empapada. Mierda, mierda, mierda. Estaba tan furioso que habría sido capaz de matar. Abrí con furia la puerta del Impala y les grité que salieran de una vez a ayudarme a encontrar las putas tuercas de las llantas. Pero incluso si alguno de los tres hubiese estado sobrio, habría sido una batalla perdida. Como pretender atrapar cangrejos de río. De hecho, habría resultado más sencillo encontrar cangrejos de río en medio de aquel desastre.

Al final nos vimos obligados a abandonar la furgoneta de Hammer. Ya volvería a por ella con tuercas nuevas y la cabeza más despejada. En el último segundo se acordó de sacar el rifle de la baca. Aquella arma probablemente tuviera más valor que el vehículo. Le dije a Rose que íbamos a llevar a Hammer a su casa, pero reaccionó diciendo que estábamos a solo un par de millas de la casa de Fast Forward. Podíamos hacer una parada en el camino, secarnos, fumarnos un canuto para calmar los nervios, etcétera. Arrancó el coche, levantando una cortina de agua a su paso digna de una lancha motora. Hammer vivía en Duffield. Yo no tenía muy claro dónde estábamos, solo sabía que tenía que largarme de ese maldito arroyo rugiente lo antes posible, de modo que seguí a Rose. Hammer iba en el asiento de atrás, ajeno por

completo a nuestro plan. Hasta donde yo sabía, él y Fast Forward se habían visto una sola vez, en la fiesta de June. Aquel momento fugaz y reluciente en el que Emmy había sido suya, antes de que se la robaran. Recordé a Fast Forward riéndose después de él junto a Mouse, llamándolo «grandullón tontorrón». Nada bueno podía salir de un reencuentro entre ambos. Los últimos jirones de sobriedad que me quedaban en el cerebro me gritaban: lárgate a casa.

Y por milésima vez en aquel mes me respondí a mí mismo: ¿a qué casa?, ¿quién me espera? Con lo gilipollas e inútil que soy, qué importa. Odio reconocer que la noche que me encontré a Dori muerta, una parte de mí se sintió aliviada al pensar que ya no tendría que temer a cada minuto que pudiera morirse. Creí que despojarme del dolor me ayudaría a estar mejor. Gran error. Aunque nada bueno quedara en nuestra relación, ese miedo suponía que mantenía un vínculo con otra persona. Ahora nadie me necesitaba.

La lluvia empeoró. Nunca había visto nada parecido. Tomamos un desvío por una carretera secundaria que no era un río enfurecido, pero por el parabrisas no se veía nada. Sí pude distinguir el tenue resplandor de los pilotos rojos de los frenos de Rose y yo también paré. Di por supuesto que esperaba a que escampara. Entonces las luces se apagaron y vi la silueta de Rose correr desde la furgoneta hasta la silueta de una casa. Luego Maggot también salió y fue a su encuentro. Después fuimos todos. El coche parecía una pecera en la que podíamos acabar ahogándonos. Llegamos al porche y alguien nos dejó entrar.

Rose había mencionado la casa de «cierta señora» y yo me había imaginado a una propietaria en bata. Nanay. Se llamaba Temple y estaba buenísima. *Shorts* minúsculos, melena rubia. Era evidente que Rose y ella no se apreciaban mucho. Pero nos acogió como a cachorritos desamparados, trayéndonos toallas, preparándonos café caliente e invitándonos a acomodarnos en un salón en el que había una cachimba con pinta de artesanía *hippie*. Resultó que las fabricaba ella misma. Una mujer interesante y una casa interesante. Era enorme y antigua, sin apenas muebles. Quizá se acabaran de ir a vivir juntos. Me trajo a la cabeza el desastre de Emmy y me pregunté cuánto tardaría Fast Forward en escupir a esta joven belleza tras haberla exprimido. Ella y Rose discutieron sobre algo en clave, aunque obviamente relacionado con las drogas. Temple dijo que no estaba allí, que se había marchado en coche junto con Big Bear Howe y otros tipos. Ella no había ido porque era aburridísimo, solo hablaban de fútbol. Eh, puede que con esta chica haya esperanza. También dijo que Fast Forward seguía poniéndose al día con sus viejos amigos después de haber vuelto al territorio de los Generals. Pensaban ir a un enclave en el río que les encantaba: la Bañera del Diablo.

El estómago me dio un vuelco al oír ese nombre. Desde detrás de la cachimba, Hammer puso cara de sorpresa, llegaba tarde a la fiesta, pero por fin había entendido de quién estábamos hablando. Rose dijo que hacía un día terrible para ir a nadar. Temple le dio toda la razón, pero añadió que por la mañana se había levantado despejado y que aquellas tormentas de verano atacaban en el momento menos pensado. Todo cierto.

Hammer se levantó, tirando al suelo una taza de café vacía, y dijo que debíamos marcharnos. Temple se sorprendió un poco y recogió la taza. Nos invitó a quedarnos hasta que pasara la tormenta.

—Nos vamos ahora mismo —insistió Hammer.

Y de este modo, en un abrir y cerrar de ojos, la formalidad, la timidez, el niño querido por todos y que siempre cumplía con lo que le pedían, todo eso que había definido la vida de Hammer hasta ese momento, saltó por la ventana.

58

Parecía que la tormenta iba amainando, pero, al poner rumbo a Scott County, siguiendo una carretera de grava sin nombre en dirección este, nos dirigíamos de cabeza a cuanto quedara de ella. Hammer no daba crédito a que aquella fuera a ser mi primera visita a la Bañera del Diablo e insistió en que mentía. Había estado en numerosas ocasiones con varios miembros de la familia Peggot y estaba convencido de que yo también. Maggot conocía la historia y guardó silencio. Ambos no paraban de repetir: «Vamos bien por esta carretera, sigue tirando». - Hammer estaba decidido a dar con Fast Forward y enfrentarse con él. Puesto de anfetaminas era una persona completamente diferente, acunaba su rifle en el asiento trasero con aires de estar al cargo de la situación. Ni loco iba a devolverlo a su casa en semejante estado. Hammer vivía con su madrastra, Ruby, y su hija, Jay Ann, que había vuelto a ser madre hacía poco. La tribu de los Peggot era interminable. Me echarían la culpa de aquello y me despellejarían vivo.

Hammer y Maggot se iban pasando una botella de ginebra del asiento delantero al trasero, otra cosa más rescatada en el último momento de la furgoneta. Si Hammer la había empezado esa misma mañana, resultaba impresionante que conservara la consciencia. Maggot le daba unos buenos tragos. Yo apenas la tocaba, por una cuestión de principios. Era el conductor, era mejor mantener los niveles de alcohol en sangre bajo mínimos.

No creo que fueran conscientes de los nubarrones que teníamos delante. Los estaba llevando al campo de batalla. Hammer tenía las cosas muy claras. Fast Forward le había robado la mujer y luego la había mancillado. Y eso que no había visto el estado de Emmy después de Atlanta, el verdadero alcance de los daños. Yo jamás podría olvidar la imagen de aquellas chicas medio desnudas encima de unos colchones cochambrosos, como si fueran barbies que alguien hubiese tirado. Ni siquiera parecían humanas. Lo que fuera que hubiera ocurrido allí había apagado la luz de Emmy, quizá para siempre. También la de June. Emmy no había sido mi novia, yo no era el vengador en aquella historia, pero comenzaba a sentir un cosquilleo en el puño que solo se calmaría si lo estampaba en cierta cara arrogante.

El cosquilleo aumentaba a cada milla. El bosque se iba espesando, y la carretera, estrechando, y yo reducía la marcha y aceleraba al mismo tiempo para superar la empinada serpiente de curvas que formaba aquella pista de grava llena de baches. Conducir por ahí me exigía más concentración de la que tenía, pues mi cerebro iba dando bandazos. Fast Forward en la granja de Creaky. Las inspecciones del escuadrón. Aquel abusón intimidando a Tommy e Intercambio hasta casi conseguir que se mearan encima. Y yo mirando hacia otro lado. No fue otra cosa que una completa pesadilla para los dos, y el pobre Tommy tenía un corazón tan puro que era quien se llevaba la peor parte, recibiendo una y otra vez las palizas que en verdad merecía nuestro presunto protector. Aquel capullo pagado de sí mismo. Que me tenía comiendo de su mano. Y pese a todo lo que había tenido que soportar, Tommy seguía siendo una persona bondadosa y lo tenía por un gran amigo mío. Con algo de suerte, no nos encontraríamos a Fast Forward, porque de hacerlo, correría la sangre.

Nuestro atuendo no era el más recomendable bajo aquel puto aguacero, y nos íbamos gritando los unos a los otros desde el momento en que bajamos del coche. Le pedí a Hammer que dejara

el rifle, aduciendo que se estropearía bajo la lluvia, si bien lo que me preocupaba era el lado homicida del asunto. Pero Hammer no tenía intención alguna de irse sin su adorado Marlin 336C. Cuando insistí me gritó que estaba recién encerado y engrasado, además, ¿qué cojones me había pensado que hacían los pioneros cada vez que les caía encima un puto chaparrón? Ver a nuestro perrito faldero ponerse así de furioso hizo que Maggot se alejara unos pasos. Mierda. Hammer puesto de metanfetaminas era como un tigre enjaulado.

Resultó que no habíamos aparcado en un buen sitio. Tuvimos que avanzar durante una milla por un camino de tierra hasta dar con el sendero que desembocaba en la Bañera del Diablo. Yo me debatía entre si aquello era un simple flirteo con el desastre o una persecución absurda que solo conduciría a que tres tipos colocados acabaran calados hasta los huesos. Entonces vimos la Lariat, aparcada en una ladera pronunciada de la orilla, un lugar inverosímil, más cerca imposible del inicio de un sendero. Ninguno de nosotros dijo nada.

Hammer abrió camino por el sendero y yo cerré la marcha, sin perder de vista los bamboleos del cañón sobre los hombros de Hammer y la coleta de Maggot serpenteando por su espalda. (Hacía mucho tiempo que Martha había dejado de ser su peluquera). De repente me golpeó la locura de estar en aquellos bosques, improvisando una caza del oso Fast Forward. Rebobiné dentro de mi cabeza al momento en que el día había comenzado a tomar esa deriva: Rose Dartell. ¿Pizza a domicilio en la puñetera Woodway, donde Jesús perdió la zapatilla? Debía de tratarse de una trampa. Ella siempre supo dónde estaba Fast Forward y a mí era fácil seguirme el rastro. Todo apuntaba a que Fast Forward había utilizado a su lacaya para arrastrarme a aquel lugar en el que nunca me habría metido. Con qué propósito, esa era la cuestión. Lo de Hammer y su Marlin 336C no lo había planeado nadie. Necesitaba convencerlos de dar media vuelta.

Sin embargo, Hammer andaba a toda prisa, menos borracho de lo que pensaba, o mucho más puesto de meta. La rodilla me dolía horrores. Los huesos machacados las pasan canutas con el mal tiempo y un terreno con mucho desnivel. Llegamos a un arroyo que el sendero cruzaba de punta a punta. Ni loco iba a atravesar semejante corriente y subirme a rocas resbaladizas con mis piernas inestables. Les grité que no podía hacerlo. Hammer se rio y se metió a las bravas, diciéndome a gritos que aquel solo era el primer cruce y que nos esperaban diez más. Quizá trece. «Imagínate que llevas la pelota y corre hasta la zona de anotación, fenómeno», vociferó, y yo pensé, «Lleva años cabreado conmigo y guardándoselo. Cabreado con todos los malotes y niñatos que le han cargado a él con las responsabilidades».

Me forcé a entrar en el agua.

El segundo cruce fue más rápido y profundo que el primero, y a partir de ahí fue un no parar. Maggot aseguró no haber visto jamás llover tanto. Normalmente caían cuatro gotas, y aquello era un diluvio con todas las letras. A veces debía ponerme a cuatro patas, buscando asideros entre la corriente, ahí abajo todo era escurridizo y tambaleante. Mis vaqueros estaban empapados y pesaban una tonelada. Los huesos de la rodilla me crujían como una caja de cambios escacharrada. Hammer y Maggot avanzaban a base de zancadas firmes, o saltaban de una roca a otra sin perder el equilibrio, y me impresionó verlos utilizar sus cuerpos así, sin vacilación alguna. Una facultad que yo probablemente había perdido para siempre.

Yo no paraba de gritarle a Maggot que me esperara, pero se había quitado la camiseta y se la había enrollado en la cabeza junto a la coleta, a modo de turbante, por motivos que solo entendía él, y no podía oírme. Hammer había desaparecido de mi vista.

Empecé a buscar una escotilla por la que escapar, pero las opciones eran nulas. Ahogarse o volar. A ambos lados del sendero se levantaban riscos, muros de granito veteados, como sándwiches gigantes de jamón y queso, negros y duros. Allí todo era bosque y arroyo, y por encima de los riscos, más bosque, denso y oscuro. Pinos y matas de laurel, setas venenosas, almohadas de musgo.

En aquel momento habría dado marcha atrás de no ser por dos tipos que corrían hacia mí. No eran Hammer ni Maggot. Iban descalzos y sin camiseta, llevaban su ropa mojada hecha un guiñapo y corrían trazando ese tipo de zigzag temerario que algunos practican sobre suelo rocoso, e iban soltando alaridos eufóricos. El uno al otro, a la lluvia o a los molinos que solo estaban en sus cabezas, hurra, hurra. Los reconocí de la época en la que conducíamos por la calle principal y Fast Forward quiso presentarme a sus antiguos hermanos de los Generals. Uno llevaba un tatuaje en el hombro de unas manos rezando. Dejaron de lanzar hurras y me gritaron que mis amigos estaban más adelante. Gracias, tíos. Pensé que quizá los hubieran abducido.

—Sí, bien —les dije—. ¿Está Fast Forward con vosotros?

—Sigue en la cascada —dijo uno de ellos, y Manos Rezadoras añadió que eran dos los que se habían quedado rezagados, Fast Forward y Big Bear. Y yo les dije: «Allá donde va el *quarterback*, va su *left tackle*», lo que los hizo reír y me dijeron: «Sí, esos dos siguen casados». Manos Rezadoras entornaba los ojos, mirándome a través de sus pestañas mojadas.

—Yo te he visto jugar, ¿verdad? ¿En la posición de *backup receiver* o algo? ¿Hace unos años? ¿De *cornerback* quizá?

No me vi con fuerzas de hablar del tema. Además, no me sacaba de encima ese zumbido en el cerebro que me alertaba de que se trataba de una trampa tendida por Fast Forward y no el resultado de un encadenamiento accidental de malas decisiones. Les pregunté qué los había empujado a ir a nadar en un día como aquel. Me dijeron que cuatro tipos con cerebros de serrín eran más estúpidos que uno solo, y se echaron a reír como si se tratara del mejor chiste de todos los tiempos, lo que no era el caso. Es una cosa bien sabida. Todo indicaba que estábamos frente a una pila de pesadillas accidentales.

No conseguí sacarles mucho más. Únicamente que Fast Forward continuaba haciendo el tonto en la cascada, empeñado en trepar por la cara de una roca absurda. Primero se había desnudado y anunciado que iba a tirarse de cabeza, que era demencial, la riada era demasiado fuerte para poder nadar. Luego se puso a escalar el risco. Al final se habían cansado de su numerito chulesco y habían decidido volver a la furgoneta, donde tenían un alijo de droga seca. Fast Forward se había quedado y Big Bear no iba a dejarlo solo. El siempre fiel Big Bear. Me invitaron a acompañarlos a la tierra de la droga seca, y creedme que la tentación fue muy fuerte. Pero Maggot y Hammer estaban metidos en aquel lío. Yo llevaba media vida intentando salvar a Maggot de sus estupideces y ahora habíamos involucrado a Hammer. El único responsable ahí era yo.

Al final conseguí alcanzarlos, aunque para ello debí acabar arrastrándome con el culo. El último tramo del sendero no era más que una franja resbaladiza y con el ancho de un trasero, ubicada en la maldita cara del risco que quedaba por encima del arroyo rugiente. Al llegar necesité un momento para entender que ya estaba. Había llegado. Maggot estaba sentado en la orilla opuesta, balanceándose y sosteniéndose la cabeza —grande, mojada y envuelta en la camiseta— entre las manos. Hammer gritaba. Se alzaba sobre una roca, rodeado de la furiosa

corriente del río, una especie de Moisés, y aún llevaba el rifle colgado del hombro, apuntando al cielo y no a una persona, gracias a Dios. Pero era el propio Hammer el que parecía amartillado y listo para dispararse. No vi a nadie más, ni a Fast Forward ni a Big Bear, y no entendí por qué gritaba con todas sus fuerzas en esa bañera infernal y ensordecedora. De todas las bañeras a las que había temido a lo largo de mi vida, aquella se llevaba la palma. Era un gigantesco agujero cavado en roca lisa, de unos doce metros de ancho, en el que no paraba de entrar el agua. Una cascada larga y alta, ubicada en un extremo, nos rociaba con fuerza al descender por un largo canalón de piedra, que recordaba a un maldito tobogán. Pero el agua también fluía desde los laterales y se arremolinaba al llegar al agujero, como si fuera una enorme lavadora. Un columpio fabricado con cuerdas se balanceaba sobre el estruendo, sugiriendo tiempos más felices, en los que aquel era un lugar en el que bañarse. Ahora no querrías meter en él ni la ropa sucia. Y en medio de toda esa locura, Hammer expulsaba hasta el último gramo de odio que acumulaban sus pulmones: «Puto gilipollas no eres digno de ni tocarle un pelo de la cabeza no te mereces respirar el mismo aire que ella maldito animal».

El animal era Fast Forward. Me llevó un rato descubrir que había una cascada por encima de la cascada. Y muy por encima de esta, sobre el risco, se hallaba él, desplegando su espectáculo, desnudo, no cabía duda. La melena oscura y húmeda, la tableta, el vello púbico y la polla, esa actitud despreocupada y fanfarrona que te lleva a alardear de cuerpo, granjeada tras pasar muchos años en los vestuarios. Parecía una línea delgada y pálida haciendo equilibrios muy por encima de nosotros, en el bosque tenebroso. Detrás de él, árboles negros, el cielo y los truenos desplegaban su guerra, circundándonos. Me pregunté si sus amigos se habrían llevado su ropa, pero enseguida vi sus vaqueros y su camiseta, formando un montoncito empapado algo más abajo. Como habían dicho, probablemente se habría desnudado sin más intención que chulearse, pero luego lo habría excitado la idea de subirse a algún sitio.

Hammer no aflojaba. Me acerqué a Maggot muerto de miedo. Si perdía pie podía acabar en el agua. Me senté a su lado en cuclillas y me incliné hacia él.

—¿Qué está pasando?

—Hammer le ha dicho que baje su culo pelado hasta aquí porque tienen un asunto pendiente. Y él le ha contestado que la chica no merecía que ninguno de los dos se tomara la molestia. La ha estado poniendo a parir desde ahí arriba.

Mierda.

Hammer continuó gritando mientras Fast Forward controlaba la situación en silencio, allí arriba, con la cabeza hacia atrás, haciendo la eterna pregunta: «¿Eso es todo lo que tienes que ofrecer?». No podía verle la cara a Hammer, pero el cuerpo le temblaba, manos y brazos. Por el frío, porque el efecto de las anfetaminas se diluía, por la anilla que había extraído de la granada en la que se había transformado. Maggot se me acercó hasta que nuestros hombros se tocaron.

—¿Te acuerdas de aquel perro que tenía Stoner? ¿El modo en que agitaba trozos de carne en su cara para enfurecerlo?

—Hammer no es Satán —le dije. Debía creérmelo. Ahora echaba espuma por la boca, pero no era un asesino. Me dirigí a él como lo habría hecho a un perro, repitiendo su nombre con la mayor calma posible. «Hammer. Tranquilo, colega. Hammer. No es nadie. Todo va a ir bien. Hammer. Nos largamos de aquí. Hammer». Pero el ruido era estremecedor, las cascadas, los truenos, mi propia sangre resonando en mis oídos. No tenía ni idea de lo que oía Hammer, si es que llegaba a oír algo.

Lo que ocurrió durante los siguientes diez segundos lo tengo muy claro. Hammer se dio la vuelta para mirarnos, cambiando el peso de pie. Pensé que perdía el equilibrio, pero no, solo se estaba quitando aquel rifle tan pesado del hombro y lo levantaba con las dos manos. Acto seguido, una camiseta al modo de señal de alarma surgió del bosque, por el flanco derecho de Fast Forward. Una persona, grande, asustada, caída del cielo, justo a tiempo de ver al hombre y al rifle y gritar: «¡Al suelo! ¡Este cabrón quiere matarte!».

El pánico de aquella voz fue decisivo. Viniendo de Big Bear, el decidido guardián de su ángulo ciego. Nada de lo que hubiésemos hecho nosotros habría conseguido alterar a Fast Forward, ni palabras, ni siquiera disparos, pero aquella voz alertándolo desde un lateral sobresaltó al *quarterback* desnudo, que giró lo suficiente el cuerpo para perder pie y empezar a deslizarse. Aquel cuerpo coordinado buscó su única opción, hizo descender el centro de gravedad de inmediato, con los brazos apretados, las rodillas medio encogidas, Dios mío, qué belleza tan terrible la de aquella visión, y entonces perdió el control. Con el cuerpo hecho bola podría haberse salvado, los huesos y la carne habrían rodado por aquel tobogán de roca que desembocaba en más roca, quizás una rama habría detenido su caída, habría sido doloroso pero quizás se hubiese salvado. Sin embargo, el orgullo acabó por tomar las riendas. Se abrió y se tiró de cabeza, pretendiendo zambullirse, en forma de pico, la cabeza gacha, los brazos abiertos, buscando el agua, y la cagó. El sonido no fue muy diferente del de hace un melón chocando contra el asfalto.

Después de eso, no lo sé. Yo debí de intentar llegar hasta Hammer e inmovilizarlo. Big Bear seguía en lo alto del risco. Y Fast Forward, en la orilla opuesta, era una nada desnuda, boca abajo sobre la roca. Las piernas en el agua, un muslo hundido en ella y el otro colgando fuera, sumergido hasta la rodilla. Una disposición bien fea de brazos y piernas que él jamás habría tolerado en vida. Así fue como lo supe. Toda la magia que lo había caracterizado se había evaporado. Y ahora era Hammer quien me gritaba ¡a mí! Su rostro era pura conmoción y hablaba del rifle, de cómo iba a bajarlo. «Dios mío, ¿había pensado en dispararle? No iba a disparar, solo lo dejaba en el suelo, iba a escalar hasta ahí. Dios mío, Demon». Dijo que había sido culpa suya, dijo que estaba herido, que se había resbalado y que estaba inconsciente, que debíamos sacarlo del agua. Le dije a Hammer que se quedara donde estaba. Sospecho que yo podía ver mejor su cabeza abierta que el resto.

Pero Hammer no iba a dejar que nadie muriera en aquel lugar. No podía permitirlo. Lo repitió tres veces, quizá cuatro, no voy a permitir que nadie muera aquí, y acto seguido se metió en el agua mientras Maggot y yo le repetíamos que no, que no, que no. No a todo. El rugido de Hammer sonó como una explosión y el resto de nosotros lo perdimos todo, el tiempo, la esperanza, nuestras mentes destrozadas y rabiosas. Hammer asomó cerca de las rocas sobre las que había caído Fast Forward, y al momento siguiente ya no estaba. Su cabeza y sus hombros emergían del agua, volvían a hundirse, aparecían de nuevo. En un momento dado vi a Hammer abrir mucho los ojos y clavarlos en mí, salió del agua y no volvió a aflorar. Oímos truenos en la distancia. Y de golpe Big Bear apareció a nuestro lado, había encontrado la manera de bajar por la pendiente y cruzar el río, debía de haber desandando parte del camino hasta encontrar un punto desde el que cruzar, porque ahí estaba, resollando como un animal salvaje. Los tres estábamos haciendo esos ruidos, aullándole al agua y a la muerte y a Hammer, rogándole que saliera del agua.

Y lo hizo, apareció en unas rocas río abajo. Vi su camiseta blanca, la espalda ancha, las

piernas golpeadas por la corriente. Las embestidas del agua hacían que su cuerpo rotara lentamente, al modo de la aguja de un compás, pasando de estar de costado a la corriente a situarse en su misma dirección, alineado con su terrible fuerza.

El otro cuerpo permanecía inmóvil. El que estaba desnudo. Me obligué a mirarlo y la imagen debió de desgarrarme, ya que a día de hoy sigo siendo capaz de visualizar cada puto detalle, el ángulo imposible del brazo, los cuádriceps lisos y duros, los glúteos como un par de cebollas. La máquina bien engrasada a la que había dedicado tantas horas de mantenimiento, mucho después de que importara en realidad. Menudo desperdicio es un cuerpo muerto, con la mayoría de sus partes aún operativas y deseosas de estarlo. La humillación final de un hombre, el cese definitivo.

No hubo discusión acerca de quién iría en busca de ayuda. Maggot y Big Bear podían desandar el sendero y cruzar los pasos de agua en la mitad de tiempo. En la Lariat había un teléfono. Podían ir en busca de cobertura. El equipo de rescate que finalmente acudió, ya a punto de anochecer y en el que sería el día más largo de mi vida, trajo tres camillas. Una para cada uno de los cuerpos, el mío incluido. Se me había sumado a las bajas. Quedarme a la espera fue lo más duro.

En cuanto se marcharon, me acerqué al Marlin y lo envié de una patada a la puta garganta del diablo. Se hundió como el tubo de acero al carbono que era. Todas las horas de Hammer engrasándolo y encerándolo, perdidas. Lo pensé de verdad. Un cerebro hecho trizas se aferrará a cualquier nimiedad que lo distraiga del acontecimiento principal. En realidad, el rifle no había cumplido papel alguno, pero la presencia de un arma en situaciones así nunca ayuda. De modo que lo borré del mapa.

Con el Marlin hundido, bajé de nuevo por el sendero del risco, hasta un punto en el que pude arrastrarme como un cangrejo por unos pedruscos y alcanzar el otro lado. Luego me encaminé hacia el banco de grava, desde el que pude tirar del cuerpo de Hammer hasta depositarlo en tierra firme. Todo cuanto podía ver eran los años que todavía le quedaban a ese cuerpo, los que debería haber tenido. Para toda aquella gente que contaba con su ayuda. Para encontrar a una buena chica con la que tener hijos. Habría sido el mejor padre que uno pueda imaginar. Cuanto podía ver de Hammer, la parte de atrás de los brazos, las manos, el cogote, eran del color del acero al carbono. Me obligué a tomarle el pulso. La piel estaba endurecida, ya no era propiamente humana. Como si, de haber tenido aún pulso, este no hubiera podido abrirse paso. Los cadáveres no me eran ninguna novedad. No dejaba de repetírmelo. No hay acantilado peligroso para el caminante experto. Mi madre dentro de su ataúd blanco. Dori tendida en la cama. Había permanecido una hora a solas junto a Dori antes de reconectar con el mundo. Pero, por roto que hubiese tenido el corazón aquel día, supe que ella se encontraba donde necesitaba estar. Hammer no. Aquel era un cuerpo al que habían desposeído de todos sus legítimos derechos.

Saqué el bulto mojado del agua y me detuve un momento a quitarme la camiseta para colocársela bajo la cabeza. No quería que su rostro acabara magullado por arrastrarlo. La señora Peggot iba a tener que verlo. June, Ruby, todos. Le tenía que conservar la cara. Al final conseguí llevarlo hasta el mismo saliente de piedra donde reposaba el otro cadáver. El enemigo de Hammer. Una vez lo tuve allí, odié la idea de que compartieran roca. No estaban el uno al lado del otro ni mucho menos, los separaban unos diez metros, pero incluso eso me pareció

demasiado poco. Sentí que uno podría contaminar al otro. Materiales diferentes.

No tuve agallas para colocarlos boca arriba. Supe que tendrían los ojos abiertos y se me antojó posible que pudieran observarme acurrucado sobre aquel saliente, y era tal la rabia, el dolor y el arrepentimiento estúpido que sentí que con mis gritos llegaba a expulsar trozos de pulmón. Creo que en ese momento ya era consciente de que no habría forma de sobrevivir a aquello. Ninguno de nosotros podría. Nadie podría haber previsto lo que le esperaba a Maggot. Pero yo llevaba temporadas suficientes sobre el terreno de juego para imaginarme lo que se le aguardaba a Big Bear. Quizá nunca llegara a hacer las paces consigo mismo. Todo porque había tenido que ir a mear. Se había metido en el bosque y se había perdido. Pululó entre los infiernos de laurel y emergió en el momento más equivocado y demencial. Hizo caso a su instinto bienintencionado y obtuvo el peor de los resultados posibles.

Yo debería haber sido el que se zambullera en el agua. Si debía hacerse, me correspondía a mí, no a Hammer. Nadie me convencerá de lo contrario. Esa había sido la única promesa buena que me habían hecho en la vida. Que no me ahogaría.

59

Mientras nos sacaban a todos de allí, el mundo había girado un poco. El *sheriff* fue a casa de Ruby para comunicarle la noticia. También debieron de contactar con el padre de Hammer, allá donde viviese. Texas. Fast Forward no tenía parientes, por lo que desconozco a quién llamaron, pero Rose Dartell esperaba junto a la Lariat para verlo llegar por el sendero. Perdió la cabeza y se lanzó sobre los hombres que pensaba que lo llevaban, pero en realidad se trataba de Hammer. Los cuerpos iban bien envueltos.

Rose no pareció percatarse de que yo iba en una de las camillas. No me habían cubierto la cara, pero sí que me habían tapado con una manta térmica, o sea, que parecía un cadáver. El primero en responder a la llamada de socorro y que sostenía el extremo de la camilla en el que reposaba mi cabeza se llamaba Nathan. Me iba hablando para que me tranquilizara de estar en la situación escalofriante de estar atado y levitando por encima del terreno rocoso y la corriente de agua. Qué vergüenza. Técnicamente no estaba herido, solo exhausto. Nathan dijo que era innegociable que me llevaran al hospital en una de las dos ambulancias. El protocolo médico establecía que, una vez allí, debían examinarme por «exposición». No entendí qué significaba aquello. Con todo, no cabía duda de que había estado expuesto a una situación bien jodida.

Metieron los dos cadáveres en la otra ambulancia. Podían ir a otro ritmo, no tenían ninguna prisa. De modo que Hammer tuvo que emprender su último viaje con el cabrón que le había robado la mujer y arruinado la vida. Aquello me puso enfermo, me sentía conmocionado, y al mismo tiempo intentaba encontrar a alguien a quien darle las llaves del Impala para que se lo llevara de allí. En ese momento, Rose descubrió que yo era el cadáver número tres y se acercó a gritos mientras me metían en la ambulancia. Una vez estuve dentro, comenzó a golpear las ventanillas con las manos abiertas. Tuvieron que apartarla a la fuerza.

Compartí ambulancia con Maggot, ambos temblábamos al diluirse los efectos de lo que habíamos tomado. Me pasó un Xanax para sacarme del apuro. Al llegar al hospital, quién iba a decirlo, la enfermera me preguntó en qué punto de la escala del dolor me encontraba y luego me trajo una oxicodona en un vasito de papel blanco lleno de adornos. Tratamiento VIP. Dios la bendiga. Me dijo que iba a pasar la noche en observación, pero hice bien poca cosa que mereciera mirarse. Bebí litros de Gatorade y vertí una cantidad similar en un vaso medidor de plástico. Hice tan buen trabajo con la escala del dolor que me drogaron hasta conseguir una noche entera de sueño reparador. El examen más fácil que he superado con nota.

Por la mañana vino a verme otra enfermera y me dijo que tenía una visita. Me preguntó si me veía con fuerzas de recibir a mi hermana, pensé que se trataría de Angus y me dio un vuelco el corazón. Mierda. Era Rose. Por la pinta que tenía, uno habría dicho que se iba de caza. Pantalones de camuflaje, cortavientos negro. Se retiró la capucha y me susurró: «Puto asesino».

Apreté el botón de la enfermera para denunciar que se había colado una intrusa, pero debían de estar ocupados salvando a alguien. Rose caminaba arriba y abajo, necesitaba un cigarrillo. Saltaba a la vista. Después de recorrer la habitación unas diez veces, se quitó bruscamente el cortavientos y se tiró en la silla La-Z-Boy de las visitas.

—Cuéntame exactamente lo que pasó —me dijo.

—Me da la impresión de que ya tienes una versión muy clara de los hechos.

—¿Dónde está el rifle?

Le pregunté a qué rifle se refería, recordándole que no había habido ningún disparo. Un terrible accidente, nada más.

Se incorporó de un salto y volvió a dar vueltas por la habitación. Yo tenía mis propias ansias, como la de ir a cualquier rincón del mundo menos a dentro de mi cabeza. Allí en el hospital era bastante fácil, es otro mundo. Limpio como una patena, las drogas a tu alcance, sin el lado oscuro. Antes solo había estado en la sala de espera, esperando a que le lavaran el estómago a alguien. Aquello estaba abarrotado y vacío, limpio y pestilente, todo al mismo tiempo. Olor a productos de limpieza, a vestuario de chicos, trazas de orina. Rose desprendía su propio olor, penetrante y amargo, a humo de cigarrillo, como si se hubiera pasado la noche yendo de arriba abajo.

—Necesito saber qué pasó exactamente. Qué tipo de final tuvo —me dijo.

Yo estaba demasiado grogui como para presentar batalla. Le conté la verdad, pero solo las jugadas clave, como en las repeticiones de un partido de fútbol. Trepó a un risco muy alto. Big Bear gritó y lo asustó. Se resbaló y cayó.

—¿Por qué iba Big Bear a hacer algo así?

—Pregúntaselo a él.

—Lo haría, pero fue a beber a casa de Turp Trussell hasta entrar en coma.

Le sugerí que hiciera lo mismo. Me miró fijamente. Luego sacudió la cabeza y miró por la ventana. No había vistas, solo un cielo gris y nubes. Desde el exterior me llegaban los cotilleos de unos cuervos, gorjeando sus asuntos en algún tejado cercano.

—Las cosas no deberían haber acabado así —dijo finalmente.

—¿Qué coño significa eso? ¿Tienes un guion escrito sobre cómo debe morir cada uno de nosotros?

Continuó mirándome fijamente hasta que sentí que se me enfriaban los pies y las manos.

—Hija de puta. Me estás diciendo que estaba planeado. Sabías que no estaba en su casa. ¿Qué cojones te pasa, Rose? Jamás tuve intención de poner un pie en la Bañera del Diablo. Y por jamás quiero decir en toda mi vida.

—Se suponía que no debía convertirse en la maldita Arca de Noé.

—¿Por qué? Él sabía que yo odiaba ese sitio.

Rose encogió aquellos hombros tan delgados. Pero claro que lo sabía. Los chavales drogados se explican todos sus secretos, y hacía mucho que Fast Forward conocía el mío. Intenté sonsacarle más información, qué coño había querido de mí: alguna prueba de masculinidad, enfrentarme a la muerte de mi padre, nada de aquello tenía sentido, y Rose no soltaba prenda. Quizá no lo supiera. Ninguno de nosotros lo sabría jamás.

—La jodisteis al llevaros a Hammer —es todo cuanto dijo.

Luego pegó otro bote y fue yendo de un lado a otro un rato más. El interrogatorio había concluido. Fue hasta el otro extremo de la habitación y se puso a husmear un poco, aunque sin tocar nada. En aquella habitación había alguien más, oculto tras una cortina marrón, pero yo no había oído ningún ruido en toda la noche. Otro cadáver, hasta donde yo sabía. Rose volvió y se dejó caer en la silla.

—Sois cómplices de una muerte.

—Se cayó, Rose. Trepó demasiado alto para su propio bien, fin de la historia.

—No me refiero a él, sino a Hammer.

—¿De qué estás hablando?

—El difunto había consumido drogas ilegales. Que vosotros le habíais proporcionado.

—Ni siquiera estabas allí. No te des tanta importancia.

—Ah, pero lo vi. Aquella misma mañana.

Tuve que rebobinar un poco. De acuerdo, sí.

—Me viste ayudar a un conductor en apuros.

—Lo vi esnifar metanfetaminas en tu Camaro.

Me eché a reír bien alto.

—El testigo clave de la acusación, incapaz de distinguir un Camaro de un Impala.

—Lo que tú digas —soltó, mordiéndose una uña y mirando hacia la puerta—. Sé lo que vi. Si le suministras drogas a alguien y muere, hablamos de un delito. No hay duda.

—Lo que viste fue que estaba cambiándole la rueda a un amigo bajo la lluvia. Si alguien se pone a investigar, descubrirá una droga en el organismo Hammer a la que solo me he acercado una vez, cuando hacía octavo. Cualquiera puede confirmarlo, de modo que no intentes mentir. No me metas en esta movida.

Me di la vuelta y le di la espalda. Ya había oído historias sobre eso, lo de suministrar drogas a alguien que se mete en problemas. En esta ocasión, el problema era una muerte. Rose no tenía nada con lo que incriminarme, pero a Maggot sí. Sentí una gran furia crecer en mi interior. No se marchó. Nadie vino a tomarme la temperatura. Al final, todo se reducía a ver si era capaz de aguantar más tiempo sin gritarle que ella sin nicotina. Perdí. Me levanté y le solté un chaparrón.

—¿Por qué cojones tienes que remover más la mierda? ¿No crees que los Peggot ya han sufrido bastante? Hammer murió al intentar salvar a ese pedazo de capullo. Si quieres llorar por él, adelante. Pero no eres digna ni de limpiarle los zapatos a Hammer.

Aguantó mis ataques sin inmutarse. Me preguntó si había terminado. Me dijo que todo eso no tenía nada que ver con Hammer, sino con el resto de nosotros. Ella lo había perdido todo y debía asegurarse de que sabíamos cómo se sentía. Y entonces se emocionó y empezó a sacar pañuelos de papel y a sonarse la nariz. Me aseguró que perder a Fast Forward era como morir ella misma.

Intenté taparme con la sábana. Me habían puesto un camisón ridículo con cierres.

—Por el amor de Dios, Rose. Piensa en cómo te trataba. Fue cruel con todo el mundo que conoció.

Me dijo que yo no lo entendía. Pero sí que lo entendía. Por el interior de Fast Forward fluía un bonito veneno que conseguía infectar a todos y los convertía en adictos. Le dije que se veía que acabaría así porque era un animal peligroso y ya se sabe que la esperanza de vida de los animales peligrosos es corta.

Rose no me lo negó. Sin embargo, ella podría haberlo salvado. Me miró fijamente con aquel rostro desencajado, lloroso y desquiciado, y me juró que era eso lo que creía. Que la cicatriz que él le había hecho era su manera de asegurarse de que Rose sería suya para siempre.

Había visto morir a Hammer y ahora lo tenía que volver con cada Peggot que entraba por la puerta diciendo: «Señor, no puede ser verdad» y debía escuchar que sí lo era. Me aterraba la

idea de salir del hospital para lidiar con su familia. Pero lo entendía. Necesitaban a un superviviente que les contara la historia. Me lo agradecieron, no me echaron la culpa y todos estuvimos de acuerdo en que no podríamos superar aquello. Hammer era el MVP de los Peggot.

June se trasladó con nosotros a casa de la señora Peggot, revoloteando de aquí para allá durante toda la semana, preparando café y sopa de alubias, pasando una mano por el alborotado cabello de su madre. La aturdida señora Peggot se quedó sentada en la mesa de la cocina. El resto de la familia se movía a oleadas entre la casa de los Peggot, que era el campamento base, y la de Ruby, donde había vivido Hammer. No podían organizar un funeral, pues estaban a la espera de que los parientes de Texas se manifestaran acerca de dónde iba a reposar el cuerpo. El padre de Hammer llevaba una eternidad sin visitarlo y casi nos habíamos olvidado de que tenía familia biológica. Pero esta es la que al final tiene la sartén por el mango. Los Peggot estaban metidos en un bucle, incapaces de cumplir con el ritual de la comida y la bebida de los velatorios. Para ellos todo eran cabos sueltos y conversaciones. Como si el hecho de volver una y otra vez sobre lo mismo pudiera traer un desenlace distinto.

Maggot se fue arriba a fumar marihuana y ya no bajó, así que me tocó a mí registrar aquella historia en los libros de la familia. Una responsabilidad enorme. Lo hice lo mejor que pude, ahorrándoles algunos detalles. No éramos unos vengadores siguiendo el rastro de Fast Forward. No hubo ginebra ni metanfetaminas. El rifle debió de quedarse en la furgoneta y quizás alguien lo robó. Fue el azar lo que nos condujo a Hammer y su rueda pinchada. Las tuercas de las llantas que se perdieron sí formaron parte del relato. Hubo mucho de verdad. Hicimos una parada en casa de un conocido para secarnos y nos enteramos de que unos amigos habían ido a la Bañera del Diablo. Por qué no ir con ellos pese al tormentón, la inconsciencia de la juventud, etcétera.

Lo más importante de un relato es el corazón del héroe. Sin pensar un segundo en su propia seguridad, Hammer se zambulló en el agua para rescatar al joven que había caído desde el risco. Cierto. Cierto por siempre jamás. No podría cambiarlo ni aunque quisiera. Y lo hice. Todos lo hicimos. Mi relato provocó el anhelo de que Hammer hubiera nacido con un corazón más egoísta, uno que lo hubiera mantenido con vida. Su bondad nos dejó compungidos y asombrados. Ese era el consuelo que podía ofrecerles a los Peggot.

No había sitio para Rose en aquella historia. La dejé al margen. En lo relativo a su plan de delatar a Maggot por haberle suministrado drogas a Hammer antes de su muerte, me mantuve alerta, pero no me llegó nada sobre posibles investigaciones de la policía o sobre pruebas médicas para detectar la presencia de sustancias en los cadáveres. De modo que ni siquiera se lo llegué a contar a Maggot. Quizá las amenazas de Rose fueran papel mojado.

A esas alturas, llevaba más de un mes durmiendo en la litera de arriba de Maggot y la experiencia no había sido muy diferente de nuestras alocadas noches adolescentes, solo que con mejores drogas. La señora Peggot tenía la costumbre de dejar la tele encendida a todas horas, decía que le hacía compañía, y acabé acostumbrándome. Pero después de lo de la Bañera del Diablo todo cambió. La casa estaba llena de gente y el sonsonete de la tele me ponía de los nervios, porque era extraño y desconcertante oír una voz animada desde el comedor anunciando la revista *Tokyopop* o espuma de afeitar con aroma a pepinillo. El funeral de Ronald Reagan, hostia. Pusieron imágenes áreas de las riadas de gente en las calles, un millón de personas lloriqueando por esa pasa vieja y famosa, que había vivido un montón de años

después de que el motor le dejase de funcionar. Como sal en nuestras heridas. Una combinación extraña, la televisión y la vida real. Dos o más mujeres llorando a moco tendido a la mesa de la cocina mientras Everett seguía el US Open espatarrado en el sofá. Como si el golf fuera un deporte que mereciera la pena ver por la tele o al que alguno de nosotros hubiera jugado en su vida.

Emmy era uno de los temas favoritos de las mujeres. La mitad opinaba que alguien debería decírselo. Traducción: esa chica merecía sentirse fatal por haber dejado a Hammer hecho una mierda. Las líderes de este círculo pertenecían a la misma rama de Jay Ann y June, que se habían pasado años animando a Hammer a renunciar a su objetivo inaccesible. Y luego, una vez concluido el romance más corto de la historia, no pensaban perdonarla nunca por haberse marchado y haber destrozado el corazón del chaval. Ansiaban venganza. Recordé las palabras de Rose, su deseo de vernos sufrir por lo mucho que sufría ella. Uno se acaba por preguntar qué porcentaje del mundo se alimenta de ese mismo combustible.

El reverso de aquel argumento: no había prisa para informar a Emmy de que Hammer estaba muerto, porque el año que viene todavía estará muerto. Emmy estaba encerrada y no iban a dejarle ir a ningún funeral, si es que llegaba a celebrarse uno auténtico, es decir, uno que no fuese en Texas. El asunto podía esperar a que Emmy hubiera avanzado con la rehabilitación. Eso opinaba June. Y puesto que June era la única persona autorizada para visitar a Emmy, no había nada que discutir.

Me resultaba difícil creer que lo de Emmy tuviera cura. Nunca había visto a nadie caer tan bajo. El lugar donde la habían mandado se parecía mucho a una prisión, y de todos es sabido que una prisión no cura nada. Excepto a aquellos que sufren y quieren ver sufrir a los demás, como ya he dicho. ¿Prohibido salir ni para ir a un funeral? ¿Llamadas única y exclusivamente a tu madre? Hasta Mariah había disfrutado de mejores condiciones en Goochland. Pero June se mostraba de lo más contenta con el acuerdo. Me enseñó fotos y el lugar parecía alucinante, montañas y árboles, edificios que recordaban a castillos, un lago. Caballos. Grandes campos de césped con chicas sentadas por ahí, sin duda todas muy amables las unas con las otras. Las fotos no me convencieron. No hay caminos que te lleven de un extremo al otro.

Una serpiente venenosa acabará picándote. Esta es una más de las reglas que Dios dejó escritas. Rose no desapareció del mapa. La señora Peggot recibió una citación judicial. Fui testigo. Vi que June la leía, la dejaba sobre la mesa y se iba de casa. Se estaban investigando las muertes. La policía disponía de información que apuntaba a que Maggot había suministrado sustancias ilegales a uno de los fallecidos aproximadamente tres horas antes del fatídico accidente. Nadie mencionaba la palabra «asesinato», era un accidente. Pero era probable que Maggot se enfrentara a cargos penales, cómplice en una muerte.

—¿Dos chicos muertos —dijo June, antes de salir por la puerta— y piensan que enviar a otro a la cárcel va a ayudar en algo, joder? Dios mío, cuánto odio este mundo.

Lo odiara o no, June siempre volvía. Lo hizo aquel día, después de conducir durante tres horas Dios sabe por dónde. En todo este tiempo no había dejado de ir a la clínica, porque la enfermedad no descansa y se necesitaba toda la ayuda posible. Pronto regresaría a casa. Pero ahora era la cabeza de familia. Esta vez tenía la misión de conseguirle un abogado a Maggot.

Yo le veía un halo legendario a la historia de Romeo y Mariah: los abusos terribles de él, la venganza de ella con un cuchillo X-Acto, el abogado con las botas de piel de serpiente que

había engatusado al jurado y conseguido enviar a la cárcel a la madre de Maggot. Ahora se repetía la misma película, los Peggot de nuevo hasta el cuello en aquel pantano, June decidida a sacarlos de él con vida. Yo sabía que la cruz de la señora Peggot era Mariah, pero no había pensado en cómo debía de haberle afectado a June a lo largo de todos esos años. Después de haber decepcionado a su hermana. Al principio Ruby pareció disgustada al saber que Maggot le había dado drogas a Hammer, pero June estaba decidida a que aquello no rompiera la familia en dos. Cuanto podía ofrecer Maggot era ser demasiado joven, o estar demasiado traumatizado, o todo lo anterior, para ser juzgado como un adulto. Ningún hogar ha agradecido con tanto entusiasmo a su dios contar con un menor en su seno. La audiencia estaba fijada para el mismo mes de la liberación de Mariah.

Yo no iba a estar presente. El día antes de que June regresara a casa, me llamó desde el piso de arriba y me dejó las cosas claras. Podía conseguirme plaza en una clínica donde me tratarían con Suboxone. No me preguntó qué era lo que me metía, fue directa al grano. No era su clínica, eso no se podía hacer aquí, en Asheville, el dinero no llegaba. Pero podía volver a apuntarme en el programa de salud pública Medicaid, algo muy sencillo que no se le había ocurrido a ninguno de mis tutores desde que la señorita Barks me diera la patada. Me cubriría la asistencia en una clínica de desintoxicación durante varias semanas. Nada sofisticado, solo para ayudarme con la peor parte, y, a partir de ahí, era cuestión de buscarme un centro de rehabilitación. Todo cuanto podía visualizar era la mitad de una casa a la que le habían arrancado la fachada, dejando al descubierto las sillas y los sanitarios.[36]

June y yo estábamos en la pequeña buhardilla que tenía una cama doble y un techo bajo a dos aguas por encima de la ventana. Había un papel pintado como de cuarto de niña de hace mil años, y un banco junto a la ventana que llamaban «el asiento del pergolero». La señora Peggot le había puesto allí un cojín que había decorado con todo tipo de aves. Uno de mis primeros recuerdos era el de sentarme allí a observar a mi madre fumar en el porche. Aquella semana volvía a ser el dormitorio de June. Sus cosas estaban esparcidas por todas partes: los zapatos, el cepillo de pelo, el olor a frutas del champú que me encantaba desde que me había colgado de Emmy en cuarto. Yo me había sentado en el asiento del pergolero y ella me explicaba mi vida desde la cama. Mencionó el dinero de la Seguridad Social del que podría hacer uso al cumplir los dieciocho. Hasta entonces, ella me ayudaría si lo necesitaba, y el centro de rehabilitación implicaría un trabajo. Nada interesante, probablemente cargar cajas en un almacén, con la única intención de mantenerme ocupado.

—Durante un tiempo va a ser todo esfuerzo y nada de diversión —me dijo, y subió un pie a la cama para sentarse encima. Llevaba el uniforme de enfermera, lista para acudir al trabajo, pero seguía descalza—. El trato es que uno acude al trabajo y vuelve directamente al centro. Nada de salir por ahí. Tus amigos son los demás internos. Es la mejor manera de que funcione.

Me quedé sentado, dejando que sus palabras fluyeran, oliendo su aroma afrutado, y de pronto se hizo la luz: siempre había sido por June. Lo que había sentido por las mujeres de Knoxville, también conocidas como las mujeres con casas de tipo cúpula. Siempre June, nunca Emmy, al menos no más allá del enamoramiento puramente infantil. Aquel era el tipo de amor intenso que nunca había descifrado del todo, al haber sido criado por las malas. Lo que mi corazoncito retorcido y vapuleado siempre había deseado. Una madre, tan simple como eso.

Le pregunté por qué yo y no Maggot. Ella tenía sus motivos. La adicción a las metanfetaminas es peliaguda, no hay remedios médicos. Me contó que con los opiáceos uno

puede cambiar el malo por uno diferente que no te coloca, pero que tampoco te provoca mono. Tómate una pastilla y sigue con tu vida, nada más.

—De acuerdo —le dije, sin mencionarle lo de que uno desea borrar su vida por completo.

—Sabes que haría cualquier cosa por Matthew. Pero desintoxicarse es algo que uno debe hacer por uno mismo, y él no está preparado.

Me senté sobre ambas manos para dejar de moverlas. Me moría de ganas de meterme un poquito de algo. ¿Maggot no estaba listo pero yo sí? Me dijo que ella y la señora Peggot tenían sus dudas de que Maggot fuera a ser capaz de asumir sus responsabilidades, no estaba hecho de esa pasta. De manera que alguien iba a tener que forzarlo a cumplir con un programa. No iba a hacerlo por propia voluntad. Se refería a la ley. Habían estado esperando que llegara el momento, pensando que un arresto o un susto serían el empujón que necesitaba.

—Teníamos en mente una denuncia por haber robado en una tienda —dijo, sacudiendo la cabeza—. No que alguien tuviera que acabar muriendo. —Entonces se emocionó, pero me dijo que no me culpara por nada. Me dijo que podía culpar a un centenar de personas por lo ocurrido aquel día y que ni Maggot ni yo estábamos siquiera en la lista.

—Tuve mi parte de culpa. A todos se nos fue la cabeza —le dije.

Me miró como si intentara leer algo que llevara escrito en la cara.

—Por el amor de Dios, Demon. Es el mismo sitio donde murió tu padre. Ese fuego no lo encendiste tú.

Sentí cómo me hervía la sangre. Me pitaron los oídos y me entraron ganas de gritar. Sí. Era el lugar que más odiaba y por eso me llevaron allí. Así me fue, joder. Me di la vuelta para mirar al patio, donde la rubia adolescente de mi madre se encendía un cigarrillo con la colilla del anterior. Guardaba todos los cupones de Pall Mall para conseguirnos cosas gratis. Una vez fue una radio en forma de gramola. Era casi todo plástico y se estropeó al cabo de unos meses, pero a mí me pareció que la había fabricado Dios con sus propias manos.

Pasaron algunos minutos. June no pensaba dejar el tema.

—No es normal que los chavales pierdan la cabeza —me dijo—. Pasa porque ya les han quitado demasiadas cosas.

Le pedí algún ejemplo. Se levantó y empezó a dar vueltas por el dormitorio. Una educación decente, dijo. Alguna posibilidad de aprender a aprovechar nuestro talento. Un futuro. Nos quitaron todo esto y nos dieron herramientas con las que freírnos el cerebro, con la esperanza de que nos matáramos los unos a los otros antes de darnos cuenta de que los verdaderos capullos se encontraban a mil kilómetros de allí.

Le dije que no estaba de acuerdo con ese razonamiento. Conocía a muchos capullos que vivían cerca.

Me dedicó una de esas sonrisas tristes que tan bien conocía. El chaval de trato difícil. Pero en vez de marcharse, volvió a sentarse en la cama.

—La pregunta que debes hacerte ahora es qué estás dispuesto a hacer por ti. Y no pienso mentirte, será lo más difícil que hayas tenido que hacer nunca.

Lo puse en duda. Me vino a la cabeza lo de recibir golpes a diario por mi bien. Lo de pasar hambre durante todo quinto. ¿Acaso pensaba que pretendía mejorar mi marca en el apartado de adversidades? Le dije que aquello era mucho que procesar. No le dije: «Te crees que soy fuerte, pero no es verdad. Siempre querré otro chute».

Me dijo que volvería al día siguiente para seguir charlando.

Le pregunté dónde iba a ser todo aquello y me respondió que en Knoxville, lo que me heló la sangre. No era lo que tenía en la mente como prototipo de un lugar feliz. Me aseguró que no era lo que me estaba imaginando, un gran edificio de apartamentos en el centro. Allí tenían casas normales, con patios y demás. El tipo de situación vital que me convendría se encontraría más en las afueras, me dijo. Llegaría a acostumbrarme.

—Tendrás que hacerlo. Porque si tiras adelante con esto, no quiero tenerte de vuelta aquí antes de un año.

—Un año.

—Lo sé. No te lo puedes ni imaginar. Yo tampoco podía, tuve que marcharme de aquí y después volver transformada en una persona diferente.

June era preciosa y amable. Me estaba matando.

—¿Qué ocurre si me gusta la persona que soy ahora? —dije sin mostrar inseguridad, no fue fácil.

—No estoy diciendo que el problema seas tú. Tampoco las drogas. Es un conjunto de cosas bien diferentes, y no van a mejorar mientras sigas aquí.

Un año era impensable. ¿Adónde iría? ¿Quién sería? Maldita June. Si todos éramos un desastre, ¿pensaba que se tenía que vaciar todo el condado de Lee? Visualicé una caravana infinita de coches y furgonetas arracimadas en la 58. Y a nuestras espaldas, nuestros vecinos: - Scott Country, Russell, Tazewell. La mitad de Kentucky. Dejando atrás casas vacías, campos por cultivar, latas de cerveza a medio beber, las mecedoras chirriantes de los porches en silencio. Vacas sin ordeñar morando en los pastos, perros de aspecto desolado bajo los arces de los patios, observando a sus dueños abandonar el paraíso perdido, el lugar en el que habían anidado los males del mundo.

Le dije que me lo pensaría. Seguro que sabía que le estaba mintiendo.

60

Hice las maletas aquella misma tarde. Mis bienes materiales se reducían a unas pocas cajas, había conocido a algunos sin techo con menos cosas. Camisetas, un par de zapatos de recambio. Trofeos de fútbol americano ganados por un chaval brillante con dos rodillas excelentes. Los tiré a la basura. Conservé los cuadernos y los materiales de dibujo, lo que me remordió la conciencia. Llevaba un tiempo evitando a Tommy. Mis únicos objetos de valor estaban dentro de botellas, dentro de un viejo maletín de cuero de productos para el afeitado que había pertenecido al señor Peg. Maggot lo había utilizado para esconder sus alijos y luego había acabado en mis manos. Raramente había tenido reparos en utilizar el bonito maletín del señor Peg con intenciones farmacológicas, pero de tanto en tanto sentía sus ojos clavados en mí, lamentando la ruina en la que me había convertido. Aquella fue una de esas veces. Maggot estaba dormido o inconsciente. Le di un golpe en el hombro para decirle que me largaba.

Maggot rodó por la cama hasta caer al suelo, completando un movimiento sorprendentemente ágil, y se quedó tumbado mirando al techo.

—Hora de largarse, pirado —dijo. Cantó, en realidad, una tonadilla que medio reconocía.

—Te lo digo en serio. Me marcho.

Levantó la cabeza del suelo y me miró con el ceño fruncido y expresión de desconcierto, como si un animal del zoo hubiera reemplazado a su anterior compañero de cuarto mientras dormía. Un oso hormiguero, un pez sierra.

—¿Adónde te marchas?

—Está por ver. Aún no lo tengo claro.

—Pues no te vayas. Así evitas que se desgasten las demacradas células de tu cerebro.

—No. Aquí no me puedo quedar.

Se sentó, se cogió las rodillas y las rodeó con sus largos brazos. Lucía joyas de lo más extrañas en las manos y en la cara, y todavía le iba el color negro, aunque hacía tiempo que había dejado el rollo gótico. Probablemente más por una cuestión de indolencia que por estética. De vez en cuando no olía del todo bien.

—No es nada personal —le dije—. Probablemente seas la persona más fácil con la que he convivido. Si no tenemos en cuenta lo de los ronquidos.

Se restregó la cara con el dorso de la mano y se fijó en cómo metía ropa interior en una bolsa de plástico. El anillo negro que le colgaba del tabique nasal daba la impresión de ser un moco reseco.

—No es culpa mía. Son las vegetaciones, colega. Nací así.

Dejé caer la bolsa de la ropa interior en una caja de cartón. Ya no quedaba rastro alguno de mí en aquella casa, cambio y corto con los Peggot.

—Debo salir de aquí antes de que rompa algo. Es esta familia. Son tan rematadamente amables que acabas sintiendo que les debes algo. Y acto seguido me cabreo de verdad porque no hay manera humana de hacer bien las cosas o de devolverles el favor. ¿Me entiendes?

Me miró con pesar. No me entendía. Jamás lo haría.

Lo que más me sorprendió fue la rabia. Que siguiera llegándome en oleadas. ¿Por qué? Estar

sin techo era mi estado natural. Todavía no había conocido a las personas que me quisieran a su lado para siempre. June no era mi madre, a pesar de los diez minutos o así en los que casi la reclamo como tal. A ella solo le interesaba la mejor versión de mí, no el chaval roto que era. Nada nuevo bajo mi sol y, pese a ello, ahí estábamos, un coche y yo al volante, tomando las curvas a una velocidad excesiva y odiando cuanto pasaba por delante de mis ojos. La kudzu colgando de los árboles, el estúpido furgón de cola delante de Pennington Middle, las casas llenas de cachivaches de las abuelas con flamencos en los patios. Gustosamente me habría estampado contra todo aquello, pero solo habría conseguido retrasarme y lo que necesitaba era no dejar de avanzar. Durante toda la tarde pisé el acelerador con furia, pues ir sin rumbo a toda velocidad tiene su parte excitante.

Pero, al cabo de un tiempo, la energía se diluyó y sentí que se avecinaba algo malo. Me detuve en una carretera desangelada en los alrededores de Fleenortown para hacer inventario de las existencias del maletín de cuero del señor Peg y de los suministros de emergencia que guardaba en la guantera, y tomé lo necesario para ahuyentar la presión que sentía en el pecho. Aquel dolor era una vieja historia para la que no parecía haber fin. Paré a poner gasolina en Jonesville. Si me mantenía al volante, quizá pusiera distancia con los monstruos. De vuelta en el coche, en dirección oeste, intenté pensar en un lugar del planeta Tierra en el que sería feliz. Un fiasco. Luego intenté contentarme con un lugar que me fuera soportable. De nuevo, nada. No me vino a la cabeza ninguna casa, vehículo, patio o pasto. Ningún lugar. Uno podía tomarse eso como que debería estar muerto.

Mi atención a la carretera era fluctuante, lo que podía suponer un problema en términos de señales de *stop* o radares trampa, pero por allí no íbamos sobrados de nada de eso. Acabé jodidamente lejos, cerca de Ewing, inconsciente de que hubiera cubierto tanto trecho hasta que vi los acantilados blancos a mano derecha, alineados a lo largo de la cresta y absorbiendo luz. Proseguí la marcha y ellos siguieron a mi lado, riéndose de mí. «Mira, capullo, nosotros estamos aquí arriba, y tú, ahí abajo». Aquellos acantilados se extendían a lo largo de cuatrocientas millas. Mi coche halló el parque al que me había llevado la señorita Barks aquel día aciago en el que mi cerebro se desbocó, imaginándose saltando desde allí arriba para ver si caería o volaría. Y me refiero a verlo realmente dentro de mi cabeza, porque ese es el tipo de cerebro problemático que tengo, uno con una vista excelente. Fijaos en él, allá en lo alto. El chaval en el filo del acantilado, los brazos abiertos y las piernas juntas, se estrellará o navegará. Incluso antes de ser testigo del final de Fast Forward, no sé cuántas veces mi mente me había colocado en lo alto de aquellos acantilados blancos, fácilmente un millar. Para hacerme aquella pregunta. Lo que, seamos sinceros, no es una pregunta del mundo real.

No había nadie en el solar de grava donde arrancaba el sendero. En el cartel ponía Sand Cave, White Rocks, tantas millas. No me quedé con los detalles. Sabía de gente que había hecho senderismo hasta esa cueva, hasta las rocas blancas. Era factible. No tenía nada parecido a un plan, más allá de que necesitaba moverme. Dejé las llaves dentro del coche.

No estoy seguro de por qué pensé que caminar sería mejor que conducir. Al final era una cuestión de velocidad. Estaba por la tarea de ser más rápido que mis fantasmas y mi provisión de muertos no tenía fin. Y eso sin contar a mis padres y al señor Peg. La muerte de tus mayores es algo natural. Lo mío era ir perdiendo a gente que debía seguir con vida. Mi muñeca, a la que no puede amar lo suficiente para convencerla de quedarse a mi lado. El héroe de mi infancia, que era un animal peligroso. Hammer, el último en cruzar la meta. A ellos con seguridad los

seguirían Maggot, si acababa en prisión, y Mariah, con el corazón destrozado una vez fuera de ella. Conecté las suelas desgastadas de goma a la tierra del sendero, una vez, y otra, y otra. Los huesos de la rodilla me crujían, el corazón bombeaba, cosas inimaginables me golpeaban a la puerta del cráneo. Mi padre. Fue por él que había ido a esa poza infernal, quizá con la intención de decirle al fin que se fuera a la mierda, que gracias por abandonarnos a mamá y a mí. O para demostrar algo. Fast Forward me había retado y yo había acudido, me sumergí en la Bañera del Diablo y salí con las manos ensangrentadas. ¿Adónde ir después de eso? Me concentraba en estampar los pies contra el terreno pedregoso, a la espera de registrar algo en el cuerpo en vez de en el cerebro.

Porque no lo estaba haciendo. Tras cubrir una distancia equivalente a unos quince campos de fútbol americano entendí que no sentía nada. Y no me refiero a la insensibilidad que causan las drogas en el ánimo o en las aflicciones del corazón, sino al calor, al frío. Al gusto. Esa parálisis de la lengua, la piel y los ojos que técnicamente no te ciega pero que te impide ver. Como me dijo aquel hombre el día que salí de la farmacia con mi primer billete a la nada de la oxicodona: «Ciego, ciego, ciego». Va creciendo dentro de ti hasta que la oscuridad te rodea y nada te importa. Algo en mí anhelaba moler mis huesos contra la montaña hasta que el cuerpo escogiera un bando. Libera al fantasma o vuelve adentro.

Los ojos en el sendero, huellas de ciervo, musgo, nada. Me regodeé en mis viejos rencores. El cuerpo es el capullo original, capaz de meterte a la sombra, lejos de todos los placeres, y pese a ello, te sigue forzando a redactar la lista de sus deseos un centenar de veces. Voy a mear y cagar. Voy a tener hambre. La sed era lo que me estaba matando en ese momento. Ese abrasamiento, como si un pañuelo te estrangulase. La situación se puso tan crítica que la visión del agua, un riachuelo, me impulsó a ponerme a cuatro patas y beber como un perro. El agua tenía un sabor dulzón. Un regusto a pino. La gente dice que pillarás una enfermedad muy fea si la bebes, por todos los animales que se han meado en ella. Me pregunté: ¿acaso me importan un pimiento las enfermedades muy feas en este lugar? Barajé las víctimas futuras más probables: la piel, la lengua, los ojos. ¿Qué era lo que más echaría de menos? No llegué a ninguna conclusión.

Me senté en una cerca mientras le daba vueltas al asunto. En una roca, de hecho. Un pequeño colibrí zumbaba muy cerca. No había forma de ignorar a aquel bicho. El aire que movían sus alas desplazaba la hierba que tenía por debajo, igual que los helicópteros en las películas de guerra, aunque en versión diminuta. No aterrizó, se limitó a ir pululando y metiendo su nariz puntiaguda en las flores. Las de su gusto eran naranjas y colgantes como adornos, si bien su forma recordaba a pequeñas vulvas, con labios y todo. Adelante, pequeñín. Sáciate.

Balsaminas. El nombre brotó en mi cabeza, procedente de un lugar muy lejano. Crecían por las orillas en las que nos sentábamos a pescar. El señor Peg nos enseñó a tocar sus vainas verdes para hacerlas explotar y que arrojaran metralla minúscula. Mierda. El señor Peg estaba ahí, sentado junto a la orilla, un poco más atrás, fuera de mi campo visual. Siento todo lo ocurrido. Y él me dijo: «¿Tan difícil es?». Su voz, sus palabras. Mis oídos. No pretendo que nada de esto tenga sentido.

Me levanté y continué. Sí que es difícil, señor. Es difícil vivir y es difícil ver lo contrario venir a tu encuentro. Como no estaba seguro de si estaba o no a mi lado, omití las palabrotas. Observé el sendero, la tierra y el musgo. El bosque era un espectáculo en sí mismo, y sus setas, una burla. Setas que recordaban orejas de color naranja y que parecían capaces de brillar en la

oscuridad. Comenzaba a delirar, no había llenado el depósito más que con calmantes. Pero algunas cosas sí que sentía. La familia de ciervos que había dejado sus huellas sobre el sendero embarrado. Por mucha carne de venado que hubiera comido a lo largo de la vida, sentí que había algo de ciervo en mí. Sentí la bondad del musgo, que se encuentra por todas partes una vez que sales del mundo artificial. El suelo de Dios. De todos los tipos, almohada, acerico, alfombra afelpada. Palitos grisáceos de musgo con cabezales rojos al modo de cerillas. Una minúscula parte muerta de mi ser despertó al contacto con el musgo y dijo: «Tío, ¿dónde has estado? Joder, este es el maravilloso mundo del color».

Al cabo de otra hora, me senté en un tronco, viejo, grande y cubierto de musgo, para recuperar el aliento y me acordé del porro que llevaba en el bolsillo, un regalo de despedida de Maggot. No había fumado mucha hierba desde la muerte de Dori, no me había apetecido. Resulta difícil explicar los varios niveles del infierno de las drogas, pero existe un territorio oscuro más allá de los placeres que se diría que fue construido para la hierba. Lo saqué y lo admiré un rato antes de encenderlo. El canuto blanco perfectamente liado por Maggot, con ambos extremos acabados en punta, como si fueran lápices. De hecho, me entraron ganas de hacerle un retrato. Otro anhelo que llevaba mucho sin sentir.

No establecí ningún récord de velocidad sobre terrenos montañosos. El sol iba bajando, cosa que me ponía contra las cuerdas. No iba a conseguir llegar a la cima del acantilado. Al menos ese día. El capullo original del que os hablaba, el cuerpo, tomó las riendas, insistiendo en hallar el modo de sobrevivir a aquella noche. Ni siquiera me preguntó si deseaba hacerlo. Solo contaba con sus quejas, ni agua, ni comida, ni un tejado sobre mi cabeza. Desesperado por echar una meada. Esto último fue fácil sacármelo de encima. El resto todavía tenía que matarme. Ya sabía lo que era un refugio de mínimos y llevaba acumuladas tantas horas de hambre a lo largo de mi vida que se me podría considerar un profesional en la materia. No hay acantilado peligroso para el caminante experto, pensé, subiendo fatigosamente por un endemoniado caminito en zigzag que me dejó sin aliento. El sendero serpenteaba por encima de los árboles hasta desembocar en una subida de grava, tras la cual ya aparecía Sand Cave. Oscura y fría bajo un amplio arco, realmente grande. Uno podía meter una cama individual extragrande por ahí. Restos de correrías previas alfombraban el suelo arenoso.

De ser un *boy scout*, habría sabido encender una hoguera. Habría pensado en traer conmigo una lata de alubias. Y un abrelatas. Agua. Ser un delincuente juvenil de lo más ignorante, con pocas o nulas ganas de vivir, me privó de todo eso. Sentí los ojos de Angus sobre mí. No fue con el señor Peg, pues era consciente de que no estaba realmente allí. Pero le dije que se callara y eso la hizo reír aún más. Ahí estaba el lugar en el que más me habría gustado estar: hablando con Angus. Payasa, de piel dura, por lo general, si no siempre, capaz de mejorar cualquier situación. La que me repetía que debía disfrutar del viaje salvaje porque la vida no era un vertedero absoluto, aunque en eso se equivocaba. También decía que mi infancia de mierda me había hecho una persona mejor, otro error. Creía que llegaría lejos, a pesar de mi colección de reveses y de mis hábitos poco saludables.

Encontré una bonita roca y contemplé el sol fundirse en los Cumberlands. Capas de naranja, como una tarta de manzana enfriándose en el horizonte. Nubes fugitivas que esparcían puntos de luz y oscuridad sobre los picos de las montañas. La luz parecía poder beberse. Se vertió sobre una montaña de tal modo que pude ver la curvatura de la copa de cada árbol bañada en oro, al modo de las escamas de un pez. Luego se retiró, sumergiéndolas de nuevo en las

sombras. El espectáculo me estremeció y salí de mi largo y frío viaje por debajo del agua. Emerger a la superficie te impacta, el blanco es tan blanco, el azul, tan azul. Tu aliento es el aire que respiras.

Al moverme noté el mechero que llevaba en un bolsillo de la cadera y me reí de mí mismo por haber olvidado que estaba ahí. «Apartaos, *boy scouts*», le dije a Angus. Dios mío, habría pagado por sentir uno de sus golpecitos. Angus, inamovible mientras el conjunto de objetos relucientes que yo anhelaba iban y venían. Al final del verano se marcharía a una universidad de verdad. Le habían hecho una oferta que no podía rechazar. Yo tenía un buen cabreo. Vander algo, qué demonios, Nashville, Tennessee. ¿Quién iba a saber que una misma localidad era capaz de facturar *hits* de música *country* y cerebritos?

De acuerdo, amiga mía. Hurgué en mi desastroso interior hasta encontrar lo que necesitaba para desearle felicidad. Vuela lejos y no regreses a la ciénaga de la que yo estoy intentando escapar, donde además bebo de forma furtiva con la excusa de que es mi alimento vital. Demasiado asustado para abandonar el último lugar donde la gente me miraba y veía a su hijo, a su hermano de sangre o a su oportunidad de una temporada de éxitos. Sabía lo que respondería a esto. Confía en el camino. Porque nadie se queda, a la larga uno está solo con sus fantasmas. Tú eres el barco; ellos, la botella.

Pasé la noche hecho un ovillo en el suelo de arena, la espalda contra una roca fría, sediento, hambriento y resultó que no del todo drogado. Cada grillo que avanzaba pasito a pasito por la cara de la cueva era una cabeza de cobre, cada ardilla removiendo la hojarasca, un oso. Si sobrevivía, por la mañana bajaría de la montaña, encontraría a June y le diría que estaba listo para volar.

61

No bastaba con no regresar en un año. Quizá ni siquiera tres fueran suficientes, ya lo averiguaría. Una de las muchas cosas en las que June había acertado.

¿Fue lo más duro que tuve que hacer en mi vida? No. Solo lo más duro sobre lo que no tuve alternativa. Desintoxicarse es como cuidar de una persona enferma en vez de ser la persona enferma. El enfermo obtiene todas las medallas al valor, pero no tiene otra opción. Eres tú el que debe levantarse cada mañana y volver a decidir, a la fría y solitaria luz del día, si tienes arrestos para seguir adelante.

La rehabilitación es como estar casado con la enfermedad de muchas maneras, en serio. Asoma la repulsión. Intentas negarla y cambiarla por una amabilidad que quizá no sientas. Finges hasta conseguirlo. Ves a otra gente presumir porque jugaron sus cartas mejor que tú. Les dejas que suelten todas esas estupideces, Dios nunca te da más de lo que puedas soportar, etcétera. Te acostumbras a vivir con los vómitos.

O sea que partía con ventaja, acostumbrado como estaba al estilo de vida de un intocable antes de entrar en el programa. «Paria» era la palabra que no dejaba de repetir. Los intocables de la infancia del señor Golly son reales. A estas alturas, he leído todo sobre ellos. Es alucinante la cantidad de tiempo que acabas teniendo una vez te has liberado de la necesidad de buscar el próximo chute, de encontrar la manera de pagarlo, de falsificar recetas, de perder el conocimiento, de robar, de sufrir la abstinencia, de mascar chicles sin parar, de ir de *rave* con Jesús, de encontrar un nuevo camello y mantenerte bien lejos de los anteriores, que serían capaces de comerte el hígado si llegaran a tomarse la molestia. Las ventajas de la sobriedad.

La sede de la biblioteca Halley, en el norte de Knoxville, me ocupaba la mitad del tiempo una vez me gradué de la escuela militar de desintoxicación y terapia, aprendí a respetar las dosis justas de Suboxone bajo la lengua y me instalé en una residencia. «Vida doméstica en sobriedad» era el término preferido por los profesionales, los más resistentes de la congregación. Mis compañeros de cuarto iban y venían con una frecuencia inquietante. Como si fueran minas, los desencadenantes te esperaban enterrados bajo el suelo de tu día a día: una canción en la radio, un determinado sabor en la boca, el olor a refresco de cerezas de la metadona que podía inyectarse directamente de la botella. Los tests antidroga eran facilísimos de suspender. En aquella casa ni siquiera estaba permitido el enjuague bucal. Pensé mucho en las fichas que le entregaban a mi madre por sus meses y años de sobriedad, con las que yo solía jugar como si fueran monedas en vez de los puñeteros doblones de oro que en realidad eran. Pensé en Maggot, en cómo se había empeñado en arruinar una situación como esta. June y la señora Peggot llevaban razón al afirmar que desintoxicarlo requeriría de la intervención de uno de los poderes superiores que Maggot tenía en su lista de contactos personales. Dicho y hecho. Un correccional de menores era su mayor pesadilla y su mejor oportunidad. Salió al cabo de dos años y hoy vive con Mariah en Bristol, Tennessee. En el aire está cómo acabará el asunto.

Los pilares de mi cordura eran tres tipos llamados Viking, Gizmo y Chartrain. Gizmo y Viking provenían de dos condados distintos de Kentucky, Bell y Harlan, ambos más próximos a Lee County que el centro comercial más cercano, dos lugareños sin un centavo, acosados por

los demonios de la oxicodona y sin un lugar en el que caerse muertos. El tratamiento que ofrecía Knoxville pescaba en un amplio caladero humano. Aquellos dos no eran mucho mayores que yo, una extraña pareja. Viking era grandote, rubio y malhablado donde los haya, mientras que Gizmo era enclenque, tenía mala dentadura, tartamudeaba un poco y desplegaba unos modales exquisitos. Ambos compartían mi anhelo truncado de no haber tenido que vivir jamás en una ciudad. Nuestra casa, tal y como June había previsto, se hallaba a las afueras, en un vecindario al que no le importaba que hubiera unos cuantos exyonquis por allí. No era rico. Las casas eran pequeñas y estaban apiñadas, las verjas eran mallas metálicas, los perros eran muy ruidosos y nada de esto nos parecía mal. Lo que nos ponía los pelos de punta eran todos los ojos humanos que evitaban mirarnos cuando íbamos por las calles de la ciudad. El incesante sonido de las sirenas, la luz rosada que barnizaba las ventanas durante toda la noche. La simple idea de que alguien fuera capaz de mantenerse sobrio en un lugar así, ya no digamos nosotros, nos llenaba de asombro.

Chartrain sería nuestra salvación. Knoxvilliano de la cabeza a los pies, genio de las calles, faro. Durante un tiempo, no seríamos conscientes de nada de esto. «No jodas a los de Beaumont, tío, mis colegas te rajan, de verdá que te enseñan de qué pasta están hechos», nos decía Chartrain y nosotros asentíamos al unísono. «Si el aire de allí arriba no te calienta el corazón es que estás muerto», le decíamos nosotros a él. Al cabo de unos seis meses, establecimos contacto. Después todo fue como la seda.

Chartrain nos explicó que la gente de ciudad no se miraba a los ojos porque ahorraban energía. Cada persona tiene unas reservas determinadas de energía y lo ideal es guardártelas para tus colegas, no desperdiciarla en desconocidos antes de las tres de la tarde. Por sencillo que suene, aquello cambió por completo mi modo de encarar las cosas. Era una habilidad, igual que las pesas, se trataba de ir haciendo series. Cada noche debías repetirte una decena de veces: no gastes tu energía en esas sirenas, en preocuparte por la vida que pasa gritando por delante de ti, de camino a pillar una cogorza. No la gastes en los clientes que te rodean en el megacentro comercial de Walmart, limítate a hacer tu trabajo, aíslate de la locura y de la tristeza, de las madres a punto de tirarles del pelo a sus hijos. De los carritos llenos de cajas de cervezas y de pañales. De los carritos con nada más que latas de alubias de marca blanca o pan rebajado de precio por estar ya duro. Ni siquiera gasté energía en el tipo que vi una vez en el aparcamiento, mientras me dedicaba a reunir los carritos desperdigados, que intentaba embutir un ejército de globos rosas en el maletero, maldiciéndolos sin descanso cada vez que hallaban la forma de escaparse y darle en la cara, hasta que se sacó una navaja del bolsillo y los fue pinchando, todos menos uno. Cerró el maletero y se largó, rumbo a ver a una niña triste y de un solo globo, con la que debo confesar que gasté algo de mi energía. No podía descartarse que en el futuro la aguardara la rehabilitación.

Chartrain no seguía al pie de la letra su consejo, pues repartía alegremente su energía, pero le funcionaba porque contaba con más reservas que una persona normal. Había sido una estrella de la cancha en sus años de formación, y aunque ese era un tema del que me había propuesto no volver a hablar, los deportes del instituto acabaron siendo un terreno común que nos unió. Lo suyo era el baloncesto, escolta en el primer equipo en su primer año, con promedio de veinte puntos o más por partido. Una trayectoria meteórica, según sus palabras, los ojeadores de la primera división no lo perdían de vista. Pero ninguna oferta universitaria fue capaz de disuadirle de servir en Afganistán, de donde regresó sin piernas. La furgoneta-lanzadera que

nos llevaba a nuestros trabajos y reuniones también acercaba a Chartrain, dos veces por semana, al gimnasio de East City para jugar al baloncesto en silla de ruedas. Allí volvía a salirse. Iba a menudo a verlo. Al haber renunciado al fútbol americano solo por malgastar las ventajas que venían de fábrica, sentía un gran respeto por alguien sin piernas que seguía jugando al baloncesto. En aquella nueva vida de sentir todos los sentimientos, su ejemplo fue un punto de inflexión para librarme del patético autodesprecio. La existencia completa de Chartrain gritaba a los cuatro vientos: «Mira y aprende, hermano». Además de energía, tenía los incisivos incomprensiblemente bañados en oro y unas manos tan callosas que recordaban a llantas vulcanizadas de tanto cargar y girar la silla de ruedas en la cancha. Nada de aquello se lo debía a la Administración de Veteranos, que le pagaba un tanto cada mes.

Acerca de los alojamientos para los recién desintoxicados: uno aterriza en ellos creyendo que ha perdido todo cuanto podía perder y luego descubre que había otras muchas cosas con las que no había contado. La madre de Chartrain seguía con vida, convencida de que su hijo era maravilloso, pero por lo demás estaba a la par conmigo en cuanto a padre muerto, hermano muerto, pareja muerta, y había visto a muchos tíos recibir un disparo en la frente, no solo en Afganistán. A todo esto, súmale lo de no tener piernas. Gizmo, por su parte, había ido en el interior de un vehículo que se había contraído sobre una familia de cinco personas hasta reducirla a una familia de uno. Su novia, la única chica con la que había salido y con la que esperaba casarse, se había dejado la hermosura en el parabrisas y cumplía condena. Si ella conducía era porque habían tenido una discusión muy fuerte y él se había cogido un ciego importante. Así que… tenía muchas cosas con las que vivir. Viking había perdido algo más sorprendente: el oído. Era alto y ancho como el tronco de un árbol, e igual de sordo. Gracias a la oxicodona. Me dijo que empezaba con un pitido hasta que un día te despertabas y ese pitido era cuanto te quedaba. Todos sabíamos de qué pitido estaba hablando. Aquello era un argumento rotundo a favor de la sobriedad. Viking llevaba unos audífonos de ese tono rosa propio de las ceras muy gastadas y era sorprendente lo bien que llegaba a hablar, aunque muy alto, y además pillaba mucho de lo que le decías si lo mirabas a la cara. Los médicos le habían dicho que quizá recuperara la audición si se mantenía sobrio, y este era su superpoder. Tenía una bebé en Bell County a la que nunca había oído decir «papá».

Viking y Gizmo trabajaban en un almacén, donde se sumaban a la fuerza laboral como dos mulas aplicadas. Allí nadie hacía preguntas y al menos uno de los dos ignoraba los lamentos diarios de los que conducían las carretillas elevadoras. Podían fumar en el trabajo. Era la única adicción que nos toleraban, no me preguntéis por qué. Quizá porque no te va a llevar a atracar una licorería o a llenar el maletero del coche de cosas ajenas.

No me habría importado trabajar en el almacén, pero me faltaban las rodillas fuertes de mula. A estas alturas, me habían examinado más médicos de los que existían en Lee County y me dicho que, en cuanto tuviera un trabajo con un buen seguro médico, sería candidato a una prótesis. Hasta entonces, seguía los pasos de mi madre, trabajando de reponedor en un gran centro comercial de la cadena Walmart. Al contrario que mamá, probablemente fuera el blanquito pobre más sobrio del lugar, y fui ascendiendo a toda velocidad por la escalera laboral. Evitaba la salita para fumadores, también conocida como base para el intercambio de drogas entre los empleados, y no le encontraba grandes pegas al puesto. La gente que compra manzanas y guisantes acostumbra a tener cierto grado de alegría en su corazón. Llevaba la cuenta de los intervalos de quince minutos y los veía pegar un respingo y temblar, como si

fueran perros mojados, cada vez que encendía la máquina de truenos falsos y el espray para rociar los productos y cubrirlos de neblina. Me decía a mí mismo que me reía con ellos, no de ellos. Pero lo cierto es que estaba triste. Probablemente aquello fuera lo más cerca que sus verduras iban a estar de la auténtica lluvia.

Voy a contaros una cosa: existen los pobres de pueblo y los pobres de ciudad. Por muchas horas de mi vida que hubiera pasado delante de la tele pensando «Ostras, en las ciudades es donde el dinero crece en los árboles», ahora empezaba a hacerme una idea más completa. Es decir, ahí crece, pero hay mucha gente que se sienta a su sombra y a la que no le cae nada. Chartrain siempre estaba hablando de «mangonear» y me llevó un tiempo entender que había crecido hambriento de dinero, como si se tratara de comida. Porque a sus ojos eran lo mismo. No es por meterme con él, pero habría sido incapaz de distinguir una vaca de un cabestro, ni de saber cuál de los dos daba leche. A ninguno de los muchos hombres desesperados que había conocido en su vida se le habría ocurrido agarrar un rifle y salir a cazar ciervos en caso de estar hambrientos. Disparaban a los dependientes de las licorerías. Vivir sin dinero en unos bosques inmensos de acero y cemento era una existencia condenada a pasar hambre a unos niveles que me resultaban inconcebibles.

Conseguí estar en paz con aquel lugar, pero no hubo un solo día en el que no fuera al encuentro de cosas que no estaban ahí, al modo en que uno desliza la lengua por el agujero en el que antaño se levantaba un diente. No me refiero únicamente a vacas o a árboles, era algo mucho más profundo. La atmósfera, por ejemplo. Cómo olía el aire por haber seres vivos respirando, la hierba, los árboles y yo qué sé más, criaturas de la tierra. Echaba de menos la mayoría de los sonidos. Allí había ruido, pero nada detrás. No me acostumbraba al vacío que debería haber ocupado el trino cotilla de los pájaros durante las mañanas y las tardes, los grillos por la noche, la sierra de las cigarras zumbando en agosto. El canto incesante de algún gallo, incluso en medio de la nada de Jonesville. Era como la música de fondo de una película. Uno la podía percibir o no, pero, si le quitabas el volumen, la película perdía el alma. Con frecuencia tenía que parar a preguntarme en qué estación estábamos. Nunca había reparado en lo que me mantenía unido a mi lugar en el mundo: esa banda sonora. Ella y los colores de las hojas y lo que fuera que floreciera esa semana en la cuneta de la carretera, alverjillas o vernonias púrpuras o varas de oro. Y las estrellas. Cielos oscuros como el sueño, no el rollo rosáceo y neblinoso, el negro de los ciegos. Para muchos de nosotros aquello suponía una medicina. Prescrita para poder volver a las andadas al día siguiente.

Entiendo que todo esto es el bajo precio a pagar a cambio de las múltiples cosas que uno sí obtiene de una ciudad. Trabajo. Probablemente mejores formas de entretenimiento, a menos que uno viva en una casa en la que se está rehabilitando y en la que se aplica el toque de queda. Autobuses urbanos, bibliotecas, tiendas de alimentación a las que ir andando, había de todo. Aquí va otra: las llaves de casa. Jamás había vivido en un lugar en el que la gente siempre cerrara con llave la puerta de la entrada, tanto al entrar como al salir. Por lo general, ni siquiera teníamos idea de dónde estaba la llave. Chartrain no daba crédito. Intentamos explicárselo después de que Viking, Gizmo o yo nos olvidáramos de cerrar con llave al irnos a trabajar por sexta o décima vez. Simplemente nos tomó por idiotas. Nos llamó pueblerinos y palurdos y el resto de los adjetivos, incapacitados para vivir en el mundo real. Sabíamos que Chartrain nos quería. Todos nos habíamos turnado a la hora de cargar con él o ayudarlo con los temas del baño; las piernas no era lo único que tenía jodido por ahí abajo. Los adjetivos con los que

podríamos haber contraatacado no eran de recibo, por lo que nos abstuvimos. Pero nunca conseguimos pillar qué le preocupaba tanto que pudieran llevarse de una casa como aquella, claramente limitada en cuanto a oferta de artículos que robar. Las drogas estaban prohibidas, no podíamos permitirnos aparatos electrónicos y las únicas joyas que teníamos estaban incrustadas en los dientes de Chartrain. Pese a todo, esta fue una de las lecciones que aprendimos acerca de lo de vivir en el supuesto mundo real. Cierra la puerta de tu casa.

A lo largo de esta historia he intentado, una y otra vez, precisar el momento en el que todo empieza a derrumbarse. Por «todo» quiero decir «yo». Pero también existe lo contrario, cuando una pequeña nuez se abre en tu interior y un árbol comienza a crecer. Algo incluso más difícil de detectar, porque tardarás bastante tiempo en advertir que ese árbol ya crece. Tal vez te lleve años. Hasta que llega el día en que te dices «Oh», y esa pequeña rendija entre tus orejas se ha convertido en un árbol jodidamente majestuoso.

En el transcurso de los años, la tarea de abrir las nueces más duras de Demon había recaído sobre todo en Angus, porque siempre andaba cerca de mí y tenía que aguantarme. También en el señor Armstrong, célebre cascanueces en serie de los cerebros de mosquito de Jonesville. Pero hay un nombre en el que seguro no habéis pensado: Tommy. Lo que se remonta a aquel Tommy desconsolado que se tira de los pelos en la redacción del periódico, superado por las noticias que nos convierten a los de pueblo en el culo de Estados Unidos, y a la sorprendente muerte de Stumpy Fiddles, cuando me alargó el lápiz con el reto: «A ver con qué nos sales». Solo éramos dos chavales endurecidos por las casas de acogida y que hablaban por los codos para pasar el rato. ¿Qué provecho podía traer aquello? Abrochaos los cinturones.

Ahora Tommy estaba solo en la redacción del periódico, lo sabía a ciencia cierta dado el volumen de correos electrónicos que me enviaba. Seguía leyendo libros a destajo, y escribiéndome para comentarme las ideas que le inspiraban, igual que de niños solía contarme hasta el menor detalle de las novelas que tenía entre manos, hasta que yo me quedaba sobado. Su principal interés radicaba en todo lo relacionado con los Apalaches. Aún no había superado el asunto de los marginados de Estados Unidos. Nuestra relación volvía a ir viento en popa, hablábamos de su novia, Sophie, de mis nuevos compañeros de rehabilitación, ahora estábamos en el mismo barco en lo tocante a novias con las que revolcarse. Nuestra tira cómica *Red Neck* estuvo un tiempo en barbecho. Pinkie se mostró comprensiva, siempre que cumpliéramos con la promesa de retomarla más adelante, para así completar los doce meses de nuestro acuerdo. Annie se había encargado de redactar aquella cláusula en el contrato. Sin duda había visto venir mi caída.

Respecto a los libros de los que me quería hablar, ni siquiera sabría deciros de qué iban. En realidad, habría agradecido una de esas historias para niños con su principio y su final, porque lo que son aquellas, no iban a ningún sitio. Teorías. Yo le hablé del fuerte impacto que me habían causado algunos elementos de la vida urbana y él me los tradujo a un lenguaje extraído de los libros. Me dijo que nosotros éramos gente de economía de la tierra, mientras que en la ciudad eran gente de economía del dinero. Yo le dije que aquí no todo el mundo tenía dinero, que había personas cuya posesión más preciada era un trozo de cartón, tan dignos de lástima que te entraban ganas de darles tu camiseta. (Algo que Tommy habría hecho sin pensarlo). Y él se puso en plan «exacto». En las ciudades el dinero es la base de todo. Lo tengas o no, es el único método de obtener todo cuanto necesitas: alimento, ropa, casa, música, diversión.

Quizás esto a vosotros os parezca normal. De donde yo vengo es diferente. A ver, claro que uno quiere tener dinero y un trabajo, pero existen otras cien maneras de tirar adelante, sobre todo la gente mayor y los granjeros con sus cosechas, sus tomateras y demás. Cazar y pescar, además de todas esas cosas de mujeres, como tejer colchas y ropa. Sea grande o pequeño, el lugar en el que vives siempre es tuyo. Conozco a gente que ha criado vacas en el patio trasero de su caravana. Al fin entendía por qué el castillo maldito de June me había dado tanto yuyu. Todo nuestro sistema se basa en poseer un trozo de tierra bajo los pies. Nos definen las bolsas con calabazas de verano y judías verdes que todo el mundo te da, y de ahí para arriba. Los porches en los que las abuelas se reúnen con sus mecedoras a tejer la ropita de bebé para las chicas del instituto que se han quedado embarazadas. Los bocadillos que las señoras de la iglesia les preparan a los niños hambrientos para que se los lleven a casa los fines de semana. Sinceramente, creo que somos una economía de energía. O cuanto menos lo era, hasta que todo el mundo empezó a perder la cabeza por los productos nuevos. No almacenábamos la energía, sino que la intercambiábamos alegremente, porque antes o después la íbamos a necesitar de vuelta, además de los consejos gratis y las herramientas de bricolaje. Platos cubiertos durante los funerales, música en el porche durante las bodas, unas manos extra ayudando a meter el tabaco. Solo con hablar de estos temas me entraba la nostalgia por aquella vida de puertas sin cerrar con llave que Chartrain calificaba de «mundo no real». Era imposible imaginárselo pasando un solo día en Lee County. Todos queremos aquello a lo que estamos acostumbrados.

Tommy y yo perdíamos mucho tiempo hablando de estas tonterías, todos mis correos desde la biblioteca mencionaban mis correrías con una bibliotecaria buenorra llamada Lyra, luego os cuento más sobre esto. No pensaba que fuese a salir nada de nuestros intercambios. El tema principal era la lista de agravios de Tommy. Me dijo que buena parte de las actividades pueblerinas que formaban parte de nuestra subsistencia, por ejemplo, llevar una granja, pescar, cazar, fabricar nuestro propio licor, eran exactamente las mismas cosas que acababan convertidas en chistes odiosos. No se equivocaba, esa mierda no desaparece de las tiras cómicas. Si muere un personaje como Stumpy Fiddles, raudo vendrá a reemplazarlo otro calcadito, como Jiggle Billy. Cuanto podía decirle era: «Tommy, ambos sabemos que ningún modelo es mejor que otro. A fin de cuentas, todo se reduce a cómo se lo monta uno. Y nuestro rollo es diferente. ¿Qué problema hay?».

Y él me contestó: «Aún intento entender esa parte».

62

Gracias al as en la manga que era mi condición de huérfano, no tenía que trabajar a jornada completa como la mayoría de las personas con las que compartía casa. June se había ofrecido a ayudarme en caso de necesidad y me tenía en su radar. Sin embargo, era autosuficiente desde el punto de vista económico. Las cuotas mensuales del alojamiento salían de mi pensión de la Seguridad Social, mientras que mi sueldo de Walmart cubría el resto. Los placeres de la sobriedad son todas aquellas cosas gratis de las que se dice que son lo mejor de la vida. Respirar, dormir, regodearse en el funcionamiento regular de tus intestinos. Comerte los platos que has cocinado de pena. Gorronear Camels, jugar al póquer al centavo y escuchar a dos chavales de Kentucky contarse chistes de Tennessee que tú habías contado como chistes de Kentucky. Escuchar historias espeluznantes sobre aquel barrio en un dialecto que ojalá hubiese llevado subtítulos incorporados. Pasar mucho tiempo en la biblioteca.

La bibliotecaria jefa de nuestra sede era Lyra. No os imaginéis a una vieja anticuada. Llevaba el pelo de un rojo cereza con coletas cortas y rectas, y un tatuaje del libro *Moby Dick* se extendía por uno de sus brazos. Una goleta hundiéndose, olas embravecidas y una ballena llena de furia. Siempre llevaba *shorts*, medias de telaraña y botas de motera. Flirteaba con descaro. Yo no me había acostado con nadie desde Dori, ni siquiera una vez. Es terrible haber conocido un cuerpo tan íntimamente, un cuerpo que ha recorrido cada centímetro del tuyo, y pensar que ahora yace frío bajo la tierra. Había días en los que aquello me dejaba destrozado. Otros, no sentía nada. El sexo no era más que una vaga y problemática parte de la enfebrecida vida que había colocado al otro lado de un muro de cristal. Los terapeutas te advierten sobre eso, animándote a dejar las relaciones sentimentales para cuando ya hayas avanzado con la rehabilitación. El mensaje quedaba triplemente subrayado en el caso de alguien con numerosos traumas ligados a su madre y una inclinación a parejas tormentosas condenadas a hundirlo. Lyra parecía ser una persona estable, pero ya me conocía la canción de mis relaciones amorosas. No podía tocar a aquella bestia con un palo sin que me comiera vivo. Se presentaba al trabajo con aliento a marihuana y tenía todos los números de ser una fiestera. Decidí no averiguarlo.

Encontramos otras cosas para compartir. Obviamente le iban los libros y me recomendó unos cuantos, algunos consiguieron hacerme más listo, otros eran simplemente raros. Me ayudó con los exámenes para sacarme el graduado escolar, que fue mucho más sencillo que aguantar dos años más de penurias y de drogas a precios disparados y cortadas con desparasitador de ovejas. Este habría sido el lote que me habría tocado, dada mi condición de General caído. Sospecho que la mayoría de la humanidad convendrá en que lo peor del instituto es su gente.

El amor secreto de Lyra eran los ordenadores. Me enseñó a utilizar el correo electrónico y el escáner de la biblioteca para subir mis dibujos. Como ya os he mencionado, *Red Neck* estuvo en barbecho durante seis meses, pero, tan pronto como mi cabeza dio síntomas de actividad, reemprendí la tarea. Tommy contaba con todo lo necesario en la redacción del periódico para intercambiar bocetos. Me pasaba ideas para las historias y yo las dibujaba, y él luego las sombreaba y entintaba. Con ambos operativos sobrios, nuestro grado de eficiencia era de

primera clase. Pinkie nos ofreció renovar el contrato un año más.

Declinamos, no sin cierto pesar. Teníamos otros planes. Tommy al fin conoció en persona a su novia y fue estupendo. Sophie estaba loca por Tommy, y lo mismo puede decirse de la familia de su madre, que organizó en su honor una gran cena para que todos los parientes pudieran ver de qué pasta estaba hecho. Tommy regresó a casa, avisó a Pinkie de que dejaba el trabajo con dos meses de antelación, se desembarazó del espacio para los trastos de los McCobb y se mudó a Allentown, Pennsylvania. Él y Sophie contrajeron matrimonio en la Asociación Cívica Polacoestadounidense, en una ceremonia seguida de un gran convite en el que actuó una banda de polcas. Que alguien me pase un pañuelo, no es broma. Tommy tenía una familia. Antes de que lo volviera a ver, se habría convertido en padre.

Por mi parte, había dejado atrás a los superhéroes, incluso los de tipo pueblerino que eran tan necesarios. El estilo Fleischer de *Red Neck* me hacía sentir estancado, aquellos ojos bulbosos y miembros temblorosos me parecían infantiles. Deseaba probar algo más maduro. Lyra se encargaba de mi formación, aunque no en la materia con la que había fantaseado mi mente ociosa. Después de dirigir mi atención hacia la sección de cómics adultos y novelas gráficas de la biblioteca, me mostró lo que se cocía en internet, que me dejó sin palabras. Me ayudó a montarme mi propia web. Esto suponía sobre todo que no la incordiara mientras ella tecleaba con furia y me quedaba hipnotizado por las dramáticas escenas oceánicas de su brazo izquierdo. Ya podía subir mis dibujos a la web, y así arrancó mi negocio. Como la mayoría de las aventuras del señor McCobb, no tuve beneficios durante el primer año. Al contrario que él, yo perseveré. Era mi pequeño universo particular, creado bajo un seudónimo, Demon Copperhead. Ahora estaba bien lejos de los terrenos de juego y del acervo popular de Lee County, al tiempo que había vuelto a acostumbrarme al apellido materno. La mayoría de personas me llamaban Fields. Pero dentro de mí latía toda una parte que no deseaba perder. Mi padre.

Retomé mi vieja idea sobre Huesos de paleto. Con el permiso de Tommy, rehíce algunas de nuestras célebres historias locales bajo la perspectiva de esqueletos. El desastre de Knox Mine. El accidente de tren de Natural Tunnel. También le di vueltas a una de las ideas surgidas en mis días más lúgubres con Dori: *Los Incapaces*, una tira dedicada a una pareja de yonquis enfrascada en las tareas del hogar. El chico se llamaba Crash, y la chica, Bernie, dos adolescentes intentando criarse a sí mismos. Asaban perritos calientes en el motor del coche cuando conducían por ahí en busca de sus contactos. Reparaban cosas de la casa con pipas de vidrio y pinzas para sostener los porros. Procuré infundirles tristeza y que describieran con honestidad el risible desastre que supone la juventud adicta a las drogas. También amargura. En una de las tiras vemos a Crash rellenar una receta de pastillas y la farmacéutica se inclina hacia delante para advertirle: «Eso es muy fuerte, cielo. Los representantes de Purdue se las toman para poder dormir por las noches».

No estoy diciendo que existiera un mercado para nada de esto. Pero los días de la gran ciudad apenas estaban empezando. Si existe una horma para cada zapato, había muchas probabilidades de que el zapato triste y raruno encontrara su horma en internet. Mis extrañas tiras consiguieron un público modesto que fue creciendo, y, al cabo de un año, comencé a vender suscripciones. No muchas. Por suerte, no hacía aquello por el dinero. Algo que aprendí del señor Armstrong mientras me resistía con uñas y dientes a formarme: una buena historia no se limita a copiar la vida, le planta cara. De ahí que tipos como Chartrain llevaran ropas

demasiado holgadas y los dientes bañados en oro, o que Pajarito rellenara cometas con palabras que luego enviaba al sol. También era el motivo por el que yo pintaba lo que pintaba.

Angus se mantuvo en contacto conmigo. Seguía mis cómics, que le gustaban, y me ponía al día con las novedades desde el frente de Nashville: la universidad era difícil, los universitarios eran un hatajo de niñatos y todo el mundo, profesores incluidos, se reía de su acento montañés. Estudiaba allí gracias a una beca y no había previsto que iba a tener que confraternizar con esnobs y príncipes del capitalismo, según sus propias palabras. Qué alegría ver que Angus se mantenía fiel a su personalidad encantadora.

Me habló de las clases que le gustaban y de las estupideces de la hermandad de las chicas ricas, tan necesitadas de llamar la atención que se quitaban las joyas en medio de la clase aduciendo que hacía demasiado calor. Y de cómo algunos profesores asociados repulsivos las desnudaban furtivamente con la mirada. Nashville le gustaba como ciudad. Baretos, librerías, comida increíble de países de los que ni siquiera habíamos oído hablar. Ambos estábamos técnicamente en Tennessee, pero a medio día en coche y a varios universos de distancia. Me contó que en Nashville uno podía cruzarse con gente famosa en el momento menos pensado, el dúo de música *country* Brooks & Dunn, Carrie Underwood, etcétera. Aunque no vivieran allí, pululaban por la ciudad mientras esperaban para grabar sus discos. Un día se encontró a Dolly Parton en un supermercado, comprando una lechuga iceberg, madre mía. Yo le dije que al único famoso que me encontraba en el supermercado comprando verdura era a Crazy Marv, el tipo que aparecía en los anuncios televisivos de coches de segunda mano asegurándote que «Con estos precios pensarás que he perdido la chaveta».

Los correos electrónicos de Tommy fueron menguando ahora que por fin disfrutaba de la vida que quería. Imagino que Sophie pasó a ser la persona a la que le calentaba la oreja con sus teorías. Aparte de las reuniones y de los terapeutas que cumplían con su tarea, Angus era la única persona que se preocupaba por mi estado. ¿Cuánto seguía tentándome la idea de consumir drogas? ¿Cómo conseguía tener la situación bajo control? ¿Cómo iba ese viaje salvaje? ¿Al fin estaba listo para confiar en él? Le hablé de cuánto me inspiraba el café solo y del agujero negro y profundo en el que me aterrorizaba volver a caer. También de la pastilla rosa que cada mañana depositaba bajo la lengua para mantener bien lejos al resto de las pastillas durante todo el día, un éxito, por el momento. Le confesé mi propósito secreto de hacer una versión en cómic del *Libro Grande de Alcohólicos Anónimos*. Le hablé de Viking, Gizmo y Chartrain. Ella repasaba la gente con la que quedaba para estudiar o salir de fiesta, como un tipo llamado Jacko, con el que se fue de viaje durante el parón de primavera. Pero no me habló de nadie en especial. Acostumbraba a regresar a casa por vacaciones, y en ocasiones se alojaba con la señora Betsy y Pajarito. Aquello me sorprendió, el hecho de que volviera a sus raíces. Había dado por sentado que en un lugar como Nashville, en el que todo el mundo se buscaba la vida a las primeras de cambio, Angus habría dado con su gente. No daba la impresión de que fuera el caso.

A todas estas, Maggot había retomado el contacto, por fin preparado para perdonar mi fugaz flirteo con la popularidad durante el instituto. *Los Incapaces* le parecía hilarante y no paraba de enviarme ideas que por sistema eran demasiado infantiles u obscenamente adultas. Con aquel tío no había término medio. De entre todos los sitios posibles, él y su madre trabajaban en la tienda de mascotas PetSmart. Tenía novio, al que había conocido allí. Lo felicité, ¿era acaso

uno de esos *bulldogs* con la cabeza aplastada? Me dijo que no, aliento apestoso, era el encargado de los reptiles. Seguíamos siendo Demon y Maggot.

Sin embargo, mi fan número uno era la señorita Annie, que ahora insistía en que la llamara simplemente Annie. Al señor Armstrong debía llamarlo Lewis. Ambos colgaban comentarios entusiastas en mi web, que siempre reconocía como suyos por muchos seudónimos que se inventaran. Recurrían a términos como «innovador» o «visionario», lo que delataba a las claras que se trataba de profesores y no de chavales o yonquis. Pese a las expectativas de la señorita Annie, yo no había llegado a nada de nada, pero leyéndolos daba la impresión de que era el estudiante más brillante y exitoso que se había cruzado en su camino. Como de costumbre, Lewis tenía de uñas a la junta escolar, por lo que podía decirse que era un dudoso honor.

Lo que lo cambió todo fue una llamada de Tommy que me cogió completamente por sorpresa. No se había olvidado del proyecto sobre «La historia de nuestra gente». Quizá por culpa de la morriña. O por los problemas derivados de intentar explicarle a su nueva familia cómo éramos los paletos. El caso es que estaba tan emocionado que ni siquiera me dijo «Hola» cuando descolgué el teléfono. «¡Demon! Ya sé por qué somos la purria de Estados Unidos, es una guerra, y lleva en marcha todo este tiempo sin que nadie lo haya pillado, ni siquiera nosotros. ¡Tienes que hacer una novela gráfica sobre esto!». Esto me lo gritaba a las tres de la mañana, joder. Le dije que me moría de ganas de oírlo, pero al día siguiente.

Y vaya si lo hice. Me aseguró que iba bien encaminado con lo de los dos tipos de personas en relación con la economía, los de pueblo contra los de ciudad. Pero la gente de ciudad no tenía nada personal contra nosotros. La culpa era de la gente al mando, como el Gobierno o lo que fuera. Siempre estaban del lado de los que ganaban dinero y arrinconaban a la gente del campo, por factores que Tommy mencionó, que si monetizar por aquí, que si la banca internacional por allá. El argumento principal que pude descifrar era el de que la gente que ganaba dinero pagaba impuestos. Por el contrario, no había una mierda que recolectar de lo que uno cultiva o se come ahí mismo, o de los frutos del trabajo que uno intercambia con los vecinos. Sería como intentar sacar sangre de un nabo. Así las cosas, los poderosos empezaron a lavar el cerebro de todo el mundo para que despreciaran a la gente del campo, aduciendo que somos un eslabón infrahumano, como los equipos juveniles de fútbol americano o los hombres de las cavernas. Cabezas amorfas.

Por aquellos días Tommy se dedicaba a ver la televisión, y por fin pudo ver que aquella mierda estaba por todas partes. Insultaban a la gente de campo, intentaban ponernos a todos al mismo nivel en aquella guerra de larga duración para intentar avergonzarnos tanto que acabáramos sumándonos a Estados Unidos. Es decir, a su versión, a la de ciudad. La tele resultó ser el mejor *slam book* de todos los tiempos, puede que toda la gente de ciudad siguiera sus directrices, sin darse cuenta de la mala educación del asunto. Posiblemente hasta el extremo de no entender por qué andábamos tan enfadados por aquí.

Tommy necesitó muchos correos electrónicos para explicarme hasta dónde se remontaba aquella ofensiva por arrancar a la gente de su terruño sagrado para así integrarla en la masa asalariada. Antes de las guerras de los mineros *redneck*, los expolios de los territorios del carbón, los de los territorios de la madera. La Rebelión del *Whiskey*, una guerra con todas las letras. George Washington nos envió al ejército porque nos negamos a pagar el impuesto sobre el aguardiente de maíz, que ni siquiera vendíamos, sino que lo producíamos para el disfrute de

la comunidad. ¿Cómo gravar el licor casero? Respuesta: envíame un ejército. Esto explica muchos de los sentimientos que los impuestos y las armas despiertan entre la gente.

Tommy me aseguró que el mundo esperaba una novela gráfica que explicara la historia de estas guerras. Yo le dije que entonces el mundo hará bien en no aguantar la respiración, pues no tenía la menor idea de cómo hacerlo. Luego me acosté, me levanté y me puse a ello. Le propuse llamarlo *La Guerra de los Hillbilly*, pero se negó, el público lo asociaría con la típica estupidez sensiblera, gente de pueblo disparándose unos a otros. Además, remarcó que en nuestro barco había otro tipo de gente del campo. Los *cherokees* a los que expulsaron de sus tierras. Lo mismo que al resto de las tribus. Los negros tras ser liberados, deseosos de tener sus propias granjas, pero que al tenerlas descubrían que así solo perpetuaban su pena, y se veían obligados a hacer las maletas y poner rumbo a las ciudades.

Me sorprendió que Angus mostrara interés en todo esto. Yo llevaba años intentando atraerla hacia los cómics. Y luego resultó que en la universidad descubrió las novelas gráficas y actuó como si las hubiera inventado ella. No paraba de enviarme los últimos descubrimientos que le habían volado la cabeza. No hablamos de historias convencionales de género negro o de ciencia ficción, sino de cosas muy inquietantes. Ratones judíos en campos de concentración nazis. Unos chavales criados en una funeraria. Tildó *Los Incapaces* de «feroz». Yo llevaba siglos repitiéndole que había cómics para adultos por todas partes. Ella me respondía que ninguno nos tenía a nosotros en sus páginas. No se equivocaba.

Acabé llamándolo *Tierras altas*. La guerra de los doscientos años para mantener cuerpo y espíritu unidos en las montañas. Empecé a subir capítulos a mi web a medida que los terminaba, ganándome una base de fans extraña e intensa, compuesta en parte por profesores de Historia, y en parte por los tíos de siempre. Entonces un tipo me escribió un correo electrónico para contarme que tenía una editorial que publicaba novelas gráficas y preguntarme si me podría interesar enviarle todo mi material. Vivía en Nueva York. ¿De verdad se había creído que se lo daría y ya está?

Hablaba por teléfono con Annie con frecuencia, pero después de aquella noticia quiso verme en persona. Un contrato por un libro. La leche en vinagre, por así decirlo. Repasaría todo mi material y me ayudaría a lanzar una propuesta. Se ofreció a visitarme en Knoxville. A estas alturas, Annie estaba embarazada de unos ocho meses, por si no os lo he mencionado. Uno se despista y desastre a la vista. Lo más razonable era que fuese yo a verla.

Técnicamente no había una razón que me lo impidiera. Tres años y medio ejerciendo de residente sobrio, mes a mes, me habían granjeado el derecho a no tener toque de queda, a conducir mi propio vehículo y a pasar fuera los fines de semana. De hecho, los encargados de la casa ya me habían lanzado indirectas. Viking ya estaba de regreso en Bell County y Gizmo barajaba sus opciones. La lista de espera para entrar allí no tenía fin, literalmente. Pero me resultaba inconcebible marcharme a otro sitio. Sobre todo de vuelta a casa.

Lo de conducir no suponía ningún problema, mi permiso seguía vigente, lo que al resto de la gente de la casa le parecía algo mágico. A todos se lo habían quitado muchas veces por conducir borrachos o drogados, mientras que a mí no me habían puesto ni una multa. Intenté explicarles cómo era la situación en Lee County, donde todos los policías eran o tus parientes o porreros, o ambas cosas a la vez. Ya no tenía el Impala. Mi último acto antes de abandonar Lee County había consistido en proponerle a Turp Trussell que me diera doscientos dólares por él y todas las pastillas que pudiera hallar en su interior. Tardó menos de un mes en estamparlo

contra un guardarraíl en un trecho de la 242 que la gente apodaba «el tramo odioso». Turp salió milagrosamente ileso; el Impala, siniestro total. Cuando me llegó la noticia fue como si hubieran sacrificado a un perro que había tenido de niño. Pero en mi vida habría más coches. Una amiga de la madre de Chartrain me vendió a buen precio un Chevy Beretta maltratado de color azul turquesa para celebrar mi primer año de sobriedad. Al cabo de más o menos un mes, reuní el valor para conducirlo hasta el centro de la ciudad. Un año lejos del volante es mucho tiempo. Directo al meollo urbano, menuda zambullida. Procuré tener los ojos muy abiertos y visualizar la forma en que June Peggot aparcó en línea a la puerta de un Starbucks de Atlanta. Pensar en aquella maniobra sigue llenándome de asombro. Algunos hombres se han casado por menos.

De modo que tenía un coche, la invitación de Annie y libertad. Medios, motivo y oportunidad, como dicen en *CSI*. Nada me lo impedía, aparte del terror puro. Es difícil explicar cómo uno puede llegar a echar de menos un lugar y quererlo con todo su corazón, y al mismo tiempo estar completamente seguro de que lo destruirá tan pronto ponga un pie en él. Se lo conté a mi terapeuta, a la que seguía viendo cada semana, la doctora Andresen, que formaba parte del acuerdo que venía con la casa, junto con el agua y los servicios. Lo más opuesto a la señorita Barks que uno pueda imaginar. Una señora mayor, jerséis grises abrochados hasta arriba, zuecos negros, profesional, culta y asumo que bien pagada. Había nacido en Dinamarca, se llamaba Milka, y por todo lo dicho, un ser humano muy agradable. Habíamos abarcado un montón de temas chungos, y para ser sinceros era más fácil concentrarse con una terapeuta con la que no fantaseabas en absoluto. La doctora Andresen estaba a favor de que fuera a Lee County. O cuando menos de que examinara mis miedos. Le pregunté qué parte de «destruirme» no había entendido.

Me puso una tarea: escribir una historia en la que Demon visita Lee County y encuentra a amigos que apoyan su sobriedad. Lo que le devolví fue lo siguiente: «En un planeta que existe solo en la imaginación de la doctora Andresen, todos se lo pasaron en grande y nadie acabó como una cuba». Me dedicó una sonrisita de medio lado, acostumbrada a mi actitud frente a sus tareas. Pero me las seguía poniendo. Prácticamente desde nuestra primera cita había insistido en que escribiera un diario de mi recuperación. Le dije que lo mío no era escribir, sino dibujar. Me respondió que aquello sería solo para mis ojos. Podía compartirlo, pero solo si yo quería. La idea era que me aclarase y superara algunos de mis traumas. No sabía por dónde empezar con semejante ovillo. Ella me sugirió señalar donde habían empezado mis problemas con las drogas, el abandono y todo eso. Me aseguró que mucha gente lo encontraba una herramienta útil para recuperar el hilo de sus historias, y ¿acaso no era eso lo mismo que estaba haciendo con mis cómics?

Qué más da. He hecho muchos intentos de empezar a escribir este batiburrillo de cosas. Uno cree conocer la raíz de sus problemas hasta que se encuentra frente a la página en blanco y descubre que no es así. Ahí no. Empezó antes. Como aquellas guerras que se remontaban a George Washington y el *whiskey*. O, en mi caso, al capítulo uno. Primero, me las apañé para nacer. En mí recayó la peor parte del trabajo. Aquí estamos.

63

En diciembre, Annie me envió un correo electrónico para contarme que el bebé venía ladeado de alguna manera y que quizá necesitara programar el parto pronto. Que moviera el culo hasta allí lo más rápido posible. La llamé para decirle que se olvidara de mis chorradas y que se preocupara exclusivamente de su hijo.

—No estamos preocupados —me dijo—, solo está desafiando las normas, pretendiendo llegar al mundo de culo. ¿De quién te crees que es esta criatura?

Sonaba tan a ella misma que al principio no pillé las implicaciones racistas del asunto. No cabía duda de que el bebé de ella y del señor Armstrong sería la bomba. Testarudo, hermoso, un aceite de primera para engrasar los engranajes de la máquina de cotilleos de Lee County.

—Ven, por favor, ya me he cogido la baja, pero estoy demasiado gorda para sentarme frente al telar y no me apetece cocinar porque me da ardor de estómago hasta una galleta salada. No hago más que dar vueltas por la casa, como una morsa en tierra firme.

Quería distraerse. Quería ver mis dibujos. Por algún motivo extraño, yo deseaba ver la versión morsa de Annie. Le dije que lo consultaría con la almohada. Antes de colgar me contó que el instituto había organizado algo gordo en honor del entrenador Winfield. Sería el viernes y estaría abierto a todo el pueblo. El entrenador se había retirado tras el escándalo para poner orden en su vida, y su sustituto había llevado a los Generals a algo inimaginable: un balance de cuatro victorias y seis derrotas.

—Winfield es un maldito héroe caído —me dijo—, sospecho que le han montado este fiestón porque quemar en la hoguera al nuevo entrenador habría sido ilegal.

Me dijo que entendería que le guardase rencor. Estoy convencido de que June habría dicho lo mismo. La presión excesiva y los errores farmacéuticos no podían negarse. Pero ella nunca me había visto dormir detrás de contenedores a la búsqueda de algo más estable que las maravillosas decisiones de los Servicios Sociales. El entrenador me había acogido. Yo culpaba a Watts de la peor parte de lo que me había pasado. Debía mirar al entrenador a la cara y decirle que había sido importante.

Si acudía, quizá me topara con Angus. Después de graduarse, había regresado a casa para encargarse de algunos cabos sueltos del entrenador, pero me dejó bien claro que no era más que una parada breve. Sin duda apuntaba más alto. No le escribí. Casi no le anuncié a nadie mi visita, puesto que todos mis amigos habían muerto o esperaban su turno. Solo a Angus. Y a June, que me mataría si no me pasaba a verla. Le dije a la doctora Andresen que me lanzaba a la aventura y ella reaccionó con algo tan inaudito como una sonrisa de oreja a oreja.

—Creo que es muy improbable que te destruyan —me dijo.

—Espera y verás.

El viaje en coche casi puede conmigo. Debí haberme decantado por otra ruta al azar, aunque me hubiera llevado más tiempo. Así habría engañado a mi cuerpo con la sensación de que nos dirigíamos a otro lugar. Cada pocos kilómetros, algún recuerdo me impactaba como un huevo en plena cara. Cumberland Gap, la parada para ir al baño durante el trayecto a casa de la tía June, donde no había sido invitado y me presenté oliendo mal. Gibson Station, donde la señora

McCobb me había empujado a intentar empeñar barbies sucias y una tostadora usada con migas quemadas en su interior. Cedar Hill, donde creía que mi héroe de la infancia se había comprado su propia granja, antes de descubrir que era un mentiroso. Antes de ver su cabeza partida en dos. Yo iba procesando mis traumas, como se dice. Más adelante volvería a reducir al máximo el tabaco, reservándolo para noches de póquer y melancólicos días de lluvia. El ocasional paseo de regreso a casa desde la biblioteca, después de que Lyra se hubiera mostrado especialmente coqueta. Muy bien, pero, en esos momentos, dentro de aquel coche, fumaba como un carretero.

A las afueras de Pennington, pasé por delante del difunto centro comercial y de la antigua fábrica de pastillas de Watts, que sabía que habían desmantelado. June me había contado que por fin le habían dado su merecido a a aquel pervertido desalmado y que los cargos federales todavía estaban pendientes. Aquel fue el año en el que comenzaron a amontonarse los juicios, el foco de la oxicodona estaba ahora puesto en los daños. Angus me dijo que incluso en Nashville se hablaba ahora de ella, aunque solo en los términos propios de los cómics: los villanos de las grandes corporaciones. Ninguna mención a toda esa gente desahuciada convertida en muertos vivientes gracias a lugares como aquella fábrica de pastillas, donde se compraba y vendía mercancía en un aparcamiento. Pensé en mis viejos clientes de confianza. El tipo del andador y las gorras de cazador con alerones, la señora gorda y triste del chihuahua. ¿Cómo coño se las estaban apañando? Según June, las iniciativas de rehabilitación en Lee County seguían básicamente limitadas a los grupos de apoyo ligados a la iglesia, la revista *Grapevine* y reuniones en sótanos donde se seguían los doce pasos. Era mejor no pedirle que se extendiera sobre el tema de todos aquellos acuerdos multimillonarios contra Purdue de los que nosotros no habíamos recibido ni un centavo.

Annie había insistido en que me alojara en su casa, así podría desplegar todos mis dibujos de *Tierras altas* en la mesa de su cocina. Quedé con June para desayunar al día siguiente. Aparte de esto, no tenía estrategia alguna. Había pensado vagamente en quedar con amigos, pero convertir eso en planes concretos suponía entrar en el terreno que la doctora Andresen llamaba «ideación suicida». ¿Ir el viernes al Five Star Stadium para lo del entrenador? ¿De verdad? Todos los presentes intentarían venderme drogas, a menos que me quisieran, en cuyo caso me las regalarían. Aquel lugar escondía detonantes en cada rincón. Líneas de yardas, postes de anotación, los conductos que eran mi superpoder. El escenario de mis sueños alcanzados y aplastados.

Dejé atrás el valle de las vides de *kudzu*, el río Powell y la montaña que en realidad no parecía una cara. En pleno invierno todo parecía familiar, pero de aquel modo a lo patito feo que uno sabía que cambiaría. El vagón de cola que había delante de la escuela secundaria, los patios repletos de cachivaches de las abuelas. Vi a gente en los porches, pero aparté rápidamente los ojos, tal y como había aprendido a hacer. Me guardaba energía. De haber sido julio, mi corazón ya habría explotado ante tanta belleza. Dadas las circunstancias, quizá muriera de soledad. ¿Cómo podía estar ahí, rodeado de tantas cosas familiares, pero sin gente que me mirara a los ojos y me llamara hermano, o me dijera «Que Dios te bendiga» o «Yo te conozco» o «Cielo, te recuerdo de la tienda de suministros agrícolas»? Estar ahí era sinónimo de ser reconocido. Lee County significaba eso o no significaba nada.

No me costó encontrar la casa de Annie. Me sorprendía un poco cada vez que el Beretta tomaba la dirección correcta, como si fuera el Impala y no yo el que conociera estas carreteras

como la palma de su mano. Llamé a la puerta azul de la entrada y oí los ladridos de Hazel Dickens mientras iba de un lado para el otro. Nadie acudió. Abrí la puerta y grité «Hola». Hazel Dickens se sentó y me miró. Cerré la puerta y volví a llamar. Hice todo esto antes de fijarme en la nota pegada junto al timbre: «Me he ido al hospital, perdona. Puede que sea una falsa alarma. Lewis te llamará. Ponte cómodo».

De golpe fui consciente de la situación: iban a tener un maldito bebé. Pensé en los gemelos de los McCobb, los lloriqueos toda la noche, la relajada exhibición de un pecho. Tenía serias dudas de que Annie supiera dónde se estaba metiendo. En aquellos momentos, esa gente no me necesitaba a mí ni a mi carpeta de dibujos. Llamé a June. Me contó que tenía pacientes a los que atender, reuniones con su equipo y luego más reuniones con el departamento de salud, pero que era muy bienvenido. Podía instalarme en el antiguo dormitorio de Emmy. Si no nos veíamos esa misma noche, lo haríamos a la mañana siguiente.

De modo que me habían dejado a mis anchas y sin red de seguridad. No tenía la menor intención de quedarme todo el día esperando en casa de June. Me subí al Beretta y nos pusimos en marcha sin rumbo fijo. Era un día de puro invierno, de una enorme luminosidad. Conduje hasta el puente sobre el río al que el señor Peg me llevaba a pescar, donde me quedé observando las aguas centelleantes hasta que tuve que volver a ponerme en camino. Me acerqué a Hoboland y me senté a mirar bajo las faldas de las *tsugas* del Canadá, invocando la imagen de Angus recostada sobre los codos y leyendo mi alma. Tuve que levantarme y marcharme. El sol esparcía una pátina de brillo sobre casas y buzones. Cuanto miraba conseguía humedecerme los ojos. Me sentía como alguien enamorado de una persona casada. Aquello jamás podría ser mío. Quedarme allí, solo y sobrio, estaba fuera de mi alcance. Y pese a ello, lo deseaba fervorosamente, con cada partícula de mi ser.

Me mantuve en las carreteras más aisladas, y no sabría deciros cuál fue mi proceso mental, si es que llegó a existir uno, pero el caso es que acabé en el sendero que desembocaba en la Bañera del Diablo. ¿Fue por un rollo del paso 4 de Alcohólicos Anónimos, ese que anima a hacer una suerte de inventario moral o de coraje? Honestamente, lo dudo. Era más como buscar pelea con una persona con la que estás dispuesto a romper. Necesitaba dar con el lugar que me llevara a odiar aquel pueblo y no querer regresar jamás.

En el solar de grava había un coche, por lo que seguía abierto al público. Dado su largo historial de imprudencias cometidas por chavales, no lo cerrarían por dos muertos más. Ni por chicas destrozadas. Jamás había pensado en eso, ni una sola vez. Mi madre estuvo ahí. Recorriendo el mismo sendero que yo. Viendo lo mismo que yo, y cosas peores, como la muerte del hombre al que amaba. Su cadáver. Me sentía un poco tembloroso mientras cerraba el coche, aunque dentro no había nada de valor, excepto mi carpeta de dibujos en el maletero. Costumbres de ciudad.

La Bañera del Diablo resultó ser el primer sitio que pisaba ese día que no estaba minado. No reconocí nada. El sendero estaba muy seco, el arroyo era fácil de cruzar si te apoyabas en las piedras que sobresalían y que estaban cubiertas de las alfombrillas blancas que habían dejado las algas al secarse. Ni siquiera me mojé los zapatos. El aire olía a manzanas dulces y algo más, a productos de limpieza o medicinas. Unos arbolitos flanqueaban el sendero, cubiertos de unas tupidas flores amarillas. Escobillas de bruja, que florecen en verano. La señora Peggot preparaba un ungüento con ellas que nos aplicaba en las heridas. El mero olor consiguió que todo aquello acudiera raudo a mi cabeza. Las abejas las cubrían por todos lados, despertadas

bruscamente de su siesta invernal, rompiendo el silencio con su zumbido.

Permanecí alerta a la llegada de la parte turbia, pero no se presentó. Los riscos se erguían imponentes a lo largo del arroyo, recubiertos de líquenes de colores brillantes que les daban aspecto de haber sido grafiteados, como las paredes en mi vecindario de Knoxville. Tuve que sentarme en un tronco a descansar varias veces porque la rodilla me dolía, siempre me dolía. Ya no sentía pena por mí mismo. Como todos los chavales de Lee County, me habían criado para convertirme en una mula orgullosa en un mundo donde las mulas eran poco útiles. Había probado con la solución más popular a ese problema, la cual por lo general conducía a una muerte temprana. El truco consistía en dar con alternativas. Me senté a observar chochines picoteando gusanos a lo largo de la orilla, ladeando sus cabecitas como si fueran juguetes de cuerda. Oí a un pavo macho que desde el interior del bosque lanzaba ese glugluteo de malote que a las hembras les resultaba tan irresistible. Vi un búho ulular. Se escondía, fundiéndose con la corteza del árbol, pero una banda de cuervos que se la tenían jurada lo desenmascaró. Probablemente hubiese intentado comerse a sus polluelos.

Al cabo de un rato, el sendero se puso desafiante, pero nunca traicionero, y llegué al pozo antes de lo esperado. Las cataratas no eran más que un goteo amansado, y la piscina natural, de un azul profundo y tranquilizador. Uno aprende mucho sobre colores tras haber asistido a numerosas clases de Arte, pero me resulta imposible describir aquel tono. Lo ves en fotos de parajes helados. Azul turquesa en su centro y más apagado en sus extremos pedregosos. El agua aparecía revuelta y llena de hoyuelos en la superficie, mientras que debajo era una quietud perfecta. Su centro turquesa atraía mi mirada como un imán. Uno raramente contempla un tono así, pero los niños colorean el agua con él por defecto, siempre que su colección de ceras se lo permita. Como si nacieran con la certeza de que existen cosas mejores de las que están a su alcance.

No tenía el lugar solo para mí, ya que había una familia en la otra orilla. Sobre la plataforma rocosa en la que había visto partido en dos el cerebro de la persona más peligrosa que había conocido. Quizá también fuera el último lugar en el que se sentaran mis padres para estirar las piernas al sol y besarse. Mi padre supo de mí aquel mismo día. Que me encontraba de camino. Le había escrito a su madre para contárselo. La familia que ahora estaba allí era de una pareja con dos niñas, la más pequeña en la edad de sentarse en cuclillas y hurgarse la nariz, su hermana mayor yendo y viniendo a la orilla como un *border collie*. Por su forma de hablar me quedó claro que no eran de por ahí.

Los saludé. Me desearon los buenos días y comentaron que hacía un día precioso. Les pregunté de qué ciudad venían y me respondieron que eran de Australia, lo que me dejó de piedra. El hecho de que hubiera gente que nos visitara desde la otra punta del mundo. Crucé por las rocas y me ofrecieron una botella de agua. Entretuve a la hermana *border collie* enseñándole cómo lanzar al agua hojas-barca, y le gustó tanto que se puso a buscar por todas partes las hojas más grandes. Las del sicomoro eran las mejores, del tamaño de los cascos de los jugadores de fútbol americano. Me gustó tener compañía en aquel sitio, a aquella familia de dos padres vivos y unas niñas que no parecían haber recibido jamás una paliza. Acabamos desandando juntos el sendero y no dejaron de lanzarme preguntas sobre lo que se nos iba apareciendo, las escobas de bruja con las flores invernales, los chochines. Les di ramitas de sasafrás para que las masticaran, pues saben a zarzaparrilla. Antes de subirse al coche, la pequeña me abrazó las rodillas. Deseé con toda mi alma no tener que quedarme solo.

June calzó nuestro desayuno entre el turno de noche y otra larga jornada de trabajo. Nuestra June era una abeja obrera. Estaba tan guapa como siempre, parecía cansada y su aspecto se correspondía con su edad, fuera cual fuese. Rociamos de sirope las tortitas y me contó cosas sobre la oxicodona, los juicios que había ayudado a tirar adelante, empezando por las reuniones y demandas en el ayuntamiento que habían enfurecido a Kent. La rueda seguía girando. Las drogas más nocivas estaban desapareciendo del mercado, reformuladas para evitar las adicciones. Me dijo que esto quizás ayudara a la larga, pero que ella seguiría en el mismo sitio, intentando limpiar el desastre hasta el fin de sus días. Toda una generación de niños estaba creciendo sin sus familiares.

No tuve que decirle «Soy el vivo ejemplo. Lo tienes enfrente de las narices», ya lo sabía.

Ruby había organizado un grupo de duelo en su iglesia. La señora Peggot no flaqueaba, dedicándose a preparar cenas para los hijos y nietos que acudían a diario a la iglesia. Maggot y Mariah conservaban sus empleos en la tienda de mascotas y también la sobriedad. Prometí hacerles una visita muy pronto. Toda la familia estaba al corriente del novio de Maggot. Algunos rezaron para que no fuera más que una fase, la mayoría dijeron «Aleluya». June lo había conocido. Resultó que era verdad que era el encargado de los reptiles en la tienda de mascotas. En su caravana tenía varias serpientes en cajas de vidrio. Le comenté a June que me cuadraba.

Emmy seguía siendo el ojito derecho de June. Se había mudado a un apartamento en Asheville con unas compañeras de rehabilitación, reproduciendo una situación no muy distinta de la mía, si exceptuamos las noches de póquer y el porno. June me dijo que el apartamento estaba en un viejo edificio en el que había vivido Grace Kelly. No supe a quién se refería, pero fingí estar impresionado. Luego se puso seria y me preguntó si Emmy me había hecho daño.

—¿A qué te refieres?

June hizo ese gesto de mesarse el cabello con ambas manos.

—No lo sé. Es una encantadora de serpientes. Ya sabes a lo que me refiero. Los chicos caen como moscas. Me he preguntado si no dependía demasiado de esos encantos.

Le dije que no podía hablar por los demás, pero que yo nunca fui una de sus moscas.

—Bueno, quizás al principio. Fue mi primer amor desastroso. Pero salí con la cabeza bien alta.

June sonrió.

—Nunca fuiste de los que solo caen hasta la mitad del pozo, ¿verdad?

—No, señora, yo soy de los que se estrellan contra el fondo.

A continuación, le pregunté cómo iba su vida amorosa y se inclinó por encima de la mesa para pinzarme la nariz, como si tuviera doce años.

Me contó que Emmy adoraba Asheville. Trabajaba de camarera en un restaurante y formaba parte de un grupo de danza centrado en la sobriedad y el cuidado del cuerpo, lo cual existe, os lo creáis o no. Montan espectáculos. Emmy le estaba dando vueltas a asistir a clases de interpretación. Ahí estaba ella, apuntando de nuevo a las estrellas. Le pregunté si no echaba de menos el pueblo.

La taza se le quedó a medio camino de la boca.

—Todo el tiempo. Eso me dice. Pero no puede volver. Al menos si desea seguir con vida —me soltó con una enorme tristeza. Aquel lugar te desgarraba el corazón, en él tus éxitos se

evaporaban, mientras que tus fracasos siempre flotaban en el aire.

June había dado por sentado que aquella noche acudiría a la fiesta en honor del entrenador y se sintió aliviada al saber que yo no lo haría. Seguía culpándolo de mi ruina.

—¿Sigues siendo amigo de su hija, Angus? Ayer me la crucé en el departamento de salud.

En sus correos electrónicos, Angus había convertido su verano y sus trabajillos temporales en una comedia negra. La residencia en la que la gente hablaba con los muertos. Los profesores auxiliares que intentaban convencer a los chavales conflictivos de no matar a sus profesores. «Una jovencita impresionante», así la definió June, tres palabras que estoy convencido de que era la primera vez en la historia que se usaban para referirse a Angus. O no, qué iba a saber yo a esas alturas. El estómago me daba un vuelco cada vez que surgía el nombre de Angus porque tenía muchas ganas de verla y al mismo tiempo no quería. Dado que todo había cambiado, ella también lo habría hecho. Y yo no podría soportarlo.

Como de costumbre, a June le supo fatal tener que marcharse, pero tuvo que hacerlo. Yo me metí en el Beretta y estuve cinco minutos con las manos al volante hasta decidir qué rumbo tomar. Murder Valley.

Mi abuela y Pajarito no daban crédito. ¡Yo ahí! ¡Haciéndoles una visita! El pasado había quedado olvidado, al menos en lo que a mis fracasos se refiere. Mi metro noventa y cinco de estatura sin duda me exoneraba de todos mis pecados. Mi abuela no se cansó de decirme que parecía imposible que me pareciera aún más a mi padre que antes. A Pajarito le flipó mi coche. Lo miró desde todos los ángulos, desplazándose en su silla de ruedas y sin dejar de repetir «Es azul». Me invitaron a cenar y me preguntaron si querría quedarme con ellos. Se lo agradecí, pero solo estaba de paso.

Maté el tiempo mirando la nueva cometa de Pajarito y haciendo de manitas. Me subí a una escalera para limpiar los canalones. Desatranqué una ventana batiente que llevaba así desde agosto. Aquella casa ya no era la fortaleza de antaño. La señora Betsy me contó que Jane Ellen se había graduado, comentario que estuvo acompañado por un guiño del ojo de Pajarito. Supe lo que significaba: lo había conseguido casándose. Me pregunté quién les haría ahora de chófer. La cena tardó una eternidad en estar lista porque corría por entero a cargo de la señora Betsy y ella se tomaba su tiempo. Sus piernas recordaban cada vez más a bolsas de nueces enfundadas en medias. Había colocado un taburete junto a los fogones para poder remover la olla sentada. Yo reconocía el dolor cuando lo veía.

A la hora de la cena me preguntaron por el libro que estaba escribiendo. Me dejaron pasmado. ¿Cómo se habían enterado? Angus. Les había contado todo sobre las historias que metía en el ordenador y el libro que me iban a publicar. En ningún momento pronunciaron las palabras «cómics» o «las aventuras de Crash y Bernie, yonquis adolescentes», lo que significaba que Angus había aplicado una capa de respetabilidad al asunto, lo cual agradecí. Les conté que dedicaría un capítulo a los *melungeon* y que esperaba poder contar con la ayuda de Pajarito. La idea pareció emocionarlo. Más adelante debería confesarles que aquello iba más de dibujos que de palabras.

Me contaron algunas cosas sobre el entrenador y más cosas sobre Angus. Cosas que ella no había compartido, como que era una de las alumnas más brillantes de la universidad y que había ganado varios premios. Que había estudiado Psicología, cosa que ya sabía, y que tenía intención de continuar los estudios, cosa que no. Quería ser terapeuta. Yo llevaba en el ajo

tiempo suficiente como para no reaccionar como lo habría hecho la mayoría de tíos que conocía, gritando «loquero» y corriendo a esconderse. Angus lo haría fenomenal. Les dije que así lo creía.

Después de cenar, Pajarito fue a acostarse, la señora Betsy volvió a colocarse el delantal y yo fregué todos los platos mientras ella me observaba, sentada en su taburete. Le dije que se limitara a quedarse sentada, que yo me encargaba. Actuó como si fuera la primera vez que veía a un hombre recoger una cocina, lo que probablemente fuera cierto.

Yo quería que siguiera hablando de Angus, por lo que fui haciendo preguntas. ¿Con qué frecuencia los visitaba? ¿Todavía tenía su Jeep Wrangler? ¿Seguía yendo de malota (aunque no utilicé esta palabra)? Lo que en fondo deseaba saber era si seguía siendo la Angus de siempre. ¿Qué tipo de pregunta era esa? Obviamente, si hubiera estado casada o embarazada o algo parecido, me lo habría dicho. A la señora Betsy le habían estado llegando partes de su historia que yo no recibía. Continué sondeándola de forma indirecta, lanzando la caña al agua y esperando con el corazón en un puño. Ningún pez mordió el anzuelo. Al final me cansé y le pregunté directamente: «¿Tiene novio?».

En ese momento me encontraba fregando la fuente de cristal en la que había preparado la cazuelita de alubias. No levanté la vista hacia ella, concentrándome en frotar con el estropajo.

—Tengo una teoría sobre eso —dijo finalmente.

Fui con cuidado de que no se me cayera la fuente. Me di la vuelta.

—¿Qué tipo de teoría?

Se había quitado las gafas y su rostro recordaba a un caracol sin caparazón. Se limpió las gafas bifocales con una punta del delantal y una lentitud exasperante.

—No debería decírtelo.

—¿Qué significa eso? ¿No le gustan los chicos?

No pareció que mi sugerencia, que se me había escapado, la escandalizara. Lo mismo me había preguntado de la señora Betsy. Pero me dijo que no iban por ahí los tiros.

—De acuerdo —le dije, fingiendo paciencia. Me apliqué de nuevo a la cazuelita y la dejé tan limpia como una patena, mientras que de la señora Betsy no me llegaba más que un silbido. Si en aquel momento se hubiese levantado y abandonado la cocina, lo más probable es que la hubiera seguido escaleras arriba para intentar estirarle de la lengua.

—La verdad es que no creo que le importara que me lo contase. Es como una hermana para mí.

—Pero tú no se lo has preguntado.

—No —le dije. Me había pillado.

—Bueno, quizá deberías. Creo que le ha echado el ojo a un tipo en concreto.

Tratándose de Angus, una afirmación así tenía todos los visos de ser cierta. Cuando le echaba el ojo a algo, lo hacía a conciencia. El tipo sin duda estaría al tanto.

—Entonces se tratará de alguien al que ha conocido en Nashville.

—No debería añadir nada. Nunca me lo dijo a las claras. Pero ya me conoces, raramente me equivoco.

Yo era un buen perdedor. Me alegré por Angus. Espero que sean muy felices.

Aquella noche dormí en la misma cama que la última vez, el barco con un mástil de madera en cada extremo. Me pasé despierto la mitad de la noche, alzando cada bandera que me vino a la cabeza. Ayuda. Rendición. Angus era mi hermana. No había nada que pudiera desear con

más ahínco que su felicidad. De modo que acudiría a su boda con don Nashville. Haría de padrino, igual que el cerebro nublado de Dori había aceptado que ella hiciera de madrina el día que nos casáramos. Angus lo habría hecho por mí. Ahora era mi turno de lanzar palomitas a la pareja feliz. La dejé partir. Era lo que necesitaba hacer de cara para levantarme la mañana siguiente e ir a ver al entrenador.

64

La carretera de regreso de Murder Valley a Lee County me alteró mucho. Una vez más, un terreno sembrado de minas. En ella fue donde Angus y yo tuvimos nuestra única discusión seria, cuando me confesó que quería ir a la universidad y dejarnos a todos tirados. Mientras avanzaba por ella, fui repasando las adversidades que me fueron clavando a la cruz que supuso recorrerla: aquí me robó una puta de camioneros. Aquí dormí en un pajar, agitando mi hucha de rabia. Aquel recuerdo, combinado con el sonido del limpiaparabrisas rascando un trozo de escarcha, consiguió que me rechinaran los dientes. Las temperaturas habían caído durante la noche.

En ese momento reparé en lo afortunado que era por el hecho de que Angus se hubiera quedado tanto tiempo a mi lado.

El edificio del apartamento del entrenador en Norton era el más bonito del barrio, hasta el punto de que parecía no ser suyo. Pintado con encanto, gris con una franja blanca que recorría las escaleras exteriores y los porches. Árboles recién plantados y césped cortado por toda la zona de aparcamiento. Aceras. Vi a chavales haciendo piruetas con los monopatines, como si el pavimento fuera lo más normal del mundo. No tenían ni idea.

Al entrenador no le sorprendió mi visita, pues ya había llamado antes. Fui yo el que se sorprendió. Adiós a la gorra roja y al silbato, hola a las pantuflas de cuero y al triste olor a viejo. Sus tupidas cejas eran blancas. Me dio una palmada en la espalda y me invitó a sentarme en la sala de estar, donde reconocí varios muebles de su antigua casa. De todos modos, el apartamento parecía nuevo, tanto por fuera como por dentro. Una alfombra con marcas de aspirador. Una chimenea por estrenar. El entrenador era un hombre completamente nuevo en una habitación ordenada. Aquel era el resultado de una vida en sobriedad: celebra poder volver a empezar, trágate el sapo de la tristeza por todo lo que dejaste atrás. En el caso del entrenador, una tonelada de equipamiento deportivo de todo tipo. Angus me había contado el desmantelamiento apresurado de la enorme casa, cómo había ido acumulando trastos en las habitaciones del fondo antes de entregarla a sus nuevos dueños, una empresa vinculada a la NASCAR, los organizadores de las carreras de coches, que la utilizaban como oficina. Pagaban el doble de lo que le costaba este apartamento. Así se las habían ido apañando desde que el entrenador dejó su empleo para centrarse en enderezar su vida. Durante los años en los que Angus había estado fuera, estudiando en la universidad, él no se había movido de allí, y su aspecto seguía siendo el de un pájaro posado en el árbol equivocado. Me contó que habían decidido vender la casa. Los inquilinos ya la habían vaciado y Angus la estaba poniendo a punto para empezar a enseñarla. Allí se encontraba en esos momentos.

Le dije que lamentaba no haber acudido a su fiesta la noche anterior. Dios mío. Se le iluminó el rostro y empezó a pasar lista de todos los presentes. Generaciones de Generals. Padres e hijos que habían jugado de *linebackers*. Fue increíble, iba repitiendo, deberías haberlo visto. No le dije que en ese caso solo habría sido capaz de pensar en los dientes que le faltaban a aquella gran sonrisa. *Quarterback* Fast Forward. *Cornerback* Hammer Kelly. Big Bear, muerto de un disparo autoinfligido. Mi predecesor, Collins. Cush Polky, una desgracia que te incitaba a

arrancarte los pelos de la cabeza. Muerto de sobredosis la primera vez que se apartaba del recto camino. Una familia encantadora, un padre predicador delante de un ataúd, preguntándose por la falta de piedad divina. Pero el entrenador parecía contento de centrarse en otros asuntos. Ni siquiera sacó el tema de su sucesor y del fiasco de temporada.

Tampoco hablamos de U-Haul. Lo habían acusado de malversación de fondos, pero la cosa se había complicado hasta desembocar en multas y libertad condicional. Estas noticias me habían llegado por boca de Annie y del señor Armstrong, quienes habían tenido que soportar durante años sus bajezas, tanto de él como de su repugnante madre. Nadie lamentó perder de vista a aquel par de sabandijas.

Compartí una cafetera con el entrenador y fuimos charlando de esto y de aquello, sin tocar los grandes temas que le quería sacar. Que le agradecía lo que había visto en mí y lamentaba las partes que había jodido. Sus errores iban en la línea habitual de no reconocer la valía de chavales como yo, más allá de lo que el trabajo era capaz de sacarnos a golpes al final de la semana. Campos de granjas, campos de batalla, campos de fútbol americano. No tenía palabras para toda esa mierda. Pero el entrenador y yo estábamos hermanados por los doce pasos, existe un código. Yo había dado la cara al presentarme allí.

Llegué a la mansión con un nudo en el estómago. Lo que no tenía sentido, solo se trataba de Angus. Hola y adiós. Ver su Wrangler me calmó un poco los nervios. El viejo amigo con tracción a las cuatro ruedas, destrozado. Angus me había comentado que había hecho más de doscientos mil kilómetros con él, a base de tanta ida y vuelta a Nashville.

Asomé la cabeza por la puerta en el preciso momento en el que ella entraba en la sala de estar acarreando una caja, que casi tira al suelo al dar dos pasitos a un lado de la sorpresa.

—La madre que me parió —soltó.

—Lo mismo digo —le respondí.

Allí hacía un frío que pelaba, seguramente ya hubieran cortado los suministros. Angus llevaba puesto un jersey rojo de cuello alto y unas botas de lana que parecían haber pasado de la oveja a sus pies con una mínima intervención. También uno de esos gorros tejidos a mano con demasiados colorines y alerones, acompañado de trenzas de lana colgando.

—Se te helarán las tuberías. ¿Quieres que encienda la chimenea? —le dije.

Dejó la caja en el suelo y miró la inmensa estufa con el ceño fruncido. Cada vez que de niños habíamos intentado asar malvaviscos en ella, la cosa había acabado mal.

—No. Evitemos causar un incendio antes de tener el dinero en el bolsillo.

Me dedicó una larga mirada, como acostumbraba a hacer todo el mundo por entonces. Mi altura provocaba ese efecto en la gente.

—Por otro lado —añadió—, será mejor que te saque algo de provecho, mano de obra gratis, antes de que vendas tu libro y seas demasiado famoso para dirigirme la palabra. Por cierto, ¿cómo está Annie?

—Ay, mierda.

El señor Armstrong me había dicho que no se trataba de una falsa alarma y debería haber estado pendiente. De camino allí había recibido una llamada que había ido directamente al contestador. Escuché el mensaje con el altavoz puesto: Woodie Guthrie Amato Armstrong. Tres kilos doscientos gramos. Cincuenta y cinco centímetros.

—¿En serio? —dijo Angus. Torció la boca por completo, la sonrisita que más me gustaba de

su amplio repertorio. Se la había cogido prestada para el personaje de Bernie. Si lo pilló, jamás lo dijo—. ¿Son demasiado mayores para saber lo que ese nombre le va a suponer?[37]

—Yo no me preocuparía por eso —le dije—. A los cinco años ya lo llamarán de otro modo.

—Sí, Palote.

—Exactamente.

Otro silencio. Éramos un motor frío, al que le costaba arrancar.

—Bonito sombrero.

Se lo quitó y se lo quedó mirando.

—¿Verdad que sí? Se lo compré a un vendedor callejero en Nashville.

Una vez suelto, su pelo empezó a cobrar vida, de un modo más juvenil de lo que recordaba. Estábamos de pie en el mismo punto exacto que la primera vez que nos vimos. Sentí un impulso temerario, como si quisiera prender fuego a algo.

—¿Recuerdas el día que llegué aquí? ¿Y que pensé que eras un chico?

La sonrisita pegó un cambio.

—Angus, «como el ganado» —recordó.

—¿Por qué?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué dejaste que siguiera con eso durante todo el día? Podrías haberme sacado del error.

Dejó de sonreír.

—Un poco tarde para querer saberlo.

Me sentí con ganas de empezar una pelea. Del tipo que te ayuda a romper con alguien, evidentemente.

—Cierto. Suelo olvidarme de este tipo de cosas, que siempre tienes que ser la abeja reina.

Sus ojos grises adquirieron diversas tonalidades hasta decantarse por una.

—¿No puedes pensar ni por un momento en lo que eso significó para mí? Nadie me pidió opinión. Un buen día, un chaval al que no conozco de nada se viene a vivir con nosotros. El entrenador al fin consigue el hijo que nunca tuvo.

—¿Y eso te dio derecho a dejarme como un idiota?

Angus se encogió de hombros.

—No lo planeé, salió así. Recuerdo pensar que quizás esa fuera la oportunidad de que nos lleváramos bien, en plan hermanos o algo parecido —me dijo, esperando a que lo procesara—. En esta casa lo de ser una chica nunca me trajo grandes alegrías, ya lo sabes.

Yo me había perdido todo aquello. Los ojos rojos y malignos de U-Haul sobre su cuerpo de niña y el desinterés de su padre, que había sido la raíz de todos los males. Y de golpe aparecí yo, restregándole mis éxitos por la cara.

—Joder, siento todo lo que te pasó —le dije—; eras mi hermano favorito. O mi hermana, tú decides. El Equipo A.

Me dedicó una sonrisa vacía.

—Anoche te echamos de menos en la fiesta.

—Ni siquiera sabías que estaba por aquí.

—Te equivocas. Me lo dijo June Peggot. Y luego resulta que no apareces. Me imaginé que pasarías como una exhalación por el pueblo sin pararte a saludar.

Se agachó a recoger la caja del suelo, pero detecté en sus ojos lo que intentaba esconder.

—Nunca lo haría.

Casi lo había hecho. Le pregunté si podía dar una última vuelta por la casa. La verdad es que solo buscaba tranquilizarme un poco. Fui arriba y entré en la habitación de los pufs, ahora vacía y con el techo sucio. Bajé de nuevo y me la encontré en el despacho del entrenador, sentada en el suelo dentro de un círculo formado por pilas de papeles, intentando dilucidar de una vez por todas qué merecía la pena conservar. Le pregunté por el trabajo y me contó un poco: ayudaba directamente en el colegio a niños con problemas de ansiedad.

—La señora Betsy me ha contado que te marchas a ampliar tus estudios. Para ser doctora o algo así.

—Trabajadora social. Técnicamente ya me he marchado. Buena parte del curso es en línea, por lo que no tengo que ir presencialmente. Solo deberé pasar allí algunos meses sueltos.

—¿En Nashville?

—Kentucky.

Pensé con cariño en Viking y Gizmo. Me iba pasando algunas carpetas que yo ponía en una caja para tirar. Al fin conseguí reunir el valor necesario.

—Esto... La señora Betsy me ha contado que le has echado el ojo a un chico.

Se me quedó mirando un buen rato con cara de extrañeza. De modo que cambié de tema, procurando salir con preguntas respetuosas acerca del trabajo social. ¿Trabajaría en un centro de salud mental o qué? Me dijo que estaba especialmente interesada en los niños. Cuadros de abusos, padres encarcelados. Le dije que por aquí no le faltaría trabajo en esa área y me respondió que de eso se trataba. Estabilidad laboral.

—¿Significa eso que piensas quedarte aquí?

Asintió.

—No parece que tú vayas a hacer lo mismo. Ya sabes que puedes ser un humorista gráfico famoso desde cualquier sitio. Por estos lares ya disfrutamos de un ancho de banda decente.

—Hace un día y medio que no pienso en otra cosa. No hay nada que desee más, pero no lo veo. Quedarme aquí siendo... ya sabes, el que soy ahora. ¿Por dónde empezar?

—No lo sé. ¿Día a día? Te limitas a hacer lo que hay que hacer.

—Pero tú estás hecha de otra pasta, Angus, al contrario que el resto. Ya lo sabes, ¿verdad?

Aquellos ojos de personaje de manga. ¿Sería posible que no lo supiera?

En el pasado evitábamos todo contacto físico. Siempre. Una regla sagrada. Pero algo me impulsó a acercarme y abrirle la palma de la mano derecha. Le dibujé un corazón con el dedo, se la cerré y le devolví el puño.

—Lo siento, «tía». Después de aquella metedura de pata inicial, no me cupo la menor duda. Solo para que lo sepas.

Se dio por vencida con los papeles y concentró su atención en una caja repleta de bandas elásticas endemoniadamente enmarañadas. Suspiró y se tumbó en el suelo.

—Que le den. ¿No conocerás a nadie interesado en un camión lleno de equipamiento deportivo muy, muy usado?

—De hecho, puede que sí —le dije, con la mente puesta en los compañeros de equipo de Chartrain. Aquel relámpago sin piernas.

Angus se incorporó.

—En ese caso, mejor será que hayas traído un vehículo monstruosamente grande.

—Es pequeñito, pero una monada. ¿Quieres salir a verlo?

—Tú y tus monadas. —Me tiró la caja—. Lleva esto a la pila de la basura. Primera montaña a la izquierda, no tiene pérdida. Vengo en un segundo.

Fuera había refrescado, y eso que aún no era mediodía. Me quedé mirando el aliento vaporoso salir de mi boca y lo tomé como una señal de que seguía vivo por dentro. Empezó a nevar, un copo aquí y otro allá. Me encendí un cigarrillo. Treinta segundos después apareció Angus y escondí el arma del crimen. Se echó a reír y me dijo que pensaba contárselo al entrenador. A partir de ese momento, estuvimos bien. Estudiamos la enorme pila de trastos que había sacado de la casa. Le pregunté dónde podía conseguir un contenedor de la medida de un vagón de tren por trescientos dólares. Le echó un vistazo al Beretta y dijo que estaba claro que yo iba a tener un coche del color del océano. Yo ni siquiera lo había pensado.

—¿Llegaste a verlo? ¿Después del intento temprano y trágicamente abortado?

Dos intentos. Ella se refería a la excursión escolar a Christiansburg. No le había contado mucho acerca de la debacle de Richmond-Mouse. Acabé el Camel y aplasté la colilla en el suelo.

—Prefiero no hablar del tema.

—De acuerdo, eso es un no. Pero sigue allí. Solo para que lo sepas.

—No me digas.

—Sí, señorito. Puedes estar bien seguro.

—Voy a tener que creer en tu palabra, por lo del título universitario y eso.

El sol asomó durante un minuto, mientras la nieve seguía cayendo. La gente dice que esto significa que el diablo está pegando a su mujer. Enseguida dejó de nevar, lo que interpreté como que Satanás se había tranquilizado. Le pregunté qué planes tenían ella y el entrenador para las navidades.

Me puso una cara rara, retirando la barbilla.

—¿A qué te refieres por «navidades»? Eso fue un invento tuyo.

—Pues parecía gustarte. ¿Me equivoco?

—No, pero antes de tu llegada no sabíamos ni cómo hacerlo, y después de tu marcha desapareció la magia. Tú ponías toda la magia, Demon.

Nos quedamos en silencio durarte un minuto. Busqué refugio al calor de recuerdos tontos y confié en que ella estuviera haciendo lo mismo.

—Sigo teniendo ese barco. El de la botella. A estas alturas, cuanto he poseído lo he perdido o lo he tirado. Pero eso me lo quedé. Tú pensabas que viajaría a muchos lugares. No caímos en que había una botella de por medio.

Abrió la boca y enseguida la cerró. Abrió la mano derecha y se la quedó mirando, como si hubiera algo en ella, aunque estaba vacía. Acto seguido, se la llevó a la espalda.

—Lamento que Annie y tú no llegarais a cerrar el acuerdo con la editorial —me dijo.

—Ya me las apañaré. Además, estoy seguro de que tarde o temprano vendrá a buscarme. A fin de cuentas, ¿cuánto puede durar un bebé?

Se echó a reír, pero la situación languidecía.

—Podríamos darles otra oportunidad —le dije—. A las navidades. ¿Qué te gustaría que te regalaran?

—Un cheque bien jugoso por esta casa.

—Ya conoces mi presupuesto. Me temo que no ha habido grandes mejoras en ese apartado. Aunque tal vez Papá Noel sea más bueno que antes.

Me bajó a la tierra con una mirada que me removió algo en el interior que no supe descifrar.

O que temí demasiado admitir.

—De acuerdo, tengo un regalo para ti —me dijo—. No lo he envuelto. Se me acaba de ocurrir.

—Muy bien, ¿dónde está?

—Esto..., a ochocientos kilómetros de aquí. Al lado de un bonito montón de arena.

Me eché a reír.

—Gracias.

—Hablo en serio. Te estoy entregando el océano.

—Estamos en invierno.

—¿Sabes qué? No lo enrollan y lo guardan hasta la próxima temporada. No se mueve de su sitio. Lo tomas o lo dejas, compañero de fatigas. Todo un puñetero océano Atlántico en oferta.

—¿Me lo puede poner para llevar?

Se bajó las aletas del gorro con ambas manos, como si fuera a levitar si no lo hacía, y se me acercó. Tanto como era posible. Al sacarle un metro, tuvo que alzar la cabeza para clavarme sus grandes ojos grises: «No bromeo». Me dijo que tenía la semana libre porque los profesores estaban preparando los exámenes o algo así. Me preguntó si debía estar de vuelta en Knoxville un día concreto. No.

—¿Qué me dices entonces, Demon? ¿Ha llegado la hora de dar las gracias y dejar atrás este estercolero?

La acompañé de vuelta a la casa del entrenador para que cogiera las cosas que iba a necesitar. Nos decantamos por el Beretta, una opción ligeramente menos arriesgada. Angus dijo que el coche del color del mar lo estaba pidiendo a gritos y no se quejó de la peste a cenicero. Mantuvimos las ventanas bajadas hasta llegar a Gate City, donde corría un viento muy molesto, pero una vez en la interestatal ya no hubo problema en subirlas. Por algún motivo, yo seguía temblando, listo para sufrir un ataque de nervios. Angus me llevaba varios kilómetros de ventaja, como siempre había sido y siempre sería. Tan feliz. Relajada a más no poder.

Hurgó en su bolsa de aperitivos, abrió un paquete de M&Ms y me tiró uno que me dio en la cara. Pité falta. Lo recogió del suelo y me lo metió en la boca.

—Para tener las cosas claras en cuanto a tu motivación. Lo de ponerte moreno no sería tu prioridad, ¿verdad?

Le dije que acertaba. Mi único interés era echarle un vistazo a ese vaso de agua tan grande.

—Bien —me dijo—. Porque va a hacer frío. Al mismo tiempo, visitarlo en invierno tiene muchas ventajas.

Las enumeró: cero multitudes. Cero chulitos luciendo fardahuevos. Tendríamos la playa para nosotros. Los moteles estarían a mitad de precio. Aquella era la Angus dispuesta a confiar en el viaje salvaje, íbamos a alojarnos en un motel. No tenía nada claro adónde nos dirigíamos. ¿Seguía siendo mi hermana?

Se golpeó la frente.

—Ay, Dios mío. ¡Ostras!

—¿Qué les pasa?

—¡Solo puedes comerlas en invierno! En junio, julio y agosto son puro veneno. Debes esperar a los meses que llevan una «r» en el nombre.

Aquello sonaba muy improbable.

—¿Y a qué se debe?

—Por increíble que te parezca, lo desconozco pese a mi increíblemente avanzado título universitario. Es una de esas cosas que te llegan. He estado varias veces en Nueva Orleans con amigos.

Ahí estaba, su amigo.

—¿Y me estás diciendo que merecen la espera? Porque deja que te diga que la señora Peggot solía meterlas en la sopa por Navidad y yo no era muy fan.

—No es nada ni remotamente parecido. Las de la playa están frescas. Las abres y te las comes al momento, directamente de la concha. Crudas. Supongo que técnicamente siguen vivas.

—¿Y eso es bueno?

—No tienes ni idea de lo ricas que están. Es como besar al océano, Demon.

Se inclinó hacia delante para que pudiera verle la cara y me perforó con esos ojos de chica malota, con lo que casi consigue acabar con mi impecable historial de tráfico.

—Y que el océano te devuelva el beso —añadió.

Ay, Dios. Sin duda le había echado el ojo a alguien. Ya no era mi hermana.

No dejamos de hablar mientras recorríamos el valle de Shenandoah. El final del día se alargó sobre las colinas y luego nos rodeó la oscuridad. Copos de nieve revolotearon y brillaron a la luz de los faros, como luciérnagas fuera de temporada. Yo había sido una nuez ridículamente reticente a abrirse. Conduje con la mano izquierda al volante y la derecha en su reposacabezas, acariciándole los pelitos de detrás del cuello con el pulgar. El viaje en sí, el simple hecho de llegar hasta ahí, fue probablemente la mejor parte de mi vida hasta el momento.

Ahí es donde nos encontramos. Bien lejos de la salida de Christiansburg. Richmond ha quedado atrás y seguimos en dirección este. Rumbo a la única gran cosa que sé que no va a tragárseme vivo.

Agradecimientos

Agradezco a Charles Dickens que escribiera *David Copperfield*, su vehemente crítica a la pobreza institucional y sus dañinos efectos sobre los niños de su sociedad. Aquellos problemas siguen con nosotros. Al adaptar su novela a mi época y mis escenarios, trabajando durante años con su rabia, inventiva y empatía a mi vera, he llegado a pensar en él como en un amigo genial.

Muchas personas de gran generosidad me ayudaron a esbozar y colorear los marcos de esta novela, ofreciéndome sus conocimientos sobre temas tan variados como los hogares de acogida, los servicios de asistencia a la infancia y la logística y la desesperación que implican la adicción y la rehabilitación, la historia de los Apalaches, las tiras cómicas y el fútbol americano juvenil. Los errores son míos, la autenticidad, suya: Camille Kingsolver, Reid Snow, Silas House, Kayla Rae Whitaker, Linda Snow, Amanda Freeman, Christine Dotson, Sue Ella Kobak y Art Van Zee. Más allá del alcance de esta novela, todos podemos agradecer al doctor Van Zee sus extraordinarios descubrimientos acerca de los peligros de la prescripción de opiáceos, los cuales acabaron llamando la atención de la opinión pública sobre la crisis que causaron. No tengo palabras para definir su dedicación a sus pacientes.

El Origin Project, cofundado por Adriana Trigiani y Nancy Bolmeier-Fisher, enriquece nuestras escuelas y me sirvió de inspiración para mi imaginario proyecto Backgrounds. Partes de esta historia me llegaron de mis propios abuelos, Louise y Roy Kingsolver, y de mi tía abuela, Lillian Wright Craft, que sigue hablándome con la seguridad de los vivos, en una lengua de la que mis años lejos de los Apalaches intentaron que me avergonzara.

Cada borrador de este libro pudo ser mejorado gracias a los consejos de lectores perspicaces, especialmente de Sam Stoloff, Terry Karten, Silas House y Louisa Joyner. Judy Carmichael remansó las aguas tormentosas y evitó que mi bote naufragara. Steven Hopp, además de leer y comentar cada una de las páginas, cuidó de que no me faltara comida en la mesa de trabajo, me acompañó en aventuras para averiguar algunos datos y me sacó a que me diera el sol, una y otra vez, para rescatarme de los lugares oscuros en los que esta historia necesitaba entrar.

Para aquellos niños que se despiertan hambrientos en esos lugares oscuros, que han perdido a sus familias a causa de la pobreza o de las pastillas contra el dolor, cuyos asistentes sociales extravían sus informes de manera repetida, que se sienten invisibles o desearían serlo: este libro es para vosotros.

Notas del traductor

1 Traducible por «pobres de solemnidad».

2 Serpientes venenosas que en inglés reciben el nombre de *copperheads*.

3 Nombre que reciben en inglés las serpientes cabeza de cobre.

4 *Melungeon*: término aplicado tradicionalmente a los diversos grupos de individuos que combinan elementos raciales de los europeos, los subsaharianos y los descendientes amerindios, y que en su mayoría se asientan en la región de los Apalaches centrales.

5 En el original, la autora emplea el término *snake-handling*, traducible por «manejar serpientes», en referencia a los especialistas en cogerlas y sostenerlas. Algunas iglesias cristianas de la región de los Apalaches recurren a ellos para la práctica de ciertos ritos religiosos.

6 En inglés significa «enano».

7 En inglés significa «larva».

8 En inglés significa «caja registradora».

9 En inglés significa «regordete».

10 En inglés significa «gusano».

11 En inglés significa «demonio».

12 Juego de cartas, popular entre los niños, por el que han de golpear sobre la mesa (*slap*) cuando asoma una determinada carta del mazo que cada jugador va descubriendo.

13 En inglés *drugs* puede referirse tanto a fármacos como a drogas, de aquí que *drug rep* (representante farmacéutico) haga dudar al narrador de si la conversación se refiere o no a un camello.

14 *Faggot* significa «maricón» y suena como el apellido «Peggot». *Maggot*, por su parte, puede traducirse por «larva» o «gusano».

15 Weight Watchers es una empresa fundada en 1963 en Nueva York que se dedica a la confección de planes de salud con especial énfasis en la dieta alimenticia. En esta frase hace referencia a una serie de chicas que ejercen de voluntarias en el colegio del protagonista.

16 «Ladrar» en inglés se dice *to bark*.

17 *Creaky* puede traducirse por «chirriante» o «decrépito». La homofonía parcial con el apellido Crickson justifica el mote.

18 *To waddle* significa «andar como un pato».

19 *Sterling* significa «plata de ley».

20 *The n-word* o «la palabra que empieza por n» alude al término «negrata».

21 En inglés significa «huesos».

22 En inglés significa «salvaje».

23 En inglés significa «diamante».

24 En inglés significa «chirrido maligno».

25 Los *slam books* eran unos cuadernos de notas en los que su dueño lanzaba una pregunta y que luego hacía circular entre los niños y adolescentes para que las respondieran en cadena. Los comentarios despectivos y crueles hacia algunos alumnos los convertían con frecuencia en instrumentos de *bullying*.

26 A la casta de los intocables de la India se la conoce con el nombre de *dolit*, que se pronuncia de forma parecida a *dolly*, «muñequita» en inglés.

27 Intraducible juego de palabras a partir del apellido Woodall. *Wood* significa «madera» en inglés y *awl*, «punzón». Si juntáramos las dos palabras sonarían igual que Woodall.

28 En inglés significa «esbelto».

29 Angus es una variedad de carne procedente de la raza vacuna escocesa conocida como «Angus Aberdeen».

30 En referencia a la tarjeta Master Card.

31 *She'll Be Coming 'Round the Mountain* es una canción infantil del artista SteveSongs que empieza hablando de la visita de una mujer a un lugar indeterminado en compañía de seis caballos blancos.

32 Término despectivo que en inglés significa «paletos».

33 Referencia a los personajes interpretados por Anne Bancroft y Katharine Ross en la película *El graduado*, de Mike Nichols.

34 Sobrenombre con el que se hace referencia al conjunto de los estados sureños de Estados Unidos.

35 En inglés, «carretera del arroyo seco».

36 En Estados Unidos a este tipo de centros de rehabilitación se los conoce como *halfway house*, cuya traducción literal sería «casa a medio camino», en el sentido de lugar de transición, pero también «casa por la mitad».

37 *Woodie* suena igual que *woody*, que en argot significa «erección».

Este libro se terminó de imprimir en los talleres
de Liberdúplex, en Sant Llorenç d’Hortons (Barcelona),
en noviembre de 2023,
173 años después de la publicación
de la última entrega de «David Copperfield»,
de Charles Dickens, obra que inspiró
a Barbara Kingsolver a escribir esta novela